

BIBLIOTECA APOLOGÉTICA

MONSEÑOR LE CAMUS

Obispo de La Rochela y Saintes

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

III

PRIMERA PARTE

LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
VOLUMEN TERCERO

Τίνα λέγουσιν οἱ ἄνθρωποι εἶναι τὸν Τίον τοῦ ἀνθρώπου;

—Σὺ εἶ ὁ Χριστὸς, ὁ Υἱὸς τοῦ Θεοῦ τοῦ ζῶντος.

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

—Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»

(Mat., XVI, 13, 16.)

TRADUCCIÓN DE LA 7.^a EDICIÓN FRANCESA

POR EL

Dr. D. Juan B.^a Codina y Formosa, Pbro.

CATEDRÁTICO DE HEBREO Y GRIEGO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE BARCELONA
Y NUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE
BUENAS LETRAS

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

Editores CORTES, 581

MCMIX

ES PROPIEDAD

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

SECCIÓN III

DIRÍGESE JESÚS Á JERUSALÉN PARA LA PASCUA FATAL

CAPÍTULO PRIMERO

Determina Jesús subir á Jerusalén para la última Pascua

La luna nueva de Nisán.—Impresiones de Jesús.—Salida definitiva para Jerusalén.—Profetiza el Maestro lo que le ha de suceder.—Ambición de los hijos de Zebedeo.—Respuesta del Señor.—Lección á todos los discípulos.—Quien quiere ser el primero debe servir á los demás.—Jesús ha dado ejemplo de ello. (*Marc.*, X, 32-45; *Mat.*, XX, 17-28; *Luc.*, XVIII, 31-34).

Mientras tanto, habíase mostrado en el cielo la luna nueva de Nisán. Hogueras en las cimas de los montes y emisarios á través de todo el país, anunciaban oficialmente que, dentro de catorce días, Israel celebraría las fiestas pascuales. Todos saludaban con alegría el imperceptible crecimiento del astro renaciente, y se preparaban á solemnizar el recuerdo de los prodigios realizados cuando la salida de Egipto. Empezaban á organizarse las caravanas, agrupándose por familias, y, á fin de llegar á Jerusalén lo bastante presto para poder purificarse antes de la fiesta, poníanse en camino sin tardanza, es decir, hacia el cuarto día de la luna, á fines de Marzo ó principios de Abril. El tiempo era ya bueno en esta época. Habían cesado las lluvias, y, bajo un cielo siempre puro, el sol acariciaba con sus rayos las primeras flores de la primavera. Todo contribuía á hacer del viaje á la Ciudad Santa un piadoso regocijo.

Las aclamaciones del pueblo saludando la proximidad de las fiestas pascales debieron oprimir el corazón de Jesús, que se hallaba en una de las ciudades de Perea. Para los otros, la Pascua era la vida; para Él debía ser la muerte. En otro tiempo, pudo Isaac, al subir la montaña de la inmolación, preguntarse dónde estaba la víctima; mas Él no ignoraba que iba á ser el verdadero Cordero del próximo sacrificio. Había sonado la hora señalada por el Profeta, en que debía establecerse la abominación en el lugar santo, y estas tropas de peregrinos, que pasaban llenando el aire con piadosos cánticos, debían parecerle otros tantos testigos que subían á Jerusalén para ver, con sus propios ojos, si sería fiel á la cita que, desde tantos siglos, le habían asignado simultáneamente la justicia divina y la malicia humana. Interrumpiendo su ministerio evangélico, el Maestro, que se encontraba en el camino de las caravanas, tomó también la ruta en cuyo término veía asomar la cruz.

No dice expresamente el Evangelio si, en este momento, hubo tribulación en lo interior de su alma, preámbulo aceptado de la agonía en Getsemaní. Según San Marcos ⁽¹⁾, pudieron conjeturar los discípulos por su aspecto que acababa de tomar alguna determinación suprema y terrible. Iba solo, á la cabeza del grupo apostólico, con la actitud intrépida del jefe que va al combate, ó más bien, del héroe que se sacrifica por la salvación de todos. Seguíanle los Apóstoles silenciosos y tristes, y la muchedumbre, no sabiendo qué pensar, experimentaba un vago sentimiento de terror. Las situaciones solemnes, después de haber asombrado un instante, acaban por atemorizar á los que no están en el secreto.

Cosa rara; sin este reflejo de grave tristeza que veían en la frente del Maestro, los discípulos hubieran dado desde

(1) *Marc.*, X, 32. El cuadro que traza de esta partida, es eminentemente dramático: Marcha Jesús delante, *præcedebat*, los apóstoles están estupefactos, *stupebant*, y los que le siguen experimentan una impresión de terror, *timebant*.

luego su corazón á la alegría. Según sus luces personales, todo iba bien para la causa mesiánica y auguraban felices acontecimientos en breve plazo. Si se encaminaban hacia el enemigo subiendo á Jerusalén, no iban solos; precediales ó les seguía un tropel de entusiastas é intrépidos galileos, conquistados á la causa del Mesías. Por otra parte, el resultado de la misión de los Discípulos había sido consolador. De todas partes se removían ciudades y campos; Israel buscaba á su Cristo, y el Cristo llegaba á la Ciudad Santa subyugando con su bondad, con su gracia y su poder. Era, pues, ciertamente la hora de Dios.

Con objeto de no permitir que se extraviasen por más tiempo en aquellas seductoras perspectivas, se determinó Jesús á asociarlos á los duros tormentos de su alma. Ellos soñaban en triunfos, y Él contemplaba su suplicio; ellos andaban en averiguaciones sobre cuál sería su trono, Él saludaba de antemano su cruz. Tomándolos aparte, para que no se escandalizase la muchedumbre que le seguía, púsose á exponerles, esta vez sin figuras, las condiciones de su advenimiento á la realeza universal.

«He aquí—les dice—que vamos á Jerusalén, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del hombre.» Si pudiera quebrantarse su fe con los futuros acontecimientos, deberá mantenerla el pensamiento de que han sido previstos y anunciados. La historia de la Pasión, desarrollándose en el mismo orden trazado por los antiguos profetas, demostrará el carácter mesiánico de Jesús, en vez de comprometerlo. Hecho más significativo todavía y no menos concluyente, describirá Él mismo, hasta en los menores detalles, lo que preparan sus enemigos, dejando así sentado que no tan sólo ha tenido el mérito de ver el porvenir, sino el valor de arrostrarlo conociéndolo. «El Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y le sentenciarán á muerte, y le entregarán á los gentiles, y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida.» Diríase que es este un oráculo pronunciado

después del suceso; tan completo es, tan exacto y preciso. Hasta se advierte la afrentosa gradación de los sufrimientos, desde la perfidia de Judas, que vende al Hijo del hombre, hasta la locura de los judíos, que entregan su Maestro á las naciones; desde las ignominias del escarnio, y los látigos de la flagelación hasta la muerte en la cruz. He ahí el abatimiento.

Pero he aquí también la rehabilitación: después de la profecía de la humillación, la profecía de la gloria. «Al tercero día resucitaré.» Expresión breve, pero decisiva. La última palabra de la lucha no quedará para sus enemigos. Pueden abatirle en la muerte, Él se levantará en la vida, para inaugurar su reinado eterno.

Al oír estas declaraciones, los discípulos quedaron fuera de sí mismos. Turbóse su espíritu tanto como su corazón. Esta sucesión de tratamientos ignominiosos no podía conciliarse con sus ideas enteramente humanas del triunfo mesiánico; su perspicacia era incapaz de acercar estos dos extremos ⁽¹⁾. La resurrección misma, después de una muerte infame, les parecía una imposibilidad, y se preguntaban si había en las palabras del Maestro algo más que una serie de imágenes, anunciando, bajo la forma metafórica, el próximo advenimiento del reino de Dios. En todo caso, preferían detener su espíritu en las últimas palabras de su discurso que en las primeras. En definitiva, Jesús quedará vencedor, y, entonces, sin duda, en medio de las aclamaciones universales, dará principio á la palingenesia de que hablaba poco ha. Esta perspectiva, exaltando los espíritus, volvió á poner en juego todas las ambiciones del grupo apostólico.

Entonces fué cuando una mujer de las que seguían á Jesús, ó que llegaba de Galilea con las caravanas, creyó

(1) Esto es lo que pretende decir *Lucas*, XVIII, 34, cuando observa que los Apóstoles no entendieron nada de las palabras de Jesús. En sí mismas eran, por cierto, sobrado inteligibles, pero chocaban tan vivamente con todas sus ideas, que no querían entenderlas. El Evangelista se sirve aquí casi de las mismas expresiones empleadas por él, IX, 45, después de una declaración análoga: τὸ ῥῆμα τοῦτο κεκρυμμένον.

poder fundarse en la situación privilegiada de sus dos hijos entre los discípulos, y también en su propio afecto, para formular una demanda cuya infantil exigencia no sospechó, al parecer, su amor maternal. Era Salomé, mujer de Zebedeo y madre de Santiago y de Juan. San Marcos supone que la súplica fué dirigida á Jesús por los dos hermanos, empero San Mateo, que conserva importantísimos matices en el relato, dice expresamente que la madre habló por sí misma. En sus labios, tiene la súplica algo de menos extraño que en la boca de sus hijos. Fuese cual fuese la ambición personal, ó simplemente el afecto de éstos hacia el Maestro, les era preciso guardar alguna circunspección al exponer sus sentimientos. Después de todos los discursos que habían oído acerca del castigo de los que buscan los primeros puestos, hubiera sido poco prudente reivindicar por sí mismos el primero y el segundo en el nuevo reino. En el fondo, sin embargo, deseaban ciertamente obtener este doble favor; y no atreviéndose á manifestar directamente su deseo, juzgaron que su madre sería su excelente abogado para este caso. No tuvieron gran dificultad en penetrarla de su asunto, y, llena de sumisión, se fué á encontrar al Maestro. Sus hijos la siguieron ⁽¹⁾, para apoyar su empresa.

Escogieron el momento en que Jesús estaba solo, pues vemos que, después del incidente, reúne á los Apóstoles para amonestarlos sobre la ley de humilde igualdad que debe regir su Iglesia. Salomé, con todo el respeto de que era capaz, se prosternó delante de Él, significando de este modo que tenía que pedir un favor. «¿Qué quieres?»—dijo Jesús.—«Di que estos mis dos hijos—contestó la madre sin otras precauciones oratorias—se sienten en tu reino, el uno á tu derecha y el otro á tu izquierda.» Esto no era solamente querer la mejor parte, era reclamarla á expensas de los demás. En efecto, según esto, Pedro, instituído ya el primero por Jesús, se con-

(1) Y aun hablaron, llegado el momento, porque exclaman en *Mat.*, X X 22, lo mismo que en *Marc.*, X, 39: *ἑνὴν μεθεα*, podemos.

vertiría á lo menos en tercero. Y sobre todo era forjarse la mayor ilusión acerca del establecimiento del nuevo reino. Ibase á fundarlo en los peligros, en la sangre, en la lucha hasta el fin: no había, pues, lugar á la cuestión de sentarse desde luego en el bienestar del triunfo; era preciso conquistar, no mendigar en él su sitio. Abusa Salomé al prestarse á interpretar las locas ambiciones de sus hijos. Ellos no han entrevisto adonde lleva su demanda; por eso merecen de Jesús esta respuesta: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que he de beber y ser bautizados con el bautismo que me espera? ⁽¹⁾» Era costumbre, entre los antiguos, que el jefe de la casa ofreciese, durante el festín, á sus convidados de derecha é izquierda, su propia copa con la bebida que en ella había preparado. Aun hoy se demuestra en Oriente, con un procedimiento análogo, su afecto á los invitados á quienes se quiere honrar ⁽²⁾. Puesto que Santiago y Juan se representan el reino de Dios como un banquete, ¿se sienten capaces de participar de la copa preparada para el Maestro? Esta copa no es otra que el cáliz de la ira divina destinada á los pecadores por la justicia eterna, y que Jesús quiere beber en nombre de toda la humanidad. El primer banquete ofrecido en el nuevo reino será, efectivamente, el del dolor. ¿Quién anhelará tomar puesto en él? Sólo los que ignoran lo que ha de pasar. Él mismo, aun siendo Hombre-Dios, tiembla al solo pensamiento de tan cruel prueba. El dolor invadirá no solamente su interior como una bebida, sino también todo su cuerpo como un bautismo. He aquí la inauguración real de su reino. Por ahí debe comenzarse. El período glorioso y eterno vendrá en seguida.

(1) *Marc.*, X, 38, emplea el presente *πίνω* y *βαπτίζομαι*, porque en realidad, hace mucho tiempo que ha empezado el sacrificio de Jesús y se cumple todos los días. *Mat.*, XX, 22, prefiriendo la fórmula *μέλλω πίνειν*, se fija sobre todo en el sacrificio final.

(2) Así, casi siempre, que un jeque, en Egipto, en Galilea, ó en Siria, nos recibía á su mesa, consideraba como un deber, ora beber antes que nosotros en el vaso de agua que nos ofrecía, ora amasar trabajosamente en sus manos bolas de arroz y de carne que nos alargaba en señal de amistad.

Dando oídos á su entusiasmo mucho más que á los consejos de una prudente modestia, ambos hermanos exclamaron simultáneamente: «Sí, podemos.» ¡Ah! También Pedro y los demás debían repetir que seguirían al Maestro hasta la muerte, y sus protestas tambalearon ante la palabra de una mujer y los primeros asomos del peligro. Jesús, que sabe el valor que tiene esta afirmación, añade: «Vosotros en verdad beberéis el cáliz que yo he de beber, y seréis bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado; mas sentarse á mi diestra y á mi siniestra, no es mío darlo á vosotros, sino á aquellos para quienes está preparado por mi Padre.» Esta respuesta ha creado dificultades teológicas desde el tiempo de Arrio. También entró en el pensamiento de los predestinarianistas encontrar en ella un argumento para su sistema. ¿No podría verse sencillamente en esta réplica una manera hábil y cortés de negar á los dos hermanos lo que no son capaces de merecer? Como, al responder ellos que quieren participar de los combates del Maestro, está Él seguro de que no pueden, tiene el derecho de decirles que por sí mismo nada puede hacer respecto á sus deseos. Solamente podrían legitimar su reivindicación con obras y no con promesas.

No puede el Hijo conceder por favor los puestos reservados al mérito por la justicia del Padre. Los más valientes serán los primeros; el campo está abierto para todos; á cada uno toca poner manos á la obra ⁽¹⁾.

De tal modo quedaron completamente frustrados los pasos de la madre y de los hijos. En cuanto los demás Apóstoles tuvieron conocimiento de ello, se mostraron indig-

(1) Puede igualmente entenderse la respuesta de Jesús en el sentido de que la gracia de Dios predestinó á otros dos asesores y que no le pertenece volver á tomar acuerdo sobre lo que está ya determinado en los consejos divinos. Pero, en esta explicación, quedan menos evidentes el juego de la libertad humana y el valor de los méritos personales. Hasta podría parecer que hay algo de fatal en el destino de los hombres, mientras que el Salvador quiere dar á entender que, en su nuevo reino, todo debe conquistarse por la correspondencia á la gracia, sin que se dé nada á las simples preferencias ó á las recomendaciones.

nadísimos. Jesús aprovechó el incidente para dirigirles una hermosa lección de prudencia. Con su bondad inefable, dispuesto siempre á corregir sus yerros, reuniólos alrededor de sí y les dijo: «Sabéis que aquellos que se ven mandar á las gentes, se enseñorean de ellas, y los príncipes de ellas tienen potestad sobre ellas. Mas no será así entre vosotros; antes el que quiera ser mayor, sea vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser primero, sea vuestro siervo.»

La diferencia entre los reinos del mundo y el de Dios está en que, en el uno, la primacía se da á la fuerza, y, por consiguiente, es mantenido por la fuerza; en el otro, se da á la caridad y por la caridad es mantenido. Además, en las sociedades humanas, el poder público tiene por objeto imponer la autoridad que es la salvaguardia de ellas; en la Iglesia cristiana, el poder tiene sobre todo la misión de crear, de multiplicar la vida, por el apostolado y la abnegación. En ella, la conciencia individual basta para garantizar el orden mediante la santidad. Pedir, pues, el primer lugar en la Iglesia no es pedir la ocupación de un trono para mandar, sino poner manos á la obra para trabajar; no es querer reinar en medio de honores y goces terrenales, sino anonadarse y sacrificarse por el bien general; no es alimentarse del rebaño, sino alimentarlo á él. He aquí lo que quiere decir Jesús, y lo que explica admirablemente, proponiéndose á sí propio, por ejemplo. «El Hijo del hombre—añade—no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate ⁽¹⁾ por muchos.» Por todos la ha ofrecido, como se dice en otros pasajes, pero no todos se han aprovechado de ella. En realidad, ha rescatado sólo á aquellos que quisieron ser rescatados; muchos son éstos, pero no llegan á ser la universalidad del linaje humano. Al pie de la cruz, habrá siempre traidores y blas-

(1) Está aquí claramente caracterizado el sacrificio expiatorio que debe ofrecer Jesús. *Da su alma* ó su vida con su sangre como el *precio exigido*, *λύτρον*, para el rescate de los que están perdidos. La palabra *ἀντί* indica la substitución del rescate por los prisioneros que serán libertados, gracias al sacrificio de Jesús.

femos. De su anonadamiento y de su muerte sacará Jesús la legitimidad de su poder sobre el mundo. Cuando, después de los duros trabajos de una vida pasada en difundir la verdad, en suprimir el mal, en transformar las almas, se tienda sobre el infame patíbulo para satisfacer en él el rescate de la humanidad, dando la vida á su pueblo en vez de pedírsela, merecerá que, encima de su cabeza, se escriban, en las tres lenguas del mundo, el título de su dignidad real. Su sacrificio le habrá hecho rey. No existirán en su Iglesia otros reyes que los hombres generosos capaces de imitar su abnegación y de ofrecerse como víctimas.

CAPÍTULO II

Jesús en Jericó

Las dos rutas de Perea.—Jericó antiguamente y en la actualidad.—Ovación improvisada.—Ciegos curados.—Zaqueo encima del sicomoro.—Generosa conversión.—Parábola de *las minas*.—Partida de Jesús. (*Mat.*, XX, 29-34; *Luc.*, XVIII, 35—XIX, 28; *Marc.*, X, 46-52).

Dos rutas había para llegar á Jerusalén á través de Perea: la una, más directa, aunque más difícil, que, pasando por Pella, seguía ora las caprichosas orillas del Jordán, ora las pedregosas alturas que lo dominan; la otra, que, describiendo una curva hacia el E. hasta Gerasa, tenía mayor longitud, pero era menos fatigosa y por eso más concurrida. Una y otra partían de Gadara, y se juntaban no lejos de Beth-Nimra, antigua capital de la tribu de Gad.

Después de Beth-Nimra, no formaban, pues, los dos caminos sino uno solo que conducía directamente á Judea. Y, en efecto, una vez franqueado el vado del Jordán, llegábase, en dos horas de marcha, á través de montículos de arena dispuestos paralelamente entre sí, cual tiendas de campaña blancas y amarillas olvidadas en otro tiempo por los hijos de Israel, al gracioso y riente oasis de Jericó.

Difícil sería hoy, al sentarse en las ruinas de la antigua torre de Er-Rikha, reconstituir, aun con un poderoso esfuerzo de imaginación, los grandes recuerdos del pasado que yacen en la pequeña llanura. Dos construcciones recientes, erigidas para albergar á los peregrinos, nada han cambiado de su aspecto desolado. En vez de la rica ciudad, que, después de Jerusalén, fué la primera

de las cinco capitales de toparquía en Palestina ⁽¹⁾ y midió veinte estadios de circunferencia, se ve solamente un miserable grupo de cabañas cubiertas de ramas de árboles en que no se atrevería á tomar abrigo el viajero. Cuatro *bachi-buzuks* mantienen allí el orden, entre una población de trescientos beduinos de aspecto feroz y asqueroso. Las grandes palmeras han desaparecido, y nada resta de las bellas rosas celebradas por nuestros Libros Santos. A la hermosa vegetación de otros tiempos han sucedido árboles cubiertos de espinas, *seders*, *zakums*, y grandes setos de matorrales. Sólo subsiste todavía la fuente de Eliseo ⁽²⁾; pero sus aguas se pierden inútilmente y no fecundan, desde hace siglos, más que tierras incultas, cuando en tiempo de Jesús se difundían por todas partes, gracias á canales hábilmente dispuestos y cuyo curso es todavía indicado por acueductos en ruinas. Este delicioso valle era el paraíso de Judea, como el territorio de Genesaret lo era de Galilea. Algo elevado sobre el lago Asphaltites, pero situado unos trescientos metros bajo el nivel del mar, veía crecer en un clima excepcionalmente benigno todos los frutos tropicales. En medio de sus bosques de palmeras, enriquecida por el bálsamo que recogía de sus árboles, rodeada del perfume de sus rosas ⁽³⁾, Jericó, con su anfiteatro, su hipódromo y sus torres fortificadas, parecía una reina sentada en delicioso oasis ⁽⁴⁾. En todo tiempo se han complacido los viajeros en hacer alto frente á sus muros. Este era el punto de reunión en donde las caravanas se disponían en orden de peregrinación para subir á Jesusalén.

Cuando llegó Jesús, le seguía una gran muchedumbre

(1) Josefo, *Ant.*, XIV, 5, 4; *B. J.*, III, 3, 5, Plinio, *H. N.*, V, 15.

(2) *IV Reyes*, II, 10-22.

(3) Leemos en Plinio, *H. N.*, V, 15: «Hiericum palmetis consitam, fontibus irriguam.» El *Eclesiástico*, XXIV, 14, habla de sus rosas; *Deut.*, XXXIV, 3, de sus palmeras; compárese *Jueces*, I, 16; III, 13. El nombre de Jericó significaba *ciudad de la luna*, ó también *de los perfumes*.

(4) Véanse las hermosas descripciones de Josefo; *Ant.*, XIV, 4, 1; **XV**, 4, 2; *B. J.* IV, 8, 3; I, 6, 6, etc.

de gente, compuesta indudablemente de grupos de peregrinos que, habiéndose encontrado en el paso del río, habían tenido á honra escoltar al joven Profeta. Avanzaba el numeroso cortejo en medio de las más entusiastas aclamaciones. No lejos de las puertas de la ciudad, dos ciegos, sentados en el camino, imploraban la caridad de los transeuntes ⁽¹⁾, los cuales, oyendo el tumultuoso movimiento que se acentuaba, preguntaron su causa ⁽²⁾. Debieron res-

(1) Marcos y Lucas dicen de su ciego que mendigaba, *ἐπιταῖν ὁ προσαίτης*. Aun aceptando el plural de Mateo, para reconstituir el relato, mantendremos el dato de los otros dos sobre la profesión de los curados milagrosamente.

(2) Hay en el relato de este incidente, conservado por la tradición sinóptica entera, dos divergencias que demuestran, con irrecusable claridad, la perfecta independencia de nuestros Evangelistas. Versan dichas divergencias acerca del número de los ciegos curados, y del lugar en que se efectuó su curación. San Mateo, efectivamente, dice que eran dos ciegos, *ἄνθρωποι δύο τυφλοί*; San Marcos y San Lucas sólo mencionan uno, *Bartimaeus caecus* y *caecus quidam*. Por otra parte, este último declara que el milagro tuvo lugar antes de entrar en la ciudad, *cum appropinquaret*, y los otros dos cuentan que lo hizo Jesús al salir de ella, *proficiscente eo de Jericho*, dice San Marcos, y *egredientibus illis ab Jericho*, dice San Mateo. En el fondo, aun cuando la divergencia fuese irreconciliable, nada serio podría concluirse. No por eso existiría menos la realidad del milagro con toda su importancia.

Tan numerosos han sido los ensayos para resolver la doble dificultad, que parece definitivamente agotada la serie de las hipótesis posibles é imposibles. Imaginaron unos que hubo cuatro ciegos curados, y que no deben identificarse tres relatos absolutamente distintos. Esta explicación no resiste el examen. Sería preciso, en efecto, que hubiese salido dos veces de la ciudad y que la escena pasase tres veces en las mismas condiciones y con los mismos discursos. Otros admiten sólo dos curaciones diferentes de dos ciegos, uno antes de entrar en la ciudad y otro á la salida. En este caso, San Mateo habría reunido los dos incidentes en un solo relato; mas se equivocaría también haciendo curar en un mismo lugar y en el mismo momento, á dos hombres venidos en circunstancias diferentes. Algunos quieren explicar estas palabras de San Lucas: *ἐν τῷ ἐγγίσειν αὐτὸν εἰς Ἱεριχώ*, en un sentido general: como estuviese cercano á Jericó, sin precisar si esto sucedía antes de entrar en la ciudad ó después de haber salido de ella. Mas esto es imposible, porque inmediatamente después del milagro, San Lucas nos muestra á Jesús entrando en la ciudad: *εἰσελθών*. En fin, Paulus ha pretendido que los peregrinos, dispuestos en orden de procesión, eran tan numerosos que salían ya de la ciudad los primeros grupos, cuando los últimos apenas entraban en ella. De esta manera, aun quedando en la verdad, pudo decir San Lucas que se efectuaba la entrada, y los otros dos que se realizaba la salida, en el momento en que se cumplía el milagro, porque salida y entrada eran simultáneas.

Sea de ello lo que fuere, no es posible dejar de observar que también esta vez, como en la liberación del endemoniado de Gergesa, emplea San Mateo el

ponderles que iba á pasar Jesús de Nazaret, hijo de David y Mesías de Israel. Al punto uno de ellos que parecía haberse dado á conocer particularmente por las demostraciones de su fe, y tal vez también por el papel que desempeñó en la Iglesia naciente, Bartimeo, empezó á gritar: «¡Señor Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!» Lo mismo hizo su compañero de infortunio. El primer movimiento de una multitud entusiasta es siempre mostrarse despiadada hacia los que turban sus manifestaciones. Aquí la ovación espontánea hecha al Maestro había tomado el carácter de una marcha religiosa, y los gritos de los ciegos iban á comprometer su armonía. No podía interrumpirse el orden, lo cual sucedería necesariamente si se detuviese Jesús para curar á los dos infortunados. Todos, pues, pretendieron hacerlos callar; pero su deseo de ser curados era más fuerte que todas las imposiciones, así que gritaban con creciente energía: «¡Señor, hijo de David, tened piedad de nosotros!» Conmoverido Jesús por esta obstinada y animosa plegaria, se detuvo. «¡Hacedlos venir!»—dijo á los que le rodeaban.—Estas palabras cambiaron al punto las disposiciones de la muchedumbre respecto á los dos suplicantes. Puesto que el Maestro se determinaba á consagrar con un milagro su improvisado triunfo, no había más que dejarle hacer. Con ello ganaría el entusiasmo universal. «Ten buen ánimo—dicen al más cercano de los ciegos;—levántate que te llama.» Al punto Bartimeo (1), arrojando la capa en que se mantenía acurrucado, y como

plural donde debiera mantener el singular. Aquí, como para los poseos, se ha pretendido decir que uno de los dos milagrosamente curados alcanzó mayor celebridad que el otro por su fe, y tal vez por su papel en la primitiva Iglesia. En cuanto al lugar en donde se operó la curación, los tres sinópticos podrían parecer acordes, si se admitiese que había dos ciudades en Jericó, la antigua y la moderna. Colocada entre ambas, la escena de los ciegos habría tenido lugar al salir de la una y al entrar en la otra. Pero la verdadera teoría sobre la inspiración de los autores sagrados ¿hace acaso obligatorias soluciones tan penosamente buscadas y en el fondo tan poco naturales? En todo caso, Marcos es de los tres sinópticos el único que conocía el nombre de Bartimeo y cuenta el incidente con detalles particularmente vivos. Lo había recogido, así dramatizado, de los labios de Pedro.

(1) Acaso á tal arranque de fe, como á su notoriedad personal fué debi-

si viese ya, corrió á Jesús que le llamaba. El otro llegó á su vez, y, mirándolos á los dos, dijo el Maestro. «¿Qué queréis que os haga?» «Señor, buen Maestro—le respondieron,—que veamos.» Al instante, tocando sus ojos dijo á cada uno: «Anda, tu fe te ha sanado.» En efecto, sus ojos se abrieron; y en un transporte de reconocimiento, los dos curados milagrosamente se unieron al cortejo, glorificando á Dios con todas sus fuerzas. Esta vez Jesús no mandó á los curados que callasen.

La muchedumbre, que no tenía necesidad de este incidente para celebrar las glorias del Profeta galileo, dejó, con más alborozo que nunca, estallar su gozo y admiración. Los acentos de su reconocimiento subían al cielo, y el Señor no se opuso, como en otro tiempo, á estas piadosas y legítimas demostraciones. Había llegado el tiempo en que todo el mundo debía gritar: «¡Hosanna al hijo de David!»; y si quisieran callar los hombres, como dirá pronto Él mismo, las piedras probarían de hablar en lugar suyo.

La emoción sin embargo era viva en toda la ciudad; había curiosidad en los puntos por donde había de pasar la comitiva. Todos querían ver con sus ojos al joven Profeta, y no lo conseguían sino con trabajo; tan numerosa era la muchedumbre.

Entre los más estrujados y menos dichosos, á pesar de los esfuerzos que hacía, se hallaba un hombre ⁽¹⁾ cuya vida era notoriamente reprehensible, pero cuya alma, naturalmente recta, no permanecía indiferente á los graves problemas de la cuestión religiosa. Era Zaqueo, jefe aduanero ⁽²⁾. La aduana tenía importancia considerable en Jericó por hallarse esta ciudad en la frontera de Judea y á las

do el que Bartimeo eclipsase á su compañero en los recuerdos de la tradición primitiva.

(1) Este relato falta en San Mateo y en San Marcos. San Lucas, redactándolo un poco en su estilo, vers. 4, 7, 9, permite entrever el origen arameo del cual lo toma. Nótese, vers. 1 y sig., la serie de *kal* con que entreteje y su *ὄνοματι καλούμενος*, que recuerda *ὅς καλεῖται τῷ ὀνόματι* de I, 61.

(2) El título de *ἀρχιτελώνης* significa uno de los jefes de aduana que correspondían directamente á los arrendadores generales romanos de que hemos hablado en otra parte.

puertas de Perea, dos provincias de jurisdicción diferente, administrada la una por los romanos y la otra por Herodes, y además servir de paso diario á las grandes caravanas de mercaderes que, procedentes de Siria, se dirigían á Egipto. Los derechos de tránsito originaban, pues, un ingreso ya muy crecido, pero había, sobre todo, otro impuesto que percibir sobre los productos del país, y particularmente sobre el bálsamo, que era, según confesión de los antiguos, el mejor del mundo entero. De aquí el número considerable de agentes del fisco reunidos en esta ciudad. Zaqueo, por más que fuese judío de origen, según indica su nombre ⁽¹⁾, ocupaba en él el puesto de director principal. La gran fortuna que pudiera valerle esta situación no contribuía sino á asegurarle mejor la aversión y el odio de sus compatriotas. Habiendo oído ya hablar de Jesús, de sus obras extraordinarias y de su benevolencia para con los publicanos, anhelaba vivamente verle cuando pasase. Desgraciadamente, el aduanero era muy bajo de estatura, y la muchedumbre, al precipitarse siempre delante de él, le impedía satisfacer su curiosidad. Con esta sencillez de maneras que conserva frecuentemente el hombre del pueblo, aun cuando los sucesos le hayan enriquecido sin enorgullecerlo, Zaqueo se apresuró á tomar definitivamente la delantera del acompañamiento y subir á un sicomoro. Desde allí, dominando la muchedumbre, podía distinguirlo todo cómodamente. En Oriente las grandes avenidas de las ciudades se hallan frecuentemente, como el de Chubra en el Cairo, plantados de esos árboles que, con sus ramas bajas y paralelas al suelo, ofrecen á la gente, los días de fiesta pública, lugares privilegiados para ver con comodidad. En ellos sorprendimos algunas veces á honorables ciudadanos esperando el paso de grandes personajes y de su escolta.

Al verlo así apostado, la muchedumbre, de quien era muy conocido por razón de sus funciones fiscales, manifestó tal vez su alegre sorpresa, pronunció su nombre, ó

(1) Zakkai era un nombre hebreo que quería decir el *Justo*, el *Puro* (*Esdras*, II, 9; *Nehem.*, VII, 14; *Josefo*, *Autob.*, 46).

aun empezó á repetir, á oídos de Jesús, en palabras poco caritativas, toda su historia. Mas el Salvador no desconocía por sí mismo esta oveja perdida; y así como había llamado á Natanael, sentado con toda su ciencia bajo una higuera, así juzgó á propósito llamar á Zaqueo, subido á un sicomoro. Llegado ante el árbol desde donde le miraba el publicano, levantó los ojos, y con aquella bondad siempre celosa de prevenir los corazones arrepentidos: «Zaqueo—dijo,—desciende presto porque es menester ⁽¹⁾ hoy hospedarme en tu casa.» Grande y singularmente dulce debió ser la sorpresa del publicano al oír estas palabras. ¡No quería más que ver pasar al Maestro, y era invitado á alojarle! Descendió apresuradamente, y transportado de alegría, condujo á Jesús hasta su casa para hacerle en ella los honores.

Como era de esperar, no á todos satisfizo esta determinación súbita del joven Profeta. El partido jerárquico se hallaba profusamente representado en Jericó. Hemos visto, por otra parte, que los sacerdotes y los levitas fijaban gustosos su residencia en esta ciudad vecina de Jerusalén, y desde ella se dirigían periódicamente al Templo para el cumplimiento de sus funciones. La llegada de Jesús con tal pompa sólo pudo excitar su envidioso odio. Fácilmente explotaron el incidente de Zaqueo, é inspiraron entre el pueblo el espíritu que los animaba. Por eso se dice que la muchedumbre se escandalizó y murmuró al ver al Maestro tomar hospedaje en casa de un peajero. Poco le cuesta al pueblo pasar de la admiración á la injusticia. No parece, sin embargo, que este movimiento de desaprobación hubiese sido profundo, ora porque la autoridad del Salvador estuviese por encima de las calumnias de sus adversarios, ora también porque la esperanza de ver la conversión á Dios de un pecador público legitimase á los ojos de los más sabios esta animosa resolución.

Zaqueo, en efecto, estaba visiblemente trastornado por

(1) El *dei, es menester*, que emplea aquí Jesús, revela el orden providencial según el cual Zaqueo se convertirá.

las palabras que el Maestro le había dirigido y el insigne honor que le hacía. La gracia opera presto prodigios, por poco que el hombre se deje conducir por sus sollicitaciones. Aun llevando triunfalmente á su huésped, el publicano no había perdido de vista los murmullos de la muchedumbre. Había tomado su partido. No permitirá que Jesús entre en su casa, sin haberle dado, delante de todos, la seguridad de que va á casa de un hombre en adelante honrado y transformado por el más formal arrepentimiento. No quiere que el Maestro coma á su mesa, con algún escrúpulo, un pan reputado fruto de culpables exacciones, y menos aún quiere que sea Aquel reprochado por su generosa caridad. Deteniéndose, pues, en el umbral de su morada, como para hacer frente ⁽¹⁾ á las acusaciones con que se le perseguía, y defender á Jesús, defendiéndose á sí mismo, dijo con la seguridad de un hombre que proclama una resolución heroica: «Señor, la mitad de cuanto tengo doy á los pobres; y si en algo he defraudado á alguno, le vuelvo cuatro tantos más.» He aquí lo categórico. Hace de su fortuna dos partes: la una que guarda prudentemente para su familia, la otra que da generosamente á los pobres; y por temor de que no se realice su promesa, habla, no en futuro: *daré*; sino en presente: *doy*. Así, desde luego, sacan los pobres su provecho de esta visita del Salvador. Por su parte, los ricos nada perderán en ella. Zaqueo va á examinar con cuidado toda su vida, y, si encuentra en ella injusticias, serán largamente reparadas. Y aun si alguien se cree víctima, que se presente desde luego, que hable, y se hará justicia á sus reclamaciones. Que nadie, pues, se escandalice; cualquiera que haya sido su pasado, el peajero, desde hoy, se convierte en un hombre honrado. La oveja vuelve á entrar en el redil. ¿Quien se atreverá á affigirse por ello?

Jesús aprecia vivamente este triunfo de la gracia, y, queriendo comunicar su satisfacción á los que le rodean, les

(1) Esto es lo que parece decir el texto *stans autem etc.*

dice, mirando á Zaqueo en la magnífica actitud que acaba de tomar frente á la muchedumbre y frente á su deber: «Hoy ha venido la salud á esta casa, porque él también es hijo de Abraham. Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perecido.» Según todas probabilidades, Jesús había entrado en Jericó después de mediodía; y pasó la tarde y la noche en casa de su huésped ⁽¹⁾, acabando con sus discursos lo que tan felizmente había empezado la gracia.

Sin embargo, la ciudad estaba presa de extraordinaria agitación por el gran suceso de aquel día. Por fin se revelaba el Mesías de los judíos. Decíase que subía á Jerusalén para hacerse coronar rey teocrático. Tenía lugar la inauguración de una nueva era. Si los discípulos, á pesar de todas las observaciones del Maestro, se sentían invenciblemente impulsados á esperar la inauguración de un reino terrestre, ¿cuáles no debían ser las ilusiones de la multitud? Cuando quiso partir Jesús, al día siguiente, se encontró en frente de un pueblo agitado, transportado, extraviado por humanas esperanzas ⁽²⁾. Deplorando su error, y deseoso de prepararle para el escándalo de su cruz, púsose, como discurso de despedida, á anunciarle, bajo los velos de una parábola, su marcha y su regreso, su muerte y su resurrección. Si se ignora aún en torno suyo, es tiempo de saberlo: no va al triunfo, sino al suplicio. Que no haya decepción cuando sobrevenga la catástrofe. En vez de descorazonarse, todo verdadero fiel deberá excitar vivamente su fe y afirmar la de los demás. No será larga la ausencia. Á su regreso, verá lo que ha hecho cada uno con la verdad y con las gracias de que era depositario. Entonces solamente empezará su reino efectivo, y

(1) Esto es lo que se colige de *Lucas*, XIX, 5, *σήμερον δεῖ με μείναι*, y 7, *εἰσῆλθε καταλύσαι*.

(2) *Luc.*, XIX, 11, da á esta efervescencia popular las dos causas que indicamos: «Jesús estaba cerca de Jerusalén», el lugar donde debía efectuarse la gran manifestación mesiánica, *eo quod esset prope Jerusalem*, y, «pensaban que luego se manifestaría el reino de Dios», *existimarent quod confestim regnum Dei manifestaretur*.

entonces también los siervos inteligentes y abnegados recibirán, como recompensa, una autoridad particular en la nueva sociedad religiosa. He aquí el sentido general de la parábola de las *minas* que se puso á relatar el divino Maestro.

«Un hombre noble—dijo—fué á una tierra distante para recibir allí un reino y después volverse.»

Podría verse aquí una alusión transparente á la historia contemporánea de los judíos, si, por otra parte, no supiésemos la poca afición que demostraba Jesús á la política. Arquelao había tenido por residencia real á Jericó, y los oyentes no habían podido olvidar que este príncipe, después de la muerte de su padre, Herodes el Grande, había regresado á Roma para hacer confirmar allí el testamento paterno y pedir la investidura de los Estados que le habían sido legados. Durante su viaje, sus súbditos, obrando diplomáticamente, habían suplicado á Augusto que los librase de una dominación tan odiosa, constituyéndose á sí mismo inmediato soberano suyo.

Aquí, el hombre de noble origen es Jesús, hijo de David, como se le aclama á su paso, pero también Hijo de Dios y Dios como su Padre. Emprende un lejano viaje, porque á través de los misterios de la muerte, y en otro mundo, debe ir á reclamar la investidura solemne de su realeza. Su ausencia, sin embargo, no será larga; no hará más que ir y venir; sus fieles no tendrán que aguardarle más que algunos días.

Al partir, el señor de la parábola quiso poner á prueba la fidelidad é inteligencia de sus amigos, y ver así qué papel administrativo podría confiar á cada uno cuando volviese con la corona real. Habiendo, pues, llamado á diez de sus siervos, les dió diez minas, una á cada uno, diciéndoles: «Traficad entre tanto que venga⁽¹⁾.» Esta parte de

(1) Encontrando algunos que una *mina*—unas 88 pesetas, si se trata de una mina atica, ó 350 pesetas, si se trata de una mina hebrea que representa 190 siclos á 3,50 pesetas uno—era un depósito mezquino para ser confiado á cada siervo, supusieron que el texto arameo, en el que bebe San Lucas, llevaba no *manim* ó *maneh*, «mina,» sino *manot* ó *manah*, «porción. En este

sus bienes que Jesús deja á sus discípulos no es más que el conocimiento de la verdad religiosa, la facultad de defenderla y de comunicarla. Sin duda que este conocimiento no es aún completo. Acaso es muy débil el poder de vencer que les es confiado; pero ¡qué importa!, han recibido una chispa; el Señor quiere ver qué harán de ella mientras esperan su regreso.

Partió, pues, el príncipe. «Mas los de su ciudad le aborrecían; y enviando en pos de él una embajada, le dijeron: No queremos reine éste sobre nosotros.» Idénticas palabras pronunciarán los judíos dentro de algunos días ante Pilato: «¡Muerte á Jesús, y ningún otro rey que el César!» Pero estos clamores de odio no impedirán que se atribuya la corona á quien la haya merecido. «Y cuando volvió, después de haber recibido el reino, mandó llamar á aquellos siervos á quienes había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno.»

Así, Jesús, volviendo de su viaje á las oscuras regiones de la muerte, é inaugurando en Pentecostés su reino definitivo, querrá saber en seguida el empleo que han hecho sus discípulos de los dones que les fueron entregados. Á ellos había sido dado ver de cerca al Maestro, confirmar el cumplimiento de las profecías, y recibir una gracia especial para anunciar el Evangelio. ¿Les habrá servido esto para desarrollar la fe de las multitudes después de la muerte y mientras esperaban su vuelta? Ó bien ¿habían enterrado miserablemente el tesoro que recibieron, descuidando así los más caros intereses del Maestro?

Llegado el primer siervo, dijo: «Señor, tu mina ha ganado diez minas.» Este creyente había conquistado diez creyentes más, y había comunicado á las almas de diez hermanos la luz que él mismo había recibido. «Está bien,

caso, habría sido confiada á cada depositario la décima parte de los bienes señoriales. Mas nada autoriza esta suposición, y, por otra parte, ninguna necesidad hay de saber el valor exacto de una mina. Semejantes detalles carecen de importancia en una parábola. Jesús quiere significar aquí, por la suma confiada, nada más que las gracias del apostolado en estado rudimentario. Por esto juzga El mismo *sin gran valor*, *év έλαχιστοφ*, el depósito en cuestión.

buen siervo, pues que en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades.» Su representación en la Iglesia será proporcionada al celo que haya desplegado durante la ausencia del Señor.

El segundo que se presenta ha ganado cinco minas de plata; se le confiará autoridad sobre cinco ciudades. Siempre se dispensarán las dignidades del nuevo reino en razón del éxito inteligente y del cuidado puesto en los intereses del Señor.

Viene, por fin, un siervo, el cual, en oposición así en obras como en palabras con los dos primeros, empieza á decir: «Señor, aquí tienes tu mina, la cual he tenido guardada en un lienzo ⁽¹⁾; porque tuve miedo de ti, que eres hombre recio de condición; llevas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste ⁽²⁾.» De tal modo creía poder abrigar, bajo un tono impertinente, y escudar con la injuria, su fracaso y su pereza. Tal es la historia de cuantos, después de recibir gracias abundantes, prefirieron seguir sus pasiones; buscan una excusa en las dificultades del deber, las exigencias del legislador, el peligro de emplear mal los dones celestiales. La razón más verdadera se encuentra en su cobardía y en su pereza.

Por eso va el amo á cerrarle la boca con un argumento personal, ineludible: «Mal siervo, por tu propia boca te condeno; sabías que yo era hombre recio de condición, que llevo lo que no puse, y siego lo que no sembré; pues ¿por qué no diste mi dinero al banco, para que, cuando volviese, lo tomara con las ganancias?» Puesto que conocía el carácter duro y avaro del dueño, debía declinar el honor

(1) El texto dice «en un sudario». Conocida es la costumbre, entre la gente del pueblo, de servirse de un lienzo ó de un pañuelo para atar en él cuidadosamente el dinero que no se quiere perder.

(2) Bastante difícilmente se explica el motivo que alega aquí el mal siervo para excusar su inacción. ¿Quiere decir que su dueño está habituado á reclamar lo que no ha dado, pidiendo, no sólo la suma confiada, sino también lo producido por ella? Así lo pretenden varios. Parece, sin embargo, más natural entender que no hizo trabajar el depósito porque sabía que era capaz su amo, en el caso en que hubiese salido mal la operación, de querer indemnizarse en su haber personal.

de trabajar por él, y resignar en las manos de la Iglesia su oficio de predicador y de evangelista. Seguramente, que entregar á otro el dinero que debía hacer producir por sí mismo, no hubiera sido más meritorio, pero, en fin, sería lógico en quien nada quería arriesgar por su amo. Guardarlo improductivo, como si no lo hubiese recibido, era mostrar una indiferencia á todas luces culpable. Es preciso que el rey sepa con quién puede contar para la defensa de sus intereses. El que quiera abstenerse debe advertirlo. Lo que equivale á decir que Jesús no reconoce á los tibios por sus amigos. Resueltamente afectos ó resueltamente adversarios; he aquí como quiere que sean los que á Él se allegan.

El peligro, pretextado por el siervo, de perder lo que había recibido al tratar de hacerlo fructificar, no era serio. Por más que la semilla divina se exponga á todo viento, acaba por encontrar á lo menos una tierra dispuesta á recibirla. En todo caso, si perece, perece para el Maestro. El esfuerzo, y, por consiguiente, el mérito del siervo, subsiste á pesar de los reveses que experimente. Lo peor que puede suceder al apóstol será consumir su vida en el trabajo. El depósito que quiso hacer fructificar á toda costa, fecundado por su sacrificio, producirá el céntuplo, y de ello quedará satisfecho el Señor. Las almas que se muestren cobardes en aceptar una misión superior á sus fuerzas, manifiésteno y confiesen su pereza; de lo contrario, el Hijo del hombre tratará á estos falsos valientes como merece su hipócrita fidelidad. «Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez minas.» En vano se le hará notar que hay algo de sorprendente en esta sentencia. «Yo os digo que á todo aquel que tuviere, se le dará y tendrá más; mas al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene.» He aquí el terrible juicio de Dios sobre aquellos á quienes había confiado una misión especial en la Iglesia. Nada hicieron por los demás, nada harán tampoco por ellos. La fe que no quisieron difundir se extinguirá en su propio corazón; la gracia que debían hacer fructificar en su apostolado permanecerá infecunda,

y estas manos, en primer lugar destinadas por la misericordia divina á empuñar el cetro, serán llamadas por la justicia eterna á sufrir las cadenas de la esclavitud. Los esforzados, al contrario, verán ensanchado el campo confiado á su celo. Cuanto más se dedica el apóstol al servicio de Dios, tanto más dilata Dios delante de él los horizontes. Así exclama Francisco Javier en éxtasis delante de los pueblos que ofrece Dios á su evangelización: «¡Más todavía! ¡más todavía!

«Y en cuanto á aquellos mis enemigos—añade el rey— que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá, y matadlos delante de mí.» Tal es el juicio del pueblo judío después del juicio del discípulo perezoso. Á cada uno su castigo según la gravedad de su falta.

Si, entre sus partidarios, hay alguien, después del Calvario, temeroso de predicar su divinidad y probarla por las profecías, por sus obras y discursos y por su resurrección, su nombre permanecerá obscuro y naufragará su fe. Otros, al contrario, aun recién venidos, tales como Pablo y Bernabé, serán constituidos príncipes de la Iglesia, por de pronto acá en la tierra, y después allá en el cielo, bajo la alta soberanía del Rey Jesús.

Por lo que toca al judaísmo, se desvanecerá en su malicia. El pueblo rebelde caerá bajo los golpes de los ejércitos romanos, y el juicio del Hijo del hombre, imponiendo su imperio al universo mundo, se cumplirá á la letra.

He aquí lo por venir. No hay que forjarse otro. Si hubiese querido Jesús dar á entender á Zaqueo que, habiendo recibido la luz del Evangelio, debía difundirla animosamente más tarde, podemos creer que la lección no fué perdida. Conforme una antiquísima tradición de Oriente, el jefe de los aduaneros, después de haber sido discípulo de San Pedro, llegó á ser obispo de Cesárea ⁽¹⁾.

(1) Véase *Hom. Clem.*, III, 63; y *Recogn.*, I, 72; II, 19.

CAPÍTULO III

Detención en Betania

Jesús hace alto en Betania.—Si se ocupaban de Él en Jerusalén.—Banquete de los amigos en casa de Simón el Leproso.—La mujer del vaso de alabastro.—María, que es la Magdalena, quiere en su homenaje recordar lo pasado y profetizar lo por venir.—Vergonzosa avaricia de Judas.—Leción conmovedora del Maestro.—María Magdalena será alabada en el mundo entero. (*Juan*, XI, 55-XII, 11; *Marc.*, XIV, 3-9; *Mat.*, XXVI, 6-13). (1)

Sin más tardanza, volviéronse á poner Jesús y los suyos en camino hacia Jerusalén. Las caravanas que le habían escoltado la víspera le siguieron aún, y la inmensa muchedumbre, acompañando á su Rey-Mesías, se internó en los caminos montuosos que llevan desde Jericó á la Ciudad Santa. Según todas las probabilidades, ocurría esto en el 8 de Nisán⁽²⁾, vigilia de sábado. Convenía apresurarse pa-

(1) Ciertamente, la unción contada por *Mat.*, XXVI, 6, y *Marc.*, XIV, 3, poco antes de las fiestas pascuales, es la misma que encontramos en *Juan*, XI. Verdad es que los dos sinópticos mencionan sólo la unción de la cabeza, y Juan sólo la de los pies; mas hay un detalle largamente compensado con la denominación característica del perfume en Juan y Marcos, *μίροννάριου πιστικῆς*. Se ha objetado también que los dos sinópticos colocan la unción dos días antes de la Pascua, mientras que Juan precisa que tuvo lugar seis días antes. La respuesta es que en aquéllos se halla relatada en forma de paréntesis y de una manera retrospectiva, á propósito de la traición de Judas. El Evangelio oral había hecho esta trabazón lógica y el Evangelio escrito la mantuvo á expensas del orden cronológico. Juan pone todas las cosas en su punto y nos cita el nombre de la que hizo la unción. En los otros dos evangelistas estaba designada, como lo había sido la pecadora en *Lucas*, VII, 37, bajo el calificativo de *γυνή*, y era, en efecto, la misma *mujer* que tenía por nombre María, hermana de Marta y de Lázaro, en otro tiempo pecadora y actualmente santa y fiel amiga de Jesús.

(2) La Pascua, según el texto del Levítico, cap. XXIII, 5, se celebraba el día *catorce* del primer mes. Ahora bien, S. Juan, cap. XII, 1, dice expresamente que Jesús llegó á Betania *seis* días antes de Pascua, por consiguiente, el 8 de Nisán, al atardecer. Puede modificarse esta fecha comprendiendo en

ra llegar temprano y no quebrantar la ley del descanso.

Después de haber atravesado el lecho del Kelt, empezaron los peregrinos á subir aquellas rampas rocosas, que, á modo de inmenso contrafuerte, sostienen los terrenos más elevados de Judea, y forman el límite occidental del valle del Jordán. Durante cerca de seis horas, caminaron por un país absolutamente árido, á través de desfiladeros célebres por los asesinatos y robos de que habían sido teatro ⁽¹⁾, y hacia el atardecer, llegaron al pie de la última montaña que ocultaba Jerusalén á los ojos de los viajeros.

Aquí hicieron alto Jesús y los suyos, mientras que el resto de los peregrinos se apresuraban á llegar á la Ciudad Santa, antes de la puesta del sol ⁽²⁾. Las noticias que llevaron debieron acrecentar la efervescencia de los espíritus ya excitados. Nos cuenta San Juan ⁽³⁾, en efecto, que todo el mundo, en diversos sentidos, se ocupaba de Jesús en aquella ciudad. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos vigilaban atentamente su regreso, para ejecutar sus resoluciones homicidas. Los peregrinos que ya habían llegado ansiaban verle; y como esperaban encontrarle en el Templo, allí se mantenían á pie firme, esperando con alguna impaciencia. «¿Qué creéis?—se decían los unos á los otros.—¿No vendrá á la fiesta?» Grande debió ser su alegría cuando supieron que había llegado á Betania con sus discípulos, y que se disponía á ir á Jerusalén dos días más tarde, después de haber celebrado el sábado.

Efectivamente, también esta vez había querido el Maestro recibir santa y cordial hospitalidad en casa de Marta y María. El camino de las caravanas casi tocaba en el pueblecillo habitado por la piadosa familia. Pasar con sus Apóstoles sin detenerse, hubiera contristado vivamen-

estos seis días el de la llegada á Betania y el de Pascua, pero entonces no se toman ya los textos en su significación natural.

(1) *Luc.*, X, 30. La subida de Adumin (Khan Hadur) era famosa por los crímenes que en ella se habían cometido. Se le había dado el nombre de *Subida-Roja*, como si con la sangre de los viajeros desvalijados se hubiesen teñido las rocas abruptas y rojizas.

(2) En este momento empezaba el sábado.

(3) *Juan*, XI, 55-57.

te á tan fieles amigos. Por otra parte, podía parecer imprudente ir, desde el primer día, á instalarse en Jerusalén, y más todavía quedarse allí por la noche. Porque ¿no habían resuelto sus enemigos prenderle á favor de las tinieblas para evitar un alboroto? En realidad, la primera noche que pasó en la Ciudad Santa, con ocasión de la comida pascual, resultó ser la noche fatal. Una vez más, y durante seis días, fijó, pues, su domicilio en Betania, proponiéndose volver á entrar en ella cada día, antes de anochecido, como en la ciudadela tutelar, en que no podía penetrar el odio de sus adversarios.

Desde la resurrección de Lázaro, la piadosa familia no había vuelto á ver á Jesús; con esto quedan explicados los transportes con que debió ser acogido. Pasó la tarde en suaves efusiones de piedad y ternura. Una vez más—y tal vez se decían que sería la última⁽¹⁾—oían aquella palabra del Maestro discurriendo con serenidad y unción sobre la vida bienaventurada en el nuevo reino. Satisfechos dejaban transcurrir las horas escuchando las incomparables conversaciones del Huésped divino, y jamás fué mejor santificado sábado alguno que este último pasado por Jesús en la tierra, en un medio en que todos los corazones se hacían eco de los acentos religiosos de su alma.

El sábado, día siguiente al de su llegada, se le ofreció un banquete en la casa de Simón el Leproso. Si, conforme varios autores suponen, era este personaje el jefe de la familia de Betania, jefe desaparecido durante algún tiempo⁽²⁾, puesto que no figura en el duelo de Lázaro, en el que debía tener naturalmente lugar junto á las dos desoladas hermanas, la escena siguiente pasó en casa de Marta y María. Pero todo induce á creer que Simón era sencilla-

(1) El hecho de María, al día siguiente, permite creer, según la palabra de Jesús (*Juan*, X, 7), que esta mujer esperaba la próxima catástrofe.

(2) Indudablemente, Simón debió hallarse mezclado de algún modo en los sucesos de la historia evangélica que nos son desconocidos. Se ha supuesto, con bastante verosimilitud, que Jesús le había curado de la lepra, y que, en consecuencia, éste y su familia se habían convertido en creyentes tan firmes como afectuosos.

mente un amigo de Jesús, á quien el reconocimiento había inspirado la idea de ofrecer un banquete de honor al Maestro y á sus discípulos ⁽¹⁾. Había convocado á todos los fieles de toda la población, y no había sido olvidada la familia que albergaba á Jesús. Esta fiesta era la protesta de los amigos contra la actitud amenazadora de los enemigos. Cada uno había llevado á ella lo que podía realzar el triunfo del Maestro. Lázaro, sentado entre los convidados, atestiguaba el poder sobrehumano que le había vuelto á llamar á la vida. Marta no había querido dejar á nadie el honor de servir á su huésped y, al cederlo para una comida, había deseado seguirle, á fin de rodearle también de sus afectuosos cuidados. En fin, María se preparaba á sobrepujar á todos con una demostración inesperada de respeto y amor, que llegó á ser el suceso culminante del festín. Por lo que toca á pruebas de afecto, las grandes almas tienen inspiraciones súbitas y sublimes, que dejan á una distancia infinita, en pos de ellas, todas las manifestaciones, aun las más solícitas, del vulgo. Se admiran, y aun se escandalizan las que son incapaces de comprenderlas.

En medio de la comida, vieron entrar á la joven ⁽²⁾ llevando en sus manos un vaso de alabastro en que se hallaba encerrado el más exquisito de los perfumes. Era de purísimo nardo ⁽³⁾, de gran precio, resto probable de sus va-

(1) Sería sorprendente que el evangelista hubiese empleado la fórmula vaga *ἐποίησαν δείπνον*, se le ofreció un banquete, si el banquete hubiese sido ofrecido por la familia misma de Lázaro, y sería aún más sorprendente que la presencia de Lázaro en este banquete fuese señalada como hecho digno de ser notado, si el convite hubiese tenido realmente lugar en su propia casa. Sabido es, en efecto, que S. Juan menciona á Lázaro como un convidado eventual: *Lazarus vero, unus erat ex discumbentibus cum eo*.

(2) Los sinópticos se obstinan en callar su nombre. Según hemos ya observado, dicen sencillamente: *una mujer*, lo mismo que había dicho Lucas al hablar de la pecadora, cap. VII, 37.

(3) El nardo es un perfume menos buscado hoy que antiguamente. Se le extrae de una planta conocida en botánica con el nombre de *Nardostachys Jatamansi*, que crece en la India, en Persia, Ceilán y en el Himalaya. Su sabor aromático y amargo recuerda la valeriana. Su olor es agradabilísimo. Dioscórides, I, 77, *περὶ ναρδίου μύρου*, cuenta como se preparaba este perfume con aceite de nueces y una serie de otros ingredientes, nardo, balsamo, mirra, etc. (V. Plinio, XII, 25; XIV, 19; XVI, 59; Galen., *Simp. med.*, VIII, 13; Celso, *Hierobot.*, II, 1 y sigs.

nidades de otros tiempos. Exigía la costumbre, entre los antiguos⁽¹⁾, que el huésped honrase á sus convidados derramando sobre su cabeza aceite odorífero⁽²⁾. Aun hoy son rociados con agua de rosas. Á María estaba reservado este importante papel. Su mano, que tantas veces, en otros tiempos, había derramado perfumes á los convidados del crimen, se creía ahora bastante pura para ungrir la cabeza del Santo de los santos. Con la soltura natural en una mujer que había pertenecido al mundo, y al mismo tiempo, con el elevado sentimiento de respeto que tan bien caía en una rehabilitada, se acercó solemnemente al Maestro. Su actitud tenía algo del creyente que se adelanta para adorar, y algo también del sacerdote que va á consagrar á un rey ó á santificar una víctima.

Los vasos de perfume se vendían entonces, como hoy, en todos los bazares de Oriente, cuidadosísimamente cerrados y sellados. María no ha tenido tiempo para abrir el suyo. Por otra parte tiene determinado no guardar nada de su ofrenda. La graciosa urnita, que ha de ser vaciada hasta la última gota con el afecto más puro, y santificada con el contacto de una carne divina, no podría en adelante servir para otras fiestas. El holocausto del amor quiere destruirlo todo. Rompe, pues, violentamente el cuello de la botella de alabastro, en vez de abrirla con precaución, y, mientras contempla, con tierna adoración, la augusta cabeza del Rey-Mesías, se extiende su brazo como para consagrarla, y derrama piadosamente el perfume. Luego, de pronto, venla detenerse admirada de su atrevimiento. ¿Qué pensamiento atraviesa su alma? Si hoy no es indigna de tocar la cabeza del Maestro, es porque en otro tiempo tuvo el valor de besar sus pies. Lo pasado revive entonces enteramente, con sus emociones sublimes, en la inspiración de lo presente. También, como aho-

(1) David (*Salmo*, XXII, 5) se sirve de esta imagen para expresar la intimidad de su unión con Jehová: «Preparaste ante mí la mesa, rociaste mi cabeza con aceite, etc.» La civilización pagana conocía estas mismas prácticas. (V. Platón, *de Republ.*, III; Marcial, *Epigr.*, XII; Horacio, *Carm.*, II, 11, 16)

(2) En *Luc.*, VII, 46, Jesús protesta contra la omisión de esta cortesía.

ra, á mitad del convite, fué perdonada en otro tiempo. Cayendo de rodillas, quiere renovar la conmovedora escena de la cual data su justificación, y cuyo recuerdo permanece indeleble en su alma. El vaso contenía una libra del precioso líquido. No habiéndose agotado todo el perfume en aquel primer acto de adoración, empieza á rociar los pies de Jesús. Así destila el perfume sin reserva, como tiene entregada su alma, desde el gran día de su rehabilitación. Á decir verdad, sus ojos no saben encontrar lágrimas. Los amigos de Dios no tienen ya que llorar. La conciencia de su pureza moral les prohíbe toda tristeza. Y, sin embargo, la amiga fiel quiere luchar ahora con generosa humildad contra la pecadora de otros tiempos. Quédanle aún sus hermosos cabellos, recuerdo de un pasado criminal; debían concurrir, ellos también, al homenaje filial que ella había preparado. Á medida que Jesús la deja hacer, se exalta á sí misma. Olvidando á todo el mundo, para no ver más que á su Salvador, desata sus trenzas sedosas, como para vituperar una vez más sus antiguas debilidades. ¿Qué le importa recordar su deshonra, si así debe glorificar al Maestro? Con su cabellera enjuga piadosamente los pies benditos que el nardo inunda. La comunicación íntima que se establece entre ella y Jesús parece arrebatarla en éxtasis. No teniendo nada más que dar, calla, suspira y adora. El Maestro dirá muy pronto lo que piensa de una fe tan viva y de un amor tan ardiente.

Entretanto la casa entera había sido embalsamada por la efusión del perfume. Al decir de Plinio ⁽¹⁾, nada esparcía un olor más delicioso que el nardo. Ahora bien, según los Evangelistas, el que aquí corría era de la mejor procedencia, y sin mezcla de elementos extraños ⁽²⁾. Su valor, á

(1) *Hist., Nat.*, XIII, 35, y XII, 26.

(2) El epíteto *πιστικός*, que se encuentra en Jenofonte, *Ciróp.*, I, 6, 10: «razonamientos *πιστικώτερος*;» en el *Gorgias* de Platón, p. 455: el orador es *πιστικός* solamente,» con el sentido de *persuasivo*; y en Artemidoro, *Oneir.*, II, 32: «mujer *πιστική* y casera,» con el sentido de *fiel, digna de confianza*, debe hacer entender que el nardo no estaba falsificado. Plinio (*H., N.*, XII, 26) dice: «*Adulteratur et pseudonardo herba; sincerum quidem levitate deprehenditur.*» Tibulo, hablando también del nardo puro, confirma este sentido

buen seguro, debía ser considerable. Por desgracia, al lado de almas sublimes que vuelan por las regiones superiores, hay otras vulgares que andan arrastrándose; así, mientras aquéllas se dejan llevar por el movimiento de sus aspiraciones heroicas, éstas entorpecen su marcha con los cálculos estrechos de intereses miserables, víctimas del utilitarismo que tiende á suprimir toda generosidad, toda poesía, todo ideal de la vida. Algunos discípulos—dicen los Sinópticos,—se escandalizaron de una prodigalidad, no sólo superflua respecto de un convidado del todo indiferente á los refinamientos de un lujo tan exagerado, sino también deplorable, en particular, como suma de dinero derrochado.

San Juan, precisando mejor los detalles, deja entrever que un solo discípulo fué el responsable del descontento general. Este fué el hijo de Simón, Judas Iscariote, el mismo que, dentro de poco, se mostrará enemigo del Maestro traicionándole. Después de haber comunicado sus impresiones á los demás, se hizo intérprete de las impresiones de todos. «¿Por qué—gritó con la audacia que caracterizaba su naturaleza cínica,—no se ha vendido este perfume por trescientos denarios, para limosna de los pobres?» Así, el mal discípulo reduce al punto á su valor en venta el sacrificio que María acababa de hacer ⁽¹⁾. Trescientos denarios perdidos; he aquí todo lo que vió aquella alma terrena en un acto incomparable de amor y de adoración suprema. Sin duda que, para paliar lo que hay de impertinente en su crítica, habla de los indigentes á quienes se habría podido beneficiar con tan crecida suma; pero, en el fondo, se comprende que los pobres son la bolsa común, de la que es él infiel custodio. En efecto, en ella mete su

de πιστικός. La interpretación que hace derivar πιστικός de πίνω, y lo traduce por líquido, no está más fundada que la que saca su etimología de un nombre de país.

(1) Merece notarse que Marcos coincide exactamente con Juan en la evaluación del perfume en 300 denarios, esto es, 255 pesetas, valiendo entonces el denario romano 85 céntimos. Judas muestra, con su apreciación, que dominaba por completo la cuestión monetaria y veía de una ojeada el valor de cada cosa.

mano sin escrúpulo, más para robar que para distribuir ⁽¹⁾. Cuando está repleta, las fraudulentas subtracciones que practica ofrecen menos peligro y son más provechosas. ¿Había parado en ladrón porque era tesorero, ó bien había procurado ser tesorero porque era ladrón? Nadie podría decirlo. Las aptitudes particulares de aquella naturaleza fría y positivista habían podido determinar á los Apóstoles á proponerlo ellos mismos para semejante empleo. Jesús, como lo hace la Providencia en el gobierno de los hombres, respetó la libertad de la elección. No tenía que intervenir en nombre de su presciencia divina, cuando la justicia soberana perseguía de esta suerte sus terribles designios. El peor castigo de los malvados es con frecuencia el no encontrar ningún obstáculo en el camino por donde su malicia los arrastra. Dios libra de la tentación al que quiere huir de ella, mas no impide que caiga en ella quien la busca.

Ignoramos lo que la santa amiga del Maestro debió responder á la impertinente observación. Es de creer que sólo la conmovió medianamente. Los corazones que se remontan muy alto no oyen los murmullos que proceden de tan bajo. Por otra parte, encargándose de la réplica Jesús, no había más que dejarle hacer.

La malicia de Judas y el murmullo injurioso, aunque irreflexivo, de los demás discípulos, le habían apenado. Tomó al punto la palabra para poner de manifiesto la falta de todos, mas con aquella bondad llena de tristeza que humilla al culpable y con frecuencia logra enternecerlo.

(1) Esto es lo que dice San Juan en el vers. 6. Le llama categóricamente *ladrón* (*κλεπτής*); y si, para evitar una tautología evidente, se da al verbo *εβασταζεν* el sentido de *robar*, la explicación sigue de cerca á la acusación. Ahora bien, este sentido es frecuente en los autores. Véase Josefo, *Ant.*, XIV, 7; Diógenes de Laerte, IV, § 9. En cuanto á la palabra de que se sirve Juan, *γλωσσόκομον*, designa, según su etimología, el estuche donde los músicos guardaban las boquillas de sus flautas, pero que, dada su forma de pequeña caja, se transformaba fácilmente en arquita para caudales. Esta es la palabra empleada por los Setenta, *II Paral.*, XXIV, 8, 10, 11, para indicar el cepillo de las ofrendas. Josefo, *Ant.*, VI, 1, 2, da también este nombre á la cajita donde los filisteos habían encerrado los ratones de oro. El grupo apostólico guardaba en ella las ofrendas de los amigos para proveer á su subsistencia y para las limosnas.

Si á Judas le conviene una lección más dura, se la reserva en una transparente alusión; y si sueña ya en traicionar á su Maestro, podrá comprender que éste lee en el fondo de su alma tan negro proyecto ⁽¹⁾. «¿Por qué molestáis á esta mujer? La obra que ha hecho conmigo es buena. Á los pobres los tenéis siempre con vosotros; pero á mí no me tendréis siempre.» Este acento melancólico y tierno hacia el reproche particularmente penoso para corazones amigos. Los verdaderos discípulos debieron sentir pesar de las imprudentes palabras que habían proferido. Jesús no había terminado su lección. Se había invocado el principio del utilitarismo. ¡Ay! aquella unción no era inútil; porque su objeto real no había sido aumentar las delicias de un festín, sino comenzar los honores de un sepelio.

El amor ha dado á María una intuición profética. Sabe lo que sucederá mañana; y mientras todos esperan el triunfo, ella prevé seguramente la catástrofe. Que los demás se entreguen á sus sueños ambiciosos; á ella le embargan ideas de muerte y de separación. Contemplando aquella cabeza amada entre las alegrías del banquete, ve detrás de ella la muerte acechándola á punto de tocarla ⁽²⁾. Por eso quiere embalsamarla de antemano, y defenderla de los estragos del sepulcro. Contempla los pies benditos del Enviado celestial, y considerando que los malos van á

(1) Para Judas, la palabra del Maestro parece querer decir: «Amigo mío, refrena tu odio un momento todavía, pronto será satisfecho, porque voy á ser inmolado por aquellos á quienes me entregarás. No lamentes el último testimonio de amor que me da esta mujer; se armoniza con tus proyectos, pues prepara mi sepultura. Si te crees con derecho á venderme, deja á esta mujer el de embalsamarme.» Se notará la particular precisión del relato que Juan hace de esta escena. El es quien indica la unción característica de los pies, el nombre de la mujer, María, el de Judas, quien, después de haber provocado el descontento entre sus colegas, lo repite en alta voz, en fin la relación inmediata de la protesta de este Apóstol con su próxima prevaricación; estos detalles son de un testigo ocular.

(2) Parece que el autor se deja llevar del entusiasmo que todos experimentamos ante la hermosa acción de María de Magdala. Nada nos indica que ésta sospechara la relación simbólica que Jesús establece entre la unción del festín y su propia sepultura. Preferimos la nota del P. Scio: «Su misma obra anuncia mi muerte, *aunque contra su intención*, y previene mi sepultura.» Véase Knabenb., *Comment. in Evang. S. Joannis*, p. 376.—N. del T.

detenerlos en su carrera, resuelve ungirlos para darles fuerza con que correr aún, cuando hayan pisoteado victoriosamente las asechanzas de la muerte y del infierno. Así el embalsamamiento se extiende á todo el hombre, y la consagración abraza la víctima por completo. La hora de los malos puede llegar, la presa está dispuesta para el sepulcro. María ha desempeñado dignamente el papel augusto que le ha inspirado su fe y su amor. «Ha hecho cuanto estaba en su mano, añade Jesús. Derramando sobre mi cuerpo este bálsamo, lo ha hecho para disponer mi sepultura. En verdad os digo, que doquiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, se contará también en memoria de esta mujer lo que ha hecho.»

La gloria de María Magdalena consistió en leer en lo por venir, cuando todos los discípulos, cegados por sus terrenales ilusiones, nada veían; mostrarse santamente pródiga, cuando el murmullo de la avaricia la acusaba; publicar altamente su amor, cuando la hipocresía de Judas disimulaba su rencor. Su gloria es la de una amistad fiel, de un arrepentimiento heroico, de una fe invencible. He aquí por qué han transcurrido más de dieciocho siglos desde el día en que Jesús profetizó la celebridad futura de su amiga, y más que nunca es Magdalena conocida, admirada, honrada en todas partes. ¡Cuántas almas han envidiado su cometido en aquel festín de la santa caridad! ¡Cuántas bocas la han proclamado feliz! ¡Cuántas mujeres han querido llevar su nombre! La poesía, las artes, la elocuencia, la han celebrado á porfía, y la humanidad, rendida de admiración ante el gran corazón de la pecadora convertida, le ha consagrado el culto más tierno y más consolador.

Por la tarde, probablemente cuando el sábado había terminado ⁽¹⁾, una gran multitud dirigióse desde Jerusalén á Betania para ver, no solamente á Jesús, sino también á Lázaro resucitado. Los judíos, llegados de todas partes, é informados de los importantes sucesos recientemente acae-

(1) La distancia entre Jerusalén y Betania era un poco mayor de la que podía recorrerse, en semejante día, sin faltar á la ley del descanso sabático.

cidos, debían tener el más vivo interés en ver Aquel que se anunciaba como Mesías, y comprobar con sus propios ojos, en Lázaro vuelto de la tumba, la señal auténtica de su divina misión.

Este movimiento de legítima curiosidad, capaz de hacer nacer la fe en muchas almas, amenazaba con dejar casi solos á los jefes de la oposición en el momento mismo en que querían empeñar la lucha. Todos sus proyectos podían quedar súbitamente frustrados. Sin apoyo en el pueblo, eran incapaces de tener en jaque la influencia de las caravanas galileas, completamente fieles á Jesús, su compatriota. Ocurrióseles entonces el extraño pensamiento de matar á Lázaro. Según todas las probabilidades, le creían sospechoso de superchería en el incidente de su resurrección; de otra suerte, su resolución hubiera sido una necedad, pues si le había resucitado una vez, podría resucitarlo de nuevo. Siempre obstinados en no ver en las obras de Jesús más que una serie progresiva de falsos milagros hábilmente combinados para arrastrar al pueblo, se empeñaban en querer demostrar que tenían razón.

Todo esto no impedía que la multitud se mostrase muy felizmente dispuesta en favor del joven Profeta, y que afirmase su entusiasmo, aún á despecho de la oposición del partido jerárquico. Sólo esperaba una ocasión para aclamar á su Rey-Mesías, y esta ocasión no se hizo esperar.

CAPÍTULO IV

Entrada triunfal en Jerusalén

Jesús se entrega al movimiento entusiasta de la multitud.—Cortejo triunfal en su marcha á Jerusalén.—Cabalgadura que escogió Jesús.—Aclamaciones de la multitud.—Aviso caritativo de los fariseos.—Respuesta de Jesús.—El Maestro llora sobre Jerusalén.—Entrada en la ciudad.—Emoción general.—Rápida visita al Templo. (*Juan*, XII, 12-19; *Mar.*, XI, 1-11; *Luc.*, XIX, 29-44; *Mat.*, XXI, 1-11).

Jesús no se negó á entregarse al movimiento popular, porque, según el plan divino, debía ir á la muerte pasando por el triunfo. ¿No acababa de ser consagrado simbólicamente rey y víctima en el banquete de Betania? No había más que dejar hacer á amigos y enemigos.

El 10 de Nisán era, en el año judío, la fecha sacramental, en que cada familia apartaba el cordero para la Pascua ⁽¹⁾. Esta separación misteriosa santificaba la víctima, y la consagraba oficialmente para la próxima fiesta. Jesús, Cordero místico, debía encontrar natural separarse también de la multitud á la hora prescrita por la Ley. Aceptando el triunfo que se le preparaba, entendía consagrarse libremente á la muerte para salvar á la humanidad. Los grandes recuerdos bíblicos estaban sin cesar presentes á sus ojos, y quería realizar, hasta la última, cada una de las proféticas figuras que le habían anunciado. En igual día, Josué, después de atravesar el Jordán, había comenzado la lucha con los reyes cananeos ⁽²⁾. Semejante aniver-

(1) *Éxodo.*, XII, 3.

(2) *Josué*, IV, 19, (*).

(*) Ha sido muy frecuente ver en Josué un tipo profético de Jesús. San Jerónimo; *Ad Paulinum*, Migne, vol. I, epist. 53, escribe: «Veniam ad Jesum Nave, qui typus Domini non solum in gestis, sed etiam in nomine, hostium

sario se recomendaba muy naturalmente al verdadero guía del pueblo de Dios para emprender la fundación de la Iglesia, hacer frente á sus enemigos, y, aunque cayendo bajo sus golpes, anonadarlos para siempre. Probablemente fué hacia el mediodía ⁽¹⁾ cuando, saliendo de casa de Marta, se puso en camino para Jerusalén. La nueva se extendió rápidamente y comenzó á acudir la multitud de todas partes.

Ésta aumentó más todavía, al llegar á Betfagé ⁽²⁾, que estaba bastante cerca de la ciudad para autorizar á que los rabinos dijeren: «El pan hecho en Betfagé es sagrado, como si hubiese sido preparado en Jerusalén ⁽³⁾.» Quizá los campamentos de los peregrinos, que no habían encontrado sitio en la ciudad, se prolongaban hasta allá. Menos liga-

regna subvertit, divisit terram victori populo, et per singulas urbes, viculos, montes, flumina, torrentes atque confinia, Ecclesiae coelestisque Jerusalem spiritualia regna describit.» Conviene, sin embargo, no olvidar que muchas de las explicaciones de la escuela figurista fueron recursos oratorios, alegorías arbitrarias, mejor que verdadero sentido típico escripturístico. — (N. del T.)

(1) Esto se puede deducir de que en Jerusalén tuvo solamente tiempo de visitar el Templo antes de regresar á Betania, al anochecer.

(2) Omitiendo la tradición sinóptica la parada hecha en Betania, los tres primeros Evangelistas parecen conducir directamente á Jesús desde Jericó á Jerusalén, donde hace su entrada triunfal. *Juan* llena esta laguna, y reanuda en seguida el relato de sus predecesores en el momento en que Jesús, entre Betania y Jerusalén, encuentra la cabalgadura que debía distinguirlo de la muchedumbre que le rodeaba. *Lucas*, XIX, 29, y según los mejores documentos, *Marcos*, XI, 1, parecen suscitar una dificultad topográfica situando á Betfagé antes de Betania. En efecto, San Lucas dice: «Cum appropinquasset ad Bethphage et Bethaniam.» Ahora bien, si realmente los que iban á Jerusalén encontraban primeramente á Betfagé y después á Betania, parecería, en razón de *Juan*, XII, 14, que Jesús, salido de Betania, no había podido tomar el asno más que retrocediendo, lo que no es natural. Pero, si consultamos la verdadera lección del texto de *Marcos*, XI, 1: «Cuando se acercaron á Jerusalén, y á Betfagé y á Betania, en el monte de las Olivas,» se ve que, una vez indicado el punto más importante, el término de la peregrinación, Jerusalén, el Evangelista retrocede hasta Betania, punto de partida del cortejo, pasando por Betfagé, punto donde se organiza definitivamente la marcha triunfal. Como no tenemos ningún dato preciso sobre el sitio de Betfagé (*la casa de los higos*), podría ser igualmente suponer que el pequeño burgo estaba en el camino de las caravanas, en el punto en que este camino se bifurcaba para conducir á Betania. Pero, en este caso, ¿podría aplicársele la serie de textos en que el Talmud le supone á las puertas de Jerusalén?

(3) *Bib. Pesachim*, 63, 2; *Menachot*, 7, 6. De Betfagé se dice también, en estos libros, que está *extra muros*, y aun *in conspectu moenium urbis*.

dos con los habitantes de la capital, y acostumbrados á la vida al aire libre, los galileos más particularmente se acantonaban por allí de muy buen grado. Sea como fuese, el entusiasmo tomó, desde aquel momento, proporciones considerables. Por las laderas del monte del Olivar, la multitud corría delante de Jesús agitando en sus manos ramos de palmera, con presteza cortados. Este árbol es, en Oriente, el emblema de la fuerza y de la hermosura. Moisés, en el Levítico ⁽¹⁾, recomendaba al pueblo que llevase estos ramos en la fiesta de los Tabernáculos, en señal de alegría y como para hacer una ovación anticipada al Mesías venidero. Ahora el pueblo, creyendo ver con sus propios ojos á este Mesías, no contenía su júbilo, y le saludaba con las simbólicas palmas. Sus cánticos acababan la explicación de su pensamiento.

Un salmo mesiánico ⁽²⁾, que se complacían en repetir en sus manifestaciones religiosas, en la procesión de los Tabernáculos y al final de la comida pascual, después del gran *Hallel*, parecióles responder á las impresiones del momento. Á coro, la muchedumbre cantaba: «Hosanna! ⁽³⁾ ¡Salud! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor; bendito sea el Rey de Israel!» Para éstos, Jesús era, pues, no sólo un profeta, sino el Enviado mesiánico, el nuevo rey de la teocracia. Y el Maestro no imponía silencio á esta fe valiente y bulliciosa. Quiso, por el contrario, probar que ella tenía razón de afirmarse así, realizando á la vista de todos una profecía muy significativa de Zacarías ⁽⁴⁾, el cual había dicho que la realeza humilde y pacífica del Mesías no se parecería á la de los potentados de la tierra, y que,

(1) *Levit.*, XXIII, 40.

(2) *Salmo*, CXVII, 25-26.

(3) *Hoschaj-na* significa «Salva, te ruego,» sobreentendiéndose *Jehová*. Apenas se puede traducir á nuestra lengua más que por ¡Salud! ó también por ¡Viva!

(4) *Zacarías*, IX, 9, pinta, en efecto, «el júbilo de la hija de Sión saludando la llegada de su rey, justo y victorioso, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino. Los carros, los caballos, los arcos de guerra, no tienen nada que ver en su triunfo. Anuncia la paz á las naciones.» *Juan* cita libre é incompletamente este pasaje del Profeta, y *Mateo*, que también lo abrevia, parece mezclarlo con *Isaías*, LXII, 11.

en medio de su triunfo, se mantendría dulce y modesto. En esta doble señal, Israel debía reconocer á su Rey y á su Salvador ⁽¹⁾.

Pues bien, en aquel momento, para distinguirse de la multitud que lo rodeaba y mostrarse á los amigos que lo aclamaban, Jesús se determinó á ocupar el sitio de honor en aquella marcha triunfal á Jerusalén. En otro tiempo, sus antepasados, David y Salomón, habían entrado solemnemente en la Ciudad Santa, cabalgando en sendas mulas de ricos caparazones; Él, el verdadero Rey, no de los ejércitos, sino de las almas, llegará modestamente sobre un asno; y su pueblo reconocerá que quiere ser para todos un príncipe tan sencillo como bondadoso. «Id—dijo á dos de sus discípulos,—á esa aldea que se ve en frente de vosotros, y, sin más diligencia, encontraréis una asna atada y su pollino con ella, que ningún hombre ha montado jamás. Desatadlos y traédmelos. Y si alguno os preguntare: ¿Qué hacéis?, responded que el Maestro los ha de menester, y al instante os los dejará llevar.» Obedeciendo esta orden, los discípulos se fueron y encontraron, en efecto, los dos animales atados fuera, delante de una puerta, en el sitio donde dos caminos se cruzaban ⁽²⁾. Á la sencilla observación de que su Maestro los necesitaba, se les permitió llevárselos. Los propietarios eran sin duda amigos de Jesús ⁽³⁾. Por otra parte, ¿quién se habría atrevido á rehusar su concurso en el triunfo del Rey Mesías? Ante el Señor que hablaba, no había otros señores, y el propietario debía olvidar sus derechos.

(1) *Juan*, XII, 16, observa que los mismos discípulos no sospecharon, en lo que sucedía, el cumplimiento de una profecía. Más tarde solamente, después que el Maestro hubo entrado en la gloria, fué cuando recordaron y comprendieron el alcance profético de los sucesos en que habían tomado parte.

(2) Los detalles pintorescos del asno, atado á la puerta, fuera, en una encrucijada, son de *Marcos*, XI, 4. *Juan*, XII, 14, no habla de estas diligencias para procurarse una cabalgadura, sino que, abreviando, se contenta con decir: «Et invenit Jesus asellum, et sedit super eum.» Con todo parece suponerlas cuando, vers. 16, habla de lo que los Apóstoles *habían hecho por Él* en esta ocasión: «Et haec fecerunt ei.»

(3) Aunque los Sinópticos jamás hablan de las visitas de Jesús á Jerusalén, dejan entrever que en ella era conocido y tenía relaciones.

En tiempos de los Patriarcas y de los Jueces, el asno era una cabalgadura muy honorable en Palestina. Los caballos no fueron introducidos en ella hasta más tarde, á consecuencia de las relaciones comerciales establecidas con Arabia y Egipto. Desde entonces, el asno no sirvió sino á los viajeros de la clase media y al pobre para su trabajo. El hijo de Sirac, en sus lecciones de sabiduría ⁽¹⁾, deja ver, en efecto, que en su tiempo se le tenía tan poco aprecio como en nuestros días; y ciertamente, Zacarías, presentando á su Mesías en tal cabalgadura, no había querido anunciar á un dominador soberbio, sino á un rey de un orden aparte, pobre á pesar de su poder, y modesto á pesar de su gloria.

Observemos además que Jesús escoge el más humilde de los animales para concurrir á su triunfo, pero de este animal nadie se ha servido antes que Él. La ley judía ⁽²⁾, como el paganismo, no admitía que fuese permitido destinar á un fin religioso la bestia que había antes servido á las necesidades del hombre. Si el asna fué llevada con su borriquito, fué sin duda, para que éste siguiese más fácilmente en la marcha triunfal. San Mateo precisa este detalle insignificante solamente para mejor mostrar el cumplimiento de la palabra de Zacarías.

Desde el punto de vista místico, San Justino, en su Diálogo con Trifón, imaginó ingeniosamente que el asna era la imagen de la nación judía asistiendo al triunfo como ornato, sin tener en él parte activa. El pollino sería, en este caso, el símbolo del paganismo, que no había llevado todavía el yugo divino. El paganismo había recibido la vida espiritual por la sinagoga; pero el hijo suplantaré á la madre, y ésta, asistiendo á la inauguración del reino mesiánico, desempeñará en esta fiesta un papel muy secundario. Jesús quiso ser llevado en triunfo y proclamado rey sobre los hombros del mundo pagano.

(1) *Eclesiástico*, XXXIII, 25.

(2) *Núm.*, XIX, 2; *Deut.*, XXI, 3; *I Rey.*, VI, 7. Puede verse lo que pensaban los paganos sobre esta materia en Horacio, *Epod.*, IX, 22: «intactae boves»; Virgilio, *Georg.*, IV, 540, 551, etc.

Los discípulos pusieron sus vestidos más preciosos sobre el jumento á manera de gualdrapa, y el Maestro montó ⁽¹⁾. Llegados á la cumbre de la colina del Olivar, pudieron todos saludar la Ciudad Santa y sus grandes recuerdos. La marcha solemne toma entonces un carácter más definido, y revela un plan mejor delineado. La hija de Sión no tenía más que asomarse para ver llegar á su Rey, justo, salvador y pobre. Sobre su humilde cabalgadura, como los Juéces del tiempo antiguo ⁽²⁾, llevaba á las naciones palabras de paz. San Juan precisa, que, al distinguir á Aquel que había resucitado á Lázaro, escoltado de un séquito triunfal, el pueblo salió de Jerusalén para recibirle ⁽³⁾.

Nada más conmovedor que esta manifestación á la vez sencilla y grandiosa. Se repetían en todos los grupos las obras milagrosas de Jesús, y muy particularmente la historia de Lázaro muerto y resucitado. Muchos habían sido testigos de este último prodigio, y el hermano de Marta, que se hallaba, sin duda, en la multitud, daba á las palabras de aquéllos la confirmación más brillante. El entusiasmo crecía á cada paso. Los que llegaban cortaban también ramas de árboles, de mirtos y sobre todo de olivos, que en aquellos parajes crecían abundantes, y, uniéndose al cortejo, repetían á coro: «¡Hosanna! ¡salud y bendición al que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el reino de David, nuestro padre, que vemos renacer! ¡Paz en el cielo! ¡Gloria al Altísimo! ¡Que nuestros gritos de salud se re-

(1) El texto de San Mateo motiva aquí una nueva dificultad, siendo de notar que ésta es del mismo género que las apuntadas á propósito de los endemoniados de Gergesa y de los ciegos de Jericó. Usa el plural en vez del singular. El texto: «y se sentó sobre *ellos*, *αὐτῶν*», parecería indicar que cabalgó sobre los dos animales, lo que hubiese sido bastante raro. Es cierto que puede evitarse la dificultad refiriendo el *αὐτῶν* á *vestimenta*, y, en realidad, Jesús se sentó sobre los vestidos. Pero el conjunto del pasaje excluye esta explicación. Un error de los copistas ó del traductor es probable. Pudo ser motivada por una falsa interpretación de *Zacarías*, IX. *Marcos*, XI, 2, 3, 4, 7, y *Lucas*, XIX, 30, 31, 33, 34, 35, conservando, empero, el paralelismo exacto con el primer sinóptico, persisten en no mencionar más que el pollino.

(2) *Jueces*, V, 10; X, 4; XII, 14.

(3) *Juan*, XII, 18, distingue de la multitud que seguía á Jesús la que salió de la ciudad: «*Et obviam venit ei turba.*»

monten de cielo en cielo ⁽¹⁾!» Al mismo tiempo sembraban de verde el camino por donde Jesús debía pasar; otros extendían sus vestidos. Así había sido honrado en otro tiempo el rey Jehú en su proclamación ⁽²⁾. Así también se habían arrojado flores al paso de Alejandro Magno, para apaciguar su cólera y evitar á la ciudad las últimas desgracias ⁽³⁾. Pero entonces había sido el miedo quien abatía la frente del pueblo ante monarcas terribles, mientras que lo único que inclinaba ahora las almas al paso del Salvador era el amor.

Sin embargo, en la multitud inmensa había políticos, timoratos, ó también envidiosos, y San Lucas, calificándolos de fariseos, nos autoriza para pensar que eran adversarios de Jesús. Esta significativa demostración los espantaba. Creían ver ya á los soldados romanos blandiendo sus jabalinas de lo alto de la fortaleza Antonia para reprimirla, y querían llamar á Jesús á la prudente moderación que hasta entonces caracterizara su apostolado. Quizás, bajo esta apariencia de súplica caritativa, ocultaban el más hipócrita despecho. Después de haber procurado en vano imponer silencio á los Apóstoles, se dirigieron directamente al que les parecía responsable de lo que toleraba. «Maestro—le dijeron,—haz callar á tus discípulos.» Mas Jesús se contentó con responderles con profética majestad: «En verdad os digo que si éstos callan, las mismas piedras darán voces.» En efecto, es necesario que se rinda homenaje al verdadero Rey de Israel. El día en que el miedo cierre la boca de los discípulos, los peñascos se hendirán, proclamando así la divinidad del Crucificado, y cuando, echados de Jerusalén por la persecución, los Apóstoles no dejen oír en ella la apología de su Maestro, las piedras del Templo y de toda la ciudad, cayendo á los golpes de los romanos, darán también testimonio de su di-

(1) Esta era otra serie de aclamaciones, que formaban también parte del gran *Hallel* y de la súplica dirigida á Dios para apresurar la venida del Mesías.

(2) *IV Reyes*, IX, 13.

(3) *Josefo*, *Ant.*, XI, 8, 5.

vina misión y harán valer los derechos del Mesías desconocido.

Como no cesaran un instante los gritos de entusiasmo, decíanse los fariseos con despecho: «¿Veis como no adelantamos nada? he aquí que todo el mundo se va en pos de él.» En realidad de verdad, la victoria del joven Vidente parecía completa. El partido jerárquico se quedaba solo y sin secuaces; y, á sus ojos, era esto una prueba de que la resolución del Sanedrín había sido prudentemente tomada, y que urgía prescindir de términos medios, echando mano de recursos extremos.

Semejantes recriminaciones, indicio de malos sentimientos, presagiaban la hostil acogida que á Jesús le esperaba en Jerusalén. Por esto, á medida que bajaba hacia la ciudad, cuyos soberbios edificios se extendían á sus pies en toda su magnificencia, posábase sobre ella su mirada con tanta tristeza como amor. Lefá en lo por venir las más horrorosas desgracias, y de pronto, bañado su rostro en lágrimas, exclamó sollozando⁽¹⁾: «¡Ah! ¡si también tu conocieses, á lo menos en este día, lo que puede asegurarte la paz! Mas ahora está todo ello oculto á tus ojos.» ¡Qué conmovedora figura la del vencedor olvidando sus triunfos para llorar por los infortunios de sus enemigos! ¿Por qué Jerusalén quiere continuar infiel á su Rey-Mesías? ¡Cuán diferente sería el porvenir que le espera, si por lo menos á última hora, quisiera abrir los ojos é imitar la fe de esos galileos que forman el cortejo de Jesús! Su gloria y su felicidad renacerían con el reinado del Salvador; todo un pasado de crímenes sería olvidado y reparado por esta conversión generosa. Pero no; Jerusalén se obstinará más y más en no ver ni los bienes que pierde, ni los males que ella misma se prepara. Por esto añade Jesús con acento profundamente dolorido: «Días vendrán sobre ti, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán, y te estre-

(1) El texto dice *ἐκλαυσεν*, y no *ἐδάκρυσεν*. Todo está maravillosamente matizado en el relato de este incidente reproducido únicamente por *Lucas*, XIX, 41.

charán por todas partes, y te arrasarán con tus hijos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.» Con estas palabras anunciaba los horrores que preveía en lo por venir ⁽¹⁾. Entonces las ruinas, los muertos y los moribundos rendirán, aunque á pesar suyo, testimonio al Mesías indignamente rechazado. Los que no quisieron á Dios en su misericordia, le sufrirán en su justicia; y el castigo será tan horroroso que hará estremecer de espanto las generaciones futuras.

Cuando la comitiva penetró en las calles de Jerusalén, quizás tan luctuosas profecías habían ya disminuído su entusiasmo. Leemos, sin embargo, en San Mateo, que toda la ciudad se conmovió. Apiñábase la gente al paso del Señor, y preguntaba: «¿Quién es éste?» Y respondía la multitud: «Es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea.»

El Maestro quiso ir directamente al Templo. Al entrar en él, en medio de la agitación general y de los gritos de alegría, conducido en triunfo por los suyos, sintió más de cerca el secreto enojo de sus enemigos. Empero, nadie se atrevió, ante una manifestación tan imponente, á proferir un grito de contrariedad. En calidad de verdadero Rey mesiánico, jefe soberano del pueblo y de la religión, Jesús lo inspeccionó todo en el lugar santo. En aquella hora avanzada y desde aquel día, el primero de la gran solemnidad, ¿llenaban los mercaderes el patio de los gentiles? Quizás no. En todo caso, no queriendo turbar con un acto de severidad un día tan hermoso, aplazó la lección para el siguiente.

Al anochecer ⁽²⁾, se retiró á Betania con los Doce, dejando la ciudad sometida á la más viva emoción, y á sus adversarios profundamente irritados por tan hermoso triunfo.

(1) *B. J.*, V, 18, y sig.

(2) La entrada triunfal consumió la mayor parte de la tarde, y *Marcos*, XI, 11, precisa que era ya muy avanzada la hora, «cum jam vespera esset hora», manifestando que Betania fué el lugar donde retiróse Jesús. *Mateo*, XXI, 17, dará la misma indicación para el día siguiente.

CAPÍTULO V

Lunes.—Reinado de Jesús en el Tèmplo

Tristeza de Jesús.—La higuera por Él maldita, es imagen de Israel.—Todavía mercaderes en el Templo.—Acto de autoridad y severa lección al poder religioso.—Curaciones de enfermos.—Aclamaciones entusiastas de los jóvenes levitas.—Observaciones de los fariseos.—Respuesta de Jesús. (*Marc.*, XI, 12-19; *Mat.*, XXI, 12-19; *Luc.*, XIX, 45-48).

El cortejo que había acompañado á Jesús en su triunfo se componía sobre todo de peregrinos galileos y extranjeros que iban á Jerusalén para las fiestas de Pascua. No sería posible disimular que la inmensa mayoría de sus habitantes, si no se retrajo, no demostró más que vana curiosidad. Aquella frívola población se complacía más que nunca en apretar sobre sus ojos la venda fatal que la cegaba. Para los pueblos, lo mismo que para los individuos, resistir á la gracia, equivale de ordinario á abrir el corazón á las influencias del mal. En aquella ocasión, no estar resueltamente al lado de Jesús, era declararse contra Él. Que el Sanedrín intente un golpe de audacia, y transformará en enemigos feroces á esos hombres vacilantes que han visto pasar al humilde triunfador, como se contempla un espectáculo nuevo, sin sentir absolutamente nada en el fondo de su alma. No se han hecho buenos al verle bendecido y aclamado de todos; continuarán siendo malos cuando se lo presentarán acusado y maldito.

Jesús se retiró á Betania dominado por estos pensamientos, que atormentaron toda la noche su alma. Cuando, al amanecer ⁽¹⁾, se encaminó de nuevo á Jerusalén, estaba

(1) Es *Marcos*, XI, 12, quien deja para el día siguiente de la entrada triunfal, *alia die*, los incidentes de que vamos á hablar. Si tuviésemos solamente los relatos de San Mateo y de San Lucas creeríamos que la purifica-

triste. Su corazón, afligido por la evidencia de la obstinada incredulidad de Israel, cuyo resultado sería la reprobación definitiva de este pueblo, necesitaba desahogarse con sus discípulos.

Una higuera, plantada junto al camino y notable por su sorprendente precocidad, llamó la atención de Jesús, que vió en ella un emblema del pueblo de Dios. En otra ocasión, y en forma parabólica, había representado á Israel como una higuera plantada por Jehová en medio de las naciones y añadiendo á su dueño por su esterilidad ⁽¹⁾. El Maestro sabía de antemano que el presuntuoso árbol no llevaba frutos, pues su lujurioso follaje había absorbido toda la savia. Por lo tanto, era obrar conforme á derecho pedirle algo más que un vanidoso adorno. También Israel, con sus hipócritas exhibiciones de piedad y de justicia, sólo había revelado harto claramente su impotencia en producir nada bueno para su Dios y Señor. En vano, á ruegos del viñador, se le había prolongado el tiempo de la prueba. El plazo expiraba, y los resultados habían sido cada vez más detestables. Llegaba la hora de la justicia, que sería terrible. Para mayor claridad, recurrió Jesús, como los antiguos profetas, á un acto simbólico cuya significación palpable, por decirlo así, debía impresionar vivamente el ánimo de los Apóstoles, y, bajo la apariencia del ejemplo, grabar para siempre en él una lección tan espantosa.

Los Evangelistas dicen que en aquel momento «Jesús tuvo hambre». El hambre de que aquí se trata debía ser exclusivamente espiritual y sobrenatural, pues el Maestro salía de casa de sus amigos, y en menos de media hora llegaría á Jerusalén. La necesidad de comer, que sintió y

ción del templo había tenido lugar el mismo día en que Jesús había triunfalmente entrado. En efecto, *Lucas*, XIX, 45, prosigue la historia de la ovación mesiánica en estos términos: «Et ingressus in templum, coepit ejicere vendentes», y lo mismo *Mateo*, XXI, 12. Por donde se ve, una vez más, que en las narraciones sinópticas no hay que buscar una exactitud que su origen tradicional no toleraría en manera alguna.

(1) *Lucas*, XIII, 6.

quería satisfacer Jesús, no era, pues, sino el símbolo de su violento deseo de encontrar en Israel, higuera mística del Señor, los frutos cuya aparición y madurez desde largo tiempo ansiaba. Acercóse con sus discípulos al árbol, y después de haberlo inspeccionado detenidamente, nada encontró sino follaje. Bien es verdad que «no era tiempo de higos⁽¹⁾.» Pero entonces ¿por qué tenía hojas? Los higos aparecen antes ó simultáneamente con éstas; de lo contrario, es inútil esperarlos. ¡Imagen sorprendente de la fatuidad de Israel que, en medio de todas las naciones, considerábase á sí mismo como el pueblo excepcional, servidor y amigo de Dios, porque tenía el Templo y la Ley, pero que, realmente, encubría, bajo las mentidas apariencias de una falsa justicia, la esterilidad más vergonzosa! «¡Nunca, jamás—dijo el Maestro—coma ya nadie fruto de ti, y nunca jamás lo produzcas!» La maldición de Dios es un fuego devorador. Ella mató al instante la vida de aquel árbol hasta en sus raíces, de tal modo que los discípulos, al pasar de nuevo por aquel sitio, al siguiente día, pudieron comprobar su muerte completa y definitiva⁽²⁾. Tal es la suerte reservada al judaísmo tan infructífero como aparatoso. Cuiden los discípulos de comprender el simbolismo⁽³⁾.

(1) Todas las opiniones emitidas para establecer que es realmente posible encontrar higos maduros en tiempo de Pascua, están fuera de la verdad. Los higos tempraneros ó *boccore* no maduran hasta junio; los higos *kermus* aparecen en agosto; finalmente, los higos de invierno, mayores que los otros, de forma más ovalada y de color violeta, están bastante tiempo en el árbol, aun después de la caída de las hojas, si bien no pueden resistir á los primeros frios. Aquí se trata de los higos de la primera categoría, que comienzan á aparecer en marzo.

(2) La divergencia aparente entre San Mateo, que dice que la higuera se secó *al instante*, y San Marcos que parece diferir su muerte hasta el *siguiente día*, se explica en el sentido de que la muerte, *instantánea interiormente*, no fué *visible exteriormente* hasta algunas horas después.

(3) De esta suerte, en este incidente como en otros muchos de la historia evangélica, desvanécense algunas dificultades presentadas como insolubles. Pretender que, según los Evangelistas, Jesús quiso realmente comer higos cogidos de la higuera en tiempo de Pascua, es admitir que le atribuyeron el más extravagante de los caprichos. (*)

(*) Merece notarse que Vigouroux, amigo de nuestro autor, y compañero suyo de viaje á Palestina, afirma todo lo contrario: «Notre Seigneur pouvait trouver encore des fruits sur l'arbre aux environs de Pâques» (*La S.*

Sin otra detención, llegó Jesús á Jerusalén é hizo su aparición en el Templo, donde pensaba afirmar su autoridad y reinar como dueño los pocos momentos que le quedaban de vida. Ante tan animosa reivindicación de un derecho mesiánico, sus enemigos sorprendidos, desconcertados, no pensaron sino en retirarse. Parecía que habían renunciado también á sus proyectos odiosos y á sus pretensiones. Con frecuencia los malos se eclipsan para mejor preparar su vuelta ofensiva en las sombras.

Nada es más difícil de desarraigar que los abusos, una vez aclimatados en la vida religiosa de un pueblo. Vimos á Jesús, en el comienzo de su vida pública, arrojar desapiadadamente á los vendedores del Templo; pero éstos, sin descorazonarse, habíanse de nuevo instalado allí al año siguiente, y la autoridad jerárquica toleraba semejantes usurpaciones, á pesar de la severidad de la lección. Quizás ella también entraba á la parte; pues el nombre de *Hanuyot*, ó *tiendas de Hanás*, que se daba á una sección de mesas de mercaderes y de cambistas, nos autoriza á creer que este viejo y depuesto pontífice ⁽¹⁾ había fundado en la misma Casa de Dios una especie de empresa comercial. De otra parte, es probable que el exclusivismo farisaico no fuese ajeno á aquella tolerancia inaudita, deseoso de alejar cada vez más del Templo y de Jehová á quien no fuese de su raza. El lugar reservado á los gentiles, en la Casa del verdadero Dios, le parecía sobrado, y de buena gana cedía la mayor parte á los mercaderes y cambistas, ó también á los animales destinados al sacrificio.

Durante las fiestas de Pascua, se producía este escándalo de un modo particular con el tráfico que se desarrollaba, sin pudor, en el sagrado recinto. Precisamente aumentaba también entonces el número de los gentiles que llegaban para ofrecer sus homenajes al Dios de Israel, encontrándose

Bible Polyglotte, vol. VIII, p. 99). Hay que repetir con Knabenbauer. «*Hisce verbis ingenia interpretum plurimum exercebantur*» (*Comm. in Evang. secundum S. Marcum*, p. 299). — (N. del T).

(1) V. Lightfoot sobre este pasaje y Edersheim, *Life of Jesus*, t. I, lib. III, cap. 5; Derebourg, *Hist. et Géogr. de la Pal.*, p. 467.

con que el departamento que se les destinaba había sido vergonzosamente invadido. Era imposible adorar ú orar en semejante desorden ⁽¹⁾. Aquel espectáculo afligía el corazón de Jesús. Había crecido sin duda, desde la víspera, el tumulto, pues los vendedores y los compradores eran cada vez más numerosos á medida que se aproximaba la gran solemnidad.

De improviso, el Maestro da rienda suelta á su indignación. Esta vez no se arma de un látigo; manda con su mirada, con su gesto, con su palabra, y todos tiemblan. Ante esta majestad sobrehumana que avanza, los que venden y los que compran huyen en torpe confusión. Derriba las mesas de los cambistas, los asientos y los bancos que servían á los mercaderes de palomas, y así, sin que nadie se atreva á resistirle, restablece por segunda vez el orden tan indignamente turbado en la Casa de su Padre. Su severidad llega al extremo de prohibir que «nadie transportase ni tan sólo un vaso, atravesando por medio del Templo». Era el mejor medio de cerrar la puerta á todos los abusos.

Después, para legitimar este acto de autoridad, dijo al pueblo que le rodeaba: «¿Por ventura no está escrito: Mi casa será llamada de todas las gentes casa de oración? Pero vosotros habéis hecho de ella una guarida de ladrones.» Los dos textos, que Jesús reunió en uno solo, estaban tomados de los Profetas. El primero, de Isaías ⁽²⁾, afirmaba el derecho de Dios; el segundo, de Jeremías ⁽³⁾, reprobaba los abusos del hombre. El uno y el otro eran la condena terrible de aquellos sacerdotes que, por connivencia ó

(1) Como Jesús no había asistido á otra solemnidad pascual desde la inauguración de su vida pública, no había tenido nueva ocasión de protestar contra esta indignidad. En la fiesta de los Tabernáculos ó de la Dedicación, el movimiento religioso era más limitado, y los sacrificios menos numerosos. No había la multitud inmensa y tumultuosa que daba al comercio de los cambistas y de los mercaderes de animales una importancia excepcional durante la segunda semana de Nisán.

(2) *Isaías*, LVI, 7.

(3) *Jerem.*, VII, 11.

debilidad, toleraban semejante profanación ⁽¹⁾. Si los judíos se habían propuesto aislar cada vez más la ley y la gracia de Dios dentro de las paredes del Templo, rechazando por completo á todos los que no fuesen hijos de Israel, indudablemente lograrían su objeto. Los gentiles que anualmente acudían á la solemnidad de la Pascua repetirían por todo el mundo que, á pesar del divino llamamiento, no eran admitidos en el Templo de Jerusalén; que allí el hombre había sido sustituido por viles animales; que sus mugidos resonaban en el recinto donde las naciones no tenían ya el derecho de ir á ofrecer á Jehová sus homenajes y sus oraciones; que en el lugar santo no había creyentes, sino ladrones. La responsabilidad de un crimen tan grande recaía toda entera sobre el sacerdocio, guardián oficial del Templo. La malicia humana, interponiéndose entre Dios y las almas piadosas de la gentilidad, impedía que Aquél mostrase sus bondades para con todas las criaturas, y que éstas fuesen á dar gracias y adorar al Creador.

El pueblo, admirado de oír estas sublimes enseñanzas, repetía complacido las obras milagrosas del joven Doctor. Al mismo tiempo, los ciegos, los enfermos, que estaban á las puertas del Templo para pedir limosna ⁽²⁾, suplicaban su curación, y la obtenían. Así confirmaba Jesús, con el poder de Dios, la lección que acababa de dar á los sacerdotes, guardianes poco celosos de la dignidad del Templo.

De pronto, no pudiendo contenerse por más tiempo el entusiasmo general, de entre la multitud comenzaron á salir algunos gritos de: «¡Hosanna! ¡Salud y bendición al Hijo de David!» Eran jóvenes levitas empleados en el ser-

(1) Este episodio que narran los Sinópticos tiene ciertamente gran semejanza con el que leemos en *Juan*, 11, 13, en los comienzos del ministerio de Jesús; porque en ambos se trata de un mismo abuso, que podía motivar idéntica represión. Sin embargo, entre muchos detalles que los diferencian, puede notarse la distinta conclusión que tuvo ese incidente, y también la fuerza de las palabras del Maestro en cada una de las dos purificaciones del Templo. En la primera, el Maestro mira el escándalo que Israel soporta; en la segunda, atiende al derecho de los paganos á tener su sitio en el Templo. Al principio de su ministerio, quiso realzar la teocracia; ahora quiere salvar la gentilidad.

(2) *Hechos*, III, 2.

vicio divino los que así aclamaban al Taumaturgo, al Legislador, al Rey teocrático, aparecido en la Casa de su Padre. Los niños querían, pues, ofrecer también sus homenajes á Jesús, que tantas veces los había distinguido con la ternura más exquisita. Esto era repetir con mayor atrevimiento la ovación de la víspera; porque ahora Jesús era proclamado Mesías en el Templo mismo y á vista de la propia autoridad religiosa. Ésta, vivamente indignada, se aferró más que nunca á sus proyectos homicidas; pero, al igual que otras veces, en presencia del inmenso favor popular con que era acogido el joven Profeta, fué preciso resolver ese asunto en silencio. Sintiendo impotente contra toda una multitud, comprendió que sería preferible esperar el momento oportuno para revolverla con habilidad contra Aquel á quien aclamaba hoy con delirio y asociarla á la mayor de las iniquidades. Contentáronse, pues, los jefes de los sacerdotes con acercarse á Jesús y decirle: «¿Oyes lo que dicen éstos?» Pedíanle su parecer sobre una manifestación tan significativa, porque querían cargarle con la responsabilidad. «Sí, por cierto»—respondió Jesús sin inmutarse.—Y para legitimar lo que los escandalizaba, añadió: «¿No habéis leído jamás el pasaje: De la boca de los infantes y de los niños de pecho es de donde sacaste la más perfecta alabanza? ⁽¹⁾» De este modo, realizaba, con la autoridad misma de los Libros santos ²⁾, la dignidad de sus jóvenes admiradores, que los escribas parecían negar. Piense como quiera la malicia de éstos, es lo cierto que en aquellos niños, según el parecer del Salmista, hay que ver el conducto más ingenuo, más desinteresado y más puro de la verdad.

(1) *Salmo VIII, 3.*

(2) Es algo difícil precisar quiénes eran aquellos *jóvenes levitas empleados en el servicio divino, admiradores de Jesús*, que otros creen *niños á quienes levantaban en alto*; lo que parece cierto es que Jesús cita en sentido acomodaticio las palabras del Salmista. Knabenbauer dice: «Si Christus vaticinium proprie dictum vel litterale vel typicum profert, id clare indicare solet; cf. 22, 42; *Luc. 22, 37; Joan. 13, 18.* Unde de nostra allegatione *Jans. quoque dicit: Quod in genere dictum est a propheta, hoc Dominus speciei recte accommodavit.*» (*Comm. in Evang. sec. Matth., p. 215*).—N. del T.

Durante el resto de aquel día, continuó Jesús instruyendo al pueblo, el cual, según dice San Lucas, «estaba suspenso, escuchándole», y, al atardecer, tomando el camino del monte del Olivar, regresó á Betania, donde pasó la noche.

CAPITULO VI

Martes: en el Templo.—Respuesta del Sanedrín y Parábolas significativas

Observaciones de Pedro delante de la higuera desecada.—Respuesta de Jesús.—Cuestión que el Sanedrín le propone en el Templo.—Réplica de Jesús, que cierra la boca á los adversarios.—Parábola de los *Dos hijos* y su aplicación.—Parábola de los *Viñadores sublevados*.—La piedra angular.—Parábola de las *Bodas del hijo del rey*.—Necesidad del vestido nupcial. (*Marcos*, XI, 20—XII, 12; *Mat.*, XXI, 20—XXII, 14; *Lucas*, XX, 1-19).

No ignoraba Jesús que sus enemigos, resueltos á proponerle de común acuerdo cuestiones capciosas, le esperarían á pie firme el día siguiente. Al amanecer del martes, salió de Betania, quizás para evitar que aquellos concitaran contra Él á la multitud, siempre tan mudable en sus impresiones.

Al dirigirse á Jerusalén, observaron los discípulos que la higuera, maldita el día anterior, estaba seca hasta las raíces ⁽¹⁾. Y viendo esto, maravillados decían: «¡Cómo se secó luego la higuera!» Pedro, deseando una explicación de este prodigio, cuya utilidad no comprendía, exclamó: «¡Maestro, mira como la higuera que maldijiste, se ha secado!» Entonces Jesús, prosiguiendo el pensamiento que había querido dar á entender con este hecho simbólico, contentóse con repetir lo que en otras ocasiones había dicho de la omnipotencia de los verdaderos creyentes: «En verdad os digo que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, mas si á este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, así lo hará. Y

(1) Si no lo habían notado el lunes, al regresar de Betania, es ó porque habría cerrado ya la noche, ó porque habrían seguido otro camino.

todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis.» Los Apóstoles tendrán derecho de vida y muerte, no solamente sobre un árbol, sino sobre un pueblo. Á su voz, el judaísmo infiel, obstinado, perseguidor, se secará en su rencorosa malicia; y el monte Moria, que desde largo tiempo intercepta el camino que conduce á Dios, desaparecerá á una palabra, á una súplica de los Apóstoles que en aquel momento lo contemplan, y se hundirá con su sacerdocio y su Templo en el mar inmenso de la gentilidad convertida. Este es el porvenir que á Israel le aguarda.

Jesús, llegado al Templo, comenzó á pasearse ⁽¹⁾, como un hombre pronto á la lucha. Era todavía muy temprano, y no había quizás mucha gente en el lugar santo, pero Jesús, mientras esperaba, instruía á algunos que se le habían acercado.

Sin embargo, no tardaron en aparecer sus adversarios. Todo su afán, desde la vigilia, había consistido en escoger una comisión que hablara en nombre de todos. Ésta fué la primera en presentarse. Compuesta de grandes sacrificadores, de escribas y de ancianos del pueblo, en una palabra, del triple elemento que constituía el Sanedrín, debía tener á los ojos de la multitud un carácter absolutamente oficial. En todo caso, tomó frente á frente de Jesús un tono altivo y aun hostil. «¿Con qué derecho—dijéronle aquellos emisarios,—haces estas cosas? ¿Quién te autoriza para obrar de esta suerte?» No es ésta la primera vez que vemos al partido jerárquico empeñado en atraer á Jesús á este campo candente en que, caracterizando su misión, podía dar pretexto á una intervención jurídica. El triunfo de la víspera le arrancaría quizás declaraciones más explícitas sobre lo que pensaba de sí mismo. Esperaban impacientes su respuesta. ¿Cómo definiría la naturaleza íntima de su autoridad? ¿De dónde la derivaría? Estas dos cuestiones, íntimamente relacionadas entre sí,

(1) En efecto, *Marc.*, XI, 27, dice: *Cum ambularet in templo.*

equivalían á preguntar si su misión era divina ó humana.

En lugar de responder categóricamente, Jesús trató de hacer que respondiesen sus adversarios. El sistema de responder con una pregunta era muy del agrado de los dialécticos de la sinagoga. Una réplica ó *contrapregunta* de esta clase, para ser tópica, exigía una respuesta que debía poner de manifiesto la ignorancia ó la mala fe de los que la habían provocado. Jesús tenía doble ventaja en emplear este procedimiento: de una parte, dispensábase de hacer la declaración personal que con tanta malicia esperaban los judíos; de otra, parecía tributar un verdadero homenaje al Sanedrín, juez competente y autorizado de todas las dificultades teológicas. «Yo también—díjoles Jesús,—quiero haceros una pregunta; y si me respondéis á ella, os diré luego con qué autoridad hago estas cosas.» Una sola pregunta no es mucho; pero, hábilmente escogida, será más que suficiente para turbarlos. «El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿de Dios ó de los hombres? Mas ellos, consultándose unos con otros, se decían: Si respondemos que fué del cielo, Él nos objetará: ¿por qué, pues, no habéis creído en él?» En efecto, había sido muy explícita la predicción del Precursor anunciando la presencia del Mesías entre su pueblo; y, sin embargo, Juan se vió abandonado del partido jerárquico desde el momento en que declaró lo que pensaba de Jesús: «Si decimos que su bautismo fué del hombre—añadían los más avisados,—el pueblo todo nos apedreará, teniendo, por cierto, como tiene, que Juan era un profeta.» En efecto, para la multitud, Juan Bautista había sido un enviado celestial, y su trágica muerte había añadido una nueva aureola á su grande y hermosa figura. Ante la inminencia de un escándalo formidable, los sanedritas, prefiriendo declararse incompetentes, respondieron: «No lo sabemos.» Pero, manifestarse incapaces de resolver una cuestión religiosa tan elemental como capital, ¿no era abdicar la autoridad dogmática de que parecían tan celosos? El soberbio monte comenzaba visiblemente á desmoronarse; el árbol se secaba. Jesús, para acentuar la

humillación de aquéllos, pareció aceptar pura y simplemente la declaración hipócrita de su ignorancia, y añadió: «Pues ni yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas.»

Y volviéndose hacia el pueblo ⁽¹⁾, le dirigió una serie de parábolas, que afirmaban la divinidad de su misión, á la par que desenmascaraban la malicia é indignidad de sus adversarios.

«¿Qué os parece?—exclamó.—Un hombre tenía dos hijos ⁽²⁾, y llamando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy á trabajar en mi viña. Y él respondió: No quiero. Pero después, arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo, y aunque respondió: Voy, Señor, no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?» El pueblo respondió sin titubear: «El primero.» Efectivamente, su descortesía, seguida de una sumisión real, era preferible á la hipócrita amabilidad del segundo, encubridora de una rebeldía detestable.

En esos dos hijos era fácil reconocer las dos categorías de hombres invitados por Dios á la redención: pecadores públicos y fariseos. Al celestial llamamiento, los unos han respondido: «No, no queremos;» pero, después de haber reflexionado, han comprendido que el mejor partido que podían tomar era el de obedecer; y entonces, imponiendo silencio á sus pasiones, han acabado por conformar su vida con el Evangelio. Los otros dieron muestras en el primer momento de inclinarse respetuosamente ante la autoridad divina. Con afectada sumisión llamaron Señor al Dios que les hablaba como padre; pero, después de alardear de una obediencia á toda prueba, sólo se cuidaron de seguir sus caprichos y sus orgullosas ilusiones. «En verdad os digo—añade Jesús mirando á sus adversarios que le es-

(1) Esto puede deducirse de *Luc.*, XX, 9: *Coepit autem dicere ad plebem.*

(2) Esta semejanza mediante la cual Jesús toma la ofensiva, se encuentra sólo en *Mat.*, XXI, 28-32. Según el contexto, vers. 31 y 32, debe aplicarse, no á los judíos y á los gentiles, sino á los fariseos y á los pecadores públicos.

cuchan—que los publicanos y las ramera⁽¹⁾ os irán delante al reino de los cielos.» ¿Podría darse cosa más natural? Cuando Dios, sacando á Juan Bautista del desierto, comenzó á llamarlos, aquellos hombres correctos del judaísmo respondieron unánimes: «¡Maestro, aquí nos tienes!» Y, realmente, presentáronse á recibir el bautismo. Solamente que, después de haber comenzado por aclamar al Precursor, acabaron por acusarlo, detestarlo y perderlo. Los pecadores públicos hicieron todo lo contrario: de pronto se rebelaron, mas después obedecieron. He aquí por qué son propuestos como modelos á los orgullosos que los desprecian. «Vino Juan á vosotros por las sendas de la justicia, y no le creisteis, al mismo tiempo que los publicanos y las ramera⁽¹⁾ le creyeron; mas vosotros, ni con ver esto os movisteis á hacer penitencia para creer en él». He aquí la malicia de unos revoltosos llenos de cortesía, y el mérito de unos descorteses llenos de obediencia. La impiedad es tanto más odiosa cuanto más hipócrita.

La de los fariseos llegará, por otra parte, á los últimos excesos. No solamente son capaces de rechazar á los enviados celestiales, sino también de hacerlos perecer. Después de haber entregado á Juan Bautista, matarán al Hijo de Dios. Una segunda parábola, dirigida también á la muchedumbre, va á precisarlo más claramente.

«Érase un padre de familia—dijo Jesús,—que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavó en ella un lagar, edificó una torre⁽²⁾, arrendóla después á ciertos labradores y se ausentó á un país lejano.» La viña, plantada por Dios, Padre de la humanidad, es el pueblo judío protegido, en efecto, por la Ley, como por un seto bienhechor, contra las invasiones del paganismo y de la idolatría. Un

(1) La frase *προάγοισιν ὑμᾶς* tiene algo de mortificante: los peajeros y las pecadoras públicas vienen á ser los conductores, los introductores de los fariseos en el reino de Dios.

(2) *Isaias*, V, I, aplica á Israel la imagen empleada en esta parábola. En nuestras excursiones á Palestina, hemos encontrado gran número de antiguos lagares en las viñas, sobre todo bajando de Ramat-el-Khalil á Hebrón. Véase *Notre Voyage aux Pays Bibl.*, vol. II, p. 34. Las torres de los guardas son también muy numerosas.

ministerio docente indefectible, perpetuándose de edad en edad por los profetas ó la generación de los hombres piadosos, le ha sido asegurado como el místico lagar del que corría para él el vino de la verdad. El Templo era la torre donde se albergaban los vigilantes centinelas, encargados de velar por su prosperidad.

Organizado todo tan sabiamente, Dios había confiado el cuidado de su viña á los sacerdotes, á los escribas, á los ancianos, en una palabra, á las autoridades teocráticas legalmente constituidas, que debían procurar que la tierra fructificara. Si el amo se ausenta un momento y deja de intervenir de una manera inmediata en los destinos de su pueblo, es para probar la inteligencia, abnegación y honradez de sus operarios. «Venida ya la sazón de los frutos, el amo envió un criado á los renteros, para que le diesen de los frutos de la viña; mas ellos, después de haberle apaleado, le despacharon con las manos vacías. Envió de nuevo otro criado; pero á éste también le maltrataron apedreándole y descalabrándole, y le remitieron sin nada. Envióles un tercero, que echaron fuera de la viña y lo mataron. Así sucedió con otros muchos (1).» Bajo estas vivas imágenes, como en caracteres de sangre, Jesús recordaba las muchas infidelidades de un pueblo perverso. Á medida que los profetas habían aparecido, habían sido perseguidos, deshonrados, mutilados, apedreados, muertos (2). Israel no había encontrado otro censo mejor con que pagar á Jehová. Elías, Jeremías, Isaías, Zacarías, hijo de Joiada, podían dar testimonio de ello.

«El dueño de la viña tenía un hijo único á quien ama-

(1) Se notan algunas diferencias, poco importantes sin duda, pero numerosas, entre la narración de cada Sinóptico á propósito de los emisarios. Mateo tiene solamente dos mensajes de varios criados á la vez, los cuales son golpeados, muertos, apedreados. Marcos no tiene más que un solo criado para los dos primeros mensajes, y muchos para un tercero, y sus malos tratos consisten en golpear, herir la cabeza y matar. Lucas tiene tres mensajes de un solo criado al que golpean, afrentan y cubren de heridas. Estas variantes se explican por el evangelio oral del que proceden nuestros Evangelios escritos, y no tienen importancia alguna dogmática.

(2) *Hebr.*, XI, pinta sus crueles tormentos.

ba tiernamente. Y dijo para sí: ¿Qué haré ya?; le enviaré á ellos; quizá, cuando le vean, le tendrán más respeto.» La parábola entraba en lo más importante de la situación. Amigos y enemigos aguzaban los oídos para conocer el desenlace. Los menos perspicaces podían adivinar que, en el pensamiento de Jesús, el enviado de la última hora, después del cual no podía haber otros, el Hijo muy amado del Padre, era el mismo á quien poco antes se había pedido cuenta de su misión. Así, categóricamente y con resolución, cuando sus adversarios menos lo esperaban, Jesús proclama sus derechos de Hijo *único* de Dios, unido á su Padre por una filiación no adoptiva, sino esencial, según la cual es Dios como el Padre que lo engendró.

Sépanlo, pues, y que no se equivoquen: el Padre desprendió de su seno al Hijo, por decirlo así, y lo envió á su pueblo que quería salvar. Su presciencia no ignoraba el recibimiento que le estaba reservado; pero ¿acaso no era preciso cumplir las promesas hechas á los patriarcas y compadecer á las almas piadosas que esperaban su realización? Por lo demás, la dureza del pueblo judío y su reprobación definitiva no impedirán ni la difusión de la verdad en el mundo, ni la redención del género humano. Matando al Hijo muy amado, los judíos asegurarán la salvación de los escogidos.

«Los colonos—prosiguió Jesús,—viendo venir al hijo único, dijeron entre sí ⁽¹⁾: «Este es el heredero; venid, matémosle y tomemos su heredad. Y habiéndolo tomado, le echaron fuera de la viña y le mataron.» Tal es el secreto del odio profundo que el partido jerárquico y el farisaico han jurado á Jesús. Á fin de no perder su influencia sobre el pueblo, están resueltos á todo. La nación entera está en sus manos y no la quieren dejar escapar. Si Jesús continúa su obra, será segura la decadencia de ellos; cueste lo que cueste, es preciso no perder la heredad. He aquí lo que

(1) El término *δεδολιζοντο* empleado por *Lucas*, XX, 14 es una sorprendente alusión á las conciliábulos recientes de los jefes de Israel para deshacerse de Jesús. V. *Marcos*, XI, 18 y sobre todo *Luc.*, XIX, 47 y 48.

dice su egoísmo. El Mesías será, pues, violentamente suprimido. Los malvados le han excluído ya de su propia viña, lanzando contra él una especie de excomunión ⁽¹⁾. Se disponen á expulsarlo más cruelmente aún, cuando le arrastren fuera de la Ciudad Santa para matarle en el Calvario. En esa sangre fría con que el Maestro habla de su próximo fin, hay algo de profundamente trágico. Los adversarios á quienes desenmascara no dicen nada; tiemblan de ver la tormenta estallar más violenta todavía sobre su cabeza.

«Pues bien—añade Jesús,—cuando viniere el señor de la viña ¿qué hará á aquellos labradores?» El pueblo respondió: «Á los malos destruirá miserablemente y alquilará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á sus tiempos.» Este era el veredicto de la honradez humana que acababa de oirse. Sin embargo, entre la multitud hubo una protesta. «No sucederá así»—exclamaron algunos, como para decir que los príncipes de los sacerdotes no eran capaces de cometer tal crimen, ó que, en todo caso, los amigos de Jesús no lo dejarían cumplir.—El Maestro echando una mirada severa hacia el grupo de donde había partido aquella denegación: «Pues qué; ¿no habéis leído jamás en las Escrituras—añade Jesús:—la piedra que desecharon los que edificaban, esa misma vino á ser la clave del ángulo; el Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admirable á nuestros ojos?» El Salvador aplicaba al Mesías este pasaje del Salmo ⁽²⁾; porque aun cuando en él se hable de David, no puede negarse que se refiere á aquel cuya figura era el gran rey. En realidad, la verdadera piedra, rechazada desde luego con desprecio y recogida después para ocupar el lugar principal en la cons-

(1) *Juan*, IX, 22.

(2) *Salmo* CXVII, 22, citado según los Setenta. Refiérense estas palabras al Israel fiel, viniendo á ser, después del cautiverio, el elemento de salud para el pueblo de Dios; pero este Israel no era más que la imagen del verdadero Salvador que debía surgir más tarde. Todos los rabinos han aplicado este texto al jefe ideal de la teocracia (V. Schoettgen, *Hor. hebr.* sobre este pasaje).

trucción del edificio, es el Mesías, en su persona y en su obra. El judaísmo puede rechazar á Cristo y á la Iglesia, pero Cristo y la Iglesia no por eso dejarán de ser la piedra angular de las sociedades futuras.

«El que cayere sobre esta piedra—añade el Señor, evocando un doble recuerdo bíblico en apoyo de sus palabras,—se hará pedazos; y ella hará pedazos á aquel sobre quien cayere.» Isaías ⁽¹⁾ había comparado el Mesías á una piedra con la que los incrédulos debían ir á chocar y aniquilarse. Este es, en efecto, el resultado final de las luchas del hombre contra Jesucristo. En su locura se extenua tratando de destruir la pirámide, y, al cabo de sus esfuerzos, se da cuenta que no ha destruído más que sus propias fuerzas; se ha consumido en el trabajo, y muere en la desesperación. Llegará el día en que, según palabras de Daniel ⁽²⁾, la piedra tomará la ofensiva. Desprendiéndose de la montaña, caerá sobre los enemigos de Dios y los aplastará tan bien que podrán ser pasados por la criba de la eterna cólera. «Por lo cual os digo—concluye Jesús—que os será quitado á vosotros el reino de Dios y dado á gentes que rindan frutos de él.» La sentencia era terrible. En dos palabras consagraba la extinción del sacerdocio mosaico, y el advenimiento de la gentilidad á la heredad divina.

Como si fuese necesario hacer entender mejor esta sustitución de las naciones paganas al pueblo judío, Jesús se puso á formular una segunda parábola. La había ya dirigido á los fariseos en otra circunstancia ⁽³⁾; esta vez añadió á ella algunos rasgos particulares y significativos.

«En el reino de los cielos acontece—prosiguió—lo que á cierto rey que celebró las bodas de su hijo.» Estas bodas son la unión solemne del Verbo de Dios con la humani-

(1) *Isaías*, VIII, 14.

(2) *Daniel*, II, 44.

(3) Se lee en *Lucas*, XIV, 15, y ya la hemos explicado á su tiempo. Entonces no se trataba de un rey, sino de un simple particular que ofrecía una comida y no un festín de boda. Envía un solo mensaje y no dos. Los invitados formulaban excusas diversas, pero no maltrataban al enviado que los invitaba. En fin, no eran castigados, como aquí lo serán, y, en el fondo, la conclusión era diferente.

dad. El Padre convida al pueblo judío á tomar parte en ellas el primero. Éste rehusa obstinadamente. «El rey envió sus criados á llamar á los convidados á las bodas, mas éstos no quisieron venir.» Esos emisarios son los Apóstoles y los Discípulos que han anunciado en los campos y ciudades la venida del Mesías. De su invitación no han hecho apenas ningún caso; pero la bondad divina no se desanima ante una primera negativa del corazón humano. Después del mensaje de los Doce y de los Setenta, vendrá el de los mártires. Es de esperar que, á lo menos, éstos por su dulzura, su valor heroico ante los tiranos, se harán escuchar. «Segunda vez el rey despachó nuevos criados con esta orden: Decid á los convidados: He aquí, tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis terneros y demás animales cebados y todo está á punto; venid, pues, á las bodas.» Sí, cuando tenga lugar esta segunda misión, todo estará á punto. La gran víctima, Jesús, habrá sido inmolada y puesta á la disposición de todos. La salud estará suspendida en el árbol de la cruz, y los creyentes no tendrán más que tomarla. ¡Cosa extraña! El desgraciado pueblo judío la despreciará. «Mas ellos no hicieron caso; antes bien se marcharon, quién á su granja y quién á su tráfico.» La humanidad sigue, con preferencia á todas las demás, esas dos voces del placer y del interés. Por eso algunas veces, irritada de oirse siempre llamada al deber, escucha la del odio, y, á fin de desembarazarse de los remordimientos, mata á los predicadores. «Los demás cogieron á los criados, y después de haberles llenado de ultrajes, los mataron.» El judaísmo será el primero en verter la sangre de los mártires. ¡Ay de él! la venganza del cielo seguirá de cerca su crimen. «Lo cual, oído por el rey, montó en cólera y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó su ciudad.» Dios siempre tiene ejércitos que, simulando servir á los caprichos de los príncipes guerreros, en realidad ejecutan los decretos de su justicia. Así los romanos llegarán para destruir á los perseguidores, como más tarde los bárbaros bajarán de las mesetas del Asia

central para destruir á los romanos. Jerusalén fué pasto de las llamas, y de los primeros convidados al Evangelio no queda más que un lamentable recuerdo.

Sin embargo, los beneficios de Dios no perecen sin que alguien los recoja. «Entonces el rey dijo á sus criados: Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los convidados no eran dignos de asistir á ellas. Id, pues, á las salidas de los caminos, y á todos cuantos encontréis, convidadlos á las bodas.» Por todos los caminos del mundo es necesario recoger almas para conducir las al festín del Evangelio. «Saliendo los criados á los caminos, reunieron á cuantos hallaron, buenos y malos, de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron á la mesa.» Esta es la historia de la predicación apostólica, después de Pentecostés. «Ya que rechazáis la palabra de Dios —dirá San Pablo á los judíos de Antioquía de Pisidia,— y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, he aquí nos volvemos á los gentiles ⁽¹⁾.» Sin acepción de personas, buenos y malos, ricos y pobres, ignorantes y sabios, todos serán admitidos, con la sola condición de querer tomar parte en la fiesta. En efecto, nada más heterogéneo que la composición de la Iglesia primitiva: filósofos, soldados, gente del pueblo bajo, señores, esclavos, griegos, romanos, bárbaros, hombres virtuosos ó disolutos, todo entró mezclado y confuso en la sala del festín. Sin duda que antes de permitirles la entrada, se les preguntaba si creían en la realidad de las bodas del Hijo de Dios con la humanidad por medio de su Encarnación y su Redención. Respondían que «¡sí!», y entraban. De esta manera llegan en gran número para hacer honor al convite real. Solamente que el hecho de aceptar la invitación no bastaba para tener el derecho de sentarse á la mesa y permanecer en ella, como la fe sola no basta para asegurar la salvación; la fiesta exigía un porte conveniente, como la justificación del pecador exige las obras que completan la

(1) *Hechos XIII*, 46.

fe. Esto es lo que explica el final de la parábola. En efecto, Dios no podrá acoger á esos invitados que vienen confusamente, sino encontrando en ellos, como testimonio de reconocimiento, al menos el deseo de honrar á su huésped con un vestido correcto y una actitud conforme á las más elementales conveniencias. La gracia mueve el corazón del hombre, dándole la fe, mas el corazón del hombre debe responder á esta invitación por medio de las obras de salvación que, fruto parcial de nuestra libertad, constituyen nuestro mérito.

«Entrando después el rey á ver los convidados, reparó allí en un hombre que no iba con vestido de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? (1)» Se puede muy bien entrar en la Iglesia con una franca profesión de fe; se puede también permanecer en ella sin tener las demás virtudes cristianas; pero no se entrará en el cielo en las mismas condiciones. Sólo formarán parte de la Iglesia de arriba los que hayan pertenecido, no ya al cuerpo, sino al alma de la Iglesia de aquí bajo. ¡Ay del imprudente que se ha creído no estar obligado á nada, aceptando la invitación! Severamente interpelado, el hombre mal vestido de la parábola permaneció mudo. No tenía excusa alguna. Los condenados ante el juicio de Dios tampoco la tendrán. ¡Les fué tan fácil revestirse de Jesucristo mediante una fe activa, la caridad y la justicia! Este vestido obligatorio estaba al alcance de todo el mundo, pues, para obtenerlo, bastaba sólo querer adornarse con él. La indiferencia, la presunción, las pasiones diversas, hacen suponer á algunos que basta ser llamado á la salvación para ser salvo. *Pecca fortiter, sed crede fortius,*

(1) En Oriente no hay nadie, por pobre que sea, hombre ó mujer, que no tenga uno de esos vestidos ó de esas piezas de vestido, simple turbante, *confieh* ó faja, reservada para las fiestas, á las que no se asiste nunca sin salirse un poco de lo ordinario. Por lo demás, en un país en que tan fácilmente se fraterniza en una común miseria, cualquiera es admitido á pedir prestado los vestidos de otro, de tal suerte que en las bodas de gente muy pobre se hallan á veces mendigos transfigurados con trajes de lance muy extraños. Esto es en ellos el vestido de fiesta ó nupcial.

se ha dicho, y con este principio, se presentan al festín con vestido de ignominia. Los fariseos pensaban tal vez, ante su escándalo, que la indulgencia de Jesús llegaba hasta allí, y que prometía la salvación á todos los que se inscribían entre sus discípulos. El Maestro protesta contra una doctrina tan detestable. Declara que la vida feliz se compra por medio de un trabajo personal, y que se pierde, cuando se cuenta, para asegurarla, con una fe muerta.

«Entonces dijo el rey á sus ministros: Atado de pies y manos, arrojadle fuera á las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crujir de dientes.» Tal es la sentencia que excluye á los condenados de la luz eterna. El banquete se da por la tarde. Ser echado de la sala, equivale á ser arrojado á la calle, donde reina la noche oscura. La muerte nos dirige hacia las claridades divinas; si alguna indignidad nos priva de llegar, nuestra suerte consistirá en sufrir eternamente fuera de la sala en que los demás se regocijarán. ¡Qué amargas penas y qué gemidos!

Los publicanos y los gentiles deben tener entendido que, no porque sean llamados á suplantar á los fariseos orgullosos y á los judíos obstinados, es motivo para creer que les bastará un solo acto de fe para sentarse definitivamente en el puesto que aquéllos han abandonado. La fe abre la puerta al reino, mas, cuando no engendra obras, no puede mantenernos en él.

CAPÍTULO VII

Martes.—Preguntas capciosas dirigidas á Jesús

Pregunta de los herodianos unidos á los fariseos: ¿Debe pagarse el tributo al César?—Doble peligro de una respuesta.—Admirable solución.—Otra dificultad propuesta por los saduceos: La mujer siete veces viuda en la eternidad.—Brillante respuesta del Maestro sobre la certeza de la vida futura y sus condiciones.—Pregunta del escriba sobre el gran precepto de la ley.—Su admiración al oír la respuesta. (*Marc.*, XII, 13, 34; *Mat.*, XXII, 15-40; *Luc.*, XX, 20-40.)

El Sanedrín, vencido en la interpelación solemne que había tentado, se retiró; pero en seguida las sectas particulares quisieron vengar la derrota general, presentándose, cada una á su vez, á preparar una nueva trampa al Doctor que, con su sabiduría, desconcertaba á todos sus adversarios.

El primer grupo parece que se formó, intencionadamente, de elementos políticos muy inconexos, puesto que los fariseos, partidarios decididos de la independencia nacional, se codeaban en él con los herodianos, amigos jurados de la autoridad romana ⁽¹⁾.

Nada más extraño que estas aproximaciones de personas que se detestaban cordialmente; pero no es raro ver formarse de repente tales alianzas, por mal combinadas que

(1) Sabido es cómo los Herodes se convirtieron en vasallos de los emperadores romanos, y mediante qué audaces empresas el jefe de su dinastía, en particular, había procurado imponer á los judíos la autoridad de César. En toda nación hay almas que corren á la servidumbre con la esperanza del provecho. La defección en el partido nacional judío vino de lo alto. Manahem, presidente del Gran Consejo, se pasó al campo de Herodes con gran número de sus más notables conciudadanos, los cuales constituyeron en partido poderoso que la habilidad romana alimentaba con favores secretos ó públicos, y que, simulando agruparse en torno de los hijos de Herodes, trabajaba secretamente por el imperio. Eran más bien romanos que herodianos. V. Josefo, *Antiq.*, XIV, 13, 1; 15, 10; XVI, 9, 3.

parezcan, bajo la influencia de pasiones diversas y de un interés común. Por lo demás, puede suponerse, según el texto, que los fariseos no dejaron de avergonzarse de semejante mezcolanza con los partidarios del extranjero. San Mateo observa, en efecto, que los jefes se abstuvieron y solamente enviaron algunos partidarios ⁽¹⁾.

Como era muy natural, tales emisarios debían colocarse en el terreno político. Habiendo tomado para el caso un aire de afectada justicia, se presentan, como ciudadanos correctos hasta la exageración, á exponer un caso de conciencia que los inquieta; preguntan fingiéndose justos, como indica San Lucas. «Maestro—dicen con respeto y adulación hipócritas,—Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios, conforme á la pura verdad, sin respeto á nadie; porque no miras á la calidad de las personas.» Este preámbulo reconoce que la independencia de Jesús asegura su veracidad, como su rectitud garantiza su independencia. «Dinos, pues, que te parece de esto: ¿Es ó no es lícito pagar tributo á César?»

Sin dificultad se distingue, al primer golpe de vista, todo lo insidioso de la pregunta. Para Jesús, responder afirmativamente era enajenarse el favor del pueblo, que, en secreto, tascaba el freno impuesto por la tiranía romana, destruir todas las esperanzas mesiánicas fundadas en su manifestación y declarar que en lugar de sacudir el yugo del extranjero, Él había venido á aceptarlo. Ante tal debilidad, la multitud no podía menos de cambiar su admiración en desprecio y su respeto en odio profundo. Responder negativamente—su conducta independiente hacía creer que tal sería su decisión—era declararse en rebeldía y atraerse los castigos de la autoridad romana. Cualquiera, pues, que fuese su respuesta, ó bien debía ser denunciado al pueblo, por el partido de los fariseos ⁽²⁾ patriotas, como un cobarde que aceptaba el yugo extranjero, ó bien llevado ante Pilato por el partido de los herodianos imperialistas, como un

(1) En efecto dice: *Et mittunt ei discipulos suos cum Herodianis.*

(2) Josefo ha dicho de los fariseos: *Μόνον ἡγέμονα καὶ δεσπότην ἐπειλήφασιν.*

sedicioso que soliviantaba la multitud persuadiéndola á rechazar el impuesto.

Mas los astutos casuistas no habían contado con la sabiduría del joven Maestro, quien, de un vistazo, sabía dar con el nudo de una dificultad y, en una palabra, resolverla. Entre la alternativa que se le imponía: Dios ó César, había un término medio, una tercera hipótesis que era la verdadera: Dios *y* César. Los dos órdenes, humano y divino, no deben excluirse; están llamados á vivir paralelamente. César debe respetar los derechos de Dios, y, á su vez, Dios salvaguarda los derechos del César. Injustamente se procura poner en contradicción á estas dos autoridades. En el plan divino no deberán chocar, puesto que tienen sus esferas distintas, su origen común y, dentro de grados diversos, un fin idéntico: el bien de la humanidad.

Discerniendo Jesús sus malas intenciones, quiso desde luego darles á entender lo que pensaba de sus escrúpulos: «Hipócritas—dijo,—¿por qué me tentáis?» Después de lo cual, abordando resueltamente la dificultad propuesta: «Enseñadme—añadió—la moneda con que se paga el tributo.» Ellos le presentaron la pieza ⁽¹⁾ que saldaba el impuesto de la capitación, especie de cuota personal muy odiosa al pueblo. Era el denario romano acuñado al uso de Palestina. Jesús, habiéndolo mirado, dijo: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?» Respondieron: «De César»,—sin sospechar que con una palabra acababan de romper ellos mismos las mallas de la red que le habían tendido.—En efecto, la solución de la dificultad estaba en su respuesta. Si Tiberio César tenía el derecho de batir moneda con su imagen y su exergo, es porque era el señor del país. Sólo aquel en quien se personifica el Estado, tiene el derecho de señalar con su nombre y de cubrir con su responsabilidad los valores corrientes que deben, como la moneda,

(1) Mateo, muy al corriente, por su antigua profesión, de las diversas monedas, pone en boca de Jesús el término consagrado, *numisma census*, mientras que en Marcos y Lucas hallamos la palabra menos precisa de *denarium*. V. Josefo, *Antiq.*, XIV, 10, 6; *Bell. Jud.*, II, 16, 4.

servir para las transacciones sociales. Los judíos conceden este derecho al César, puesto que dan curso legal á las piezas acuñadas con su efigie; luego reconocen á César como la autoridad de hecho que regula sus destinos; luego deben, con la obediencia y el respeto, el impuesto necesario para administrar la cosa pública. Pagar este impuesto no es obrar contra la voluntad de Dios que ha permitido á César sujetar á Palestina. Mas, por otra parte, el ser tributario de César no dispensa de ser servidor de Dios. Á cada uno de los dos reyes sus derechos respectivos. Engañanse los fariseos al violar los derechos de César para reconocer más altamente los de Dios, pues su fanatismo patriótico va contra la ley divina; y más culpables son todavía los herodianos que, al sacrificar sus tradiciones nacionales y aplaudir las criminales usurpaciones del Estado en el dominio religioso, olvidan los derechos de Dios para entregarse del todo á César. Á los dos partidos echa en cara Jesús sus culpas recíprocas, y su respuesta, breve y lúcida, separa admirablemente la verdad de los dos puntos extremos en que ellos pretendían colocarla: «Dad á César lo que es de César», dijo—estas palabras iban para los fariseos que no aceptaban los derechos de Roma,—«y á Dios lo que es de Dios», estas otras eran para los herodianos que se ocupaban medianamente en los derechos de Jehová. Ante esta solución tan sencilla y tan verdadera de la dificultad, los adversarios acabaron por admirar al que habían ido á probar.

En seguida, y como para disimular esta derrota bajo un nuevo ataque, se presenta otra diputación para interrogar de nuevo á Jesús y ponerle dificultades. Se componía de saduceos. Los saduceos, como ya hemos dicho, eran los materialistas de la época. No admitían más regla de fe que los libros de Moisés—esto bastaba para no excluirlos de los cargos públicos ó también del supremo poder sacrificador—y se contentaban con esperar, como sanción de sus virtudes ó de sus vicios, los bienes ó los males de la vida presente. La corteza de la religión mosaica bastaba á su

espíritu y á sus necesidades; eran dentro del judaísmo los representantes cínicos de esos instintos groseros, á los cuales el legislador de Israel había tenido que hacer concesiones bastante serias. Tales hombres, que contaban con una influencia considerable en el Estado—dos veces habían obtenido la degollación en masa de los fariseos, sus enemigos,—andaban inquietos sin duda alguna con las doctrinas espiritualistas de Jesús, por lo cual quisieron, á su hora, tomar parte en aquella lucha suprema que los hijos de las tinieblas empeñaban contra el Rey de la luz y de la verdad.

La dificultad que habían preparado descansaba sobre el punto fundamental de sus doctrinas materialistas, que era la negación de la inmortalidad personal y de la resurrección de los cuerpos. Un pasaje de la ley mosaica les parecía destruir radicalmente las teorías de Jesús sobre la vida futura. Dedujeron, pues, de él una singular objeción, y se la propusieron con esa burla sarcástica y ligera de que con tanta complacencia se jacta semejante gente. Sus ideas se inspiraban en sus gustos, y ponían enteramente sus gustos en la carne. Puesto que negaban la existencia de las almas, habían ideado preguntar á Jesús de quién sería en la vida futura, si existía, la mujer que en la vida presente hubiese tenido siete maridos consecutivos. La cuestión les pareció tan curiosa por lo original como difícil de solución. «Maestro—dijeron,—Moisés ordenó que si alguno muere sin hijos, el hermano se case con su mujer para dar sucesión á su hermano.» Sin citar el texto, decían exactamente el sentido de la ley del levirato ⁽¹⁾. El punto de partida de su objeción era, pues, incontrovertible. Un hecho imaginario, exagerado á su antojo por aquellos libertinos, constituía el segundo elemento. «Es el caso que había entre nosotros siete hermanos; casado el primero, vino á morir, y no teniendo sucesión, dejó su mujer á su hermano. Lo mismo acaeció al segundo y al tercero, hasta el séptimo. Y después de todos ellos murió la mujer. Ahora,

(1) *Deuter.*, XXV, 5, 6. V. Bernary, de *Heb. leviratu*, Berlín 1835.

pues, así que llegue la resurrección ¿de cuál de los siete ha de ser mujer, supuesto que lo fué de todos?» La conclusión por ellos deducida de estas premisas era sin duda que, debiendo ser para todo hijo de Israel la autoridad de Moisés tan cierta como la posibilidad del hecho alegado, era necesario rechazar la fe en la resurrección, por cuanto originaba, á lo menos en este caso, una dificultad insuperable.

Mediante una respuesta general, Jesús abruma en seguida á tales adversarios; no disimula la lástima que le inspira su ignorancia, que traducen en una objeción tan ridícula. Aquellos distinguidos legistas que con tanta ostentación le citan á Moisés, saben muy poco. «Muy errados andáis—les dice—por no entender las Escrituras ni el poder de Dios.» Era duro para su orgullo oír que se les decía que ni entendían á Moisés, cuya autoridad aceptaban, sin haber profundizado sus escritos, ni á Dios, cuya existencia admitían, sin concederle el que llamase los muertos á una vida superior y comparable á la de los ángeles. Por duro que esto fuese, era, sin embargo, verdadero. La respuesta directa á la objeción va á probarlo. «Sí—dice Jesús, quien con una palabra transporta á sus adversarios á la realidad de un mundo superior donde su objeción ya no tiene razón de ser;—los hijos de este siglo contraen matrimonio recíprocamente; pero entre los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la resurrección de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos; porque ya no podrán morir otra vez, siendo iguales á los ángeles é hijos de Dios, por ser hijos de la resurrección ⁽¹⁾.» La gente se casa en la vida presente para llenar en la tierra los vacíos que ocasiona la muerte, y enviar al cielo el número de elegidos determinado por Dios desde toda la eternidad. Ahora bien, en la vida futu-

(1) Notaráse la antítesis entre *hijos de este siglo* é *hijos de la resurrección*. Sobre ella descansa toda la argumentación de Jesús. Los primeros son, en la tierra, hijos de hombres y destinados á engendrar otros hombres; los segundos son hijos de Dios y llamados á vivir como los ángeles en un mundo en que Dios no reclama ya la cooperación de sus criaturas para engendrar la vida.

ra, de una parte, los justos no mueren ya, y, de otra, recibiendo todos los días nuevos reclutas que les vienen de aquí bajo, no tienen necesidad de reproducirse para poblar la ciudad celestial. Al resucitarlos, Dios, que les ha comunicado su propia inmortalidad, los ha iniciado en una vida nueva; han venido á ser una vez más los hijos de Aquel que los crea de nuevo; su felicidad consistirá, pues, en vivir, no como esos hombres del siglo, cuyos apetitos carnales ⁽¹⁾ Jesús estigmatiza en esta ocasión, sino como ángeles, como esos puros espíritus que, gozando de Dios, desprecian las groseras satisfacciones de la tierra.

No sin intención evoca el Maestro el recuerdo de los ángeles ante adversarios que se jactan de no creer en ellos. En lugar de resolver solamente una objeción, quiere establecer una tesis en su conjunto, y lo hace con tanta ciencia como autoridad. Después de haber respondido, va á instruir.

En tanto los saduceos han propuesto tal cuestión, en cuanto niegan la vida futura, y la niegan porque los libros de Moisés, los únicos que admiten, nada dicen de ella. Pero este silencio del gran Legislador, que sirve de punto de apoyo á sus miras materialistas, ¿es tan real como piensan? Á decir verdad, un teólogo de la talla de los rabinos judíos podía tener dificultades para hallar en el Pentateuco un texto explícito que afirmase la resurrección. En efecto, todo en él la supone y nada parece afirmarla ⁽²⁾. Pero Jesús pertenece á otra escuela diferente de la de los doctores de la sinagoga, y su mirada sabe leer donde los ojos de sus adversarios se habían detenido más de una vez sin ver nada ⁽³⁾. De palabras en apariencia insignificantes,

(1) La acumulación de expresiones es significativa: *γαμῆν, ἐκγαμίζεσθαι, ὁ αὖν ἐκγαμίζεσθαι*.

(2) Una vez más nos remitimos al artículo de M. Touzard de San Sulpicio en la *Revue Biblique*, Abril de 1898. No podemos menos de extrañarnos de ver á los saduceos, al par que reconociendo la autoridad de Moisés, negando cuando menos la vida futura. Josefo, *Antig.*, XVIII, 1, 4; *B. J.*, II, 8, 14.

(3) Según *Lucas*, XX, 37, en efecto, Moisés da á entender, *ἐμήνησεν*, que los patriarcas, muertos para la tierra, no lo son para Dios, y que su vida se perpetúa más allá de la tumba.

suponiendo, sin demostrarlo muy ampliamente, la realidad de la vida futura, el nuevo Maestro hace brotar de repente la luz más brillante. «Por lo demás, que los muertos hayan de resucitar—dijo, indicando que aquí estaba la secreta inquietud de sus adversarios,—¿no habéis leído en el libro de Moisés, cómo Dios hablando con él en la zarza ardiendo ⁽¹⁾ le dijo: «Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Claro está que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él ⁽²⁾ todos viven. Luego estáis vosotros en un grande error.» En el texto de Moisés, Dios dice, no ya *Yo he sido*, sino *Yo soy* el Dios de Abraham; luego no puede ser el Dios de los que ya no existen; luego aquellos patriarcas, por muertos que sean para el mundo, viven todavía ⁽³⁾. Y tan cierto es que viven, que Dios se declara dispuesto á cumplir las promesas hechas á su fe y cuya realización asegurará su gozo y su gloria.

Esta prueba, de una brevedad luminosa, absolutamente tónica, y del todo dentro de los gustos de la teología judía, tenía algo de tan inaudito y tan concluyente ⁽⁴⁾, que los saduceos quedaron estupefactos. Habían reconocido la autoridad de Moisés y con ella habían argüido, pero eran confundidos por el mismo Moisés. Los que habían sido vencidos antes que ellos, debieron regocijarse de un jaque semejante, y algunos escribas, contentos con ver defendidas tan felizmente sus doctrinas sobre la inmortalidad, exclamaron:

(1) *Exodo*, III, 6, 15.

(2) La palabra *abrâ* no quiere decir: *en su memoria*, esto no probaría lo que Jesús desea establecer, sino *en relación, en comunicación con él*.

(3) Los Setenta y la Vulgata expresan este presente con las palabras *eipul, sum*; el hebreo lo indica mediante la supresión del verbo: «Yo Elohím de tu padre, Elohím de Abraham...»—(N. del T.)

(4) Para mejor apreciar lo que tenía de concluyente, hay que recordar que, en la antigüedad, la cuestión de la inmortalidad de las almas y la de la resurrección de los cuerpos se confundían en una sola. No se comprendía el alma viviendo sin el cuerpo, y Jesús, al probar de una manera general la vida de los patriarcas, después de su muerte, afirmaba en su argumentación, no sólo la inmortalidad de las almas, mas también la resurrección del hombre entero. Deseaba establecer todo lo que los saduceos negaban sobre esta importante cuestión.

maron con un entusiasmo que ya no podía contenerse: «Maestro, bien has respondido (1).»

Uno de ellos, perteneciente á la secta de los fariseos, se aventuró, sin embargo, á proponer todavía una cuestión. Si primeramente había ido con malas intenciones, se comprende que se impresionase profundamente de lo que acababa de oír; y si pregunta, es más bien para no faltar á la palabra á los que le echaron por delante, que para entablar realmente una controversia con Aquel cuya sabiduría admira (2). «Maestro, dice—y con ese título prueba su respeto á Jesús—Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento en la Ley?» Como legista, habla de lo que le interesa. Además, la cuestión que propone era muy debatida en las escuelas y entre las sectas judías. El formalismo farisaico veía el punto principal de la ley en los artículos que regulaban el culto externo del hombre. El materialismo saduceo lo buscaba en las recompensas ó castigos reservados, en esta vida, á los servidores fieles ó infieles. Cada doctor tenía su teoría, y la defendía hasta el exceso. Jesús, sin vacilar, expone la suya. Ya lo había hecho en otra ocasión (3). Exponerla era imponerla; de tal manera subyugaba por su verdad. Para Él, el primer mandamiento es el que va más directamente al corazón del hombre para regular sus movimientos. La verdadera religión sólo puede consistir en el acto moral más íntimo, más generoso y más puro del alma, en el amor

(1) Esa exclamación, saliendo de la misma boca de los enemigos de Jesús, cuando se observa que estos enemigos eran los escribas, es decir, los hombres de ciencia, que, cogidos por el entendimiento, olvidan de repente el odio que tienen en el corazón, es de una verdad sorprendente. Prueba perfectamente la autenticidad de los documentos de que se servía San Lucas.

(2) Este es el medio de concordar los dos evangelistas. En *Marcos*, XII, 28, el escriba parece interrogar porque admira la sabiduría de Jesús. Según *Mateo*, XXII, 35, quiere probar al Maestro, *περιπάσειον*. Los dos motivos pueden haber existido simultáneamente, tanto más cuanto este verbo no significa siempre tentar por malicia. *Juan*, VI, 6.

(3) No es posible asimilar á este relato de San Mateo y de San Marcos la pregunta análoga que hemos hallado en San Lucas; aunque en los dos casos se trate de un legista, *νομικός*, las circunstancias son diferentes. La pregunta en sí misma versa esta vez sobre el mandamiento supremo, no sobre las condiciones de la salvación; aquí es Jesús y no el escriba quien pronuncia los dos grandes mandamientos; finalmente, la conclusión es distinta como lo había sido todo el discurso.

que ofrece nuestros homenajes, nuestras obras y nuestra vida. Esto es lo que Jehová había dicho á Israel, pero éste no lo había comprendido ó lo había olvidado. Jesús, con una palabra, eleva la teología judía á las alturas de donde el espíritu de secta la había hecho descender. «El primero de todos los mandamientos—dice—es este: Escucha ¡oh Israel! el Señor Dios tuyo es el solo Dios. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el primero y más grande mandamiento.» No para otra cosa lo ha puesto Dios al principio de su ley sino para significar su incontestable excelencia, y ¡ay del hombre que destruya el orden divino! La verdadera religión consiste en amar á este Dios como á nuestro único Señor, es decir, por sobre todas las cosas. Amarlo á este tenor, será además asegurar la santidad de toda nuestra vida religiosa, ya que la perfección moral debe hallar, en un amor semejante, su principio y su término.

El escriba sólo había preguntado por el primer mandamiento; Jesús va á juntar á él el segundo, que resume nuestros deberes para con los hombres, como el primero ha resumido nuestros deberes para con Dios. Si alguien practica los dos, habrá conseguido la plenitud de la justicia. «El segundo—añade el Maestro,—es semejante al primero.» En efecto, como aquél, se dirige asimismo al corazón del hombre y regula el amor. «Amarás á tu prójimo como á ti mismo.» La caridad que hay que tener al prójimo debe ser grande, atenta, abnegada, como la que nos guardamos á nosotros mismos. En otros términos, limita Dios de este modo sus dos grandes mandamientos: para Él reclama el amor soberano, que por nada es igualado, ni impedido, ni empequeñecido; para él hombre prescribe todo el afecto de que somos capaces. «No hay otro mandamiento que sea mayor que éstos—añade Jesús;—en estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los profetas.» En efecto, todo cuanto ha sido prescrito ó prohibido á Israel se reduce á uno de esos dos grandes y universales preceptos.

«Maestro, has dicho bien—exclama el escriba, encantado de doctrina tan sublime,—y con verdad, que Dios es uno solo y no otro fuera de él. Y que el amarle de todo corazón y con todo el espíritu y con toda el alma y con todas las fuerzas, y al prójimo como á sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios.» Con laudable perspicacia ha penetrado, pues, todo el pensamiento de Jesús este hombre, al que San Ireneo⁽¹⁾ atribuye aún estas palabras: «Largo tiempo ha que yo deseaba oír tal discurso, y nunca lo había encontrado en labios de nadie.» Comprendía y proclamaba que el mejor homenaje que hay que rendir á Dios es verdaderamente el del alma en el sacrificio de una caridad sin límites.

Algo es tener una inteligencia despejada al servicio de un buen corazón. Jesús, mirando al escriba, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios.» El estímulo era grande para un alma que buscaba la verdad. Es de creer que la gracia hizo lo demás, y que el legista se convirtió en creyente.

Acaso conviene acabar en este incidente la jornada del martes, la cual parece sobrecargada, si se la prolonga hasta después del discurso sobre el fin de los tiempos. Es cierto que, prosiguiendo su relato, ninguno de los tres Sinópticos, salvo tal vez el primero⁽²⁾, ofrece una interrupción tan señalada que permita pasar al día siguiente. Mas ya estamos acostumbrados á esas negligencias cronológicas, explicadas suficientemente por medio del Evangelio oral ó predicado que fué su verdadero origen. Además, suponiendo que este triunfo de Jesús dió fin al martes, se evita el tener que consagrar todo el miércoles al silencio. Asimismo, el pacto entre Judas y el Sanedrín se encontrará directamente motivado, ora por la decepción causada en el discípulo por el discurso sobre la ruina de Jerusalén, ora por el furor excitado por los anatemas de Jesús contra los fariseos y el partido jerárquico.

(1) Ireneo, *C. Haeres.*, I, 17.

(2) *Mateo*, XXII, 41.

CAPÍTULO VIII

Miércoles.—Vuelta ofensiva de Jesús al Templo

Pregunta del Maestro á los que le han preguntado.—¿Cómo el Mesías, hijo de David, puede ser el Señor de David?—Culpable silencio de los fariseos.—Estalla la indignación de Jesús.—Denuncia y maldición de los hipócritas.—Rasgo consolador: las dos *leptas* de la pobre viuda. (*Mateo*, XXII, 41—XXIII, 39; *Marcos*, XII, 35-44; *Lucas*, XX, 41—XXI, 4, y XIII, 34-35; XI, 37-54).

La prueba había sido suficiente. En vano todos los partidos se habían medido con el divino Doctor. Su derrota aparecía tan humillante como completa. El último incidente había ofrecido además el fenómeno bastante raro de un adversario rindiendo lealmente las armas para pasarse al campo de Aquel á quien había ido á atacar. Juzgaron, pues, que el silencio era el mejor partido que debían tomar, y Jesús pudo gozar sin contradicción de su victoria ⁽¹⁾.

Volviendo al punto á la tesis que desarrollaba cuando se presentaron los herodianos, determinóse á dar á sus oyentes, que la deseaban, la verdadera noción del Mesías. Demasiado había sido interrogado para tener el derecho de interrogar á los demás. Dirigiéndose, pues, á los fariseos que formaban un grupo considerable: «¿Qué os parece á vosotros del Cristo?—les dice—¿de quién es hijo ⁽²⁾?—De David,»—le respondieron.—Tal era, en efec-

(1) *Marcos*, XII, 34, y *Lucas*, XX, 40, el primero luego después de la pregunta del escriba, el segundo inmediatamente después de la de los saduceos, puesto que no refiere la del escriba, convienen en reconocer que nadie se atrevió á arriesgarse á interrogar á Jesús.

(2) También aquí se nota una ligera diferencia entre *Mateo*, XXII, 41, y los otros dos sinópticos. Aquél cuenta—y su texto nos ha parecido el mejor—que Jesús condujo á los fariseos, mediante una primera pregunta, á que estableciesen el punto de partida de la dificultad que quería resolver: *el Cristo es Hijo de David*. Marcos y Lucas suponen que Jesús mira la filiación

to, la enseñanza universal de los rabinos. «¿Cómo, pues—prosigue Jesús,—puede decirse que el Cristo es Hijo de David, cuando David inspirado por el Espíritu Santo le llama su Señor en el libro de los Salmos ⁽¹⁾: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra, mientras tanto que yo ponga á tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama su Señor, ¿cómo cabe que sea Hijo suyo?»

Era indispensable, para responder á esta pregunta, tener la idea de una doble naturaleza en el Mesías. Como los fariseos carecían de ella, la cuestión era superior á su ciencia. Mas no dejaba de imponerse como una dificultad evidente. Negar el sentido mesiánico del salmo alegado era imposible. Toda la tradición judía lo reconocía, y David, con la precisión enérgica, el brillo de imágenes y la profundidad misteriosa que caracterizan su genio, no había descuidado nada para hacer conocer al héroe de su cántico. Es Jehová quien habla á un Señor de David. Este Señor comparte el trono de Jehová mismo y está aso-

davídica del Mesías como comúnmente enseñada por los doctores de la ley, y su argumentación parte de lo que parece un hecho establecido. Esta variante prueba una vez más la independencia absoluta de nuestros Evangelistas. Se explica, como las demás, por la hipótesis de los documentos diversos donde el Evangelio oral fué primeramente consignado.

(1) Es digno de notarse que Jesús atribuye el *Salmo CIX* á David, *Lucas*, XX, 42, y que lo dijo inspirado por el Espíritu Santo, *Mateo*, XXII, 43; *Marcos*, XII, 36. Que David fué el autor de este salmo está escrito con todas sus letras en el título que lleva: «*De David salmo,*» y no á David, como algunos han querido traducir por excepción y contra todas las reglas. La partícula hebrea *lamed* denota regularmente la propiedad, la procedencia y, por consiguiente, la paternidad del salmo. Mas si David es el autor del cántico CIX, no puede ser el objeto de él. Y, en realidad, le vemos poner en escena á un personaje que reúne en su cabeza el sacerdocio y la realeza, cosa que él nunca obtuvo, y que nadie pudo hacer, mientras subsistieron, vivas y distintas, la tribu de Judá con su privilegio de suministrar los reyes, y la de Leví con el de proporcionar los sacerdotes. Únicamente el Mesías llevará sobre su cabeza la doble corona de los príncipes y de los sacrificadores, puesto que la Antigua Alianza acabará con él. De ahí el título de «mi Señor,» *Adoni*, y la igualdad, ya de poder, ya de gloria con Jehová, «á cuya diestra se colocará» atribuídas por David al Mesías futuro. Jesús no ha tomado el salmo CIX como de David para conformarse con la creencia común, aunque en realidad fuese de un contemporáneo glorificando á David (opinión de Ewald), ó también de un poeta del tiempo de los Macabeos glorificando á Jonatán (opinión de Hitzig). Esas hipótesis interesadas y parciales, chocando con la autoridad misma del texto, no pueden avenirse con la idea que es preciso tener de Jesucristo y la verdadera crítica ha fallado.

ciado á su omnipotencia. Su origen es antes del tiempo; parte de Sión para realizar la conquista del mundo y establecer, á través de numerosas catástrofes, su imperio sobre todos los pueblos. David y su descendencia no han tenido más que el poder real; los hijos de Leví han conservado en sus manos el poder espiritual del sacerdocio; pero el vencedor del mundo, que debe venir en el curso de los siglos, reunirá sobre su cabeza las dos coronas de oro y de plata de que hablará más tarde Zacarías ⁽¹⁾: la corona de los monarcas y la de los pontífices; será sacerdote y rey como Melquisedec. Ahora bien, si por una parte, quiso hablar David verdaderamente del Mesías y de su obra, y si, por otra, es cierto que este Mesías debe ser Hijo de David, ¿cómo explicar que el Mesías será á la vez Hijo y Señor del rey-profeta? Una palabra bastaría para dar la respuesta; mas para encontrar esta palabra era necesario haber comprendido las divinas Escrituras, y los fariseos no habían pasado jamás de la corteza. El Mesías es Hijo y Señor de David, porque en él hay dos naturalezas distintas; es hombre y es Dios. Como hombre, desciende de David y es realmente su Hijo; como Dios, es engendrado por Dios Padre desde la eternidad, y, Dios como el que le engendra, es, bajo todos los títulos, Señor de David. Tal es el que Isaias ⁽²⁾ había claramente señalado, llamándole Admirable, Dios, Fuerte, Poderoso, el *Parvulito* nacido para nosotros; tal es también el que el profeta Miqueas había indicado distinguiendo dos nacimientos del Mesías: el uno en el tiempo, en Belén, y el otro desde la eternidad ⁽³⁾. Pero los fariseos, en lugar de examinar estas revelaciones, que debían iluminar el porvenir de la humanidad, preferían criticar las leyes ceremoniales. De la religión verdadera no sabían nada, ni enseñaban nada.

Respecto á la pregunta que les había dirigido, encerráronse en un silencio arrogante. Jesús no contenía ya

(1) *Zacarías*, VI, 11.

(2) *Isaias*, IX, 5.

(3) *Miqueas*, V, 2.

su indignación contra la secta detestable que, desde el comienzo de su vida pública, no había cesado de perseguirle y estorbar su obra. Su palabra tomó al punto un acento terrible, y, anunciando el juicio de Jerusalén y del mundo, empieza á acusar sin piedad á unos adversarios á quienes su caridad había intentado en vano mejorar ⁽¹⁾.

«Los escribas y los fariseos ⁽²⁾ están sentados en la cátedra de Moisés ⁽³⁾; practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren.» Su derecho es indisputable. Sentarse en el trono de un rey es sucederle y heredar su poder. Sentarse en la cátedra de Moisés es heredar su autoridad. Por tal título, Jesús desde luego reconoce que se les debe respeto y obediencia. En cualquier mano que resida, la autoridad legítima es sagrada; pero es posible, sin dejar de respetarla, despreciar la indignidad de los que la llevan. En cada uno de esos fariseos y de esos escribas, convertidos en guías del pueblo de Dios, hay dos hombres: el representante oficial de la jerarquía religiosa y el individuo privado con sus vicios ó sus virtudes. Como doctores de la sinagoga, enseñando la ley de Moisés, tienen derecho á ser escuchados. Como hombres privados, no han de proponerse como modelos, pues su conducta es detestable. «Guardaos—prosigue Jesús—de hacer lo que hacen ⁽⁴⁾.» Y en pocas palabras esboza vigorosamente el retrato de aque-

(1) San Marcos y San Lucas no hacen más que un resumen suscinto del discurso conservado por San Mateo; pero lo que dicen está perfectamente dentro del tono, color y sentido de lo que leemos en el primer sinóptico.

(2) Los escribas están colocados aquí en primera línea, como cuerpo docente y con responsabilidad especial. Josefo los llama no «Escribas» ó *γραμματεῖς*, sino «Comentadores de la Ley», *ἐξηγηταὶ νόμων*, *Antiq.*, XVII, 6, 2; 9, 3, XVIII, 3, 5; XX, 2, 4, ó también «los hombres de ciencia», *σοφισταί*, *Bell. Jud.*, I, 33, 2; II, 2, 1, etc. Juvenal, *Sat.*, VI, 544, dice: «Interpres legum Solymarum.»

(3) Moisés, *Exod.*, XVIII, 13, se sentaba para juzgar al pueblo, mas la cátedra, *Kisse*, ó *Katedrin*, en el Talmud, tomada aquí como símbolo y signo de autoridad doctrinal y legislativa, no fué realmente empleada sino hasta más tarde para enseñar en las sinagogas. *Hechos*, XXII, 3. Comp. Vitranga, *Synag.*, p. 165.

(4) El Targum de Jerus sobre *Núm.*, XXIII, 19, dice: «Homines dicunt, sed non faciunt»; y en *Chagigah*, fol. 15, 2: «Memineris doctrinae ejus et non operum ejus.»

llos falsos devotos, de aquellos vanidosos ridículos, verdaderos hipócritas de la época. «Son buenos para leer al pueblo las palabras de la ley, pero no para practicarlas.»

Su hipocresía va más lejos. Afecta aspiraciones extrañas hacia la perfección; recomienda prácticas religiosas extravagantes é innumerables, si bien dejando á los demás el cuidado de realizarlas. «El hecho es que van liando cargas pesadas é insoportables y las ponen sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni aplicar la punta del dedo para moverlas.» Á fin de presentarse como prodigios de virtud, se aplican á multiplicar de este modo las condiciones de la santidad. Cuanto más elevan y más inasequible hacen el ideal de la perfección, tanto más pretenden hacerse admirar, dando á entender que han realizado lo que han sabido concebir. De ahí esa invasión incesante de prácticas ceremoniales, que convierten en imposible la vida religiosa por todo lo que tienen de excesivo y de tiránico. El pobre pueblo resulta cargado como la acémila que se doblega bajo su carga. En cuanto á esos celosos novadores, verdaderos tiranos de las conciencias, les basta haber hecho creer en su eminente virtud, en tanto que las almas buenas han de perseguir, sin jamás conseguirlo, el fin que ellos les han propuesto. Ellos descansan, y, orgullosos por haber merecido de este modo la consideración pública, juzgan que ya nada tienen que hacer sino gozar de ella. Ni siquiera es seguro que observen en secreto los puntos más esenciales de la ley divina. El ojo de Dios es para ellos menos temible que el del hombre. Parecer y no ser, tal es, por lo visto, su divisa en cuanto á virtud y religión.

Esta es la razón de que, cuando se han recomendado por sus doctrinas, procuran hacerse admirar por sus modales. De este modo escriben en sus vestidos la historia de su supuesta perfección, para que los transeuntes puedan leerla; en realidad, no tienen en el fondo del corazón ni los primeros elementos de ella, y no es posible que su conciencia se duerma en mentira semejante. «Todas sus

obras—continúa Jesús—las hacen con el fin de ser vistos de los hombres; por lo mismo llevan las filacterias más anchas y despliegan desmedidamente las franjas de sus mantos.» En mayor escala que los demás vicios, la hipocresía tiene su aspecto ridículo. Reviste todos los caracteres de una verdadera locura. De un pasaje del Éxodo ⁽¹⁾, se había deducido que el israelita debía llevar en su brazo ó sobre su pecho el recuerdo de los beneficios ó de los preceptos de su Dios. Los fariseos se cubrían literalmente el cuerpo de largos pergaminos en que habían escrito, para no observarlas, las reglas de su vida. Moisés había querido que el judío agregase una franja á su manto para distinguirse del gentil y acordarse de la ley ⁽²⁾. Los fariseos, multiplicando la longitud de los *tsitsiths* simbólicos, pretendían mostrar y aumentar el horror que sentían por la gentilidad y la fidelidad que guardaban á los preceptos de Jehová. También eran, en su pensamiento, talismanes que ahuyentaban al demonio y alejaban los maleficios ⁽³⁾. ¡Qué extravagante cuadro el de aquellos hipócritas cubiertos de amuletos, de pies á cabeza, en la frente, en las espaldas, en los brazos, y arrebozándose con mantos adornados de franjas azules de las más presuntuosas dimensiones! Jesús no dice que, para mortificarse, andaban chocando sus pies contra los guijarros, ó cerrando los ojos para no ver á las mujeres ⁽⁴⁾, pero nos deja adivinar los demás detalles de ese retrato vigorosamente esbozado, en que nos quiere dar á conocer, sobre todo, su fealdad moral.

Por lo demás, profundamente orgullosos, aquellos auda-

(1) *Exodo*, XIII, 1-16, y *Deuter.*, V, 4-9; XI, 13-22.

(2) *Núm.*, XV, 38; *Deuter.*, XXII, 12; *Zacar.*, VIII, 23.

(3) Los favores atribuidos al hecho de llevar estas filacterias eran numerosos, á juzgar por las sentencias que los recomendaban: «*Observate praeceptum meum de Tephilim, ego id ita vobis imputabo, ac si dies noctesque in lege mea sudaveritis.*» V. Buxfort, p. 1743. Lighfoot y Schöttgen tienen citas muy curiosas sobre ese particular.

(4) Los Talmudes de Jerusalén, *Berachoth*, IX, hacia el fin; *Sota*, V, 7, y de Babilonia, *Sota*, 22, nos dan la nomenclatura del fariseo *Nikkí*, que anda arrastrando las piernas; del fariseo *Schikmi*, que anda encorvado; del fariseo *Kizui*, que anda con los ojos cerrados, etc., etc. (Véase San Epifanio, *adv. Haeres.*, XVI, 1.)

ces impostores se creían llamados á recoger por todas partes el homenaje debido á su incomparable piedad. «Aman también los primeros asientos en los banquetes—añade Jesús—y las primeras sillas en las sinagogas, y el ser saludados en la plaza, y que los hombres les den el título de Maestros ó Doctores.» Como ya hemos notado, á nada más tiende su afectada piedad. Si remedan á los santos, á los hombres excepcionales, es sólo para atraerse la consideración del pueblo. El orgullo y el interés son los únicos móviles de su aparente virtud.

«Vosotros por el contrario no habéis de querer ser saludados maestros—dijo Jesús, volviéndose hacia los discípulos que le escuchaban conmovidos y acaso inquietos por la vehemencia de su palabra,—porque uno sólo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco habéis de llamar á nadie sobre la tierra Padre, pues uno sólo es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni debéis ser llamados maestros, porque el Cristo es vuestro único Maestro.» Tal es, en efecto, el carácter fundamental del cristianismo, que las individualidades humanas se confundan todas en un mismo anonadamiento ante el Dios que las domina, las crea, las gobierna á todas. No hay en la nueva sociedad otros grandes y verdaderos dignatarios que Dios y su Cristo. Si el lenguaje eclesiástico conserva algunos títulos honoríficos para distinguir los grados de la jerarquía, la fe los explica y corrige, recordando que la Iglesia ve únicamente en los doctores una representación más ó menos imperfecta del Doctor universal, que es el Espíritu Santo; en los padres espirituales, imágenes del Padre celestial, que por ellos comunica la vida á las almas; en los guías ó directores, los representantes del gran Director de la Iglesia, Jesucristo ⁽¹⁾. No de otra manera el uso cristiano ha adoptado las denominaciones especiales que el Maestro parece proscribir ⁽²⁾. La diferen-

(1) Jesús pone en los diversos grados de la jerarquía, padres, doctores y directores espirituales, los representantes de las tres grandes influencias que la Santísima Trinidad ejerce en la Iglesia.

(2) Así Pablo se da el título de *padre* con relación á los corintios

cia radical entre los fariseos y nosotros estriba en el sentido atribuido á las palabras que Jesús pretende proscribir. El fariseo se creía doctor por su propia ciencia, padre por su propia superioridad, guía por sus propias luces; el cristiano, al aceptar tales nombres, sabe que no manifiesta nada de sí mismo, sino todo de Dios, quien le ha comunicado con mucha abundancia los dones de ciencia, paternidad, dirección. En los títulos que le dirigen ve un homenaje rendido á Aquel á quien sustituye, y de ello se regocija. Por esta sola razón los toleras; pues en cuanto al alma, todos los cristianos son iguales ante Dios. Todos son hermanos, todos discípulos, todos hijos; y si place al Señor dar á algunos la misión de representarle por las necesidades especiales que lleva en sí la vida de la Iglesia, semejante gracia no hace más que obligarlos á mayor humildad. Esto es lo que Jesús declara al explicar su pensamiento, pues las palabras siguientes prueban que admite una jerarquía legítima: «El mayor entre vosotros ha de ser ministro vuestro; que quien se ensalzare será humillado y quien se humillare será ensalzado.»

Después, volviéndose súbitamente á sus adversarios exclama con voz formidable: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos á los hombres; porque ni vosotros entráis ni dejáis entrar á los que entrarían!» Como un obstáculo infranqueable, los malos servidores de Dios se ponen en la puerta de la Iglesia no para entrar, sino para cerrar el paso. Su malicia llega no solamente á rechazar la luz, sino á impedir á los demás que la vean.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas ⁽¹⁾ con el pretexto de hacer largas oraciones; por eso recibiréis sentencia mucho más

(1 Cor., IV, 15); llama á Timoteo y á Tito *sus hijos* en la fe (1 Tim., I, 2; Tit., I, 4); y Pedro dice otro tanto de Marcos (1 Pedro, V, 13).

(1) Se lee en el Talmud, *Sot. Hier.*, fol. 20, I: «Inter plagas, quae a Pharisaeis proveniunt, etiam haec est: Est qui consultat cum orphanis, ut alimentum viduae eripiat.» Y de una viuda explotada de este modo dice: «Plaga Pharisaeorum tetigit illam.»

rigurosa!» Aquellos falsos devotos, so pretexto de hacer bien á los demás, sabían perseguir y hallar las ocasiones de hacerse bien á sí mismos. Se instalaban en las casas de las viudas y, explotando su dolor al par que su piedad, les llevaban consuelos; se ofrecían á ayudarlas con sus consejos espirituales y sus oraciones, y, ocultando bajo hermosas palabras sus codiciosas intenciones, llegaban á devorar en ellas, no sólo excelentes festines, sino también la fortuna misma de tan hospitalarias mansiones. La religión transformada en instrumento de interés, en ocasión de buena mesa, en medio de enriquecerse, y todo ello en perjuicio de pobres y dignas mujeres, ¡qué sacrilegio!

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que andáis girando por mar y por tierra, á trueque de hacer un prosélito ⁽¹⁾; y después de convertido, le hacéis digno del infierno dos veces más que vosotros!» El proselitismo del mal no puede ser más que un crimen abominable. Es la caza de almas para matarlas y arrojarlas al abismo. El farisaísmo no les quita los vicios que ya tenían, las complica con otros también detestables, la hipocresía, la obstinación, el orgullo. Esta es la razón de que los hijos que engendra sean, dos veces más que él, hijos del infierno. ¡Qué terrible paternidad se atreve á buscar!

«¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: El jurar uno por el templo no es nada, mas quien jura por el oro del templo, está obligado! ¡Necios y ciegos! ¡qué vale más, el oro ó el templo que santifica al oro? Y si alguno jura por el altar, no importa; mas quien jûrare por la ofrenda puesta sobre él, se hace deudor. ¡Ciegos! ¡qué vale más, la ofrenda ó el altar que santifica la ofrenda?» Extraña casuística, de la cual hemos visto otros ejemplos no menos chocantes. Aquellos falsos doctores, de tal modo se perdían en distinciones absurdas, inspiradas á sus espíritus enfer-

(1) El proselitismo de los judíos en esta época era muy ardiente en su país y en el extranjero. V. Schleusner, *Lex. heb.*, sobre esta palabra, y el curioso trabajo de Danz en Meuschen, *N. T. e Talm. illust.*, p. 649, y sig., como á Wolf, *Cur. sobre Mateo*, XXIII, 15.

mos por el interés y la vanidad. Ahora bien, todas esas enseñanzas, al turbar las conciencias, no hacían más que multiplicar inútilmente las faltas. He ahí la verdad restablecida por Jesús en dos palabras. Es de admirable sencillez: «Cualquiera, pues, que jura por el altar, jura por él y por todas las cosas que se ponen sobre él; y quien jura por el templo jura por él y por aquel que lo habita; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que está en él sentado.» Nada más claro que esta teología del simple buen sentido. La distinción en grandes y pequeños juramentos no tiene razón de ser. Todo juramento hace intervenir á Dios como garantía de la palabra humana, y, por consiguiente, obliga á quien lo hace.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis diezmo de la yerba buena y del eneldo, y del comino y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley, la justicia, la misericordia y la buena fe!» Moisés ⁽¹⁾ había prescrito el diezmo de los frutos y de las rentas de la tierra. Los fariseos entendían en el sentido más riguroso tal mandato, y hasta la última legumbre de sus jardines, todo, según ellos, debía á los sacerdotes su censo legal ⁽²⁾. Esto era un exceso de celo, pero que no hubiera tenido nada de condenable si no hubiese contrastado con el relajamiento más criminal en puntos de importancia mucho mayor. Pagar diezmos insignificantes, cuando se pisotean los preceptos más esenciales de la moral, es cubrirse con la máscara de la perfección, permaneciendo profundamente miserable: «Debierais observar esos menores preceptos sin omitir los más importantes. ¡Oh guías ciegos, que coláis vuestra bebida por si hay un mosquito, y os tragáis un camello ⁽³⁾!» Esta es la inconsecuencia de la hipocresía.

(1) *Lev.*, XXVII, 30, y *lugares paral.*

(2) Nada más ridículo que las exageraciones á que se entregaban, conforme á ciertos preceptos tradicionales (*Babyl. Jorma*, f. LXXXIII, 2). V. Lightfoot y Wetstein sobre *Mateo*, XXIII, 23. Se suponía que era un crimen el no sujetarse á ellos: *Tr. Sanh.*, f. 83, 1: «Qui comedit non decimata, reus est mortis».

(3) Se debe entender por *κῶρυπα*, cualquier mosquito del vino que se ha

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas ⁽¹⁾, que limpiáis por defuera la copa y el plato; y por dentro estáis llenos de rapacidad é inmundicia!» Nada se acomoda más fácilmente á lo externo de la virtud que la injusticia y la lujuria, pasiones ambas que obtienen su fin á condición sobre todo de que se presenten disfrazadas. Se consigue fácilmente el bien ó el honor de parte de los demás, cuando uno ha logrado hacerse aceptar como hombre justo y austero. «¡Ciego fariseo, limpia primero por dentro la copa y el plato si quieres que lo de afuera sea limpio!» Este es el gran principio cristiano que ataca de frente á todo el farisaísmo. La pureza viene de dentro. Las lustraciones exteriores no podían ser más que un emblema, un signo. Cuando el corazón es puro, purifica todo lo demás; pero lo contrario en manera alguna es verdadero. La pureza del cuerpo no lleva consigo la pureza del alma, y sólo ésta es agradable á los ojos de Dios.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados ⁽²⁾, los cuales por afuera parecen hermosos á los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre. Así también vosotros en el exterior os mostráis justos á los hombres; mas en el interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.»

Hablando de esta suerte, Jesús miraba quizás en dirección al Cedrón, donde, según se hacía todos los años á mediados del mes de Adar ⁽³⁾, se habían blanqueado las se-

ahogado en el líquido, en oposición al camello, animal de muy alta talla é impuro. *Lev.*, XI, 4.

(1) Schöttgen, p. 198, cita una sentencia curiosa de *Midr. Esth.*, I, f. 101, 4: «Decem portiones hypocriscos sunt in mundo, novem Hierosolymis, decima vero in toto orbe terrarum.» Se lee en el Salterio de Salomón, IV, 7, á propósito de los fariseos: «οὐ ἐν ὑποκρίσει ἴσθτες.»

(2) Se ha creído que había aquí una alusión á la costumbre judía de señalar con cal los sitios donde un muerto había sido enterrado, á fin de evitar que los transeuntes quedasen impuros durante ocho días. No era tal el pensamiento del Salvador. Quiere recordar la orgullosa magnificencia que hace olvidar á los muertos, y no la prudencia que los recuerda.

(3) *Shekalim*, I, 1, «Quintodecimo mensis Adar emendant vias et plateas, etc., et pingunt sepulcra.»

pulturas diseminadas en la vertiente occidental del monte Olivete. La vista de las tumbas de los profetas le arrancó su último grito de indignación.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que fabricáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubiésemos sido cómplices en la muerte de los profetas! Con esto dais testimonio de que sois hijos de los que mataron á los profetas. Acabad, pues, de llenar la medida de vuestros padres. ¡Serpientes, raza de víboras, ¿cómo será posible que evitéis el ser condenados al fuego del infierno?»

Así vuelve Jesús al pensamiento que le domina, el de su muerte próxima. Sabe lo que sus enemigos han tramado contra Él y los desenmascara sin piedad. ¡Hipócritas! ¡Protestan de que ellos jamás habrían teñido sus manos en la sangre de aquellos profetas, de aquellos justos cuyas tumbas restauran y adornan; y están en vísperas de inmolar al único Justo, al gran Profeta que está en medio de ellos! ¡Verdaderas víboras, que esconden bajo las flores de sus hermosas palabras el veneno de sus corazones! Horrorízalos la sangre de los justos, y, después de haber derramado la de Jesús, derramarán la de los Apóstoles. «Voy á enviaros—añade el Maestro—profetas, sabios y escribas, y mataréis á unos y los crucificaréis; azotaréis á otros en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad (1).» Así será colmada la medida de todos los crímenes, y la hora del castigo llegará. Hasta este momento ha podido esperar Dios con paciencia, pero entonces vengará lo presente y lo pasado. «Así recaerá sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la de Zacarías, hijo de Bara-

(1) Aunque no poseemos la historia completa de los Apóstoles, sabemos con qué terrible exactitud se realizó todo esto. Esteban apedreado, Santiago decapitado, Pedro y Simeón, hijo de Cleofás, crucificados, y todos acosados, perseguidos como bestias fieras, por no decir nada de las violencias de los judíos contra Pablo, el Apóstol de los gentiles: he aquí la historia de la generación apostólica.

quías, á quien matasteis entre el Templo y el altar ⁽¹⁾. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán á caer sobre esta generación.» He aquí como, en nombre de la justicia, habla el Hijo de Dios.

Y, sin embargo, el Hijo del hombre no puede evitar un movimiento de afectuosa ternura pensando en su ingrata y desventurada patria. Su pesar encuentra un acento cuya emoción nos conmueve todavía. «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas á los profetas y apedreas á los que á ti son enviados, cuántas veces quise juntar á tus hijos, como la gallina junta á sus polluelos debajo de sus alas, y tú no lo has querido ⁽²⁾!» Parece que al llegar aquí un sollozo interrumpe su pensamiento. «¡He aquí—añade—que vuestra morada va á quedar desierta! ⁽³⁾»

(1) No hay que dudar de la identidad de este Zacarías con el que, por orden del rey Joás, fué apedreado en el atrio del Templo. Jesús se propone citar el primero y el último homicidios referidos en la historia de la Antigua Alianza, el de Abel, *Gen.*, IV, 8, y el de Zacarías, *II Paralip.*, XXIV, 20 y 21. Comp. *Josefo, Ant.*, IX, 8, 3, donde Zacarías pone á Dios por testigo y juez de sus sufrimientos: «Moriens vero Zacharías Deum testem fecit et iudicem eorum quae patiebatur.» El asesinato del profeta Urías, aunque posterior, no estaba contado más que en *Jerem.*, XXVI, 23. Jesús no lo menciona, porque su mirada se dirigía únicamente al *Génesis* y á *II Paralip.*, que abrian y cerraban respectivamente la serie de los Libros históricos en el canon de los judíos. En *Lucas*, XI, 51, no se encuentra sino un fragmento del discurso que reproducimos aquí según *Mat.*, XXIII, Jesús no nombra el padre de Zacarías, y para suprimir la dificultad, muchos suponen que en realidad no lo había nombrado. Si se toma el texto de *Mat.*, XXIII, 35, tal como es, la dificultad es grande, pues se dice en él que Zacarías era hijo de Baraquías, cuando, según *II Paralip.*, XXIV, 20, parece haber sido hijo de Joiada. ¿Hay que echar la culpa á un traductor ó á un copista que al escribir pensó, muy intempestivamente, en el profeta Zacarías realmente hijo de Baraquías, *Zaq.*, I, 1, pero del que no se trataba aquí? ¿Debe admitirse que Joiada se llamó también Baraquías ó que Baraquías fué el abuelo y no el padre de Zacarías? De ambas maneras podría solucionarse la dificultad. Lo cierto es que no puede pensarse aquí en Zacarías muerto por los Celadores, *B. J.*, IV, 6, 4, y cuya muerte habría sido profetizada por Jesús unos cuarenta años antes, pues un aoristo no puede tomarse por un futuro, y además, el padre de este Zacarías se llamaba Baruc, que no es lo mismo que Baraquías; menos aún, digan lo que quieran Baronio y otros con el *Protoev. de Sant.*, 23, puede tratarse del padre de Juan Bautista.

(2) Este patético apóstrofe dirigido á Jerusalén está mejor colocado aquí que en *Lucas*, XIII, 34. Las palabras: «¡Cuántas veces quise juntar á tus hijos!» dan á entender que si bien los Sinópticos pasaron en silencio las diversas estancias de Jesús en Jerusalén, no pretendieron excluirlas.

(3) Dios la abandonará y el resultado final será la devastación, ἐρημωσις, *Mat.*, XXIV, 45; *Luc.*, XXI, 20.

Contempla las legiones romanas prontas á exterminar al pueblo prevaricador. Síguenlas el duelo, la desolación, para vengar tantos crímenes. Él se irá para no volver hasta el terrible día del juicio. «No me veréis más, hasta tanto que digáis: «¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!» Antes de que llegue esa hora, ¡cuántas lágrimas derramará Israel! Jesús no volverá á visitar á su pueblo sino sentado sobre las nubes del cielo, para juzgar al mundo. Sólo entonces los judíos, por fin convertidos, le aclamarán sobre las ruinas del universo.

Terminadas estas aterradoras invectivas, el Salvador se dispuso á abandonar el Templo. Aunque salía de él para siempre, y dominado por una emoción profunda, guardaba en su retirada una solemne majestad que se imponía á todos.

Para esperar quizás á sus discípulos, paróse un instante y se sentó en el patio de las mujeres, enfrente del Tesoro del que ya hemos hablado. Allí depositaba cada cual su limosna en trece cepillos, *schoferot*, abiertos en forma de *bocina*. Á Jesús le plació contemplar un momento aquel espectáculo de la caridad oficial. Muchos opulentos personajes habían pasado, depositando con fausto sus ricas ofrendas. Llegó á su vez, una pobre viuda y, acercándose al cepillo, echó piadosamente en él dos *leptas*, es decir, unos dos céntimos⁽¹⁾. Supuesto que tenía dos, la necesidad podía persuadirla de reservarse uno; pero su fe prefirió dar todo lo que poseía. Enternecido Jesús por tan hermosa caridad, dijo, dirigiéndose á los discípulos: «En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros juntos.» No había echado oro, sino su corazón que valía mucho más. «Los otros han echado algo de lo que les sobra, pero ésta ha dado, de su mis-

(1) San Marcos, que escribía para el mundo romano, tradujo el valor de la limosna en lenguaje romano. Equivalía al *cuadrante*, ó cuarta parte del *as* ó del *sueldo* (*).

(*) Dice el texto: «Misit duo minuta (λεπτά δύο), quod est quadrans.»—N. del T.

ma indigencia ⁽¹⁾, todo lo que tenía.» El valor de la limosna no consiste en la cantidad, sino en la calidad. ¡Qué diferencia entre esta viuda que da á Dios todo lo que tiene, aunque sea poco, y los fariseos que, en nombre de Dios, devoran los bienes de las viudas ricas, por muy cuantiosos que sean!

Este rasgo fué un consuelo para el Salvador, en medio de la hipocresía y de la impiedad que le rodeaba.

(1) Este es el sentido, en *Lucas*, de *ὀσπερήμα*, el *déficit*, el haber insuficiente para vivir, y en *Marcos*, de *ὀσπερήσις*, la situación económica *inferior á lo necesario*.

CAPÍTULO IX

Jesús y los griegos en el atrio del Templo

Incidente inesperado.—Los griegos piden á Jesús una entrevista.—Felipe y Andrés, intermediarios naturales.—Respuesta del Maestro.—El grano debe morir para que se multiplique.—Emoción de Jesús en presencia de la muerte.—La víctima se ofrece para glorificar al Padre.—La voz del cielo.—Fin del ministerio de Jesús en el Templo. (*Juan*, XII, 20-36).

Aquel mismo día probablemente ⁽¹⁾, hallándose todavía en el Templo, una demostración muy significativa y de feliz presagio para lo por venir, partió de improviso del patio de los gentiles, contiguo al de las mujeres. San Juan, realzando cuidadosamente este trazo luminoso en un cuadro que va á oscurecerse con rapidez, llena muy á propósito una laguna de los Sinópticos.

En aquel momento en que la ruptura con Israel se acentuaba, y en que Jesús, descorazonado por la más inconcebible obstinación, se retiraba definitivamente del Templo, es interesante ver que la gentilidad hace las primeras diligencias para atraer al Maestro. Así piden unos recoger los dones que otros han rechazado.

Los griegos, de quienes habla San Juan, eran gentiles que subían anualmente á Jerusalén para adorar á Jehová. No hay que confundirlos con los judíos que hablaban el

(1) Juan, que nada dice de lo que sucedió en el Templo después de la entrada triunfal de Jesús, nos cuenta el incidente de los griegos, y se aprovecha de él para dejarnos entrever en el alma del Maestro las emociones que, en los Sinópticos, se harán patentes solamente en el Huerto de Getsemaní. Como la conclusión de esto es el rompimiento final con Israel, y como en adelante se abstendrá Jesús de reaparecer en medio del pueblo, *Juan*, XII, 36, debe lógicamente colocarse el incidente después de los discursos en el Templo, y antes de la profecía sobre el fin de los tiempos.

griego, dispersos en país pagano. Trátase aquí de gente de origen y de lengua griega ⁽¹⁾. Ni siquiera parece que hubiesen hecho profesión de judaísmo por la circuncisión; de otra suerte no se explicaría que Felipe y Andrés vacilaran antes de conducirlos á Jesús, como tampoco se explicaría la alusión del Salvador al abismo que los separaba del judaísmo. Eran indudablemente de aquellos extranjeros que, sin pertenecer á Israel, como dice Salomón en su plegaria para la consagración del Templo ⁽²⁾, creíanse, empero, obligados á partir de las más apartadas regiones para ir á orar en la Casa del Señor, porque el nombre y el poder de Jehová habían llegado hasta ellos. En una época en que las religiones paganas caían en universal descrédito, no hay que extrañarse de encontrar también gentiles adoradores del Dios de los judíos, y constituyendo una secta de deístas en el mundo pagano. Los Hechos de los Apóstoles señalan su existencia ⁽³⁾.

Admirados de lo que habían oído decir de Jesús ⁽⁴⁾, aque-

(1) En *San Marcos*, VII, 26, vemos que la siro-fenicia es calificada de griega. Aquí esos extranjeros son intencionadamente llamados Έλληνες, y no Έλληρισται. Comp. *Hechos*, XVI, 1; *Juan*, VII, 35.

(2) *III Reyes*, IX, 41.

(3) *Hechos*, XIII, 43, 45; XVI, 14; XVII, 17.

(4) Si bien el Evangelio los llama griegos y no sirios, una antigua tradición sostiene que fueron enviados por Abgar, rey de Edesa. En una carta muy respetuosa, éste escribía á Jesús «que habiendo oído contar sus obras milagrosas, había sacado la consecuencia que él era Dios. Si era desgraciado en medio de su pueblo, no tenía más que irse á su lado. Su ciudad era grande y hermosa, y sería suficiente para ambos». En una carta, cuyo estilo se acomoda por completo al de nuestros Libros Santos, el Señor le habría dado las gracias por su generoso ofrecimiento, y le habría prometido que después de su Ascensión le enviaría uno de sus discípulos para curarle. El rey sufría una enfermedad de la que descaba vivamente verse libre (la lepra, según Cedreno, *Hist.*, p. 145, y la gota, según Procopio, *Bell. Pers.*, 11, 12). Al mismo tiempo, prometía la vida eterna á Abgar y á los suyos. Eusebio, por quien tenemos estos detalles (*H. E.*, I, 13), afirma que los toma de documentos siriacos conservados en Edesa. En el siglo V, Moisés de Khoren, en su *Histoire de l'Arménie*, II, 30, 33, los reproduce con algunas adiciones importantes. Según él, Jesús habria enviado su retrato á Abgar. Abgar habria escrito á propósito de Jesús al emperador Tiberio, á Narsés, rey de Asiria, á Ardaqués, rey de Persia, etc. En el decreto del papa Gelasio, *De libris recipiendis*, en 494, la correspondencia de Cristo con Abgar está clasificada entre los apócrifos (V. Hefele, *Hist. des Conciles*, vol. III, p. 223), con el *Pastor* de Hermas, el *Itinerarium Petri*, etc., Véase la cuestión de autentici-

llos griegos judaizantes deseaban verlo de cerca, y quizá también invitarlo á llevar el Evangelio á sus comarcas. El acto significativo del Maestro, echando á los mercaderes del Templo para devolver á los gentiles el sitio que, en todo tiempo, les había sido reservado, alentaba á aquellos hombres de buena voluntad. La amplitud de miras que, según todos decían, caracterizaba al Reformador, hacía suponer que el reino de Dios iba á abrirse para la humanidad entera, y la actitud de los judíos decía altamente que, para todos, había llegado la hora de entrar en él.

Para asegurar el éxito de su tentativa, dirigiéronse á Felipe de Betsaida. Á juzgar por su nombre, es posible que este Apóstol fuese oriundo de una familia de lengua griega, pues eran numerosas en las fronteras de Galilea. Quizás estos mismos griegos habían llegado de una de las ciudades de Decápolis, donde formaban una parte considerable de la población. Dijéronle, pues, en términos muy deferentes ⁽¹⁾: «Señor, quisiéramos ver á Jesús.» Desean verlo, no por simple curiosidad, como Zaqueo, sino con intención de hablarle seriamente. La fórmula vaga que emplean no tiene otro objeto que el de atenuar su demanda, que será tanto mejor acogida cuanto más modesta aparezca. En el fondo, su intención se deja fácilmente adivinar, y Felipe, aunque abordado con desacostumbradas atenciones—le han tratado solemnemente de señor,—no se determina á presentar por sí mismo una petición tan grave. Dotado del natural circunspecto que ya le conocemos ⁽²⁾, quiere conocer la opinión de otro sobre su oportunidad, ó también valerse de una influencia más poderosa que la suya para tener buen éxito. Se dirige á Andrés, quien, griego por su nombre, era como él de Betsaida, y

dad discutida por Lipsio: *Die Edessenische Abgar-Sage*, Braunschweig, 1880. La carta de Abgar y la respuesta de Jesús parece haber sido colocadas alguna vez en el frontispicio de algunas casas para proteger á sus moradores. Cuando, en 1899, visitamos las excavaciones en Éfeso, acababan de encontrar la de Abgar en la entrada de un edificio.

(1) La cortesía era la señal característica de la educación griega.

(2) *Juan*, VI, 5 y sig.; XIV, 8-9.

su compañero predilecto ⁽¹⁾. Podía también haber apelado provechosamente al crédito de su hermano Pedro; sin embargo, parece que negociaron solos este asunto. Como la cuestión de la admisión de los gentiles en el reino mesiánico era muy delicada—los Apóstoles no podían haber olvidado la respuesta de Jesús á la Cananea,—determináronse á no tomar sobre sí la responsabilidad de presentar los griegos al Maestro, sin haber obtenido de antemano su asentimiento. Transmitieronle, pues, suplicándole lo atendiera, el deseo de aquellos extranjeros.

En medio de las amarguras de aquel día, era consolador ver que aquellos paganos llamaban animosamente á la puerta del reino mesiánico. Los Magos habían acudido de Oriente para saludar al Mesías en su nacimiento; los griegos llegan hoy de Occidente para verle antes de morir. Admitirlos como discípulos hubiera sido el supremo escándalo para Israel. No lo hizo, y su pensamiento se dirigió en seguida al terrible y próximo suceso que debía llenar el abismo abierto por el pecado entre la gentilidad y el verdadero Dios. Sólo cuando Él sea levantado entre el cielo y la tierra, podrá eficazmente atraer el universo. Hasta entonces los gentiles deben estar fuera del reino. Él ha sido solamente enviado á los hijos de la promesa, y si alguna vez se ha dirigido á los demás, ha sido para anunciar, por algunas raras excepciones, la gran revolución que prepara el porvenir.

En el texto de San Juan no se ve cual fué la respuesta de Jesús á la proposición de los griegos. En todo caso, no se ve que hubiese dicho nada que los desalentara. Por lo contrario, declara que pronto tendrá lugar la aproximación oficial que solicitan ⁽²⁾. «Venida es la hora—dijo—en que debe ser glorificado el Hijo del hombre.» La prueba está en

(1) *Juan*, I, 44.

(2) Es también probable, no sólo que escuchó, de paso por el atrio de los gentiles, á los que habían solicitado una audiencia, sino que además estos griegos, siguiendo de cerca á Felipe y Andrés, oyeron las conmovidas palabras que pronunció con este motivo.

esa diligencia de los gentiles, motivada, según todas las apariencias, por la misma ingratitud de los judíos. La humillación, para Jesús, llama la glorificación. Es esto lo que entiende significar en la siguiente frase, profecía transparente de su próximo fin: «En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto.» Esta imagen, por estar revestida de un color que se armonizaba con el carácter de los oyentes—sabido es, en efecto, el papel que jugaba el grano de trigo en los misterios de la religión griega,—era mucho más penetrante y terrible. Si el grano de trigo ha de multiplicarse, debe salir del granero, donde su vida permanece estéril, caer en el surco, pasar por la prueba de la descomposición, romper su pericarpio bajo la acción de la humedad que lo corroe, y sólo después de su anonadación llega á reproducirse por el más admirable de los fenómenos. Así Jesús, semilla divina reservada por el Padre para hacer germinar la verdad en el mundo, debe gustar la muerte antes de propagar la vida. Su sacrificio es, en realidad de verdad, el acto por el cual crea la Iglesia, ó la sociedad de los justos. Su paternidad, con relación á nosotros, procede de esto, no menos que de su doctrina. La cruz ha valido al mundo la gracia de comprender y practicar el Evangelio.

«Sí, concluye—y así entiende dictar á los discípulos sus deberes para lo por venir, más aún que animarse á sí mismo,—el que ama su vida ⁽¹⁾, la perderá, mas el que la tiene en poco en este mundo, la encontrará en la eternidad.» Es necesario que los Apóstoles estén íntimamente convencidos de esta necesidad del sacrificio individual, sacrificio que debe matar en ellos, diariamente, la vida natural pa-

(1) El texto de *Juan*, XII, 25, lleva *su alma, τὴν ψυχὴν αὐτοῦ*, como en los pasajes análogos de los Sinópticos, *Mat.*, X, 39; XVI, 25 y paral. Esta palabra se toma también aquí por la vida natural cuyo principio es el alma, vida que se desarrolla bajo la acción misma del alma. Recordemos el hermoso comentario de San Agustín sobre este pasaje: «Amor ut pereat; odium ne pereat; si male amaveris, tunc odisti; si bene oderis, tunc amasti.»

ra transformarla en vida espiritual, cuando no implique además el supremo y sangriento testimonio del martirio; sin esto la conversión del mundo sería irrealizable, y la Redención, á pesar de su mérito infinito, quedaría infructuosa, si nadie tuviese la caridad de aplicar los frutos de aquélla á la humanidad. «El que quiere servirme—dice,— debe seguirme.» Servir significa aquí participar en su obra reparadora, propagar el Evangelio, ser soldado del príncipe que marcha á la conquista del mundo; seguir quiere decir compartir sus pensamientos, imitar su ejemplo, correr quizá la misma suerte. «Allí donde yo estoy, también estará el que me sirve, y á quien me sirviese, le honraré mi Padre.» Habrán sacrificado su vida, á ejemplo del Maestro; por esto la encontrarán de nuevo con Él en la eternidad, y, compañeros de su martirio y de su sacrificio, lo serán también de su gloria y de su recompensa.

Así, con motivo de esos griegos, para quienes el ideal de la vida humana consiste en el bienestar y en el libre goce de todos los placeres, predica la abnegación, la renuncia y la inmolación. Todo esto lo considera primeramente como su propio deber, y después como el deber de sus fieles. Ahora bien, este cuadro de los sufrimientos morales y físicos que le aguardan, y en que la cruz aparece ignominiosa y sangrienta, impresiona vivamente su alma. Vemos aquí el prelude de la angustia de Getsemaní. San Juan, á pesar de que escribe el Evangelio del Verbo, no teme revelarnos, bajo su aspecto más humano, el alma del Maestro; si no ha contado la lucha final que sufre Jesús en frente de la justicia del Padre y de la malicia de los hombres, ha indicado claramente los terribles precursores de aquélla en el presente pasaje. ⁽¹⁾ «¡Mi alma se ha con-turbado!»—exclama Jesús.—La sencillez de esta confe-

(1) Hemos encontrado ya en *Lucas*, XII, 49-50, la primera manifestación de esta angustia interior de Jesús considerando su próximo sacrificio; se acentúa en el presente relato de San Juan, y estallará muy dolorosamente en el Huerto de los Olivos. Los tres Sinópticos se pondrán entonces de acuerdo para describirla.

sión, delante de todos aquellos que le rodean, revela en el fondo de su corazón un combate del que en manera alguna se avergüenza. Dentro de pocas horas, sentirá, de un modo más vivo, que el pavor, el disgusto, la tristeza torturan su alma y arrancan á su cuerpo un sudor de sangre. Lo que ahora siente no es más que el primer estremecimiento de la naturaleza. El relato del Evangelista, cortado por muchas vacilaciones, casi sin transiciones, revela una violenta emoción. En su repentina turbación, el Maestro añade: «Y ¿qué diré? ¡Oh Padre, líbrame de esta hora! Mas no, que para esa misma hora he venido. ¡Oh Padre! glorifica tu nombre.» Todos los trabajos de su vida han sido, en efecto, una preparación para este momento decisivo en que debía ser inmolado. ¿Cómo, pues, podría pedir que se retardase? No, por muy espantosa que sea la prueba, siente Jesús en su corazón un sentimiento que se sobrepone á un terror tan legítimo: es el deseo de honrar á su Padre. Al instante desaparece toda perplejidad, y exclama: «Ante todo, oh Padre, glorifica tu nombre.» Este amor generoso, violento, heroico en su expresión, enternece el corazón del Padre. De pronto, resuena una voz desde las profundidades del cielo sobre la cabeza de la muchedumbre: «Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía más.» La grande obra de Dios en el mundo, por el Evangelio, no hace más que inaugurarse. El porvenir reserva para el Rey del cielo otras glorias mayores que las del pasado. Basta que Jesús fije el punto de partida, que es su cruz, y los resultados no se harán esperar. Este pensamiento fortifica su corazón contra los supremos terrores.

La muchedumbre que se hallaba más distante, ó era quizá menos apta para comprender las divinas manifestaciones, oyendo esta voz, la tomó por un trueno, y concluyó que el cielo acababa de responder favorablemente á los deseos de Jesús ⁽¹⁾. Algunos, los más cercanos,

(1) Es muy cierto que, más de una vez, Dios había respondido con un trueno á aquellos que le invocaban. Así (*I Reyes*, XII, 18): «Samuel clamó á Jehová, y Jehová tronó.» (Véase *Salmo XXIX*, hebr.; *Job*, XXXVII, 4; *Sal-*

y sobre todo mejor iniciados en las cosas celestes, creyeron reconocer la voz de un ángel. Solamente los Apóstoles parece que distinguieron claramente las palabras de Dios. De esta suerte el Padre, en el momento en que va á comenzar la humillación de su Hijo, renueva el testimonio que de Él diera, en los comienzos de su gloriosa carrera, en las aguas del Jordán, y más tarde, á la mitad de su vida pública, sobre la montaña de la Transfiguración. Potente como el trueno, su voz anuncia el advenimiento definitivo de la Ley nueva, el próximo triunfo del Mesías y el juicio del mundo. «Esta voz no ha venido por mí—dice Jesús—sino por vosotros.» En efecto, al alma del Salvador, para ser alentada y fortificada, le bastaba oír la palabra de Dios en el silencio del corazón; pero el mundo necesitaba de una señal imponente, y ésta le ha sido concedida. Cuando el trueno anuncia la borrasca, el hombre debe ponerse en guardia. Los griegos, los judíos, los Apóstoles, han de procurar estar muy atentos á la formidable lucha que pronto comenzará y á la revolución que debe

mo XVIII, 13, hebr.; *Éxodo*, IX, 23). Los mismos paganos interpretaban con frecuencia este ruido solemne de la naturaleza como una respuesta favorable de los cielos. Así sucedió con Ulises después de su plegaria, y se alegró (*Odisea*, XX, 103). Pero en este pasaje de San Juan se trata de una voz que se toma por un trueno, y no de un trueno que se toma por una voz. Los oyentes están discordes solamente en si lo que se ha oído es la voz del trueno ó la voz de un ángel; pero todos convienen en que es una voz. Por otra parte, sería bastante sorprendente que San Juan se hubiese permitido interpretar con toda seguridad, sin la más pequeña vacilación, una respuesta que sería tan poco explícita, si no hubiese sido más que un ruido de la naturaleza (*).

(*) Obsérvese, pues, que, entre este pasaje de San Juan y los que cita el autor, la paridad no es perfecta. En *I Reyes*, se trata de una tempestad que se desencadena á ruegos de Samuel, y no consta que Jehová pronunciara verdaderas palabras. El texto dice: «¿No estamos ahora en la siega de los trigos? Pues voy á invocar á Jehová y enviará truenos y lluvias... *Clamó, pues, Samuel á Jehová, y Jehová envió truenos y lluvias* en aquel mismo día.» «El pasaje del *Éxodo* dice: «Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y Jehová hizo tronar y granizar, y el fuego discurría por la tierra...» Pues bien, en San Juan no hay tempestad, y el Evangelista dice terminantemente: «vino del cielo una voz: Le he glorificado y le glorificaré.» En cuanto al texto de la *Odisea*, un simple trueno, en tiempo apacible, responde á la plegaria de Ulises; pero tampoco sabemos que Júpiter prudente profiriera ninguna voz articulada.—N. del T.

terminarla. «Ahora va á ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va á ser lanzado fuera.» Ser juzgado equivale á ser condenado ó absuelto, castigado ó libertado ⁽¹⁾. Jesús quiere decir aquí que el mundo será á la vez condenado y salvado: condenado en sus obras, que hasta entonces han sido malas, y cuya iniquidad será demostrada por el misterio de la cruz; en sus representantes, que querrán seguir impíos, injustos é inexcusables después de la gran lección que van á recibir; finalmente y sobre todo, en su rey, que será vencido y expulsado. Este mismo mundo será además juzgado, es decir, salvado, porque será roto el yugo satánico que pesaba sobre su cabeza. El judaísmo, en su ceguedad, aguarda á un Mesías que marche á la conquista de las naciones y le libre de la esclavitud extranjera. Este Mesías ha venido realmente; pero al único enemigo á quien pretende destruir y aplastar es Satanás, y la liberación que quiere asegurar es la de las almas. La cruz será el instrumento de su conquista. Olvidando los dolores del cadalso, y considerándose ya sentado en su trono sangriento, para reinar en lugar del usurpado Satanás desposeído ⁽²⁾, se estremece de alegría: «Cuando seré levantado en alto en la tierra, á todos atraeré á mí.» Desde el patíbulo infamante, altar donde se ofrece la Víctima, debe la gracia, como desde su foco, irradiar sobre el mundo entero. Sin violentar á nadie, pero como irresistible imán, atraerá á todos los hombres. En efecto, hace diecinueve siglos que levanta en todas partes las almas, las solicita y las arrastra tras de sí. Tal es la admirable realeza que Jesús ha creado. Satanás se había constituido en centro de la humanidad caída por la concupiscencia que él echaba en el corazón del hombre; Jesús se establecerá como el centro de la humanidad restaurada

(1) La Escritura toma la palabra *juicio* ora en mal sentido, ora en sentido favorable. En el primer caso significa condenación, sentencia terrible: así se dice, en *Jeremías* y *Ezequiel*: *Juicio de Moab*, *Juicio de Egipto*, etc. En el segundo, indica liberación, como en el pasaje del *Salmo CXXXIX*, 13, ó también en *Isaías*, I, 17: *Juicio de la viuda y del pobre*.

(2) *Comp. Colos.*, II, 14-15.

por la gracia que en ella derramará. Esta es la antítesis y el contrapeso de aquella (1).

El pueblo, comprendiendo bastante mal este lenguaje, comenzó á decir: «Nosotros sabemos por la Ley que el Cristo debe vivir eternamente; ¿cómo dices, pues, que debe ser levantado el Hijo del hombre? ¿Quién es ese Hijo del hombre?» ¡Siempre el mismo obstáculo para aquellos que en la Escritura no quieren leer sino lo que se aviene con sus ideas terrenales, con sus prejuicios nacionales! El Mesías triunfante en la tierra y estableciendo en ella su reino eterno en medio del pueblo judío, que toma parte en su realeza gloriosa, he aquí todo lo que han visto en Isaías (2), en el Salmista (3) y en Daniel (4). Bastábales esto; y han cerrado los ojos sobre todo lo demás. En vano el primero (5) mostrábales á su Mesías llegando al triunfo por el sufrimiento, la humillación y la muerte; no lo han notado. En vano han cantado las lamentaciones del segundo (6) sobre el suplicio del Justo de Israel; no las han comprendido. En vano el tercero (7) profetizó una muerte violenta para el Hijo del hombre; no le han creído. Por el contrario, invocan con audacia la Ley ó la Escritura para contradecir á Jesús. El Maestro se desdeñará de responder á una objeción inspirada evidentemente por la malicia; pero las palabras llenas de compasión y de ternura que brotarán de sus labios, probarán que la incredulidad de los suyos ha herido nuevamente su corazón.

«La luz aún está entre vosotros por un poco de tiempo—

(1) En estas palabras «ser levantado de la tierra» se ha querido ver también una alusión á su reino eterno en los cielos. Si bien es cierto que este triunfo último está comprendido, como consecuencia, en la victoria de la cruz, no es natural pensar que Jesús se refiere á él. Su influjo de atracción en la humanidad se ejerce por la cruz, aun en el decurso de las edades. Es indudable que Jesús desde lo alto del cielo influye ahora en los destinos religiosos de la humanidad; pero esta influencia viene de la cruz, como principio en lo pasado, y como medio en lo por venir. El Evangelista observa, pues, con razón, que «Jesús decía esto para significar de qué muerte había de morir.»

(2) *Isaías*, IX, 6.

(3) *Salmo*, CIX, 2-4.

(4) *Dan.*, VII, 14.

(5) *Isaías*, LIII.

(6) *Salmo*, XXI.

(7) *Dan.*, IX, 26.

dice profundamente emocionado.—Caminad, pues, mientras tenéis luz, para que las tinieblas no os sorprendan; que quien anda entre tinieblas, no sabe á dónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.» Habla de sí mismo como de una vida que se apaga. Esta es la hora postrera de su Apostolado. Después de su muerte, los discípulos procurarán, durante algunos días, abrir los ojos del pueblo incrédulo, pero su ensayo no será inútil por largo tiempo, pues el Espíritu les ordenará llevar entre los gentiles la antorcha de la fe.

Parece que Jesús pronunció, sin otro comentario, estas palabras en las cuales podían descubrirse todas las supremas inquietudes de su alma. «Estas cosas les dijo Jesús—termina el Evangelista,—y fuese y se escondió de ellos.»

Israel no tenía que esperar ni otro llamamiento ni otra despedida.

CAPITULO X

El gran discurso profético

Jerusalén y el Templo visto desde lo alto del monte del Olivar.—Admiración de los discípulos.—Terribles palabras de Jesús.—Las tres preguntas que hacen al Maestro.—Próximo juicio del judaísmo.—El juicio futuro y continuo de la Iglesia.—Parábola de las *Virgenes* y de los *Talentos*.—Juicio final de la humanidad. (*Mat.*, XXIV y XXV; *Marc.*, XIII, 1-37; *Luc.* XXI, 5-36).

Al salir del Templo ⁽¹⁾, el Maestro tomó, á través del monte Olivete, el camino de Betania. La pendiente era pronunciada. De repente, como agobiado de fatiga después de una jornada tan penosa, se detiene, y, volviéndose, pasea una prolongada mirada de tristeza sobre la ciudad que, á pesar de tantos milagros, se obstinaba en su incredulidad. El sol en su ocaso derrama una luz indecisa sobre los muros de la Ciudad Santa. Bañándose en el crepúsculo, el Templo, semejante á un inmenso navío anclado en el puerto, permite ver aún sus grandes líneas exuberantes de armonía y majestad. El espectáculo es imponente ⁽²⁾.

(1) Los dos primeros Sinópticos son los únicos que precisan que Jesús había salido del Templo, cuando pronunció su discurso sobre el fin de los tiempos; pero una expresión que San Lucas toma, quizá sin darse cuenta de todo su alcance, del documento del que se sirve, *radra á theopéire* indica que se hallaban bastante lejos del espléndido edificio para poder *contemplar* las bellezas en su conjunto.

(2) Muchas veces, al declinar el día, nos hemos sentado, soñadores, en la rocosa cuesta del Monte del Olivar, deseosos de reconstituir con la imaginación este espléndido cuadro. Los tintes dorados del sol poniente que bañaban de púrpura la vetusta ciudad tantas veces reedificada, y que entonces se extendía como en un manto ligeramente inclinado bajo nuestras miradas, eran los mismos. ¡Pero, ah! Ya no existen los antiguos palacios, ni las torres, ni el Templo. Aquí la cúpula de la mezquita de Omar, más lejos las cúpulas verdes y amarillas de las sinagogas, allá algunos edificios cristianos, de escuálidos minaretes, obras medianas, harto impotentes para recordar los esplen-

Los discípulos, admirándolo, recordaron que Jesús, aquel mismo día, había predicho la ruina de aquellas maravillosas construcciones. Entonces uno de ellos, para llevarle de nuevo á un asunto tan interesante, ó solamente con intención de arrancarle de una contemplación tanto más penosa cuanto callada, exclamó: «¡Maestro, mira qué piedras y qué fábrica!» Pero Jesús, cuyo corazón rebosaba de tristeza, estaba lejos de compartir con ellos su entusiasmo. «¡Admiráis—les dijo—esas hermosas construcciones? Pues yo os digo de cierto que no quedará de ellas piedra sobre piedra ⁽¹⁾ que no sea demolida.» Esto había sido escrito, mucho tiempo antes, en el libro de Daniel ⁽²⁾, y, según todas las probabilidades, lo admitía también la tradición rabínica de esta época ⁽³⁾. Sin embargo, una declaración tan categórica, sorprendió á los discípulos. Si el Templo debía ser destruído y el Mesías entregado á la muerte, ¿en qué consistiría después de esto el reino mesiánico? Nada entendían de ello. En aquel momento, sólo cuatro discípulos, Pedro, Santiago, Juan y Andrés ⁽⁴⁾, se hallaban alrededor de Jesús, sea que los otros, en grupo aparte, se hubiesen adelantado hacia Betania, sea que, en realidad, el Maestro no hubiese querido revelar sino á éstos los terribles secretos de lo por venir.

dores de lo pasado. Algunas piedras gigantescas, medio enterradas, en el ángulo sureste del Haram, es todo lo que queda de las maravillosas construcciones que Jesús y sus discípulos contemplaban en aquella ocasión.

(1) Muy juiciosamente se ha observado que si la profecía hubiese sido imaginada con posterioridad al suceso, no se habrían descuidado de introducir en ella la nota que le falta, porque el Templo fué incendiado antes de ser destruído.

(2) *Daniel*, IX, 26.

(3) Schoettgen, *Hor. hebr.*, II, p. 525 y sig.; Gloesener, *de gemino Iud. Mess.* p. 145 y sig.

(4) Andrés, que completaba el primer grupo de los Apóstoles, es aquí unido á los tres privilegiados que habían sido testigos de los sucesos más importantes de la vida de Jesús. *Marcos*, XIII, 3, es quien reduce en este momento á estos cuatro discípulos el cortejo del Maestro. Según *Mat.*, XXIV, 3, parece que todos estaban presentes, pero formando un grupo aparte, *κατ' ἰδίαν*. *Lucas*, XXI, 7, ni siquiera pone esta restricción. En realidad, Marcos parece ser el más exacto y, como siempre, el más dramático. Hace sentar á Jesús en la vertiente del monte de los Olivos, «de cara al Templo,» y nombra cuidadosamente sus oyentes.

San Mateo y San Marcos observan que entonces Jesús se sentó. Estaba como aplastado bajo el peso de los males que contemplaba su alma. Bajo su mirada profética, se desarrollaban simultáneamente el juicio próximo del judaísmo, el juicio futuro y continuo de la Iglesia y el juicio definitivo de la humanidad: tres cuadros sorprendentes en su conjunto, y que, por razón de que el uno debe servir de preludio simbólico al otro, llevan consigo cierta aproximación y también cierta mezcla confusa de sombras y de luz, á través de las cuales es preciso saber leer la historia del mundo. Agrupándose los Apóstoles en torno suyo, preguntáronle con ansiedad: «Maestro, dinos: ¿Cuándo tendrá lugar esta catástrofe? ¿Cuál será la señal de tu venida? ¿Cómo sabremos que el siglo va á terminar?» Para ellos, estas tres preguntas no son en realidad sino una, y, en efecto, San Lucas las ha reducido á esta: «Todo esto ¿cuándo se realizará? En lo por venir, un solo punto los inquieta: el advenimiento del Rey Mesías. Bien que ya están, en parte, aleccionados sobre sus groseras ilusiones acerca del carácter de su reinado, éste no deja de parecerles una era de felicidad, de rehabilitación, de recompensa, por la que suspiran con toda su alma. En adelante, menos judíos y más cristianos, parece que sacrificarán gustosamente el Templo, y aun la nación incrédula, si pronto han de ver sobre sus ruinas el triunfo de Jesucristo.

El Maestro va á responderles. Ahora sabrán cuándo se cumplirá la amenazadora profecía contra el judaísmo, y aprenderán á esperar su venida, no con entusiasmo, sino con temor, porque esta venida será un advenimiento de justicia para la Iglesia y para cada uno de sus miembros en el decurso de las edades; finalmente, les anunciará su reino definitivo, no para esta vida, como ellos lo esperan, sino para la eternidad. Tal parece ser el plan del discurso que San Mateo, mejor que los otros, nos ha conservado en su completo desarrollo. Por otra parte, estas tres grandes divisiones responden á lo que los Apóstoles habían preguntado.

Á la pregunta primera: «¿Cuándo tendrá lugar la ruina

de Jerusalén?», Jesús responde con la descripción de las espantosas desgracias que precederán á la caída del judaísmo oficial. La perturbación será completa: falsos cristos seductores de las muchedumbres, agitaciones belicosas, trastornos en la naturaleza, persecuciones violentas contra los discípulos. Entonces comenzará realmente el fin para la Ciudad maldita; la abominación estará en el Lugar santo y la cólera divina descargará sobre los hijos de Israel. Por vez postrera la seducción intentará turbar la obra de Jesús, y, en este supremo esfuerzo de los hombres y de los elementos contra el Cristo, en medio del desquiciamiento general, como fin de todos los dolores, vendrá el Hijo del hombre á inaugurar su reino en el universo.

«Mirad—les dice,—que no os dejéis seducir, porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: ¡Yo soy el Mesías, ya ha llegado el tiempo! Y muchos se dejarán ciertamente engañar.» Israel debía ser entregado á los falsos mesías, porque había pecado rechazando al Mesías verdadero. Dios, para castigar á los impíos, permite con muchísima frecuencia que caigan en la superstición. Por otra parte, la aparición de esos hombres que se atribuyen una misión extraordinaria, viniendo audazmente, con sus mentiras, á aumentar las calamidades públicas y á explotarlas en su favor, es una señal característica de los tiempos de descomposición social y de universal miseria. Jamás abundaron tanto los falsos profetas como en la época del cautiverio (1).

No tenemos suficientes elementos históricos para comprobar el cumplimiento de esta predicción; pero la dificultad que esto parecería deber originar al exégeta prueba, una vez más, que aquí no se trata de una profecía *post eventum*, pues, en este caso, habría sido calcada con mayor cuidado sobre los datos que suministra la historia. De todos modos, de que Josefo no haga mención de falsos mesías

(1) *Jerem.*, XXIX, 8-9; XIV, 13; *Ezeq.*, XIII.

antes de la ruina de Jerusalén, no se sigue que no los hubiera. El historiador judío se abstuvo, quizá por prudencia política, de presentar bajo su aspecto religioso á los perturbadores políticos de quienes habla (1), del mismo modo que creyó prudente decir muy poca cosa del mismo Cristo. Además ¿acaso, para los judíos, no significaba lo mismo ser el Cristo y libertar á Israel del yugo extranjero, según las palabras de los discípulos de Emaús? Pues bien, ¿no era esto lo que querían todos esos *Goels* ó Rentadores de quienes habla la historia judía? ¿Y aquel Teudas (2), que, bajo Cuspido Fado, gobernador de Judea, fué acuchillado con el pueblo, al cual había prometido dividir con una sola palabra las aguas del Jordán, para pasarlo á pie enjuto? ¿Y todos aquellos otros salvadores que llamaban á las turbas al desierto para darles el espectáculo de los más grandes prodigios? ¿Y aquel egipcio que reunió en el monte del Olivar á más de treinta mil hombres, con la esperanza de ver cómo, por mandato suyo, se desplomaban los muros de la Ciudad Santa, y que únicamente logró hacerlos acuchillar por el gobernador Félix, salvando él su vida en la fuga? (3) Sin contar los revolucionarios religiosos de quienes solamente nos habla la historia religiosa: un Simón Mago, que se titulaba la fuerza de Dios (4); y aquel Dositeo que, según Orígenes (5), se atribuía el título de Cristo.

Á esta agitación religiosa se unirá la agitación social. «Oiréis asimismo noticias de batallas y rumores de guerra. No hay que turbarse por eso; que si bien han de preceder estas cosas, no es esto el término. Es verdad que se armará nación contra nación, y un reino contra otro reino, y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares, y aparecerán en el cielo cosas espantosas y prodigios extraordinarios; empero todo esto no es más que el prin-

(1) *Ant.*, XX, 8, 6; *B. J.*, III, 13, 5; VI, 5, 1.

(2) *Hechos*, V, 36.

(3) *Ibid.*, XXI, 38.

(4) *Ibid.*, VIII, 9.

(5) *Contra Celsum*, lib. II; *in Mat. tract.*, XXVII.

cipio de los supremos dolores.» Con esto quiere Jesús hacer comprender á los discípulos que no deberán interrumpir en seguida su labor apostólica en Jerusalén y desagregar antes de tiempo el primer núcleo cristiano. Por terrible que sea el mugido de la tempestad, no habrá que asustarse. La verdadera señal será indicada, y sólo cuando la vean, urgirá huir para evitar el terrible hundimiento y llevar la verdad á un mundo nuevo.

Esta segunda parte del cuadro que el Maestro traza de las señales precursoras de la catástrofe nacional es históricamente tan fiel como la primera. Sin hablar de las guerras que estallaron alrededor de Judea, de las luchas de los dos hermanos judíos Asineo y Alineo contra los partos ⁽¹⁾, de los israelitas acuchillados en Alejandría ó en Babilonia, sabemos que Palestina, en aquella época, se convirtió en teatro de luchas intestinas, de sangrientas revueltas, de guerras civiles, que prepararon su ruina definitiva. «Cada ciudad—dice Josefo ⁽²⁾,—parecía dividida en dos campos enemigos.» Sirios y judíos no creían poder vivir juntos sino con la mano en el puño de la espada. Cesárea, Tiro, Gadara, Tolemaida, fueron testigos de sus luchas sanguinarias. Al mismo tiempo el pueblo, alarmado por los rumores de guerras exteriores, temblaba por ver su territorio invadido. Ora era Cayo César que se disponía á castigar á los judíos por haber negado á su estatua un sitio en el Templo; ora Vardanes y después Vologeses que declaraban la guerra á Izates, rey de Adiabena ⁽³⁾; ora también Vitelio, gobernador de Siria, que se disponía á conducir su ejército, á través de Palestina, contra Aretas, rey de Arabia ⁽⁴⁾, cuando sobrevino la muerte de Tiberio.

En el reinado de Claudio, el hambre fué terrible, no sólo en Grecia y Roma, sino también en Jerusalén ⁽⁵⁾, donde, según Josefo, la miseria fué tan grande, que movió á com-

(1) *Ant.*, XVIII, 9, 1.

(2) *B. J.*, II, 17, 10; 18, 1-8.

(3) *Ant.*, XX, 3, 3.

(4) *Ibid.*, XVIII, 5, 3.

(5) *Hechos*, XI, 28.

pasión á Izates y á Elena, su madre ⁽¹⁾. En esta ocasión fué probablemente cuando San Pablo recogió en todas partes limosnas para los pobres de Jerusalén.

La peste, en Oriente sobre todo, suele ser consecuencia ordinaria del hambre; no es, pues, lícito dudar, autorizándose en el silencio de la historia, de que hubiese hecho estragos en Palestina en la época de que aquí se trata ⁽²⁾.

En tiempo de Claudio y de Nerón, sintiéronse temblores de tierra en Asia Menor, en la isla de Creta, en Frigia, en Apamea, en Laodicea y otras muchas ciudades ⁽³⁾. Era esto más que suficiente para acrecentar los terrores populares; porque, como decía Plinio, «todo el mal y todo el peligro no están en estas violentas sacudidas del suelo; desgraciadamente son presagio de catástrofes que las igualan ó aun las hacen olvidar.» Excitada por ese desquiciamiento general del mundo, la imaginación de la multitud se ejercitaba entonces en sorprender señales espantosas hasta en las profundidades de los cielos.

Sin embargo, entre estos siniestros preludios y la catástrofe habrá un intervalo. El judaísmo, antes de morir, preparará, con una violenta persecución, el glorioso advenimiento del Cristianismo. En su locura, y á fin de aturdirse en medio de sus tristes presentimientos, tratará á los discípulos como trató al Maestro; pero sus fúrores no harán más que acumular sobre su cabeza las divinas venganzas, cada vez más espantosas. «Entonces—añade Jesús,—se apoderará de vosotros, y os perseguirán, y os llevarán ante los tribunales, en las sinagogas, ante los gobernadores, ó también ante los reyes ⁽⁴⁾, por causa de mi

(1) *Ant.*, XX, 2, 6; *Hech.*, XI, 28.

(2) Se sabe, de otra parte, que ejerció entonces terribles estragos en las regiones vecinas, en Babilonia, por ejemplo.

(3) Tácito, *Annales*, XIV, 26; XV, 22; Orosio, *Hist.*, VII, 7.

(4) Pedro y Juan comparecieron ante el Gran Consejo, Santiago y Pedro ante Herodes, Pablo ante Nerón. Los gobernadores Galión, Felix y Festo, vieron en su tribunal al gran Apóstol; sin hablar de tantos otros menos ilustres que fueron con valor á confesar su fe ante los jueces y los verdugos.

nombre ⁽¹⁾. Os entregarán para ser atormentados, y os matarán ⁽²⁾, y seréis aborrecidos de todas las gentes. Todo lo cual os servirá de ocasión para dar un elocuente testimonio de mí.» Así, la prueba interesará por igual al judaísmo caduco y al cristianismo naciente. Mas ¡qué diferencia! éste lleva en su pecho el fuego sagrado de la generosidad, de la fe, del amor; aquél se consume en su egoísmo, en su incredulidad, en su odio. El uno será el verdugo, el otro la víctima; la víctima dará testimonio de la verdad, que no muere, mientras que el verdugo con sus violencias no logrará vivificar la mentira, y caerá finalmente á los golpes de la justicia divina, señalando con su muerte la hora providencial del triunfo de aquellos á quienes quería suprimir.

Sin embargo, en esta primera tempestad, que debe sacudir al tierno arbolillo, nada faltará ni los furoros de los enemigos, ni la traición de los amigos, ni las amarguras del corazón, ni las angustias del espíritu. «Entonces—dice Jesús,—muchos se escandalizarán mutuamente, se traicionarán, se detestarán ⁽³⁾. Se levantarán también falsos profetas ⁽⁴⁾ que pervertirán á mucha gente. Y porque abundará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. El hermano entregará á la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y les quitarán la vida.» ¡Qué pintura tan viva de las desgracias de aquellos primeros tiempos, en que los discípulos no tendrán otra seguridad que el amor y el apoyo de su Dios!

(1) Conviene recordar aquí el hermoso texto de Tertuliano en su *Apologet.*: «Credunt de nobis quae non probantur, et nolunt inquiri, ne probentur non esse; quae malunt credidisse, ut nomen illius aemulationis inimicum praesumptis, non probatis criminibus de sua sola confessione damnetur. Ideo torquemur confitentes, et punimur perseverantes, et absolvimur negantes, quia nominis praelium est.»

(2) Esteban y Santiago son una prueba de ello.

(3) Tal fué la suerte de Figelo, de Hermógenes, de Demas y de tantos otros, cuyos nombres no ha conservado la historia.

(4) Estos son los falsos doctores de toda clase de nombres. Himeneo, Filetas, Simón el Mago, Carpócrates, Cerinto, Ebión y otros que San Pablo llama *viros loquentes perversa*. (*Hechos*, XX, 30); *pseudo apóstolos* (*II Cor.*, XI, 13; etc).

«Cuando os llevarán ante los jueces—añadía Jesús,—no discurráis de antemano lo que habéis de decir; sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance; porque yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos.» Esta promesa se cumplió hasta tal punto que se vió á niños cerrar la boca de los sabios y de los jueces del mundo, á ignorantes sorprender á la ciencia con su filosofía, y á tiernas doncellas desconcertar á sus verdugos con su valor. Cosa extraña, convertían á la multitud, que iba al pretorio ó al circo por curiosidad; á veces aun los jueces y los verdugos se hacían cristianos. Queríase proporcionarles una humillación en esas públicas exhibiciones, á las que eran arrastrados como acusados y como víctimas; pero, en realidad, sólo se lograba prepararles auditorios á quienes trastornaban con su palabra ardiente, y en donde multiplicaban las más sorprendentes conquistas. ¡Ánimo pues! Los discípulos, á pesar de todo, marcharán á la victoria. «Ni un cabello de vuestra cabeza se perderá ⁽¹⁾; mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas, porque el que perseverare hasta el fin se salvará.» El triunfo personal de los discípulos, á través de los sufrimientos, llevará el triunfo general de la causa cristiana. «Así, este Evangelio del reino mesiánico será predicado en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.» Una vez haya sido arrojada en el mundo la semilla de la religión nueva, podrá ser desarraigado el árbol viejo del judaísmo. Se necesitará todo este tiempo para preparar el parto laborioso de la gentilidad en el Evangelio; á través de tantos trastornos, de tantos peligros, de tantas persecuciones, los obreros animosos habrán puesto los fundamentos del edificio. Nada impedirá que entonces la tempestad se desencadene sobre el Templo y sobre Jerusa-

(1) No hay contradicción entre esta promesa y la afirmación que precede: «muchos de vosotros morirán.» Lo que Jesús afirma aquí no tendrá, en efecto, su cumplimiento sino en la vida futura, donde el que habrá perdido su alma, la recobrará.

lén; en lo sucesivo Dios tendrá por pueblo todas las ciudades de la tierra, y por templo el mundo entero.

En aquel momento los fieles deberán ser sus propios guardias, si no quieren quedar englobados en el castigo de los malos. Hasta entonces han podido estar en seguridad bajo el huracán que rugía sin estallar; pero si, en aquella hora terrible, se hallasen todavía, en Jerusalén, el mismo Dios no conocería á los suyos. É importa que los suyos sean perdonados, porque forman el núcleo viviente de la primitiva Iglesia y la esperanza del porvenir. Desde este momento, ya bastante fuertes para romper con todos los prejuicios judaicos, bastante iluminados para comprender que el mosaismo ha terminado su misión, suficientemente vivaces para ser impunemente trasplantados, podrán salir en masa de la Ciudad Santa y, sin disgregarse, refugiarse en las montañas, pues no estarán ya ligados por el lazo de las observancias ceremoniales, sino que un vínculo del todo espiritual unirá sus almas hasta en sus profundidades más recónditas. He aquí por qué, aun después de separados, los discípulos se darán la mano, á través del espacio, y las diversas Iglesias que fundarán, unidas todas ellas en la misma fe, constituirán la grande y universal Iglesia de Jesucristo.

«Cuando veréis que la abominación de la desolación que predijo el profeta Daniel ⁽¹⁾ está establecida en el Lugar santo y allí donde menos debiera,—el que ha leído el profeta ⁽²⁾, nótelo bien,—aquel será el momento decisivo.»

(1) Aun cuando la profecía de Daniel, IX, 26-27, que encuentra su complemento en los capítulos XI, 31 y XII, 1, hubiese tenido un primer cumplimiento en la persecución de Antíoco y en la muerte de Onías, no se seguiría que no tenga su definitiva realización en la muerte del Mesías, en las persecuciones que la siguieron, en la ruina del Templo y de la Ciudad Santa. Jesús tiene perfecto derecho de invocar aquí la predicción que á El principalmente se refiere.

(2) Este paréntesis es probablemente del Evangelista, porque Jesús, al hablar, no se ha cuidado de los lectores, y la palabra *ἀναγγελλῶσκειν* se entiende sobre todo de uno que lee. Si se pretende que el Maestro mira la palabra de Daniel, se tropieza con otra dificultad, cual es que el paréntesis se encuentra tanto en Marcos, que no menciona á Daniel, como en Mateo que lo menciona. Por lo tanto, hay que admitir que el paréntesis se refiere

San Lucas, que no menciona este pasaje de Daniel, parece explicar su verdadero sentido: «Cuando viereis á Jerusalén cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su desolación es inminente.» Lo que constituirá la abominación, de la que saldrá, como consecuencia, la ruina ó la desolación, no será un sacrilegio cometido en el Templo, sino la presencia de los enemigos alrededor de la Ciudad Santa. En efecto, cuando Tito encerró la ciudad dentro de un círculo de hierro y estableció el centro de sus operaciones militares en el monte del Olivar, pareció que en frente mismo del Templo levantaba los altares del paganismo. Sabido es que las legiones romanas llevaban por insignias unos escudos en que estaban grabadas las imágenes de los dioses y de los emperadores. Los soldados las veneraban, y cuenta Suetonio que Artabán, después de pasar el Eufrates, adoró las águilas y las banderas del imperio. Tácito compara además con un templo esas brillantes exhibiciones de águilas y de estandartes, adornados con la efigie de los dioses y de los emperadores, que los ejércitos se complacían en multiplicar cuando estaban en campaña. Los judíos miraban como una profanación de Tierra Santa la sola presencia de estas insignias. Subleváronse contra Pilato, que secretamente las había introducido en Jerusalén, y suplicaron á Vitelio, cuando éste marchaba contra Aretas, que les evitase el dolor inmenso de verlas pasar por sus tierras. Por otra parte, difícilmente podría darse otra explicación de esta profecía. En realidad de verdad, no puede referirse sino á una profanación anterior á la ruina de la ciudad. Desde luego no hay que pensar ni en la impiedad de Adriano erigiendo su estatua,

al lector, interpelado por el Evangelista, y no al oyente, interpelado por Jesucristo. Pero en este caso el Evangelio fué redactado antes del cumplimiento de la profecía; de otra suerte, sería superflua la advertencia de poner atención á las recomendaciones que va á formular, para evitar la muerte en la catástrofe (*).

(*) Knabenbauer cree que la advertencia del paréntesis (*qui legit, intelligat*), lo mismo en *Mateo* que en *Marcos*, es de Jesús á los oyentes. Además, en algunas ediciones de *Marcos* se lee también la frase: «qué fué dicha por el profeta Daniel», la misma que se lee en *Mateo*.—N. del T.

setenta años después, donde había estado el Templo, ni en ninguna empresa análoga intentada por Tito, pero que la historia no menciona, pues la una y la otra serían posteriores al saqueo de Jerusalén. La abominación de la desolación ⁽¹⁾ de que habla Daniel no podía tampoco consistir en las matanzas en el Templo, ocasionadas por la secta de los Celadores; pues, á fuerza de repetirse, era ya un suceso ordinario el que la sangre humana se mezclase con la de las víctimas, y las palabras del profeta indican un sacrilegio nuevo, inaudito, como lo fué el cerco de la ciudad por los ejércitos romanos.

«En aquella hora—prosigue Jesús,—los que se hallan en Judea, huyan á las montañas; los que habitan en medio de la ciudad, retírense; los que viven en los contornos, no entren; porque días de venganza son estos, en que se han de cumplir todas las cosas que están escritas.» La tempestad será espantosa; deberán huir para que no los alcancen los cascos. Los muros de la Ciudad Santa, tan inexpugnables y bravíos, no podrán ya proteger á los ciudadanos, y la feroz obstinación de los generales judíos no permitirá que el vencedor se muestre clemente con los vencidos. Los moradores de Jerusalén y los campesinos, dejando de alimentar inútiles ilusiones de resistencia gloriosa y de independencia nacional, deberán buscar un asilo en las montañas. Pronta deberá ser también su resolución, porque, una vez empeñada la contienda, los jefes judíos degollarán á los que quieran huir ó rendirse, y los soldados romanos no perdonarán á los que hayan podido burlar la vigilancia de los judíos. «El que esté en el terrado, no baje á tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás á tomar sus vestidos.» Como las azoteas, en Judea, forman una serie de plataformas adonde se sube

(1) Josefo, que, en *B. J.*, IV, 6, 3, menciona la opinión de muchos sobre la realización de la profecía de Daniel por los excesos de los Celadores, declara categóricamente, en *Antiq.*, X, 11, 7, que Daniel había profetizado los males espantosos con que los romanos debían abrumar á la raza judía: «Similiter autem Danielus de Romanorum etiam imperio scripsit, illosque magnam vastitatem illaturos esse.»

por una escalera exterior, Jesús manda bajar y correr hacia las puertas de la ciudad, sin entrar siquiera en la casa para llevarse algún objeto ⁽¹⁾. «¡Ay de las que estén en cinta ó criando en aquellos días!» Es evidente que, no pudiendo andar de prisa, estarán expuestas á los más grandes peligros. «Rogad, pues, que vuestra huída no sea en invierno ó en sábado ⁽²⁾.» Las precauciones que en estos casos deberían tomarse contra el mal tiempo, ó por razón de las prescripciones mosaicas, retardarían la huída y amenazarían comprometerlo todo. La catástrofe que iba á estallar será, pues, tan repentina como el rayo. Nada más espantoso que sus estragos.

«El país se hallará en grandes angustias y la ira descargará sobre sus habitantes. Parte morirán á filo de espada; parte serán llevados cautivos á todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse.» Un millón de judíos fueron acuchillados, noventa y siete mil llevados cautivos á Egipto y á otras provincias del imperio, el Templo arrasado, las ruinas de la Ciudad Santa pisoteadas por los vencedores, y todo esto en medio de los horrores del hambre, de la desesperación y de la tiranía. Ahora bien, la humillación de Jerusalén durará hasta que *las gentes hayan cumplido sus tiempos*, es decir, hasta la consumación de los siglos.

«La tribulación será entonces tan horrible, que no la hubo semejante desde el principio del mundo ni la habrá jamás». Convenía que la consumación del más grande de los crímenes fuese castigado con la más espantosa de las expiaciones. La destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, el cautiverio de Babilonia, habían preludiado la ruina

(1) En el mismo sentido hiperbólico, si bien en un grado inferior, se ordena al labrador, que salió en traje ligero para dedicarse á sus faenas, según la frase de Virgilio: *nudus ara, sere nudus*, que huya renunciando al vestido exterior, el manto.

(2) Los cristianos no debían cuidarse de las observancias farisaicas; pero despreciarlas, en un momento en que el fanatismo de los fariseos reinaba como señor soberano, ¿no sería exponerse á los más graves peligros?

y la cautividad definitivas. Tantas advertencias habrían podido corregir á ese pueblo endurecido y ahorrarle su completa ruina, pero le plació desafiar la cólera divina y debió sentir su espantoso peso.

«Si aquellos días no se acortasen, ninguna carne sería salva; mas por causa de los escogidos, aquellos días se abreviarán.» La toma de Jerusalén, si bien precedida de un prolongado asedio, acaeció, en efecto, más pronto de lo que se esperaba. Josefo ⁽¹⁾ y Tácito ⁽²⁾ dan la razón de ello. Este desenlace precipitado conservó la vida á una parte de los que habían evitado la violenta persecución de los patrioteros. Jesús los llama los escogidos, ora porque se habían hecho ya cristianos, sorprendidos por el sitio antes de poder escapar, ora porque debían convertirse á consecuencia de una lección tan dura.

Después de la catástrofe, el judaísmo, desconcertado, buscará activamente al Mesías. Reducido á pavesas el Templo, destruída la ciudad, anonadadas definitivamente sus fuerzas, se verá obligado á soñar en la era de la restauración nacional. Los pueblos vencidos y aniquilados buscan en todas partes, por un movimiento espontáneo y enteramente natural, y aceptan á la ligera, hombres que se atribuyen una misión sobrehumana. Aquí este deseo será tanto más enérgico cuanto estará sostenido por una convicción religiosa. Israel, no pudiendo creer que los profetas se han engañado, ó que Dios ha olvidado sus promesas, llamará á su Mesías. Los discípulos mismos del Evangelio, espantados por tan grandes desastres, y todavía imbuidos de principios judaicos, no estarán lejos de suponer que el Cristo va de nuevo á venir para restaurarlo todo. No faltarán impostores que respondan á esas inútiles aspiraciones de una nación aplastada por la justicia divina.

«Si alguno os dice: El Cristo está aquí ó allí, no le creáis; porque aparecerán falsos Cristos y falsos profetas que obrarán grandes maravillas y prodigios, por manera que, si posible fuera, aun los escogidos caerían en error.»

(1) *B. J.*, V, 12, 1.—(2) *Hist.*, V, 2.

Que los fieles se den, pues, por advertidos. No habrá otra aparición personal permanente del Mesías sobre la tierra. «Aunque os digan: Helo aquí en el desierto ⁽¹⁾, no vayáis allí. Y aunque os digan: Mirad que está en la parte más inferior de la casa, no lo creáis.» El gran advenimiento del Salvador en el tiempo, después de su resurrección, sin duda se verificará, pero en otras condiciones. «Como el relámpago sale del oriente, y se deja ver en un instante hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Y donde quiere que se hallare el cadáver, allí se reunirán los buitres ⁽²⁾.» En otros términos, allí donde estará el pasto verdadero y substancial, allí se reunirán las almas hambrientas de verdad, de justicia y de caridad.

Esta grandiosa imagen le sirve al Salvador para pasar á la segunda cuestión, de la que debe tratar en su discurso: ¿Cómo se realizará la venida del Hijo del hombre?

En la misma hora en que deje de existir la Jerusalén infiel, empezará la Jerusalén de los creyentes. Mientras los hijos de Israel, malditos de Dios, buscarán á su Mesías en el desierto ó en oscuros retiros, creyendo que está allí conspirando para salvar á la patria, el verdadero Mesías se mostrará á todo el mundo con la fulgurante rapidez del rayo; señalará su rasgo luminoso desde Oriente á Occidente, se lanzará impetuosamente desde Palestina al Imperio Romano, y las almas generosas, atraídas por esta súbita manifestación, volarán en tropel á su alrededor para constituir su pueblo ó su Iglesia. Tal ha sido, en efecto, la historia de la gran revolución cristiana. Así se hizo la *Parousia*, ó inauguración del reino del Hijo del hombre en la humanidad.

(1) Los movimientos populares se preparaban ordinariamente en el desierto. También habían vivido en él los grandes directores ó profetas del pueblo de Dios: Moisés, Elías, Juan Bautista.

(2) La palabra *áerós* en este proverbio popular, no designa el águila, que no come cadáveres, sino el gran buitre, confundido con el águila por los antiguos, Plinio, *H. N.*, X, 3; Aristót., IX, 22; y que hallamos en bandadas numerosísimas en toda Siria. Contamos hasta 57, cerca de Khan-Yub-Yusef, encima del lago de Genesaret, donde un caballo abandonado por una caravana, yacía muerto en medio de gigantescos hinojos.

En términos llenos de imágenes, guardando proporción con lo restante de la profecía, continúa Jesús este grandioso cuadro de su advenimiento, como rey, á la humanidad en general, y á cada uno de sus miembros en particular (1).

«Y luego, después de aquellos días de turbación—dijo,—habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas. El sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del firmamento. En la tierra, las naciones, en su congoja, estarán consternadas por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas; los hombres andarán yertos por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán á todo el universo. Las mismas potestades de los cielos serán conmovidas. Y entonces aparecerá en el firmamento la señal del Hijo del hombre, consternando á todas las tribus de la tierra que le verán venir sobre las nubes con gran poder y majestad.» Ageo, desde mucho tiempo antes, había profetizado este advenimiento intermediario de Cristo al mundo, bajo la imagen de una perturbación universal. Hacía decir á Jehová: «Aun un poco de tiempo, y conmoveré los cielos, la tierra, el mar y los continentes (2).» Esta misma promesa es, tal vez, bajo idéntica imagen la que desarrolla Jesús en este lugar. Los otros detalles por Él añadidos lo son todos en el estilo de los profetas (3). Fácil es entender su sentido. Israel verá

(1) Los que quieren entender del Juicio Final los pasajes siguientes, no suprimen las dificultades originadas por estas imágenes simbólicas, antes las multiplican. En primer lugar, deben explicar esta palabra que inaugura para ellos la escena de la catástrofe final: *εὐθείας ἐν seguida*, que no es, ciertamente, propia para indicar el largo intervalo que separa la ruina de Jerusalén del juicio final. La variante de San Marcos: *En aquellos días, y después de aquella catástrofe*, indica igualmente una relación de tiempo muy estrecha entre lo que ha precedido y lo que va á seguir; y, al declarar Jesús que la *generación presente* verá lo que está anunciando, cierra irrevocablemente la puerta á toda explicación que quiera entender este pasaje del fin de los tiempos. Las imágenes, evocadas aquí, de *estrellas que caen*, jamás se realizarán al pie de la letra, ni al fin del mundo ni tampoco ahora. Son solamente símbolos, y no hay que inquietarse por la utilidad, ó mejor, por la posibilidad de todos los detalles que entrañan.

(2) *Ageo*, II, 6, 7.

(3) Así, *Isaías*, hablando de las desgracias que van á caer sobre Babilo-

su cielo oscurecerse y las tinieblas rodearlo por todas partes. Sus hijos, que sobrevivirán aún á la ruina de la patria, desesperados por tal catástrofe, errantes en el mundo y entregados á los caprichos de las naciones, como el navío desamparado queda entregado al capricho de las olas, exhalarán espantosos gemidos, y, estupefactos, verán empezar el triunfo de Aquel á quien habían menospreciado; ó si se prefiere entender de la transformación del mundo antiguo esa tenebrosa profecía, la caída de las estrellas y el lúgubre conjunto de los fenómenos celestes simbolizarán la caída de Satanás, ese dios del paganismo multiplicado bajo tantas formas; al paso que las perturbaciones terrestres indicarán más especialmente la crisis violenta y la dolorosa admiración de la humanidad en la hora de su renovación religiosa. Sea lo que fuere, sólo después de la más deshecha tempestad, verán judíos y paganos brillar en el cielo la señal del Mesías. Esta señal no será otra cosa que su fuerza misma, ó su cruz ⁽¹⁾. Detrás de ella aparecerá el Cristo-Rey.

nia (cap. XIII, 9 y sig.), y del furor inexorable de Jehová, profetizó el oscurecimiento de los astros. Muestra al sol marchando rodeado de tinieblas y á la luna perdido su resplandor, mientras los cielos tiemblan en sus profundidades y la tierra se conmueve hasta sus fundamentos. La pintura que hace de los juicios de Jehová sobre los edomitas (cap. XXXIV, 4) y los otros pueblos enemigos de Israel, contiene igualmente «la connción de las potestades celestes, la caída de los astros, cual caen las hojas de la vid ó de la higuera.» *Ezequiel* (cap. XXXII, 7, 8) anuncia igualmente el juicio de Dios sobre Egipto, bajo el emblema de un eclipse general en los cielos; y *Jeremías* (cap. IV, 23), empleando la misma figura para demostrar las desgracias que amenazan á Israel, ve además vacilar las montañas y tambalear las colinas. *Joel* (cap. II, 3, 4) conoció también este lenguaje, y amenaza á los enemigos de Israel con señales en el cielo y en la tierra; profetiza sangre, fuego, humo, oscurecimiento de astros y connción del mundo al grito que dará Jehová desde Sión. Á nadie seguramente ocurrirá la idea de buscar para estas profecías otro sentido que el figurado. Del mismo modo que los profetas quisieron mostrar, bajo estas imágenes, la caída de los imperios y de los pueblos más poderosos y altivos, así también indica aquí Jesús la ruina definitiva del judaísmo, ó, si se prefiere, de todas las religiones antiguas.

(1) El advenimiento espiritual y glorioso de Jesús en la humanidad entera coincidió, en efecto, con la ruina del judaísmo. Indudablemente había empezado con los Apóstoles; mas éstos, poco numerosos, sólo apresuradamente habían podido recorrer el mundo, derramando en él la semilla que únicamente después de ellos había de crecer. El cristianismo, aunque

La inauguración de su realeza en el mundo será solemne. «Y entonces enviará sus ángeles, y al estridente son de la trompeta, juntará sus escogidos de los cuatro vientos, desde el cabo de la tierra hasta el cabo del cielo.» Así se constituirá el nuevo pueblo de Dios, á la voz de los heraldos evangélicos, que irán por todo el universo á despertar y recoger, para agrupar en una sola sociedad, las almas dignas de oír y capaces de guardar la Buena Nueva. Tal será la realización visible, aunque completamente espiritual, de esta venida del Hijo del hombre que, desde tanto tiempo, interesa á los discípulos.

¿Para qué fecha habrá que esperarlo? «Cuando viereis comenzar el trastorno social que profetizo, elevad vuestras cabezas y mirad el cielo, porque cerca está vuestra redención.» Para quienes durante largo tiempo han gemido bajo el yugo de la persecución y en el dolor, natural es que levanten la cabeza en señal de liberación y acción de gracias. Así procederá la Iglesia cuando, tras el laborioso período de gestación, pueda desafiar el odio de sus enemigos. Esta hora no tardará. «Mirad la higuera—prosigue el Maestro;—cuando sus ramos están ya tiernos y las hojas han brotado, sabéis que está cerca el estío. Del mismo modo, cuando viereis que acontece lo que yo os anuncio, podréis decir que el reino de Dios está cerca, á las puertas.» La savia que trabaja el árbol, bajo las primeras impresiones del calor, anuncia la venida próxima de la hermosa estación; la justicia de Dios trabajando los pueblos, anunciará el advenimiento del reino divino.

Si no está todavía satisfecha la curiosidad de los discípulos, si reclama una fecha más precisa, va á fijarla Jesús, en cuanto puede hacerse para un suceso del orden moral, en el que desempeña su papel la libertad del hombre, dejando siempre lugar á lo imprevisto. «En verdad os digo: no pasará esta generación que todos estos sucesos no sean cumplidos. El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras

predicado en todo el universo antes de la muerte de San Pablo, no empezó á ramificarse realmente sino después de la caída del Estado judío.

no pasarán.» La generación presente verá, pues, cómo el reino mesiánico se establece en el mundo entero.

En cuanto á su pleno desarrollo en la eternidad, por la agregación de todos los predestinados, es decir, en cuanto al reino completado con la admisión de todos los sujetos que deben constituirlo á través de las edades y llenar el número de los elegidos determinado por Dios, ¿en qué tiempo habrá de fijarse? Esto es más difícil de decir ⁽¹⁾. «De aquel día ni de aquella hora, nadie sabe ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sólo el Padre.» Ni la perspicacia del ángel, ni siquiera la del Hijo, hablando de su inteligencia humana, puede prever la hora en que será acabada la obra divina sobre la tierra. Largos siglos transcurrirán sin duda, porque corto será siempre el número de los que se aprovecharán de la Buena Nueva para asegurar su salvación, y largos los espacios reservados al hombre en la patria celestial. Unos, cegados por sus pasiones carnales, otros, víctimas de su indolencia ó de su presunción, dejarán pasar el don de Dios sin aprovecharse de él, retardando así la hora del reino definitivo y completo del Cristo-Rey. Esto es lo que da á entender Jesús en la serie de advertencias espirituales que dirige á sus discípulos.

«Y así como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. Porque así como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta que entró Noé en el arca, y no lo entendieron hasta que vino el diluvio y los llevó á todos, así será también la venida del Hijo del hombre ⁽²⁾.»

En efecto, el advenimiento definitivo del reino mesiánico se efectúa progresivamente, todos los días, para gran

(1) Esta distinción entre la inauguración y el coronamiento del reino mesiánico parece que hace desaparecer las dificultades que, en este pasaje y en el resto del discurso, se han convertido en piedra de escándalo de los intérpretes.

(2) San Lucas, en sus fragmentos (XVII, 26), añade á este ejemplo del tiempo de Noé el de los conciudadanos de Lot: «Asimismo como fué en los días de Lot: comían y bebían; compraban y vendían; plantaban y hacían casas; mas el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los mató á todos.»

número de hombres á quienes la muerte, como antiguamente el diluvio, arrebató y arroja á la eternidad. ¿Cuántos hay que han previsto la catástrofe? Entregarse á todas las pasiones constituye su único cuidado y, realmente, no entran en tropel dentro del arca, símbolo del reino celestial. Sin embargo, ha sido menos fijado el número definitivo de los ciudadanos que deben constituir este reino, y hasta que esté completo durará el mundo. En cuanto al resultado final, que es glorificar á Jesús, se consigue de todos modos. El resultado individual, al contrario, variará según las disposiciones y sobre todo según la vigilancia de cada uno.

Nada más espantoso que la rapidez despiadada y, en apariencia, ciega con que vendrá á probar á los suyos la justicia de Dios. «Estarán dos hombres en el campo; el uno será tomado y el otro será dejado. Dos mujeres molerán en un molino; ⁽¹⁾ la una será tomada y la otra será dejada ⁽²⁾. Velad, pues, porque no sabéis la hora á que ha de venir vuestro Señor.» Este pensamiento de la vigilancia necesaria á quien quiera salvarse, es de tal importancia, que el Salvador lo examina bajo todos sus aspectos, multiplicando las imágenes y semejanzas de él. Por otra parte, conviene reconocer que tal era el aspecto inmediatamente práctico de la cuestión. Al recomendarles disposiciones tan visiblemente personales, pretendía preparar

(1) Los molinos domésticos, cuya descripción y aun cuya fotografía hemos dado más de una vez (V. *Notre Voyage aux Pays Bibl.*, vol. I, p. 295, y *Les Enfants de Nazareth*, p. 77), se componen aun hoy, como antiguamente, de dos piedras redondas superpuestas horizontalmente. La inferior queda inmóvil, la superior es puesta en movimiento por dos mujeres que, sentadas una en frente de otra, con la mano derecha, y mediante la ayuda de una varilla de hierro que sale de esta muela, provocan, con un doble movimiento en sentido contrario, un perpetuo vaivén que reduce á harina el trigo vertido con la mano izquierda en un orificio central. Regularmente bastan dos mujeres para moler el grano. San Lucas reproduce todavía este pensamiento en sus fragmentos, añadiendo á esta imagen la de dos personas que comparten un mismo lecho: la una será tomada y la otra será dejada.

(2) Si se hubiese de entender este pasaje del juicio universal, sería difícil entender cómo, de dos, el uno es tomado y el otro permanece. Todos serán tomados á la vez. Las sorpresas individuales de que aquí se trata se van realizando por la muerte en la serie de las edades.

los para un suceso que debían ver con sus propios ojos, y que, por consiguiente, no podía ser ni el fin del mundo, ni el juicio universal, sino la muerte, asiendo á cada hombre á su hora para arrojarlos á los pies de su Juez y fijar su eternidad.

«Mirad por vosotros--hace decir San Lucas al Salvador, —no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería y de embriaguez, y de los afanes de esta vida, y que venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque así como un lazo, vendrá sobre todos los que están sobre la haz de la tierra.» El lazo que cae sobre los pájaros que se ocupan en comer en los campos es precisamente el de la muerte. ¡Ay de los hombres que, inclinados hacia la tierra, absorbidos por la sensualidad, devoran demasiado ávidamente sus regocijos para ver el lazo que avanza! Serán cogidos miserablemente, y perecerán sobre el grosero pasto á que se habían aficionado. «Velad, pues, en todo tiempo, y orad, para que evitéis la terrible desgracia que os amenaza, y comparezáis con confianza delante del Hijo del hombre.» Aguardando el gran suceso que fijará la suerte eterna de cada uno, el alma tendrá que orar para fortificarse. ¿Por ventura no significa nada tener que sufrir la vista del soberano Juez en su gloria, su poder y su justicia?

«Sí, estad sobre aviso, velad y orad—añade todavía el Salvador ⁽¹⁾,—porque no sabéis cuando será el tiempo. Así como un hombre que, partiéndose lejos, dejó su casa y encargó á cada uno de sus siervos lo que debía hacer y mandó al portero que velase.» Nuestra alma es la casa que pertenece á Jesús, este Dueño que se aleja por algún tiempo, pero á quien nuestra muerte va á llamar de nuevo en seguida. El gobierno de esta alma ha sido dado á nuestra libertad; el conjunto de nuestros deberes ha sido dictado á nuestras diversas facultades, y á nuestro corazón le ha sido impuesta la obligación de velar. Si este guardián de la vida moral no está continuamente alerta, se

(1) *Marc.*, XIII, 33.

expone á una penosa sorpresa. «Porque no sabéis cuando vendrá el dueño de la casa; si de tarde ó á media noche ó al canto del gallo ó á la mañana.» Como realmente no se vela sino en el tiempo del sueño, la parábola fija la venida inesperada del Señor á diversas horas de la noche. Parece, pues, que la vida humana no es en realidad sino una noche muy corta, preludeo del gran día de la eternidad; un tiempo de ensueños, de ilusiones, de sueño, de fantasmas, después del cual llega la vida real y la verdad. En las cuatro edades de esta vida como en las cuatro vigiliass de la noche, tiene Jesús el derecho, puesto que la casa es suya, de venir á comprobar si sus siervos son dignos de su afecto ó de su cólera. Nada excusará á los negligentes: ni la debilidad de la infancia, ni las pasiones de la juventud, ni los negocios de la edad madura, ni las enfermedades de la vejez. «Y lo que á vosotros digo á todos lo digo: ¡Velad!» —exclama el Salvador.—Y á pesar de que la hora era ya avanzada, les propone dos parábolas que debían hacer resaltar la importancia de su recomendación.

«Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo ⁽¹⁾.» En Oriente, los casamientos se celebran siempre por la noche. De aquí las antorchas que vemos figurar invariablemente en las descripciones de estas alegres ceremonias. En Palestina empléanse ordinariamente lámparas ⁽²⁾, por ser más común el aceite que la resina. He aquí poco más ó menos cómo se organiza la fiesta. El novio, acompañado de sus amigos, va á la casa de la joven *coronada (callah)*, á quien encuentra en medio de su familia y sus amigos, adornada con sus mejores joyas, con flores en la cabeza, y aguardando la hora solemne. La pide oficialmente al padre, y, después de haberla obteni-

(1) El texto latino y la versión siriaca hallada recientemente en el Sinaí añaden: «y de la esposa.» Esta lección no está en los manuscritos griegos. Pero nada se opone, en la aplicación de la parábola, á que se la adopte.

(2) Aun estas lámparas se parecen mucho á antorchas. Consisten en palos huecos en cuya extremidad se coloca un vaso lleno de aceite con una mecha cubierta de pez.

do, la conduce en medio de las bendiciones de todos los suyos, y seguida de un cortejo alegre y triunfante, á su propia habitación, ó, si esta habitación parece insuficiente, á una sala preparada en otro sitio para el banquete nupcial. Durante este tiempo, algunas jóvenes se preparan á recibir el cortejo, y á introducir á la esposa en su nueva habitación.

No está tomado al acaso el número de diez que fija aquí la parábola. Según las ideas judías, constituye una sociedad completa ⁽¹⁾. Podemos, pues, ver en ella el conjunto de los fieles que están invitados á hacer los honores al divino Esposo, venido á la tierra á tomar su esposa para introducirla en el banquete del cielo ⁽²⁾. Las lámparas llevadas por las vírgenes son el emblema de la fe, necesaria á todo cristiano. Pero, aun teniendo la misma fe, los miembros de la Iglesia no tienen la misma sabiduría. «Las cinco de ellas eran fatuas, y las cinco prudentes.» Así, aun entre los creyentes, apenas la mitad se ocupan seriamente en conseguir su salvación. El resto cree y no practica.

«Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con sus lámparas.» Tener lámparas sin aceite, es tener fe sin obras. En este caso, la fe según la frase de Santiago, es *una fe muerta*, incapaz de brillar á los ojos de todos. Los vasos que encierran el aceite son el alma humana, que lleva las obras meritorias, ó bien la conciencia, que conserva el recuerdo de ellas.

«Y tardándose el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas.» Si el esposo llegase sin hacerse aguar-

(1) Bastaban diez convidados para comer el cordero pascual: diez constituían una iglesia (*Qahal*), una asamblea.

(2) A decir verdad, se presenta aquí una dificultad, y es la que, con riesgo de hacer suponer, contra todos los usos, que la ceremonia nupcial se terminaba en casa de la esposa, parece haber provocado en los manuscritos griegos la supresión de la palabra *esposa*, como acabamos de observar. Los fieles figurados por las vírgenes son al mismo tiempo la Iglesia simbolizada en la esposa. Puede entenderse, sin embargo, que, dirigiéndose la parábola á particulares, cada uno debe considerarse como en estado de prueba, y así, no está cierto de si será admitido á formar parte de la Iglesia triunfante, después de haberlo sido de la militante.

dar, en los días de la adolescencia, por ejemplo, cuando todo es todavía puro, ó después de volver sobre sí mismo, al día siguiente de una ruidosa conversión, no faltaría aceite en la lámpara. Pero con frecuencia tarda Jesús en venir, y los méritos de los fieles, sin energía, sin consistencia, se desvanecen insensiblemente. La somnolencia se apodera de esas almas imprevisoras. Gastando lo que tienen sin adquirir nada nuevo, se acarrean el más triste de los desengaños. Fatuas y prudentes, todas las vírgenes se durmieron, como se duermen instintivamente todos los cristianos, con el sueño que conduce á la muerte.

«Cuando, á la media noche, se oyó gritar: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle.» Grande fué su sorpresa. Después de haber aguardado largo tiempo, ya no aguardaban. «Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas.» Por desgracia, el aceite había sido consumido enteramente, y el contratiempo amenazaba convertirse en lamentable.

No lo fué para todas. De las diez jóvenes, cinco, eran las prudentes, no sufrieron mucho; habían puesto de reserva lo que convenía para no ser cogidos de improviso. Por el contrario, otras cinco, que merecen con justicia el título de fatuas, entrevieron al punto toda su imprudencia con sus funestos resultados. «Dijeron, pues, las fatuas á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.» Así, en el momento en que el ángel anuncie la llegada del Hijo del hombre, mientras los justos resumirán al punto en su conciencia la suma de sus méritos, los pecadores, aterrados por no llevar en sus manos, á guisa de virtudes, sino obras inútiles y culpables, pedirán auxilio á los santos y pretenderán beneficiarse con su poderoso crédito. Éstos, temblando al ver venir el gran Juez, encontrarán que no tienen bastante con sus caridades, con sus penitencias, con sus sacrificios para asegurar su propia eternidad.

Las vírgenes prudentes respondieron: «Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes á los

que lo venden y comprad para vosotras.» Esto es un simple ornamento de la parábola. Siendo personales los méritos, ni se toman prestados ni se compran, sobre todo si, por falta de caridad en el corazón, no es uno digno de participar de los de Jesucristo y de sus miembros más venerables. Lo que quiere decir el Maestro es que, después de la muerte, nadie guarda sino sus obras.

«Y mientras que las fatuas fueron á comprar el aceite, vino el esposo, y las que estaban apercebidas entraron con él á las bodas; y fué cerrada la puerta.» El esposo, que se ha hecho esperar, no aguarda; penetra, con todos sus amigos fieles y vigilantes, en la sala del festín. Las infelices fatuas, después de haber corrido para reparar su falta, vuelven á toda prisa; pero es demasiado tarde; ha terminado ya el desfile, ha pasado el esposo y se ha cerrado la puerta. Llegan hasta ellas, como para acrecentar su sentimiento, los alegres cantos, los perfumes de la fiesta. ¡Verse tan cercanas al banquete, y estar condenadas á permanecer tan lejos! ¡Habían sido invitadas con tanta cordialidad, y basta para excluirlas un momento de negligencia! ¡Se tendrá acaso piedad de su desesperación? Lllaman á la puerta y se aventuran á decir: «¡Señor, Señor, ábrenos!» Mas el esposo responde: «En verdad os digo que no os conozco.» Así, amigas íntimas un momento antes, desconocidas y rechazadas ahora, en vano las vírgenes fatuas habrán tenido la antorcha en sus manos, durante la primera y segunda hora; era preciso saber alimentarla hasta el fin. Un instante de imprudencia comprometió su eternidad. Ya pueden repetir, delante de la puerta, que sólo hubo una ligera interrupción en su vigilancia; fué más larga de lo que convenía. Pasaba el esposo en aquel momento; gritó la muerte: «¡He aquí el Hijo del hombre!» No estaban dispuestas á formar parte de su comitiva; todo está acabado, y acabado por una eternidad. La puerta está cerrada. Los que están en la sala del banquete no salen ya y ésta es su eterna consolación; los que no están no entrarán jamás, y ésta es su desesperación eterna.

Esta parábola, tan perfecta en su conjunto y tan bella en sus detalles, parece haber tenido por principal objeto mantener en actividad la vida interior en las almas. Al punto se puso Jesús á proponer otra para precisar las condiciones de la actividad exterior, que constituye igualmente el deber de todo cristiano. Si la parábola de las vírgenes parece ser la representación de la vida contemplativa, puede verse, en la de los talentos, la historia de las almas dedicadas á la vida activa. En la una conviene velar; en la otra convendrá obrar. Fuera de esto, representando el aceite, según toda probabilidad, las buenas obras, no se ve que la significación de ambas semejanzas difiera de una manera notable. Es la misma idea representada bajo forma diferente (1).

«Semejante es la historia del reino de los cielos—dijo Jesús,—á un hombre que, al partirse lejos, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes. Y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno, á cada uno según su capacidad.» Así, el Hijo de Dios distribuye diversamente sus gracias á sus fieles. En el plan divino, las almas no tienen la misma vocación ni las mismas necesidades, y las misiones son diversas en la Iglesia, porque la armonía del cuerpo debe resultar de la variedad de las funciones en los

(1) Conocemos ya, en cuanto al fondo, la parábola de los talentos. La encontramos completa en la parábola de las minas. Desarrollos particulares permiten ver, sin embargo, en una y otra, un objeto diferente. Se trata aquí del dueño de una casa, mientras que en la otra se trataba de un príncipe; el uno, pues, se relacionará solamente con sus siervos; el otro con sus ministros y también con sus súbditos rebeldes. Fuera del número de siervos, elevado á diez en San Lucas, é indeterminado en San Mateo, hay todavía diferencias notables en el resultado. En la parábola de San Lucas, por cuanto se refiere al advenimiento del Hijo del hombre en la vida presente y en la historia de la humanidad, adivinamos, en forma de imágenes, la distribución de las jurisdicciones apostólicas según los diversos méritos, la anunciación de la ruina de Jerusalén, y la profecía de la matanza de los rebeldes. En el presente relato, se trata sólo de la venida del Hijo del hombre á nuestra muerte. Solamente juega en ella la recompensa eterna. Por lo demás, como hay una diferencia en el capital confiado por el príncipe: una mina á cada uno, y el capital distribuido por el dueño de la casa: cinco talentos al uno, dos al otro y uno al tercero, hay también una diferencia en la recompensa. Los que hicieron fructificar las minas reciben un salario desigual, porque efectuaron desigual trabajo. Los que hicieron fructificar los talentos reciben un salario igual, porque emplearon fuerzas iguales.

miembros. Á nadie puede herir tal desigualdad. Quien más haya recibido, más tendrá que trabajar; sólo tiene, con más penoso trabajo, mayor responsabilidad. Quien menos haya recibido, responderá de menos; no puede, pues, estar celoso ni de la misión ajena ni humillado de la suya. En su esfera más modesta, se le ha dado toda facultad de doblar su activo y obtener la misma recompensa que los más favorecidos. ¡Qué más quiere?

«Partió luego el dueño; y el que había recibido los cinco talentos se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos.» Esta es la historia de las almas enérgicas que, sin perder un instante, se aplican al trabajo para desarrollar sus virtudes, haciendo fructificar la semilla de que son depositarios. Mas ¡ay! he aquí ahora la de los cristianos flojos y perezosos. «El que había recibido uno, fué y cavó en la tierra y escondió allí el dinero de su señor.» ¡Cuántas almas señaladas con el signo de Cristo no se inquietan ya ni de su dignidad ni de sus deberes! No habiendo sido llamadas á edificar á los demás y á salvarse á sí mismas sino por la práctica de las virtudes ordinarias, se olvidan de sí mismas en las inquietudes de la vida material y en los placeres groseros. Su talento dormirá enterrado en el lodo.

«Después de largo tiempo, vino el Señor de aquellos siervos.» Había dejado á unos y otros espacio sobrado para probar su inteligente actividad ó su incuria. «Los llamó á cuentas» á todos. Por aquí concluye la vida humana, sin que nadie pueda sustraerse á esta verificación. «Llegando el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco talentos y dijo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco he ganado de más. Y su Señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor. Se llegó también el que había recibido los dos talentos y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. Y su Señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel,

porque fuiste fiel sobre lo poco te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.»

El apresuramiento de estos dos siervos en ir á darle cuentas se explica por la alegría misma que experimentaban por haber trabajado tan bien, y triunfado tan felizmente en sus combinaciones. La muerte no causa espanto alguno á los discípulos fieles. En ella, saludan con fe el atardecer de un día penoso y fatigado, la llegada del Señor que va á recompensarlos, y la hora llena de consolación en que van á establecer sus méritos. Con satisfacción legítima llevan en sus manos el fruto de sus esfuerzos: obras de piedad, de devoción, de justicia; vicios destruidos, gracias fecundadas, belleza moral conquistada, buenos ejemplos multiplicados, almas de hermanos reducidos de nuevo á su deber. Pero, con perfecta humildad, reconocen que todo esto, proviniendo en principio de la complacencia del Señor, al Señor pertenece; porque si pusieron ellos sus esfuerzos, el Maestro aportó el capital que ha fructificado. Tampoco intentan guardar nada para ellos, por lo que, fieles siervos hasta el fin, pónenlo todo en manos de su Señor, encontrando bastante recompensados sus esfuerzos con la alegría que sienten al testificarle su reconocimiento y adhesión. Mas al Señor nadie puede ganarle en generosidad. Por de pronto no economiza sus elogios á hombres tan fieles, y en estas primeras palabras: «¡Bien está!» que salen de sus labios, se encierra una recompensa capaz de hacer olvidar las rudas pruebas de toda una vida. ¡Dios, la santidad perfecta, la justicia incorruptible, la ciencia infinita diciendo al hombre: «¡Está bien!» No hay aplausos en la tierra que puedan hacer sospechar la suavidad de tan alta aprobación. Y, sin embargo, ¡es tan consoladora la recompensa que encuentra el hombre en las legítimas aclamaciones de sus semejantes! Pero no basta un elogio para recompensar la virtud. El Señor quiere promulgar un decreto; así dará una consagración oficial al testimonio de su reconocimiento. El siervo será hecho príncipe; ha fecundado afortunadamente su pedazo de tierra;

gobernará un territorio. Para tomar posesión de su nueva dignidad, es al punto invitado á entrar en el gozo del Señor. La felicidad eterna es la misma vida de Dios, y á esta vida se encuentra asociado, en proporciones envueltas para nosotros en el misterio, pero lo bastante esclarecidas por la fe para animar nuestro pobre corazón. Fácilmente sospechamos que la felicidad infinita del Creador bastará á satisfacer las limitadas necesidades de la criatura.

He aquí la sombra del cuadro: «Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición; siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste.» Palabras tan impertinentes se resienten de la irritación del condenado, sorprendido en el crimen por el juicio. Es culpable é insulta. Después de este movimiento de cólera, pretende excusarse, pero sin lograrlo. «Y temiendo, me fuí y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo que es tuyo.» Sí; ¿pero qué hizo de su tiempo, de su inteligencia, de su actividad natural? Todo esto pertenece también al Señor, y, sin embargo, no ha fructificado para Él. Si creía que realmente tenía que habérselas con un personaje exigente y duro, razón de más para trabajar con más ardor en contentarle. Pero ¿con qué derecho juzgaba él así de quien con tanta benevolencia le había confiado su dinero? Este Señor acababa además de probar su bondad hacia los otros dos siervos; no podía haber escogido peor hora para acusarle de severidad y egoísmo. Tener miedo de Dios, es la mayor injuria que puede inferírsele, si este miedo ahoga el amor. No había que temer, era preciso amar. «Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro y que allego en donde no he esparcido; debiste, pues, haber dado mi dinero á los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mío.» He aquí formulada la requisitoria. Dos crímenes cometió el siervo: fué malo calumniando la bondad de su Señor, y fué perezoso descuidando hacer fructificar su bien. He aquí su castigo: «Quitadle, pues, el talento, y dádsele al que tiene diez;

porque será dado á todo el que tuviere, y tendrá más; mas al que no tuviere, le será quitado aún lo que parece que tiene.» Interés del dueño es quitar al mal siervo lo poco que le confió inútilmente, y trasladarlo al que dió las mejores pruebas de actividad, inteligencia y afecto. Aquí se encuentra todo el secreto de las gracias que Dios multiplica en el alma de los santos, y que hace más raras en la cabeza de los indiferentes. Aquí también está la razón de los grados de gloria que distribuirá en el cielo, dando á los elegidos la porción de los condenados.

«Y ahora—prosigue el Señor,—al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores; allí será el llorar y el crujir de dientes.» He aquí, una vez más, la conclusión de toda vida pasada en el descuido con relación á Dios. A la hora del juicio, el siervo indolente, como la virgen fatua, será excluido del banquete celestial.

Así se dividirán, según sus obras, en dos grupos y por toda la eternidad, los buenos y los malos. Cuando esté completo el número de los elegidos, lo mismo que el de los condenados, después de la evolución de los siglos asignados á la vida de este universo, el Rey del cielo, cesando de llamar uno á uno á los hombres para que le den cuenta de sus obras, se determinará á juzgarlos á todos juntos convocando la gran audiencia de la humanidad. Su justicia se complacerá entonces en consagrar, con un juicio general, los juicios individuales dictados en la serie de las edades. Después de lo cual, su reino será completo, definitivo, eterno. Jesús diseña, con rasgos de fuego, este último cuadro ⁽¹⁾, que sirve de respuesta á la tercera pregunta de los discípulos: ¿Cuándo empezará el fin del siglo y del reino mesiánico?

Grandioso y terrible será el espectáculo. «Y cuando viniere el Hijo del hombre en su majestad y todos los ángeles con Él, se sentará entonces sobre el trono de su majestad.» Nada faltará á este esplendor de su manifestación.

(1) *Mateo*, XXV, 31-46, es el único que la describe.

Sin nubes, sin velos, la gloria del Hijo del hombre se mostrará á todos. Los ángeles, como otros tantos ministros celosos, lo rodearán para ejecutar sus órdenes. Conviene, por otra parte, que sean testigos de este juicio del hombre por Dios, puesto que el hombre les fué dado como hermano, con inferioridad de naturaleza, pero no de destino.

«Y serán todas las gentes ayuntadas ante Él.» Los hombres, en habiendo sacudido el polvo de la tumba, serán agrupados por familias, por tribus, por razas, y se encontrará reconstituído en su conjunto majestuoso el árbol de la humanidad.

Pueblos civilizados y pueblos salvajes, hombres del Norte y del Mediodía, del Oriente y del Occidente, representantes del mundo en su infancia, en su edad madura ó en su decrepitud, todos, absolutamente todos, estarán allí, inclinándose bajo el cetro del gran Rey. ¿Qué poder juntará así el inmenso rebaño? El mismo que lo creó en la sucesión de los siglos, y que, con un signo, lo hará revivir. Empezó el mundo por un juicio de Dios y acabará del mismo modo. Sobre su obra, había dicho el Creador en otro tiempo: «¡Está bien!» Sobre la nuestra, dirá entonces: «¡Está bien y está mal!» Estupefacta, temblando y muda de terror, aguardará la humanidad su sentencia.

«Y apartará á unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos.» Nada más fácil al pastor que distinguir el macho cabrío, este animal impuro, orgulloso, violento, indócil, de la oveja modesta, tímida, pacífica, obediente ⁽¹⁾. Más fácil será todavía reconocer á los pecadores y á los justos. En su frente llevarán unos y otros la señal de sus crímenes y de sus virtudes. Habrá en la mirada de los malos aquel fuego lúbrico que en otro tiempo declaraba cínicamente la impureza de sus almas; en sus labios, las palabras de odio, de blasfemia, de mentira que se complacían en pronunciar; y en sus manos, los estigmas

(1) Tal vez la imagen es la de *Ezeq.*, XXXIV, 17 y sig., en que las ovejas representan á los pobres y humildes, mientras que los machos cabríos son el emblema de los malos y de los perseguidores.

de sus acciones criminales. Sus vicios traspasarán, por decirlo así, por todos los poros de su cuerpo, y esos infames machos cabríos esparcirán alrededor de ellos el olor detestable de su profunda indignidad. Los justos, al contrario, revelarán en lo radiante de su alma, á través del velo transparente de un cuerpo puro, la paz de una conciencia sin remordimientos, la alegría de la verdad amada y practicada, el sentimiento del amor divino asegurado.

Un signo de Aquel que posee la omnipotencia para juzgar señalará el instante de la separación. «Y pondrá las ovejas á su derecha, y los machos cabríos á su izquierda.» La división definitiva se hará, pues, no entre sabios é ignorantes, ricos y pobres, príncipes y súbditos, amigos y enemigos, sino entre buenos y malos. La justicia de Dios tomará, para dividirlos, á los que estaban unidos por los más íntimos lazos de la fortuna, de la ciencia, de la amistad y aun de la sangre. De pie, en medio de estos dos ejércitos, uno y otro temblando bajo el gesto de su terrible mano, el Rey va á hablar. Mirando en primer lugar á su derecha con sonrisa de bondad indecible: «Venid, benditos de mi Padre —dirá,— poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.» Dulces palabras bien diferentes de estas otras, de las cuales serán, sin embargo, feliz compensación: «Id, vended todo lo que tenéis, y dadlo á los pobres; tomad mi cruz y seguidme; yo os envío al mundo como ovejas á un rebaño de lobos.» ¡Cuán dulce será á los fieles siervos oírse proclamar benditos del Padre, y comprobar que, al fin de sus esfuerzos, realizaron en sí mismo los planes de la divina misericordia! Llegarán, en efecto, como una conclusión prevista y aguardada de las premisas puestas por el Creador desde el principio de las cosas. Ha querido, en realidad, constituir una sociedad celestial, que ha conquistado, con su libertad y á través de las pruebas de la vida, su eterna felicidad. Para ser perfecta, deberá alcanzar un desarrollo determinado. Cuando estén conquistados todos los lugares del cielo, terminará aquí bajo la historia de la humanidad. El tiempo acabará

con ella, y cada uno irá, en la eternidad, á gozar de la bienaventuranza que para todos indistintamente había preparado Dios, pero que sólo habrán sabido conquistar los elegidos. La presciencia divina no habrá violentado, por otra parte, el libre albedrío de nadie, al permitir que la gracia ayudase la impotencia de todos. «Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedasteis; desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis, estaba en la cárcel y me vinisteis á ver (1).»

Ante todo, los justos fueron buenos, por lo que Dios se muestra bueno para con ellos. A decir verdad, no habían sospechado todo el alcance de sus misericordias; mas no por esto fué menor su mérito. Asombrados al verse tan altamente alabados, pues la inmensa mayoría de ellos no habrá visto á Jesús vivo en la tierra, y, por consiguiente, no habrá podido hacerle los buenos oficios enumerados, exclamarán con candorosa y modesta sencillez: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? Y ¿cuándo te vimos huésped y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos? Ó ¿cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel y te fuimos á ver?» Y les dirá el Rey respondiendo: «En verdad os digo que en cuanto lo (2) hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeños, á mí lo hicisteis.» ¿Cuál es, pues, el secreto de esta unión misteriosa, de esta solidaridad tan inesperada? El organismo de la Iglesia cristiana es como el organismo del cuerpo humano. El dolor y el alivio que experimentamos,

(1) La razón que da el Juez de su benevolencia para con los justos no quiere decir que basten las obras de caridad en general para asegurar la salvación. Es preciso, según el texto mismo, que estas obras sean hechas con la vista fija en Dios, y, por consiguiente, que se inspiren en la fe como en su principio vital. Toda la doctrina evangélica sobre estas materias se resume, en efecto, en dos palabras: para vivir no deben separarse la fe y las obras.

(2) Por más que se encuentra aquí alabada sólo una virtud, la caridad para con los desgraciados, no puede concluirse que Jesús sólo aprecie ésta y deje las demás sin recompensa. Entre todas las obras meritorias, toma una como ejemplo y la pone de relieve. Si escogió la caridad, es porque debía ser el distintivo de la Iglesia naciente en medio del paganismo egoísta y sin compasión.

aun en las partes menos nobles de este cuerpo, corresponden directamente al cerebro. El bien ó el mal que se ha hecho á un miembro de la sociedad cristiana va directamente á la cabeza de esta sociedad, que es Jesucristo. Vive, en efecto, el Señor aun en los más pequeños de sus siervos, á quienes se digna llamar sus hermanos. En realidad, sus discípulos, humildes y pobres, llevan su librea y aun su parecido moral. Amarlos y socorrerlos es amarle y socorrerle á Él mismo. Menospreciarlos es menospreciar al Rey y provocar la cólera del Juez.

Volviéndose en seguida, con fulminante mirada, hacia la aterrada multitud que tiembla á su izquierda: «Apartaos de mí, malditos—exclamará con acento formidable;—id al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles.» Cada palabra de la divina sentencia crea un suplicio. Lejos de Jesús, lejos de la vida, lejos de Dios ¡qué suplicio! Bajo el golpe de la más despiadada y de la más devoradora maldición, entregados á su propia indignidad ¡qué tormento moral! Al fuego material ó espiritual ⁽¹⁾; ¡qué vestido, qué habitación! Y todo esto ¡desesperante perspectiva! será eterno, en la compañía de Satanás y de sus ministros. Pero los malos lo habrán merecido, porque habrán tenido el triste valor de no ser buenos para nadie. «Tuve hambre—dirá Jesús—y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era huésped y no me hospedasteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.» En vano los malditos, asombrados de este lenguaje, exclamarán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos?» Pronto tendrá

(1) Ya sea que el alma del condenado comunique al cuerpo la fiebre del sufrimiento, como fuego devorador, ya sea que las criaturas tomen su desquite sobre este cuerpo que tantas veces las habrá manchado ó desviado de su fin, imponiéndole una expiación en hogueras reales, el sufrimiento será siempre horrible, porque, en ambos casos, consumirá el organismo físico sin matarlo jamás. (*)

(*) Perrone (*Prael., Theol.*): «Haec enim doctrina (de igne materiali et corporeo) certa est, ita ut in dubium absque temeritate vocari nequeat.—N. del T.

una respuesta su objeción: «En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicisteis.» Tampoco, como los justos, sospecharon los malos la inmensa consecuencia de sus obras en la eternidad. Ni unos ni otros sabían que, según el bello pensamiento de un Padre de la Iglesia, no hay más que un pobre, Jesucristo, que tiende la mano entre la universalidad de los infelices que mendigan aquí bajo. Así como siempre ganamos más de lo que creemos haciendo el bien, así perdemos más de lo que pensamos obrando el mal. Cuanto más agradable sea la sorpresa de la caridad al darse cuenta del extraño misterio, tanto más penosa será la sorpresa de la insensibilidad egoísta.

«E irán éstos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.»

Así acabará el mundo. Así empezará el reinado universal de Jesucristo sobre los rebeldes castigados, quienes, en sus sufrimientos, proclamarán su justicia, y sobre los fieles recompensados, los cuales, en su felicidad, exaltarán su misericordia.

Entre estos dos extremos de la eternidad, se abrirá un abismo infranqueable. El ángel de Dios clamará que todo está concluído. Sí, todo estará acabado para todos, mas no de la misma manera.

Los discípulos, que habían escuchado esta terrible revelación de lo por venir, permanecieron silenciosos y tristes. Así terminó esta grande y última jornada, bajo el peso de la más dolorosa emoción.

CAPITULO XI

Resultado final del ministerio de Jesús para con su pueblo

Israel, pervertido, era incapaz de comprender á un Mesías como Jesús.—Lo rechazó en vez de aclamarlo.—Objeción y solución.—Su ceguera era culpable.—Pruebas.—Él mismo mereció ser también rechazado. (*Juan*, XII, 36-50).

Había acabado el ministerio público del Salvador. Nada más desconcertante que sus resultados. San Juan nos muestra, en efecto, á Jesús, dejando el Templo, casi como un hombre condenado, que se oculta ⁽¹⁾ para evitar la mano de sus enemigos; y los Sinópticos nos dejan oír, para acabar el cuadro, el anatema definitivo que pronuncia contra el pueblo judío al salir de la Ciudad Santa.

¡Era, pues, cierto que después de haberle esperado tantos siglos, Israel, desconociendo el cumplimiento de todas las profecías, y de tantos otros signos del cielo, rechazaba despiadado á su Mesías! Nada, sin embargo, había faltado al Señor para merecer todas las simpatías de su pueblo: ni la santidad de la vida, ni la sublimidad de la doctrina, ni el poder de obrar los mayores prodigios. Había abierto su boca en la dulzura y la severidad, con el acento del amor más tierno, y á veces, de la justicia santamente indignada. Había aplastado con su lógica divina y con su incomparable pureza á todos sus enemigos. ¡Qué más le faltaba para hacerse aceptar de los suyos? Sin duda colocarse á su nivel moral.

Enteramente terrenal, soñaba Israel en un Mesías te-

(1) *Juan*, XII, 36.

rrenal. Deseaba una revolución política, no una transformación religiosa. Lo que sólo se dirigía al alma, apenas le interesaba. Habiendo colocado su ideal mesiánico en la aparición de un rey conquistador que reinase sobre todo el universo, era incapaz de reconocerle en el fundador pacífico de una religión nueva, tanto más cuanto esta religión, universal como la verdad, debía ser—y aquí estaba la piedra de escándalo—para el mundo entero. El pueblo judío, en su egoísmo, quería un Salvador exclusivamente judío. Un Mesías más humanitario que nacional, aportando solamente bienes de un orden invisible y del todo espiritual, no podía ser el Mesías: tal era el razonamiento que prevalecía en Jerusalén.

Ante semejantes prejuicios, nada eran y nada probaban las obras, las palabras, la omnipotencia, la absoluta santidad de Jesús. Así se corría al desenlace fatal: Israel, rechazando á su Cristo, será á su vez rechazado, le dará la muerte, y á su vez se exterminará á sí propio.

Sí, mas ¿no hay aquí un escándalo para la razón humana? El pueblo, que debía hallar su rehabilitación en el Mesías, ¿encuentra en Él su perdición! Estaba destinado á presentarle oficialmente al mundo ¡y él mismo le desconoce! ¿Acaso anduvo corta, en algún sentido, la sabiduría de Dios? Todas estas objeciones suscitóse á sí misma la primera generación cristiana. San Pablo habla de ellas en su epístola á los Romanos ⁽¹⁾, y San Juan, llegado al fin de la vida pública de Jesús, se aplica á darnos su solución.

En primer lugar, no hay que creer que esta obstinación del pueblo judío fuese una sorpresa de la última hora. Dios la había previsto, como lo prevé todo en la historia del mundo, y lo habían anunciado sus Profetas. Al lado de los oráculos que nos muestran á Israel regocijándose á la luz de su Mesías, se encuentra también la triste perspectiva de un Israel obstinado, maldito y suplantado por un pueblo nuevo. Conviene no perder esto de vista, por-

(1) *Rom.*, IX-XI.

que aquí se encuentra la solución de la primera dificultad.

«Aunque había hecho á presencia de ellos tantos milagros ⁽¹⁾—dice S. Juan,—los judíos no creían en El, para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dijo: Señor, ¿quién ha creído á nuestro oído? ¿y á quién ha sido revelado el brazo del Señor ^{(2)?}» En el momento de anunciar las humillaciones futuras del Mesías, el profeta, admirado, se pregunta quién creerá su palabra, y quién reconocerá en el Enviado celestial cubierto de oprobios, el brazo omnipotente del Señor. Seguramente, no serán los más, porque, se necesitará una fe robusta y un alma elevada para aceptar tal misterio. Ahora bien, los judíos no merecieron conservar esta penetrante mirada del corazón, que permite ver aun á través de las tinieblas. «Por esto no podían creer, porque dijo Isaías en otro lugar: Les cegó los ojos, y les endureció el corazón para que no vean de los ojos, ni entiendan de corazón, y no se conviertan, ni los sane ⁽³⁾.»

He aquí, pues, el hecho moral claramente establecido. Desmerece Israel ante Dios; Dios le retira la luz y cesa de ver. Todo esto estaba previsto y no puede admirar sino á aquellos á quienes está cerrado el sentido de la Escritura. No faltó, pues, la sabiduría de Dios. Había contado con lo que sucedió, y la malicia misma de los judíos concuerró á la realización de sus consejos.

El castigo que merece y recibe el pueblo infiel entra paralelamente en el plan divino. Así, aun no viendo la luz

(1) Al hablar así el Evangelista—*ποσαυτα*, se refiere más á la cantidad que á la calidad; comp, VI, 9; XXI, 11—nos demuestra que no limitaba á los seis prodigios contados por él la obra taumatúrgica de Jesús. Comp. VII, 3; XX, 30.

(2) *Isaías*, LIII, 1.

(3) San Juan cita de memoria y sin atenderse á la exactitud literal. No sigue ni al texto hebreo, ni á los Setenta, pero conserva exactamente el sentido del profeta. V. *Is.* VI, 9-10. En el hebreo, es Isaías quien ha de cegar y endurecer á este pueblo. Evidentemente, significa el Profeta que el poder de Dios realizará por él este castigo, y S. Juan concuerda con él al afirmar que Dios ha cegado y endurecido á Israel. En los Setenta, es el pueblo el que se endurece á sí propio.

que está en su seno, Israel no dejará de ser la antorcha que esclarecerá de edad en edad la celeste faz del Mesías, y su propia ceguera, predicha por los profetas, será una prueba contundente de la misión divina de Jesús.

Hay varios medios para prestar homenaje al Hijo del hombre. ¿Acaso no proclaman los demonios con su suplicio y su odio la santidad de Dios? Israel, obstinado, maldito, confundido, dirá á pesar suyo que Jesús era más que un hombre. Si, en esta dulce víctima, no hubiera muerto más que á un justo, no sufriera un castigo tan terrible y largo. Pero enrojeció sus manos con la sangre de un Dios; he aquí por qué con nada puede lavarlas. El desgraciado blasfema todavía, pero el estigma del deicida, impreso en su frente, no da menor testimonio del carácter sobrehumano de Aquel á quien insulta.

¿Qué hubiera sucedido, por otra parte, si Israel, conservando sus ideas exclusivistas y sus prejuicios nacionales, hubiese aceptado en masa el Evangelio? ¿Hubiera éste logrado desprenderse de la Sinagoga? ¿Qué suerte hubiera sido la de la gentilidad? ¿Le hubiera sido concedido jamás el derecho de predicarle la Buena Nueva? ⁽¹⁾ El esfuerzo que fué preciso á Pablo y á los demás para hacer prevalecer el universalismo cristiano contra un pequeño número de judíos, convertidos, sin embargo, en discípulos del Evangelio, ¿no es la prueba del obstáculo fatal que hubiera puesto todo Israel, convertido, á la difusión de la religión nueva? Y si, por un imposible, la Sinagoga hubiese aceptado la evangelización del mundo, ¿no hubiera puesto, como condición de la entrada de los paganos en su Iglesia judío-cristiana, la práctica de las observancias mosaicas á las cuales éstos habían de rehusar obstinadamente someterse? Examinando uno á uno todos los aspectos de la cuestión, nos vemos conducidos á la conclusión deducida por

(1) Ya se comprenderá que estos problemas que se propone el Autor tienen solución adecuada en la consideración de que Dios hubiese vencido la repugnancia de la Sinagoga como venció la del grupo de conversos que se oponían á la evangelización de los gentiles.—N. del T.

San Pablo: Israel fué rechazado por sus faltas, pero sus faltas hicieron la fortuna del mundo, y su repudio fué la salvación de la humanidad ⁽¹⁾.

«Esto dijo Isaías, cuando vió su gloria ⁽²⁾ y habló de Él»—añade San Juan.—He aquí por qué no es posible que el cumplimiento de semejante profecía empequeñezca ó retrase el triunfo de Jesús.

Por lo demás, no todo Israel rechazó á su Mesías, y el Evangelista se complace en reconocer que, aun entre los príncipes de su pueblo, varios habían creído en Él. Sin duda que, «por miedo de los fariseos, no lo confesaban por no ser echados de la sinagoga, y porque amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios;» pero, en realidad, estaba encendida la chispa en su alma, y era capaz, llegada la hora, de abrasar al mundo.

Levantáronse, en efecto, después de Pentecostés, atrevidos y valientes como leones, aquellos hombres pusilánimes y perplejos que habían reconocido interiormente la misión divina de Jesús; y arrancando, por decirlo así, de manos de los verdugos, la cruz, sangrienta todavía, fueron á pasearla por el mundo entero, repitiendo la palabra del Centurión: «Sí, ¡este crucificado era Hijo de Dios!» El grupo que formaban y que se convirtió en la Iglesia, fué el verdadero Israel de las divinas promesas. Los demás quedaron constituyendo el Israel de la reprobación, y lo tenían bien merecido.

Nada, efectivamente, faltaba á su crimen para ser inexcusable; ni, de su parte, la malicia, ni, de parte de Dios, la bondad paciente y preventiva. Con objeto de ponernos las pruebas á la vista, resume San Juan las declaraciones formales hechas por Jesús. Eran completas en claridad y autoridad ⁽³⁾. «Y había alzado la voz para que le

(1) *Rom.*, XI 11-15.

(2) Puesto que, en el cap. VI, contempla Isaías la gloria de Jehová, puede concluirse con razón que aquí, como lo hizo San Pablo en otros lugares (*Filip.*, II, 6; *I Cor.*, X, 4), San Juan identifica á Jehová con Jesús, proclamando con esto claramente la divinidad del Mesías.

(3) Este resumen, hecho aquí por San Juan, de los testimonios que Jesús

oyesen ⁽¹⁾: Quien cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me envió, y el que á mí me ve, ve á Aquel que me envió ⁽²⁾.» Porque, según hemos observado con frecuencia, había probado Jesús, con sus milagros, que su causa era la de Dios, y que, en realidad, era uno solo con su Padre. Fuera de Él, Doctor enviado del cielo á los hombres, no había más que tinieblas. Bastaba para demostrarlo una ojeada sobre el mundo. En sus palabras, había estallado la verdad con toda su fuerza de persuasión. «Yo he venido luz al mundo, para que todo aquel que en mí cree, no permanezca en tinieblas ⁽³⁾.» Así, pues, ¡ay de quien se obstina en no reconocer al divino Doctor, y en cerrar los ojos ante su gloriosa manifestación! De sus propios labios han sabido los incrédulos la suerte que los aguarda. «Si alguno, dijo, oyere mis palabras y no las guardare, yo no le juzgo; porque no he venido á juzgar al mundo sino á salvarlo. Él que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrimero ⁽⁴⁾.» Esta palabra es, en efecto, la del Padre. «Yo no he hablado de mí mismo—añadía aún,—mas el Padre que me envió, me dió mandamiento de lo que tengo que decir y de lo que tengo de hablar, y sé que su mandamiento es la vida eterna. Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo ⁽⁵⁾.»

Á pesar de todo esto, Israel permaneció insensible, terco, hostil. En vano, según la profecía de Isaías evocada

se atribuyó durante su ministerio, sería muy imprudente atrevimiento, si el cuarto Evangelio fuese obra de un falsario.

(1) Es difícil admitir que San Juan consigne aquí un discurso especial de Nuestro Señor. ¿Dónde habría sido pronunciado? ¿En el Templo? Pero el Evangelista acaba de decir que se había alejado definitivamente para no reaparecer en público. ¿Ante sus Apóstoles? Entonces ¿á qué esta expresión *ἐκράξεν*? Lo más sencillo es ver en este pasaje un resumen de las principales declaraciones que hubieron de haber debido disipar la incredulidad judía. Todo cuanto se lee en este fragmento es solamente una repetición de los discursos antecedentes, y sería difícil coordinarlo con objeto de encontrar en él la ilación de un discurso particular.

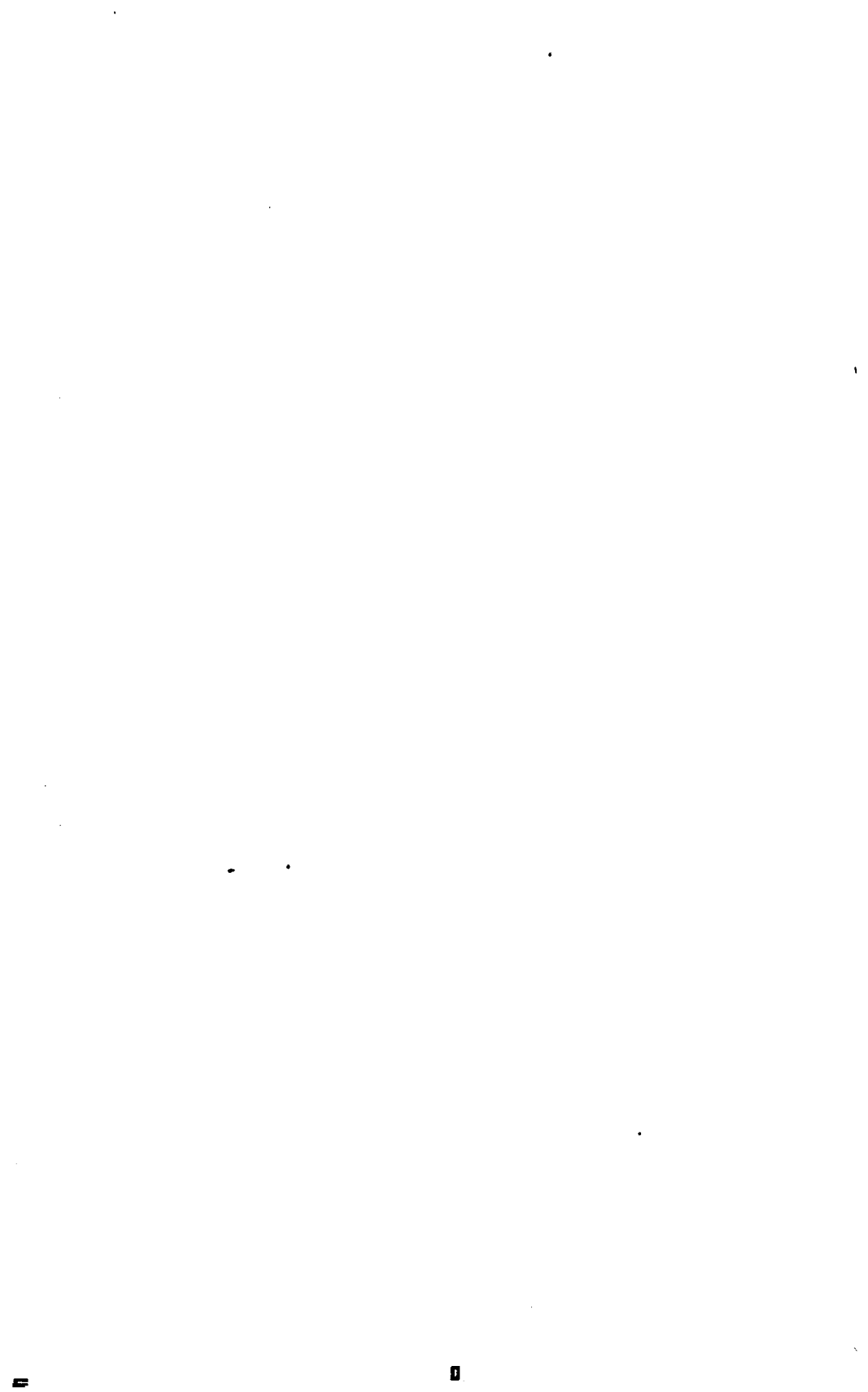
(2) Comp. cap. V, 36; VI, 38; VII, 18; VIII, 18, 28; X, 38.

(3) Id. cap. III, 19; VIII, 12; IX, 5, 39.

(4) Id. cap. III, 17; V, 24; VIII, 15.

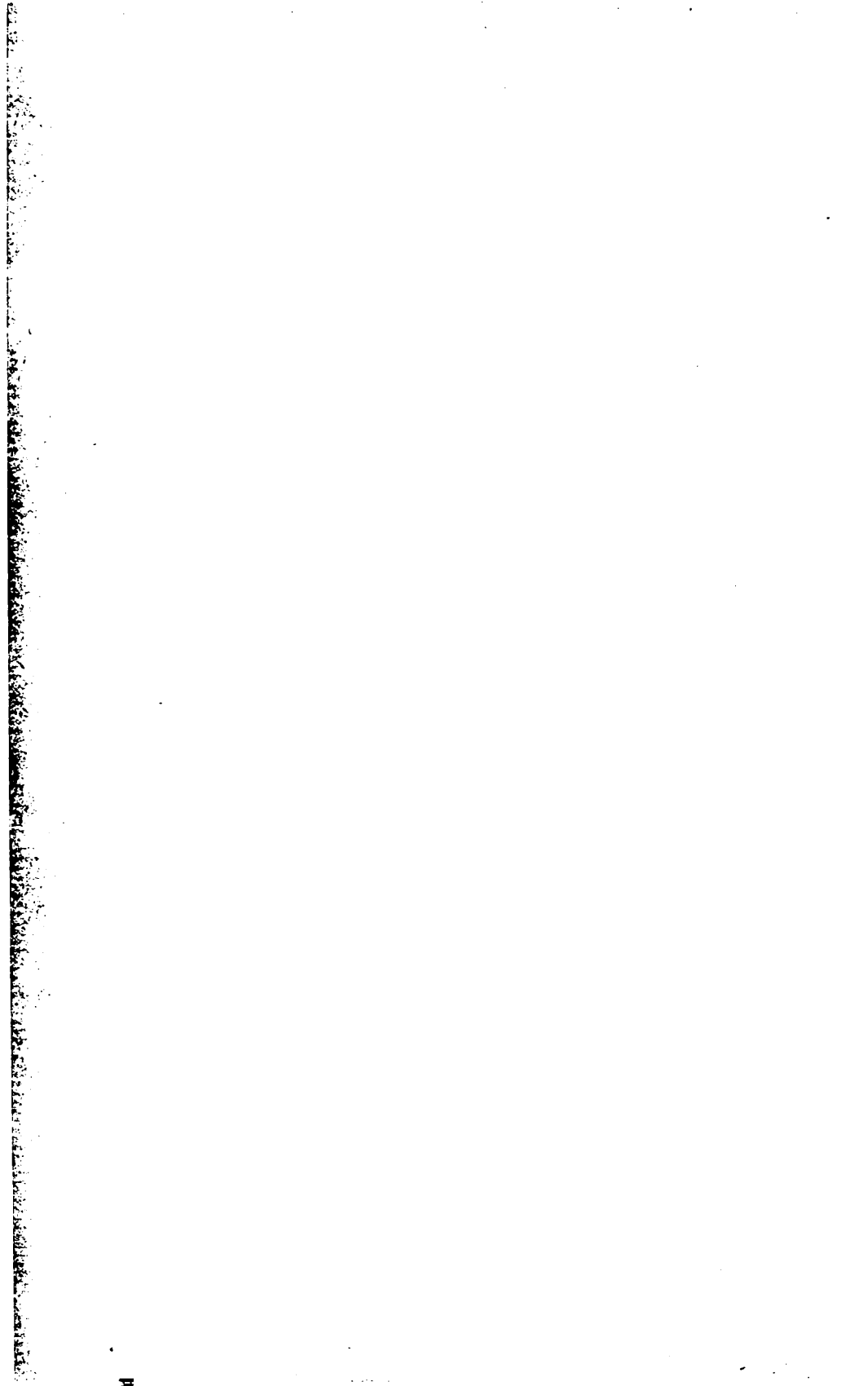
(5) Id. cap. V, 30; VII, 18; VIII, 16, 28, 29.

por San Pablo, Dios le tendió los brazos, todo el día, durante el tiempo del ministerio de su Hijo; no hizo más que provocar su incredulidad y su oposición. Cansada de perseguirle, la gracia le entrega, por fin, á sus instintos criminales, y vamos á verle cometer á sangre fría la ingratitud más irritante, el crimen más odioso, el sacrilegio más execrable que pueda mancillar la memoria de un pueblo. De tal suerte que el castigo divino, por terrible que sea, será todavía inferior á la falta.



TERCERA PARTE

FIN DEL MESÍAS



LIBRO PRIMERO

LA MUERTE

SECCIÓN PRIMERA

PRELIMINARES DEL FIN

CAPÍTULO PRIMERO

Judas propone al Sanedrín la entrega de Jesús

Reunión extraordinaria del Sanedrín en casa de Caifás.—De las dos resoluciones de la asamblea la una será modificada.—Sólo Jesús fija el día de su muerte.—Diligencia de Judas y motivos que pudieron inspirarla.—Pacto con el Sanedrín. (*Mat.*, XXVI, 1-5 y 14-16; *Mar.*, XIV, 1 y 10-11; *Luc.*, XXII, 1-6).

Como es de suponer, el partido jerárquico había sido aquel día demasiado severamente denunciado á la indignación popular, para no sentir la necesidad de tomar un cruel desquite, y acabar, sin tardanza, con un adversario tan desapiadado como poderoso.

Llegada la noche, los miembros del Sanedrín reuniéronse en sesión extraordinaria ⁽¹⁾, en la casa de Caifás ⁽²⁾.

(1) Las sesiones ordinarias se tenían de día, en el Templo y en el local oficialmente destinado al Sanedrín.

(2) Supone una antigua tradición que se trataba aquí de su casa de campo, situada al Sur de Jerusalén, en la montaña llamada del *Mal Consejo*, y no lejos de la cual se ha creído encontrar recientemente la tumba de Anás, suegro de Caifás. Sin embargo, el texto de *San Mateo*, XXVI, 3, precisa que se reunieron en *eis τὴν αὐλήν*, en el atrio ó en el palacio del gran sacerdote. La palabra *αὐλή* significa, en efecto, el atrio interior, *Juan*, XVIII, 15, y con frecuencia el palacio mismo, como en Aten. *Deipn.*, VI, Herodiano, 13, 16, Píndaro y los trágicos en general.

Allí se permitió á cada uno exponer sus quejas contra el joven Profeta, y el conjunto de las acusaciones llevó á su paroxismo el furor de todos.

En realidad, se hallaban visiblemente doloridos de los rudos golpes que acababan de recibir. El Maestro les había echado en cara progresivamente su ignorancia, sus vicios, sus pretensiones, su hipocresía. Sin discusión contradictoria, detuviéronse á renovar, mas prometiéndose ejecutarla sin pérdida de tiempo, la sentencia de muerte dictada hacía dos meses contra Jesús. Sólo que, siendo de temer el pueblo y sobre todo los galileos entusiasmados de su Mesías, si intentaban un golpe de mano en público, decidieron proceder con astucia y buscar un medio de prenderle sin ruido, de improviso, cuando no se hallase con Él la muchedumbre. Era esto responder, con una sentencia capital, á la sentencia que acababa Jesús de pronunciar en aquella misma hora contra ellos y la nación entera. Los dos anatemas, partiendo el uno del monte del Olivar, y el otro de la montaña de Sión ó de la del Mal Consejo, cruzábanse sobre la cabeza de la desgraciada ciudad é iban á tener los más terribles efectos. Ambas dictaban la muerte, pero con la diferencia de que la inicua sentencia del Sanedrín no quedó sin apelación, sino que tuvo un glorioso mañana, mientras que el golpe de la divina justicia fué irreparable y definitivo.

Natural era que, dejando obrar á la malicia del hombre, permaneciese Dios dueño de modificar á su sabor sus criminales decisiones. ¡Coincidencia notable! En el momento mismo en que declara el Sanedrín que es preciso guardarse de poner la mano sobre Jesús durante las fiestas, para evitar el tumulto y el escándalo, afirma el Redentor que será llevado al suplicio justamente el mismo día que no quieren sus adversarios. De modo que es Él quien escoge é impone su hora á sus verdugos. En realidad, no pueden éstos tener sobre Él otro poder que el que les concede.

Terminada su solemne profecía, levantóse Jesús y,

abandonando la vertiente occidental del monte del Olivar, volvió á tomar el camino de Betania. Los discípulos le rodeaban inquietos y sombríos. La triste revelación de lo futuro los había consternado. Él mismo, sumido en el pensamiento de tan graves sucesos y de su muerte próxima, empezó á decir, como á través de un suspiro. «Sabéis que de aquí á dos días⁽¹⁾ será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.» Nadie respondió. Estas últimas palabras eran más entristeecedoras que todo lo demás. Terminaba el solemne día sometidos todos á la emoción más dolorosa. Dentro de dos días acabará el Maestro su vida en una cruz. El Cordero cargado con los pecados del mundo será inmolado, y, sucediendo la realidad al símbolo, ocupará el puesto del cordero pascual. Detrás del patíbulo en que será clavado, Jesús ha permitido entrever el Templo cayendo en ruinas, la Ciudad Santa destruída y el pueblo judío exterminado. Terrible era la perspectiva; lo suficiente para sumir en la mayor consternación á los discípulos. Sin duda durmieron un sueño muy agitado aquella noche.

¿Fueron los últimos discursos, las impresiones del día, las que acabaron de separar del Maestro á uno de los Doce? ⁽²⁾ Imposible decirlo. Lo que hay de cierto es que en el momento en que sus colegas entraban en Betania con Jesús, Judas, triste y sombrío, trabajada el alma por horribles pensamientos, erraba por las calles de Jerusalén. Quizás, después de prolongadas luchas, acababa de abrir el desgraciado su corazón á Satanás ⁽³⁾.

(1) Según esta indicación cronológica, el discurso sobre el *Fin de los tiempos* fué pronunciado dos días antes de la crucifixión y también dos días antes de la celebración de la Pascua. La fecha indicada aquí por *Mat.*, XXVI, 1, 2, y *Marc.*, XIV, 1, 2, μετὰ δύο ἡμέρας, parece concordar exactamente con el decir de *Juan*, XVIII, 28.

(2) Nótese la importancia dada á esta fórmula: εἰς τῶν δώδεκα, que se encuentra en los tres Sinópticos, en *Juan*, XII, 4, y en los *Hechos*, I 17. Ella evoca el triste recuerdo de lo que fué Judas y de lo que debería haber sido.

(3) *Juan*, XIII, 2, menciona al mismo tiempo que *Luc.*, XXII, esta primera victoria de Satanás sobre Judas. En el cap. XIII, vers. 27, comprobará la segunda, según la cual el desgraciado discípulo entregará toda su alma al mal y la desesperación final.

Si, como en otra parte hemos dicho, había seguido á Jesús movido tan sólo de miras ambiciosas y con la esperanza de una recompensa humana, compréndese que en la tarde de aquel día experimentara la más amarga decepción. Seguramente no era el Maestro lo que él había soñado. ¿Podía ser realmente el Mesías el mismo que profetizaba la ruina de Israel y su propia muerte en una cruz? Insensato ó impostor, Jesús había engañado á los suyos; Judas no tenía que hacer más que romper con Él, entregándole á la tempestad que Él mismo había desencadenado sobre su cabeza. Por un sentimiento de venganza, sobrado natural en las almas groseras contrariadas en sus más ardientes concupiscencias, concibió Judas la idea de poner por sí mismo al falso Mesías en manos de sus enemigos. Y, como todo se barajaba en su corazón con algún interés material, juzgó que si Jesús no debía serle ya de algún provecho durante su vida, podía á lo menos ofrecerle alguna utilidad con su muerte. Decidióse, pues, á venderlo á subido precio. Si se vió reducido á entregarlo por poco, fué porque en el último momento no pudo obtener más. Tal es quizás la explicación de su crimen, la más natural y la mejor autorizada por el relato evangélico.

Representarse que Judas estaba sencillamente en duda y no en estado de incredulidad positiva en frente de Jesús, equivale á contemplar su primer paso en el crimen bajo una claridad menos odiosa ⁽¹⁾. Empero el resultado final es igualmente detestable. Cansado de ver al Maestro anunciando siempre su reino sin jamás inaugurarle, y no conteniendo más sus impacientes ambiciones, el criminal discípulo debió precipitar el desenlace. En el momento en que veía á la muchedumbre admirada delante de Jesús y á los galileos dispuestos á un vigoroso golpe de

(1) Neander, en su *Vie de Jésus*, vol. I, pág. 167; Whately, *Essays on Dangers to christian Faith*, disc. III; Strauss, en su *Vie de Jésus*, vol. II, p. 338-91, lo mismo que Daub, *Judas Iscariot*, Heilderberg, 1816; Lech-tlen, *de culpa Judae*, Argentor, 1813; Ferenczy, *de concilio proditionis Judae*, 1829, han resumido, desde puntos de vista diferentes, las diversas opiniones sobre Judas y su crimen.

mano, debióse determinar á entregarlo á los que habían decretado su muerte, para ponerle en la alternativa de probar su omnipotencia ó dejar ver su debilidad. La prueba audazmente impuesta era tal que no podía salir de ella sino como Mesías triunfador ó impostor castigado. Así debía verse el fin de una situación dudosa y zanjadas de golpe todas las dudas. No es raro que el necio orgullo del hombre pretenda apresurar, á su sabor, la marcha de los sucesos providenciales, y adelantar, conforme á sus caprichos, la hora de Dios.

Sea lo que fuere, con su fe comprometida, su probidad sospechosa y la afrenta recientemente sufrida en el festín de Betania, Judas debía encontrarse fuera de su centro en el círculo apostólico. Sin verdadero afecto por el Señor, sólo le unía á Él un resto de falsa vergüenza. El deseo de ver disuelto el grupo de los Doce ó transformado radicalmente, á impulsos de una violenta catástrofe, atormentaba su alma. Cuando la ambición, la duda, el orgullo resentido, trabajan la cabeza de un hombre y sólo tienen por contrapeso un corazón lleno de egoísmo, todo es posible. Por otra parte ha entrado siempre en el destino del Maestro rechazar fatalmente á quienes no son atraídos por su persona. Frente á frente de Él, nadie permanece en la indiferencia. Judas, partiendo tal vez de una simple duda, llegó de un salto á los extremos de la impiedad y de la malicia. Aun cuando no hubiera sido, en la primera concepción de su afrentoso proyecto, sino un audaz revolucionario, es cierto que acabó como el más vil de los malvados. El dinero que se atrevió á pedir y aceptar mancilló sus manos. Hácenos olvidar las otras miras, por otra parte muy criminales, aunque de un orden superior, que hubieran podido engañarlo y arrastrarlo al principio, y queda, para la historia imparcial, el más odioso de los asesinos, y, para la Iglesia cristiana, el más infame de los Apóstoles.

Dirigióse, pues, el miserable, á favor de la noche, hacia la casa de Caifás. Su corazón, por malvado que fuese, debía latir muy fuerte en el momento en que, llamando á la

puerta, pidió ser introducido ante los enemigos de su Maestro. La acogida que se le hizo le animó, sin duda, y, ante la gran asamblea, muy satisfecha del paso que daba ⁽¹⁾ volvió á hallar la fría energía que le caracterizaba. Todavía nos subleva la impudencia de su cinismo. «¿Qué queréis darme y os lo entregaré?» Semejante modo de hablar á un cuerpo constituido acusaba sobrado atrevimiento, pero el malvado se sentía á la altura de tales jueces, y trataba con ellos sin grandes miramientos. No obstante, el paso directo que acababa de dar era, por su parte, una falta irreparable. Después de haberse comprometido tanto, cualquiera que fuese la respuesta del Sanedrín, le era imposible retroceder. Así lo entendieron los príncipes de los sacerdotes. Puesto que Judas les pertenecía irrevocablemente, no valía la pena de que se mostrasen con él generosos; le ofrecieron treinta monedas de plata, ó treinta siclos ⁽²⁾, unas noventa y tres pesetas de nuestra moneda. Era el precio atribuído comúnmente á un esclavo ⁽³⁾. No juzgó el orgullo farisaico que Jesús debiese ser pagado más caro. Por lo demás, no se dice que Judas hubiese insistido para obtener más. El hecho de haber aceptado esta recompensa, en realidad tan desproporcionada con el crimen que iba á cometer, nos permite entrever cuanto tenían de grosero aquellas naturalezas de aldeanos, elevados súbitamente á una vocación de la que no eran dignos. La educación primera impide siempre á los hombres de

(1) *Marc.*, XIV, 11, y *Luc.*, XIII, 5, confirman la alegría del Sanedrín, *Qui audientes gavisi sunt.*

(2) El siclo sagrado—era natural que el Sanedrín pagase con esta moneda—era una pieza de plata introducida en Palestina después de los Macabeos. Representaba ordinariamente, en un lado, un incensario ó un vaso cualquiera con esta inscripción: *Siclo de Israel*, y en el otro, un ramo de olivo y tres flores con estas palabras: *Jerusalén la Santa*. El siclo valía próximamente 3 pesetas 10 cént. *Mateo*, XXVI, 15, es el único que fija el precio ofrecido. Los otros dos Sinópticos dicen de una manera general que le ofrecieron dinero, ἀργύριον. Ciertamente que Mateo se complace en hallar en esta cifra el cumplimiento de una profecía, pero no hay razón alguna para creer que la profecía le sugiriese la cifra y que, tal vez, Judas recibió mucho más. Para un hombre del pueblo bajo, en aquella época, 93 pesetas representaban verdaderamente una suma bastante apreciable.

(3) *Exodo*, XXI, 32.

cierta categoría descender tanto, por malos y despreciables que se los suponga.

Judas, contrariado sin duda, mas no humillado, por haber obtenido tan poco, salió de la asamblea, dando palabra de que encontraría pronto una ocasión segura de entregar al Maestro. Cuando volvió á tomar el camino de Betania, á través del valle de los Hijos de Hinnón y las sombrías gargantas del Cedrón, debió sentir la necesidad de apretar más de una vez el dinero del crimen contra su corazón, para no dejar salir de él los remordimientos que lo sublevaban.

Satanás, nos dice San Lucas, había entrado en él.

CAPÍTULO II

Cómo y qué día fué preparada la cena pascual

El jueves por la mañana se abstiene Jesús de comparecer en Jerusalén.—¿Por qué?—Medio de que se sirve para que ignore Judas el lugar donde se ha de reunir el jueves por la tarde.—La última cena del Señor ¿coincidió con la pascua judía, ó la precedió?—Posibles conciliaciones entre San Juan y los Sinópticos sobre este punto. (*Mat.*, XXVI, 17-19; *Marc.*, XIV, 12-16; *Luc.*, XXII, 7-13).

Sabemos que Jesús contaba con partidarios decididos entre los miembros del Sanedrín. Pudo ser que no hubiesen sido convocados en casa de Caifás, pero si llegaron á tener conocimiento del resultado de esta reunión extraordinaria y de los pasos criminales de Judas, debieron apresurarse á prevenir de ello al Maestro. Este, á decir verdad, no tenía necesidad de sus informes. Antes que todos y mejor que todos, conocía la malicia del traidor, y su ojo divino seguía en la sombra los pasos del malvado.

El jueves, pues, por la mañana, en vez de volver á Jerusalén, manifestó la intención de permanecer en Betania, ó en el monte del Olivar, á solas con Dios su Padre, en aquel piadoso recogimiento del espíritu que prepara al hombre para el sacrificio. El pueblo, por no estar iniciado en los misterios de iniquidad realizados durante la noche, le aguardó en vano en el Templo, sin explicarse su ausencia. Después de los triunfos de los días precedentes, estaban todos lejos de sospechar una catástrofe inminente. Y, sin embargo, los enemigos la habían preparado tan bien que, para Jesús, reaparecer en Jerusalén, equivalía á provocarla inmediatamente. La víctima se mantendría, pues, en el retiro todo este día, con objeto de no ser inmolado sino al día siguiente, en la misma hora del gran sacrificio pas-

cual, conforme al orden providencial y á la hermosa armonía de las figuras proféticas.

Ningún detalle poseemos de los últimos momentos que pasó Jesús en medio de sus amigos, en aquella casa de Betania en que de tan santas alegrías había disfrutado. ¡Qué emociones debieron agitar su alma, cuando se acostó, la víspera, bajo este techo hospitalario, para dormir allí, á los treinta y tres años, su último sueño de la tierra, con la clara perspectiva de ir, después del reposo de algunas horas, á emprender el duro trabajo de su Pasión!

Como, desde la mañana del 13 de Nisán, fuese preciso empezar á disponer la cena pascual, viendo los Apóstoles que no se cuidaba Jesús de este asunto, le dijeron: «¿En dónde quieres que dispongamos para que comas la pascua?» La pregunta, hecha delante de todos, interesaba particularmente á Judas. Tal vez hasta fué él quien, deseoso de cumplir la palabra dada al Sanedrín, la había provocado. En este caso, debió quedar desagradablemente sorprendido al verse de pronto reemplazado en sus funciones de intendente ó de proveedor del círculo apostólico; pues, en efecto, Pedro y Juan fueron los encargados por Jesús para combinar los preparativos de la cena pascual. No convenía que el traidor pudiese ejecutar su obra ni antes ni durante esta última y fraternal reunión. Por eso vemos al Señor usar de precauciones en su respuesta para que Judas ignore hasta el lugar en que debe aquélla realizarse. Pedro y Juan son seguramente amigos fieles; conocida es su discreción, y, sin embargo, no se les revelará el nombre del huésped que debe recibirlos; solamente lo conocerán cuando se hallen en Jerusalén. Los demás Apóstoles lo ignorarán.

«Luego que entréis en la ciudad—les respondió Jesús—encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare, y decid al padre de familias de la casa: El Maestro te dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa hago la Pascua con tus discípulos; ¿dónde está el aposento que para esto necesitamos? Y él os

mostrará una gran sala aderezada: disponedla allí.» (1)

Como Jesús cuenta con seguridad con este aposento, conocido en todos sus detalles de mobiliario y de vastas proporciones, han supuesto algunos que se lo había procurado de antemano, para no andar con premuras en el último momento. Por eso hace preguntar, no si hay una gran sala disponible, sino dónde se encuentra. En cualquier hipótesis, el propietario debía ser un prosélito fiel, porque se le habla del Maestro y de su hora, como si estuviera acostumbrado á estas expresiones, familiares á los íntimos de Jesús.

Sin embargo, no por efecto de una convención previa, como varios han supuesto, encontrarán los Apóstoles al siervo á la puerta de la ciudad. Jesús da su indicación, después de haber apelado á su presciencia divina (2). En el momento en que un individuo de cada familia va á sacar el agua destinada á la purificación de las casas para las fiestas pascuales, ha visto que el criado del huésped escogido se dirigía á la fuente de Siloé. Pedro y Juan le encontrarán en su camino, á las puertas de la ciudad. Sólo tendrán que seguirle. En casa de su amo habrá de tener lugar la cena pascual.

Todo sucedió según sus indicaciones. Mientras que el resto de los Apóstoles y Judas mismo, profundamente pensativo por la nueva actitud del Maestro con relación á él, permanecía en Betania, Pedro y Juan se llegaban á la ciudad, reconocían la sala del festín y hacían sus diligencias para prepararlo todo. Los preliminares de la cena pascual comprendían la presentación del cordero en el atrio del Templo, en donde el jefe de familia debía ayudar á los levi-

(1) San Mateo, aun suprimiendo en este relato al hombre que llevaba el cántaro, conserva exactamente los matices, y demuestra bien que Jesús no quería dar á conocer el nombre de aquel en cuya casa debían hospedarse. «Id á la ciudad á casa de cierta persona,» hace decir al Salvador: *πρὸς τὴν δέσπυα*. Los otros dos sinópticos explican mejor que él cómo pudo dar á conocer al hombre sin nombrarlo.

(2) Así se colige de todo el relato de San Marcos y San Lucas. De este modo había visto Jesús á distancia que Lázaro había muerto, que el hijo del oficial real de Cafarnaúm estaba curado, etc.

tas á inmolarlo, la confección de los panes ázimos, en fin, la compra de hierbas amargas. Mucho quehacer era este para el tiempo que les quedaba hasta la noche; pero los dos discípulos debieron desplegar la mayor actividad, orgullosos de reemplazar al Maestro en tan solemne circunstancia.

Su misión no carecía de significación simbólica. Se ha sospechado, y con razón, que, á su carácter respectivo, debían el honor de haber sido elegidos para representar, Pedro el amor que obra, Juan el amor que contempla, y personificar así los dos elementos efectivos de todo desarrollo religioso en la humanidad. Pedro, por otra parte, ¿no era ya el jefe designado de la nueva sociedad? Juan le había sido dado como auxiliar, para hacer entender que, en la serie de las edades, el episcopado tendría, de derecho divino, su lugar oficial al lado del representante autorizado de Jesucristo, y participaría de su paternidad, de su sacerdocio, de su autoridad.

Ofrécese aquí la difícil pregunta que, después de haber dividido en todo tiempo á los intérpretes ⁽¹⁾, deberá tal vez á la crítica más reciente su mejor solución: la cena última de Jesús con sus Apóstoles ¿coincidió con la Pascua judía ó la precedió? ¿Tuvo lugar el 13 ó el 14 de Nisán? ⁽²⁾

Según los Sinópticos, parece haber coincidido con ella. Según San Juan, la precedió. Observan, en efecto, los Si-

(1) V. Schürer, *De Controv. paschalibus*, 1869; Robinson, *Harm. of the Gospels*, p. 212-23; Greswel, *Dissertationes*; Wieseler, *Chronol. Syn.*; Tischendorf, *Synop. Ev.*; Bleek, *Dissert. üb. den monatstay. des Todes Christi*; Kirchner, *Die Jüdische Passahfeier*, 1870; Godet, *Comment. sur saint Jean*, vol. III, p. 605-625.

(2) En cuanto al día de la semana, los cuatro Evangelios están acordes en admitir que fué un jueves y que Jesús fué crucificado un viernes. *Mat.* XXVII, 62, precisa que la sepultura de Jesús había tenido lugar el día de la Preparación ó de la *Paraskeué*, y *Marc.*, XV, 42, confirma la indicación, explicando, para los lectores romanos, el sentido de la palabra *Paraskeué*, ἡ ἐστὶν προσάββατον, es decir, la vigilia del sábado. *Luc.*, XXIII 54, observa, á su vez, que Jesús fué depositado en el sepulcro el día de la *Paraskeué*, en el momento en que iba á empezar el sábado. En fin, *Juan*, XIX, 31, dice que, coincidiendo la crucifixión con la vigilia del sábado, determináronse á no dejar los cuerpos en la cruz. La pregunta se reduce, pues, solamente á saber á qué fecha de Nisán correspondía este viernes.

nópticos que Jesús ordenó preparar el festín *el primer día de los ázimos, el día en que era menester inmolar la pascua* ⁽¹⁾. La comida, pues, que ponía fin á aquel día sería la cena pascual, que caía el 14 de Nisán. Parece tanto más difícil ponerlo en duda cuanto los Apóstoles habían preguntado al Señor *en qué lugar convenía preparar la pascua que debían comer*, y que realmente, según San Mateo, *prepararon la pascua* ⁽²⁾. Además, llegada la noche, vemos á Jesús ponerse á la mesa con los Doce, y abrir el banquete sagrado con estas palabras aducidas por San Lucas ⁽³⁾: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua*.

Al mismo tiempo, parécenos estar autorizados, como veremos, para encontrar en el relato de la Cena las huellas de los principales ritos que caracterizaban el convite pascual. Así, despues del eulogio solemne, preludio obligatorio del festín simbólico, el Maestro hará circular la primera copa de vino ⁽⁴⁾, y, terminada la cena, la acostumbrada copa de bendición ⁽⁵⁾. Así también, según San Marcos y San Mateo, cantará, al fin, el himno que era sin duda la última parte del gran-Hallel. Seguramente que si no tuviésemos otras indicaciones que las de los Sinópticos, sería preciso, por muchos inconvenientes que hubiese, reconocer que Jesús comió la pascua el 14 de Nisán, después de puesto el sol, fué crucificado el 15, primero de los siete días de la semana pascual, que aquel año caía en viernes, y que habiendo permanecido en el sepulcro el 16, resucitó el domingo, 17 del mismo mes.

De todos estos inconvenientes, el más grave es admitir que, el día de Pascua, día santo entre los más santos, día consagrado á la oración y á las ceremonias en el Templo, desde la mañana á la tarde, Jesús habría sido conducido ante tres tribunales distintos y crucificado con sus dos

(1) *Mat.*, XXVI, 17 y *paral.*

(2) *Mat.*, XXVI, 17, 19 y *paral.*

(3) *Luc.*, XXII, 15.

(4) *Id.*, XXII, 17.

(5) *Id.*, XXII, 20; I *Cor.*, X, 16; XI, 25.

compañeros de suplicio. Hay en esto una imposibilidad moral que pesa más en la balanza que todos los decires de los Sinópticos. De modo que si, lo que no creemos, sus textos fuesen irreductibles, deberíamos concluir que, contra ellos, San Juan lleva ciertamente la razón. Nadie quiere sostener que los crucificados quedasen en las cruces durante la fiesta; ¡y se habría inaugurado la fiesta clavándolos en ellas! Es inadmisibile.

En efecto, nuestro cuarto Evangelio indica claramente que Jesús tomó su última cena el 13 por la noche, fuera del precepto Pascual; que murió el 14, en el momento en que se inmolaban las víctimas en el Templo, hacia las tres de la tarde; que permaneció en la tumba el 15, día doblemente sabático aquel año, pues por una feliz coincidencia, era á la vez el primero de las solemnidades pascuales y el sábado ordinario de la semana; en fin, que resucitó el 16, domingo, ó el primer día después del sábado. En una frase, absolutamente concluyente, se dice que la última cena se hizo *antes de la fiesta de Pascua* ⁽¹⁾. Nada, ni en el relato detallado del festín, ni en el informe de los magníficos discursos que constituyeron su encanto, induce á creer que la ciudad de Jerusalén cumplía en aquel momento la obligación pascual. Más todavía, el narrador observa que, cuando Jesús, al fin de la comida, dijo á Judas: «Lo que haces, hazlo presto,» imaginaron los Apóstoles que *le prescribía comprarse lo que se había menester para el día de la fiesta* ⁽²⁾, y, por consiguiente, para preparar el banquete pascual. Y siguiendo siempre esta misma idea, nos muestra, al día siguiente por la mañana, á los judíos rehusando penetrar en el pretorio de Pilato, *por no contaminarse y poder comer la pascua* ⁽³⁾. Por la tarde, pues, según él, se abrió la fiesta con la comida sagrada. He aquí por qué llama al día en que Jesús fué crucificado *la preparación de la Pascua* ⁽⁴⁾. El día siguiente es para él un sábado ex-

(1) *Juan*, XIII, 1: *πρὸ τῆς ἑορτῆς τοῦ πάσχα κ. τ. λ.*

(2) *Id.*, XIII, 29.

(3) *Id.*, XVIII, 28.

(4) *Id.*, XIX, 14.

cepcionalmente solemne ⁽¹⁾, porque, sin duda, era á la vez sábadó y primer día de la fiesta.

Por modo indirecto, apoyan también otras razones la cronología de San Juan. Así, prohibía la ley ⁽²⁾ al israelita que franquease el umbral de su morada, desde la comida pascual hasta el día siguiente por la mañana. Ahora bien, no solamente Judas, pero ni Jesús y sus discípulos, si realmente habían comido la pascua legal, hubieran tenido cuenta alguna de esta prescripción. Por su parte, el Sane-drín, aquel rígido observador del descanso sabático, no hubiera tenido escrúpulo en enviar, después de la comida pascual, en un momento en que cada familia debía recogerse piadosamente en su propia casa, á sus criados armados, fuera de la ciudad para apoderarse de Jesús; él mismo habría tenido de noche una sesión judicial, preguntado y juzgado á un acusado, y, al día siguiente, depuesto su queja ante el procurador romano, y eso, habiéndose prometido solemnemente no hacer la detención durante la fiesta, cuando todo el mundo estuviese en las calles de Jerusalén, por temor á un alboroto. ⁽³⁾

Todo esto nada tiene de verosímil. ⁽⁴⁾ Hay más. Según los Sinópticos, el día en que fué crucificado Jesús, Simón Cirineo volvía del campo, José de Arimatea compraba un sudario nuevo, las mujeres se procuraban perfumes, y Nicodemo, con algunos amigos, se ocupaba en sepultar el cuerpo del Crucificado, después de haberlo embalsamado con cien libras de mirra y de áloe, llevadas al sepulcro. Podían, pues, el viernes, ocuparse en todas estas obras, severamente prohibidas, según la ley, en un día de descanso sabático, tal como el primer día de la semana pascual. Al contrario, llegada la tarde, se suspende todo trabajo. La amistad deja con sentimiento el muerto imperfectamente

(1) *Juan*, XIX, 31.

(2) *Éxodo*, XII, 22.

(3) *Mat.*, XXVI, 5.

(4) V. el Tratado *Beza*, V, 2, y generalmente todas las indicaciones tal-múdicas sobre el descanso del sábadó y de los días feriados.

embalsamado y su sepultura incompleta. La ley prohíbe hacer más; condena á los más celosos á encerrarse en el recogimiento y descanso absolutos. El mismo odio se desarma en presencia de la gran fiesta que va á empezar. Dispensa de sufrir por más tiempo á los crucificados, y pide su mutilación, para no contristar, con el espectáculo de su agonía, los primeros goces de la solemnidad. ¿No hay en todo esto una serie de argumentos decisivos en favor de San Juan?

En todo caso, pareció á muchos tan visiblemente irreductible la divergencia, que propusieron una solución radical, admitiendo que los Sinópticos y San Juan hablaban de dos comidas diferentes. En el cuarto Evangelio se trataría, en este caso, de un banquete ofrecido el 13 por la tarde, en Betania ú otro lugar, y en los otros tres, de la comida pascual tomada el 14 en Jerusalén. Pero tan audaz hipótesis, aun cuando no sea absolutamente insostenible, no suprime la grave dificultad con que se tropieza haciendo coincidir el juicio, la ejecución y la sepultura de Jesús con el primer día de la solemnidad pascual; ni tampoco explica los escrúpulos de los judíos, absteniéndose de entrar en casa de Pilato, en vista de la comida religiosa que debían tomar al anochecer de aquel día. Además, ¿es, por ventura, admisible que San Juan no hubiese tenido intención de contar la última cena de Jesús, cuando le vemos realzar, una por una, en el relato de las postreras expansiones del Maestro, las pruebas de su amor perseverante hasta el fin? Aceptar esta explicación sería romper con brutalidad el encadenamiento visible de las diversas cláusulas de tan admirable testamento y desconocer uno de sus aspectos más delicados y verdaderos. Esta sucesión de discursos, que empiezan de nuevo sin cesar, indica, efectivamente, bien á las claras el afectuoso sentimiento del Señor en aquella hora en que, para retardar el momento de la separación, encuentra siempre su corazón una palabra que añadir á sus despedidas de padre y de amigo. Por lo demás, queda completamente zanjada la cuestión

con las palabras de Jesús á Pedro: «No cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces ⁽¹⁾.» No habrá, pues, otra noche que esta antes de la caída de San Pedro, de lo cual resulta indudable que, en el cuarto Evangelio, como en los otros tres, se trata de la última comida de Jesús.

Es, pues, preciso aceptar la dificultad tal como se impone, y, á menos de admitir que hay contradicción flagrante entre ellos, esforzarse en poner de acuerdo los Sinópticos con San Juan. De las dos indicaciones cronológicas ¿cuál es la que conviene mantener categóricamente? ¿Cuál la que conviene explicar?

Fácil es reconocer que ninguna de las dos resiste enteramente á la buena voluntad y al valor de los intérpretes. Así, en San Juan, propónense entender estas muy embarazadoras palabras, *antes de la fiesta de Pascua*, como si, queriendo acomodarse al modo de hablar de los griegos, para la los cuales escribía, el Evangelista hiciese empezar el viernes la fiesta inaugurada desde la vigilia á la puesta del sol. Explican también el pasaje, no menos concluyente ⁽²⁾, en que temían los judíos mancillarse entrando en casa de Pilato, y no poder comer la Pascua, como si se refriese, no al cordero pascual, sino á otras víctimas, y en particular á la *chagiga*, que se comía la segunda tarde de la fiesta. El día de la muerte del Salvador sería, en este caso, llamado la *preparación de la Pascua*, para indicar sencillamente que era la víspera del sábado pascual; y la orden dada á Judas se entendería, ó de los preparativos que iba á hacer para los sacrificios del día siguiente, ó de la distribución de limosnas que debía disponer, puesto que era la vigilia de una gran solemnidad. En fin, en cuanto á las prescripciones del descanso para el primer día de la fiesta, podían ser menos severas que para el último, ó aun para un sábado ordinario ⁽³⁾. Varios pasajes del Talmud parecen

(1) *Juan*, XIII, 38

(2) *Juan*, XVIII, 28.

(3) El texto, sin embargo, es formal, *Números*, XXVIII, 16: «El primer mes, y el 14 de este mes, será la Pascua del Señor, y el 15 será solemnidad. Durante siete días se comerá pan sin levadura. De estos siete días, el pri-

confirmar prácticas bastante diversas sobre este punto (1). ¿No vemos, por otra parte, en el mismo San Juan, á los príncipes de los sacerdotes encargar á sus criados, durante la fiesta de los Tabernáculos, que se apoderen de Jesús—no se dice, es cierto, que fuesen armados,—y aun proponer apedrearle el día de la Dedicación? Si el Sanedrín no quiso hacerle prender durante la fiesta, no fué por respeto á la ley del sábadó, sino por temor de un alboroto popular. En cuanto á la ejecución del acusado, fué obra, no de los judíos, sino de los soldados romanos. En fin, el testimonio del Talmud, que algunos invocan, no tiene valor real, porque, siendo posterior al Evangelio, corre el peligro de haberse inspirado menos aún en la tradición rabínica que en la opinión aparente de San Juan.

Por más que estas respuestas parezcan satisfactorias á espíritus poco exigentes, permanecerá siempre la imposibilidad moral de que hemos hablado: no pudo ser puesto Jesús, con los dos ladrones, en la cruz, el día de Pascua. Sobre este punto, participan los rabinos de nuestra opinión, y afirman (2) que Jesús, después de haber buscado en vano un abogado durante cuatro días, fué, por fin, juzgado, apedreado, colgado en el madero antes que se diesen por empezadas las fiestas.

Lo más prudente es, pues, examinar con atención los textos de los Sinópticos. En realidad, sólo hay una cosa que prohíba, aparentemente, dar la muerte á Jesús en la vigilia de Pascua, y es el texto de Mateo y de Marcos (3): «*El primer día de los ázimos, ó aquel en que se inmola la Pascua, dijeron los discípulos á Jesús: ¿En dónde quieres que dispongamos para que comas la Pascua?*» San Lucas, adoptando una fórmula más vaga, observa solamente que «*vino el día de los ázimos* (4).» Desde el principio, la exégero será venerable y santo; no haréis en él obra servil etc.» V. *Exodo*, XII, 18; *Lev.*, XXIII, 5.

(1) Véase la *Mishna*, tratado *Yom Tob*, 5, 2; *Megilla*, I, 5; *Sabbath*, 23, 1.

(2) *Sanedrín*, 6, 2: «*Traditio est vespera Paschatis suspensum fuisse Jesum.*»

(3) *Mat.*, XXVI, 17 y *Marc.*, XIV, 12.

(4) *Luc.*, XXII, 7: «*Ἦλθεν δὲ ἡ ἡμέρα τῶν ἄζύμων.*»

sis moderna supuso que debía traducirse el texto griego como si *ἡμέρα πρώτη* hubiera sido puesto por *ἡμέρα πρότερα*, y que había de entenderse no el *primer día* de los ázimos, sino el *día antes* de los ázimos ⁽¹⁾. Muy recientemente, A. Resch, en un interesantísimo trabajo que publicó sobre los Evangelios ⁽²⁾, confirma esta solución de la dificultad. El texto hebreo, no el arameo, que, según él, fué el documento general que sirvió á los Sinópticos, llevaba la palabra **אָרְבַּע** que debe traducirse, no por *primero*, sino por *antes*. De aquí toda la divergencia.

Lo que hay de muy sugestivo es que, fuera de este pasaje, parece que suponen los Sinópticos, de manera inconsciente, es cierto, mas no por eso menos decisiva, que Jesús fué condenado á muerte la víspera de Pascua. Así, nos transmiten, como acaecidos el día de la crucifixión, una serie de incidentes incompatibles con el reposo y la santidad del primer día de los ázimos: las sesiones del Sanedrín, las conferencias con Pilato, la comparecencia ante Herodes, Simón de Cirene volviendo del campo, José de Arimatea yendo á comprar una sábana, las santas mujeres determinándose á diferir el embalsamiento porque el reposo del sábado iba á imponerse con la puesta del sol, Jesús haciendo pedir la sala del festín inmediatamente y como antes de la hora, por la razón de que su tiempo está cercano, es decir, que al día siguiente sería demasiado tarde. En fin, las expresiones siguientes: *Y el otro día que es el que sigue á la Parasceve*, para designar el día en que estuvo Jesús en el sepulcro; *y cuando se hizo ya tarde (pues era la Parasceve, que es la víspera del sábado)* para indicar la hora en que Jesús iba á ser sepultado, parecen acabar de confirmar que, para los Sinópticos como para San Juan, el día de la crucifixión fué el que precedió á las fiestas pascuales.

(1) Hemos visto ya que esta significación de *πρώτη* no era inaudita.

(2) A. Resch, *Aussercan. Paralleltext zu den Evang.*, Leipzig, 1895. La palabra **אָרְבַּע** se encuentra ya mal tomada en el sentido de *πρώτος* por los Setenta, *Job.* XXIII, 8. Según Resch, el original hebreo llevaba: «*Antes del día de los azimos que es el en que se inmola la Pascua.*»

Lo cual no les impide considerar la última comida de Jesús cual si fuese la comida pascual. Acerca de este punto, su afirmación es irreductible, y es preciso averiguar qué razones tuvieron para hablar así.

Á dos se reducen estas razones: ó bien costumbres particulares autorizaban á ciertas categorías de judíos á celebrar la Pascua un día antes, ó bien, fuera de estas costumbres, pudo Jesús determinarse, en vista de su muerte inminente, á mudar intencionadamente la comida con la cual quería cerrar la Pascua antigua é inaugurar la nueva. En estas hipótesis, no tenemos por qué ocuparnos de San Juan que no hace, durante su relato, una sola alusión á la comida pascual. Este silencio, por otra parte, no es más sorprendente que el que guarda sobre la institución de la Eucaristía.

Han supuesto, pues, varios autores que Jesús pudo celebrar legalmente la Pascua la tarde del 13 al 14, porque ya en aquella época había dos maneras de fijar el primer día de la luna. Los judíos rabinistas ó tradicionales, como se les llamaba, determinaban, en efecto, la nueva luna según el cálculo astronómico, mientras que los judíos karaitas ó escriturarios admitían por regla la observación empírica de las fases del planeta ⁽¹⁾. Ahora bien, no era raro que, por razón de un tiempo lluvioso, su cuarto creciente y casi invisible escapase al ojo de los testigos que lo buscaban en el cielo, mientras que no podían engañar los rigurosos cálculos de los sabios, acostumbrados á determinar matemáticamente su aparición, según sus tablas. Resultaba, pues, siempre posible una divergencia en la fijación de la Pascua, porque había riesgo de no darse cuenta sino al día siguiente del creciente de la luna que había aparecido, sin embargo, el día anterior. Si estas dos suputaciones, no concordaron este año, puede creerse que Jesús escogió la de los rabinos, que era la más exacta ⁽²⁾. En este caso,

(1) V. Iken, *Dissert. philologico-theolog.*, vol. II, p. 337 y siguiente, disertación, 9, 10, 11; Burman, *Harm. Ev. in Matth.*, cap. XXI.

(2) V. Michaelis, sobre *Juan XIII*.

habría celebrado la Pascua el jueves con los judíos tradicionales, dejando á los escriturarios, que eran los más numerosos, celebrarla solemnemente el viernes. Esta ingeniosísima solución satisfaría cumplidamente, si Maimónides, que nos da á conocer este doble modo de observación, no dijese que no empezó sino después de la ruina del Templo y la disolución del Sanedrín.

Con más acierto, imaginaron otros exégetas que, no pudiendo inmolar los sacerdotes, en tres horas de tiempo, los doscientos cincuenta mil corderos ⁽¹⁾ necesarios á las familias reunidas para comer la Pascua, se autorizaba, con objeto de evitar la acumulación en el Templo, á los judíos venidos de fuera, á comer su cordero pascual el 13, mientras que los de Jerusalén lo comían el 14. Si al emitir Ebrard esta ingeniosa hipótesis hubiera podido apoyarla en algunas pruebas, habría cerrado indudablemente el debate ⁽²⁾; porque ésta, á lo menos, lo explica todo. De las dos tardes, efectivamente, en que podía celebrarse la comida simbólica, Jesús escogió la primera, como todos los galileos; los príncipes de los sacerdotes y sus satélites se reservaron la segunda. Era privilegio de los habitantes de la Ciudad Santa permanecer en la legalidad absoluta, y no renunciaban á él.

Varios, finalmente—y esta explicación no parece la menos satisfactoria,—han observado que, siendo de un rigor extremo las prescripciones sabáticas, sobre todo después de las innovaciones farisaicas, era materialmente imposible celebrar sin intervalo una gran solemnidad y un sábado. Esto hubiera sido exponerse á graves incomodidades y á las más penosas privaciones. Por eso se había introducido —y se asegura que esto se practica aún entre los judíos,—que, si el primer día de los ázimos caía en viernes, se

(1) Según Josefo (*B. J.*, VI, 9, 3), la cifra exacta dada por los sacerdotes á Cestio, que quiso saberla, era 256,500.

(2) Ebrard, que en la primera edición de su libro *Kritik der evang. Geschichte*, había propuesto esta solución, la sacrifica en la segunda, § 92, por falta de pruebas para sostenerla y porque el *πρώτη τῶν ἀζύμων* (*Mat.*, XXVI, 17, etc.) le pareció no poder entenderse del 13 de Nisán.

difería para el sábado con objeto de evitar cuarenta y ocho horas de reposo absoluto. Tal habría sido el caso del año en que murió Jesús. Y aun quizás quiso denunciar San Lucas la violencia hecha por los fariseos á la ley mosaica, cuando dijo: «Vino el día de los ázimos en que *era menester* matar la pascua.» Esta palabra parece, en efecto, suponer que no dejaba de existir la obligación, á pesar de la práctica contraria. No aceptando Jesús las exageraciones del partido farisaico en la observancia del descanso sabático, tampoco aceptaba la supresión ó el traslado del primer día de los ázimos, y fuera de los que seguían la nueva interpretación de la Ley, celebró la Pascua el día en que caía realmente. De aquí toda la divergencia aparente de los relatos evangélicos. Jesús comió el cordero pascual el día catorce; los demás lo comieron el quince, para confundir en una sola fiesta el primer día de los ázimos y el sábado semanal.

Fuera de estas diversas hipótesis, no queda más que una solución de la dificultad, y es la de reconocer sencillamente que Jesús comió, no la Pascua real, la comida legal, que sólo podía tener lugar al día siguiente, sino una pascua de intención ó de institución. Quiriendo ser inmolado al mismo tiempo que el cordero pascual, resolvió anticipar el festín conmemorativo de lo pasado é inaugurar el banquete de lo por venir. Por los ritos mosaicos que siguió, la comida fué, ciertamente, la Pascua antigua, pero se convirtió también en Pascua nueva por el sacramento instituido. En esta explicación, los Apóstoles pensaron prepararlo todo para el viernes 14 de Nisán, hacia la hora en que empezaría *el primer día de los ázimos*. Mas Jesús declara súbitamente que la fiesta será para la tarde misma del jueves. *Su tiempo está cerca. Hace* al instante lo que harán los demás al día siguiente. Si alguien se escandaliza, los sucesos demostrarán que no hay por qué escandalizarse. Si el cordero no puede ser inmolado en el Templo por los sacerdotes que han excomulgado al Maestro y á los discípulos, se volverá á la práctica de los antiguos, y

Pedro, delegado por Jesús, lo inmolará por sí mismo en casa del huésped que los recibe. Por lo demás, ¿qué era el cordero simbólico en el festín en que se entregó á sí mismo el Cordero verdadero?

Pudieron, pues, juzgar los Sinópticos que la última comida del Señor había sido para ellos la verdadera comida pascual. Es esta una apreciación que San Juan se guarda de contradecir, mientras precisa, lo cual nada tiene de inútil, que, cuando murió Jesús, los judíos no habían comido aún la Pascua.

Sea cual fuere la suposición que se adopte de estas últimas, que, en realidad, son bastante naturales, se llega siempre á este resultado, hoy generalmente admitido, estos es, que después de haber hecho Jesús su última comida con sus discípulos el 13 por la tarde, fué crucificado el 14, en la misma hora en que se inmolaba el cordero pascual. Con razón, pues, el Apóstol, después de haber designado la noche de la institución eucarística, no como la de la comida pascual, sino como la de la traición de Judas, pudo decir de Jesús muriendo al día siguiente: «Él fué la pascua inmolada por nosotros.» Sin duda, podía llamar á Jesús nuestra pascua, en razón de su papel propiciatorio, y sin alusión necesaria al día y á la hora de su muerte. Pero el argumento que saca de los panes ázimos se convierte á la vez en concluyente en favor de San Juan. El uso exclusivo de los ázimos empezaba, en efecto, el 14 por la tarde, en seguida de inmolado el cordero pascual. De morir Jesús el 15, no existiría la relación á que se refería el Apóstol.

Así que estuvo todo preparado en Jerusalén, el Señor se despidió de sus amigos de Betania. Tal vez su palabra particularmente triste y afectuosa, les permitió entrever que era para no volver de nuevo.

El sol descendía sensiblemente. La pequeña comitiva se dirigió hacia la Ciudad Santa sin sospechar la ruda tempestad que allí le aguardaba.

CAPÍTULO III

La última cena y sus primeros incidentes hasta la salida del traidor

Cómo comían los judíos el cordero pascual.—Primeras palabras de Jesús.—Al bendecir la primera copa anuncia que su fin no está lejos.—Disputa de los discípulos con motivo de la precedencia.—Levántase el Maestro para lavar los pies.—Primeras insinuaciones contra el traidor.—Por qué quiere Jesús hacer ver que le conoce y no quiere nombrarle.—Impaciencia de Pedro y pregunta de Juan.—Judas se ve desenmascarado y abandona la sala. (*Luc.*, XXII, 14-39; *Juan*, XIII, 1-30; *Mat.*, XXVI, 20-25; *Marc*, XIV, 17-21)⁽¹⁾.

Ora hubiese sido autorizado Jesús por un uso admitido, ora se hubiese autorizado á sí mismo para adelantar un día la comida pascual, consideramos, pues, como incontestable que entendió comer el jueves por la tarde, vigilia de la verdadera fiesta de la Pascua⁽²⁾, aquella tradicional comida.

No carece de interés la lectura del Talmud sobre los ritos que debían observarse en ella con toda fidelidad. Este conocimiento de las costumbres judías⁽³⁾ ayudará al lector á entender los relatos que siguen.

Cada familia debía reunirse por grupos de diez personas á lo menos, y de veinte á lo más. Dispuesta la mesa, ocupaban todos su puesto alrededor de ella. En Egipto,

(1) Por una coincidencia que muestra, una vez más, la sinceridad de nuestros Evangelistas, San Juan y San Lucas se dan aquí la mano como por casualidad, de modo que sus dos relatos (*Luc.*, XXII, 24-30; *Juan*, XIII 1-20), deben unirse en uno solo si quiere encontrarse en ellos su sentido y su encadenamiento natural.

(2) *Juan*, XIII, 1, es explícito: *Πρὸ τῆς ἑορτῆς*. Jesús adelanta la fiesta, pretendiendo demostrar así á los suyos toda su ternura.

(3) V. Green, *The Hebr. Feast.*, 1886; Kaiser, *O. T. Theol.*, 1894; Stanley, *Hist. of the Jewish Church*, vol. I, y Schurer, *Über, φαγεῖν τὸ πάσχα*, Geissen, 1883.

los hebreos habían comido de pie el cordero pascual, pues entonces les convenía la actitud de siervos y de esclavos. Más tarde empezaron á comer recostados, como hombres libres y aun como reyes, según la expresión de los rabinos (1). El convite pascual, por otra parte, había tomado, con el tiempo, proporciones más considerables que en el principio, y hubiera sido difícil mantenerse de pie durante todo él. Instalábanse los convidados en lechos de poca altura, hasta cuatro ó cinco por diván, teniendo apoyado el brazo izquierdo sobre un almohadón, el brazo derecho libre (2) y los pies hacía atrás, de modo que casi tocaban en tierra. Las mujeres admitidas al banquete se mantenían sencillamente sentadas, así por modestia, como para indicar su inferioridad ante el hombre á quien solamente pertenecía el derecho de estar recostado. No vemos que se hallase ninguna en la última Cena de Jesús. Si la reunión era numerosa, acercábanse tres lechos, de modo que formasen tres lados de un cuadrado; preparábase la mesa en el espacio que quedaba en medio y contorneaba los lechos, presentando una gran escotadura por donde se hacía el servicio. De los tres divanes que formaban por su reunión el *triclinio*, el más honroso era el del medio; y en cada uno de ellos, el lugar más solicitado era aquel en que se podía descansar el brazo izquierdo en la balaustrada que, después de haber rodeado el lecho, se levantaba un poco en este paraje. Los demás convidados debían apoyarse solamente en las almohadas, lo cual era menos cómodo (3).

(1) Maimónides, *Pesach*, X, 1.

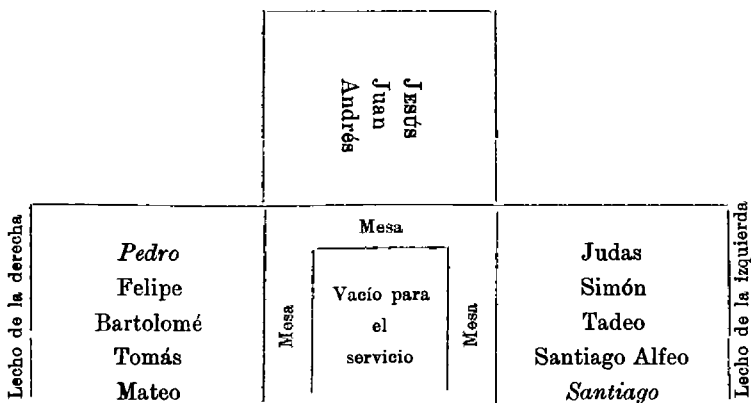
(2) Cuando se dice que San Juan descansaba sobre el pecho del Señor, en la última cena, debe entenderse que ocupaba el almohadón más cercano á Jesús.

(3) Esto nos explicará al punto cómo pudo San Pedro, aun guardando su sitio privilegiado entre los Apóstoles, encontrarse bastante lejos del Maestro para verse obligado á recurrir á San Juan, cuando quiso saber el nombre del traidor, y cómo Judas, al contrario, se encontró bastante cerca de Jesús para recibir de Él directamente el pedazo de pan que le designó como el criminal de que se trataba. Jesús debía presidir el lecho del medio y, por consiguiente, estar recostado en el lugar de la izquierda. Pedro, á quien tocaba el segundo sitio, presidía tal vez el lecho de la derecha del Señor, y se encontraba así en la unión de ambos. Santiago debía sin duda presidir el tercero, tocando así á Juan el cuarto sitio de honor, inmediatamente á la de-

Instalados todos conforme á reglas de precedencia exactamente observadas, se vertía la primera copa de vino. Levantándose entonces el jefe de la familia, pronunciaba solemnemente la primera bendición: «Este día—decía—recuerda nuestra liberación. Es el recuerdo de nuestra salida de Egipto. ¡Bendito sea el Señor, el Eterno, que ha creado el fruto de la vid!» Y después de beber en la copa, la pasaba á los convidados, que sucesivamente bebían como él.

En este momento, llevaban á la sala una jofaina con agua para las purificaciones acostumbradas, y todos se lavaban las manos. En seguida se servían las hierbas amargas ⁽¹⁾, destinadas á recordar el alimento de Egipto, y parte de ellas eran comidas con la salsa llamada *charoseth* ⁽²⁾, que tenía también una significación simbólica, ó sin ella. Consistía, según unos, en una mezcla de agua y vinagre; según otros, en una preparación muy picante de vinagre,

recha del Maestro. En cuanto á Judas, se encontraba el último ó el penúltimo, en el lecho presidido por Santiago. He aquí la disposición tal cual podemos imaginárnosla:



Por singular distribución, se encontraba así el Señor entre «el discípulo á quien amaba» y «Judas, que iba á entregarle».

(1) Lechuga, rábano silvestre, achicoria, perejil, berro, etc.

(2) De este condimento se trata probablemente en *Juan*, XIII, 26 y *Mat.*, XXVI, 23. No hablan de él los libros de Moisés, mas no era por eso menos indispensable á la comida pascual.

higos, dátiles y almendras ⁽¹⁾. Decíase que este plato, que venía á ser una especie de cocido bastante consistente, recordaba, por su color, la arcilla que en otro tiempo habían amasado fatigosamente, para edificar las ciudades de los faraones sus opresores. Circulaba en seguida el pan sin levadura. Podía ser éste de trigo, espelta, cebada, avena, centeno; nunca, empero, de arroz ó de maíz ⁽²⁾. Confeccionábase de ordinario con la flor de trigo en agua muy limpia y en vasos cuidadosamente purificados, sin darle tiempo de fermentar. Era de forma redonda y muy aplanada. Tenía el sabor de nuestros bizcochos modernos, y recordaba el pan de la aflicción comido en Egipto, á la hora de la precipitada fuga hacia el mar Rojo.

Presentábase, finalmente, el cordero pascual y dejábasele en medio de la mesa, delante del jefe de la familia. Inmolado ordinariamente en el Templo, según los ritos conmemorativos de lo pasado, era servido entero, con cabeza, patas é intestinos; éstos se hallaban ligados en los costados mientras se le asaba, y el cordero, según una expresión rabínica, tomaba así el aire de un soldado armado de pies á cabeza. Servíanse, para colocarlo en el fuego, de un asador de madera de granado, el cual, adicionado con una pequeña traviesa, tenía exacta forma de cruz. San Justino ⁽³⁾ encontró en esto otra semejanza entre el cordero simbólico y el Cordero verdadero, Jesucristo.

Por segunda vez se derramaba vino en la copa, y, según el precepto de Moisés ⁽⁴⁾, el hijo pedía al padre que le explicase la significación de la fiesta. Entonces el jefe de familia contaba minuciosamente lo que habían sufrido sus padres en Egipto, cómo habían sido arrancados de la servidumbre, y entonaba el *Hallel*, que empezaba á cantar la reunión entera desde el salmo: «Alabad, niños, al Señor,

(1) En Jerusalén y en Napluse vimos preparar un plato análogo. Nos pareció poco apetitoso, pero los orientales lo encuentran exquisito.

(2) *Pesachim*, II, 5.

(3) Digna es de tenerse en cuenta esta observación que proviene de un sabio originario de Samaria. (*Dial.*, c. *Tryph.*, c. XL).

(4) *Exodo*, XII, 26.

alabad el nombre del Señor ⁽¹⁾,» hasta el fin del ditirambo, en que se celebra la salida de Egipto y la liberación de la casa de Jacob de las manos de un pueblo bárbaro.

Después de esto, el cordero pascual era despedazado y comido. Todavía circulaba una tercera copa, y poco después la cuarta. Cantábanse cuatro salmos ⁽²⁾; los dos primeros expresaban sentimientos más personales de confianza y de reconocimiento hacia Jehová, mientras que los otros dos entraban en el tono entusiasta de la fiesta. Entonces se derramaba la quinta copa de vino, y todo terminaba gozosamente con los cánticos que parecen haber constituido más especialmente el gran *Hallel* ⁽³⁾.

No esperemos encontrar todos los detalles del rito mosaico exactamente realizados en los relatos siguientes. Los Evangelistas se propusieron consignar el aspecto cristiano de la última Cena, y no el judío. Si dejaron bastantes indicaciones para demostrar que el Salvador permaneció, hasta el fin, sometido á la Ley, les dan muy poca importancia, para hacernos entender que, mientras celebraba la Pascua judía, quería cerrarla para siempre é inaugurar la Pascua cristiana. Desde entonces la ceremonia mosaica desaparece en su relato, como desaparece el fondo en un cuadro, y sólo el festín eucarístico absorbe todos los rayos luminosos.

En cuanto hubo entrado en la espaciosa y hermosa sala dispuesta para la fiesta, Jesús, al impulso de una emoción profunda, empezó á desahogar su alma con sus afectos, sus sentimientos y sus deseos. San Lucas que, sin embargo, no conserva un orden cronológico irreprochable en esta parte de su narración ⁽⁴⁾, concuerda con San Juan para señalar explícitamente lo que los otros dos evange-

(1) *Salmo*, CXII.

(2) *Salmos* CXIV, CXV, CXVI, CXVII.

(3) *Salmos* CXXXIV y CXXXV.

(4) Es preciso invertir algo el texto de San Lucas y adaptar al orden siempre irreprochable de San Juan los fragmentos mal clasificados. Pero, como vamos á ver, se llega á ello sin demasiada dificultad y estableciendo un orden tan natural como lógico.

listas conservaron sólo como matices. «Antes del día de la fiesta de la Pascua ⁽¹⁾—dice el discípulo amado—sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin ⁽²⁾.» Prueba elocuente de ello debían ser los diversos incidentes del festín, la institución del gran Sacramento, sus discursos y finalmente su muerte. Luego, acercándose á la mesa, añadió según San Lucas: «¡Con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca ⁽³⁾!» Estas afectuosas palabras rebosaban profundísima tristeza. No se habla de morir sin que la naturaleza se yerga y se estremezca de horror. Sin embargo, declara Jesús que Él deseó vivamente la presente hora, por terrible que deba ser la que siga. Este convite de despedida le indica el próximo regreso á su Padre, el fin del destierro aquí bajo, el principio de la redención para la humanidad.

Y al mirar la mesa en donde se hallan los manjares del festín, dice con emoción creciente: «Os digo que no comeré más de la pascua, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.» Era, pues, preciso precindir de toda ilusión, porque tocaban ya al fin. Los Apóstoles, que nunca quisieron creer en una catástrofe, la verán realizada dentro de algunas horas. Para Jesús no habrá ya más banquetes en la tierra. Después de éste, irá á sentarse en el de la Pascua eterna en la gloria de su Padre.

Según el ceremonial ordinario, debía entonces servírsele

(1) Este es, parécenos, el sentido natural de sus palabras: *πρὸ τῆς ἑορτῆς τοῦ πάσχα.*

(2) Traducen mal la locución *εἰς τέλος* los que la toman como si significase hasta el término de su vida. Es evidente que no quiso decir el Evangelista que Jesús no cesó de amar á los suyos hasta el momento de su muerte. Debemos entender que se trata del fin ó de los últimos límites, no de la vida, sino del amor. Jesús agotó en esta última tarde de despedida cuanto es capaz de imaginar el afecto más tierno.

(3) Delante de Él tiene la comida pascual, *τοῦτο τὸ πάσχα.* Si le ha sido servida la vigilia del día señalado en la Ley, es porque ha querido comerla con los suyos antes de morir. Adelanta la hora porque mañana sería demasiado tarde.

una copa ⁽¹⁾ llena de vino para el eulogio solemne. Á Él le tocaba, por todos títulos, el papel de jefe de familia. Después de la bendición, habiendo humedecido sus labios en el cáliz, dijo: «Tomadlo y distribuidlo entre vosotros, porque os digo que no beberé más del fruto de vid ⁽²⁾, hasta que venga el reino de Dios.» Así precisa, cada vez más, la inminencia de su muerte. Esta es no sólo su última pascua, sino su última cena.

Empezó á circular la copa, tal vez sin seguir el orden ordinario de precedencia. Hubo antagonismos, reclamaciones, suscitándose al punto viva discusión. No era aquel ni el tiempo ni el lugar; pero ya se sabe la importancia que da la vanidad humana á tales cuestiones, y con qué ardor reivindica frecuentemente sus derechos menos probados.

En este momento ⁽³⁾, todos, antes de tomar en la mesa su lugar definitivo, debían ir á purificarse á un lebrillo común ⁽⁴⁾. Hemos dicho que toda familia judía guardaba severamente el orden de precedencia en la comida pascual. Aquí, tal vez, después de las irregularidades ya comprobadas en la distribución de la copa que preludió la comi-

(1) Esto parece decir la expresión *δεξιμέρος*. Esta copa ó cáliz, *Luc.*, XXII, 17, *ποτήριον* sin artículo, se distingue, en cuanto á importancia, del cáliz que consagró más tarde, vers. 20, *τοῦτο τὸ ποτήριον*.

(2) Encuétrase en esta expresión un recuerdo de la plegaria oficial que hemos oído más arriba de los labios del padre de familia. *Mat.*, XXVI, 29 y *Marc.*, XIV, 24, colocan estas palabras después de la comunión de los Apóstoles. ¿Tienen razón contra *Luc.*, XX, 18? No nos atreveríamos á decirlo, porque este menciona lo que descuidaron los otros dos: la primera bendición y distribución del vino que caracterizaba la apertura de la comida pascual. Esta vez Lucas parece más preciso.

(3) Es muy sorprendente que ciertos intérpretes hayan querido colocar el lavatorio de los pies en medio ó al fin de la comida. Esta práctica completamente inútil una vez empezada la comida, hubiera sido contra las leyes de la higiene. Tenía por objeto poner los pies en buenas condiciones cuando se iba á acostarse sobre los divanes, para no incomodar á los vecinos con el mal olor. Como purificación legal, esta práctica debía, preceder también á la comida. En cuanto á la expresión *δείπνον γενομένου*, puede significar muy bien *estando servida, estando dispuesta* la comida. V. *Tobías*, II, 1. La lección alejandrina *γινόμενον* zanja la dificultad, significando que la comida empezaba apenas.

(4) Este lebrillo es mencionado, *Juan*, XIII, 5, con el artículo, *τὸν νεπτῆρα*, para indicar que era obligatorio en todo departamento donde se daba una comida.

da, eran de temer desagradables disputas en cuanto á la colocación de cada uno. Jesús, piadoso y tierno, repitió á los Apóstoles las hermosas lecciones que en otro tiempo les había dirigido, pero de las que tan poco se habían aprovechado. «Los reyes de las gentes se enseñorean de ellas, y los que tienen poder sobre ellos son llamados bienhechores ⁽¹⁾.» Con frecuencia la lisonja y el temor llegan hasta alabar y agradecer á los tiranos por su despotismo. Tal es el exceso de la necedad humana que osa conceder á tan malvados príncipes el título de bienhechores, sin duda por el bien que hacen, no á sus pueblos, sino á sí mismos. «Mas vosotros no así—prosigue Jesús—antes el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor, y el que precede como el que sirve.» En la idea cristiana de la primacía, se es primero para dar, no para recibir. Crecer en la jerarquía de la Iglesia no es otra cosa que hacer más imperiosa la obligación de sacrificarse por mayor número. «Porque ¿cuál es el mayor, el que está sentado á la mesa ó el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado á la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros así como el que sirve ⁽²⁾.»

Y no bien hubo acabado de hablar, cuando se puso de pie, dispuesto, en un trasporte de humildad sublime, á juntar el ejemplo al precepto. Cuanto más conoedor era de que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que, venido de Dios, iba á volver á Él, tanto más se obligaba á dar á todos una lección memorable. En vano se conmueve su corazón al pensar que habrá de hacer al traidor mismo el más humillante de los oficios; con viveza se ha despojado de los vestidos exteriores que podían estorbarle, ha ceñido una toalla á sus lomos, y, transformado así en siervo, se dispone á lavar y enjugar

(1) Así uno de los Tolomeos había sido sobrellamado *Evergetes*, bienhechor. Filón da también á Caligula este título adulator: *σωτήρ καὶ εὐεργέτης*.

(2) *Luc.*, XXII, 27, no parece sospechar el acto preciso á que aluden estas palabras del Señor. Nada dice, en efecto, del lavatorio de los pies, contado únicamente por *Juan*, XIII, 4, y sig. Los documentos de que se sirvió no mencionaban este incidente. La armonía entre los dos Evangelistas, á través de la comprobada laguna, resulta mucho más notable.

los pies de los discípulos que le miraban estupefactos. Al trazarnos San Juan esta incomparable escena, parece hallarse todavía bajo la impresión profunda que le había producido.

Habiendo derramado agua en el lebrillo, empezó Jesús á cumplir su humilde ministerio. Iba de uno á otro, y todos sorprendidos, embarazados, le dejaban hacer. Llegó á Pedro ⁽¹⁾, que interiormente se indignaba al ver á sus colegas aceptar de aquel modo los servicios del Maestro. «Señor—exclamó, viendo que Jesús, de rodillas, trataba de tomarle los pies con sus divinas manos—¿tú me lavas á mí los pies?» Y Jesús con exquisita dulzura: «Lo que yo hago—le contestó—no lo sabes tú ahora, mas lo sabrás después.» Pide obediencia por de pronto, luego promete explicaciones. Pedro, empero, no ve, no oye más que una cosa; á su Maestro que quiere hacerse su criado y, con mayor energía aún, da un grito en el que se comprende el movimiento de un hombre que pretende con viveza libertar sus pies, ya tomados por Jesús: «¡No me lavarás los pies jamás!» Y el Señor, con el acento de la bondad que admira tanta obstinación, y se pregunta si tendrá absolutamente que pasar adelante, replica: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.» La amenaza era perentoria. Pedro, sin comprender todo su alcance, se dice que resistir por más tiempo equivale, á romper con el Señor. Esto basta para cambiar su determinación, y, sin esperar otro argumento, con el ardor de aquella naturaleza que ya le conocemos y que, con gran presteza, pasa de un extremo á otro, «¡Oh, Señor!—exclama—no solamente mis pies, mas las manos también y la cabeza.» Y Jesús, siempre grave y bueno, le contesta: «El que está lavado no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio ⁽²⁾.»

(1) No parece que Jesús empezase por Pedro. El vers. 5 indica el principio, como el vers. 12 el fin del lavatorio de los pies. El incidente de Pedro no se produjo al principio. El Apóstol contemplaba la acción desde hacia algunos momentos. De aquí su exclamación indignada, y el *pues, óv*, significativo del narrador.

(2) Es probable que los discípulos, para prepararse mejor á la fiesta pas-

Al punto, en una gradación rápida, pasa su pensamiento desde el acto de humildad por el cual lava los pies á sus discípulos, al acto de expiación suprema y de abnegación terrible por el cual rescatará sus almas al día siguiente ⁽¹⁾. La gracia omnipotente de su redención las penetra ya de antemano y las santifica. El que purifica sus pies en el agua lustral se complace en purificar antes todo su ser, con los méritos de su próxima inmolación. «¡Vosotros limpios estáis!»—exclama en el sentido más elevado de la palabra; y luego, como si una impresión dolorosa le despertase á la realidad, ó como si su mirada se hubiese detenido instintivamente en Judas, añade con tristeza: «¡Mas no todos estáis limpios!» Por de pronto no va más lejos la alusión al traidor. Jesús le cubre todavía con una bondad tanto más misericordiosa, cuanto al lavarle los pies, ha visto la impotencia de su gracia ante un corazón tan malvado.

Habiendo vuelto á tomar en seguida los vestidos de que se había despojado, púsose á la mesa para empezar la comida. Instaláronse también los discípulos en sus divanes, sin atreverse esta vez á suscitar una nueva disputa. La lección tan heroicamente dada los había conmovido vivamente. Para asegurar mejor el fruto de ella, añade Jesús: «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, por que lo soy. Pues si yo el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos á los otros ⁽²⁾. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagáis. En verdad, en verdad

cual, se hubiesen bañado ya aquel día. La sola parte de su cuerpo que pudo ensuciarse al salir del baño, y sobre todo durante el camino, eran los pies.

(1) Puede decirse que uno de los caracteres de los discursos de Jesús, en San Juan, es el de que, empezando por una conversación sencilla y familiar, se elevan súbitamente á las esferas más altas de lo sobrenatural. El Maestro se complace en proseguirlas con su doble sentido trascendental y familiar, sin que su pensamiento pierda jamás nada de su limpidez.

(2) Jesús no instituye aquí un sacramento. Da un ejemplo, *ὑπόδειγμα*, de humanidad y de caridad que debemos seguir. Por eso dice que hagamos no lo que Él ha hecho, sino *según, καθ' ὅς, lo ha hecho.*

os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado que aquel que le envió. Si esto sabéis, bienaventurados seréis si lo hicieris.» Una vez más oyen decir los discípulos que ser el primero en dignidad es ser el primero en el sacrificio. Si, pues, existe alguna primacía, debe hacerse olvidar por su generosidad en la abnegación. Jesús sólo es rey para sacrificar su vida á los intereses de su pueblo, de una manera absoluta en su inmolución, y de una manera relativa, mas también real, en la serie de los actos de caridad, de complacencia, de solicitud, mediante los cuales persigue, enseña, anima á los pecadores y los transforma.

Así lo harán los verdaderos discípulos. El precepto no puede ser para el malo que se prepara á matar al Maestro. Nadie es capaz de comprender los santos goces del sacrificio, cuando pisotea los derechos más elementales de la humanidad. «No hablo de todos vosotros—prosigue Jesús;—pues yo sé los que escogí.» Con su hipocresía, no ha conseguido Judas engañarle. El Maestro le ha visto encaminarse gradualmente hacia el abismo de malicia donde actualmente está hundido. Si por tanto tiempo le ha soportado á su lado, es porque convenía que, hasta en el Círculo Apostólico, estuviese representado el elemento malo del mundo. Parece que es ley, aun en las cosas divinas, admitir el mal al lado del bien, para hacer resaltar mejor éste, y mostrar así el poder de aquél sobre la naturaleza rebelde á la acción de la gracia. Por lo demás, dicho estaba que el corazón de Jesús conocería todos los dolores. La ingratitud impudente del traidor soportada hasta el fin, no debía ser la menos amarga. Así iba á expiar la víctima, recibéndolos de rechazo, todos los malos afectos de nuestros criminales corazones. «Sí—añade Jesús,—para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo levantará contra mí su calcañar.» Efectivamente, á Él, el Justo afligido, y no á David, se refieren directamente estas palabras del Salmista ⁽¹⁾; y su adaptación es perfecta,

(1) *Salmo XL, 10*, donde el justo afligido cita, entre sus pruebas, la traición de un amigo. Históricamente se trata de David. El rey, en efecto, pide per-

porque se encuentran en la mesa, y Judas come el pan de Aquel á quien traiciona.

Esta comparación del pérfido con la bestia que, á traición, pega su coza al dueño, ocupado en darle el pienso, estaba felizmente escogida para humillar el orgullo del traidor, á riesgo de avivar su odio reconcentrado y terrible. Jesús no usa ya de miramientos; quiere desenmascararle. Prevista y predicha, la traición del discípulo perverso fortificará la fe de los que han permanecido fieles. Aparentar que no la ha sospechado, sería autorizar la creencia de que ha caído al golpe de una conspiración imprevista. Quiere dejar sentado á los ojos de todos que, víctima voluntaria hasta la hora postrera, permanecía, aun traicionado y crucificado, más fuerte que sus opresores. «Desde ahora os lo digo antes que sea, para que cuando fuere hecho, creáis que yo soy.»

Al mismo tiempo, para turbar con un último remordimiento el alma del miserable, lleva la conversación á la dichosa suerte de sus verdaderos amigos. «Vosotros sois—dice—los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones; y por esto dispongo yo del reino para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí.» Por de pronto, lo tendrán en la tierra donde serán los representantes de Dios mismo. En efecto, «el que recibe al que yo enviare, á mí me recibe; y quien me recibe á mí recibe á aquel que me envió ⁽²⁾.» También ejercerán la realeza en el cielo: «Comeréis y beberéis á mi mesa en mi reino, y os sentaréis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.» En cuanto á Judas, el ambicioso, el egoísta, el traidor, nada de esto tendrá, porque no ha sabido esperarle en la fidelidad paciente y la fe generosa. El que desciende á

dón á Dios de su pecado, vers. 5, y clama por el socorro de lo alto contra sus enemigos. Sin embargo, el ideal mesiánico, en el que se reúnen los dolores del justo que sufre, se ha realizado en Jesús.

(1) Este versículo que, en *San Juan*, XIII, 20, no tiene relación alguna con el que le precede, debe introducirse en el texto de *Lucas*, XXII, 29, en donde encuentra un lugar naturalísimo, precisamente porque los relatos de los dos Evangelistas requieren ser refundidos aquí en uno solo.

los caminos del crimen está seguro de no encontrar en ellos sino la vergüenza y el dolor. Mientras que los demás Apóstoles continuarán siendo en la tierra y en el cielo los representantes autorizados y honrados del Maestro, Judas vivirá en eterno remordimiento por haber sido su asesino.

La hipocresía, bien calculada, presta á los malos frente de bronce, y los golpes más directos parece dejarlos insensibles. Ante todas estas alusiones, el apóstol infiel ponía tan buena cara, que nadie había entrado en sospechas de él. Y afortunadamente, porque la justa indignación de todos le habría jugado una mala partida, eutorpeciendo así la realización del plan providencial. Sin embargo, á partir de este momento, vemos en el relato evangélico que la presencia del miserable pesa, cada vez más, en el corazón del Señor, y le conturba. Ya no hay tiempo sino de llegar á los medios decisivos, á fin de desembarazarse de él, si sólo quiere tener alrededor de sí amigos fieles en la hora de su última despedida. Y, en efecto, multiplicará Jesús las insinuaciones siempre vivas y transparentes, hasta que, denunciándose á sí mismo el traidor, se determine á abandonar bruscamente la reunión ⁽¹⁾.

«En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará.» Esta declaración, categóricamente formulada, los asustó y llenó de tristeza. No siendo designado nadie nominalmente, todos quedaban acusados. Empezaron á mirarse unos á otros como si, por ser los ojos el espejo del alma, quisiesen dar por probada su inocencia, en tanto que pretendían descubrir al verdadero culpable. Luego, sintiéndose fuertes con el buen testimonio de su conciencia, y deseosos de llegar á la verdad por el camino de la exclusión, cada uno de ellos ⁽²⁾ comenzó á decir: «¿Por ventura

(1) No nombrarle, para dejar que se cumpliesen los designios providenciales, y al mismo tiempo, demostrar que le conocía para comprobar que no era su ciega víctima, tal parece haber sido, en efecto, la doble intención de Jesús. Con ponerla cuidadosamente de realce, se ha hecho mucho para conciliar aquí las divergencias aparentes de los Sinópticos y de San Juan.

(2) A excepción de Judas que dirigirá la pregunta un poco más tarde, por

soy yo, Señor?» Jesús se contentó con responder: «Uno de los doce, que mete conmigo la mano en el plato, éste es el que me entregará (1).» Estas palabras no precisaban cosa alguna, porque eran sólo una variante de las del Salmista, ya invocadas, para decir que el traidor era uno de los convidados. Así lo entendieron los Apóstoles, y la impaciencia se apoderó de los más adictos, porque la nueva afirmación del Salvador había hecho más angustiosa la situación.

San Juan nos ha conservado un relato personalísimo que responde admirablemente á esta disposición de los espíritus. «Uno de los discípulos, dice—y habla de sí mismo (2)—estaba recostado sobre el seno de Jesús.» El Maestro le honraba con un afecto particularísimo. Pedro, hallándose demasiado lejos para obtener directamente la confianza que anhelaba, hizo seña á este discípulo para que preguntase, con mayor discreción que pudiera hacerlo él mismo, de cuál de los Doce se trataba. Pedro y Juan, el uno la cabeza y el otro el corazón del Colegio Apostólico, privilegiados ambos, aquél por la dignidad recibida, éste por el afecto de que participaba, vivían (3) en relaciones de intimidad bastante grandes para comprenderse con un sencillo gesto.

Incorporándose al punto en su diván, el discípulo amado más que en *Mat.*, XXVI, 25, parece dirigirla en este momento. Este Evangelista cuenta en conjunto lo que Juan ha detallado, dramatizándolo con una viveza de colorido que revela al testigo inmediato, y todavía conmovido por tales sucesos.

(1) Sin razón se ha creído que hay aquí una indicación precisa, y que Judas ponía la mano en el plato en el mismo momento de hablar así Jesús. Al designarlo con tanta claridad, ¿cómo hubiera podido evitar el Señor que estallase al punto la indignación de todos? Además, hubiera sido superflua la pregunta subsiguiente de Judas: «¿Soy yo?»

(2) Este detalle comparado con *Juan*, XXI, 21, sirve para levantar el velo del anónimo de que se cubre, en todo su Evangelio, el discípulo amado de Jesús. Aquel, en efecto, á quien querrá seguir Pedro, y á quien Jesús condenará á *quedarse hasta su regreso*, es el mismo que *descansa aquí en el pecho del Maestro*. Ahora bien, el que deberá *quedarse* no puede ser ni Pedro, ni Tomás, ni Natanael, porque su característica es no ser nunca nombrado. Es precisamente uno de aquellos dos hijos de Zebedeo, mencionados los últimos, justamente porque el Evangelista es uno de ellos. Habiendo muerto Santiago temprano, sólo á Juan pueden aplicarse las promesas de larga vida del vers. 22.

(3) *Juan*, XX, 2; XXI, 7; *Luc.*, V, 10; XXII, 8; *Hechos*, III, 4; VIII, 14.

do echó amigablemente su cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en el pecho de Jesús, y, en voz baja, mientras que los demás cambiaban sus impresiones, preguntó quién era el traidor. Jesús consintió en decírselo, pero con una precaución que impidió llegase á conocimiento del fogoso San Pedro. «Aquel es á quien yo le diere el pan mojado.» ¿Era este el momento de la comida en que el jefe de familia, arrollando en el pan ázimo algunas hierbas amargas, las mojaba en el *charoseth* y las distribuía sucesivamente á los convidados? Es posible; pero, siendo costumbre en Oriente que, de vez en cuando, durante la comida, el dueño de la casa ofrezca un pedazo de pan mojado ó de carne á sus huéspedes para atestiguarles su afecto ⁽¹⁾, puede también suponerse que Jesús eligió esta señal para dar la última llamada al corazón del traidor, y por cuanto no fué escuchado tal llamamiento, triunfó el demonio definitivamente. Juan comprendió la indicación; mas viendo que el Maestro no quería pronunciar el nombre del culpable, juzgó que también él debía guardarlo. La afrentosa revelación affigió su alma, y se encerró en muda tristeza. Por eso quedó Pedro tan perplejo como antes.

En cuanto al traidor, vecino inmediato, ó á lo menos muy cercano, á Jesús, puesto que podía recibir de su mano un pedazo de pan mojado, había oído probablemente su contestación á la pregunta de Juan. Menos atento que los otros á emitir sospechas ó atestiguar su sorpresa, vigilaba más que nadie los actos y las palabras del Señor. Viéndose descubierto, no le quedaba otro recurso que arrojarse de rodillas ó emprender la fuga. El pedazo de pan que acababa de recibir probaba que Jesús le amaba todavía, que no había roto con él toda comunicación y que siempre continuaba siendo posible el perdón. Sólo que, para merecerlo, era preciso mucho esfuerzo y un alma grande; y el miserable no tenía sino una gran perversidad. Desoyó el

(1) Ya hemos indicado más arriba estas atenciones, de gusto completamente oriental, que mueven al dueño de la casa á amasar en el hueco de sus manos un bocado que alarga luego á uno de sus convidados para honrarle.

grito de la conciencia, y el violento esfuerzo que hizo para resistir á las inspiraciones de la gracia acabó de abrir su corazón á las últimas influencias del mal. Esto es probablemente lo que hace decir á San Juan que, después de haber tomado el pedazo de pan, Judas quedó convertido en posesión del demonio. La turbación de su alma se reveló hasta en lo exterior. Su actitud se hizo detestable, y Jesús, no conteniendo ya su indignación, le arrojó bruscamente estas palabras, continuación de un diálogo mudo establecido, hacía un momento, entre la víctima y el verdugo: «Lo que haces, hazlo presto.» Como los demás no estaban al corriente de todo lo que había precedido, y Judas, con su hipocresía, había engañado siempre á todos, no entendieron el sentido. Según ellos, el Maestro acababa de mandar al intendente ordinario del grupo apostólico, el cual, por consiguiente, tenía la bolsa común, que se procurase lo necesario para la fiesta del día siguiente, ó también que distribuyese á los pobres las limosnas de costumbre. Judas, empero, no se forjó ilusiones; presintió que la tempestad estaba próxima á estallar, é incapaz de resistir por más tiempo la mirada que le hería, se dispuso á salir. Jesús, en efecto, había tomado un acento solemne y profético: «El Hijo del hombre va ciertamente, como está escrito de El; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! Mas le valiera á aquel hombre no haber nacido.» Al mismo tiempo, Judas se había levantado, y arrojando entonces audazmente la máscara: «¡Soy yo por ventura, Maestro?»—dijo interpelando á Jesús.—Éste le respondió: «Si, tú lo has dicho, eres tú.» Y en medio del espanto universal, en el silencio que sigue al trueno, antes de que llegase á estallar la justa cólera de los más ardientes, el traidor abandonó el local ⁽¹⁾.

(1) La expresión de San Juan, *εὐθὺς ἐξῆλθεν*, ó bien *εὐθὺς*, según otra versión, indica claramente lo precipitada que fué esta salida. Como se ve, sobre esta base hemos fundado la presente disposición de los diversos incidentes que llenaron el principio de la comida. Con esto creemos haber suprimido las divergencias más embarazosas. Muy cierto es que, según varios Padres de la Iglesia, Judas debió participar de la sagrada comunión. Al opinar así, han

Era de noche.

Esta sencilla palabra de San Juan da la última pincelada á la terrible escena. Las tinieblas, tristes y frías, han descendido sobre las almas como sobre el recinto de la ciudad.

seguido la indicación aparente de *Luc.*, XXII, 19-23; pero *Marc.*, XIV, 18-22, y sobre todo *Mat.*, XXVI, 21-26, demuestran claramente una vez más que, en la historia de esta noche, el tercer Sinóptico no guarda un orden exacto. ¿Es posible que habiendo respondido Jesús á Judas: «Sí, tú eres el traidor», hubiese éste permanecido en la mesa y comulgado con los demás? No, seguramente. Además, desde la más remota antigüedad, desde el autor de las *Constituciones Apostólicas* hasta San Hilario, numerosos Doctores y no de los menos autorizados, inspirándose en una exégesis más razonada, han juzgado que la Sagrada Eucaristía fué instituida después de salir Judas. Unas son las miras de un orador que habla y quiere impresionar á su auditorio, y otras las de un exégeta que ha de armonizar cuatro narraciones independientes una de otra. Añadamos que, además de este argumento crítico y por sí mismo decisivo que excluye á Judas de la participación de la Eucaristía, hay otros argumentos morales de la mayor gravedad. Parece, en efecto, difícil de admitir que Jesús hubiese permitido al odio hipócrita, llegar á recibir, de sus propias manos, el Sacramento de su amor, distribuido por vez primera. ¿Pudo tan angusta institución ser mancillada por tan indigno sacrilegio? El que no quiso empezar sus discursos de despedida y expansionar su alma en el corazón de sus discípulos antes que Judas hubiese salido, ¿pudo resolverse á dar al traidor su cuerpo y su sangre como prendas de una redención de la cual no debía participar y de una ternura que su mal corazón era incapaz de comprender? No es probable; é indicando Jesús á los Apóstoles (*Mat.*, XXVI, 29) que no beberá más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo *con ellos* en el reino de su Padre, indica que sólo encuentra *elegidos* á su alrededor, y da á entender que había salido Judas, porque el malvado no debía tener parte en el banquete eterno.

CAPÍTULO IV

Continuación de la Cena y conversaciones diversas

Echa Jesús una mirada á su carrera mesiánica que va á terminar.—Cuando no esté ya en el mundo, toda la fuerza de la Iglesia se encontrará en el nuevo precepto que le impone.—Señor, ¿dónde vais?—Los Apóstoles le abandonarán.—Profetiza Jesús la caída de Pedro.—Dos espadas, es más de lo que se necesita. (*Juan*, XIII, 31-38; *Mat.*, XXVI, 31-35; *Marc.*, XIV, 27-31; *Luc.*, XXII, 31-38) (1).

La salida de Judas fué un consuelo para el Señor; no teniendo que tratar sino con amigos, su alma se expansionará libremente en lo sucesivo. Mientras que los discípulos terminan la comida pascual, por un momento interrumpida con el accidente del traidor, empieza Él, con la admirable serie de sus últimos discursos, su testamento espiritual en favor de la Iglesia. Si nada hay más conmovedor que las postreras palabras del hombre que va á morir, preciso es confesar que nada hay más divino que los últimos adioses de Jesús.

Como el trabajador, al fin de la jornada, contempla el resultado de sus fatigas, así el Señor, en el término de su carrera, abraza de una ojeada el conjunto de su vida. A ejemplo del Padre, que se complació en su obra la tarde de la creación, afirma también Él, después de su misión penosa é ingrata, que, siempre fiel, jamás ha conocido el

(1) Creemos deber clasificar los avisos dados á los Apóstoles y la predicción de la caída de Pedro antes de la institución de la Sagrada Eucaristía, con objeto de no dejar para el fin del banquete todas las conmovedoras recomendaciones del Señor. Cuanto más natural es suponer que alimentó sin cesar el festín con su divina palabra, tanto más difícil parece reservar todos sus discursos para el término del banquete. Por lo demás, colocar la institución de la Sagrada Eucaristía inmediatamente después de la salida del traidor, sería introducirla *exabrupto* y sin preparación.

desaliento. «He aquí—exclama,—que ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en Él. Mas si Dios es glorificado en Él, Dios también lo glorificará á Él en sí mismo, y luego le glorificará.» Una vida llena de virtudes, de la cual todos debieron dar testimonio, es el himno más hermoso que pueda entonar el hombre á la gloria de Dios. La de Jesús, por su santidad, por su caridad y su sacrificio, no ha sido más que una perpetua alabanza dirigida á su Padre. También, en cambio, el Padre bienaventurado débele atestiguar su reconocimiento y glorificarle en la tierra y en el cielo. La clara visión que tiene Jesús de su recompensa celestial y de su decisiva acción sobre el mundo en cuanto haya sido levantado en la cruz, constituye el consuelo de su alma en el momento de la agonía. El acto de confianza que formula al contemplar lo pasado y lo por venir, es legítimo homenaje á la perfección de su obra. Más tarde, Pablo, con la sencillez de una naturaleza profundamente religiosa, le imitará, recordando también el buen combate que libró y la recompensa que le estaba reservada.

Por un instante, parece descansar en este dulce sentimiento; luego, de repente, cual si hubiese sido traspasado su espíritu con un amargo pensamiento, llenóse su palabra de ternura y emoción. Acaba de mirar la muerte frente á frente. «Hijitos—dijo,—aun estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije á los judíos: á donde yo voy vosotros no podéis venir, lo mismo digo ahora á vosotros.» ¡Bondad admirable! Se inquieta por el sentimiento que experimentarán sus pobrecitos hijos, cuando, al buscarle, no le encuentren. Sin duda, asistirá todavía á los que rueguen en su nombre, y, con su doctrina, influencia y gracia, no cesará de vivir en medio de ellos; el sacramento que va á instituir en seguida le mantendrá en él substancialmente presente hasta el fin de los siglos; pero nada de todo esto hará á Jesús visible, palpable, cubriendo á su tímido rebaño con su mirada, calentándole con su amor, excitándole con sus ejemplos, marchando á su cabeza como el jefe

que manda y el padre que protege. En parte, tendrán los Apóstoles que bastarse á sí mismos, y encontrar en el fondo de su corazón fuerza suficientemente enérgica para asegurar la vida de la Iglesia y su pleno desarrollo. Ésta fuerza, la más necesaria después de la gracia de Dios, va á ser definida y precisada en estos momentos.

«Un mandamiento nuevo os doy—dijo—que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.» Nada más inaudito, en la historia de la humanidad, que fundar una sociedad sobre la caridad, como signo distintivo de sus miembros, principal medio de defensa, y fuerza de desarrollo. Y, sin embargo, esto es lo que decretó Jesús. Mientras vivió en medio de la Iglesia, fué el nudo vital, visible, eficaz, mantenedor de la unión; luego que desaparezca de una manera visible, será preciso que le reemplace un sentimiento potente y generoso. Este sentimiento, que es la más pura expresión de su propia vida, no es otra que la caridad. Y, en efecto, esta ley de amor llegó á ser la influencia que aseguró el desarrollo rápido de la Iglesia naciente. Ante aquellos hombres que se amaban, al decir de Minucio Félix, aun antes de conocerse, llenóse de admiración el paganismo, y, habiéndolos estudiado de cerca, se hizo cristiano para imitarlos.

Sin detenerse en tan sublime precepto, Pedro, cuyo corazón estaba dispuesto, no á reemplazar al Señor ausente, sino á impedirle partir, exclamó con viveza: «Señor ¿á dónde vas?» Su afecto no reconoce obstáculos bastante poderosos para impedirle ir en pos de Él, adonde quiera que dirija sus pasos. «Á donde yo voy—dijo Jesús,—no me puedes ahora seguir; mas me seguirás después ⁽¹⁾. ¿Por qué no te puedo seguir ahora?»—replicó el Apóstol.—Olvidaba en su entusiasmo que tenía un papel providencial que cumplir entre sus hermanos, antes de ir á juntarse con

(1) Debía ir Pedro, no sólo al martirio, sino al martirio de la cruz.

el Señor. Además, si hubiese conocido los misterios de la gracia, habría sabido que antes de poder morir por el Señor, era preciso aguardar á que el Señor hubiese muerto por todos ⁽¹⁾. Esto es lo que Jesús va á hacerle comprender al anunciarle su próxima defección.

«Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zandarearos como trigo; mas yo he rogado por ti para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos ⁽²⁾.» El libro de Job nos muestra á Satanás reivindicando ante Dios el derecho de probar al hombre, y prometiéndose asociarlo por la tentación á su propia perversidad. Complácese este espíritu malo en poner en duda la constancia de los justos y hacer sospechosa su virtud. Convencido de que puede, á su voluntad, corromperlas, pide á Dios que se las entregue; y entonces, por una serie de pruebas, pasándolos por la criba de la tentación, pretende comprobar á los ojos de todos lo que hay en ellos de justicia verdadera. Así, el hombre del campo echa en la era los restos de la cosecha y comprueba lo que contienen de verdadero grano, después que el viento se ha llevado la paja y la criba ha dejado pasar los malos granos. Afortunadamente para Pedro, al lado de la influencia violenta de Satanás, hay la acción más dulce, pero no menos poderosa del Salvador. Bien pueden ser los Apóstoles muy débiles aún en su fe, entregados por Dios á la acción diabólica; Jesús ha rogado por ellos, y su caída, por vergonzosa que deba ser, no será definitiva. Pedro, en particular, el

(1) «Quid festinas, Petre?—dice San Agustín—nondum te suo spiritu solidavit Petra.»

(2) También aquí fundimos en uno solo los relatos Sinópticos y el de San Juan. En ninguna parte, en los Evangelios, es más sensible la independencia de las diferentes narraciones. Así *Mat.*, XXVI, 31, y *Marc.*, XIV, 26, parecen diferir el anuncio de la negación de Pedro para después del discurso de acción de gracias y en el camino de Getsemaní. Tales divergencias no tienen importancia, cuando sabemos que, en nuestros Sinópticos, la indicación general *triste*, no crea una regla cronológica seria. En el caso presente, la claridad con que declara San Juan que la profecía de la negación tuvo lugar en la sala del festín sería decisiva, aun cuando San Lucas no se hubiera pronunciado en el mismo sentido.

más cobarde de todos por su negación, será quien más generosa y decisivamente se convierta. Su fe, en efecto, momentáneamente comprometida por una flaqueza moral, jamás se eclipsará, é, indefectible, avivará la de sus hermanos, no menos probada que la suya.

«Todos, en efecto—añadió Jesús,—padeceréis escándalo en mí esta noche; porque escrito está: Heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas ⁽¹⁾. Mas después que resucitaré, iré delante de vosotros á Galilea.» Porque veía, en sus humillaciones próximas, un escándalo muy capaz de comprometer la fidelidad de los suyos, se apresuraba el Maestro á evocar el rayo de luz al lado de las tinieblas; como el día siguiente de la Pasión y del Calvario, anunciaba la resurrección y la estancia en Galilea. Mas Pedro nada entiende de todo esto; no escucha más que á sí mismo. Prosiguiendo, pues, sus entusiastas demostraciones: «Aunque todos—exclama,—se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré. Señor, aparejado estoy para ir contigo aun á la cárcel y aun á la muerte.»—«¡Ah!—vuelve á decir Jesús con una ironía perfectamente indicada en San Juan,—¿tu alma pondrás por mí? En verdad, en verdad te digo que esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me habrás negado tres.» Distinguían los judíos tres cantos del gallo: el primero después de media noche; el segundo á las tres; el tercero al alba ⁽²⁾. Dentro, pues, de algunas horas, y

(1) Alude Jesús á *Zac.*, XIII, 7. El pastor, efectivamente, en esta profecía, no puede ser otro que el Mesías, y el rebaño el pueblo de la Alianza, cuya primera representación son los Apóstoles. Este pasaje está citado, no según los Setenta, que parecen haberlo entendido mal, sino según el texto original.

(2) V. Buxtfort, p. 384, *Keriat haggeber*, y Lightfoot in *Jo.* XIII, 38, que cita las tres denominaciones dadas en el tratado *Joma*, fol. 21, á estos tres cantos del gallo. Comp. Winer en la palabra *Nachtwache*. Casi todos los pueblos de la antigüedad se sirvieron de estas tres llamadas del ave vigilante para reconocer las horas de la noche. La segunda de ellas, llamada por los autores latinos *secunda gallicina*, y por los griegos τὸ δεύτερον ἀλεκτρυόνων, es sin duda, á la que aluden los Evangelistas que mencionan un solo canto del gallo. Era el principal y el más ruidoso. De tal modo que el segundo Sinóptico, hablando de un canto doble, concuerda con ellos para afirmar que la negación tendría lugar aquella misma noche antes del segundo canto. En el fondo, concuerdan todos en decir que Jesús predijo á Pedro que le habría negado tres veces antes de las tres de la madrugada.

antes de la aurora próxima, Pedro, el hombre resuelto, el amigo animoso, el discípulo fiel y valiente, habrá negado cobardemente á su Maestro. Por lo menos, los otros se contentarán con huir del campo de batalla; mas él permanecerá allí, no para batirse, según había prometido, sino para rendir las armas ante una criada; no para defender á Jesús, sino para protestar de que no le conocía. Esta misma protesta será formulada, en seguida, con tanta más impudencia cuanto mayor es su obstinación actual en hablar de su afecto indefectible. Fuerte, efectivamente, en sus disposiciones presentes, se obstina el presuntuoso, á pesar de las palabras del Maestro, en augurar lo por venir. Ignora que las más enérgicas resoluciones del alma, á impulsos de una mala influencia, se desvanecen como la nieve bajo un rayo de sol. Con creciente energía, exclama: «Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré.» Y los demás aseguraban lo mismo.

Nada más añadió el divino Maestro. Entraba en sus miras permitir que orgullo tan imprudente se estrellase en una caída vergonzosa para instruir y formar así, con dolorosa experiencia, al que debía gobernar su Iglesia. No es raro que se complazca la naturaleza en devolver la salud á los enfermos, á través de una de estas crisis violentas en que parece que deben dejar la vida. Siempre resulta provechoso que el hombre, antes de llegar á ser pastor de las almas, guste la prueba con sus amarguras; pues en sus propios pesares adquiere la ciencia y el valor de compadecerse de las miserias ajenas.

La tempestad será más ruda de lo que creen. «Cuando os envié sin bolsa y sin alforja y sin calzado—dice Jesús,—¿por ventura os faltó alguna cosa?» Y ellos respondieron: «Nada.» Así sucedía efectivamente entonces, en el hermoso tiempo del apostolado. Numerosos amigos los acogían en su camino; sosteníalos la celebridad del Maestro, y nadie se atrevía nada contra ellos. Pues á aquellos días felices van á sucederse horas bien críticas. «Ahora—dice Jesús—quien tiene bolsa, tómela, y también alforja; y el que

no la tiene, venda su túnica y compre espada. Porque os digo que es necesario que se vea cumplido en mí aun esto que está escrito: Y fué contado con los inicuos ⁽¹⁾. Porque las cosas que miran á mí tienen su cumplimiento.» La maldición lanzada contra el Maestro envolverá á los discípulos, y sus enemigos se convertirán en sus irreconciliables adversarios.

Tomando los Apóstoles á la letra esta recomendación de Jesús, imaginaron que se trataba aquí de hacer provisión de armas homicidas, mientras que era sólo cuestión de fuerza moral; por esto respondieron con sencillez que tenían dos espadas á su servicio. «Basta ⁽²⁾», dijo Jesús. Muy otra era la inquietud de su alma en estos momentos.

(1) *Is.*, LIII, 12.

(2) Pudo el Señor haber pronunciado esta palabra «basta», con un tono irónico; pues saltaba á la vista lo demasiado inútiles que habían de resultar las espadas materiales en manos de unos cobardes que sólo tendrían ardor para la fuga. Pudo también haber dicho «basta,» como se da á los niños una respuesta evasiva, esperando que los hechos expliquen más claramente lo que ellos no comprendieron.

CAPÍTULO V

Institución de la Sagrada Comunión

La postrera palabra del amor divino.—Jesús bendiciendo el pan y el vino.— Presencia real y transubstanciación.—Lutero y Calvino.—La Iglesia católica.—La Eucaristía, sacramento y sacrificio. (*Mat.*, XXVI, 26-29; *Marcos*, XIV, 22-25; *Luc.*, XXII, 19-20; I *Cor.*, XI, 23-25) (1).

El amor de Dios al hombre tiene rasgos de generosidad inconcebibles; y la Cruz, esa locura divina, parece ser la suprema expresión de ellos. ¡Prodigio inefable! Imaginó Jesús y realizó, en la última hora, algo más decisivo todavía, si así puede decirse: la Eucaristía. Darse una vez para todos como rescate, parecía poco á su ternura. Qui-

(1) Una de las cosas más desconcertantes en San Juan es el silencio que guarda sobre la institución de la Sagrada Eucaristía. No puede explicarse por la respuesta de que el cuarto Evangelio está simplemente destinado á completar á los Sinópticos; pues se encuentran allí muchas cosas que repitió después de ellos, sobre todo en la historia de los postreros momentos del Salvador, y cuya importancia no tiene comparación con el hecho principal que constituye el objeto de este capítulo. Ahora bien, no sólo en el largo relato de los admirables discursos de la Cena omite San Juan la institución de la Eucaristía, sino que ni siquiera deja lugar visiblemente propicio para intercalarla. Y, sin embargo, se comprende que todas las admirables consideraciones de Jesús sobre la unión de los hombres con Dios, por Él, el Cristo, y entre sí mismos por la caridad, no son sino el sublime comentario de la misma Eucaristía. El Sacramento era la representación ó la realización física de la doctrina.

Por otra parte, y esto es lo que hace más extraña esta anomalía, no puede negarse que en la época en que fué escrito el cuarto Evangelio, la ceremonia de la Sagrada Cena era el rito más usado, el más conocido de todos en la naciente Iglesia; y los adversarios de la autenticidad del cuarto Evangelio no se encuentran menos embarazados que nosotros para explicar tal silencio. Más inexplicable sería aún en la obra de un falsario, por otra parte hábil é inteligente, que en la de un apóstol. Esta laguna singular debería hacer á los exégetas menos propicios á escandalizarse del silencio de tal ó cual Evangelista sobre hechos, por otra parte importantes, consignados por los demás. Siempre será buena lección de sabiduría la frase de Bossuet: «Vale más una cita que cien omisiones.»

so darse á todos de una manera permanente y convertirse en alimento real de la humanidad hambrienta. Puede decirse de la Comunión eucarística lo que se escribió de la Encarnación: «Por sabio, por poderoso, por rico que Dios fuese, no podía imaginar, realizar, dar nada más estupendo que este sacramento.»

Tocaba la cena á su término; con los restos del cordero pascual se desvanecían los últimos signos de la antigua alianza. Jesús esperaba esta hora para instituir el Testamento de lo por venir ⁽¹⁾.

Tal vez se había vaciado ya la última copa que debía poner término á la fiesta. Unos comían todavía ⁽²⁾, otros, habiendo terminado, contemplaban al Señor con la aureo-

(1) Tenemos cuatro relatos de la institución eucarística, porque á los Sinópticos viene á unirse San Pablo en su Primera á los Corintios, XI, 23. Estos cuatro relatos, aunque conservan algunas ligeras diferencias de expresión, no dejan de ofrecer, en caracteres luminosos é irrefragables de exactitud y magnífica independencia, la misma idea y en el fondo la misma fórmula. Sabido es que San Mateo y San Marcos la cuentan poco más ó menos idénticamente. San Marcos suprime una palabra en el precepto de comer el pan: *Tomad*, dice, *este es mi cuerpo*. San Mateo trae: *Tomad, comed*, etc. Igualmente en lugar de conservar el precepto de beber la sangre: *Bebed de ella todos*, se contenta con decir que todos bebieron á su vez de ella; y suprime además las últimas palabras de Jesús: *por la remisión de los pecados*. San Lucas y San Pablo, que forman un grupo distinto de los dos primeros Sinópticos, conservaron poco más ó menos la identidad verbal en su narración. Añaden á los otros dos algunas palabras importantes: *Este es mi cuerpo dado* (según San Lucas), *partido* (según San Pablo), *por vosotros*. Parece también que ponen, entre la consagración del pan y la del vino, un intervalo que desaparece en el relato de los otros dos, porque, según ellos, Jesús presentó el cáliz *después de cenar*, *μετὰ τὸ δεῖπνῆσαι*. En ellos se dice también más explícitamente que la sangre del Salvador es la *Nueva Alianza*. En fin, añaden, después de la consagración del pan: *Esto haced en memoria de mí*. Después de de la del vino, sólo San Pablo repite esta recomendación. Una vez más, tales variantes son sin consecuencia. Pero si pudieron producirse en la historia de la institución más augusta y más querida á la piedad cristiana, no hay que admirarse de encontrarlas en puntos menos importantes. Basta para explicarlas el origen oral de donde proceden nuestros Sinópticos. Sólo los teólogos pueden inquietarse de ello con objeto de establecer las condiciones de la inspiración.

(2) Tal es la explicación de la divergencia aparente entre los primeros Sinópticos que dicen: *comían todavía*, *ἐσθίωντων*, y San Lucas y San Pablo que declaran que esto sucedió *después de la cena*. En los dos últimos, efectivamente, no ya sólo el vino, como suponen varios, sino también probablemente el pan fué consagrado después de la cena. La expresión *ἑσθίωντων* extiende, en efecto, á una y otra consagración el *μετὰ τὸ δεῖπνῆσαι*.

la de víctima que le daba su resignada tristeza. Ya no hablaba. De repente ilumínase su mirada, revístese su actitud de una majestad más grande todavía que cuando mandaba á las olas, en el mar de Galilea, ó á la muerte, ante la tumba de Lázaro. Tiene en sus manos un pan ázimo que ha tomado de la mesa, elévanse sus ojos al cielo, da gracias y bendice á la vez ⁽¹⁾. En un transporte de amor y de reconocimiento por el milagro que va á realizar, álzase su alma hasta Dios, de donde vuelve á descender hacia este pan que va á ser transubstanciado. Con un movimiento de energía superior, ella le trabaja y le dispone á sufrir la palabra sacramental que va á devorar una substancia para poner otra en su lugar: «TOMAD Y COMED—dice en seguida con acento solemne—ESTE ES MI CUERPO QUE ES DADO Y PARTIDO POR VOSOTROS.» Tomando en seguida la copa de vino que debía ser, en el orden del rito pascual, la copa de acción de gracias, transforma también su contenido, con un acto de su omnipotencia. TOMAD Y BEBED TODOS, PORQUE ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE SERÁ DERRAMADA POR LOS PECADOS DE MUCHOS.

Estas palabras son, en sí mismas, sencillas como el acto creador de Dios, el *fiat lux*, el *appareat arida*, y su sencillez rechaza toda explicación que, dejando de ser literal, no esté fundada en el sentido directo de las palabras, por sorprendente que sea á la razón. La Iglesia católica ha entendido siempre que, en aquel momento, el pan, dejando de ser pan, fué reemplazado por el cuerpo de Jesús y el vino fué cambiado en sangre. Uno y otro, unidos necesariamente á su alma y á su divinidad, permanecían sin duda ocultos bajo las especies ó apariencias de las substancias que habían reemplazado; pero no por estar cubierto de un velo místico y tranquilizador, era menos cierto aquel increíble prodigio. Su misma extrañeza había de ser otra prueba de su realidad, porque, en fin, no es admisible que los Apóstoles no se hubiesen esforzado en

(1) Esto es lo que quieren decir los Evangelistas al emplear los dos participios *εὐλογήσας* y *εὐχαριστήσας*.

dar al principio, como lo hicieron otros más tarde, un sentido figurado á las palabras del Señor; y si ellos las interpretaron á la letra, imponiendo á la primera generación cristiana la idea de la presencia real como la tenemos hoy, no fué seguramente sino después de haber pedido y obtenido, por su propia cuenta, de los mismos labios de Jesús, nuevas y categóricas declaraciones. Tampoco ellos, como nosotros, eran llevados á una ciega credulidad, y, del propio modo que nosotros, formulaban objeciones.

El testimonio de la tradición primitiva debe, pues, tener decisiva importancia cuando se trata de discutir y probar la realidad y el modo de la presencia real; sabido es con qué magnífico resultado ha sido evidenciado por los doctores católicos ⁽¹⁾.

Fácilmente reconoció Lutero que no podía sustraerse á él, y se resignó á ello, no, sin embargo, sin introducir en la enseñanza ordinaria de la Iglesia una modificación sobradamente importante para separarse, también aquí, de la fe católica. Imaginó que las palabras de la consagración, no solamente dejan subsistentes las apariencias, sino también la misma substancia del pan y del vino, y que el cuerpo de Jesús se encierra en ella, del mismo modo que, por la Encarnación, se hallaba aprisionada su divinidad en nuestra naturaleza. Provenía su error de nociones filosóficas incompletas sobre la substancia y los accidentes.

Más radical, el sistema calvinista no dejaba en la Eucaristía sino un símbolo, eficaz, es cierto, pero no por sí mismo, sino por el recuerdo que despierta. Según sus defensores, se come el cuerpo de Jesús y se bebe su sangre, no por la boca, sino por la fe. Sin admitir presencia real ninguna, hablan, sin embargo, de una manducación verdadera de la substancia del cuerpo. La fe del comulgante atrae una irradiación ó comunicación de este cuerpo, glorioso en el cielo, como el movimiento de nuestro ojo atrae en nosotros, por los rayos que recoge, al sol, permaneciendo en-

(1) V. *La Perpétuité de la foi de l'Eglise catholique touchant l'Eucharistie*, 4 vol. in 4.º, Paris, 1704, y su defensa, por Renaudot.

tero sobre nuestras cabezas, y jamás empobrecido por la multiplicidad de las miradas que piden su luz. De igual manera que se da á los simples rayos el nombre de sol, así la virtud especial que emana del cuerpo del Salvador puede llamarse su cuerpo.

Luteranos y calvinistas entendieron mal la Eucaristía, dejando en ella aquéllos demasiado, éstos demasiado poco. ¿Qué tiene que hacer el fiel de la substancia del pan ó del vino en el augusto Sacramento? Á Dios sólo busca, y toda otra cosa que no sea Dios le es inútil. He aquí por qué no dice Jesús: «Aquí está mi cuerpo», sino «Este es mi cuerpo». No hay, pues, que tener en cuenta al pan para nada; es excluído categóricamente por una palabra clara y precisa. La grosera sustancia es devorada y consumida por la presencia divina. Nada real puede permanecer entre las manos del sacerdote sino Jesucristo, con las apariencias para velarle; y Lutero imaginó una unión de substancias tan rara como extraña á la enseñanza de los Padres y de la tradición. Calvino, no queriendo reconocer en la Eucaristía sino sólo un símbolo especialmente eficaz para despertar el pensamiento, ó aun la presencia de Jesucristo, destruía, por su parte, la importancia suprema y única del Sacramento. Por más que, en efecto, la Eucaristía recuerde la última Cena del Señor, y aunque el pan con su blancura, dividido en las manos del pontífice, represente su cuerpo decolorado por la muerte y partido por nosotros, y sea el vino la imagen de su sangre derramada por nuestros crímenes, es evidente que nuestra fe encontraría en la cruz, por ejemplo, un símbolo igualmente significativo de nuestra redención. Mejor que un poco de pan ó una copa de vino, el árbol de la cruz, llevando en sus ramas el fruto que nos rescata, sería apto para evocar el recuerdo, la presencia espiritual y la vida del Salvador en nosotros. No, el fenómeno sobrenatural que quiso producir Jesucristo en la Eucaristía, no puede ser una simple relación de ideas ó un contacto espiritual; de otro modo, el emblema elegido no sería ni el más natural ni el más elocuente. Es,

pues, una realidad viva lo que pretendió crear, y, según la promesa hecha al día siguiente de la multiplicación de los panes en el desierto, se constituyó real y sustancialmente en alimento nuestro.

¿Por qué no reconocer que pudo hacerlo y que lo hizo por amor? ¿Quién es el hombre que, en el momento de morir, no experimenta el deseo de sobrevivir, á lo menos en imagen, ante aquellos á quienes ha amado? Para perpetuarse en medio de su pueblo ó de su familia, pide al artista que labre el mármol ó el bronce, ó que anime la tela con los más vivos colores; con delicada atención, distribuye á sus amigos lo que tocó á su cuerpo, lo que le sirvió en las necesidades de la vida, lo que fué una parte de sí mismo; y á quienes más ama lega sus despojos mortales, ó mejor aún, su corazón, ese órgano que fué en él el primero en vivir y el último en morir. Escuchando en esto el grito de la naturaleza, sólo tiene un sentimiento: el de no poder legarse todo él, lleno de vida y de realidad, á los que le amaron. La misma necesidad experimentó el alma de Jesús, porque estaba llena del amor más tierno y generoso. Pero, mientras que nuestro afecto, á la vista de la muerte, no encuentra nada comparable á la energía de sus deseos sino el sentimiento de su impotencia, el Salvador tenía, en servicio de su amor inmenso, un poder infinito. Sólo tuvo que hablar el amor para que su omnipotencia hiciese lo que restaba. Jesús, pues, se legó á la Iglesia como recuerdo, pero recuerdo vivo, ó mejor, existencia continuada, Hombre, Víctima, Dios; á todo Él poseemos en la Eucaristía. No tiene derecho á quejarse la razón humana si no entiende el cómo del prodigio, porque ignora aún el sentido definitivo de las palabras que invoca para apoyar sus objeciones. Mientras las escuelas filosóficas no hayan dado definiciones idénticas y generalmente aceptadas de la substancia, de la materia, de los accidentes, del espacio, nuestro orgulloso espíritu deberá empezar por ponerse de acuerdo consigo mismo, antes de hallarse desacorde con las obras del Omnipotente. En resumen, siempre quedará algo más

evidente aún que todas las dificultades: la sencillez irresistible de las palabras divinas, *este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, que diciendo lo que quieren decir y nada más de lo que dicen, excluyen todo comentario.

La consagración del cáliz es el complemento simbólico de la consagración del pan. Al darse para la serie de los siglos, Jesús entiende recordar su donación sangrienta y heroica del Calvario. Por eso la doble substancia que simboliza el alimento espiritual propuesto á sus discípulos, representa, al mismo tiempo, la separación violenta de la sangre y del cadáver en la cruz. El pan y el vino son á la vez el emblema del alimento y de la bebida, y el memorial del más generoso de los sacrificios en su mística división. Sólo la Iglesia católica ha comprendido toda la profundidad del pensamiento del Señor, al afirmar que la Eucaristía reproduce, á través de los tiempos, el sacrificio de la cruz. No que sea solamente su representación, esto no sería decir lo bastante; ni su renovación pura y simple, esto sería decir demasiado, puesto que nada puede haber de sangriento en donde la víctima, glorificada por la muerte, es para siempre invulnerable é impasible. Es preciso entender que la Eucaristía es la extensión pacífica y llena de ternura del sacrificio de la cruz. El rayo luminoso no suprime el astro que lo proyecta, mas lo supone como principio y como causa. Al proclamar la realidad del sacrificio eucarístico, no negamos al de la cruz su virtud satisfactoria, puesto que afirmamos, con la epístola á los Hebreos, que Jesucristo sólo fué ofrecido una vez por los pecados de todos, y que, en una oblación única, consumó para siempre la justificación de los elegidos ⁽¹⁾. Entendemos solamente que los méritos de esta expiación completa y única del Calvario, á la cual, *estando todo consumado*, el mismo Jesús declara que no le falta nada, nos son aplicados por el sacrificio del altar. La disputa que suscitó Lutero, con este motivo, era más vana de lo que comúnmente se supone. No mediaba entre su modo de explicar la justificación y

(1) *Hebr.*, X, 10-14; comp. IX, 28.

la de la Iglesia sino una diferencia de menos á más. Según él, en efecto, el hombre, para ser justificado, necesita de la fe como de un instrumento que lo hace participar de la redención de Jesucristo. Ora sea justificado en lo exterior por imputación ó en lo interior por aplicación de los méritos del Salvador, falta todavía un medio de alcanzar y de apropiarse, en grados diversos, esta gracia de la regeneración ofrecida á la humanidad. Los protestantes aceptan, no solamente la fe, sino sacramentos que son signo y prenda de justificación. En esto, no destruyen la bella teoría del Apóstol sobre la omnipotencia expiatoria de la cruz, como no la suprimimos nosotros al admitir el sacrificio de la misa. La gran idea teológica del cristianismo es Jesucristo perpetuando su vida en medio de la humanidad por su influencia real, inmediata y personal en la Iglesia. Sólo Él continúa enseñando en ella y por ella; sólo Él bendice, consagra, absuelve ó condena, como lo hacía durante su vida mortal; sólo Él sube al altar, como subió al Calvario para ofrecer el holocausto de expiación, de acción de gracias ó de propiciación; porque si, hasta Él, hubo sucesiones de pontífices, destronando la muerte á unos después de otros, Jesús, siempre según la bella doctrina de la Epístola á los Hebreos ⁽¹⁾, inauguró el sacerdocio único, indefectible y eterno.

¡Qué hay de extraño en pretender que este Mediador, siempre vivo é infatigable ⁽²⁾, se complazca en interceder por nosotros, bajo un símbolo que recuerda la grande y decisiva mediación de la cruz? No puede ser muerto, pero puede parecerlo, y este es el sentido de esta división hecha, como por una espada, por la palabra del sacerdote que coloca á un lado el cuerpo y al otro la sangre, el uno destrozado, la otra derramada por nosotros. Así, continúa la inmolación bajo una forma, no sangrienta, sino mística, y con una realidad que obliga á reconocer en la Eucaristía la renovación, ó mejor dicho, la extensión y aplicación per-

(1) *Hebr.*, VII, 23.

(2) *Ibid.*, VII, 25.

manente del sacrificio de la cruz. El mismo acto por el cual Jesús, glorioso en el cielo, se somete á un estado sacramental que recuerda su muerte expiatoria, constituye la esencia del sacrificio eucarístico. En el altar, efectivamente, reviste una forma mística que reproduce su actitud humillada y suplicante del Calvario, y vuelve á convertirse en víctima, no para adquirirnos el derecho al perdón, conquistado por Él desde hace mucho, sino para facilitarnos la participación á este perdón, continuando en interceder por nosotros, y dándose á sí mismo como prenda así como medio de reconciliación á nuestras almas hambrientas de Dios.

Así debía cumplirse la profecía de Malaquías⁽¹⁾, anunciando que, en lugar de todos los sacrificios del mosaísmo, en adelante abrogados, y mientras recibiese el nombre de Jehová de Oriente á Occidente una glorificación excepcional, sería inmolado en todos los lugares y ofrecido en su honor un sacrificio⁽²⁾ sin mancha. Este sacrificio recuerda también la oblación de Melquisedech, quien, según la Epístola á los Hebreos⁽³⁾ interpretando un pasaje de los Salmos, fué figura del Señor. El pan y el vino se encontraban aquí como los elementos del sacrificio que caracterizaba el sacerdocio excepcional del rey de Salem. En fin, substituía á la inmolación del Cordero Pascual y sellaba solemnemente el pacto de la nueva alianza.

Esto indicaban las palabras del divino Maestro al presentar el cáliz de la comunión: «Este cáliz—había dicho,—es el Nuevo Testamento⁽⁴⁾ en mi sangre, que será derra-

(1) *Malaq.*, I. 10-11.

(2) La palabra hebrea *minjah* expresa la oblación de una substancia sólida ó líquida, flor de harina, aceite, incienso, etc., lo cual excluiría la interpretación de un sacrificio metafórico de plegarias y de buenas obras, si no fuese evidente, por otra parte, que nada tendría de nuevo un sacrificio de tal naturaleza, y que no reemplazaría á todos los sacrificios judaicos de los cuales era parte integrante.

(3) *Hebr.*, V, 6.

(4) Éste, en efecto, ha permanecido siendo en la Iglesia el símbolo permanente del contrato nuevo que Dios establecía con el hombre. Ofrece Dios el don gratuito de la salvación; el hombre lo acepta en su fe y arrepenti-

mada por vosotros.» Y luego, dando una orden que suponía un poder simultáneamente concedido: «Haced esto—añadió,—en memoria de mí ⁽¹⁾. Los Apóstoles recogieron este precioso testamento ⁽²⁾, y así los vemos ora ofrecer por sí mismos el sacrificio eucarístico ⁽³⁾, ora establecer un paralelo entre la mesa y el altar de los cristianos y la mesa y el altar de los paganos ⁽⁴⁾, es decir, entre el sacrificio de unos y de otros. El autor de la Epístola á los Hebreos no pone en duda que la Iglesia tenga su *altar* donde se inmola la víctima, sin que puedan participar de él los judíos, servidores de su ley abrogada ⁽⁵⁾. Reconocen unánimemente los fieles que tienen sacerdotes, pontífices; ¿y se conciben pontífices sin sacrificios que ofrecer? ⁽⁶⁾ Por fin, en todos lados álzanse altares para inmolar la víctima. Á decir verdad, estos altares son una mesa, una comida, como lo observa Calvino, pero precisamente esto es otra prueba de que hay una víctima ofrecida, puesto que debe ser consumida en ellos. Desde el momento que el protestantismo negó la realidad del sacrificio eucarístico, empezó por declarar que se habían equivocado todos los Padres de la Iglesia; y sabido es lo que debe

miento; acerca los labios al cáliz divino, y la sangre, una vez más, sella la alianza de la criatura y del Creador.

(1) Según hemos indicado ya, los dos primeros Sinópticos no contienen estas palabras tan importantes que dieron á los Apóstoles y á sus sucesores el derecho de hacer lo que Jesús mismo acababa de cumplir é instituir. San Lucas y San Pablo nos las conservaron. Inútil es decir que, aun faltando su testimonio, el lugar señalado, desde el principio, á la Sagrada Eucaristía, en la liturgia apostólica, habría sido más que suficiente para atestiguar el mandato del Señor de mantener en su Iglesia el sacramento que debía mantener en ella la vida.

(2) Cuando consagra, el sacerdote no hace más que prestar sus labios á Jesús mismo que es el que habla. Aquél es solamente un instrumento de que se sirve el Señor para renovar el acto consagrador de la Cena. Esto explica que el sacerdote comulgue lo mismo que los fieles. Sólo á Jesús no tocaba comulgar, porque sólo Él no tenía necesidad de unirse á sí mismo. Era como la madre que, sin beber de su propia leche, alimenta con ella á sus hijos.

(3) *Hechos*, XIII, 2; *λειτουργούντων* significa, en efecto, el acto del sacrificio.

(4) *I Cor.*, X, 18.

(5) *Hebr.*, XIII, 10. Emplea la palabra misma de *θυσιαστήριον*.

(6) *Hebr.*, VIII

concluirse de tal afirmación. Sin sospecharlo, hizo más, porque desconoció el centro real, vivo, influente de la Iglesia entera. Podemos repetirle, efectivamente, las palabras de San Jerónimo al diácono Lucifer: «Sin sacerdote, no hay Eucaristía; sin Eucaristía, no hay Iglesia.»

Acababa de cumplirse, con sencillez que realzaba su grandeza, el suceso más considerable de aquella noche. Jamás en su vida había el Señor dejado ver más de cerca su divinidad. Si no era en modo alguno idea humana la de ofrecerse como víctima por el mundo, preciso es convenir que menos lo era todavía el proyecto de convidar á la humanidad en todos los tiempos á alimentarse de Él para asegurar su redención. Con una perspicacia que deja admirada á la misma incredulidad, se veía á sí mismo como rescate ofrecido y aceptado en la cruz; y, ahora, por la Eucaristía, esta cruz, de pie en el mundo, clamaba á todo hombre: «¡Si quieres ser libre y salvo, come, toma tu rescate!» Es muy de notar, en efecto, que Jesús se colocase en el altar, no para ser adorado—por más que sea absolutamente adorable,—sino para ser comido. Imaginar que tenemos así la redención por el sacrificio á disposición de quienquiera apropiárselo, y ver las generaciones futuras comiéndola y bebiéndola en la carne y en la sangre de la sagrada Víctima, cosa era de un Dios, ó nuestra razón es incapaz de distinguir entre el cielo y la tierra, las tinieblas y la luz, lo finito y lo infinito.

Habiendo legado á los suyos este vivo y divino recuerdo, este medio de salvación, esta prenda de alianza, sólo restaba á Jesús pronunciar su postrer adiós; y así lo hizo en el lenguaje más sublime que hayan oído jamás oídos humanos. Se ha dicho de San Juan, al conservarnos estas supremas confidencias del Señor, que había sido como el gran sacerdote, entreabriéndonos el Santo de los santos, para revelarnos al Dios en toda su majestad.

CAPÍTULO VI

Primer discurso de despedida

Palabras fortificantes.—Los Apóstoles deben permanecer unidos á Jesús por tres razones decisivas.— La primera porque son para el cielo y Jesús es el único camino que á él conduce.— La segunda porque han de fundar la Iglesia y para ello les dará Jesús el poder de hacer milagros y el socorro del Espíritu Santo. — La tercera porque buscan un consuelo, que debe ser dado por Jesús comunicándoles la vida de Dios. (*Juan, XIV, 1-31*) (1).

Estaba, pues, terminada la Pascua antigua, é inaugura-
da santamente la nueva. Los Apóstoles, completamente
entregados á los suaves sentimientos de su unión con Dios
mediante el Señor, se mantenían en la actitud extática de
hombres iniciados en una nueva felicidad, en una nueva
vida. Bien sabe Jesús que no durará la calma, y su pen-
samiento se fija con más viveza que nunca en los sucesos
de las horas siguientes.

«No se turbe vuestro corazón,» dice con aquella apaci-
ble autoridad del padre que anima á sus hijos. No que los
condene á mostrar una indiferencia estoica ante las des-
gracias que á Él mismo le conmueven, sino que quiere que
su tristeza no degenera ni en abatimiento, ni en descon-
fianza después de tantas promesas divinas. De ordinario,
explota Satanás la turbación del corazón, para hacer ger-
minar en él la incredulidad y la desesperación. «Creéis en
Dios—continúa Jesús,—creed también en mí.» El Padre
y el Hijo son solidarios. El poder del uno pertenece al
otro; y esta es la razón de que, por más humillaciones que

(1) Los Sinópticos, por lo mismo que son el resultado de la predicación oral del Evangelio, no contienen ninguno de estos discursos, demasiado trascendentales para ser predicados corrientemente á los primeros auditorios cristianos. En San Juan, estas admirables páginas son fieles recuerdos históricos conservados por su alma meditativa de amigo y de semita.

accepte, dispondrá siempre el Hijo de fuerza suficiente para sostener á los suyos y salvarlos. Permanezcan, pues, unidos los suyos después de su muerte como lo han estado durante su vida. Poderosos motivos tienen para ello; y así, con un acento de ternura no menos conmovedor que lo elevado del pensamiento, se complace Jesús en enumerarlos. Son para el cielo, y Él es el único camino que allí conduce; deben establecer la Iglesia aquí bajo, y Él es la fuerza que les asegurará el éxito, dando á su fe suplicante el poder de obrar milagros y el socorro del Espíritu Santo; buscan un consuelo, y sólo Él puede ofrecérselo; porque si le permanecen fieles, aun desde entonces, la vida de Diosse convertirá en su vida propia. De incomparable belleza va á ser el desarrollo progresivo de estas tres ideas principales.

«En la casa de mi Padre—dice el Señor—hay muchas moradas. Si así no fuera, ¿cómo podría deciros: voy á aparejaros un lugar? Y cuando me fuere y os aparejare lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo, para que en donde yo estoy, estéis también vosotros.» El pensamiento del cielo es el más consolador que puede evocarse durante la prueba. Leves, en efecto, parecen los sufrimientos de la vida presente, cuando se miran las recompensas de la vida futura; gustosamente se lucha un día, con tal de obtener el reposo en la eterna victoria. Por eso habla Jesús con tal complacencia de esta casa de su Padre en la que, como en un inmenso palacio, hay un departamento para cada hijo del rey, por muy numerosa que sea la familia. El cielo, pues, no es solamente un estado, es también un lugar. ¿Cuál es éste ⁽¹⁾? No ha sido dada á la humana curiosidad la respuesta á semejante pregunta. Lo que hay de cierto es que todo lugar en donde plazca á Dios comunicarse en la visión intuitiva, el amor perfecto y la posesión completa, debe llamarse cielo. Por más que nada se diga de la natu-

(1) Los que lo buscan en los planetas y en las estrellas fijas deben tener otras razones que un gesto supuesto de Nuestro Señor. En aquel momento, no podía mostrar los astros encima de su cabeza, porque todavía se hallaba en la sala del banquete.

raleza ó del sitio de las moradas celestes, no quiere Jesús que se ponga en duda su realidad. Con una ternura llena de sencillez, se complace en indicarles que si no existiese el cielo, no abusaría de ellos hablándoles de los tronos que los esperan y que va á prepararles. Esta preparación consiste en su muerte expiatoria, que obliga á la justicia divina á abrir las puertas á la humanidad rehabilitada, y en la inauguración del triunfo eterno, por la cabeza de esta humanidad.

No le basta al Señor haber preparado el lugar. Él mismo vendrá á buscar á los suyos para introducirlos en la patria conquistada. No se trata aquí de su venida solemne al fin de los tiempos; su promesa es más inmediata. Nos asegura que, en nuestra hora postrera, podremos entrever esta dulce imagen de Jesús, viniendo á tomarnos por la mano para conducirnos á su Padre. Á la cabecera del malvado, se erguirá el Salvador como un recuerdo penoso, como una sombra temible; á la del justo, se inclinará como un amigo consolador, y, á ejemplo del protomártir Esteban⁽¹⁾, el fiel saludará en Él la realización de sus esperanzas y el objeto de su amor.

«También sabéis—continúa Jesús—á donde yo voy, y sabéis el camino.» Los discípulos conocían, en efecto, el camino que conduce á la vida eterna. Buen cuidado había tenido el Señor de repetirles que creer en Él, era tener la vida eterna; que recibir su palabra, era participar de esta vida; y que, siendo Él mismo la resurrección y la vida, quienquiera que tuviese fe en Él, no podía ya morir. Ellos estaban, pues, en este camino del cielo, puesto que creían en Jesucristo. Empero su sagacidad ó su intuición religiosa no sospechaba la misma maravilla que constituía su vida sobrenatural⁽²⁾. He aquí por qué Tomás, hablando en nombre de todos, dijo: «Señor, no sabemos á donde vas; pues ¿cómo podemos saber el camino?» Y Jesús con autoridad y majestad admirables: «Yo soy—dijo—el ca-

(1) *Hechos*, VII, 55.

(2) «Sciebant discipuli, sed scire nesciebant,» dice San Agustín.

mino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí.» Por tal manera, rechaza, con una palabra, todos los sistemas que buscan fuera de Él la salvación. Ni las religiones de la antigüedad, ni las teorías más estudiadas de los filósofos modernos valen nada; sólo hay un medio de salvación, y es Jesús. Él es el camino, porque Él es quien une el cielo á la tierra. Nadie puede franquear el abismo que separa estos dos extremos sino pasando por este puente, obra maravillosa de la sabiduría y misericordia divina. Entrar en el camino no es otra cosa que entrar en Jesucristo mismo, por la fe, por el amor y por las obras. De igual modo, y porque Él es el camino, es también la verdad que debemos hacer nuestra asimilándonosla. Ahora bien esta verdad, en cuanto nos es ofrecida, es igualmente vida destinada á transformar el alma que la recibe. De manera que estos tres términos: camino, verdad y vida, se implican mutuamente; y sólo Jesús, verdadero Salvador, es perfecta y mística realización de cada una de ellos. Puesto que entrar en Él es encontrar la vida divina, y tener la verdad es poseer la vida, debe comparársele, no ya á un camino que conduce, sino á un camino que lleva al lugar adonde se ha de ir, como el río que indica la ruta al viajero, y á la vez le arrastra en la corriente de sus olas.

De ordinario, en los discursos del Señor el pensamiento se eleva por grados; aquí alcanza, de un solo rasgo, las esferas teológicas más trascendentales. «Si me conocéis á mí—dice,—pretendiendo demostrar de esta manera la definición que ha dado de sí mismo, conocéis también á mi Padre.» En realidad, el Hijo es sólo la extensión del Padre, y por ende el camino directo que á Él conduce. Si ver á Jesús es ver la irradiación del Padre, unirse á Él es alcanzar y poseer al Padre mismo; pues Él es no solamente el camino que conduce al Padre, sino el santuario, el espejo, la imagen manifiesta del Padre. «Sí—añade,—desde ahora le conoceréis y le habréis visto.» Felipe, que había seguido con exactitud la demostración, tomó la palabra y propuso con sencillez á Jesús que acabase con una manifestación mila-

grosa que respondiese á los deseos de todos. «Señor, muéstranos al Padre, y basta.» Saboreando sólo á medias lo que el Maestro explica, porque no lo comprenden, supone que los otros no lo aprecian más que él. Les gustaría más algo positivo: una aparición del Padre en los aires, un efecto teatral, que confirmase la fe de todos, como si la esencia divina fuese la omnipotencia, y no la bondad y la verdad. Dista mucho de sospechar que este Padre debe revelarse á los hombres á través de una existencia humana, y que, en realidad, la encarnación realizó este objeto. Por los labios de Jesús hizo hablar Dios su verdad. En su alma mostró su santidad, y en sus obras probó su bondad. No es precisamente al *lado* de Jesús donde debemos desear ver al Padre, sino *en* Jesús. El Hijo se hizo hombre para que el Padre fuese visible á la humanidad; y la humanidad, por boca de Felipe, pide todavía ver á Dios; ¿no es esto sorprendente? «¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros—dice Jesús,—y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve también al Padre; ¿cómo, pues, tú dices: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo no las hablo de mí mismo; mas el Padre, que está en mí, Él hace las obras.»

No hay en todo el Evangelio una página en donde afirme Jesús su divinidad de una manera más clara é indiscutible. En efecto, la unión de que aquí se trata entre Él y el Padre no puede ser una simple unión moral; da á entender que participa de la esencia divina, y la vida del Padre es la que, como Hijo, real y substancialmente reproduce. Pronuncia, en efecto, las palabras del Padre, y le presta así sus labios para hablar; el Padre, por su parte, hace sus obras, y le comunica asimismo su poder para obrar. Están ambos íntimamente unidos en el Verbo, el cual nunca se separa del Padre, como tampoco el Padre puede estar separado de su imagen ó de su Hijo. «¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Y si no, creedlo por las mismas obras.»

Síguese de este primer argumento que, siendo el hombre para Dios, y siendo Jesucristo el lazo de unión entre Dios y el hombre, si quiere éste alcanzar su fin, debe quedar unido á Jesucristo, por la misma razón que es preciso, para llegar al centro, tomar y seguir el radio. Hay más. Los Apóstoles tienen la misión de fundar la Iglesia. ¿Podrán realizar esta obra sobrehumana sin el privilegio de obrar milagros y sin la asistencia del Espíritu Santo? Ahora bien, únicamente por Jesús les vendrá este doble socorro.

«En verdad, en verdad, os digo: El que en mí cree,—es decir, el que se une á mí por la fe,—él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas las hará, porque yo voy al Padre; y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré para que sea el Padre glorificado en el Hijo. Si algo me pidieréis en mi nombre, lo haré.» Los Apóstoles y los fieles de las edades sucesivas tuvieron, efectivamente, la gloria de realizar obras de salvación superiores á las que el mismo Jesús había obrado. Toda la vida del Señor, sus milagros, sus discursos habían tenido un solo fin: la transformación religiosa de la humanidad. Ahora bien, el fin es siempre más grande que los medios. La fundación de la Iglesia iba á convertirse en un suceso más considerable que todo cuanto había precedido. No siendo realizable sino después de la muerte del Salvador, cuando, levantado de la tierra, tratase de atraerlo todo á sí, debía ser obra personal de los Apóstoles. Sabemos, en efecto, que éstos extendieron más lejos que su Maestro el reino de Dios, y, de todos los prodigios que obraron, de tal manera continuó aquél siendo el más importante, que casi no se mencionaron los otros que habían sido su preparación. Á pesar de esto, el agente real, aunque invisible, de la transformación del mundo, será el Señor mismo; pues sólo después de haberlos pedido en su nombre, obraron los Apóstoles sus milagros. Subirá al cielo su plegaria, autorizándose en los derechos y en los méritos del Maestro; y el Padre, reconociendo en ella la voz de su propio Hijo, mandará á este Hijo que haga lo que se desea. ¿No es acaso el

Hijo quien ha de ejecutar lo que el Padre concede? Que pidan los fieles la dilatación del reino de Dios en el mundo, y el Hijo conducirá los pueblos al pie de la cruz para purificarlos á su influencia. Que pidan lo que conviene responder á las objeciones de la ciencia y á las violencias de la tiranía, y el Hijo hablará por su boca. En una palabra, ellos serán los canales que conducirán las aguas fecundantes, mas Él será el manantial que los abastecerá. De la unión de los canales con su origen dependerá la eficacia de su apostolado.

De esta unión les vendrá todavía, como elemento de vitalidad para la Iglesia naciente, la asistencia de un Paráclito, abogado y consolador. «Si me amáis—dice el Señor,—guardad mis mandamientos.» Acababa de hablarse de la unión del espíritu por la fe; trátase ahora de la unión de la voluntad por las obras. «En retorno, yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador ⁽¹⁾, para que more siempre con vosotros, el Espíritu de verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará con vosotros.» Sólo á las almas que lo desean llega el Espíritu de Dios y sólo ellas lo desean y lo conocen. Según esto, el mundo no tiene derecho á esperarlo. Los discípulos que le contemplan en Jesús desde hace tres años, le tienen ante sus ojos y admiran sus obras divinas. No tienen más que perseverar en su unión con Jesús; y, en recompensa de su fidelidad, este Espíritu vendrá á ellos como el Abogado ⁽²⁾ poderoso que hablará por ellos en el gran proceso intentado contra el paganismo, ó también como Consolador que secará sus lágrimas, curará sus heridas y reanimará su esfuerzo. Jesús había ofrecido la verdad; el Espíritu la implantará en

(1) Jesús es, pues, también Paráclito; no hay, por consiguiente, contradicción entre el Evangelio y la 1.^a epístola de San Juan, II, 1.

(2) El nombre de Paráclito, dado al Espíritu Santo significa Consolador, según unos, y Abogado, según otros. La diferencia de interpretación proviene de que los primeros, con Orígenes y la mayor parte de los Padres de la Iglesia, leen Παράκλητος, palabra que, tomada en sentido activo, significa *el que anima, que consuela*; los segundos leen Παράκλητος, y esta expresión, en sentido pasivo, corresponde perfectamente al *advocatus* de los latinos. Demóstenes, Filón etc., lo emplean en este último sentido.

las almas, llena de vida, completa, eficaz. Es el arma más útil que pueda dar á los que van á luchar contra el error. Al mismo tiempo, su acción vivificadora se ejercitará directamente sobre el mundo, ya quebrantado por la predicación de la verdad. Así como hizo nacer á Jesús en el seno de María, le hará nacer también, mas de diferente manera, en la humanidad transformada. Su misión será, en efecto, inculcar la vida divina en las almas, para elevarlas hasta la altura de Jesucristo ⁽¹⁾.

Como resultado, esta misión del Espíritu consumará la unión de los discípulos con el Maestro, y, mediante Él, con la Trinidad entera. Esto es lo que va á explicar abandonándose á un sentimiento de ternura cada vez más conmovedor. «No os dejaré huérfanos—les dice;—vendré á vosotros. Todavía un poquito, y el mundo ya no me ve; mas vosotros me veis. Porque yo vivo y vosotros viviréis.» Nadie podrá pretender que las apariciones de Jesús, después de la resurrección, supuesto que fueron sólo transitorias y concedidas á un pequeño número, respondiesen á esta promesa hecha de una manera general á los fieles de todas las edades y de todos los países. En cuanto á su venida en el día del juicio, será demasiado tarde para consolar á sus discípulos huérfanos, y en condiciones en que no resulta exacto decir que el mundo no verá á Jesús, puesto que todos los pueblos se hallarán entonces reunidos al pie de su trono. Se trata, pues, aquí, según va á establecer el contexto del discurso, de una venida espiritual, preparada por las manifestaciones de Jesús resucitado, y consumada por el advenimiento de Cristo Juez. Las manifestaciones despertarán, fortificándola, la fe de los discípulos, y crearán la corriente de vida sobrenatural que mantendrá Jesús en adelante con sus íntimas comunicaciones. La vida sobrenatural las terminará todas, consagrando la fidelidad de los unos y la infidelidad de los otros á la acción misericordiosa del Señor. Deberán verle y

(1) *Galat.*, IV, 19; *Efes.*, IV, 13.

buscarle en el fondo del alma los creyentes. En tanto que el mundo, con sus ojos carnales, no es capaz de distinguirle, los discípulos, iluminados por el Espíritu Santo, le reconocerán sin trabajo. Según la hermosa expresión de San Pablo ⁽¹⁾, contemplarán su gloria cara á cara, y sacarán de esta vista el elemento mismo de su vida sobrenatural. De tal modo, bajo los rayos del sol que admiran, las criaturas reciben la luz y el calor, condiciones indispensables de su desarrollo.

«En aquel día, vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros.» En esta manifestación espiritual de Jesús, encontraremos la luz siempre más potente, á medida que nuestra virtud sea más animosa. La visión del Hijo nos revelará su unión íntima con el Padre, unión substancial y eterna en cuanto Dios, unión hipostática, pero no menos real, en cuanto hombre. Al mismo tiempo nos mostrará el tercer anillo de esta cadena, esto es, nosotros mismos, en su unión con el primero, que es el Padre, por mediación del segundo, que es el Hijo. De este modo tendremos la noción plena de la nueva religión, que consiste enteramente en unir la criatura con el Creador por el mediador único Jesucristo. He aquí la gran maravilla que descubrirán por sí mismos los Apóstoles en el día de la iluminación próxima, y que repetirán con entusiasmo y amor al mundo admirado al verse llamado á tan elevado destino, á pesar de su profunda miseria.

Todo se reduce para el hombre á estar unido á Jesús. La fe y las obras establecen esta unión; el amor la consuma. «Quien tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me lo manifestaré á mí mismo.» Por su fidelidad en retener, y sobre todo, en practicar la ley evangélica, se pone el hombre en relación íntima con Jesús. Viviendo de su pensamiento y de su voluntad, se convierte en amigo suyo. Por este título, le ama el Padre,

(1) *II Cor.*, III, 18.

no ya solamente con amor de compasión, sino con amor de Padre, porque ve en él al discípulo, imagen y hermano de su Hijo. También Jesús que le había amado aun antes de su fidelidad, le querrá más tiernamente todavía cuando encuentre en él su propia semejanza y el objeto del afecto de su Padre.

Tal es la única teofanía, ó manifestación divina, que deben esperar los discípulos. Por más que no se realice al exterior, como deseaba entonces Felipe, no es ni menos verdadera ni menos admirable.

A esto, sin embargo, no se acomoda sino imperfectamente el espíritu de algunos Apóstoles; pues lo que esperaban era un hecho que cayese bajo el dominio de los sentidos. ¿Habíase cambiado el plan mesiánico? Judas, no el Iscariote—observa San Juan—sino Judas Tadeo ó Lebeo, exclama: «Señor, ¿qué es la causa que te has de manifestar á nosotros y no al mundo?» Por toda respuesta, le repite Jesús, desarrollando más explícitamente todavía lo que ya ha dicho: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos morada en él.» El cielo entero, pues, bajará al alma del fiel para consumir en ella la unión más inefable. En el libro del Apocalipsis ⁽¹⁾ encontramos este consolador pensamiento con una energía particular: «He aquí que estoy á la puerta y llamo—dice Jesús;—si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré á él y cenaré con él y él conmigo.» Establécense, pues, entre Dios y el fiel las relaciones más íntimas y familiares. La unión de la tierra presagia y da principio á la unión del cielo. «El que no me ama—prosigue el Señor, aludiendo á la segunda parte de la pregunta de Judas y á la suerte del mundo que no debe gozar de su manifestación,—no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía sino del Padre que me envió.» He aquí el crimen del mundo infiel; no escuchando sus discursos, menosprecia la autoridad misma de Dios

(1) *Apoc.*, III, 20.

que los dicta; he aquí por qué no se manifiesta Jesús á él.

Muy insuficiente, sin duda, es la penetración de los Apóstoles para comprender tan sublimes enseñanzas. Pero lo que hoy bosqueja apenas Jesús, lo continuará otro Doctor, haciéndole más inteligible. «Estas cosas os he hablado, estando con vosotros; pero el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, El os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.» Una vez más, observémoslo de paso, hállese aquí demostrada la Santísima Trinidad. ¿Qué otra cosa son, en efecto, estas tres Personas, que difieren tanto por el nombre que llevan como por el papel que desempeñan? El Hijo empezó la formación religiosa de los nuevos doctores, depositando el germen divino en una tierra ingrata. El Padre, á su ruego y en su honor, enviará el Espíritu que cultivará este germen, le dará calor y lo fecundará. El trabajo del Consolador, dedicándose á hacer revivir en la memoria de los discípulos las palabras de Jesús, y precisando su sentido exacto á inteligencias en adelante esclarecidas con sus luces, será decisivo.

Sabemos, efectivamente, con cuán maravillosa energía fué llevada á cabo esta misión. Desde el principio, el Espíritu Santo, por la Escritura y la tradición, conservó el dogma cristiano; en la serie de las edades, lo desarrolló con definiciones infalibles inspiradas á la Iglesia. Como Jesús fué el Redentor de la humanidad, así fué Él su Doctor. Si el Hijo creó la vida, el Espíritu la distribuyó. Esta existencia perpetua, asegurada á los Apóstoles, será una garantía contra las flaquezas de su propio espíritu y las empresas de la razón humana, de manera que, á pesar de todo y de todos, el Defensor y Doctor celestial bastará á hacer prevalecer la verdad.

Después de una pausa, motivada indudablemente por una de las ceremonias finales de la cena, añadió Jesús: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo.» Efectivamente, nada hay en ella de semejante ni en el fondo ni en la forma. Mientras que la paz

del mundo, completamente exterior, yendo de fuera á dentro, es siempre mentirosa y perecedera como los falsos bienes que la constituyen, la paz de Jesucristo es toda interior, verdadera, durable. Yendo de dentro á fuera, proyecta una serenidad real sobre la vida, aun sobre la más desgraciada y turbada. En el momento en que habla, ¿no nos ofrece Jesús en sí mismo la mejor prueba de ello? ¿Hay algo más hermoso que el espectáculo de su alma, conservando la calma más inalterable, porque se siente fuerte en el deber cumplido, en su Dios á quien ama y en sus esperanzas futuras?

Tal felicidad es desconocida del mundo, y cuando éste, por conveniencia, proclama la paz, la propone ó la anhela, sabemos que su palabra tiene sólo por resultado comprobar una necesidad de nuestro corazón, más fácil de confesar que de satisfacer. Jesús, por lo contrario, la ofrece y asegura realmente, porque, después de haber enseñado la virtud, da fuerzas para practicarla. Ahora bien, sólo Él concede al alma la tranquilidad del orden, que es la paz verdadera.

«Así, pues—concluye Jesús, volviendo á la primera parte de su discurso,—no se turbe vuestro corazón, no se acobarde. Ya habéis oído que os he dicho: Voy y vengo á vosotros. Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo.» Muy dolorosa será la vía por la cual irá á su Padre, y, sin embargo, brinda á los suyos á que se regocijen de su partida. ¡Qué magnanimidad! ¡Cuánto heroísmo! ¡Cuán visiblemente divino es todo esto!

Seguramente, los partidarios de Arrio estuvieron mal inspirados al buscar en este pasaje una prueba de la inferioridad del Hijo respecto del Padre. Sin duda, acaba Jesús de colocarse explícitamente debajo de su Padre, mas no sin razón; hablando, en efecto, como hombre, puesto que saluda la recompensa eterna después de la muerte, no puede menos de reconocerse inferior á Dios. Con todo, si se observa más de cerca, la misma comparación que establece

entre Él y su Padre, se convierte en una prueba de que, aun siendo hombre, se cree Dios. ¿Qué sabio diría en serio: Dios es más grande que yo? ¿Puede parangonarse la nada con el infinito? Toda aproximación ¿no supone á lo menos un término comparable? Ahora bien, en Dios, que es el acto puro, el ser simple por excelencia, no hay más que un solo término, el Ser; y, para compararse á Él, es preciso tener en sí el Ser que constituye la divinidad. Jesús lo posee por la unión hipostática, por eso puede hacer una comparación. Si solamente tuviese á Dios en Él, difícil sería entender que fuese menos que el Padre ⁽¹⁾; pero tiene también el hombre, y por esta parte parece como amonorado. De Dios se ha hecho esclavo, he aquí por qué encontrará su felicidad en volver á ser Dios; no que en realidad se haya humanizado su divinidad en el hombre, como tampoco su humanidad se divinizó en el Dios; sino que del mismo modo que estuvo Dios ligado íntimamente á las humillaciones del hombre, será el hombre eternamente asociado á la glorificación del Dios. Este consolador pensamiento enseña á los Apóstoles á que miren la muerte de Jesús, no como un mal, sino como el camino de la rehabilitación y del triunfo.

«Y ahora—prosigue Jesús,—os lo he dicho antes que sea, para que lo creáis cuando fuere hecho. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo. Mas nada tiene en mí. Con todo, para que el mundo conozca que amo al Padre, y cómo me dió el mandamiento el Padre, así hago; levantaos y vamos de aquí.» Por el pecado, tiene, pues, Satanás cierto derecho sobre los

(1) Algunos Padres de la Iglesia, y de los más autorizados, conceden que, aun como Dios, el Hijo podría decirse inferior al Padre, no porque en realidad sea inferior, puesto que son una misma cosa, sino porque el título de Hijo, engendrado y vivo en el seno del Padre, implica como una especie de subordinación. De todos modos, observan los santos Doctores, dicha subordinación no crea una desigualdad real, porque ser Hijo en Dios, es ser la reproducción perfecta del Padre; y no habiendo sido hecho ni creado, sino engendrado, este Hijo es tan anciano como el Padre, puesto que no podría existir Padre sin Hijo. En este sentido puede decirse á la vez que el Hijo es inferior al Padre, por más que en realidad sea su igual.

pecadores. Sobre el justo nada puede sino cuando Dios lo permite. De esta manera, da Jesús, una vez más, testimonio á su pureza perfecta. Con un acento de sinceridad que se impone, se declara exento de pecado, y, por consiguiente, otra cosa que un desgraciado hijo de Adán. No va á entregarse para expiar sus faltas, sino para borrar las nuestras. Así lo ha exigido el Padre. He aquí la víctima que se levanta á buscar á los verdugos. Tal es el último cumplimiento del *Ecce venio*.

CAPÍTULO VII

Segundo discurso de despedida, al levantarse de la mesa

Jesús es la vid, nosotros los sarmientos, el Padre el labrador. — Estar unido á Jesús es la alegría verdadera. — Amar á sus hermanos es continuar lo que hizo el Señor. — El mundo está lleno de odio contra los Apóstoles, contra Jesús, contra Dios. — La venida del Espíritu Santo. — Su papel en la lucha. — Consoladora profesión de fe arrancada á los Apóstoles como conclusión de este discurso (*Juan*, XV y XVI.)

En efecto, á la invitación del Señor, levántanse los Apóstoles. ¿Han recitado el final del Hallel ⁽¹⁾, ó ha juzgado Jesús que sus propios discursos eran el himno más hermoso que pudo cantar á la gloria de su Padre y el adiós más conmovedor que pudo dirigir á sus amigos? No lo precisa el Evangelista, pero nos permite entrever á los Apóstoles poco diligentes en abandonar la sala del festín. Tal vez, como en la Transfiguración, deseaban ver prolongadas aún estas santas y suaves expansiones, en las que, á través de la significativa ondulación del pensamiento y de la emoción, el alma del Señor, llena de ternura, se entregaba en toda su belleza. Tal vez también el temor, el afecto, la incertidumbre de lo que iba á suceder los tenía inmovilizados. Jesús mismo pareció experimentar algún sentimiento en romper tan dulce conversación.

Al verlos silenciosos y en pie alrededor de Él, el recuerdo de los misterios eucarísticos que acaba de instituir como signo de unión con ellos, y la perspectiva de los es-

(1) El texto de *Mateo*, XXVI, 30, y de *Marcos*, XIV, 26, *et hymno dicto, exierunt*, parece decirlo, á menos que aluda á los magníficos discursos conservados por San Juan, y que son en realidad un himno incomparable.

fuerzos intentados por el enemigo para romper los lazos que quiso hacer indisolubles, le dictan una recomendación suprema. Su sangre, ofrecida bajo la especie de vino para transfundir su vida en las venas de la humanidad, parece indicarle mejor que nada el papel que ha de cumplir en la nueva sociedad. Quiere que la idea de que está lleno sea sensibilizada al punto y popularizada para siempre por una imagen. Un emparrado, que quizás, extendía sus vigorosos sarmientos á lo largo de la terraza, que debía atravesarse á la salida de la alta sala ⁽¹⁾, le dió pie para el símbolo deseado. No es raro hallar en las terrazas de Palestina estas hermosas parras. Dijo, pues: «¡Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador!»

Sabido es que Dios había colocado á Israel en medio de los pueblos como su viña escogida y privilegiada ⁽²⁾; y así debía recordarlo á los judíos el racimo de oro suspendido á la puerta del Templo restaurado por Herodes ⁽³⁾. Pero esta viña había degenerado, y más de una vez, se indignó Dios de su transformación, de su esterilidad ó de los frutos amargos que producía ⁽⁴⁾. El Mesías era, pues, en quien, según Isaías ⁽⁵⁾, debían realizarse los destinos y el ideal de Israel en cuanto á fecundar la viña llamada á cubrir el mundo con sus ramas y alimentarla con su vida. Si Él era la luz verdadera, comparado con Juan Bautista que fué sólo un resplandor pasajero que conducía á la gran luz; si era el verdadero pan de vida, con relación al maná, que alimentaba sin preservar de la muerte; si era el verdadero y buen Pastor en comparación de los falsos pastores de

(1) El recuerdo de la copa consagrada pudo también haber inspirado la comparación de que se sirve aquí Jesús. Este sería el único indicio que se descubriría, en San Juan, del acto misterioso realizado por la institución eucarística.

(2) El Salmo LXXIX, 8-19, en particular, nos muestra esta vid tomada por Dios de Egipto y plantada por Él, después de haber apartado las naciones para hacerle lugar, y que, después de sorprendente fecundidad, es abandonada á una devastación más sorprendente todavía. V. *Oseas*, X, 1; *Is.*, V; *Ezeq.*, XIX, 10.

(3) *Ant.*, XV, 11; *B. J.* V, 4.

(4) *Jerem.*, XI, 21; *Is.*, V, 2.

(5) *Isaías*, XLIX, 3.

Israel, es mejor aún la verdadera vid del Señor en medio de las naciones. De su corazón brotará la savia que fructificará en las ramas, es decir, en la Iglesia, cuyos miembros le están unidos; y, por la novedad de los hermosos frutos que le hará producir, llamará la atención y preparará la transformación de los pueblos incrédulos. El labrador que vela sobre la viña, es el Padre, y el trabajo á que se dedica, con respecto á ella, consiste en cortar los sarmientos estériles y expurgar los sarmientos fecundos de los retoños inútiles que perjudicarían á la concentración de la savia en el racimo y al desarrollo del fruto. «Todo sarmiento que no diere fruto en mí—prosigue el Salvador—lo quitará, y todo aquel que diere fruto, lo limpiará para que dé más fruto.» La semejanza comprende, pues, solamente á las almas ya injertadas en el Salvador por la adhesión á su doctrina, mas cuyas disposiciones son diversas. Unas producen fruto, con lo cual demuestran su comunicación con el tallo divino mediante la fe, que se manifiesta en sus obras. Á éstas se complace el Padre en cuidarlas con dureza aparente, pues no duda en someterlas al hierro mortífero para limpiarlas, expurgarlas y fortalecerlas; no les falta ninguna suerte de pruebas, hasta que, desprendidas de las superfluidades de la vida, trabajan solamente para glorificar á Dios. Otras se mantienen en el tronco, mas su fe estéril es una fe muerta, y el Padre, que las ve, apenado, recargar demasiado tiempo la viña mística con su inutilidad, permite que se desprendan por la herejía, la incredulidad y la muerte.

Los Apóstoles son sarmientos vivos y llenos de esperanza. Jesús los tranquiliza, advirtiéndoles que Dios ha ejercido ya sobre ellos su ciencia de viticultor. «Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado.» La palabra divina, en efecto, como cuchillo cortante, penetró sus almas, cercenando en ellas el egoísmo, la indiferencia y demás pasiones que las deslucían. La operación, á decir verdad, no es completa; mas esta palabra trabajará todavía sus naturalezas vigorosas, y, cesando de difundirse la

savia por los brotes inútiles, se convertirá, por fin, el día de Pentecostés, en riquísimos y suavísimos frutos. Por de pronto, nada han de hacer sino mantenerse unidos al tronco mediante una fe viva. La fe es, efectivamente, el injerto que los injerta en Jesucristo; es la articulación que une el miembro al cuerpo y le comunica la vida. «Estad en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto sino estuviere unido á la vid, así vosotros no podréis llevar fruto si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en mí, y yo en el, éste lleva mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada.» La primera condición de vida y de fecundidad para el sarmiento, es su unión á la cepa. Lo mismo pasa con el hombre en el mundo sobrenatural. Nada puede si no está en comunicación perpetua con la savia viva que brota de Jesús, tronco divino destinado á sostener toda la humanidad. Claramente se halla aquí indicada la insuficiencia de nuestra naturaleza y cuán impotentes son las humanas virtudes para producir frutos de vida eterna, si no están animadas por el sople del Redentor.

Sin embargo, la afirmación categórica de la necesidad de la gracia no entraña la negación de la libertad; así, al imponernos Jesús el mandamiento de permanecer en Él, supone la facultad de separarnos de Él á nuestro arbitrio; y tanto que, al lado de este cuadro en que el sarmiento, unido voluntariamente á la cepa, multiplica sus frutos maravillosos, coloca el otro en que el sarmiento, con un abuso de su libre albedrío, se separa del tronco que debía darle la vida, parangonando así la dichosa suerte del uno con el triste destino del otro, es decir, la consagración del mérito de los buenos y el demérito de los malos. «El que no estuviere en mí será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo meterán en el fuego, y arderá.» ¡Exclusión fatal que conduce á la hoguera! Separándose de Jesús, el hombre se separa del alma de la Iglesia, y, cesando la gracia de sostener su vida espiritual, se seca, en vez de dilatar su vegetación en flores y frutos; es recogido en se-

guida por la muerte en su esterilidad, y Satanás lo arroja al fuego para que arda ⁽¹⁾.

¡Cuán diferente es la suerte del fiel! «Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanto quisiereis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y en que seáis mis discípulos.» En esta unión íntima en que el hombre y Jesús se entregan mutuamente, aquél en su fe y Éste en su palabra, no tenemos más que pedir para que sean despachados nuestros deseos. La razón de ello está en que si, por una parte, estos deseos, dictados por el amor de Dios, son necesariamente razonables, por otra, acogidos por el corazón de quien se dará enteramente por nosotros, de ningún modo pueden ser rechazados por su infinita benevolencia. Cuanto pidamos, permanecerá siempre inferior á lo que Él ya nos haya dado. Entonces se cubrirá de frutos el sarmiento, y, por ellos, la vid glorificará y alegrará al viticultor. Después de su vida mortal, Jesús glorificará al Padre aquí bajo, no ya personalmente, sino á través de sus discípulos, en quienes hará florecer sus propias virtudes. De este modo mostrará gratitud á los que se convirtieron en canales fieles de su propia vida; estos tales serán verdaderamente sus amigos.

¿Podrían declinar los Apóstoles misión tan elevada? «Como el Padre me amó, así también yo os he amado; perseverad en mi amor.» Sí, porque este amor es generoso. Compréndese que el Padre haya amado al Hijo que era su imagen, reflejo de su belleza y de su pensamiento; pero los Apóstoles ¿qué eran respecto de Jesús? Nada tenían de Él, y, sin embargo, el Padre los amó como le amó á Él mismo. La conclusión que de ahí se sigue es que, rodeados de este amor, deben complacerse en Él y perseverar en Él, fielmente como perseveró Él en el amor de su Padre. «Si

(1) San Agustín, *in Jo.*, tract. LXXXI, ha dicho muy acertadamente sobre este pasaje: «Ligna vitis tanto sunt contemptibiliora, si in vite non manserint, quanto gloriosiora, si manserint. Unum de duobus palmiti congruit, aut vitis, aut ignis. Si in vite non est, in igne erit; ut ergo in igne non sit, in vite sit.»

guardareis mis mandamientos—prosigue,—perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor.» Seguir la voluntad de otro es modelar nuestra vida sobre su vida, tomar por regla el pensamiento mismo que lo gobierna, en una palabra, unir íntimamente nuestra alma á su alma, y, por consiguiente, demostrarle, del modo más elocuente, todo nuestro afecto. Jesús atestiguó su amor á su Padre por su fidelidad absoluta; á nosotros nos toca atestiguar el nuestro al Salvador con una fidelidad semejante; en esto está el origen de la perfecta felicidad.

Estas recomendaciones del divino Maestro aseguran, en efecto, la felicidad á quienes las escuchan para hacer de ellas la ley de su vida. «Estas cosas os he dicho, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.» El gozo que encuentra Jesús en su unión con el Padre es inefable, y no lo será menos el que comunique á sus fieles en la unión que les propone; porque inundará el corazón del hombre, teniendo algo de infinito como Dios, de donde procede. De la misma manera que, un momento antes, daba su paz, así promete ahora el Señor su gozo; es suyo porque lo gusta con gran viveza. Demuestra la experiencia que las almas más dichosas son siempre las que más unidas están con el Salvador, pues gozan á la vez, no sólo de la felicidad que Jesús les comunica con el delicioso sentimiento de su presencia, mas también de la que le dan ellas mismas con su afecto, su valor y su generosidad. De tal suerte que este gozo se acrecienta á medida que se desarrolla en nosotros la capacidad de amar al Salvador y la certidumbre de ser amados de Él.

Y por cuanto la caridad debe asegurar el éxito de la obra mesiánica y el resultado de la Redención, repite el Señor en todas sus formas el precepto divino. Después de haber ordenado que nos unamos á Él, como Él está unido al Padre, y que amemos así en Él al Padre, va á ordenar que queramos á los hombres, como Él mismo ha querido á sus discípulos. Siendo el modelo y el origen de la caridad

en todas sus direcciones y bajo todas sus formas, tiene perfecto derecho á convertirse en legislador de ella.

«Este es mi mandamiento ⁽¹⁾,—dice,—que os améis los unos á los otros como yo os amé.» De esto depende la vida de la Iglesia y el perfecto desarrollo del espíritu cristiano. Por eso la religión nueva se diferenciará esencialmente de todas las religiones humanas; por eso desafiará todos los esfuerzos del enemigo; por eso desarrollará toda su vida y asegurará su triunfo definitivo. Empero toma de muy alto el ejemplo y el motivo de esta caridad. Príncipe que no declina él mismo las obligaciones de sus súbditos, empieza por realizar en sí lo que mandará á los demás, é interpreta magníficamente, en su propia vida, la ley que puede admirarlos. Como Él nos ha amado, es preciso que amemos á nuestros hermanos, y nuestra caridad debe ser tan generosa como grande es la suya. Pues bien, va á decir lo que fué la suya, á fin de no solamente precisar nuestro deber, sino facilitar sobre todo su cumplimiento. ¡Con qué delicadeza, en efecto, recuerda á los discípulos cuánto ha hecho por ellos, y, por consiguiente, lo que tiene derecho á pedirles! «Ninguno—dice—tiene mayor amor que este, que es poner su vida por sus amigos.» Esta proposición general alude á las heroicas disposiciones de su corazón. Sabe perfectamente, é insinúa, que el gran modelo de la caridad es Él mismo; porque, para seguir el impulso de esta caridad, se dejará conducir á la muerte. «Vosotros sois mis amigos—dice insistiendo en estas palabras, que establecen la unión entre su proposición general y las deducciones que quiere sacar,—vosotros sois mis amigos, si hicieréis las cosas que yo os mando. No os llamaré ya siervos ⁽²⁾, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas

(1) Dice *mi* mandamiento en el sentido en que, no ha mucho, había dicho: un mandamiento *nuevo*.

(2) Desde mucho tiempo hacía (*Luc.*, XII, 4) les había dado el título de amigos y había vivido incesantemente con ellos en la mayor intimidad, confiándoles los secretos de su destino. (*Juan*, VI, 63; *Mat.*, XVI, 21). Sin embargo, como poco después, en el vers. 20, les llame aún siervos, han propuesto algunos asimilar *οἰκέτι* á *οἰκ*, que con frecuencia debe traducirse por *no*

á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre ⁽¹⁾. No me elegisteis vosotros á mí, mas yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto, para que os dé el Padre todo lo que pidieréis en mi nombre.» La fuerza del pensamiento parece que procede aquí en progresión descendente. El primer acto de caridad, para Jesús, fué el colocado por Él en último lugar, y el último será el que anuncia primero. Empezó, en efecto, por elegir libremente, por su propia iniciativa, á los Doce. Nada les debía y los amó hasta llamarlos á la vocación más gloriosa y más fecunda. ¡Qué primer testimonio de amor! Les concedió la dignidad de Apostóles, la de difundir un bien real y duradero, y aun la de tener, mediante la oración, el poder de Dios en su mano. Y no se limitó á esto su ternura. Haciendo de ellos sus enviados, sus heraldos, podía tenerlos en legítima humillación ante Él. La honra de ser llamados á servir á tal Señor era ya muy superior á sus méritos. Y, sin embargo, de sus Apóstoles quiso hacer amigos, viviendo con ellos, no ya en relaciones oficiales, sino en las más tiernas expansiones de confianza. En fin, con una caridad que sobrepuja á todas las demás, dará por ellos su vida, y en las condiciones más dolorosas. De todos modos, este acto, el último en el orden cronológico, permanece el primero en el orden lógico, porque, en previsión de su muerte expiatoria, los discípulos han sido hallados dignos de entrar en su intimidad y de llenar con éxito las funciones del Apostolado. De este modo, el orden seguido por San Juan, conserva todo su rigor y, después de su admirable digresión, asístele al Señor el derecho de concluir

tanto, y traducen así el pasaje: «No tanto os he llamado siervos como amigos.» Así se suprime toda dificultad, porque Jesús declara que los ha mirado simultáneamente como siervos y como amigos. En todo caso, su bondad no ha titubeado en concederles este último título.

(1) Quiere decir solamente lo que podía soportar su flaqueza; en efecto, declarará más tarde (XVI, 12), que tiene muchas cosas que decirles, pero que deja al Espíritu Santo el cuidado de enseñárselas.

volviendo á su punto de partida: «Esto os mando, que os améis los unos á los otros ⁽¹⁾.»

Con transición natural, frente á la Iglesia, que funda sobre los lazos de la caridad, coloca al mundo, esta sociedad de odio, que será el adversario implacable de su obra. El cuadro que va á delinear de su malicia debería, como todo lo restante, determinar á los fieles á mantenerse unidos entre sí en la caridad y, por Jesucristo, unidos á Dios en una fe inquebrantable. La tercera parte de esta alocución será así la confirmación de las dos primeras.

«Si el mundo os aborrece—dice,—sabad que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo.» Es un consuelo para los cristianos perseguidos pensar que sufren por causa del Maestro, porque el mundo persigue en ellos al Maestro. Deben sentirse orgullosos de llevar su semejanza á un grado tan asombroso que haga revivir á los ojos del mundo su recuerdo, su espíritu y sus divinas influencias. Por lo demás, si el mundo los persigue, es porque han cesado de ser sus partidarios, y éste es un signo de su santidad y de su gloria verdadera. Extraña anomalía sería el ser bien vistos de él; donde la cabeza es maldita no pueden ser honrados los miembros; por otra parte, los discípulos son llamados á representar, en medio del mundo, las ideas que son viva condenación de éste. Como son detestados los tráfugas, así serán detestados por el mundo los que lo hayan abandonado para seguir á Jesucristo.

«Acordaos de mi palabra que yo os he dicho: el siervo no es mayor que su señor. Si á mí han perseguido también os perseguirán á vosotros; si maliciosamente han

(1) Alguien ha notado, con mucha razón, que, desde el principio, este último discurso procede por una serie de frases que no tienen una sola partícula de unión. En San Juan es esto sorprendente, porque de ordinario las multiplica. Explícate aquí naturalísimamente por la emoción profunda que llenaba el alma de Jesús; y la emoción arroja sus frases sin unión, como suspiros.

espiado mi palabra, así espiarán la vuestra ⁽¹⁾; y todas estas cosas se harán por causa de mi nombre, porque no conocen á Aquel que me ha enviado.» Sí, el odio del mundo contra los discípulos tendrá por origen el odio de Jesucristo; mas éste tendrá por causa el desconocimiento de Dios; y, de la misma manera que es grande el crimen de menospreciar á los Apóstoles, sobre todo porque se menosprecia en ellos al Maestro que los envía, así la incredulidad hacia Jesús es tanto más culpable cuanto se resuelve, en último resultado, en la incredulidad para con Dios mismo. «Si no hubiera yo venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado, mas ahora no tienen excusa de su pecado.» Hubieran podido, en efecto, no ser absolutamente responsables, porque vivían en la ignorancia; en adelante no podrá invocarse este pretexto, porque les ha sido auténticamente anunciada y probada la verdad. La evidencia de la manifestación mesiánica, que se imponía por el milagro, ha puesto á Dios en juego, y todo incrédulo ante el Evangelio se ha convertido en incrédulo ante Dios mismo. «El que me aborrece también aborrece á mi Padre. Si no hubiese hecho entre ellos obras, que ninguno otro ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora ya las han visto, y me aborrecen á mí y á mi Padre. Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Que me han aborrecido de grado ⁽²⁾.»

He aquí, pues, la malicia del mundo, enemigo de los Apóstoles, enemigo de Jesucristo y enemigo de Dios. Pero, por grande que sea esta malicia, no triunfará. Frente al alzamiento sacrílego de la incredulidad, habrá un in-

(1) El verbo *τηρεῖν*, *guardar*, no puede traducirse aquí por *seguir*, sino en sentido irónico, porque Jesús quiere decir que la palabra de ellos no será más respetada y obedecida que la suya. El sentido natural de la frase debe, pues, hacernos ver esta palabra despreciada. Por eso tomamos el verbo *τηρεῖν* en el sentido de *guardar ó espiar maliciosamente* para atacarlo, como si fuese *κατατηρεῖν*. Los Setenta (*Gén.*, III, 15, *Jer.*, XX, 10) lo emplean en este mismo sentido.

(2) Alude Jesús á los Salmos XXXIV, 19, y LXVIII, 5, en que, confesando su locura y sus faltas, David, el justo imperfecto, se queja del furor ciego y malo de sus enemigos. Su pensamiento va, sin embargo, más lejos, y mira al Justo perfecto, como el objeto principal de esta malicia de Israel.

menso é irresistible testimonio de la fe que derribará á los malos. «Pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí, y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.» El Espíritu está, pues, en el Padre, como el Hijo, desde toda la eternidad; y de la misma manera que Éste ha salido de Él por la Encarnación, Aquél saldrá por su efusión. El Hijo le envía, como Él mismo había sido enviado por el Padre, y de esta subordinación en la consubstancialidad, ha concluído legítimamente la Iglesia católica que el Espíritu Santo procede del Hijo, lo mismo que del Padre. La razón teológica lo establece, por otra parte, con evidencia. La noción teológica que tenemos de la Trinidad nos demuestra al Padre engendrando desde toda la eternidad su Pensamiento ó su Verbo; engendrándolo, lo ama con amor infinito, y el mismo Verbo se refiere naturalmente al Padre, que es su principio, para profesarle un amor igual; ahora bien, esta misma relación de amor entre las dos primeras personas constituye la vida y nos da idea de la tercera. Pero ¿quién no ve que esta relación procede lo mismo del Hijo que del Padre, puesto que es la resultante de los dos amores? El Espíritu es el lazo que une tan estrechamente al Hijo como al Padre, y que procede de ambos á la vez, para unirlos en su infinita personalidad.

Él será testimonio autorizado y elocuente. Su palabra resonará ante todo en el corazón de los Apóstoles, á quienes iluminará y armará con todas las fuerzas de la verdad. Mas Él tendrá también una voz exterior que trastornará el mundo, un soplo que hará revivir las naciones muertas en el error. Seguramente los Apóstoles le rendirán su testimonio personal; porque vieron á Jesús desde el principio, y pueden contar sus obras, aun sin el concurso del Espíritu Santo, pero la poderosa eficacia de su palabra provendrá sobre todo de la resonancia, del acento persuasivo, de la luminosa claridad que le dará el Espíritu.

Así, aunque distintos, estos dos testimonios se confundirán en uno solo (1).

Fuertes en esta promesa que asegura su triunfo, no han de descorazonarse ni abatirse jamás, suceda lo que suceda. La última palabra será para la verdad y la virtud, y los impíos, á pesar de sus violencias, serán aplastados bajo el testimonio divino. «Esto os he dicho, para que no os escandalicéis—observa Jesús.—Os echarán de las sinagogas, y viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará que hace servicio á Dios (2). Y os harán esto, porque no conocieron al Padre ni á mí.» Nada peor que el fanatismo religioso: es la pasión humana autorizándose con la inspiración divina. ¡Qué desgracia imaginarse ser agradable á Dios, matando á sus hermanos! Y, sin embargo, esta desgracia es posible, cuando no se posee la verdad ni la caridad, es decir, cuando no se está bajo el rayo de la luz celestial. El ejemplo de Pablo es prueba de ello (3).

«Mas todo esto os he dicho para que, cuando viniere la hora, os acordéis de ello, que yo os lo dije.» Así, pues, en aquellos días de persecución, no tendrán que creer que Jesús los abandonó á sus enemigos ni, con mayor razón, que los hubiese engañado. Después de la profecía del Maestro, encontrarán en las pruebas que los esperan la razón misma de su fe, y en su fe el motivo de su constancia. «No os dije estas cosas, (4) al principio, porque estaba con vosotros.

(1) Puede también entenderse, por este testimonio del Espíritu, su acción, que formará nuevos apóstoles, instruyendo á los neófitos, y dándoles, con la virtud de obrar milagros, una boca á la que nadie podrá resistir. En este sentido dirá más tarde San Pedro (*Hechos*, V, 32): «Y nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, dado por Dios á los que le obedecen.»

(2) Estas palabras corresponden á una máxima célebre del fanatismo judío: «Omnis effundens sanguinem improborum, aequalis est illi qui sacrificium facit.» (*Bamidbar*, *Rabba*, fol. 329). Verdad es que Moisés (*Exod.*, XXXII, 29) había dicho á los levitas que mataron á los idólatras: «Consecrastis manus vestras.»

(3) *Hechos*, XIII, 3; IX, 1 y *Galat.*, I, 13 y 15.

(4) Estas palabras originan alguna dificultad, porque hemos oído á Jesús profetizar á los suyos el odio del mundo. (*Mat.*, V, 10 y sig.; X, 16, 18). Algunos imaginaron que *ταύτα*, en el texto de San Juan, significaba mucho más la venida y la obra próxima del Espíritu Santo que las persecuciones. Según

Mas ahora voy á aquel que me envió.» Mientras Él estuvo allí, Él mismo afrontó la tempestad, en nombre de todos, y los preservó de sus efectos. En adelante, no será así, y los Apóstoles no deben ignorar que les aguardan días malos.

«Pues bien—dijo volviendo de nuevo á su tranquilizadora promesa—ninguno de vosotros me pregunta: ¿Á dónde vas? ⁽¹⁾ Y porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón.» En vez de no ver más que las penas ó las pruebas, conviene tener presente la recompensa. Después de los dolores de la vida presente, hay algo más; ¿por qué perderlo de vista? Esta perspectiva disipa toda tristeza. Puesto que la cruz tiene dos caras, ¿por qué detenerse á no mirar sino una, la que rompe el corazón, y olvidar la que consuela? Jesús, pues, les recuerda que va á la gloria de su Padre.

«Mas yo os digo la verdad: os conviene á vosotros que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré.» Hemos visto más arriba cuál era el sentido de estas palabras, y por qué la partida de Jesús debía preparar la llegada del Espíritu Santo. La reconciliación de los hombres con Dios estaba subordinada á la expiación del Calvario. Ahora bien, el Espíritu no podía ir á los que vivían en el pecado.

ellos, el primer *radra*, vers., 1, se entiende del odio que Jesús profetiza á los Apóstoles para evitarles el escándalo; el segundo, vers., 4, es repetición del primero, y significa lo mismo; el tercero, que debería ser *ekéira*—San Juan escribió *radra* por hebraísmo,—significa la misión y la asistencia del Espíritu Santo. No les ha hablado antes, porque estaba con ellos; mas ahora que los va á abandonar, debe sostenerlos anunciándoles el Consolador. Otros, y entre ellos M. Godet (*Comment. sur S. Jean*, vol. III, 447), declaran que San Mateo agrupa, según su costumbre, en las instrucciones dadas á los Doce, cuanto les había dicho en diversas épocas, y creen que Jesús no les habló realmente de las pruebas que los aguardaban sino hasta el postrer momento. No son fundadas las explicaciones en las que se pretende establecer con San Crisóstomo, Eutimio y varios modernos, que Jesús anuncia aquí las pruebas de los Apóstoles con minuciosidad ó con los más vivos colores. Para convencerse, basta comparar los textos.

(1) Pedro le había hecho ya esta pregunta, *Juan*, XIII, 36, y la había repetido Tomás á su vez, *Juan*, XIV, 5; pero no en el sentido que quería Jesús. En todo caso, no han insistido más en ella para profundizarla y prefieren

He aquí por qué, según la doctrina de San Pablo ⁽¹⁾, «Jesús debió hacerse maldición por nosotros, para obtenernos el Espíritu Santo.» Lógicamente, antes de adornar algo, lo purificamos; pues bien, no había purificación posible antes de la muerte del Redentor. Este debe, pues, intervenir como causa primera, y la venida del Espíritu sigue, como el fruto procede naturalmente del grano del trigo muerto para darle la vida. Históricamente hablando, sólo después de su Pasión y su Resurrección, dice Jesús á los Apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo.»

Obtenido al precio de un sacrificio tan duro, el Espíritu resarcirá al Salvador de sus humillaciones con la demostración de su divinidad y la consagración de su triunfo en la tierra. «Y cuando Él viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.» Y explica al punto el sentido y el alcance de esta victoria: «Del pecado ciertamente, porque no han creído en mí; y de la justicia, porque voy al Padre y ya no me veréis; y del juicio, porque el príncipe de este mundo es ya juzgado.» La acción del Espíritu consistirá en convencer á los hombres del pecado del mundo, de la justicia de Jesucristo y del juicio de Satanás. En términos análogos ⁽²⁾, había pintado Jesús el resultado de su muerte en la cruz. Aquí se aplica á dar á entender que, si su papel es el de alcanzar el triunfo, la acción del Espíritu será hacer ver á todos el triunfo alcanzado.

El pecado del mundo está en su incredulidad, la cual, después de las obras de Jesús, era ya inexcusable, pero que, transformándose desde el principio en odio homicida, lo será mucho más cuando haya maldecido y muerto al Cristo. Condenar á muerte al Salvador y crucificar al Hijo de

quedarse con los tristes pensamientos de la prueba, sin inquietarse ya por las alegrías de la recompensa futura. El Señor hubiera querido encontrar, en aquella hora de dolorosa separación, menos abatimiento en sus almas, y más vivo deseo de entrever lo de más allá de la tempestad que iba á estallar.

(1) *Galat.*, III, 13, 14.

(2) *Juan*, XII, 31 y 32.

Dios ¿no es el hecho más inaudito? El Espíritu Santo, por boca de los Apóstoles, lo reprochará severamente al judaísmo, y, convenciéndole de su crimen, llegará más de una vez á darle á entender la necesidad del arrepentimiento (1). Existe, pues, una diferencia entre la acción que el Espíritu intenta en el mundo y la intentada por Satanás. El mundo es convencido de su pecado, y Satanás lo es de su juicio. El pecado no excluye definitivamente la penitencia y la rehabilitación. El juicio consuma la desgracia. En la serie de los siglos, los predicadores del Evangelio no harán otra cosa que servir de órgano al Espíritu Santo, reprochando al mundo su infidelidad y los vicios que son su consecuencia inevitable.

La justicia de Jesús quedará establecida por su resurrección (2). Los hombres le han condenado como culpable; Dios le glorificará como justo; aquéllos lo han matado, Éste lo resucitará; y, para que no haya la menor duda sobre la rehabilitación, el cuerpo mismo de la víctima será entregado á los verdugos. El triunfo del Justo será, pues, completo. Volverá á su Padre, y, recibido en la divina gloria, los hombres no le verán más. La humanidad, así convencida de haber desconocido al Enviado del cielo, ¿se moverá por fin á postrarse de hinojos ante Aquel á quien habrá crucificado, y adorar á Aquel á quien habrá maldecido? La acción del Espíritu Santo la inducirá á esta retractación leal, y sobre todo, saludable.

En cuanto al príncipe de las tinieblas, el Espíritu establecerá que queda definitivamente juzgado. Satanás, herido de impotencia en su malicia, derrotado al pie de la cruz, derribado por su víctima, cuya resurrección no habrá podido impedir, será definitivamente desposeído de su tiránico poder. El mundo no tendrá más que abrir los ojos para comprobarlo. Es evidente que la querrela del infierno con Jesucristo habrá terminado, que la lucha habrá con-

(1) *Hechos*, II, 38; y III, 19.

(2) Muchos han supuesto que podía tratarse igualmente aquí de lá justicia puesta por la muerte de Jesús al alcance de todos.

cluído, y que, por una sentencia sin apelación, el malo habrá sido declarado vencido.

Mientras que Él convencerá de esta suerte al mundo, el Espíritu Santo instruirá á los fieles y completará la obra doctrinal del Salvador. «Aun tengo otras muchas cosas que deciros, mas por ahora no podéis comprenderlas—añade el Maestro.—Cuando, empero, venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os pronunciará las venideras.» Al modo que Moisés, en el momento de dejar al pueblo de Israel, le consolaba designando á Josué como su nuevo guía ⁽¹⁾, así Jesús declara á sus fieles que el Espíritu los introducirá en el corazón de la verdad religiosa. Sin duda que Él mismo les ha distribuído las enseñanzas que eran capaces de entender, los ha sacado de Egipto y del desierto, arrancándolos de la esclavitud y las incertidumbres del error; les ha asegurado también la posesión de la tierra prometida; pero no entrarán en ella plenamente, sino por el Espíritu Santo. A Éste le incumbe abrir sus inteligencias, hacer que nazca la ciencia religiosa, cuyos gérmenes poseen, y multiplicar sus virtudes. Bajo su influencia, el dogma cristiano y la moral serán enteramente promulgados, enseñados y aceptados. Por Él, la nueva sociedad recibirá su regla de fe, sin sufrir jamás las influencias del error y de las pasiones humanas. Él guiará la Iglesia en las deducciones que deberán sacarse de las enseñanzas del Maestro, y constituirá su infalibilidad. Como Jesucristo instruyendo á los hombres era simplemente el eco fiel, el que llevaba la voz del Padre, así el Espíritu será el que lleve la voz del Padre y del Hijo. Vive en ellos, puesto que, procedente del uno y del otro, es el nudo de la vida divina; ¿podría, pues, tener un lenguaje distinto del de Dios? No enseñará solamente lo que es, sino también lo que será; inspirará á los doctores y á los profetas. A aquéllos les revelará la ciencia de la religión que

(1) *Deuter.*, XXXI, 23.

deberán defender, á éstos los secretos de lo por venir que deberán anunciar. Sabido es el papel que los profetas desempeñaron en la Iglesia primitiva. El de los doctores no ha cesado jamás en el transcurso de las edades. Así el Espíritu Santo glorificará al Hijo, terminando su obra.

«El me glorificará—prosigue Jesús,—porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre, es mío. Por eso he dicho que recibirá de lo mío, y os lo anunciará.» El Padre tiene desde un principio la verdad en sí; mas el Hijo, que es su pensamiento, la posee igualmente, y la refleja toda entera. Por otra parte, el Espíritu, que es el amor del Padre y del Hijo, participa también de esta verdad, y la posee eternamente del Padre y del Hijo (1).

El discurso parece interrumpirse aquí. Jesús, en el momento de abandonar la terraza, donde probablemente se había detenido, vuelve de nuevo á la inquietud primera de la hora presente, y añade estas palabras: «Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después, me volveréis á ver, porque me voy al Padre.» Bajo esta forma paradójica, la afirmación del Maestro tendía á despertar una vez más la curiosidad de los discípulos, y motivar una nueva explicación sobre un punto decisivo para su fe.

En efecto, al punto algunos de ellos dijéronse, en un aparte fácil de comprender, puesto que cada uno, en aquel momento, tomaba sus disposiciones para ponerse en marcha: «¿Qué nos querrá decir con esto: Dentro de poco no me veréis; mas poco después, me volveréis á ver, porque me voy al Padre?» Y añadían: «¿Qué poquito de tiempo es este de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos.» No es esta la primera vez que vemos á los Apóstoles embarazados por este lenguaje del Maestro. Su ida al Padre cuando, según sus ideas, era necesario marchar á la conquista del mundo, les había siempre parecido un con-

(1) En un sentido más evidente aún, pero menos profundo, Jesús puede decir que el Espíritu Santo, para glorificarle, tomará lo que es suyo, porque el Espíritu no hará, en efecto, más que proseguir su obra no terminada, fecundar lo que ha sembrado, madurar lo que era suyo. El otro sentido es el mejor.

trasentido, y su vuelta del viaje al Padre tenía algo más ininteligible aún. De ahí las preguntas que se hacían á media voz. Jesús, conociendo que deseaban interrogarle, se adelantó, diciéndoles: «Vosotros estáis tratando y preguntándoos unos á otros por qué habré dicho: Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis á ver. En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis y gemiréis, mientras el mundo se regocijará.» Esta es la historia del día siguiente contada la víspera anterior. Cuando haya espirado en la cruz, Satanás, el mundo, los príncipes de los sacerdotes, se regocijarán; los fieles, los discípulos, los amigos, se afligirán y llorarán; aquéllos cantarán su victoria, éstos lamentarán su aparente derrota.

Sin embargo, esta inquietud de los Apóstoles cesará bien pronto. «Os contristaréis—prosigue Jesús,—pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer en los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le vino su hora; mas una vez que ha dado á luz un infante, ya no se acuerda de su angustia con el gozo de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros á la verdad padecéis tristeza, pero yo volveré á visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo.» Más de una vez los Profetas habíanse servido, para pintar una viva angustia ⁽¹⁾, de la imagen de la mujer que da á luz á un hijo; Jesús se sirve aquí de la misma imagen para significar principalmente el tránsito rápido del extremo dolor á la más viva alegría, y hacer entender lo que había de consolador en esta frase: «Todavía un poco», destinada á indicar la proximidad de la rehabilitación, como había indicado la proximidad del abatimiento. Se le verá súbitamente anonadado y súbitamente glorificado. Si la mujer se alegra diciendo que un hombre ha nacido, los discípulos se alegrarán mucho más repitiendo que Jesús ha resucitado; y su alegría, motivada por el triunfo del Maestro, será tan duradera como este mismo triunfo.

(1) *Miqueas*, IV, 9, 10; *Isaías*, XVI, 17; *Jeremías*, IV, 31; *Oseas*, XIII, 12.

«Entonces no habréis de preguntarme cosa alguna.» El gran hecho de la resurrección, y sobre todo, la venida del Espíritu Santo disiparán todas las dudas é infundirán en sus almas la verdad con toda su evidencia. Poseyendo la verdad de Dios, dispondrán también de su poder; y desde entonces, nada podrá retardar su victoria sobre el mundo, ni turbar su satisfacción de Apóstoles y de conquistadores. «En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre; pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.» Para pedir eficazmente en nombre de Jesús, ó mejor, para hacer que Jesús pida en nombre de nosotros, es preciso haber puesto ya á Jesús en nuestros corazones. Los Apóstoles no habían pedido aún nada en nombre de Jesús, porque no llevaban todavía á Jesús viviente en sí mismos. Estaba reservado al gran prodigio de la Resurrección y á la asombrosa manifestación de Pentecostés el perfeccionamiento de su fe que debía capacitarlos para hablar en su nombre. Se habla tanto mejor en nombre de alguien, cuanto más unido se le está, no tanto por signos exteriores y convencionales como por los pensamientos y el afecto. Ahora bien, esta unión de corazón y de espíritu, en los Apóstoles, debía ser el fruto de su fe probada en el Calvario y definitivamente realizada por las apariciones milagrosas que seguirían á la Resurrección.

«Éstas cosas os he dicho usando de parábolas, pero va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre.» El lenguaje de Jesús, aunque en sí era muy inteligible, quedaba oscuro y misterioso para los Apóstoles. Era como una parábola cuya transparente envoltura no sabían penetrar. Será necesaria toda una revolución para abrir sus ojos cegados, y esta revolución se verificará después de la Resurrección. Solamente entonces deberá Jesús llamar su atención sobre los textos de la Escritura, para hacerles ver su cumplimiento y revelarles así la admirable economía

de la nueva religión. A esto llama hablar abiertamente del Padre, como si, detrás de este nombre del Padre, se abrigase todo el conjunto de esta religión.

La ciencia, no menos que el poder, les será, pues, plenamente comunicada por la oración. Esto es lo que dice, bajo una forma un poco diferente y con una acentuación más viva, repitiendo las palabras que preceden: «Entonces le pediréis en mi nombre, y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros, siendo cierto que el Padre os ama, porque vosotros me habéis amado, y creído que he salido de Dios.» El pensamiento de Jesús está aquí incompletamente expresado: entiende significar que su intercesión, por más que se perpetúe á favor de los suyos, no les será ya necesaria, porque ellos se recomendarán, desde luego, por su fe perfecta, y, sin necesidad de las súplicas de su Hijo, atenderá el Padre á los que ame como vivas imágenes de este Hijo. El objeto del Maestro es dar la más elevada idea del mérito del alma que se adhiere á su divinidad por un acto de fe sin reserva.

«Salí del Padre—dice, precisando una vez más cuál debe ser el objeto primero de esta fe,—salí del Padre, y vine al mundo; ahora dejo al mundo; y otra vez voy al Padre.» Estas cuatro proposiciones resumen toda la religión cristiana. El Hijo sale del Padre y no de la nada, como una simple criatura; por consiguiente, es Dios. Sale del Padre por una misericordia infinita, pues deja la gloria eterna para hacerse hombre, y por su pasión restaurar á la humanidad. He aquí las dos primeras fases de su vida. El contrapeso de estas dos proposiciones está en las dos restantes. Jesús se eleva de la tierra con la naturaleza humana de que se ha revestido, y entra en el seno del Padre que había dejado, llevándose consigo su conquista, á la que glorifica deificándola. Una frase de San Agustín resume estas admirables transformaciones: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus*. He aquí el compendio de la fe cristiana.

Admirados los Apóstoles por este resumen claro y sucinto

del pasado de Jesús y de su porvenir, sorprendidos igualmente de verle adivinar sus más secretas inquietudes, se ponen de acuerdo para formular una profesión de fe que será como su última palabra sobre el Maestro, así como el homenaje al poder de su palabra: «Ahora sí que hablas claro— exclaman,— y no en proverbios. Ahora conocemos que Tú lo sabes todo, y no has menester que nadie te haga preguntas; por esto creemos que TÚ SALISTE DEL SENO DE DIOS.» Esto equivalía á decir que, para ellos, Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Era la antigua profesión de fe de Pedro, convertida en profesión de todos, en lo que se resumía, con una nitidez tanto más significativa cuanto más lentamente producida, el pensamiento del Colegio Apostólico sobre la persona de Jesús. El Maestro quiso que este homenaje brotase de los labios de los Apóstoles antes de su defección, y hace constar que le ha sido difícil arrancársela, exclamando: «¡Por fin CREÉIS (1).» La victoria le es tanto más consoladora cuanto ha sido más laboriosa. Se felicita de no sentir en torno de Él sino corazones que laten al unísono del suyo. Pronto dará solemnemente por ello gracias al Eterno Padre.

Desde este momento, el porvenir se presenta menos desesperante. Si el miedo dispersa á sus amigos, una misma fe, un mismo amor, podrán reunirlos. Este es el último consuelo que quiere dejarles al declarar que comienza ya el terrible drama. Los malos arman ya á sus soldados para prenderle: «Sabed—dice—que viene el tiempo, y ya llegó, en que seréis esparcidos cada uno de vosotros por su lado, y me dejaréis solo; bien que no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis

(1) Tal es probablemente el sentido de *ἀπρ*, traducido de ordinario por *ahora*. Jesús hace constar que los ha llevado donde quería, y por este va á dar gracias á su Padre (XVII, 8), en su plegaria sacerdotal. Sin embargo, las palabras que añade poco después han determinado á muchos exégetas á proponer un sentido diferente. Aludiendo á la próxima defección de los Apóstoles, Jesús habría dicho: «Por el pronto creéis, pero ¡qué haréis luego!» Esta interpretación parece quedar excluida por el himno de acción de gracias que vamos á oír.

en mí la paz. En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza, yo he vencido al mundo.» Por tanto, cualquiera que sea la cobardía de los soldados, el general será vencedor, y los desertores, salvados y rehabilitados por Él, podrán aún asociarse á su victoria.

CAPÍTULO VIII

La oración de Jesús

La oración del Gran Sacerdote de la nueva Ley.—Reivindica la glorificación para sí y en interés de los suyos.—Cómo la ha merecido.—Pide la unión, la santidad en la verdad, la consumación de su obra en la gloria para aquellos que le han sido confiados. (*Juan, XVII*).

Cuando el alma está sometida á una viva impresión de tristeza y de amor, se pone naturalmente en oración. Jesús, en aquel momento, no tuvo que hacer más que abrir sus labios para dejar salir la súplica más hermosa que haya jamás subido al cielo. Es una página que no tiene igual en nuestros Libros Santos. El gran Sacerdote de la Ley nueva nos muestra magníficamente, en su lenguaje sencillo y sublime, cuán grande era la excelencia de soberano sacrificador que iba á reivindicar con el precio de su sangre.

Habla en alta voz, porque es necesario que los Apóstoles sepan lo que todavía les falta, y lo que Él va á merecer por ellos. Es preciso que sean definitivamente iniciados en los lazos íntimos que le unen al Padre, y que aprendan á orar como Él.

Levantados sus ojos al cielo, diríase que su alma busca, con aquella mirada, el rostro del Padre, y que quiere hablar más de cerca á su misericordia todopoderosa: «Padre, la hora es llegada; glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á ti. ¿Acaso no le has dado poder sobre el linaje humano, para que dé la vida eterna á todos los que has señalado?» Esta hora es claramente la de su muerte, mas como preparación inmediata de su gloria. Es indudable que el Hijo pide que el Padre le sostenga en la lucha, pero sobre todo que haga glorioso su sepulcro. Si bien su ac-

titud paciente y magnánima debe glorificar al Padre, durante la Pasión, es necesario conceder mayor alcance á su plegaria, pues pretende hablar ciertamente de su resurrección, de su reintegración en la gloria, y de la asociación de la naturaleza humana á la beatitud divina. La consecuencia de esta glorificación postrera será multiplicar su poder de acción en el mundo, al que levantará más fácilmente con su influencia, y conducirá con mayor seguridad á la verdad y á la virtud. ¿Acaso no entra esto en el plan divino? ¿Por ventura todo poder no ha sido concedido al Hijo sobre toda carne, «á fin de reunir en Él todas las cosas en su unidad suprema (1)»? Y ¿qué hace Jesús en su petición sino conformarse con los deseos del Padre? Pide la vida divina en la gloria, para honrar á este Padre, asegurando á los hombres la vida eterna por la luz de la verdad. «La vida eterna—añade—consiste en conocerte á ti, el solo verdadero Dios (2), y á Jesucristo, á quien

(1) *Efesios*, I, 10.

(2) San Agustín y muchos otros Padres de la Iglesia han creído que debía leerse así esta frase del Salvador: «La vida eterna consiste en reconocer te á ti y á Jesucristo, tu enviado, como el solo verdadero Dios: «ut te et quem misisti Jesum Christum cognoscant solum verum Deum.» Así lo entienden también San Ambrosio, San Hilario, Beda, Santo Tomás, etc. Aunque sea difícil combatir esta exposición del texto, se prefiere comúnmente hacer frente á la objeción de los arrianos y defender la traducción que nosotros seguimos, porque de ella no se sigue en manera alguna que el Padre sea llamado *el solo verdadero Dios*, con exclusión de Jesucristo. Se observa de ordinario, y esta respuesta sería suficiente, que el Padre es llamado *el solo verdadero Dios* por relación á las falsas divinidades del paganismo y no por relación á Jesucristo, que, en este pasaje, es considerado mejor como Mediador que como Dios. Pero en el fondo, se puede aceptar la afirmación en toda su fuerza y comprender por estas palabras: *el solo verdadero Dios*, la prerrogativa del Padre, el cual no es hecho, ni creado, ni engendrado, mientras que de las otras dos personas, la una es engendrada, y la otra procedente. Siendo fuente de estas dos otras vidas tan eternas, tan perfectas como la suya, aparece, por decirlo así, como el receptáculo inmenso de la divinidad y, en un sentido que es fácil de comprender, como *el solo verdadero Dios*, el Dios por excelencia. Las otras dos personas son Dios igualmente que Él, según hemos dicho en otra parte, al exponer esta atrevida explicación de algunos Padres de la Iglesia. Son igualmente eternas, infinitas, necesarias, porque el Padre, en tanto lo es en cuanto tiene un Hijo, y porque el Padre y el Hijo deben concebirse necesariamente unidos por el amor eterno que es el Espíritu. Sin embargo, la fuente misma de la divinidad, *fontana Deitas*, está, realmente, en el Padre, y de Él pasa por una efusión infinita, eterna, necesaria á las otras dos personas. Por esto, Jesús no duda afirmar, en esta misma fra-

Tú enviaste ⁽¹⁾.» Por tanto, al pedir para sí mismo la vida en la gloria, y al prepararla para los demás, su deseo es que el Padre sea conocido. Los hombres no conocerán á Dios allá arriba sino en cuanto lo han conocido aquí bajo. El cielo no es más que la vida religiosa de la tierra transformada por la eternidad. El conocimiento del Padre, que Jesús quiere comunicar á los hombres, no será solamente especulativo, sino eminentemente práctico, dirigiéndose más aún al corazón que al espíritu, representando á este Padre como á solo verdadero Dios, por oposición á todos aquellos á quienes se han complacido los hombres en llamar, según la frase de San Pablo ⁽²⁾, dioses en el cielo y en la tierra, y por oposición á todos los seres que, no sien-

se, que, para alcanzar la vida eterna, es igualmente necesario conocerle á El y conocer *al solo verdadero Dios*; y San Juan, en su *1.ª Epístola*, V, 20, aludiendo sin duda á este pasaje, después de haber dicho que el Padre es *el verdadero Dios á quien hay que conocer, gracias á la discreción particular que el Hijo nos ha dado*, declara que *este verdadero Hijo del Padre es el verdadero Dios y la vida eterna* (*).

(*) Creemos que, en el terreno gramatical, la frase de la Vulgata, literalmente traducida del griego: «*Ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum*,» podría difícilmente reducirse á la construcción latina indicada por el autor.—Santo Tomás (*Summa Theol.*, pars prima, q. 31, art. 4), después de explicar el múltiple sentido de la locución: *Solus Pater est Deus*, de la cual advierte que «*non est extendenda, sed pié exponenda sicuti inveniatur in authentica scriptura*,» escribe, á propósito del texto de San Juan: «*Cum dicit Dominus: te solum Deum verum, non intelligitur de persona Patris, sed de tota Trinitate; ut Augustinus exponit (De trinit, lib. VI, cap. 9). Vel si intelligatur de persona Patris, non excluduntur aliae personae, propter essentiae unitatem: prout ly solus excludit tantum aliud, ut dictum est (in corp. art.)*» Vigouroux, *La S. Bible Pol.*, comenta el Evangelio en estos términos: «*Il ne faut pas méconnaître le vrai Dieu, comme les païens, ni rejeter Jésus-Christ, comme les Juifs.*»—N. del T.

(1) En este texto, el Maestro se da á sí mismo el nombre de Jesucristo, porque este nombre resume lo que es necesario saber acerca del Mediador: la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona del Hijo de Dios. Algunos han creído sospechosa esta manera de hablar en labios del Salvador, y han acusado á San Juan de haberse distraído dando al lenguaje del Maestro una forma absolutamente inadmisibile. Este reproche descubre una carencia absoluta de sentido crítico, porque, en realidad de verdad, las palabras que San Juan pone en boca de Jesús convienen perfectísimamente á la solemne sentencia por Este pronunciada en esta ocasión; pues no ve sino al Padre, y el Camino que conduce al Padre, al Mediador, al Hombre-Dios, Jesucristo. Con semejante lenguaje quiere evidenciar estos dos puntos esenciales: un solo verdadero Dios y un solo verdadero Mesías.

(2) *I Cor.*, VIII, 5.

do Él, resultan, á su lado, ilusión, humo y mentira. Su culto sin mezcla constituirá su gloria, no menos que el mérito de sus adoradores. En cuanto á Jesús mismo, debe ser conocido como su Padre, pero menos como verdadero Dios que como Cristo y Mediador. El hombre no puede salvarse sino uniéndose á Él para entrar en la vida sobrenatural. Ahora bien, para unírsele, es preciso conocer y amar.

«Yo por mí te he glorificado en la tierra—prosigue Jesús, con la sencillez del obrero divino que hace justicia á su obra;—tengo acabada la obra, cuya ejecución me encomendaste. Ahora glorifícame Tú, ¡oh Padre!, en ti mismo, con aquella gloria que tuve yo en ti, antes que el mundo fuese.» Ha cumplido fielmente su misión, como su conciencia lo certifica: el Padre debe ahora recompensarle. Como Verbo, nada tiene que reclamar, porque su gloria y su triunfo son eternos; pero, como hombre, pide lo que ha merecido, esto es, la asociación de la naturaleza humana á la gloria de la naturaleza divina. Supuesta la unión hipostática, ¿podría ser de otra suerte? Jesús lo pide, sin embargo, con humildad y amor, no por miedo de verse frustrado en sus derechos, sino porque siente particular satisfacción en este acto filial de subordinación y de plegaria.

El resumen de su obra es fácil de hacer. «Padre—dice, —yo he manifestado tu nombre á los hombres que me has dado separándolos del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste, viene de ti, porque yo les di las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú eres el que me has enviado.» Tal es la historia de aquellos que le rodeaban y le oían orar. Unidos desde un principio á Dios por la rectitud de su corazón, estos verdaderos y puros israelitas han sido desligados del mundo que ponía trabas á su desenvolvimiento religioso. El Padre, á quien pertenecían, no solamente como criaturas suyas, sino también como servidores, según lenguaje de la ley mo-

saica, los ha cedido á su Hijo para hacer de ellos las primicias de la nueva religión. Jesús, abriéndoles los ojos, les ha hecho conocer, mediante una revelación progresiva y paciente, el nombre, la imagen, la vida del Padre y el carácter especial del Mesías, que en lo sucesivo ya no les parecerá un conquistador temible ó un rey poderoso, sino como el lazo de unión entre el cielo y la tierra. Á fuerza de caridad, los ha dispuesto á recibir y guardar las palabras que les ha llevado del cielo, y paulatinamente han llegado á saludar al Maestro como Mesías y verdadero Hijo de Dios. La profesión de fe colectiva que han hecho poco ha, es el resultado de este penoso trabajo. Jesús se abandona gustoso á la dulce impresión que en ello ha experimentado.

Si otros encuentran que la mies es mediana después de tantas fatigas, el Obrero divino, menos exigente, declara que está satisfecho. Es que su ojo ve en este puñado de hombres la chispa que producirá el incendio, el ejército que revolucionará el mundo, los señores de lo por venir. Con una ternura tanto más intensa cuanto que son reducidos en número para llevar á cabo tan grandes cosas, cúbrelos con su solicitud, porque amamos sobre todo aquello que, habiendo costado mucho, mucho debe producir.

«Por ellos ruego—dice.—No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son.» ¡Cómo ha agrupado el afecto paternal en esta plegaria todos los argumentos que pueden asegurar su eficacia! «¡Ruego por ellos!» El que suplica es el Mediador, el Justo, el Hijo, el Muy Amado del Padre, y suplica por *ellos*, por el rebaño tan caramente comprado, y que es la esperanza de lo por venir. Si rogase por el mundo, por aquellos que, estando fuera de su influencia, no le pertenecen, su oración podría no ser escuchada ⁽¹⁾; pero Él intercede por los que son suyos y

(1) De esta suerte es preciso entender la frase: «Yo no ruego por el mundo.» Porque, en un sentido absoluto, no sería exacta, y estaría en evidente contradicción con muchos pasajes en que Jesús declara que ha venido, no para juzgar al mundo, sino para salvarlo; que es necesario orar por los ma-

del Padre. ¿Es posible que no sea atendido? «Todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías, y en ellos he sido glorificado.» Si el Padre, á ejemplo del Hijo, concede á este caro rebañito su amor y su protección todopoderosa, se seguirá que el Hijo por sus fieles en el universo entero será glorificado, y que la gloria del Hijo recaerá en el Padre. Lo que el Padre debe á los Apóstoles, lo que debe á su Hijo, lo que debe á sí mismo, he aquí el conjunto de los motivos que el corazón de Jesús encuentra y acumula, como al azar, para hacer aceptable su oración. Todos ellos descansan en las relaciones divinas de un orden elevadísimo.

«Yo ya no estoy más en el mundo, pero éstos quedan en el mundo; yo estoy de partida para ti. ¡Oh Padre Santo!, guarda en tu nombre á estos que me has dado, á fin de que sean una misma cosa, como nosotros lo somos.» No es suficiente que sean dignos de la protección del Padre, tienen necesidad de esta protección. Jesús ya no estará allí para defenderlos; va á morir, y, entre su muerte y su glorificación, sobrevendrá el momento penoso en que el rebaño, si el Padre no lo socorriese, correría peligro de dispersarse. El Padre, pues, deberá continuar su obra y mantenerlos unidos en su nombre, hasta que después de la Ascensión llegue Pentecostés y comience la acción del Espíritu Santo. Entonces, como siempre, nada se hará sin la voluntad del Padre, quien así como ha dado el Hijo para salvar al mundo, dará el Espíritu Santo para santificarlo; por lo que Jesús invoca con razón su benevolencia, no sólo para los Apóstoles y por algún tiempo, sino para la Iglesia entera y para siempre. Supuesto que la vida de esta Iglesia depende enteramente de la unión de los miembros que la componen, su modelo debe ser la unión misma de las tres Personas divinas; y como estas viven de un

los, los perseguidores y los incrédulos (*Mat.*, V, 44). ¿Acaso no pidió Él mismo al Padre el perdón de sus verdugos? Habiendo venido á quitar el pecado del mundo, hace mucho más que orar, por el mundo, lo conduce, de grado ó por fuerza, al camino de la salud. Á él corresponde, pues, la voluntad de marchar por este camino.

mismo pensamiento, de una misma voluntad y de un mismo amor, deben también los fieles estar unidos en la misma fe, la misma regla de costumbres y la misma caridad. La sociedad cristiana, fuerte con este triple lazo, no temerá á nadie, y triunfará de todo. Jesús lo sabe, y he aquí el por qué de su plegaria. ¡Qué dulzura y qué afecto en su lenguaje! ¡Con qué ternura se dirige al Padre Santo, á quien honra con sus títulos más caros, como si quisiera, halagándole, merecer con mayor seguridad ser atendido!

Después, insistiendo con filial confianza, añade: «Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. He guardado los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido sino el hijo de perdición, cumpliéndose así la Escritura. Mas ahora vengo á ti; y hablo esto en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos.» Este es el postrer servicio que Jesús les presta en la tierra. Su vigilante solicitud, que los ha preservado á todos, á excepción de Judas, va á cesar de protegerlos. Sólo resta el poder de la oración para asistirlos, y en ella generosamente se prodiga.

No basta á sus deseos mantenerlos tales como son; es necesario además que el Padre consienta en santificarlos y que los preserve, no sólo contra la violencia física del mundo, sino también contra su acción moral. «Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo.» El Padre, debe, por lo tanto, estar interesado en defender á aquellos á quienes el odio del mundo persigue, precisamente porque han aceptado la palabra del Padre. «No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos ya no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es la verdad.» No puede desear Jesús llevárselos consigo fuera de este mundo, donde deben quedarse para perpetuar su doctrina y su obra. No quiere apartarlos del campo de batalla, donde han de luchar y vencer, pero pide que no sean heridos y que, vi-

viendo en medio del mal para destruirlo, no se resientan de su influjo. Por esto pide al Padre que los fortifique más y más en la virtud, y los afiance en la justicia, asegurándolos en su verdad. Generalmente el mal no entra en el corazón hasta que el error ó la ilusión han penetrado en la cabeza. Por esto pide el Salvador que el Padre continúe asistiéndolos con su palabra para impedir que el enemigo los engañe y los seduzca.

Su vocación hace todavía más necesaria su virtud. Para que los Apóstoles puedan contribuir á la justificación de los demás, deben mantenerse en la justicia. «Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también á ellos al mundo; y yo por amor de ellos me santifico á mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad.» El Padre ha sido constante modelo y fuente de vida espiritual con relación al Hijo á quien envió á la Humanidad; el Hijo desea estar siempre en la misma relación con aquellos á quienes á su vez ha enviado. Jesús se santifica: es decir, lucha contra las flaquezas de la naturaleza humana de que se ha revestido, inmola en sí aquello que quisiera evitar el sacrificio, en una palabra, continúa, desde su más tierna infancia, su progreso ⁽¹⁾ en la sabiduría y la virtud, para ser el modelo de sus Apóstoles. Se santifica también, y este es quizás el sentido más profundo y verdadero de esta palabra, ofreciéndose como víctima por ellos. En efecto, la víctima, según el lenguaje de los judíos, resultaba santa por el solo hecho de que, separada de todo uso profano, era reservada para el sacrificio, como si Dios, á quien se la destinaba, la hubiese cubierto desde luego con su propia santidad, en señal de su aceptación.

(1) Este pasaje nos recuerda las palabras de *Lucas*, II, 40 y 52: El niño crecía, etc...» (*)

(*) Véase volumen primero, p. 247. Santo Tomás (*Summa Theol.*, pars tertia, q. 7, art. 12): «In eo (in Christo) non potuit esse gratiae augmentum, sicut nec in aliis beatis... Proficiebat sapientiâ et gratiâ, sicut et aetate, quia secundum processum aetatis perfectiora opera faciebat ut se verum hominem demonstraret.—N. del T.

«Pero no ruego solamente por estos—añade Jesús,—sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.» La palabra de los Apóstoles, primeramente hablada, y después escrita, narrando las obras del Maestro, ó sacando las deducciones dogmáticas y morales de sus enseñanzas, hará germinar la fe en el mundo y agrupará bajo un mismo pensamiento y bajo una misma ley á los miembros de la nueva sociedad.

«¡Qué todos sean una misma cosa!» La fuerza de cohesión tiene importancia decisiva en la Iglesia para resistir á todos los peligros y suplir la presencia visible de Jesucristo. El reino que se divide abre sus puertas al enemigo.

No sería, sin embargo, suficiente estar reunidos en un solo cuerpo, si, por una unión superior, este mismo cuerpo no recibiese la vida del centro que debe distribuirla. Este centro es Dios, con quien Jesucristo une su Iglesia. «Como tú, oh Padre, estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado.» Nada más sorprendente, en el decurso de las edades, que esta perpetua unión de la Iglesia con Jesucristo, y, por Él, con Dios. Es tan íntima, que Jesucristo y Dios parecen vivir en la sociedad cristiana, como en su manifestación permanente ⁽¹⁾.

«Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros. Yo estoy en ellos y tú estás en mí, á fin de que sean consumados en la unidad, y el mundo conozca que tú me has enviado, y á ellos los has amado, como á mí me amaste.» Jesús desea que sus discípulos sean una misma cosa, no ya solamente entre sí, sino principalmente con Dios. Gracias á esta unión, última perfección de la vida de aquéllos, participarán de la gloria cuyo germen han recibido por la Encarnación.

(1) Este fenómeno de un orden trascendental no podía menos de impresionar á los incrédulos de todos los tiempos, que han intentado suprimirlo, á fin de eludir un argumento altamente molesto para ellos. No pudiendo lograrlo, han reconocido más de una vez una mano divina en esta admirable obra sobrehumana, si bien no han tenido valor de besarla filialmente y adorarla.

El Padre deberá ratificar lo que el Hijo ha tan bien comenzado, y aceptar á los fieles como hijos de adopción, hermanos de Jesucristo, y coherederos de su gloria. El Maestro pide que este prodigio de la divina misericordia empiece ya en esta vida, y que tenga luego su coronamiento en la eternidad. ¿Puede consentir en separarse de los suyos? «¡Oh Padre!—añade,—yo deseo que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde estoy, para que contemplan mi gloria, cual tú me la has dado, porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo.» Durante la vida presente, una flaqueza es suficiente para separar de la unión divina el alma que se deja llevar al mal; en la eternidad, nada podrá romper la cadena que ligará al cristiano con Jesucristo, y la gran alegría del cielo será ver la Iglesia triunfante, no formando más que un corazón y un alma, aclamar perpetuamente á su Rey vencedor, llevando ella sobre su frente un reflejo de la gloria divina que Él ha conquistado. Esta será la última palabra de la Encarnación: la Iglesia ligada con Jesucristo como los soldados con su jefe; Jesucristo unido á Dios como el Hijo con su Padre; finalmente, la creación conducida de nuevo con toda felicidad al Creador como á su punto de partida ⁽¹⁾. Al propio tiempo, la santidad y los atributos divinos que irradian sobre Jesucristo pasarán, por una comunicación maravillosa, de la cabeza á los miembros, y la humanidad, por un prodigio del amor del Padre, dentro de unos límites que no es fácil señalar, se encontrará asociada á la vida divina.

Indudablemente, esto es mucho pedir. Jesús suplica que la misericordia del Padre ayude su buena voluntad, sin admitir, con todo, que la justicia pueda sufrir detrimento alguno, antes bien entiende que ésta no tiene más que sancionar un favor tan inaudito. «Oh Padre justo, el mun-

(1) Tal es la admirable realización del programa resumido por San Pablo y del cual hemos hablado más arriba. «Recapitular todas las cosas (*ἀνακεφαλαιώσασθαι*) en Cristo. Somos de Cristo, y Cristo es de Dios.» *Efesios*, I, 10; *I Cor.*, III, 2, 3.

do no te ha conocido; yo sí que te he conocido, y estos han conocido que tú me has enviado.» Unidos á Jesús por la fe, han entrado en la participación de sus méritos, y tienen derecho á su recompensa.

«Yo por mi parte les he dado y daré á conocer tu nombre, á fin de que el amor con que me amaste, en ellos esté, y yo en ellos.» Si la ciencia de los discípulos parecía aún insuficiente al Padre, Jesús se obliga á desarrollarla, después de su resurrección, y sobre todo, en Pentecostés, de suerte que Él pasará todo entero en ellos, llenando su espíritu con su doctrina, su voluntad con su ley, su corazón con su amor; en una palabra, animando la vida de ellos con su propia vida. Convertidos así en imágenes vivas del Hijo muy amado, no pueden menos que ser caros al Padre.

Aquí termina la conmovedora plegaria. De pie entre Dios y su pueblo, el Pontífice había lanzado el grito del suplicante. Restábale tan sólo ofrecer su sacrificio.

Arrancando vivamente á los suyos de la contemplación en que los había sumido una súplica tan sublime y filial, los arrastra fuera de la casa impaciente de acometer la dolorosa prueba que sus enemigos le han preparado.

SECCION II

EL PROCESO DEL MESÍAS

CAPÍTULO PRIMERO

La angustia en Getsemaní

Entrada en el huerto.—La hora terrible.—El asalto de Satanás.—Turba-
ción, horror, fatiga en el alma de Jesús.—Súplica primera.—Sudor de
sangre y agonía.—Sueño de los Apóstoles.—Súplica segunda y tercera.—
El Angel consolador.—Victoria final: Levantaos y vámonos. (*Juan*,
XVIII, 1; *Mat.*, XXVI, 30, 36-46; *Marc.*, XIV, 26, 32-42; *Luc.*, XXII,
39-46).

Serían poco más ó menos las diez de la noche ⁽¹⁾. Atra-
vesando las ya desiertas calles de la ciudad, bajaron al
valle del Cedrón ⁽²⁾ en dirección al monte del Olivar. Se-
guían, pues, el camino de Betania; pero aquella noche Je-
sús no debía reunirse con sus amigos.

El grupo apostólico, después de atravesar el torrente,

(1) La cena había debido de comenzar á eso de las siete, y teniendo en
cuenta los incidentes y las conversaciones que, durante la misma, habían te-
nido lugar, creemos que había muy bien durado tres horas.

(2) Las lecciones varían entre τῶν Κέδρων, τοῦ Κεδρου, τοῦ Κεδρών. Esta última
es la mejor. Josefo (*Ant.*, VIII, 1, 5), la apoya, si bien no considera á Κεδρών
como indeclinable, pues dice: Ὁ Χεσμαρῶος Κεδρώνος. Los Setenta traducen
Nahal Qidron (*II Reyes*, XV, 23; *III Reyes*, III, 37) por ὁ χειμαρῶος Κέδρων.
En todo caso, sería atribuir al autor del cuarto Evangelio una singular equi-
vocación el querer hacerle decir: *el Torrente del Cedro ó de los Cedros*. La
palabra *Qidron* en hebreo significa *negro*. También los griegos tenían co-
rrientes de aguas que llamaban Μέλας (*Herodoto*, VIII, 58, etc.). Los torren-
tes no llevan sino aguas cenagosas, en un lecho abierto de ordinario profun-
damente. Aquí el nombre se derivaba de las gargantas sombrías del *Uadí* que,
apenas sensible en el norte de Jerusalén, alcanza 60 metros de profundidad
entre el área del Templo y el monte del Olivar y, dirigiéndose hacia el Mar
Muerto, pasa junto á Marsaba, entre rocas abruptas de más de 150 metros de
altura. El Cedrón casi nunca lleva agua, salvo en tiempo de grandes lluvias.

se detuvo delante de un jardín llamado Getsemaní ó *Prensa de aceite* (1). En el bosquecillo, probablemente cercado, había una granja, mejor quizás una quinta (2), cuyo propietario era tal vez amigo de Jesús; y aun muchos han supuesto que esta hacienda pertenecía á la familia de Lázaros. Sea como sea, el Maestro no iba allí por vez primera, «sino que solía retirarse muchas veces allí con sus discípulos (3),» como á un lugar de reunión, al salir de Jerusalén, antes de encaminarse á la aldea de Marta y de María. La previsión de que Judas conduciría á sus enemigos á aquel sitio no le movió á modificar el programa ordinario de todas las noches (4).

Jesús penetró en el recinto, y, habiendo invitado á los Apóstoles á sentarse y esperarle cerca de la entrada, quizás en la misma casa, se internó en el fondo del bosquecillo con Pedro, Santiago y Juan, para orar.

Comenzaba el terrible drama. La potente voz de Dios interpelando en otro tiempo bajo la lujuriente enramada del Edén al hombre caído: «Adán, Adán, ¿dónde estás?,» no había obtenido respuesta por espacio de cuatro mil años

Ningún hijo de la humanidad caída había tenido valor suficiente para decir: «Heme aquí;» sólo el hombre nuevo debía quebrantar este largo silencio. En efecto, Jesús, dispuesto á pagar por todos, parece desafiar la cólera divina exclamando: *¡Ecce venio!* ¡Adán espera á su juez!

Por esta resolución libre y generosa, entendía tomar sobre sí á la humanidad toda entera haciéndose responsable de sus crímenes, y hablar, obrar, expiar, como si Él solo fuese esta humanidad. Así, de una manera real, se consti-

(1) Esta palabra se deriva, efectivamente, de *gath*, prensa y *schemen*, aceite.

(2) Puede deducirse del incidente del joven que, en *Marcos*, XIV, 51, se mezcla en la escena de la prisión en traje de noche. Por otra parte, Josefo nos dice que en los alrededores de Jerusalén había muchas quintas de recreo. (*B. J.*, VI, 1, 1, y V, 3, 2.)

(3) *Juan*, XVIII, 2.

(4) Esto es lo que quiere decir *Lucas*, XXII, 39: *secundum consuetudinem*.

tuía en nuevo Hombre que resumía, por substitución, en su vida todas las vidas, en su corazón todos los corazones, y en su alma todas las almas. Pero ¡cuán espantosa era semejante aceptación! Decir al Padre: «¡Olvida á tu Hijo, y no veas en mí más que la humanidad caída que desea expiar sus seculares infidelidades, y á la cual tu justicia debe castigar sin conmiseración!», era ofrecerse á toda suerte de suplicios; porque los crímenes de la humanidad son, no solamente diversos, sino innumerables. Si cada uno de ellos reclamaba una reparación especial, ¡cuán terriblemente no herirían todos juntos el cuerpo, el corazón y el alma de Aquel que se ofrecía á expiarlos desde el primero al último! Tanto más cuanto, por duro que fuese el trabajo, Jesús para llevarlo á cabo, no debía esperar el socorro de nadie. Solo, según la palabra del Profeta ⁽¹⁾, debía entrar en el lugar de la cólera divina.

Lo que aumentó sus sufrimientos fué una prueba tan intolerable para Él como misteriosa para nosotros. De repente, su alma, que, por derecho y desde su nacimiento, gozaba de la visión beatífica, sufrió un extraño eclipse. Pareció que Dios, como ocultándose, abandonaba al hombre á sus propias fuerzas con desapiadada severidad, hasta provocar aquel grito desgarrador que en lo alto de la cruz le arrancarán sus extremados padecimientos: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» ¿Cómo comprender este prodigioso fenómeno, supuesto que la unión hipostática es indisoluble? Nuestra mirada no penetra esta nube, y nuestra curiosidad debe detenerse ante los proble-

(1) *Isaias*; LXIII, 3. Merece notarse que el lugar en que se hallaba Jesús se llamaba *la Prensa*. (*)

(*) En sentido literal, *Isaias* describe la victoria de Jehová sobre los idumeos, á quienes aniquila, como son pisoteadas las uvas en el lagar. Aunque algunos han creído reconocer en este vencedor á Judas Macabeo, trátase más bien, en sentido espiritual y figurado, de la victoria de Jesús sobre los enemigos de su Iglesia. *Comp. Apoc.*, XIX, 13, 15. La idea de que Jesús entró, *Él solo*, como víctima, en el lagar de la justicia del Padre, no está expresada en la frase *torcular calcavi solus*. Esta interpretación es pia y laudable, pero no tiene valor exegético propiamente dicho, según el principio: «in dogmatum demonstratione aut confirmatione accommodationi non est locus.».—N. del T.

mas de un orden tan trascendental. Nos hallamos en presencia del misterio. Nada de cuanto pudiéramos decir bastaría para explicarlo y correría peligro de comprometer su armonía. Atengámonos firmemente á los dos datos del problema, tan incontestables el uno como el otro, á saber, que la naturaleza divina, en Jesús, era inseparable de la naturaleza humana, y que, por tanto, ésta ha sufrido la prueba, ha luchado, ha padecido, como si estuviese separada de aquélla. Es imposible, en efecto, imaginar una agonía más dura y más real que la que hizo correr sudor de sangre ⁽¹⁾.

El cuadro que los Sinópticos ⁽²⁾ nos han trazado del estado de Jesús, en el momento en que se aleja de los discípulos, es sorprendente. La humanidad del Señor se ve allí plenamente en toda su realidad y santidad. Un vago terror pesa sobre Él y le aplasta. Viene en seguida la fatiga, y provoca una profunda tristeza ⁽³⁾. Este estremecimiento de la naturaleza entra de lleno en los fenómenos esenciales de la vida. Cuanto más pura y preservada de pasiones violentas es la humanidad, tanto más delicada y sensible se muestra bajo el abrazo del dolor moral. Dejando de contener su emoción, el Maestro exclama: «¡Mi alma está triste hasta la muerte!» Así pasaba muy bruscamente de

(1) Todas las discusiones antiguas y modernas sobre el desenvolvimiento humano de Nuestro Señor, sobre las condiciones en que su alma fué tentada, mereció, etc., parecen olvidar que en esto se da vuelta alrededor del misterio mismo de la Encarnación. Como no tenemos idea clara de dos naturalezas unidas en una sola persona, no somos llamados á precisar las condiciones en que la humanidad se hallaba respecto de la divinidad, que le estaba hipostáticamente unida sin absorberla (*).

(*) El autor se refiere á cuestiones secundarias. En lo esencial, la Teología ha hablado, largos siglos ha, clara y provechosamente, en cuanto el misterio lo permite, de la ciencia de Jesús, de su gracia, tentaciones, mérito, etc., etc.—N. del T.

(2) San Juan nada dice de la agonía en Getsemaní, pero había escrito el preludeo con motivo de la presentación de los griegos (XII, 23-28), y nos muestra (XVIII, 1) á Jesús entrando en el jardín donde debía sufrirla. Este silencio no tiene mayor alcance dogmático que el que guarda sobre la institución de la Eucaristía, después de habernos conservado el discurso sobre el Pan de vida (VI.).

(3) Los dos primeros Sinópticos indican los diversos grados de esta dramática agonía en términos dolorosamente sugestivos: *contristari, pavere, taedere*.

aquella dulce paz que le había inspirado el último adiós de la cena á una súbita agitación que trastornaba todo su ser moral. ¿Por ventura la roca, que de improviso se desprende del flanco de la montaña, no basta para enturbiar la diafanidad de la fuente, agitándola hasta lo más profundo? ¿Acaso el huracán no levanta, de repente, las olas del Océano y las arenas del desierto? Para ocultar á los tres discípulos privilegiados el espectáculo de su angustia, el Maestro se separó algunos pasos. Diríase que, á pesar de sentir cierto humano consuelo en su compañía, prefería alejarse por temor de causarles algún daño. «Quedaos aquí—les dijo,—velad conmigo, y orad, á fin de no sucumbir á la tentación.» Su pensamiento era, pues, asociarlos, pero de lejos, al gran acto de amor, de obediencia, de sacrificio que iba á cumplir. ¡Ay! no debía encontrar en ellos, á pesar de ser lo más escogido del Colegio Apostólico, sino á hombres medio dormidos y sin ningún verdadero sentimiento de una situación tan solemne.

«Apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, oraba.» Esta actitud convenía á la víctima que esperaba el golpe mortal, y analizaba de antemano, como para saborearla, toda su violencia. Si su mirada profética no hubiese sondeado el abismo de los dolores en que iba á sumergirse, Satanás se habría encargado por sí solo de presentarle el sombrío y horrible cuadro. Sabemos que el espíritu tentador, después de su primera lucha infructuosa, se había reservado el encontrar más tarde la ocasión favorable ⁽¹⁾ para un nuevo asalto. La hora presente todavía era suya ⁽²⁾, «Jesús suplicaba que, si ser pudiese, se alejase de él aquella hora ⁽³⁾.» Como Satanás había estado en el desierto, estuvo también en Getsemaní.

La tentación se dirige al corazón del hombre, ora por

(1) En otra parte hemos hecho notar las palabras con que *Lucas*, IV, 13, termina el relato de la tentación: *diabolus recessit ab illo, usque ad tempus*.

(2) *Juan*, XIV, 30, y *Lucas*, XXII, 53.

(3) *Marcos*, XIV, 35.

violentos deseos, ora por locos terrores. Jesús que en otro tiempo había sido insensible á la codicia, ¿se dejaría vencer ahora por el temor? Esto es lo que el demonio, en medio de sus luces mezcladas de tinieblas, podía preguntarse. Cuando quiere apoderarse de un hombre por el miedo, su habilidad consiste en infundir un vago terror en el alma, repugnancias en el corazón, vacilación en la voluntad. Así cambia con frecuencia, en sentido inverso, nuestras resoluciones, nuestras aspiraciones, nuestras convicciones mejor fundadas.

Á Jesús, puesto en la presencia de su Padre para tratar de nuestra redención, le representó primeramente, con los más vivos colores, el conjunto de sufrimientos físicos y morales que sus enemigos le reservaban; después el beso de Judas hasta la hiel mezclada con mirra y vinagre; en seguida las grotescas escenas hasta la última desolación de la cruz, sin olvidar las sangrientas varas de la flagelación y la corona de espinas; luego el orgullo ultrajante de Caifás, el desprecio cínico de Herodes, la cobardía egoísta de Pilato, hasta los insultos que resonaron sobre la roca del Calvario; nada quedó olvidado. Jesús sabía mejor que él lo que debía haber de horrible en todo aquello, y, á medida que precisaba la horrorosa representación, su primer movimiento de terror se transformaba en un sentimiento de estupor ⁽¹⁾ que le dejaba inmóvil.

Al mismo tiempo, para que el asalto fuese más formidable, Satanás parecía echar en su alma, uno á uno, todos los crímenes de la humanidad, y querer aplastarle bajo el peso de tantas infamias. El Justo, mirando sus manos, veíalas cubiertas con la sangre derramada por los homicidas de todos los siglos. En su alma asombrada, resonaban, como voces de impiedad y de blasfemia, gritos abominables de la humanidad rebelada desde tantos siglos, la cual ahora se encerraba súbitamente en Él para hacerle responsable de sus escandalosos desvaríos. Su corazón purísimo estre-

(1) Este es el sentido de las palabras: *coepit pavere*.

mecíase bajo el tumulto de las más violentas pasiones. Sin duda que, en su santuario más recóndito, estaba más que nunca completamente unido con Dios; pero una pesada atmósfera malsana le rodeaba procurando invadirle. Su inalterable santidad rechazaba enérgicamente el manto odioso de crímenes que la malicia humana ponía sobre sus hombros; Satanás se los remitía diciendo: «Si quieres lavarlos, debes llevarlos (1).» Indignamente transformado así, no debía merecer el Hijo más que los justos rigores de su Padre. El Muy Amado resultaba ser el maldito. Cargar con responsabilidad semejante, aceptar la pena sin haber cometido la falta, ¡qué caridad tan heroica!

Bajo el peso abrumador que reivindicaba, Jesús había inclinado insensiblemente su cabeza hasta el suelo. De repente el semblante enojado del Padre, al que acababa de entrever, trastorna su alma. Ya no se contiene, y, enderezándose, exclama: «Padre, si es posible (2), y todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.» Satanás no tiene, pues, nada que hacer aquí. Jesús trata de cerrar á solas con su Padre el espantoso trato. ¿Por ventura la justicia divina no puede suprimir nada de un cáliz tan horrorosamente amargo, de un cáliz rebosante? ¿Es el pecado una injuria tan grande, para que sea preciso expiarlo con tan horrenda reparación? Ha aceptado desde largo tiempo la muerte, y nada podría impedirle salvar el mundo; pero ¿podrá morir llevando la maldición del Padre? Y, sin embargo, es preciso que sea así, porque si bien es el Cordero de Dios, que jamás conoció el pecado, se ofrece en lugar de los pecadores; y precisamente por razón de este ofrecimiento, su grito suplicante no ha penetrado en los cielos, y el nombre del Padre, pronunciado con tanto amor, ha quedado sin virtud en sus labios. En realidad, pide con ins-

(1) Este es el sentido de la frase del Profeta: «Vere languores nostros ipse tulit;» de la de San Juan Bautista: «Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi;» de esta otra de San Pablo: «pro nobis peccatum fecit.»

(2) Jesús acude aquí á la ternura que el Padre le profesa, y á aquella posibilidad infinita que se confunde con la libertad divina.

tancia, pero sin querer violentar la voluntad de este Padre, la cual esta vez no concuerda con la suya, sin que haya, empero, en esta divergencia la menor sombra de imperfección. El Padre, con todo derecho, no escuchando más que su justicia, quiere el sacrificio. Jesús, con todo derecho también, no escuchando más que su naturaleza humana, no lo quería. La naturaleza humana no ha sido creada para el sufrimiento, y, por instinto, lo rechaza con energía. Sin esta repugnancia innata, la aceptación del dolor no sería jamás un sacrificio. Cuando hay que aceptar la inmolación, un grito espontáneo de la naturaleza dice necesariamente: ¡No! Este movimiento instintivo de la naturaleza puede llamarse voluntad, pero no es toda la voluntad, y ni siquiera una parte de la verdadera voluntad, porque está subordinado á un mandamiento superior del alma que ve el deber allí donde exigencias superiores se lo muestran. Este mandamiento superior es el que debe imponer silencio al grito, por otra parte legítimo, de la naturaleza; y él es quien á la primera parte de la súplica de Jesús: «Si es posible, que este cáliz se aleje de mí», añade la segunda, que la reduce á sus verdaderas proporciones, suprimiendo todo conflicto: «Pero ante todo, Padre, hágase tu voluntad y no la mía.»

Se ha dicho que el Salvador sufrió entonces todas las penas del infierno, salvo la desesperación. Lo que hay de cierto es que la emoción de su alma trastornó por completo su ser físico. La sangre, vivamente sacudida, acabó por extravasarse, y se escapó con el sudor abundante que chorreaba de todo su cuerpo ⁽¹⁾. El combate resultaba cada

(1) La posibilidad de semejante fenómeno, sin necesidad de acudir al milagro, no está puesta en duda por la ciencia, que ha citado de ello numerosos ejemplos. Permítaseme aducir uno que habría figurado en la hermosa *Vie du P. Lacordaire*, por el P. Chocarne, si hubiese sido más conocido. El hecho ocurrió en Soreze, en 1860. El gran religioso, enfermo desde algún tiempo, acababa de leer una carta que había trastornado su muy sensible espíritu, hiriendo con razón su delicadeza. Erizáronse sus cabellos y su cabeza parecía arder. Un sudor rojizo inundó su frente. Habiéndose enjugado, sorprendióse de ver ensangrentado su pañuelo. Así me lo contó el Padre dominico que en aquel momento estaba con él. Esta acción de lo moral sobre lo físico se produce principalmente de un modo más in-

vez más violento. La carne, el alma, el espíritu, todo quería evitar el doloroso sacrificio; solamente la voluntad se mantenía firme, y teniendo cogidas, por decirlo así, las tres últimas, arrastrábalas, á pesar de ellas, á la inmolación, conformándose con lo que exigía el beneplácito del Padre. En la vida de Jesús, nada hubo más grande que esta lucha sobrehumana llamada con razón *su agonía*.

Como para fortalecerse con la vista de aquellos á quienes ama, y de quienes espera quizás una palabra de afecto en medio del concierto espantoso de odios y de furores que le rodean, el Maestro se levanta y marcha en busca de los tres discípulos á quienes invitó á orar y á velar con Él. Habíanse dormido. Dirigiéndose con acento de tierno reproche al más adicto de ellos, á Pedro, que ha jurado morir, si preciso fuera, y que ni siquiera es capaz de velar con Él: «Simón, ¿tú duermes?—le dice.—¿Es posible que no hayas podido velar una hora conmigo?» Lo comprueba como con penosa sorpresa, mas es dolorosamente cierto que todo le abandona, hasta sus más caros amigos, por quienes había vivido y por quienes va á morir. Su indiferencia, en hora tan solemne, presagiaba una próxima deserción. «Velad y orad—añadió—para que no caigáis en tentación.» No es bueno dormir cuando hay que tomar una determinación enérgica. Al adormecerse, desaparece la clara visión de lo que el deber impone, y se pierde una parte de la libertad necesaria para ejecutarlo. En los graves acontecimientos de la vida, es preciso tener despiertos los sentidos y elevada el alma en la oración. «El espíritu está pronto, pero la carne es flaca.» Estas palabras insinúan la terrible prueba que Él mismo experimentaba. Si los ojos de aquéllos, menos cargados de sueño, hubiesen observado, al pálido reflejo de la luna, su faz augusta, la hubiesen encontrado transfigurada, no ya en la gloria, como sobre la montaña, sino en el dolor. De donde en otro tiempo había irradiado la luz, brotaba ahora un

tenso en las naturalezas delicadas y sensibles. Lucas, en calidad de médico, no podía menos de relatar este fenómeno.

sudor de sangre. Razón tenía al decir que la carne es flaca, y que se necesita gran fuerza de voluntad para conducirla á la muerte.

No encontrando alivio en los Apóstoles, á quienes deja por segunda vez, de nuevo Jesús se dirige á Dios. Arrodióllase otra vez para explayar amorosamente ante Él su alma desolada y sus más ardientes plegarias. Sus lágrimas y su sangre bañan y santifican la tierra maldita cuarenta siglos ha. ¡Admirable simbolismo! El primer hombre había perdido á su posteridad en un jardín, y en un jardín ora y sufre el Hombre nuevo para salvar á la nueva humanidad; y este jardín está plantado de olivos, como si este signo de paz fuese necesario para dar su verdadero sentido al tratado que se ajusta entre el cielo y la tierra. Adán nos había perdido alzando su cabeza con orgullo, codicia y sensualidad, hacia el árbol prohibido; Jesús nos salva con el rostro pegado al suelo, en la humillación, el sufrimiento y la abnegación, bajo el pacífico olivo de Getsemaní.

Nadie parece escuchar los reiterados clamores que exhala en su dolor el augusto suplicante. Lanza entonces un segundo grito al cielo, si bien acentuando más vivamente aún su resignación. Parece, en efecto, que los rigores del Padre le han hecho más tímido. «Padre mío—dice,—si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad ⁽¹⁾.» No, esto no es posible; he aquí por qué, sobre su cabeza, el cielo permanece todavía mudo. Satanás le representa quizás en este momento la inutilidad de su sacrificio. Los hombres, por quienes va á morir, se reirán de su sufrimiento en torno mismo de su cruz. Sólo un redu-

(1) Hay una diferencia muy delicada entre la primera súplica y la segunda. Primeramente dijo: «Si es posible, que este cáliz se aleje de mí; pero ante todo, hágase tu voluntad y no la mía.» La segunda vez exclamó más tímidamente: «Si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.» Aquí ya no habla de su propia voluntad. Ante el decreto inflexible del Padre, rinde generoso su voluntad, dispuesto á apurar el amargo cáliz. Quizá por esto se ha dicho, *Hebr.*, V, 8: «aprendió á obedecer.» *Comp. Rom.*, V, 19; *Filip.*, II, 8.

cido número irá á agruparse y á orar bajo el árbol de la vida. ¿Vale la pena plantarlo con tantos dolores y regarlo además con su sangre? Y Jesús responde: «Moriré, sin embargo, y mi Padre será glorificado y mis amigos serán salvos.»

Se levanta de nuevo entonces para ir á ver otra vez á los tres discípulos, este caro núcleo de la futura Iglesia. Contemprarlos, aunque dormidos, le servirá de lenitivo. Pedro, Santiago y Juan dormían más profundamente que antes. Jamás se duerme mejor que después de una viva agitación moral. Las emociones de la tarde, la tristeza ⁽¹⁾, la hora avanzada de la noche habían contribuido á entorpecer sus párpados. Cuando el Maestro les habló, no pudieron ya ni siquiera responder. Afligido por semejante espectáculo, Jesús no insistió más.

Retiróse á orar por última vez ⁽²⁾. Había quizás una correspondencia real entre esta triple plegaria y los sentimientos de pavor, de cansancio y de tristeza que, como una triple tentación, habían invadido su espíritu. El Padre, siempre inexorable y mudo, se ocultaba á las miradas inquietas de la pobre Víctima. Sin embargo, como esta parecía enteramente anonadada, envió un ángel á fortalecerlo ⁽³⁾.

(1) Esta observación es de San Lucas. Un Evangelista que se había dedicado á la medicina debía complacerse en notar semejantes detalles.

(2) El primer Sinóptico señala las tres plegarias de Jesús; el segundo menciona solamente dos, pero deja sitio para tres; finalmente, el tercero, no habla sino de una, pero añade la aparición del ángel consolador y el sudor de sangre, de que no hablan los otros dos.

(3) En muchos manuscritos, y de los más notables, el *Vaticano* y el *Alejandro*, faltan estos versículos 43 y 44 de San Lucas, como lo observan San Epifanio, San Hilario y San Jerónimo. En otros están señalados como dudosos. Pero las versiones más antiguas (*Itala* y *Peshito*) los tradujeron, y San Justino, San Ireneo, San Hipólito, San Epifanio, los leían en su tiempo, considerándolos como auténticos. Es muy probable que, dominados por una idea dogmática, algunos copistas, llevados de excesivo celo, suprimieron este ángel que fortalecía al Hijo de Dios y este sudor que le humillaba. Creían quitar así á los arrianos un arma poderosa. Aquí es más fácil imaginar la supresión que la interpolación (*).

(*) Es un poco extraño que el autor admita la autenticidad del episodio del ángel de Getsemaní, y se incline á reconocer solamente «una devota glosa del copista» en el episodio del ángel de Betsaida (vol. I, p. 354). Ob-

El ángel declaró que Jesús era vencedor ⁽¹⁾. En efecto, al lucha había terminado. Las últimas repugnancias de la naturaleza se habían desvanecido ante la justicia celestial que permanecía inexorable. Jesús se levantó resueltamente y volvió á juntarse con sus discípulos, cubierto todavía con las señales de la sangrienta lucha, como vuelve del combate el atleta vencedor. «Dormid ya—les dice con acento de profunda compasión—y descansad. Esto ha terminado ⁽²⁾.» La transición del abatimiento al valor es tan pronta como lo había sido la de la calma á la angus-

sérvese: 1.º, que uno y otro pasaje tienen á su favor el testimonio de buen número de documentos escriturísticos y patristicos, como tienen también en contra suyo el silencio de otros muchos. Además, en el episodio de la *Mujer adúltera*, el autor no ha dudado en recurrir á la hipótesis de que «una cita tiene más autoridad que cien omisiones» (vol. II, p. 219; véase también vol. III, p. 197); 2.º, que, á propósito de Betsaida, escribía: «En materias de esta índole, mejor se explica una adición que una supresión» (vol. I, p. 353, nota 3.ª), y que ahora dice: «Aquí (en Getsemaní) es más fácil imaginar la supresión que la interpolación.» Bacuez, por ejemplo, replicará que, en uno y otro caso, se concibe mejor una supresión que una adición; porque si pudo ser suprimido el ángel del Huerto, pensando quitar así un arma á los arrianos, en lo referente á la doble naturaleza de Cristo, pudo asimismo ser suprimido el ángel de la Piscina para no excitar la desconfianza, ó para no favorecer las pretensiones de los judíos, en lo concerniente á la naturaleza angélica.—N. del T.

(1) La aparición de este ángel ha sido explicado de diversas maneras. Según unos, había sido meramente interior, según el texto ὁφθη αὐτῷ, y significaría un socorro invisible enviado á Jesús; esto difícilmente puede admitirse. Según otros, se trataría de un ángel malo desencadenando sobre la pobre víctima todo su furor; y esto es todavía más contrario al texto. La inmensa mayoría ha visto aquí un espíritu celestial cuya misión era confortarle, ἐνισχύων, y glorificarle rindiendo homenaje á su valentía. Así, algunos ángeles le habían rodeado en el desierto, después de su triunfo sobre el tentador.

(2) La palabra ἀπέχει, que se lee en San Marcos, ha originado dificultades á los intérpretes. No se encuentra sino en un pasaje de Anacreonte (XXVIII, 33.), y se traduce ordinariamente por *basta ya*. En San Lucas, XV, 20; XXIV, 13, y San Mateo XV, 8, significa *alejarse, desaparecer*. Si se toma en este último sentido, y se le da sujeto, Jesús habría dicho: «mi angustia ha pasado.» En el otro sentido, después de haber autorizado á los Apóstoles para dormir cuanto quisieran, el Maestro, al ver aparecer á Judas, habría retirado su permiso: «ya hay bastante, ha llegado la hora, etc.» Quizás también, con ironía llena de tristeza, les dijo: «Basta ya de luchar tan energicamente contra la fatiga y el sueño; dormid, pues, en hora buena y descansad á vuestras anchas.» Se comprende mejor que, poco después, dejando este lenguaje irónico, al cual puede recurrir el dolor de un alma fuerte, exclame: «Vamos, levantaos.»

tia. Ha visto ú oído al enemigo que se aproxima, y vuelve en sí, no sin que las señales de turbación y de emoción no se dejen ver todavía en la rapidez con que su alma y su palabra pasan, como por sobresaltos, de una advertencia ó de una invitación á otra, pero mostrando con evidencia que la voluntad arrastra victoriosamente á la víctima y que la humanidad será rescatada. «La hora es llegada; y ved aquí que el Hijo del Hombre va á ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos de aquí, y vamos; que ya el traidor está cerca.»

Al mismo tiempo, Jesús se dirigía hacia los demás Apóstoles que estaban á la entrada del jardín. Tenía prisa de protegerlos contra el enemigo que llegaba.

Podía ser media noche ⁽¹⁾.

(1) De esta frase de Jesús: «No habéis podido velar *una* hora conmigo», se deduce que cada plegaria duró menos de una hora, y, por consiguiente, que la agonía entera duró unas dos horas.

CAPÍTULO II

Prisión de Jesús

El valle del Cedrón y Getsemaní.—Lo que Judas había hecho al salir del Cenáculo.—La expedición organizada.—El beso del traidor.—La escena con los soldados: «¿Á quién buscáis?»—La espada en manos de Pedro y la oreja de Malco.—Reproche á los príncipes de los sacerdotes.—Huída de los Apóstoles.—Prisión de Jesús. (*Mat.*, XXVI, 47-56; *Marc.*, XIV, 43-52; *Luc.*, XXII, 47-53; *Juan*, XVIII, 2-11.)

El jardín de Getsemaní estaba á la izquierda del torrente, en el sitio mismo por donde pasaba el camino que iba á Betania. El sitio está todavía hoy determinado con bastante exactitud por el pequeño muro que han edificado, en este lugar tradicional, los religiosos franciscanos. En el pequeño cercado, tocando por un lado la orilla elevada del Cedrón, y escalando suavemente por el otro la base del monte del Olivar, ocho árboles, muchas veces seculares, levantan, como antiguas columnas medio truncadas, sus troncos nudosos, de los que penden pesadas y extensas ramas. Aun cuando fuese verdad que Tito, en la época del sitio, destruyó alrededor de la ciudad todo vestigio de vegetación⁽¹⁾, no se ve claramente el por qué estos ocho olivos no serían los renuevos de aquellos que, talados entonces por el ejército romano, habían abrigado bajo su sombrío ramaje los misterios de la divina Agonía. Es cosa sabida la asombrosa longevidad de este árbol. Las lágrimas de los piadosos peregrinos que los riegan siglos ha, parece asegurarles interminable vejez⁽²⁾.

Desde este lugar silencioso y solitario, era fácil oír y aun ver un grupo armado que salía de Jerusalén. El valle

(1) *B. J. V.* 6, 2.

(2) *V. Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol. I, p. 253.

del Cedrón, á media noche, está en calma, y el menor ruido basta para despertar los ecos. Contemplado á la luz de una hermosa luna llena, á principios de Abril, el paisaje encierra siempre algo de profundamente melancólico. Tanto si Judas y los suyos siguieron, para descender al valle, el camino que va desde el Templo, como el que desemboca en el barranco por la Puerta de las Ovejas, Jesús, desde el fondo del bosquecillo, podía seguir los movimientos de la siniestra escuadra, provista de antorchas, y señalando su paso por un reguero de luz pálida proyectada sobre las grandes murallas de la ciudad. El paso precipitado, el silencio prudente de la tropa, el choque de las armaduras, todo revelaba una expedición en regla y un golpe de mano seriamente organizado.

Judas, en efecto, habiendo salido furioso del Cenáculo, había ido á declarar á los príncipes de los sacerdotes que estaba dispuesto á cumplir sus compromisos. Esta vez, la ocasión parecía absolutamente propicia. Sabía donde encontrar á Jesús, y en aquella hora, estaba todo el mundo encerrado en su casa con su familia, tanto en Jerusalén, como en los campamentos levantados en torno de la ciudad; por lo tanto no había que temer un escándalo. Su proposición pareció aceptable, y sin pérdida de tiempo, los jefes del Sanedrín, de prisa, reunieron sus ministriles, sus servidores, así como los guardianes del Templo, y los armaron de espadas y bastones. Después, ante la perspectiva de un conflicto, siempre posible con los montañeses galileos, cuyo valor no era un secreto para nadie, parece que reclamaron, á fin de reforzar esta tropa mal armada y sin disciplina, el auxilio de los soldados romanos⁽¹⁾. Esta de-

(1) Todo, efectivamente, en San Juan, induce á creer que una cohorte romana tomó parte en el arresto. La palabra *σπεῖρα*, que emplea, se entiende, en el Nuevo Testamento, solamente de soldados romanos (*Mat.*, XXVII, 27; *Hechos*, X, 1; XXVII, 1); además, el capitán recibe el nombre de *χιμαρχος*, que los griegos reservaban para los tribunos romanos (*Hechos.*, XXI, 31; *Ant.*, XIX, 2, 3). Joséfo (*Ant.*, XX, 5, 3), nos dice que en las fiestas de Pascua los gobernadores enviaban una compañía de soldados para montar la guardia en la puerta del Templo, y prevenir cualquier motín. Observa además (*B. J.*, V, 5, 8) que la fortaleza Antonia, apoyada en el muro septentrional del Tem-

manda, dirigida al procurador durante la noche, fué la que quizás llenó el espíritu de su mujer de sueños penosos con respecto á Jesús. Pilato, llegado de Cesárea para cuidar de la conservación del orden durante las fiestas de Pascua, probablemente se alegró de demostrar al Sanedrín su buena voluntad, y concedió un pequeño destacamento con un tribuno para conducir la expedición.

Sea que el cielo estuviese cubierto y el tiempo sombrío, á pesar de la luna llena ⁽¹⁾, sea que se temiese haber de perseguir á Jesús á través de las asperezas del terreno, hasta en las tumbas abiertas en la vertiente occidental del monte del Olivar, se proveyeron de antorchas y de linternas. Para evitar todo error y distinguir bien á aquel á quien se debía prender, Judas había convenido con sus hombres un signo particular. «Al que yo besare, aquél es, prendedle.» Se ha preguntado si los discípulos tenían la costumbre de besar al Maestro cuando se juntaban con Él. No es probable. En todo caso, hubiesen besado sus manos ó su pecho en señal de respeto. Después de los últimos incidentes del Cenáculo, parece que Judas, sobre todo, no podía, sin otros preliminares, permitirse semejante familiaridad. Aquí no se trata de un beso ordinario, sino que, según todas las probabilidades, el desgraciado, añadiendo al crimen una perversidad inaudita, había imaginado presentarse al Maestro, no ya como un amigo, sino como un arrepentido. Simulando pedir su gracia, parecía cosa muy natural echarse á su cuello y besarle con efusión. Debe convenirse en que nada podía ser más abominable que esta transformación del beso, dulce signo de paz, en signo de guerra, y la historia de la humanidad no conoce trai-

plo, tenía escaleras por las cuales subían y bajaban los soldados romanos encargados de guardar el orden. «De suerte—añade,—que si el Templo era la ciudadela de la ciudad, la torre Antonia era la ciudadela del Templo: *custodia enim urbis erat templum, templi Antonia.*» Este cuerpo de guardia es probablemente el que el Evangelista designa con el artículo, *τὴν σπείραν*, por ser conocido de todos. En manera alguna entiendo decir que toda la cohorte hubiese sido puesta en movimiento.

(1) Á las diez de la noche, el 14 de Nisán, la luna, por su posición, deja en parte en la sombra el valle del Cedrón.

ción más negra que esta mordedura de serpiente, disimulada de esta suerte bajo apariencias de ternura.

De ordinario los malos, una vez determinados al crimen, no descuidan nada para lograr su éxito. Por eso Judas había recomendado á los soldados que rodeasen cuidadosamente á Jesús cuando le hubiesen cogido, y lo llevasen con precaución. Temía que el amor de los verdaderos discípulos fuese más fuerte que su odio, y que su fidelidad todavía prevaleciese sobre su traición.

Preparada de esta suerte por la astucia y sostenida por la fuerza pública, la expedición llegaba á Getsemaní en el momento en que Jesús acababa de juntarse al grupo apostólico.

La escena tuvo lugar en la entrada del jardín ⁽¹⁾.

Según San Lucas, el traidor precedía á la muchedumbre ⁽²⁾, y tal vez desde alguna distancia, á fin de que ésta no pareciese hacer causa común con él. En efecto, si Judas se hubiese presentado con la multitud, la demostración afectuosa que quería simular se hubiera hecho, no sólo extraña, sino poco menos que impracticable é inútil. Parecer el jefe de una tropa visiblemente hostil, y llegarse al Maestro para abrazarle, eran dos cosas incompatibles. La gente armada se quedó, pues, á distancia, tal vez detrás del seto ó muro del cercado, espiando lo que iba á suceder. Judas se presentó solo. «Maestro, Maestro—dijo, traicionando con esta repetición la turbación de su alma,—salve.» Y avanzando, se dispuso á besarle. Con una palabra quiso Jesús detenerle, y evitarle el horrible sacrilegio. «Amigo ⁽³⁾, ¿á qué has venido aquí?»—le dijo. El miserable ya no escuchaba nada, sino que extendía sus brazos hacia la cabeza augusta del Salvador, como hacia la víctima que quería ahogar. El texto evangélico ⁽⁴⁾ parece insinuar que tuvo la

(1) *Juan*, XVIII, 4.

(2) *Judas... antecedebat eos*, dice en el vers. 47.

(3) La palabra *ἑταίρε*, de que se sirve, supone una tierna familiaridad. (*Mat.*, XX, 13; XXII, 12).

(4) La palabra *κατεφίλησεν* se entiende de un beso con ternura, con efusión. Leemos en Jenofonte, *Mem.*, II, 6, 33: *ὡς τοὺς μὲν καλοὺς φιλήσαντός μου, τοὺς δ' ἀγαθοὺς καταφίλησαντος*. V. *Tob.*, VII, 6; *Eclí.*, XXIX, 5.

impudencia de prolongar su beso, como si fuese todavía un signo insuficiente de su amor y de su arrepentimiento. Jesús, sujetándole con su abrazo divino, le dijo una palabra que era el supremo llamamiento de la gracia. Se necesitaba ser Dios para hallar tanta mansedumbre y ternura en presencia de tanto odio é hipocresía. «¡Oh Judas! ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?» Nada faltaba al reproche para hacerlo más punzante. En efecto, Jesús recuerda al miserable quién es: Judas, uno de los Doce, desde largo tiempo admitido en su intimidad; á quién hace traición: al Hijo del hombre, que es al mismo tiempo Hijo de Dios, al Mesías, á quien ha servido y honrado hasta este momento, y cuyo reino va á comenzar; cómo le hace traición: con un beso, la más odiosa perfidia.

La turba, que lo ha visto todo, se aproxima en seguida á Jesús, que le ha sido ya suficientemente designado ⁽¹⁾. Se agrupa y se prepara á rodearle. Al mismo tiempo los Apóstoles, medio dormidos, fueron despertados por el tumulto. Los que no dormían comienzan á entrever el peligro, y su primer movimiento es disponerse á sostener la lucha, Jesús los contiene con una señal. Después, inquietándose por la vida de ellos, que no quiere exponer, se vuelve hacia la multitud y hacia Judas, que se hacía confundido con ella, y les dice: «¿Á quién buscáis? A Jesús de Nazaret,»—respondiéronle los emisarios del Sanedrín, no atreviéndose á decir valerosamente: «¡A ti!» y ponerse de este modo en relación directa con Él.—No podían ya dudar de que Jesús era el mismo que hablaba. «¡Yo soy!»—dijo el Maestro, con aquel gesto y aquella mirada llenos de majestad que aterrorizarán á los condenados en el día del juicio.—Y esta frase: «Yo soy», los hizo retroceder y caer por tierra. La historia conocía, en la vida de un Ma-

(1) La pregunta que Jesús les dirigirá en seguida no tendrá por objeto darse á conocer, sino separar su causa de la de los discípulos. De esta suerte se explican y completan los relatos de los Sinópticos y de San Juan, que, á primera vista, podrían parecer contradictorios, aquéllos no contando sino el beso de Judas, y éste solamente el pánico de la multitud.

rio ⁽¹⁾ ó de un Marco Antonio ⁽²⁾, el poder de la majestad humana imponiéndose á los verdugos; en este mismo libro, hemos admirado la acción irresistible de Jesús sobre los profanadores del Templo; sin embargo, nada iguala al rayo que aquí consterna y pone en confusión á todos estos hombres armados y prontos á prenderle ⁽³⁾. Verdaderamente, no hay cosa que se comunique con mayor rapidez que el miedo en una tropa vacilante y que se halla súbitamente en presencia, no de una víctima, como pensaba, sino de un enemigo que no la teme. Judas sobre todo, y los que conocían á Jesús debieron temblar, hallando en su palabra el acento de autoridad con que la habían oído dominar la vida y la muerte. El pánico de algunos soldados ha parecido á muchos explicar suficientemente la caída de todos los demás; pero el pensamiento del Evangelista indica claramente que Jesús imprimió á su respuesta una energía sobrenatural capaz de anonadar á la cohorte entera, si Él no hubiese suavizado el efecto. ¿Era acaso Él menos potente que Elías ó que Eliseo ⁽⁴⁾? ¿La palabra de su discípulo no bastará, más tarde, para derribar á Ananías y darle la muerte ⁽⁵⁾? ¿No es Él quien había dicho: «Hizo mi boca como una aguda espada ⁽⁶⁾?» El solo aliento de su boca ¿no tendrá un día, según San Pablo ⁽⁷⁾, el poder de destruir al Anticristo? Todavía hoy ¿no vemos que su voz tiene en jaque á los impíos y á los perseguidores, cuantas veces, por el órgano de la Iglesia—les dice: «Á quién buscáis?»

(1) Veleyo Patérculo, II, 19, 3.

(2) Valerio Máximo, VIII, 9, 2.

(3) La frase *cadere in terram* significa á veces *prosternarse*, pero la interpretación del autor es la verdadera. La imponen el contexto y el carácter especial del cuarto Evangelio. Jesús se entrega libre y espontáneamente: Oblatus est quia ipse voluit. Comentando San Jerónimo estas palabras (*Isaius*, LIII, 7) escribe: «Poterat eos qui ad se missi fuerant declinare, quibus occurrit intrepidus, et ultro se obtulit, dicens: quem quaeritis? Qui statim ceciderunt retrorsum; vocem enim praesentis Dei ferre non poterant.»

—N. del T.

(4) *IV Reyes* I, 10; II, 24; V, 27.

(5) *Hechos*, V, 5.

(6) *Isaius*, XLIX, 2.

(7) *II Tesal.*, II, 8.

Y si añade: «¡Heme aquí!», los desconcierta y tiemblan.

Cuando los soldados, repuestos de su estupor, se hubieron levantado, Jesús, con más dulzura, pero con el visible sentimiento de un triunfo que quería dejar sin resultados personales, repitió: «¿Á quién buscáis?» Ellos respondieron otra vez: «Á Jesús Nazareno. Ya os he dicho que yo soy,» respondió Jesús. Y sacando en seguida la conclusión que desde un principio le había inquietado, dijo: «Ahora bien, si me buscáis á mí, dejad ir á éstos.» De esta suerte quería establecer que, siendo Él solo el perseguido, se debía respetar la vida de sus discípulos, llamados á ser pronto sus testigos y sus predicadores. Realizaba con ello una vez más el símbolo patético del pastor, que, en vez de huir, abandonando sus ovejas á la rapacidad del lobo, las protege con su valor y las salva al precio de su propia vida. De esta suerte, observa San Juan, el Maestro fué fiel á su promesa, y no dejó perecer á ninguno de los que el Padre le había dado. ¿Qué habría sido de este rebaño tímido, si hubiese debido participar del cáliz reservado al Maestro? El más animoso de todos, Pedro, no resistió á la palabra de una sirvienta; ¿cómo resistirían los demás á los jueces y á los suplicios que podían infligirles? Ahora bien, si el grupo apostólico hubiese flaqueado, ¿qué habría sido del Evangelio? A decir verdad, en aquel momento, los Apóstoles parecían llenos de resolución. En efecto, mientras Jesús, pactando con el enemigo, pedía para los suyos la vida y la libertad, éstos se disponían á tomar la ofensiva. Viendo lo que iba á suceder, habían dicho ya al Maestro: «Señor, ¿heriremos con la espada?» Y, sin esperar respuesta, Pedro ⁽¹⁾, con su ardor natural, acababa de herir á uno de los enemigos más próximos. Había dirigido el gol-

(1) Los Sinópticos habían callado el nombre de este Apóstol animoso, y San Juan lo descubre. Se ha buscado el motivo en la fecha respectiva de la redacción de los Evangelios, como si los Sinópticos, escritos en vida de Pedro, hubiesen temido exponer al Apóstol al odio de los judíos denunciando su acto atrevido, en tanto que Juan, escribiendo después de su muerte, había juzgado que no debía tomar esta precaución. Extraña explicación de uno de tantos detalles que, en el Evangelio, deben quedar sin explicación.

pe á la cabeza. El herido se llamaba Malco ⁽¹⁾. Esta demostración vigorosa y temeraria del jefe de los Apóstoles se explica, no sólo por el temple de su carácter, sino también por lo que acababa de pasar. El poder de una palabra de Jesús sobre la multitud le había exaltado. El peligro del Maestro acaba de ponerle fuera de sí. El espectáculo de la cobardía de tanta gente acometiendo á un hombre solo, lleno de mansedumbre á pesar de su omnipotencia, le hace olvidar el peligro que hay en chocar de frente con enemigos armados, numerosos y sostenidos por un destacamento de soldados romanos. Pedro piensa que si él comienza la batalla, Jesús sabrá perfectamente acabarla y ganarla.

Malco estaba al servicio del Sumo Sacerdote. Pedro las emprendió contra él, sea porque este servidor, hallándose en primera fila, se mostrase más atrevido que los demás, sea que el primero de los discípulos estuviese deseoso de medirse con el emisario del principal enemigo de su Maestro. El golpe, asestado á la cabeza, mal dirigido, ó tal vez desviado por la misma mano de Jesús, sólo tocó la oreja derecha ⁽²⁾, y con fuerza bastante escasa para no cortarla enteramente ⁽³⁾. Jesús no tuvo más que tocarla para fijarla de nuevo, y curarla. Este acto de omnipotencia y de cari-

(1) San Juan es también el que da el nombre de este criado herido, porque, según veremos más tarde, la servidumbre del Sumo Sacerdote le era particularmente conocida (XVIII, 16). Así, el vers. 26 prueba que estaba asimismo al corriente de la parentela de Malco. Un falsario no inventa estos detalles.

(2) Observando las enormes proporciones que tienen con mucha frecuencia las orejas de los orientales, y que éstas tienden á separarse bajo el peso de sus turbantes, se comprende que un golpe torpe de espada pudiera cortar la de Malco sin lastimarle mucho la cabeza. El incidente lo refieren los cuatro Evangelistas, pero merece notarse que Juan y Lucas están de acuerdo en precisar el insignificante detalle de que la oreja cortada fué la derecha. Plácese esta aproximación inesperada entre el cuarto Evangelio y un Sinóptico; pero, si Juan quiso llenar las lagunas de los Sinópticos ¿por qué notó esta particularidad, y pasó en silencio la angustia de Getsemaní? Estas cuestiones son insolubles.

(3) El diminutivo *ῥιτον*, *aurícula*, no significa el pulpejo, según han supuesto algunos, sino la oreja entera. Esta fué separada por completo de la cabeza, como lo dicen claramente los Sinópticos: *ἀφείλεν*, *amputavit*, y también San Juan: *ἀπέκοψεν*, *abscidit*. La interpretación contraria no tiene sólido fundamento en las palabras de Lucas: «Et cum tetigisset (Jesus) auriculam ejus, sanavit eum.»—N. del T.

dad explica el por qué Pedro no fué cogido ni maltratado en seguida por la multitud. «Basta ⁽¹⁾—dijo el Maestro con autoridad,—vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que se sirvieren de la espada, á espada morirán. ¿Pien-
sas que no puedo acudir á mi Padre, y pondrá en el momento á mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así? El cáliz que me ha dado mi Padre ¿he de dejar yo de beberle ⁽²⁾?»

Por lo demás, si con la resistencia se lograra evitar el peligro, poniendo en fuga á la turba malvada, ¿cómo se cumpliría el decreto divino sobre la redención de la humanidad? Mucho ha rogado Jesús hace poco para que este decreto sea modificado, y el cielo no le ha escuchado; ahora no le toca más que apurar la copa preparada por la iniquidad de los hombres y la justicia de Dios.

Mientras Jesús dirige á los Apóstoles esta gran lección, aparecen en primer término algunos recién llegados movidos por el odio y la impaciencia de ver concluir prontamente la criminal empresa. Son varios príncipes de los sacerdotes, magistrados del Templo y ancianos del pueblo. ¿Llegaban en aquel instante, ó habían estado ocultos entre la multitud hasta el momento decisivo? Poco importa. Al verlos, Jesús les dirige un reproche que es asimismo la declaración solemne de su inocencia y de su honor ofendido: «Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos á prenderme; cada día estaba sentado entre vosotros enseñándoos en el Templo, y nunca me prendisteis. Mas esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas. Verdad es que todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los Profetas.» La noche es propicia para el crimen; los malvados sienten la necesidad de ocultar su obra

(1) Tal es el sentido probable de las palabras *Eâte êos toutrou*, que muchos han querido traducir: «Dejad que estos malos lleguen hasta donde quieran;» ó también, refiriéndose á la herida de Malco: «Dejadme llegar hasta este hombre.»

(2) Esta frase, que no se lee sino en San Juan, es probablemente una alusión á la agonía de Getsemaní, que el Evangelista pasa en silencio.

á los ojos de los hombres, y también á sus propios ojos. No se habían atrevido á prender á Jesús en pleno día, lo que prueba su inocencia; porque, si, cuando se tiene la fuerza, la ocasión, la autoridad, el deseo, no se obra, señal es de que el derecho no está de su parte. Y además, ¿qué necesidad había de esta ridícula demostración de espadas, bastones y soldados? No es Jesús ningún criminal encerrado en una fortaleza que sea preciso sitiarse. No hay más que intimarle la rendición, y Él está siempre pronto á seguir á sus enemigos adonde quieran conducirle. Pero es indispensable todo esto para establecer la violencia, como es necesaria la noche para velar el crimen. La hora del infierno ha sonado. El rey de las tinieblas ha encontrado sus cooperadores; sólo resta dejar que el malo termine su obra, y realice al pie de la letra todas las profecías que se refieren al Mesías sufrido. Jesús da á entender que Él no impedirá al espíritu del mal la consumación del crimen del cual debe salir la salud del género humano. Solamente triunfando se matará el mal á sí mismo; en su propia victoria será ahogado.

Los Apóstoles, desanimados por esta resignación, y tal vez espantados también por el creciente furor de la multitud, se dieron á la fuga. Un incidente, conservado por San Marcos, prueba que el peligro era real, y que si querían salvarse no debían perder ni un momento. Un joven, atraído por el ruido, y no llevando otro vestido que la túnica de tela blanca con que se envuelven los orientales al acostarse, no podía resolverse á abandonar á Jesús en aquella ocasión. Comenzó á seguirle cuando empezaban á arrastrarle hacia la ciudad; advirtiéndolo la turba, é inmediatamente se preparó á jugarle una mala partida; mas él, presa de pavor, se escapó en seguida, dejando abandonado su ligero vestido en manos de los que le perseguían (1).

(1) Desde los primeros siglos de la Iglesia, se ha creído que este joven era Marcos, el cual, por ser el único en contar este incidente, sin importancia, si no oculta un personaje conocido, parece haber querido firmar así, con ex-

Jesús quedó, pues, solo en poder de sus enemigos. Atáronle las manos, como á un malhechor. La turba triunfante, en medio de gritos y blasfemias, emprendió el camino de la ciudad. Los príncipes de los sacerdotes se felicitaban de esta acertada captura, y seguían el cortejo, después de haberle dado la consigna de presentarse inmediatamente en casa de Anás, suegro de Caifás.

cesiva modestia quizás, el Evangelio que legaba á los cristianos. Supuesto que la madre de Marcos, según los Hechos de los Apóstoles, poseía en Jerusalén una habitación bastante capaz para servir de oratorio á los primeros fieles, podía ser muy bien propietaria de Getsemaní, (Prensa de aceite.) Marcos habría salido de esta casa para mezclarse con la multitud, hasta que el miedo de ser cogido le obligó á huir. La manera como desaparece de repente parece convenir al temperamento del que abandonó de una manera bastante brusca á Pablo y Bernabé, cuando éstos desembarcaron en Asia Menor, para emprender un ministerio más peligroso que el de Chipre, donde el tío y el sobrino habían estado como en su propia casa. Muchos exégetas han creído que este joven era Lázaro.

CAPÍTULO III

El proceso religioso

Jesús en presencia de Anás.— Interrogatorio preliminar sin resultado.— Las dos primeras negaciones de Pedro.— Ante el tribunal de Caifás.— Los falsos testigos.— Cuestión decisiva y respuesta.— Es decretada la pena de muerte.— *Res sacra reus*.— Jesús entregado á los criados.— Tercera negación de Pedro.— El canto del gallo y la mirada de Jesús.— Sesión de la mañana.— Israel va á entregar á su Mesías en manos de Pilato. (*Juan*, XVIII, 12-27; *Mat.*, XXVI, 57-75; *Marc.*, XIV, 53-72; *Luc.*, XXII, 54-71.)

Jesús fué llevado al palacio de los sumos sacerdotes. En él habitaban juntos ⁽¹⁾ Anás y Caifás, el uno antiguo sacrificador desposeído por Valerio Grato, el otro gran sacrificador en funciones.

El preso fué inmediatamente puesto á disposición de Anás, quien tal vez había sido el principal organizador del golpe de mano, y en quien, por otra parte, radicaba la influencia preponderante en las cuestiones religiosas que se agitaban en Jerusalén. De un patriotismo feroz, Anás ó Hanano habíase convertido, por su carácter imperioso y su incontestable habilidad, en verdadero jefe del judaísmo ⁽²⁾. Cinco de sus hijos habían ejercido el poder de soberano sacrificador. José Caifás, su yerno, el gran sacerdote de este

(1) Esta es la mejor manera de explicar que Pedro negara á su Maestro durante el interrogatorio de Anás, lo mismo que durante el de Caifás. Cier- to es que habría podido quedarse en el atrio de Anás y continuar allí sus negaciones en tanto que Jesús se hallaba ya en casa de Caifás. Pero, á más de que sería preciso renunciar al resultado final de las negaciones, que fué la mirada que Jesús lanzó á Pedro, sería difícil admitir que la multitud, que había cooperado al arresto, no siguiese al preso á casa de Caifás. Ahora bien, entre los últimos que preguntaron á Pedro, había uno por lo menos que le había visto en el huerto.

(2) Esto explica que San Lucas (III, 2,) lo coloque, como sumo sacerdo- te, en el mismo grado que Caifás.

año célebre, como dice San Juan, recibía de aquél todas sus inspiraciones.

Podemos representarnos el palacio que habitaban con uno ó varios patios centrales, comunes á las diversas alas del edificio. En uno de estos patios se colocaron los servidores alrededor de un fuego de carbón encendido de prisa y corriendo para calentarse. En Palestina, aun en Abril, el frío es crudo hacia el término de la noche. Jesús fué introducido en las habitaciones de Anás ⁽¹⁾. Entonces se retiraron los soldados romanos, no reapareciendo hasta el día siguiente. Habiéndose conservado el orden público, y una vez remitido el acusado á la autoridad religiosa, su misión había terminado.

Mientras se hacían las diligencias necesarias para reunir en casa de Caifás á los miembros del Sanedrín, Anás ⁽²⁾ quiso sentar los preliminares del proceso que iba á comenzar. El astuto viejo pensó que en primer lugar era necesario interrogar á Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina ⁽³⁾. Tal vez suponía que Jesús profesaba una ense-

(1) Nada dicen los Sinópticos de esta primera comparecencia, porque Anás no tenía autoridad oficial, y, por otra parte, nada importante ocurrió en su casa.

(2) Es bastante sorprendente que algunos exégetas, por otra parte muy perspicaces, hayan podido empeñarse en que, aun en casa de Anás, dirigió Caifás los debates, porque, dicen, la denominación de sumo sacerdote sólo podía aplicarse á este último. Pero *Lucas*, III, 2 y *Hechos*, IV, 6, demuestra lo contrario, y, en el mismo relato de *Juan*, XVIII, 24, se cita á Anás enviando al acusado á la jurisdicción de Caifás.

(3) Gran número de comentaristas sostienen que San Juan no se propuso referir el interrogatorio de Jesús en casa de Anás, sino más bien el de casa de Caifás. Para esto suponen que después de haber mencionado al suegro, en cuya casa el acusado habría hecho tan sólo un alto insignificante y de pura conveniencia, el Evangelista designa, por su calidad de sumo sacerdote, al yerno. Y, efectivamente, en el contexto, éste es el último que recibe tal calificación. Pero esta explicación tropieza con la grave dificultad del vers. 24, donde se dice que *Anás envió á Jesús á casa de Caifás*. Por tanto, no había ido todavía. Para suprimirla, se ha supuesto que este versículo había sido trasladado por los copistas y que debía estar después del vers. 13, ó también que el verbo ἀπέστειλεν, *envió*, debía tomarse en el sentido de plusquamperfecto, como si San Juan, recordando lo que había olvidado notar después del vers. 13, hiciese observar que *Anás había enviado á Jesús á Caifás*.

Contra esta hipótesis hay una grave dificultad: tal es que Juan indica claramente dos comparecencias distintas. Dícenos, vers. 13, que Jesús fué conducido *primeramente*, πρῶτον, á Anás, lo que supone, que *en segundo lugar*, lo

ñanza del todo; misteriosa, reservada á los íntimos, y deseaba ilustrarse sobre la especie de sociedad secreta que creía ser el gran medio revolucionario del joven agitador. El Maestro no tenía por qué responder á quien le interrogaba fuera de todo derecho. Con una calma admirable, eludió la cuestión y remitió á los otros el cuidado de responder: «Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el Templo, á donde concurren todos los judíos; y nada he hablado en secreto ¿qué me preguntas á mí? Pregunta á los que han oído lo que yo les he enseñado; pues éstos saben cuales cosas haya dicho yo.» Así, sin hacer alarde de su inocencia, la probaba. Recordaba al mismo tiempo que, si el Sanedrín y sus jefes tenían el derecho de examinar á aquellos que se atribuían una misión profética en Israel, no dejaban de cometer contra Él un acto de violencia tan arbitrario como inútil. Se acababa de prenderle de una manera brutal y de noche, como un malhechor, cuando Él había enseñado públicamente, sin rehusar responder jamás á las cuestiones propuestas por la autoridad religiosa. No habiendo temido nunca la luz, apela al testimonio, no ya solamente de sus discípulos, sino también de cuantos le han oído. Su doctrina no se ha concretado á un círculo de iniciados, sino que se ha dirigido á todo el mundo. De or-

fué á su yerno Caifás, cuyos títulos y cualidades enumera. Y, de hecho, en el vers. 24 está categóricamente indicada la comparencia ante Caifás. Verdad es que no menciona lo que allí pasó, pero es cierto que en el vers. 28 nos muestra á Jesús conducido á Pilato desde casa de Caifás. Tomando sus textos sin torturarlos, he aquí lo que es preciso leer en ellos: Según San Juan, hubo dos sesiones de noche: la primera ante Anás, de la cual los Sinópticos nada habían dicho y que él nos cuenta; la segunda ante Caifás, de la que él nada nos dice porque los Sinópticos la habían referido ya, pero cuyo resultado legal él no ignora, pues nos muestra al Sanedrín prevaleciendo ante Pilato (XVIII, 31, XIX, 7) de la sentencia de muerte dictada contra Jesús por la autoridad religiosa. Ahora bien, está demostrado que, según él, en la sesión en casa de Anás, no se dictó ninguna sentencia capital. En consecuencia, el cuarto Evangelio conoce é indica dos interrogatorios, ante dos jueces diferentes, en dos lugares diferentes, bajo una forma y conclusión diferentes. En casa de Anás, intentóse comprometer al acusado arrancándole declaraciones que sirvieran de fundamento más serio á la acusación, insuficientemente legitimada desde el punto de vista judicial. En casa de Caifás tuvo lugar el verdadero proceso legal.

dinario ha hablado en público, ó, si ha enseñado en particular, ha sido con el deseo de hacer público desde los terrados lo que decía al oído.

Este llamamiento al pueblo no podía menos de embarazar á quienes pretendían condenarlo sin el pueblo. En todo caso, su respuesta clara y sencilla no tenía nada de lo que esperaba el improvisado juez. En lugar de comprometer al que la había dado, estorbaba al preguntante, y declinaba visiblemente su competencia, mediante una forma evasiva que el acusado no empleará ni delante de Caifás, ni delante de Pilato, por tener ambos magistrados el derecho de preguntarle.

La situación de Anás se hacía difícil y la lección era bastante severa para embarazarle. Su fracaso no escapó á ninguno de los que escuchaban, y un criado—el azar da con frecuencia á los malos señores siervos tan malvados como ellos—juzgando que era necesario un escándalo para salvar la dignidad del viejo, levantó la mano, y, con fanatismo feroz, hirió á Jesús en el rostro ⁽¹⁾ diciendo: «¿Así respondes tú al pontífice?» El Salvador, sin inmutarse ante tal violencia, se limitó á decir: «Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien ¿por qué me hieres?»

Tanta calma hacía resaltar el legítimo derecho del acusado, y amenazaba asegurar su triunfo, si proseguía el interrogatorio. Anás comprendió que el asunto había comenzado mal y que era tiempo de recurrir á otro tribunal. Tal vez también le habían avisado que el Sanedrín, precipitadamente reunido, entraba en sesión. Hizo atar de nuevo á Jesús, manteniendo de esta suerte su culpabilidad aparente, y lo envió á Caifás.

Este primer proceso no tuvo otro resultado.

(1) Se supone comúnmente que este servidor dió una bofetada á Jesús, pero podría ser que le hubiese herido con un bastón. La palabra *ράπισμα* que deriva de *πάρις vara*, significa lo más frecuentemente, entre los autores griegos, Plutarco, *Themis.*, XI; Herodoto, VIII, 59; Anacreonte, VII, 2, un bastonazo. Pronto veremos (*Mat.*, XXVI, 67) que *εκολάφισαν* constituía un mal tratamiento diferente de *εράπισαν*.

¡Coincidencia singular! en el momento mismo en que Jesús apelaba al testimonio de los suyos, y decía á Anás: «¡Pregúntales!» Pedro, el jefe de los Apóstoles, preguntado por los criados respondía: «No conozco á este hombre.» Si esta vergonzosa negación prueba la ciencia perfecta que el Maestro tenía de lo por venir, no deja de ser asimismo uno de los más crueles dolores infligidos, durante aquella noche, á su corazón de amigo y de padre.

En el momento de entregarse Jesús á sus adversarios, el pánico, según hemos visto más arriba, fué muy profundo entre los Apóstoles, dándose todos á la fuga. Pedro, sin embargo, no tardó en cobrar un poco de ánimo, y, siguiendo de lejos el criminal cortejo, quiso ver lo que acontecía. Otro discípulo estaba con él. El Evangelio no lo nombra, si bien generalmente se supone que era Juan. En efecto, parece bastante natural que el discípulo muy amado tuviera algún sentimiento en abandonar al Maestro, y, de hecho, veremos que le siguió hasta el pie de la cruz. Por otra parte, se había convertido, desde algún tiempo, en el compañero ordinario de Pedro, y la forma anónima con que le designa el relato responde exactamente á las precauciones que toma nuestro cuarto Evangelista cuantas veces trata de sí mismo.

Llegados al palacio de los pontífices, los dos Apóstoles se separaron un instante. Juan entró sólo, porque era conocido del Sumo Pontífice ⁽¹⁾; Pedro permaneció en la puer-

(1) Por una coincidencia tanto más preciosa cuanto no es buscada por el autor del cuarto Evangelio, este discípulo, que conocía muy bien al Sumo Sacerdote, es el mismo, para nosotros, que, al escribir su Evangelio, se interesa en todos los detalles de la servidumbre de aquél. Él es quien nos dice el nombre del criado á quien Pedro cortó la oreja; él quien señalará pronto relaciones de parentesco entre uno de los interlocutores de Pedro y el mismo Malco; él quien sabe que la portera era una *joven*, y que los criados se habían agrupado en torno de un fuego de *carbón* para calentarse.

Se ha preguntado cuáles podían ser las relaciones de Juan con el Sumo Sacerdote, de quien, según el Evangelio, era personalmente conocido. ¿Hay que buscar el origen de estas relaciones en la profesión misma de Zebedeo que, haciendo vender en Jerusalén el producto de sus pesquerías, podía ser el proveedor de la casa pontificia? Ó bien, ¿sería mejor buscar la causa en la naturaleza profundamente religiosa de Juan que, desde muy joven, antes de ser discípulo del Bautista y de Jesús, había quizás procurado ver y escuchar

ta. Dos razones le retenían: la primera, porque no estaba seguro de que se le permitiese la entrada, la segunda, porque después de su hazaña contra Malco, corría peligro de ser reconocido y castigado ⁽¹⁾.

En Oriente, las casas importantes tienen todas un gran patio interior rodeado de un claustro espacioso. Dan á la calle por medio de una puerta monumental, en la que se abre un estrecho portillo, cuya custodia tiene el conserje, y por donde pasa, después de darse á conocer, sobre todo durante las horas de la noche, el que tiene algún motivo para entrar.

Cuando Juan hubo conseguido que le admitieran, volvió por Pedro para introducirle, lo que logró, en efecto, con una palabra que dijo á la portera. Después, menos espantado que su compañero, dirigióse directamente adonde se interrogaba á Jesús. Pedro, habiendo quedado solo, ocultóse desde luego en la sombra, queriendo darse cuenta de la situación; después, por miedo de que una actitud demasiado tímida no resultase comprometedora, determinóse á mostrar audacia, ó á lo menos, á tomar una actitud más resuelta. Se acercó al brasero, en torno del cual se habían agrupado los servidores, y sentóse en medio de ellos ⁽²⁾. Confundirse entre los enemigos era ya un principio de cobardía.

al Sumo Sacerdote, y continuaba siéndole adicto como al representante oficial del judaísmo? No se sabe. Lo cierto es que Juan tenía libre acceso en el palacio, y que los criados le demostraban alguna consideración.

(1) La seguridad de los dos Apóstoles iba á ser muy diferente en el atrio del palacio, y esto explica el estado más diferente aún de su espíritu. Puede Juan ir y venir sin peligro. No tiene aprensiones personales. No se ignora que ha sido de la comitiva del acusado, pero se sabe que es conocido del Sumo Sacerdote, y nadie se atreverá á acusarle. Pedro, por el contrario, ha entrado por favor, y está amenazado de una acusación posible, en razón de su acto de violencia contra Malco. La prudencia le dicta no comparecer en un medio tan peligroso, pero el amor le prohíbe quedarse delante de la puerta. El desgraciado escuchará á su afecto, sin pesar suficientemente sus fuerzas, y queriendo ver más de cerca al Maestro, verá ante todo su propia miseria.

(2) Una crítica quisquillosa ha observado que Juan pone á los criados de pie, *εστηκεισαν*, mientras que los Sinópticos los representan sentados; pero ¿acaso no es natural que en un grupo semejante hubiese unos sentados y otros de pie? Por otra parte, San Mateo, después de haber dicho que

Tan sólo la portera poseía el secreto de este hombre, ó lo sospechaba. Ella no le había dejado pasar sino bajo la garantía de Juan; ahora bien, conocía á éste como discípulo de Jesús⁽¹⁾. Llegóse al patio para saber lo que hacía, y, sorprendiéndole en medio de los criados, juzgó que Pedro no estaba muy seguro de su derecho de entrada en el palacio, puesto que se quedaba en tan humilde compañía. Temiendo en seguida haberse engañado admitiendo intempestivamente á un intruso, cumplió demasiado tarde, con el atrevimiento propio de la gente de su oficio, el deber que, en consideración á Juan, no había cumplido desde un principio. Divisando á Pedro en medio del grupo: «¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?»—le dijo.—Esta pregunta produjo en el Apóstol el efecto de un rayo. ¿No iban á reconocer en él al atrevido combatiente que había desenvainado su espada, hacía poco, contra aquellos á cuyo lado se sentaba ahora? Ya todas las miradas se fijan en él, y tan sólo con trabajo, apartando de la pálida luz del hogar su fisonomía turbada, logra disimularla en la sombra. Sin reflexionar ya, da en seguida una respuesta evasiva, pero que se acerca á la mentira: «No sé ni puedo comprender lo que dices⁽²⁾», responde. En su turbación, pensaba no comprometer, mediante tal pretexto, ni su lealtad ni la verdad. Mas la obstinada portera parece que volvió á insistir, y á sus reiteradas preguntas debió él responder con las diversas negaciones señaladas por dos de nuestros Evangelistas: «Yo no soy de sus discípulos», según San Juan; «Mujer, no le conozco», según San Lucas. La primera negación, empieza-

estaban sentados (vers. 58), nos los muestra de pie, ἐστῶτες. San Marcos hace lo mismo. (Comp. vers. 54 con 69, 70.) En cuanto á Pedro, si es representado de pie por San Juan, mientras que está sentado en San Mateo, es porque se trata de dos momentos diferentes. Está sentado cuando la portera le apostrofa, y se levanta en la agitación que le causa este primer incidente. Entonces es cuando se dirige al pórtico.

(1) La palabra *también*, en su pregunta, prueba que las relaciones de Juan con Jesús eran conocidas de esta mujer.

(2) *Marc.*, XIV, 68, y *Mat.*, XXVI, 70, que dan á su primera respuesta este matiz menos acentuado, probablemente son aquí más precisos que los otros dos Evangelistas.

da con alguna vacilación, más acentuada después, había llegado á ser completa bajo todas sus partes, y era tan impudente como pública. En efecto, ante todo el grupo, Pedro, con insistencia, había declarado que no conocía á su Maestro. La caprichosa curiosidad de una criada acababa de echar por tierra todo el valor del presuntuoso, y dar un mentís á sus más enérgicas protestas.

En aquel momento fué conducido Jesús desde la casa de Anás á la de Caifás⁽¹⁾, es decir, que pasó de un extremo á otro del palacio, atravesando el patio. Gracias al movimiento que se originó para ver al acusado, parece que Pedro, no pudiendo soportar, después de su primera negativa, la vista del Maestro indignamente cargado de ataduras⁽²⁾, como un criminal, intentó retirarse. Llegado á las columnas que conducían al vestíbulo⁽³⁾, se paró, sintiéndose reanimar en la oscuridad. Entonces fué cuando su momentánea soledad le permitió oír, como observa San Marcos, el canto del gallo⁽⁴⁾. Era ya más de media noche. Aquel canto le recordó la predicción del Maestro, y turbó su alma más vivamente aún que todo lo demás.

Para colmo de su desgracia, la desapiadada portera que le seguía con la mirada, juzgando por sus falsas manio-

(1) San Juan dice que fué enviado á Caifás después de la primera negación, y San Lucas dice que estaba cerca de Pedro, y, por consiguiente, en el atrio, ó debajo del pórtico, en la última, cuando echó sobre el discípulo infiel la mirada que le convirtió.

(2) Juan, XVIII, 24, con una frase soñada como al azar, *misit ligatum*, ha pintado la actitud humillada de Jesús.

(3) Esto es lo que quiere decir Marcos, XIV, 68: *et exiit foras ante atrium*, combinado con Mateo, XXVI, 71: *exeunte autem illo januam*. Sale del atrio para ganar la puerta, y, como vacila, sus idas y venidas son notadas.

(4) Marc., XIV, 68. Algunos han pretendido que, según una ley antigua, *Baba Kama*, cap. VII, último §, no se permitían gallos en Jerusalén, porque, buscando su comida en los estercoleros, podían estos animales sacar de allí toda suerte de bichos impuros, que podían manchar de improviso, con su contacto, á los hombres y las ofrendas del templo. Mas está demostrado que esta ley judía no fué inventada hasta más tarde, y que había gallos en Jerusalén, no solamente en la fortaleza Antonia, donde los romanos se servían de ellos para señalar las vigiliass de la noche, sino también en la ciudad, donde, según los rabinos, uno de estos animales fué apedreado por haber sacado los ojos á un niño, que murió de tan horrible herida. Por otra parte, hemos observado ya que los mismos judíos dividían la noche según los cantos del gallo.

bras que ella no se había equivocado, le apremió aún más con sus acusaciones. Esta vez ya no se dirige á Pedro, sino á los criados, delante de los cuales había recibido el mentís. Mostrando á Pedro en la sombra, exclama que evidentemente es uno de los discípulos de Jesús. Por esta afirmación, reiterada con tanta insistencia, el desgraciado es de nuevo llevado, de grado ó por fuerza, al primer campo de batalla. Vuelve otra vez junto al brasero para defenderse aún, y mostrar su audacia negándolo, como la primera vez. Empero, el asalto dado á su cobardía se complica. Según San Mateo ⁽¹⁾, otra sirvienta, que ayudaba tal vez á la portera, y participaba de la misma desconfianza con respecto al personaje sospechoso, interviene, y declara á todo el grupo que Pedro estaba con Jesús de Nazaret. Mas el discípulo protesta y jura que «no conocía al hombre». Según San Lucas, uno de los concurrentes, apoyando á las dos sirvientas, le abrumó también con la misma acusación. Con más audacia aún, exclama Pedro: «¡Hombre, no soy de los suyos!» Ante una negación tan categórica, que parecía revestir algún acento de sinceridad, el grupo de ujieres y de criados permaneció indeciso; pero, interesado en el asunto, quiso saber á qué atenerse. Para ello el ocio de aquella noche fastidiosa, les daba tiempo de sobra. Entonces, según San Juan, entretuviéronse todos en acosar á Pedro con maliciosos apóstrofes. Á cada nueva pregunta respondía el Apóstol con una nueva negación.

Pero, desde hacía algunos momentos, el interés estaba en otra parte. Jesús, conducido á casa de Caifás, encontró reunido el Sanedrín. Mucha diligencia fué menester para lograr reunir tan rápidamente á los jefes de los sacrificadores, á los ancianos del pueblo y á los escribas ó legistas que componían el tribunal supremo. Al poco tiempo, todos se habían presentado ⁽²⁾. Sin inquietarse por la ilegalidad

(1) Es de notar que es siempre este mismo Evangelista el único que duplica los personajes: dos endemoniados en Gadara, dos ciegos en Jericó, y aquí dos criadas.

(2) Los Sinópticos están acordes en mencionar las tres categorías: sacerdotes, laicos influyentes y rabinos ó doctores de la ley, que constituían el tri-

de la reunión á semejante hora, se pretendía desde este momento entablar un proceso en debida forma. El plan del partido jerárquico era no sólo hacer morir á Jesús—un acto de violencia hubiera bastado, como bastó más tarde para Esteban,—sino más bien deshonrarlo con una sentencia judicial, y entregarlo después á los romanos como un vil criminal. Era necesario para eso una sentencia en forma, y, por consiguiente, una acusación regular, testigos y jueces. Habiendo Jesús, ante Anás, apelado á sus oyentes diarios, logran reunir algunos, todos ellos de mala fe y ganados de antemano al partido jerárquico.

Caifás abrió la sesión, y comenzó á interrogarlos. Ahora bien, sucedió que sus deposiciones, mal concertadas, no convenían entre sí; por otra parte, eran insuficientes para motivar una sentencia de muerte. La contrariedad de los jueces se hacía evidente ⁽¹⁾. Al fin, se presentaron dos hombres que adujeron simultáneamente contra Jesús este testimonio: «Nosotros le oímos decir: Yo destruiré este templo hecho de mano de los hombres, y en tres días edificaré otro sin obra de mano alguna.» La deposición era falsa en el fondo y en la forma. La frase auténtica á que se aludía, y que se remontaba á dos años ⁽²⁾, asignaba á Jesús un papel muy diferente de la que se le imputaba. Él no había dicho ni *puedo destruir* ni *destruiré* el templo, sino *destruidlo*; lo que significaba: «Vosotros destruiréis el templo, y yo en tres días lo reedificaré.» Podía haber pecado por fatuidad, pero, en el fondo, nada había dicho contra la religión. Esta acusación era, pues, insuficiente. Además, alegar estas palabras, era alegar lo que no se había enten-

bunal en pleno, τὸ συνέδριον ἔλον. Sin embargo, veremos más tarde que algunos amigos de Jesús no estuvieron allí.

(1) Para condenar á un culpable, necesitábase la deposición idéntica de dos ó tres testigos interrogados separadamente. (*Deuter.*, XVII, 6, etc.) Véase Selden, *de Synedruiis*, II, 13, 3, y el interesante trabajo del abogado Taylor Innes, *The Trial of Jesus Christ*, Edimburgo, 1899, donde, según el judío Salvator, *Hist. des Instit. de Moïse*, el autor estudia el procedimiento ante el tribunal religioso y ante el tribunal romano.

(2) Es de notar que los Sinópticos, citando esta frase, de modo que parece que no saben dónde y cuándo había sido pronunciada, rinden á la veracidad de San Juan un importante homenaje.

dido, y, por consiguiente, mostrarse injustos. Jesús, en efecto, que las había pronunciado, no había pensado jamás en volver á levantar en tres días las piedras del Templo terminado y embellecido por Herodes. Para Él, el Templo era su cuerpo, que había prometido arrancar de las garras de la muerte, ó mejor, el judaísmo, que debía ser destruído al matar al Mesías, y que Él iba á levantar de nuevo, bajo la forma cristiana, resucitándose á sí mismo al tercer día ⁽¹⁾.

Á todo esto el acusado nada respondía. No valía la pena, puesto que, encargándose unos testigos de deshacer lo que habían dicho los otros, ninguna de las afirmaciones tenían la fuerza ni la autoridad deseadas por el Sanedrín.

La actitud impasible y el silencio del acusado desconcertaban cada vez más á los jueces. De repente Caifás, exasperado, se levanta, y avanzando hacia el centro de la sala, dice: «¿No respondes nada á los cargos que te hacen éstos?» Empero, esta viveza no arrancó ni una palabra al acusado, y Caifás empezó á comprender que no era tan fácil intimidarle ó hacerle salir de su reserva. Los papeles parecían haber cambiado: Jesús tenía la impasible majestad de un juez, y el gran sacerdote demostraba la agitación febril de un acusado.

Para terminar, promoviendo sin más rodeos la cuestión candente que palpitaba en el fondo de todo el proceso, algunos de los asesores del gran sacerdote dijeron: «Si tú eres el Cristo, dínoslo.» Y Jesús, explicando con su serena respuesta la severidad de su silencio, dijo: «Si os lo dijere, no me creeréis; si yo os hiciere alguna pregunta, no me responderéis ⁽²⁾, ni me dejaréis ir.» ¿Á qué querer dar un aspecto de proceso á lo que no es más que una asechanza?

(1) La interpretación primera es del mismo San Juan: «Ille autem dicebat de templo corporis sui.» De la segunda, recuérdese que el autor ha escrito (vol. I, pág. 317): «Dígase lo que se quiera, es menos directa que la primera y más controvertible en las condiciones de su cumplimiento.»—N. del T.

(2) Aquí hay ciertamente una alusión á las preguntas que Jesús había hecho repetidas veces á sus adversarios, sin poder obtener respuesta. (*Marcos*, XI, 33 y *paral.*; *Mat.* XXII, 46, etc.)

Entonces el gran sacerdote, tomando por su propia cuenta la cuestión propuesta por sus asesores, con toda la solemnidad de que era capaz, dijo: «Yo te conjuro ⁽¹⁾ de parte del Dios vivo, que nos digas si tú eres el CRISTO, EL HIJO DE DIOS.» Jesús respondió: «SÍ, TÚ LO HAS DICHO: YO SOY.»

No ignoraba que tal respuesta era su sentencia de muerte. Pero el Rey de los mártires no podía perder una ocasión tan propicia de manifestar con qué valor debe decirse la verdad, aun á los tiranos que tienen nuestra vida en sus manos. Cuando quisieron llevarle en triunfo y obligarle á inaugurar su reino, rehusó llamarse el Cristo; ahora que esta confesión debe conducirle á la muerte, la formula con una sencillez sublime. El mundo que, desde tantos siglos, espera esta declaración, sabrá desde ahora donde está su Mesías.

Y para que la profesión de fe sea completa, Jesús, que, declarándose el Cristo, y, de una manera más exacta, el Hijo de Dios, ha afirmado la encarnación de Dios en el hombre, quiere también proclamar la glorificación futura de la humanidad hipostáticamente unida á la divinidad; y, á riesgo de consumir el escándalo esperado por Caifás, añade: «y aun os declaro que veréis después á este Hijo del hombre, sentado á la diestra del Todopoderoso ⁽²⁾, venir sobre las nubes del cielo.» No es un acusado, es un rey el que oyen. ¡Qué majestad! ¡qué plena conciencia de su poder! ¡qué clara visión de su porvenir! Él, el acusado de hoy, será el juez de mañana, y ellos, los jueces, estarán temblorosos bajo sus pies, como criminales responsables delante de una justicia mucho más rigurosa que la de aquí bajo.

(1) La fórmula ἐξουσίῳ significa exactamente: *Te mando que digas bajo juramento* (Polibio, III, 61, 10; VI, 21, 1; XVI, 31, 5), de suerte que se juzgaba que la respuesta era hecha con juramento. Por tanto, Jesús va á declararse el Cristo, tomando por testigo al Dios vivo. (*III Reyes*, XXII, 26, *et passim*.)

(2) El texto dice τῆς δυνάμεως, *de la Potencia*, término abstracto destinado á hacer resaltar mejor el poder omnímodo de Dios.

En esta advertencia de la misericordia, Caifás no podía ver más que una pretensión sacrílega. Su corazón, cegado por el odio y la pasión religiosa, era incapaz de comprender aquel lenguaje grave y severo como la verdad. Esperaba una excusa ó una explicación tímida, y había recibido, como un rayo, la más valiente y la más categórica de las reivindicaciones. Indignado, fuera de sí, rasgó al punto sus vestiduras ⁽¹⁾, diciendo: «¡Blasfemado ha! ¿qué necesidad tenemos ya de testigos?» Esta frase, descubría, sin que él lo sospechase, de una parte, su deseo de condenar al acusado, y, de otra, con la insuficiencia de los precedentes testigos, el temor de no hallar otros más perentorios. La violencia de su fingido dolor, que, públicamente, hacía jirones su traje sacerdotal, inauguraba la ruina oficial del mosaísmo. Por la tarde Dios mismo desgarraría, á su vez, el velo del Templo. A la nueva religión le era preciso algo que fuese más universal que el *racional*, signo simbólico de las doce tribus de Israel que cubría el pecho del Sumo Sacerdote, un lugar de oración más vasto que el Templo, un sacerdocio más universal. Caifás al negar la divinidad de Jesucristo, abdicaba sus derechos de soberano sacrificador. De antemano Simón, á quien Jesús desde largo tiempo había dado el sobrenombre de Cefas ó Caifás, los había recogido, diciendo al Maestro en el camino de Cesárea: «¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!»

«Vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia ¿qué os parece?» De esta suerte Caifás no ponía á examen la realidad de la blasfemia, sino que pedía la aplicación de la ley, suprimiendo toda discusión de culpabilidad. Esto era erigir la arbitrariedad en juez; pero ¿qué importa? Todos los jueces, y esta unanimidad tiene algo de espantoso por su maldad, respondieron: «Reo es de muerte.»

(1) Verdad es que, según *Levítico*, X, 6; XXI, 4, 10, los sacerdotes no debían jamás rasgar sus vestiduras ni con ocasión de una muerte, ni por un duelo privado; pero aquí se trataba de un escándalo público, de una blasfemia inaudita, y la ley mosaica no preveía estos casos excepcionales. (Comp. *Mac.*, XI, 71, y *Josefo*, *1.ª B. J.*, II, 15, 4, donde los sacerdotes ponen su pecho al descubierto, rasgando sus vestiduras)

Al mismo tiempo, levantaron la sesión, abandonando á Jesús á los insultos de la multitud. ¿Se retiraron para ir á dormir sobre su crimen esperando el día, ó bien para ocuparse en asegurar la ejecución de su sentencia? La segunda hipótesis parece mucho más probable por cuanto el día no estaba lejos, y, por otra parte, podía parecerles útil allanar, sin tardanza, las ilegalidades de que estaba manchado su juicio. Jesús había sido juzgado de noche, precipitadamente, por un tribunal que, si era conforme á la ley en cuanto al número, por lo menos parecía haber excluído los amigos de Jesús ⁽²⁾. Además, el Sanedrín tan sólo había acusado al detenido de blasfemia ó de falsas doctrinas; podía infligirle penas disciplinarias, pero no condenarlo á muerte. Para una sentencia capital, era necesario el concurso de la autoridad romana ⁽¹⁾; ahora bien, ésta no intervenía sino en los crímenes políticos, y Jesús había evitado siempre mezclarse en política. Era preciso, pues, imaginar un medio de transformar la acusación formulada y admitida contra Él. A este trabajo dedicaron, sin duda, las últimas horas de la noche.

Jesús las pasó de muy distinta manera. Al partir los jueces, abandonáronle en manos de los criados del Sumo Sacerdote. Sabemos que los antiguos guardaban respeto al condenado, como á la tumba: *Res sacra reus*, decían; aquí el condenado no obtiene ninguna de las consideraciones que endulzan la hora de la expiación. El odio religioso multiplicó contra Él los más inauditos ultrajes. Después de haberle rodeado, insultado, convertido en objeto de burla, los siervos se dedicaron á escupirle en el rostro y á golpearle brutalmente, los unos con sus manos, los otros con palos ⁽²⁾. Jesús permanecía impasible bajo aquellos primeros

(1) Sabemos, en efecto, que en esta sesión, la condenación fué pronunciada por unanimidad. *Marcos*, XIV, 64, dice: *Qui omnes condemnaverunt eum*; al paso que, según *Lucas*, XXIII, 51, José de Arimatea votó contra esta criminal decisión: *Hic non consenserat consilio*.

(2) Cuenta Josefo (*Ant.*, XX, 9, 1) que el sumo sacerdote Anás, acusado de haber reunido el Sanedrín para pronunciar una sentencia de muerte, en ausencia del gobernador romano, fué inmediatamente destituido.

(3) *Mat.*, XXVI, 67, distingue dos géneros de malos tratamientos, según

golpes de la horrible tempestad, realizando admirablemente lo dicho por el profeta: «Entregué mi cuerpo á los que me azotaban, y mis mejillas á los que mesaban mi barba; no retiré mi rostro de los que me escarnecían y escupían. El Señor Jehová es mi protector, por eso no he quedado yo confundido; y por eso presenté mi cara como una piedra durísima ⁽¹⁾.» La filosofía pagana había imaginado que el espectáculo más bello que se daría al mundo sería el Justo impasible bajo las ruinas del universo que le aplasta. Hay algo más grande todavía, es el Justo sufriendo, los últimos ultrajes sin quejarse, y dejando vivir á sus insultadores, cuando con una señal podía aniquilarlos. Cubrieron después con un velo el rostro de Jesús, y los malvados, organizando en torno de Él una ronda infernal, se atrevieron á abofetearle, diciendo: «Cristo, profetízanos quién es el que te ha herido.» Cuando Sansón se cansó de ser juguete de sus enemigos, llamó á todas sus fuerzas, y, sacudiendo violentamente las columnas del templo, sepultó bajo sus ruinas á los que se reían de su desgracia. Jesús no apela sino á su dulzura y á su misericordia. Mudo á los golpes que le hieren, halla en su corazón bastante valor para cubrir á sus verdugos con su amor y su perdón.

Un solo instante parece que dejó de ser impasible en medio de los ultrajes con que todos se complacían en asediarle; fué cuando oyó que el mismo Pedro le negaba. No habló para quejarse, pero miró al cobarde con una mirada tal de compasión, de reproche y de amor, que le desgarró el alma implacablemente, reduciéndolo así al arrepentimiento y á la vida.

dijimos más arriba, y *Marcos*, XIV, 65, precisa que los *ministriles*, *oi úmpérai*, heríanlo con *varas*, *parispariv*, es decir, con el bastón que llevan estos empleados, como insignia de su cargo (*).

(*) Véase la nota de la pág. 281. Bengelio, *Gnomon Novi Test.*, p. 156: «*colaphos inflixerunt pugno, manu; ceciderunt virgis, has enim habebant ministri.*» Creemos que el significado directo de *parisw*, *frapper avec un bâton*, y de *parispa*, *coup de bâton* (Chassang), debe aquí preferirse al significado secundario, *souffleter, soufflet*, adoptado por la Vulgata. Comp. *parisw* con *paßißw*, II Corint., XI, 25.—N. del T.

(1) *Isaias*, L, 8.

Dejamos á Pedro en el patio, entre los que le perseguían con sus malévolas preguntas. En él continuaba todavía cuando su Maestro fué conducido allí para sufrir los insultos de la chusma lacayuna de los sumos sacerdotes y de los criados del Templo. La situación de Pedro se había agravado. En el ardor de la discusión, ó por lo menos, en la energía de sus negaciones, se había descubierto por completo, hablando su dialecto y su acento galileo. Alguno de los circunstantes lo notó, y todos convinieron inmediatamente en lo mismo. ¿Qué podía hacer, á aquellas horas, un galileo en el palacio del Sumo Sacerdote, si no era un discípulo del Nazareno? Cuanto más conocían que estaban á punto de convencerle de mentira, tanto más se esforzaban en abrumarle con nuevas pruebas.

Completamente entregado, hacía ya casi una hora á ⁽¹⁾, aquella turba que empezaba á alborotarse, Pedro, como el animal acosado por la jauría en un círculo cada vez más estrecho y peligroso, había acabado por perder la cabeza. No daba sino respuestas cada vez más comprometedoras, obstinándose en repetir que él no comprendía lo que querían decirle. Nada era, sin embargo, más inteligible que este último reproche, esto es, su confesión de que era galileo. Su torpeza, que descubría de un modo visible su turbación é indicaba su culpabilidad, no podía menos de impulsar á los demás á confundirle. Acabaron por rodearle, y, de repente, uno de ellos formuló una acusación llena de amenazas: «¿No te vi yo en el huerto con Él?» El que acababa de hablar de esta suerte era precisamente un pariente del siervo á quien Pedro había cortado la oreja. El peligro no podía ser más grave. El Apóstol, dejando á un lado sus respuestas evasivas, recurrió á las imprecaciones y dijo con juramento: «No, no, yo no conozco á este hombre.»

Debían ser las tres de la madrugada. En aquel momento el gallo cantó por segunda vez. Entonces Jesús, apartan-

(1) *Lucas, XXII, 59.*

do un instante su cabeza de las bofetadas y salivazos de que se le cubría, miró al desgraciado renegado, pero sin decir nada.

Sólo Pedro podría expresar lo que se encerraba en aquella mirada. Su corazón quedó quebrantado, comprendiendo al punto toda la profundidad de su caída. Nada más duro para un alma honrada— y Pedro era de éstas,— que faltar al honor y á la amistad para con el desvalido. Al ver el afligido rostro de su Maestro, pudo decirse: «El criado del Sumo Sacerdote le hirió en la cara, mas yo le he herido en el corazón.» Cubierto de vergüenza, ocultó en seguida su cabeza bajo su manto ⁽¹⁾ y salió del palacio. Nadie se atrevió á cerrar el camino á aquel dolor sentido y humillado, que en adelante no pensaría ya ni en el peligro, ni en los enemigos, ni en la muerte, pero que huía, en la sombra y en la soledad, á derramar las más eficaces y amargas lágrimas ⁽²⁾.

Jesús había rogado para que su fe no naufragase por completo después de semejante falta. Su plegaria fué oída. Judas, mientras reconocía en el Maestro «un justo y un inocente» ante sus mismos enemigos, debía acabar en la desesperación. Pedro, después de haber renegado indignamente, exclamando que no conocía á «aquel hombre,» se

(1) De este modo, desde Teofilacto, han interpretado varios autores la palabra *ἐπιβαλῶν*, al paso que otros la han entendido como si significase que Pedro había echado sus ojos sobre Jesús en el momento en que éste le miraba, ó también como si se hubiese precipitado fuera del palacio á toda prisa. Hemos preferido la primera interpretación, porque los antiguos tenían por costumbre ocultar su cabeza bajo el manto, al sentirse heridos de un gran dolor.

(2) Es indudable que las divergencias aparentes de los cuatro Evangelistas, en el relato de las negaciones, ofrecen numerosas dificultades para refundirlas en un solo relato. Sin embargo, creemos haber logrado allanarlas, reconstituyendo con bastante claridad la escena que pasó en el atrio del Sumo Sacerdote. Como siempre, Juan es el que debe servir de guía. Cuenta como historiador y separa categóricamente las tres negaciones de Pedro. Los otros cuentan como oradores, es decir, reproduciendo el Evangelio oral, en que los predicadores hacían ante todo, para sus auditorios populares, un cuadro dramático de la infidelidad del jefe de los Apóstoles. De aquí, la menor precisión en su relato. Marcos no menciona la mirada de Jesús sobre Pedro. Tal vez el Apóstol no había tenido valor para evocar este recuerdo en su predicación.

salvará en el arrepentimiento. El uno desesperará de su perdón, el otro contará con la penitencia. Es la obra de la gracia y el misterio de la libertad humana. Aquél perecerá maldito de todos, éste volverá á encontrar en las lágrimas su derecho al gobierno supremo de la Iglesia y á la admiración de las edades futuras. Hay, en efecto, algo más sorprendente que la virtud sin desfallecimiento, y es la virtud caída que se levanta, heroica en su arrepentimiento, para permanecer eternamente fiel en sus promesas y en su gratitud.

Pedro, según una antigua tradición, no oyó en adelante el canto del gallo sin llorar, y sus lágrimas abrieron un surco en sus macilentas mejillas, como para indicar que, si Dios había podido olvidar su caída, su amor guardaba de ella sin cesar el más penoso recuerdo.

Después de la partida del desgraciado Apóstol, prosiguió hasta salido el sol la odiosa escena de violencias y blasfemias; así lo atestigua categóricamente San Lucas ⁽¹⁾. Jesús, silencioso y magnánimo, sufrió así, en casa de sus primeros jueces, la malicia humana en todo su exceso.

Para conservarse en la corrección legal ⁽²⁾, desde el amanecer, se reunió de nuevo el Sanedrín, con más solemnidad que por la noche, y esta vez en el local de las sesiones habituales, haciendo conducir ante él al acusado ⁽³⁾. La reunión plenaria se compuso, según los Sinópticos, de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos del pueblo y de los escribas, porque, conforme observa San Marcos, habían

(1) Mientras, en efecto, los dos otros Sinópticos colocan la escena de los ultrajes antes de la última negación de Pedro, *Luc.*, XXII, 63, supone que otros ultrajes análogos se produjeron después.

(2) Las sentencias de pena capital no podían ser pronunciadas de noche. *Sanh.*, 4, 1: «Judicia capitalia transigunt interdium et finiunt interdium.» No sucedía lo mismo en los juicios sobre intereses.

(3) Este local, que se hallaba en una dependencia del Templo, se llamaba, por razón de las piedras coloradas que lo adornaban, *Lischkath Haggazith*. Debía subirse para llegar á él, como lo indica la lección del T. R. ἀνάγινον. En *Luc.*, XXII, 66, está designado el nombre de la misma asamblea que en él se reunía, τὸ Συνέδριον. Si hubiese sido sábado ó día de fiesta, la sesión se hubiera celebrado en el Beth Midrasch, sinagoga que se encontraba entre el atrio de las mujeres y el de los gentiles (Lightfoot, in *Mat.*, XXVI. 3).

acudido todos los sanedritas ⁽¹⁾. ¿Sufrió entonces Jesús un segundo interrogatorio semejante al primero, como parece indicarlo San Lucas? ¿Se contentaron con leer el proceso verbal del interrogatorio precedente, haciéndolo ratificar tanto por los jueces como por el acusado? Es posible. En todo caso, San Lucas reproduce, en el relato de esta sesión, exactamente lo que los otros dos Sinópticos nos dicen de la sesión de la noche, con la diferencia de que, en éste, no habla ya el Sumo Sacerdote, sino el Sanedrín entero. Parece como que hubieran querido sencillamente regularizar el proceso.

La gran inquietud, una vez confirmada la sentencia, consistía ahora, según San Mateo, en obtener la aplicación de la pena capital ⁽²⁾. Quería buscarse un medio de inducir á Pilato á que sancionase la sentencia de muerte ⁽³⁾. Púsose á discusión el plan, dirigido por los más hábiles. Se trataba de demostrar un delito político en el crimen religioso, á lo cual podía llegarse haciendo del Cristo, Hijo de Dios vivo, el Cristo, Rey de los judíos; y del rey de los judíos, el enemigo del César.

Con objeto de impresionar más hondamente al gobernador romano, se organizó una especie de procesión solemne, y, sin creer humillarse, el Sanedrín en corporación dirigióse al pretorio de Pilato.

Jesús los seguía con las manos atadas y en la actitud de un condenado.

Israel iba oficialmente á entregar su Mesías á los gentiles.

(1) Dice, en efecto, *omne Concilium*.

(2) Tal era el objeto de la reunión: *Ut eum morti traderent*.

Les es preciso disponer de la vida del acusado.

(3) Por sí mismos, como muy luego reconocerán, habían perdido el *Jus gladii*. V. *Antiq.* XVIII, 1, 1; Tácito, *Ann.* XII, 54, y el Talmud, *Sanh.* 24, 2, dice: «*Quadráginta annis ante vastatum templum ablata sunt judicia capitalia ab Israele.*»

CAPÍTULO IV

El proceso civil

El procurador Pilato.—Diálogo con la muchedumbre.—Pretende Pilato ser juez, y no solamente verdugo.—Interrogatorio de Jesús.—¿Es rey?—¿En qué sentido?—Pilato proclama su inocencia.—Nuevas acusaciones.—Jesús deferido á Herodes.—Lo que pensó y lo que hizo el epicúreo tetrarca.—Jesús declarado de nuevo inocente.—Expedientes detestables.—Barrabás libertado.—La mujer de Pilato.—El procurador se lava las manos.—La flagelación.—Un rey coronado de espinas.—¡Ecce Homo.—¡Se hace Hijo de Dios!—Últimas luchas de Pilato con su conciencia y su interés.—La palabra del fin.—*Ibis ad crucem.* (*Juan*, XVIII, 28; XIX, 16; *Mat.*, XXVII, 11-30; *Marc.*, XV, 2-19; *Luc.*, XXIII, 2-25.)

Según hemos dicho, desde la deposición de Arquelao, Judea había perdido su independencia, y, como Samaria, había sido anexionada por Augusto á la provincia romana de Siria. Era administrada directamente, y por un procurador que, aun dependiendo del pretor ó gobernador de Siria, no dejaba de ser verdadero señor del país. A su tribunal eran llevadas las causas capitales; dictaba órdenes y arrestaba á soberanos, y tenía un cuerpo de tropas para hacer respetar su autoridad. Residente de ordinario en Cesárea, en la orilla del mar, se trasladaba á Jerusalén, con sus soldados, siempre que las fiestas judías, por la gran afluencia de peregrinos, amenazaban originar movimientos sediciosos. Tal vez también hallaba complacencia personal en mezclarse en los regocijos públicos, que los principales personajes del país, y aun algunos grandes señores del extranjero, por convicción religiosa ó por curiosidad, no desdeñaban frecuentar. El fausto de la majestad romana gustaba de aparecer en público en semejantes circunstancias.

El sexto de los procuradores que, bajo la dominación

romana, administraron á Judea, fué Poncio Pilato (1), que permaneció en su cargo desde el año 26 hasta el 37 después de Jesucristo, reinando los emperadores Tiberio y Calígula. Filón nos le representa como un hombre altivo y voluntarioso (2); y Josefo (3), aun haciendo justicia á ciertas cualidades del administrador, declara que, en ocasiones, era violento y lleno de odio para con el pueblo judío. Llegado probablemente á su cargo á fuerza de muchos ardides, astucias y humillaciones, menospreciaba grandemente á los hombres y probablenee así mismo. Temeroso ante todo de desagradar á los que eran superiores á él, trataba á los demás como á un rebaño de esclavos y degenerados, sin la menor consideración. Por temperamento, tal vez hubiera preferido no ser cruel, pero sin otros principios en moral que un utilitarismo cínico, caía en la crueldad siempre que en ella esperaba hallar algo de provecho. En el fondo, dominado por ese escepticismo lleno de cálculo que caracteriza las épocas de servidumbre y decadencia, no era capaz de seguir un buen impulso, sino á condi-

(1) ¿Pertenece este personaje á la antigua familia de los Poncios que había empezado á hacerse ilustre, en la historia romana, con C. Poncio Herennio, el famoso general samnita? No podía serlo sino como liberto ó hijo de liberto. El cargo de procurador, siendo de segundo orden, nunca era atribuido á los patricios. Era confiado á los caballeros ó aun á simples libertos. Nos dice Tácito del emperador Claudio, *Hist.*, V, 9: «Judaeam provinciam equitibus romanis aut libertis promisit.» Josefo precisa categóricamente que Coponio fué simplemente del orden ecuestre, *Antiq.*, XXIII, 1, 1; *vir ordinis equestris*. El sobrenombre de Pilato, si viniese de *pileatus*, en recuerdo del bonete que se ponía en la cabeza de los esclavos vueltos á la libertad (Suetonio, *Nero*, LXII: *Plebs pileata tota urbe discurrit*), indicaría que era un liberto llegado á una situación envidiable por su habilidad ó acaso por su casamiento, si es cierto, según el *Ev. de Nicodemo*, Thilo, p. 522, que su mujer se llamaba Claudia Prócula, y estaba unida, de algún modo á la *gens* Claudia. Es posible, por otra parte, que este sobrenombre de Pilato indicase, ora la predilección del caballero por la jabalina en su carrera militar, y así, encontramos en Virgilio, *Eneida*, XII, 121; «*pilata qua plenis se fundunt portis*»; ora también algún hecho de armas que le hubiese valido un venablo de honor. Ciertas inscripciones restauradas en Orelli, números 3574, 6852, etc. mencionan una condecoración militar llamada de la *hasta pura*.

(2) *Legat. ad Caium*, 38, en donde se encontrará la larga enumeración de sus iniquidades. De él se dice: «*Ἦν, τὴν φύσιν, ἀκαμπῆς· καὶ μετὰ τοῦ αὐθάδους ἀμετακτός.*

(3) *Ant.*, XVIII, cap. 2, 3 y 4. *B. J.*, II, 9, 2.

ción de no tener que sacrificar nada, ora de su tranquilidad en Palestina, ora de su consideración ante el emperador. Entre sus intereses y la justicia, no vacilaba jamás. Tal era el hombre ante quien llevaron al acusado Jesús

¿Residía en la Antonia, la poderosa fortaleza que, al noroeste del Templo, servía de acuartelamiento á los soldados romanos? Así lo supone una antiquísima tradición, y sabido es que la piedad de los fieles cree todavía seguir la *Via Dolorosa*, partiendo del punto donde se hallaba cimentada en la roca la antigua torre, junto al muro septentrional del Haram-es-Cherif, hasta el Calvario. Pero sin hablar de los gustos fastuosos de que alardeaban generalmente los gobernadores romanos, sobre todo cuando se veían, como en las fiestas de Pascua en Jerusalén, en contacto y codeándose con los reyezuelos ó príncipes del país, gustos que no podían encontrar satisfacción en un cuartel, por muy bien amueblado y adornado que nos lo describa Josefo, hay razones positivas para creer que Pilato habitaba el palacio construído por Herodes el Grande al noroeste de la ciudad alta, cerca de las torres Mariamna, Hípico y Fasael, y designado con el nombre de morada real, τὰ βασιλεια. Allí fué donde, más tarde, vemos instalado á Floro en el momento de estallar un motín. Delante de este mismo palacio se levantó el tribunal en que tomó asiento y á cuyo pie comparecieron, lo mismo poco más ó menos que en el proceso civil de Jesús, los sacrificadores y los personajes importantes de la ciudad, para dar razón de los ultrajes inferidos al procurador ⁽¹⁾. El majestuoso edificio, mitad espléndido palacio, mitad temible fortaleza, parecía, en efecto, haber sido én todo tiempo residencia oficial de los gobernadores romanos y de una parte de sus tropas, las cuales, en caso de conflicto, corrían á prestar auxilio á la cohorte acantonada en la Antonia ⁽²⁾.

(1) Florus autem tunc quidem in regia deversabatur; die vero sequenti pro tribunali ante eam posito sedet, prefectique ad eum pontifices cum viris omnibus summae auctoritatis at dignitatis tribunali adstiterunt, *B. J.*, II, 14, 8.

(2) Florus ex aula regia eduvit eos qui secum erant, etc. *B. J.*, II, 15, 5.

En todo caso, un testimonio positivo parece establecer que Pilato se había establecido en él. En el curso del relato que hace de su embajada ante Calígula, atestigua Filón que, habiendo colocado éste, como adorno, en el palacio de Herodes, convertido en suyo, algunos escudos de oro con inscripciones en honor de Tiberio ⁽¹⁾, llegó á ser tan grande el escándalo de los habitantes de Jerusalén, que fué preciso, por orden misma de aquel á quien estaban consagrados, trasladarlos á Cesárea á orillas del mar, al templo dedicado al emperador. «El palacio de Herodes—decía el judío alejandrino á Calígula—no era, sin embargo, más que la habitación privada de los procuradores, y hoy, hasta en el templo, en el Santo de los Santos, donde sólo entra el Sumo Sacerdote una vez al año, querrían colocar, no solamente escudos que, por otra parte, no representan personaje alguno, sino una estatua colosal, ultraje sacrilego á la majestad del verdadero Dios.» En vista de tales testimonios, no vemos por qué Pilato había de juzgar excepcionalmente á Jesús desde la Antonia. En Cesárea ⁽²⁾, como en Jerusalén, debía experimentar una satisfacción orgullosa aquel caballero romano, ó tal vez simple liberto ó hijo de liberto, en ostentar su lujo y en hacerse admirar en el palacio de los reyes desposeídos por Roma. Un muro de treinta codos de alto, almenado y erizado de torres, verdaderas maravillas de arquitectura, protegían el soberbio edificio.

En dos alas separadas, en una de las cuales estaba inscrito el nombre de César y en la otra el de Agripa, inmensas salas cubiertas de oro y de mármoles preciosos servían para los banquetes y reuniones de fiesta, mientras que innumerables cámaras, peristilos, patios, jardines ador-

(1) Filón, *de Leg. ad Caium*, precisa, § 38, que Pilato colocó estos escudos en el palacio de Herodes, y al fin de la página sig. § 39, observa que no siendo este palacio de Herodes más que la habitación de los procuradores, *ἐν οἴκῳ τῶν ἐπιτρόπων*, no podía ser puesto en parangón con el Santo de los Santos, donde reside Dios.

(2) En cuanto á lo de Cesárea, vemos, *Hechos XXIII, 34*, que el procurador Félix ocupaba allí el pretorio de Herodes, *praetorium Herodis*.

nados de fuentes, de estatuas, de flores y de verdura, ostentaban profusamente todo lo que había imaginado de más lujoso el gusto oriental. En el lado norte del inmenso cuadrilátero, cerca de las torres, se hallaban situados los cuarteles de la legión romana. La entrada del palacio miraba á Oriente. Allí tomaba asiento el propretor cuando debía administrar justicia; y allí probablemente fué conducido Jesús por los que acababan de pedir su muerte.

Podían ser las seis de la mañana ⁽¹⁾, puesto que los magistrados romanos acostumbraban á abrir la sesión desde el amanecer. Pilato, que, desde la vigilia, había cedido sus soldados para efectuar el arresto del acusado, había estado, sin duda, al corriente de los incidentes de la noche. Así parecen indicarlo las aprensiones de su esposa. Esperaba probabilísimamente ver llegar sin tardanza las autoridades judías. Éstas debían, en efecto, desear que se terminara cuanto antes, á fin de no dar tiempo á los amigos de Jesús para mezclarse en el asunto y libertar al acusado. Por otra parte, estaba á punto de empezar la solemnidad pascual, y convenía tenerlo todo terminado con tiempo para poder entregarse libremente á las prácticas religiosas por ella impuestas. Observa San Juan, efectivamente, que los hipócritas judíos, al paso que suscitaban un tumulto alrededor del pretorio, rehusaron penetrar en él, por temor de mancharse y hallarse por ello impedidos de comer la comida pascual.

Pilato, cediendo á sus prejuicios, salió á la escalinata del palacio, no sin algo de mal humor, como lo indica la forma breve y seca de su primera pregunta. Le disgustaba verse molestado de aquella manera y encontrar, al levantarse, una especie de agitación revolucionaria á las

(1) Los dos primeros Sinópticos y Juan dicen que el cortejo llegó al palacio de Pilato muy de mañana, πρωι. Si, en Roma, tenían los magistrados por costumbre administrar justicia desde el principio del día (Séneca, *De Ira*. II, 7: Haec tot millia ad forum *prima luce* properantia quam turpes lites habent!), con mucha más razón debían conservar esta costumbre en los países en que el calor se hace inaguantable desde muy temprano.

puertas del pretorio. «¿Qué acusación traéis contra este hombre?»—dijo.—Entrar así en materia sin más preámbulo, era dar á entender desde luego que ansiaba acabar presto; pero la idea que tenía de la causa, por lo que se le había notificado durante la noche, podía justificar también este tono brusco, por otra parte, en armonía con su temperamento. Sabía, según observa San Mateo ⁽¹⁾, que los príncipes del pueblo le llevaban á Jesús movidos de un odio envidioso, y se indignaba de verlos obrar como juez y parte en un asunto en que iba la vida de un hombre.

Naturalmente, los miembros del Sanedrín habían esperado arrancar al gobernador, sin la menor discusión, una sencilla confirmación de su sentencia. Su deferencia para con la autoridad de éste, la demostración de la muchedumbre alrededor del palacio, su presencia en corporación, era más que suficiente para que Pilato se sometiese, sin más dilación, á su modo de apreciar el asunto. Grande fué, pues, su sorpresa cuando vieron al magistrado romano suprimir de un golpe, con su altiva respuesta, su procedimiento de la noche, y transformar los jueces en simples acusadores.

Molestados, por tanto, á causa de esta inesperada actitud, respondieron con impertinente vivacidad: «Si éste no fuera malhechor no te lo hubiéramos entregado.» La cosa, pues, estaba clarísima: no acudían al tribunal del procurador sino para ofrecerle el papel de verdugo, reservándose para ellos el de juez. No se equivocó Pilato, y pareciendo penetrar en su pensamiento: «Tomadle allá vosotros—dijo—y juzgadle según vuestra ley.» Puesto que quieren ser únicos jueces del acusado, no tienen más que castigarle según su sabio juicio. En cuanto á él, sólo desea ejecutar criminales cuya causa haya informado legalmente. La ley romana: *Ne quis indicta causa condemnetur* se lo imponía como obligación. Por lo demás, como la competencia de los que le acusan tiene límites determinados, y Jesús

(1) *Mat.*, XXVII, 18.

sólo podía ser excomulgado por ellos, Pilato no tiene apenas que inquietarse por la autorización que les concede ni por sus consecuencias.

Sin embargo, en la alternativa de someter al acusado á juicio ante el procurador, dando por no sucedido lo hecho durante la noche, ó castigarle según la autorización que acababan de recibir, pero sin darle muerte, pues to que no tenían derecho para ello, prefieren los judíos ver comenzar nuevamente todo el proceso. Aceptando, pues, públicamente su degeneración política, exclaman: «No nos es lícito á nosotros matar á alguno.» Semejante confesión debía haber recordado á los que la hacían la antigua profecía de Jacob. Puesto que el cetro había salido definitivamente de Judá, ¿por qué no buscar al Mesías en medio de Israel? Ó el anciano patriarca se había engañado, ó el Mesías había aparecido. ¡Ah! Allí estaba entre sus manos, y la muchedumbre amotinada le saludaba con el nombre de malhechor. Observemos que, abdicando sus derechos, los príncipes del pueblo no abdicaban su odio. Si consentían que el gobernador volviese á tomar la causa, lo hacían esforzándose en prejuizarla, y su respuesta dictaba abiertamente una sentencia de muerte. Ahora bien, obtenida la sentencia de muerte, se sabía de antemano el género de suplicio que le sería infligido. De este modo, según observa San Juan, entraban, sin quererlo, en el camino que debía asegurar la realización de las profecías del Maestro acerca de su muerte en la cruz. Pasar á la jurisdicción romana era, en efecto, para un acusado reconocido como culpable de crimen capital, ir al terrible suplicio. La jurisdicción judía le hubiera condenado á la lapidación.

Al punto empezaron á vociferar los cabecillas calumniosas acusaciones: «Á este hemos hallado pervirtiendo á nuestra nación, y vedando dar tributo al César y diciendo que Él es Cristo Rey ⁽¹⁾.» Así, después, de transfor-

(1) *Luc.*, XXIII, 2, nos ofrece esta parte de acusación, utilísima para entender la pregunta que Pilato va á hacer al momento á Jesús. Con todo,

marse de jueces en acusadores, tenían la audacia de hacer alarde de falsos testimonios. En toda ocasión, había evitado Jesús agitar al pueblo, rechazando invariablemente, excepto el día de Ramos, el pacífico homenaje de su entusiasmo. Ante todos y en el Templo, había afirmado la obligación común de pagar el tributo al César. Por fin, la última acusación imputada podía ser cierta en un sentido, porque Jesús se había llamado el Cristo; pero era calumnioso en el otro, porque esta palabra no tenía para Él ninguna significación política. Ante el Sanedrín, Cristo significaba Hijo de Dios; ante el representante del César, significará Rey de la tierra. He aquí el arma de dos filos imaginada por el Gran Consejo. El mismo título que hizo condenar á Jesús como blasfemo por jueces religiosos, debe hacerle responsable como faccioso ante el tribunal romano.

Pilato era sobrado perspicaz para sospechar del celo súbito que impulsaba á unos judíos á convertirse en defensores de los derechos de César. No queriendo instruir la causa en medio de las vociferaciones de la muchedumbre, y también, quizás, por consideración al acusado, llevó á Jesús al interior del palacio y preguntóle: «¿Eres tú Rey de los judíos? (1)» Había en su pregunta una ironía visible. Puede, por otra parte, comprenderse que fué sorprendido al ver atribuir á un hombre de tan humilde apariencia sueños de grandeza y de realza imaginarios. Repuso Jesús: «¿Dices esto de ti mismo ó te lo han dicho otros de mí?» Para dar una buena respuesta, tenía, efectivamente, necesidad de saber en qué sentido entendía Pilato la palabra *rey*: ¿hablaba como judío ó como pagano? En el sentido

ni este Evangelista, ni los otros dos Sinópticos, traen el principio, por demás característico, del proceso. Sólo Juan nos lo ha transmitido.

(1) Aquí podemos darnos cuenta de las lagunas que ofrecen los Sinópticos hasta en los discursos de Jesús. Mientras concuerdan con Juan en hacer preguntar al acusado: «¿Eres rey de los judíos?», se contentan con resumir la respuesta en una sola palabra: «Tú lo dices,» que nos embarazaría grandemente por su laconismo, si no tuviéramos el desarrollo que la precede en San Juan.

teocrático, debía decir Jesús: ¡Sí! en el político dirá: ¡No! Pilato, que no comprendió esta distinción y que había contado con una respuesta rotundamente negativa, exclamó medio en broma: «¿Soy acaso yo judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho?» En esta forma estallaron de repente el orgullo y la dureza del procurador. ¿Había de inquietarse Él, romano, por los asuntos religiosos de los judíos, entrometerse en sus sutiles distinciones ó en las disputas de sus escuelas? No, seguramente; los desprecia demasiado para que tal haga. Intima, pues, al acusado á que se circunscriba al hecho. Jesús, imperturbable, prosiguiendo su idea, empieza á distinguir dos suertes de reinos: el uno, que es el suyo, es del orden sobrenatural; el otro, que deja para el César, es del orden temporal: «Mi reino no es de este mundo»—dice. Y en estas palabras, de las que se ha pretendido abusar para sustraer el Estado á las saludables influencias de la Iglesia, no quiere decir Jesús que su reino no esté sobre la tierra—los fieles que han recibido ya su doctrina protestarían que ellos son precisamente sus súbditos,—sino solamente que no es *de* la tierra. Tomando de arriba su origen, se apodera de las almas, y no busca sino la transformación espiritual de la humanidad. De este modo, es de un orden superior á las percederas combinaciones de toda política. Ahora bien, al afirmar su origen celestial, proclama implícitamente su universalidad terrestre. Lo que es de arriba debe dominar á lo que es de abajo. ¿No había profetizado Daniel ⁽¹⁾ el advenimiento de este reino, después de la caída de los cuatro imperios del mundo? Y no debía coexistir con los demás, rodeado de un muro infranqueable, sino erigirse sobre las ruinas de éstos, teniendo por súbditos á todas las naciones ⁽²⁾. Nada, en efecto, más lógico que ver á la verdad tendiendo insensiblemente á reformar, no sólo lo interior, mas también lo exterior del hombre, y apoderarse así de la dominación universal.

(1) *Daniel*, II, 34, 35, 44; VII, 13, 14.

(2) Esto es lo que se dice en el *Apocalipsis*, XI, 15.

«Si de este mundo fuera mi reino—prosigue Jesús,—mis ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado á los judíos.» Esta es la demostración evidente de que no es rey como los reyes de la tierra. No ha tenido soldados á su alrededor para defenderle; los judíos le han echado mano sin hallar la menor resistencia; su reino, pues, no puede, en caso alguno, contrarrestar la supremacía del César. «No—dice, insistiendo en la negación,—mi reino no es de este mundo.»—«Luego ¿rey eres tú?»—exclama asombrado Pilato; y Jesús responde: «Tú dices que yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Y todo aquel que de la verdad es, escucha mi voz...» Iba sin duda á concluir añadiendo: «Quien oye mi voz es mi súbdito.» Pilato, empero, le interrumpió diciendo: «¿Qué cosa es verdad?» Y salió sin aguardar la respuesta.

El romano había suscitado una cuestión que no deseaba ver resuelta. Como la alta sociedad de su época y de su país, se hallaba afectado indudablemente de incredulidad y escepticismo ⁽¹⁾. ¿Qué atractivo podían tener, para aquel temperamento de hombre positivista ante todo, semejantes teorías sobre la realidad del mundo espiritual? Jesús considera la verdad que vino á anunciar al mundo como la razón de ser de su reino, el arma con que lo funda, y el elemento que lo mantendrá. Para Pilato, la verdad es precisamente una idea, un fantasma, á los que jamás debe el sabio sacrificar los intereses de la vida presente. En todo caso, si, con su irreflexiva pregunta, ha ofrecido á Jesús ocasión de hacer un discurso, le significa, levantándose al punto para salir, que no está para escucharle. No quiere oír sermones, como si se tratase de convertirlo. Lo más que puede exigirse de él es que juzgue un asunto; dispónese, pues, á acabar con éste, cuyo fondo ve con claridad. El acusado no puede ser un agitador político, como

(1) Conocidas son las palabras de Plinio, *Hist. nat.*, II, 5: «Solum inter ista certum, nihil esse certi.» La verdad, para el mundo al que pertenecía Pilato, era una palabra y no una realidad, como para Bruto la virtud.

se decía; á lo más, es un soñador, un filósofo de nueva escuela. Por lo tanto, hay que proclamar su inocencia ante el pueblo, y darlo todo por terminado. «Yo no hallo en este hombre ninguna causa»—dijo á la muchedumbre.—Equivalía esto á dar á Jesús, en forma breve y altiva, un testimonio tan categórico como desinteresado.

Oyó el Señor, seguramente, desde la escalinata del palacio, al juez que parecía determinado á ponerle en libertad. Su alma experimentó, sin duda, algún consuelo. Por vez primera se le hacía justicia por el único hombre imparcial y autorizado que tenía derecho á apreciar su causa. Pero de entre de la muchedumbre eleváronse al punto gritos para insistir ⁽¹⁾ en la acusación que Pilato rehusaba admitir. Hablaban los cabecillas del alboroto. Los príncipes de los sacerdotes, lo mismo que los ancianos del pueblo, creían, sin menoscabo de su autoridad, deber vociferar por sí mismos nuevas acusaciones. Esta conducta sorprendió y embarazó á Pilato. Hubiera deseado que el acusado se encargase en adelante de refutar á sus adversarios. Jesús era de otro parecer. Encerróse de nuevo en un silencio lleno de grandeza y autoridad. Habiendo respondido solemnemente cuando se le preguntó por su misión, juzgó que no le convenía discutir su inocencia y su virtud.

«¿No oyes cuantos testimonios dicen contra ti?—preguntóle Pilato.—¿No respondes nada?» El acusado no abrió la boca, y el gobernador, que sólo quería una palabra suya para salvarle, admirado de no obtenerla, quedóse pensativo. Era cosa para un pagano la de reconocer en el augusto acusado, aquel justo ideal soñado por los filósofos de Grecia y Roma, más grande y más fuerte en su silencio que el mundo entero armado contra él. El contraste ofrecía algo sorprendente y decisivo: por una parte, la multitud, furiosa, vociferando sus falsas acusaciones para hacerse dueña de un hombre, y, por otra, este hombre, absolutamente

(1) Esto es lo que dice el verbo *ἐπιρροῶν*, *Luc.*, XXIII, 5.

solo, reduciendo á la inacción á la multitud sublevada contra él. Entre el furor de los unos y la serenidad del otro, no era posible la duda, y el sentido práctico del gobernador romano veía perfectísimamente de parte de quién estaba el derecho, la virtud y la justicia.

Con todo, según el retrato moral que de él nos han dejado Filón y Josefo, Pilato, más ambicioso que honrado, tenía en muy poco el amor al deber, para tratar de imponer su convicción. Tal vez todo un pasado de actos violentos llevados á cabo durante su gobierno ⁽¹⁾ le había hecho tardíamente tímido y poco dispuesto á zanjar resueltamente el debate. No es raro ver á los que han abusado por mucho tiempo de su autoridad, temer usar de ella un día, aun cuando lo ordene la equidad, por miedo de hacer estallar el descontento general con un acto de justa energía. Pareceles que el pueblo, al que han exasperado con sus caprichos, no está dispuesto á sufrir otra contrariedad, aunque sea la más legítima. Se ven condenados á la debilidad por que inoportunamente fueron demasiado fuertes.

En sus acusaciones, la muchedumbre se esforzaba en presentar á Jesús como sedicioso: «Tiene alborotado al pueblo—decían—con la doctrina que esparce por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalén ⁽²⁾.» Aludían con esto á la entrada triunfal en la Ciudad Santa. Al nombrar á Galilea, pretendían principalmente llamar la atención de Pilato, porque, regularmente, de esta tierra salían todos los alborotadores cuyo patriotismo intentaba por todos los medios sacudir el yugo de los romanos. Los montañeses tienen ordinariamente más pronunciado el sentimiento de independencia nacional, más ardiente la imaginación y más indomable el alma. La indicación impresionó, en efecto, al procurador, pero desde otro punto de vista. Se ofrecía un expediente; y sabido es que los políticos se

(1) *Ant.*, XVIII, 3; *B. J.*, II, 9.

(2) *San Lucas* XXIII, 5; es el único que especifica los detalles de la instancia sobre la primera acusación, y encuentra en ella la transición natural á la comparecencia de Jesús ante Herodes, incidente lleno de interés que pasan los otros en silencio.

muestran muy satisfechos en cuanto encuentran alguno. Entrevió la posibilidad de enviar al acusado desde el *forum apprehensionis* (jurisdicción en donde había sido detenido) al *forum originis* (jurisdicción de origen ó de domicilio), lo cual se conformaba bastante con el derecho romano ⁽¹⁾. Y, en efecto, después de algunas rápidas informaciones, adquirida ya la certeza de que Jesús era realmente galileo, y de la jurisdicción de Herodes, se apresuró á enviarlo al tribunal de su soberano inmediato. La combinación ofrecía al hábil procurador dos ventajas: desembarazarse de un asunto delicado en el que peligraban su conciencia y su política, y aprovechar la ocasión de reconciliarse, mediante un acto de deferencia, con el tetrarca á quien había disgustado recientemente ⁽²⁾. Éste se hallaba efectivamente en Jerusalén, con motivo de las fiestas pascuales, y ocupaba probablemente el palacio de los Asmoneos, en el Xysto, paseo público unido por un puente al Templo, en la extremidad septentrional del Tyropeon. Aquí, á lo menos, más tarde, habitaron Herodes Agripa y Berenice ⁽³⁾, en tiempo de Floro; por este lado salió la muchedumbre conduciendo al prisionero.

No es Herodes un personaje nuevo para nosotros. Hemos tenido ocasión de apreciar el triste carácter de este príncipe, que mezclaba á su libertinaje algunos restos de supersticiosa religión, y se dejaba llevar de repente hasta la crueldad, si su placer tenía en ello interés. Era un epicúreo con costumbres judías. Así que vió llegar á Jesús, experimentó una satisfacción verdadera. Desde mucho tiempo, oía hablar de Él como de un taumaturgo célebre,

(1) V. Dionisio de Halicarnaso, lib. IV, cap. XXII. Por eso todavía, veinte años después, fué enviado Pablo por el pretor Festo al sucesor de Herodes, y más tarde Vespasiano, sitiando á Tariquea, remitió á la justicia de Agripa los galileos acusados, mientras que, sin más informaciones, condenaba á muerte á todos los demás.

(2) Tal vez las diferencias eran efecto de un conflicto de jurisdicción. V. vol. II, pág., 361.

(3) En Josefo, *B. J.*, II, 15, 1, Berenice sale, en efecto, de su palacio para ir al de Herodes el Grande á suplicar á Floro; y II, 16, I, vemos á Agripa, en presencia de la reina sentada en un trono, arengar, desde el mismo palacio de los Asmoneos, al pueblo reunido Xysto ó pórtico.

y esperaba verle hacer obras sorprendentes. Los grandes, cuando están ociosos, gustan distraerse con novedades. Recibir á un hombre de moda, la celebridad del día, pareció, pues, al tetrarca una buena fortuna, y dirigió al punto á Jesús varias preguntas que tendían, sin duda, á satisfacer su curiosidad y á divertir á los cortesanos que le rodeaban. En cuanto el hombre se hace esclavo de la pasiones de la carne, es incapaz de entrever las grandezas del mundo sobrenatural. Herodes tomó al primero de sus súbditos por una especie de adivino ó de mago prestidigitador. La humillación fué profunda para Jesús. A tan ultrajoso interrogatorio nada debía responder; callóse, pues. Pilato, el pagano, acababa de admirar su silencio; Herodes, el judío hastiado, lo despreció. Empezaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los escribas á abrumarle de acusaciones, mas no lograron arrancarle de este silencio más elocuente que todos los discursos. Herodes y los suyos concluyeron de esto que Jesús era un mentecato ó un loco. Por burla, el tetrarca le hizo cubrir con una vestidura blanca ⁽¹⁾ y, en este estado, le remitió á Pilato.

Esta fué toda la justicia que creyó debía hacer al culpable y toda la autoridad que ejerció sobre él. ¡Singular ironía de las cosas! Creyendo hacerle una cruel injuria, Herodes sólo había conseguido tributarle un glorioso homenaje. El vestido blanco era, entre los romanos, el vestido de todo el que solicitaba una dignidad: de aquí el nombre de *candidato*. Los reyes de Oriente llevaban, de

(1) Así entiende la Vulgata el texto griego ἐσθῆς λευκῆς. En realidad, λευκῆς quiere decir solamente *resplandeciente, brillante*. De aquí que varios hayan creído que podían traducir con la Peschito: *vestido de púrpura*. Pero equivocadamente; y por más que Lucas, IX, 29, y Hechos, I, 10, se sirve de λευκός para decir blanco, es cierto que λευκός significa sobre todo una blancura resplandeciente, como la de la luz del sol (Hechos, XXVI, 13), ó apariciones celestiales (Hechos, X, 30; Apoc., XV, 6; XIX, 8; XXII, 16). Sabido es que los mantos blancos constituían, con la púrpura, la vestidura de los reyes. Así, Salomón (Antiq., VIII, 7, 3), Arquelao (B. J., II, 11), Agripa (Antiq., XIX, 8, 2; Comp. Hechos, XII, 21) tenían vestiduras blancas. El pueblo echaba mano de ellas para circunstancias solemnes (Antiq., XI, 8, 5). Entre los romanos, el vestido blanco desempeñaba asimismo su papel. (Tá-cito, Hist., II, 89; Valerio Máximo, I, 6, 11; Polibio, X, 4, 8.

ordinario, mantos de blancura tan resplandeciente como la nieve, y, sobre las espaldas de sus dioses, los persas y los egipcios echaban de igual modo vestiduras blancas. Finalmente, con ellas eran también cubiertos los insensatos. Herodes, que, sin penetrar más en el asunto, mandaba adornar con ella á Jesús, parecía confirmar involuntariamente que el acusado era todas estas cosas á la vez, y su burla se convertía así en la consagración oficial, aunque inconsciente, de los diversos caracteres del Mesías, verdadero Rey, verdadero Dios y aun sublime Insensato. Cubierto con este vestido de loco, en efecto, el Salvador, según la frase de San Pablo, iba á encaminarse á la locura de la cruz.

Significando la vestidura blanca, ante todo, la inocencia del acusado, se hallaba éste absuelto por una nueva jurisdicción. Ser un fanático, un iluminado, un loco, no podía constituir un crimen capital. Acrecentóse, pues, y mucho el embarazo del gobernador romano, cuando vió que volvía Jesús. No habiendo conducido á nada su primer expediente, imaginó al punto un segundo, más cobarde todavía y no menos detestable.

En efecto, volviendo á tomar su papel de juez, se dirigió á los príncipes de los sacerdotes, á los ancianos y al pueblo que los rodeaba. «Me habéis presentado este hombre como pervertidor del pueblo y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en este hombre culpa alguna de aquellas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco; porque os remití á él, y he aquí que nada se ha probado que la merezca la muerte.» Estaba, pues, jurídicamente obtenido el resultado de las diversas informaciones: ni en Judea, ni en Galilea, había Jesús excitado á la revolución. Condenarle al último suplicio parecía imposible. «Así, le soltaré—dijo Pilato—después de haberle castigado.» Si es un visionario, será curado con esta lección. El brutal tratamiento puede satisfacer á la muchedumbre y no eximirá al gobernador del remordimiento de una iniquidad suprema.

Por lo demás, y deseando mostrarse complaciente y hábil hasta el último extremo, imagina aún otro expediente, complemento del segundo, y capaz, al parecer, de dar razón á la muchedumbre, sin sacrificar la vida del acusado. He aquí todo el plan concebido por su criminal sabiduría. Reclaman para Jesús la pena de crucifixión. En cuanto pueda, la concederá, pero tan sólo en apariencia; en realidad, piensa salvar al inocente. El afrentoso suplicio se compone de dos partes: la flagelación y la crucifixión ⁽¹⁾. La primera va á ser aplicada severamente; en cuanto á la segunda, sólo moralmente será infligida á Jesús. Por supuesto, se le tratará como condenado, y, por consiguiente, será deshonorado. Sólo que, según costumbre en las fiestas de Pascua, tal vez ⁽²⁾ en recuerdo de la liberación obtenida por Israel en tiempo de los faraones, de dar libertad á un preso, el procurador se reserva el derecho de hacer que se perdone al infeliz acusado. Tiene, en efecto, en la cárcel un criminal llamado Barrabás, preso y condenado por haber tomado parte en una sangrienta sedición ⁽³⁾. Parangonar á los dos acusados, es asegurar ciertamente la vida de aquel en quien nada reprehensible encuentra.

«Costumbre tenéis vosotros que os suelten uno en la Pascua.» Y el pueblo exclamó, según San Marcos: «Sí, esta es la costumbre y el derecho.» Entonces, creyendo casi

(1) Legalmente, la flagelación precedía al suplicio de la cruz. (Justin. XXI, 4; Dion. Cas., XLIX, 22.) En Josefo, *B. J.*, II, 14, 9, es llamada *πρό ακρωμάτων*, el mal tratamiento preparatorio, y por Cicerón, *Verr.*, V, 6: «Media mors.» Por eso Jesús, al predecir su muerte futura, la menciona siempre antes de la crucifixión. *Mat.*, XX, 19; *Luc.*, XVIII, 33.

(2) Nada exacto sabemos acerca del origen de este uso que unos hacen remontar á la época de los Macabeos ó más allá, y que otros miran como medida de benevolencia establecida por los romanos, deseosos de hacer su omisión menos odiosa. Se ha pensado también en relacionar este uso con la fiesta de la *Lectisternia* (Tito Livio, V, 13), pero no tiene que ver más *costumbre obligatoria*, *συνήθεια ἢ ἀνάγκη*, de que aquí se trata, que con el pasaje alegado de Josefo, *Ant.*, XX, 9, 3, en que se habla de bandoleros que reclamaban, amenazando con matar á un escriba por ellos detenido, á diez de sus camaradas prisioneros.

(3) *Marc.*, XV, 7, habla del llamado Barrabás y de la *insurrección, in seditione*, como si todo esto fuese conocido históricamente por los lectores.

seguro el éxito de la combinación: «Pues bien—dijo Pilato,—¿á quién queréis que os entregue libre? ¿á Barrabás ó á Jesús, que es llamado el Cristo, rey de los judíos?» Le parecía imposible que, entre todo este pueblo, no se encontrasen los suficientes partidarios de Jesús para pedir su perdón, y que los príncipes de los sacerdotes, movidos por el odio en todo este asunto, no fuesen, á última hora, abandonados por la muchedumbre. Hubo, en efecto, un momento de deliberación. Los amigos de Jesús, mezclados entre la muchedumbre, consideraban llegada su ocasión. El parangón entre ambos condenados debía ser decisivo, ó mejor, ni siquiera era sostenible en serio. En todo caso, nadie se hubiera atrevido á pretender que, en Jesús, el espíritu revolucionario fuera tan peligroso como en el homicida Barrabás.

Para mayor solemnidad, y puesto que va á obrar en nombre de su autoridad suprema, Pilato, mientras espera la última palabra de la deliberación popular, sube á su asiento presidencial. En este momento, recibe un recado de su mujer⁽¹⁾, llamada por la tradición Claudia Prócula. Naturalmente piadosa y de espíritu elevado, Claudia, como otras damas romanas de la época, debió ocuparse en la religión de los judíos, tan diferente de la de los paganos. Se ha supuesto que era prosélita de la Puerta. Tal vez las doctrinas de Jesús le habían llamado particularmente la atención, y su corazón parecía haber guardado una secreta benevolencia por el predicador de una religión superior al judaísmo. En todo caso, las noticias comunicadas desde las primeras horas de la noche sobre el

(1) Prohibía, es cierto, la antigua ley *Oppia* que los gobernadores condujesen consigo sus mujeres á las provincias que iban á administrar. En tiempo de Tiberio, cayó en desuso esta ley, y no llegó á restablecerla la moción de Severo Cecina, hecha en pleno Senado. (Tácito, *Ann.*, III, 33.) Se decretó solamente, por un senado-consulta, que los gobernadores serían responsables de las intrigas y de las faltas de sus mujeres. San Mateo, XXVII, 19, es el único que cuenta los pasos dados por la mujer de Pilato. En el *Evangelio de Nicodemo*, cap. II, Thilo, pág. 522, es llamada Claudia Prócula ó Procla. Una leyenda muy antigua de los galos decía que era originaria de Narbona. La Iglesia griega la honra como santa.

arresto de Jesús la habían impresionado tan vivamente, que su sueño había sido turbado con terribles pesadillas. No es raro que, reflejándose en nuestra alma las impresiones de la vigilia, nos anuncien á veces los sucesos del día siguiente. Calpurnia, mujer de César, habiendo tenido en sueños un misterioso presentimiento del próximo asesinato de su esposo, procuró impedir que compareciese en el Senado el día mismo en que se le asesinó. Del mismo modo, queriendo Claudia disuadir á Pilato de que tomase parte en el crimen tramado por los judíos, le envió, en el momento solemne, un recado para comunicarle las aprehensiones que experimentaba respecto de Jesús. A veces da Dios á los hombres miserables, que para nada miran al cielo, compañeros puros y santos, que, como ángeles solícitos, velan sus pasos y procuran animosamente arrancarlos de la deshonra y el abismo. «Nada tengas tú con aquel justo; porque muchas cosas he padecido hoy en visión por causa de él.»

Todo, pues, se unía para acrecentar los escrúpulos de Pilato, é imponerse, en su conciencia de juez, á los gritos que de nuevo se levantaban contra el acusado. La muchedumbre, en efecto, trabajada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, vociferaba: «Haz morir á Jesús y suéltanos á Barrabás.» Tal es á veces la injusticia de los juicios populares. Dos hombres son puestos en parangón; por una ironía de la suerte, ambos llevan casi el mismo nombre, porque el uno se llama Jesús Hijo de Dios, y el otro Jesús Hijo del Padre ⁽¹⁾; Aquél predica la paz á sus semejantes, éste les hace una guerra homicida. Pues bien;

(1) Según ciertos manuscritos, sostenidos por la versión armenia y una versión siríaca, Barrabás se llamaba también Jesús. Orígenes (*in Math.*, 121) leyó en algunos libros de su tiempo: «Jesús Barrabás,» y supone que, en los otros, se suprimió el nombre de Jesús, porque se encontraba chocante que el malvado procesado llevase el nombre bendito del Salvador. *Bar-abbás* significa *hijo del padre* y es bastante común en el Talmud. La otra ortografía de este nombre, *Bar-rabbás*, seguida por Tertuliano (*c. Marc.*, IV, 42) y que, según San Jerónimo, al comentar este pasaje, parece haber sido la del *Evangelio según los Hebreos*, le da un significado un poco diferente: *el hijo del rabino ó del sacerdote*.

se pide el perdón del malvado, y se vota la muerte del justo.

Estupefacto y turbado el gobernador, como si no diese crédito á sus oídos, propone por segunda vez á la muchedumbre la pregunta, con tanto furor contestada: «¿Qué queréis que haga del rey de los judíos llamado el Cristo?» Y todos juntos clamaron todavía: «Crucifícale, crucifícale.» A nada ha conducido la política de Pilato. No atreviéndose á imponer su voluntad, tendrá que someterse á la del pueblo á quien consulta. Sin embargo, es tan irritante la iniquidad que se le pide, que se ve obligado á resistir todavía. ¡Ah, pero con una cobardía cada vez más evidente! El espectáculo tiene algo de singular. Un pagano defiende al Mesías contra los judíos que le insultan y le matan. Por vez tercera ⁽¹⁾, Pilato, declarándose á favor de Jesús, exclama con indignación: «Pues ¿qué mal ha hecho? Yo no hallo en Él ninguna causa de muerte; le castigaré y le soltaré.» Así volvía al segundo expediente, por un momento entrevisto, pero no puesto todavía en ejecución. La muchedumbre, á la que la sed de sangre pone fuera de sí cuando se subleva, al verle ceder, muéstrase cada vez más exigente: «¡Crucifícale! ¡crucifícale!»—grita.—Al notar esta recrudescencia de furor, y ante su propia irresolución, dió Pilato por perdido á Jesús. Desde este momento, y con matices que no es posible inventaran los Evangelistas, el alma del juez se convierte en teatro de una lucha cada vez más angustiosa entre sus convicciones y sus intereses.

Habiendo pedido agua, lavóse las manos ante el pueblo y dijo: «Inocente soy de la sangre de este justo; allá os la veáis vosotros.» A fin de expresar de modo que lo entendiese la plebe que, como juez, no ve ningún crimen que castigar, y que, como gobernador, pretende declinar toda solidaridad en el crimen impuesto á su debilidad, recurre á este signo simbólico, muy propio de las costum-

(1) *Luc.*, XXIII, 22, recuerda así categóricamente, *ille tertio dixit*, que Pilato proclamó entonces, por la tercera vez, la inocencia de Jesús.

bres judías ⁽¹⁾. Al mismo tiempo, la multitud, reivindicando toda la responsabilidad declinada por el romano, exclama: «Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.» Inútil es decir si fué oída por Dios la sacrilega bravata. Esta sangre del justo pesa todavía sobre los hijos de los culpables, sin que hayan podido borrarla ni los siglos, ni la civilización moderna, ni el escepticismo universal. Con sus riquezas, su espíritu mercantil, su indomable energía, este pueblo, que por todas partes se encuentra sin reinar en parte alguna, que posee el oro de la tierra sin poder constituir para sí una patria, vive, pasa y muere despreciado, maltratado, maldecido, como si se leyese todavía en su frente, escrita con sangrientos caracteres, la causa de su desgracia: ¡Deícida!

Pilato, que acababa de declarar *Justo* al pobre acusado y de estigmatizar, como crimen abominable, la muerte exigida por el amotinado pueblo, ordena, sin embargo, que se sometiera Jesús á la pena de la flagelación. Este suplicio era la preparación inmediata de la crucifixión. Entraba el gobernador en los sanguinarios deseos del populacho, mas no, como veremos, sin esperanza de detenerse aún en el camino, y de arrancar de la muerte, en el último momento, á la infeliz víctima

Jesús fué flagelado públicamente delante del pretorio, al lado del tribunal ⁽²⁾. Semejante tratamiento tenía algo

(1) Leemos, en efecto, *Deut.*, XXI, 6, y Josefo, *Ant.*, IV, 8, 16, que cuando se cometía un asesinato en el campo, si su autor era desconocido, se inmolaba un ternero en el lugar del crimen, y, lavándose las manos sobre la víctima, cada uno de los ancianos de la ciudad más próxima debía pronunciar estas palabras: «Nuestras manos no han derramado esta sangre, y nuestros ojos no han visto derramarla.» V. *Sota*, VIII, 6. Los pasajes de Herodoto, I, 35; Virgilio, *Aen.*, II, 712; Sófocles, *Ajax*, 654, invocados para comprobar que Pilato pudo conformarse con una práctica usada por los paganos, nada tienen que ver aquí. Pilato no se lava las manos después de cometido el asesinato; se las lava en vista del que se va á cometer, y con ello librarse de su responsabilidad.

(2) Vemos, en efecto, *Mat.*, XXVII, 27, que después de la flagelación, le conducen los soldados al pretorio, para la afrentosa escena de la burla. *Marc.*, XV, 16, dice en el interior del palacio, *in atrium praetorii*, es decir, en el patio interior. Exigía la ley romana que la flagelación fuese adminis-

tan horrible que no era raro ver á la víctima expirar mientras lo sufría. Los romanos lo administraban ora con varas, ora con látigos, cuyas tiras de cuero estaban armadas de huesos cuadrados ó de balas de plomo⁽¹⁾. El paciente era atado á un poste, de modo que presentase el dorso encorvado y la piel muy tensa. Probablemente fué azotado Jesús con látigos, porque sólo á los lictores pertenecía azotar con varas, y, Pilato, mero procurador, no tenía lictores á su servicio. La barbarie que desplegaron en la escena de escarnio que siguió, es prueba suficiente de que los soldados cumplieron con severidad la orden. Por otra parte, Pilato, esperándolo todo de un movimiento de piedad que deseaba provocar, como último recurso, debió sin duda mandar que no se tratase con miramientos al paciente. Pero el amor de Jesús era más fuerte que todos los sufrimientos, y, soportando los golpes que magullaban su carne, decía á la justicia del Padre, al furor del infierno, á la ingratitud de los hombres: «¡No me abatiréis; golpead sin descanso!»

Durante el suplicio, Pilato habíase retirado al interior del pretorio, para recogerse y dar á su conciencia el último asalto. No hubiera tolerado ver á Jesús insultado por sus soldados más cruelmente aún de lo que lo había sido por los de Herodes. En efecto, mientras éstos le habían devuelto, vestido de blanco, como un pretendiente á la corona, trataron aquellos de proclamar su realeza; y así, arrastrándole al pretorio, después de haber convocado en tor-

trada en público. Ante el tribunal de Floro es administrado dicho suplicio, (*B. J.*, II, 14, 9). «In medio foro,» dicese en Cicerón, *Verr.*, V, 62.

(1) Tito Livio, XXXIII, 36; Q. Curcio, VII, 11, 28; Valerio Max., I, 7; Comp. Josefo, *B. J.*, V, 11, 1. La mayor parte de los detalles de la flagelación son suministrados por los autores paganos. «I, lictor, conliga manus,» dice Cicerón, p. Rab., IV; comp. Tito Livio, I, 26; XXVII, 13; «In foro medio nudari ac deligari, et virgas expediri jubet,» leemos en *Verr.* V, 62. Podría citarse todo este clásico pasaje del gran orador para demostrar que al suplicio de la cruz precedía inmediatamente el de los azotes. «Adstringit ad columnam fortiter,» en Plauto, *Bacch.*, IV, 7, 24. El látigo es llamado «μαστιξ δστραγαλωτη,» en Aten., 153, y Luciano, *Asin.*, 38. «Flagrum pecuinis ossibus catenatum,» en Apuleyo, *Met.* 8. Comp. Dionisio de Halic. IX; Aulo Gelio, *Noct. Att.*, X, 3.

no de Él la cohorte entera ⁽¹⁾, pretendían realzar la solemnidad de su coronación aumentando el número de sus súbditos. En honra del nombre romano, creemos que Pilato, como los demás procuradores ⁽²⁾, no tenía á su servicio sino auxiliares reclutados en las provincias del Imperio. Medio bárbaros, cifraban aquellos mercenarios su cruel gozo en prodigar sus mofas á los reos ⁽³⁾.

Extendieron sobre los hombros de Jesús un manto de escarlata, harapo miserable de algún vestido de soldado ⁽⁴⁾ hallado al acaso. Conviniéndole como rey una corona, tejieron una con espinas y se la hincaron en la cabeza. Luego, pusieron en su mano derecha una caña, á guisa de cetro, y, pasando uno á uno delante de Él, doblaban la rodilla diciendo: «¡Dios te salve, Rey de los judíos!» Siendo también costumbre besar la frente al nuevo rey consagrado, le abofeteaban y golpeaban la cabeza con el ridículo cetro que arrancaban de sus manos. En fin, para completar la odiosa parodia, ya se prosternaban para adorarle, ya se levantaban para escupirle en la cara.

Jesús permanecía callado.

¡Tenía fija su mirada en lo por venir, en aquel ejército de soldados fieles que debían reconocerle, aun coronado de espinas, por rey único y verdadero, como Moisés había reconocido á Dios en la zarza ardiendo; en aquellos mártires que, dando su sangre por la gloria de Él, sentiríanse orgullosos, en la sucesión de las edades, de renovar, con sus valerosos testimonios, el manto de púrpura de su indefec-

(1) *Mat.*, XXVII, 27, y *Marc.*, XV; 16, entienden por *totam cohortem*, no la décima legión, sino solamente los soldados que Pilato había llevado consigo de Cesárea, como cuerpo de guardia, un mero pelotón ó piquete de honor.

(2) Josefo, *B. J.*, V, 11, 1; Plauto, *Most.*, I, 1, 2; Dionisio de Halic., VII, 69. Estos auxiliares tenían un odio particular contra los judíos. *B. J.*, II, 12, 1.

(3) Esto á lo menos induce á creer el n.º 5, B, de las *Inscript. rom. de l'Algérie*.

(4) Algunos soldados llevaban vestiduras de colores vistosos y abigarrados. Plutarco, *Sertorius*, XIV, *χλαμύσιν ἀνθηαῖς*; *Philop.* *χλαμύδων διηρθωμένων*. Véase Hermann, *Privatalterth.*, § XXI, 20. Tal vez recogieron los desechos de alguno de ellos.

tible realeza? ¿Veía su cetro de caña rompiendo los troncos de los reyes de la tierra, y, ¡prodigio inaudito!, permaneciendo aún de pie, en su potente debilidad, después de desaparecer todas las demás monarquías al soplo de las revoluciones? ¿Pensaba que, solo en el mundo, tendría súbditos que le amarían como á un padre, le servirían como á un rey, le adorarían como á un Dios, sin que nada pudiese cambiar ni disminuir, ni descorazonar esta corte de honor á través de las generaciones futuras? Ó bien, volviendo sus ojos al cielo, ¿se ofrecía al Padre como el cordero enredado en el zarzal y destinado á reemplazar á Isaac en su sacrificio; como el nuevo Adán, recogiendo los abrojos que brotan de una tierra maldita; en fin, como el Mesías coronado de las espinas que Israel, la vid infecunda, ofrecía á su Señor en vez de frutos? Todo esto es probable. Lo que hay de cierto es que, víctima expiatoria y rey de lo por venir, ofreció más tarde su augusta cabeza, adornada de la sangrienta corona como el sol de sus rayos, á la adoración de los hombres; y, con esta aureola imposible de ser mancillada por injusticia alguna, ni comprada por ninguna otra víctima, fuera de Él mismo, la mirada y el corazón de los justos saludan todos los días el amor y la majestad de un Dios ⁽¹⁾.

Había llegado para Pilato el momento de dar el asalto definitivo á la despiadada muchedumbre. Salió él el primero, y empezó abogando por la causa de la víctima, reiterando lo que ya había dicho: «Os le presento para que le veáis. Una vez más os digo que no encuentro en Él cau-

(1) Sin alcanzar jamás tan odiosas proporciones en crueldad, estas escenas de escarnio con seres débiles y desarmados, parece que fueron en cierta medida del gusto la época. Filón, *in Flacc.*, p. 970, cuenta que, el año 38 de J. C., queriendo el pueblo de Alejandria poner en ridículo á Agripa I, nombrado rey de los judíos por Calígula, cogió á un infeliz demente muy conocido en la población, y habiéndolo colocado en un estrado, en pleno gimnasio, le transformó en rey para insultarle á su gusto. En su cabeza colocó una diadema de papel, en sus espaldas un tapete á guisa de manto y en sus manos una caña como si fuese un cetro; y mientras algunos ciudadanos, transformados en soldados, simulaban dar guardia en torno suyo, otros le pedían que les administrase justicia, y todos juntos le saludaban con el nombre de Señor. ¡*Mari Mari!* exclamaban en siriaco, para burlarse de él.

sa alguna.» Su última defensa consta, pues, de dos argumentos: ha hecho maltratar á Jesús más aún de lo que había prometido, pudiendo el pueblo darse por satisfecho por tan duro castigo; y además está más convencido que nunca de su inocencia. ¿No se le podría tener en cuenta su cobarde complacencia, y terminar en este punto un negocio tan abominable?

Siguióle Jesús, coronado de espinas y cubierto con el manto de escarlata. Pilato, con un gesto de compasión, le mostró á la muchedumbre y dijo: «HE AQUÍ AL HOMBRE.»

Aquel era, en efecto, el Hombre-Redentor esperado por la humanidad, el Hombre por excelencia, el verdadero Adán. El procurador romano acababa de pronunciar una palabra cuyo sentido misterioso era incapaz de entrever. Aquel era también el Hombre que no era ya hombre: tanto le habían desfigurado la violencia de sus enemigos. La profecía de Isaías⁽¹⁾, como la del Salmista⁽²⁾, quedaban afrentosamente cumplidas. Aquel era, en fin, el hombre temible á quien denunciaban los príncipes de los sacerdotes como un revolucionario peligroso, como un pretendiente al reino, como rival del César. Al mirarlo, experimentaba Pilato indecible compasión, y, sin embargo, no era ni su correligionario, ni su conciudadano. Creía que los enemigos del acusado, enternecidos por este espectáculo, le perdonarían por fin. Se engañaba. Menos accesible á las impresiones de la justicia natural, de la piedad y de la gracia es el corazón de un pagano que el de un impío ó de un falso devoto. El odio religioso que Satanás hace germinar en cualquiera parte, es despiadado; y nada hay más duro que las almas que, habiendo visto de cerca la inocencia, la verdad, la belleza moral, no han comprendido su valor incomparable.

Con todo, una exhibición tan lastimera ofrecía el peligro de emocionar al pueblo, el cual, entregado á sí mismo, tiene buenos instintos. Apresuráronse, pues, los príncipes de los

(1) *Is.*, LIII, 3.

(2) Salmo XXIII, 7.

sacerdotes y sus criados á prejulgar su respuesta, exclamando al punto: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!» Pilato, ofendido de tal inhumanidad: «¡Tomadle allá vosotros y crucifícadle!—exclamó,—porque yo no hallo en Él causa.» Equivalía esto, como la vez primera, á negar la condenación capital y despedir á la muchedumbre, con una autorización que no satisfacía sus proyectos homicidas. Pero los más hábiles agitadores sospechaban que, no por haberse erguido con tanta altivez, estaba menos dispuesta á capitular la conciencia del gobernador. Era en extremo ficticia su aparente energía. Ante todo, temía Pilato desagradar al pueblo, y éste estaba seguro de que prevalecía sobre un juez que tanto vacilaba en imponer la justicia. «Nosotros tenemos ley—respondieron,—y según esta ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.» Estas palabras, casi impertinentes, insinuaban que, si los judíos aceptaban la soberanía, era á condición de que los romanos hicieran respetar la ley judía. Además, llevaban el proceso á su primitivo terreno, abandonando el aspecto político, que nada criminal había ofrecido á Pilato.

De tal modo formulada, la nueva acusación religiosa hizo surgir en el ánimo del procurador una inquietud por demás inesperada. No estimando, como los judíos, que estas palabras: «Yo soy el Hijo de Dios», en labios del admirable hombre á quien juzgaba, fuesen en absoluto una blasfemia, preguntóse qué fundamento podían tener. ¿Se hallaba, por ventura, en presencia, si no de un verdadero Hijo de Dios, á lo menos de un Justo, amigo del cielo, á quien los dioses se encargarían, tarde ó temprano, de vengar? Una superstición naturalísima evocaba á los ojos del pagano sombrías perspectivas. Entró al punto en el pretorio, llevando consigo á Jesús. Allí, bajo la viva impresión que le dominaba: «¿De dónde eres tú?»,—le dijo.—La pregunta de Pilato no podía tener más que un sentido: «Eres del cielo ó de la tierra? ¿Eres hombre ó Dios? (1)»

(1) Comp. *Juan*, VII, 28; XVIII, 36-37.

Sabía perfectamente, en efecto, que Jesús era galileo. Si no habla en términos más explícitos, es porque no se atreve á aventurarse en un dominio religioso extraño á su educación, y en el que corría peligro de mostrar pronto su incapacidad. Jesús no respondió. El pagano no estaba de ningún modo dispuesto á oír la Buena Nueva. Su pregunta no partía de un corazón que buscaba la verdad, ya que, poco antes, después de preguntar qué era la verdad, se había dado prisa en salir para no saberlo. Dios, por bueno que sea, no deja de ejercer su justicia sobre los que rechazan su misericordia. Pilato no quiso oír á Jesús cuando hablaba, y Jesús, á su vez, calla cuando Pilato quiere oírle. Desde el punto de vista general de la causa, el procurador sabía bastante sobre la inocencia del acusado para no tener necesidad de nuevas luces. Aun el silencio de éste confesaba su origen divino. No rechazar enérgicamente la nueva acusación: «Se hizo Hijo de Dios», equivalía á reconocer que era fundada. «¿Á mí no me hablas?—dice Pilato con extrañeza;—¿no sabes que tengo poder para crucificarte y que tengo poder para soltarte?» El orgullo del magistrado romano acentúa estas últimas palabras. Ha mostrado algún afecto al acusado, y éste le significa, con su silencio que, después de sus indignas capitulaciones ante la muchedumbre, no merece respuesta. De aquí el tono altanero de su observación. Tiene, en efecto, el poder de matar ó perdonar la vida, como lo probará el resultado de este proceso; mas no tiene el derecho, consiguiente, y desde el momento en que no lo tiene, el poder de que habla es contra justicia, y no pasa sencillamente de ser el poder del crimen y del asesinato; no puede, por consiguiente, prevalerse de él á expensas de su conciencia. Su pretensión es prueba evidente de que no merece oír la respuesta que solicita. Por esto no contesta Jesús directamente, á ella, sino que, con una majestad que se impone, se contenta con decir al presuntuoso romano: «No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que á ti me ha entregado, mayor pe-

cado tiene.» Pilato, pues, es realmente dueño de Jesús, porque Roma, dueña de Palestina, delegó en su procurador la facultad de vida y muerte. Pero, aun con su autoridad, Pilato es el instrumento de una mano superior que conduce á todos los reyes de la tierra, y á la cual pertenece regular la suerte de todo hombre, y más particularmente la del Salvador de la humanidad ⁽¹⁾. Le sienta muy mal mostrarse tan orgulloso de su autoridad «¿Puede enorgullecerse el hacha en manos del que se sirve de ella para dar el golpe»—había dicho el Profeta ⁽²⁾,—esta vez, sobre todo, que va dirigido contra un inocente? En vez de prevaleerse de una autoridad que ilegalmente va á ejercer, debería lamentar el ser su representante. Preferible es que no sea gobernador el que no sabe gobernar en justicia.

Sin duda que puede encontrar Pilato en el abuso de poder que va á cometer una circunstancia atenuante. No se ha inmiscuido libremente en este proceso. Él lo soporta, siendo así que los judíos lo han intentado y conducido contra toda justicia. Más culpable que él es el Sane-drín; sin embargo, no por eso tiene menos parte de responsabilidad, y así se lo da á entender Jesús con imponente autoridad. Pilato no replica, pero, más que nunca, multiplica las combinaciones y los esfuerzos para librar al inocente. Los judíos ni siquiera escuchan sus proposiciones. ¡Qué trastorno en los papeles! El juez se convierte en abogado, y los acusadores en jueces. Sólo la víctima se calla, aceptando de antemano la inicua condenación. Pilato, por su parte, se obstina en dejar ver que,

(1) Leemos, efectivamente, en los *Hechos*, IV, 28, que Herodes, Pilato, los gentiles y los judíos coligados contra Jesús no hicieron otra cosa que cumplir lo que sobre este punto había sido regulado por la mano y la sabiduría divinas. Los malos, en su libertad, realizan sencillamente los designios de la providencia. Este modo de entender un texto por sí mismo embarazador, no deja, aunque lo adoptemos, de tener sus dificultades. Tal vez conviniera entender por *ἐνωθεν* el reino de Satanás, que es de una región superior á la nuestra, y entonces todo se explicaría fácilmente. El poder de vida ó muerte sobre Jesús es dado á Pilato por los representantes de Satanás, los judíos, que llevan á cabo la obra diabólica. He aquí por qué, en el fondo, aun siendo culpable, Pilato es menos criminal que aquellos satélites del infierno.

(2) *Isaias*, X, 15.

á falta de quejas serias, se inclina á una absoluci3n solemne. Su car3cter brusco y violento est3 á punto de zanjar la cuesti3n. La muchedumbre lo cree todo perdido. Entonces expone á gritos ante el procurador su 3ltimo argumento. Si es h3bil y victorioso, no deja de ser muy humillante para los que se atreven á formularlo; porque, antes de exponerlo, los patriotas han debido hollar con sus pies todos sus sueos de independenciam y sus esperanzas mesi3nicas; no aseguran su victoria sino á costa de su dignidad nacional. «Si á éste sueltas—gritaban,—no eres amigo del C3sar, porque todo aquel que se hace rey, se declara contra el C3sar.» ¡Oh pueblo desgraciado! No hab3a vivido hasta aquel momento m3s que en la esperanza de un libertador y, por odio á Jes3s, reniega para siempre de todo el que aspire á ser este libertador. Se entrega al C3sar, y declara rebelde al que trate de izar la bandera de la independenciam. ¡Locos y cobardes! Israel se constituye abogado de los derechos de Roma ante el procurador que le subyuga y aplasta en nombre mismo de estos derechos.

Realmente, contra un pol3tico ambicioso cual Pilato, la maniobra hab3a de ser decisiva. Sacrificar á Jes3s 3 perderse á s3 mismo, constitu3a una alternativa que no le permit3a ya dudar. El pueblo ten3a raz3n y le abr3a caritativamente los ojos. Tolerar un pretendiente al trono de Israel, ¿no era por ventura dejar de ser ministro del C3sar, puesto que hacerse rey, en una provincia romana, era declararse enemigo de la majestad imperial?

De todos los tiranos, puede decirse que ninguno fu3 m3s celoso de su autoridad, ni m3s despiadado que aquel en cuyas manos estaban, á la saz3n, las riendas del imperio. Tácito ⁽¹⁾ y Suetonio ⁽²⁾ tributan á Tiberio esta justicia. Pilato, con su perspicacia pol3tica, vi3 al punto, aniquiladora y terrible, la tempestad que amenazaba sorprenderle. Bastaba que llegase á conocimiento del emperador que, de

(1) *Ann.*, III, 38: «Majestatis crimen omnium accusationum complementum erat.»

(2) *Vita Tib.*, c. LVIII: «Qui atrocissime exercebat leges majestatis.»

repente, en una provincia suya, había habido alguien que se había abrogado el título de rey, para que el procurador viese la certeza de su desgracia definitiva ⁽¹⁾. Y la desgracia equivalía á la muerte. Las almas terrenas quieren ante todo gozar de la tierra. Ante todo su posición, luego la conciencia.

Desconcertado con esta última amenaza, Pilato mandó que se presentase Jesús, á quien había dejado en el pretorio. Según la costumbre romana, el acusado debía oír por sí mismo su sentencia; más aún, ordenaba la ley que el juicio se pronunciase en público ⁽²⁾ y desde un lugar que dominase la multitud ⁽³⁾. Este lugar se llamaba en lengua aramea Gabbatha ó *eminencia*, y era, de ordinario, un trono portátil, al que se subía por gradas. En griego, llamábase el paraje desde el cual el juez administraba justicia, *Lithostrotos*, ó *Atrio de mosaico*, porque el pavimento sobre el cual se colocaba el trono judicial estaba hecho con fragmentos de mármoles preciosos ⁽⁴⁾. El procurador, que había subido una vez al Gabbatha para absolver á Jesús, subió de nuevo para condenarle.

Era entonces, observa San Juan con una precisión que no se desmiente y que explica la importancia de los sucesos, la preparación de la Pascua y como la hora sexta ⁽⁵⁾.

(1) Sobre todo después de las demás acusaciones que, según Filón (*Legat. ad Caium.*) y Josefo (*Ant.* XVIII, 14; *B. J.*, I, 2, 8.), habían quebrantado ya su crédito.

(2) *B. J.* II, 9, 3; II, 14, 8.

(3) Suetonio, *Caes.*, c. XLVI.

(4) Obsérvese que las dos palabras Gabbatha y Lithostrotos, designando como designaban el tribunal, no tienen el mismo sentido. Gabbatha, que se deriva en hebreo de *gab*, elevación, altura, y no de *gib'ah*, indica la forma elevada del tribunal, y el griego *Λιθόστρωτος* derivado de *λίθος* y *στρώσιμι* denota el piso en cubitos de mármol sobre el cual se alzaba. (Josefo, *B. J.*, VI, 1, 8 y 3, 2). El uso de estos pavimentos ricamente dispuestos se hallaba introducido en Roma desde los tiempos de Sila. (Plinio, *H. N.* XXXVI, 25). Julio César, para realzar el brillo de su autoridad, hacía seguir en sus expediciones este fastuoso aparato. Siempre que se detenían para acampar, empezábase por colocar en su pretorio mosaicos y mármoles como los tenían los cónsules en Roma, y allí se erigía el trono judicial. Los gobernadores siguieron este ejemplo.

(5) Más arriba hemos expuesto nuestra opinión sobre el día en que Jesucristo fué condenado y ejecutado. La indicación presente, que varios, con

Al aparecer Jesús, exclamó Pilato: «¡Ved aquí vuestro Rey!» ¿Había solamente en estas palabras una amarga ironía con la cual se vengaba Pilato del acto de debilidad que se le arrancaba, ó bien es preciso hallar en ellas el último y solemne homenaje al acusado? Ambos sentidos son probables. La sangrienta frase era exacta, y el pueblo

paciente erudición, han querido entender del viernes, como preparación, no de la fiesta, sino solamente del sábado de la semana pascual, nos parece que, tomada en su sentido más natural, corrobora lo que hemos dicho. Significa realmente al día en que se preparaban á la fiesta de la Pascua, inmolando el cordero, esto es, el 14 de Nisán. ¿Qué razón había para añadir τοσ πάσχα después de παρασκευή, si παρασκευή significase sencillamente viernes? Nadie podía ignorar, después de lo dicho ya por el Evangelista, XIII, 1; XVIII, 28, etc., que se hallaban en la semana de Pascua.

La determinación de la hora de la crucifixión ofrece una nueva dificultad. *Mat.*, XXVII, 45; *Marc.*, XV, 33; *Luc.*, XXIII, 44, suponen que al mediodía había ya algún tiempo que Jesús estaba en la cruz, puesto que las tinieblas se difunden sobre la tierra desde esta hora sexta hasta la nona. Por otra parte, *Marc.*, XV, 25, poniéndose frente á frente de *Juan*, XIX, 14, dice categóricamente que Jesús fué crucificado en la hora tercia y no en la sexta. Para resolver esta divergencia, unos, siguiendo á Eusebio y Teofilacto, supusieron en San Juan un error de copista, quien debió tomar un signo por otro, la gamma Γ por la digamma F, y escribir 6 en vez de 3. Sería ésta la mejor solución, si no fuese demasiado arbitraria. Los testimonios de algunos manuscritos Ν' D^{supp.} L, X, Δ, ó aun del *Chronicon Alex* carecen de autoridad suficiente para apoyarlo. Otros han imaginado que San Juan había seguido la división romana de las horas, mientras que sus antecesores habían seguido la división judía. Mas esta división romana ¿se halla establecida históricamente? Hemos visto, vol. I, pág. 296, que en Oriente, y en el medio en que San Juan escribía su Evangelio, se contaban las horas á partir del alba, y no á partir de media noche, como hemos dicho que hacían los romanos. En *Juan*, XI, 9, observa Jesús que el día tiene doce horas, y en IV, 6, parece que la hora sexta coincide con el mediodía, en el que más se dejan sentir el hambre y la sed. En todo caso, no es admisible que la sentencia de Pilato, sobrevenida después de la segunda sesión del Sanedrín, después de la comparecencia de Jesús ante Herodes, que procuró extensamente, ἐν λόγοις ἱκανοῖς, hacerle hablar, después de todas las dudas del gobernador y de las escenas de la flagelación y coronación de espinas, hubiese sido pronunciada á las seis de la mañana. ¿Es preciso convenir en que la contradicción entre San Juan y los Sinópticos es flagrante? Acerca de una hora tan memorable, ¿es posible admitir que aquellos se hubiesen equivocado? Algunos autores han propuesto entender la παρασκευή, en *Juan*, XIX, 14, no de todo el día de la Preparación, sino de la parte que precedía al sábado, es decir, de 3 á 6, momento en que se inmolaba el cordero pascual; según lo cual este Evangelista quiso decir que Pilato pronunció la sentencia 6 horas antes de la Preparación, esto es, á las 9 de la mañana, concordando así con San Marcos; mas nada semejante hay en el cuarto Evangelio. Otros, apoyándose en la determinación simplemente aproximativa que allí se encuentra, ὡς ὥσει, creen poder imaginar un término medio, en el cual las 9 de San Marcos coincidirían con el mediodía de San Juan. Por más que, di-

rugió ante la humillación que se le infligía. «¡Quita, quita! —exclamó;—¡crucifícale!» Y Pilato, antes de capitular, prosiguiendo hasta el fin su venganza: «¡Á vuestro Rey he de crucificar?», preguntó. Entonces fué cuando, sellando su abdicación con la última bajeza, los príncipes de los sacerdotes, los que personificaban el viejo partido de la independencia, respondieron: «¡No tenemos por Rey sino á César!» De este modo abolían su vieja teocracia aquellos orgullosos patriotas, y pedían ser confundidos en adelante con los otros pueblos esclavos del imperio romano. Se entregaban á César con tal de suprimir á Jesucristo. Éste los había salvado, aquél les degollará dentro de algún tiempo, el día mismo aniversario de las fiestas pascuales. Al ver que el partido sacerdotal se entregaba de tal suerte, Pilato no titubeó ya en sacrificar á Jesús. Tan solemne abdicación bien valía esta recompensa.

Y la sentencia fatal fué pronunciada. La astucia, la malicia, el fanatismo del Sanedrín habían logrado arrancarla á un magistrado sin honradez. Pilato dijo al acusado las palabras sacramentales: «Vas á ser crucificado: *¡Ibis ad crucem!*»

cen, el día se dividiese en 12 horas, según las palabras del Maestro (*Juan*, XI, 9), con más frecuencia, según el uso establecido, se dividían estas doce horas en cuatro secciones de tres horas cada una, la prima desde el amanecer hasta las nueve; la tercia desde las nueve á mediodía; la sexta desde el mediodía á las tres, y la nona desde las tres al anoecer. El pueblo particularmente se contentaba, para distribuir la jornada con estos cuatro puntos de partida, tres de los cuales estaban determinados por la plegaria pública en el Templo. Cuando, pues, los Sinópticos ó la tradición popular dicen que Jesús fué crucificado en la hora de tercia, indican que se estaba en la segunda sección del día, entre las nueve y el mediodía, hacia el fin de esta hora de tercia, las once, por ejemplo, porque es preciso buscar tiempo para clasificar los numerosos incidentes de la mañana. Al decir Juan que era cerca de la hora sexta cuando se pronunció la sentencia, pudo querer indicar solamente que iba á empezar la tercera parte del día y que se acercaba el mediodía. Pero es preciso una voluntad á toda prueba para darse por satisfecho con esta solución. Aun cuando no se tratase en *Juan*, I, 39, de la hora décima, y IV, 52, de la séptima, y en *Mat.*, XX, 9, de la undécima, lo cual compromete la división del día en cuatro secciones, es evidente que, si la tercera hora puede reducirse á la sexta, ó *vice-versa*, no es posible entender qué significa este modo de explicarse. Es necesario ó admitir la divergencia entre la tradición oral recogida por los Sinópticos y San Juan ó admitir una falta antiqüísima del copista. En todo caso, debemos atenernos á lo que dice San Juan.

SECCIÓN III

LA CATÁSTROFE

CAPÍTULO PRIMERO

Jesús en el suplicio

El suplicio de la cruz.—Camino del Calvario.—Simón Cireneo.—Las hijas de Jerusalén compasivas.—Llegada al Calvario.—La bebida aturdidora.—La crucifixión.—El cartel de Pilato.—Repartimiento de las vestiduras.—Insultos del partido jerárquico.—El bueno y el mal ladrón.—El grupo de los amigos.—*Ecce mater tua!*—Tinieblas.—Agonía suprema.—Últimas palabras.—Fenómenos extraños.—Testimonio de los muertos y de los vivos. (*Mat.*, XVII, 31-56; *Marc.*, XV, 20-41; *Luc.*, XXIII, 26-49; *Juan*, XIX, 16-31.)

La crucifixión no era un suplicio judío. Ideada por una mujer, Semíramis, la vemos practicada primeramente entre los asirios, persas y escitas; luego, en Egipto y Cartago. A su vez, la aceptaron las civilizaciones griega y romana, y, por terrible que fuese⁽¹⁾, había llegado á ser el suplicio ordinario de los esclavos, *servile supplicium*. Según la ley de Moisés⁽²⁾, un criminal podía ser decapitado, estrangulado, quemado ó apedreado. Nunca era puesto en cruz sino después de la muerte, y para infligir á su cadáver una injuria suprema. La ferocidad de Alejandro Janeo, quien había mandado crucificar á ochocientos prisioneros, era citada⁽³⁾ como una maldad abominable. Pero un siglo más tarde, importaron los romanos en Palestina este géne-

(1) Ciceron (*in Verrem*, V, 66) la llama con razón: «Crudelissimum, terriberrimumque supplicium».

(2) *Deut.*, XXI 22, 23.

(3) *B. J.*, I, 4.

ro de castigo, usado en las demás provincias del imperio para castigar á los sediciosos y malhechores. Desde Varo, que ejecutó de este modo dos mil rebeldes á la muerte de Herodes el Grande, hasta Tito, que, después de la ruina de Jerusalén, levantó bajo los muros de la ciudad tantas cruces como árboles y sitio encontró en los alrededores, los procuradores infligían el afrentoso tormento á los agitadores políticos ó religiosos que caían en sus manos (1).

Es de notar que, al condenar á Jesús al más afrentoso de los suplicios, la jurisdicción romana le proporcionó el único en que había de conservar, por el mayor tiempo posible, su completa libertad de espíritu y el uso de la palabra. La cruz, en efecto, será como la sangrienta tribuna desde donde, hasta el último momento, hablará al mundo, y el altar en que escogerá, á su arbitrio, el instante de entregar su alma á Dios. Apedreado ó decapitado, hubiera podido parecer menos dueño de sí mismo y, en todo caso, más difícilmente se hubiera convertido en bandera de la Iglesia, en el signo elocuente que debía cernerse sobre el mundo de lo por venir.

I, miles, expedi crucem, había añadido Pilato, según la fórmula que completaba regularmente la sentencia; y los soldados acababan de traer una cruz (2). Era de made-

(1) *Ant.*, XVII, 10, 10; XX, 5, 10; *B. J.*, II, 12, 6 y 13, 2, 14, 9; V, 11.

(2) En su origen, la cruz había sido una simple estaca, que servía para empalar al ajusticiado. Pronto empezaron á servirse de árboles ahorquillados, á los cuales eran atados por la espalda los crucificados. La forma de estos árboles parece haber sido varia. Ora la cruz, formada por dos travesaños cruzados afectaba una X griega; ora se componía de un solo poste, con una barra transversal, y recordaba la letra T. «*Ipsa est, dice c. Tertuliano, Marc., III, 22—littera Graecorum Tau, nostra antem T species crucis.*» Comp. Luciano, *Judic. Vocal.* XII.

No han dejado los Padres de la Iglesia, según diesen á la cruz de Jesús una ú otra forma, de buscar sus misteriosas significaciones. Unos vieron, en Jacob cruzando sus brazos para bendecir á los hijos de José (*Tertul. de Baptismo*, VIII), en la forma de la unción que consagraba á los sacerdotes, en las dos manos que se reunían transversalmente para imponer los pecados del pueblo en el macho cabrío emisario, otros tantos tipos de la cruz en forma de X, llamada *Cruz decussata*. Otros, suponiendo que la cruz de Jesús había sido la llamada *crux commissa*, buscaron el simbolismo de la letra griega T á la que se asemejaba. Ahora bien, significando dicha letra 300, pensaron

ra de pino, ó de cualquier otra confífera, cuyas variedades no escasean en Palestina ⁽¹⁾. Con odiosa previsión, la autocracia romana tenía siempre de reserva instrumentos de suplicio para los criminales. El terrible poste no debía ser ni demasiado alto ni demasiado pesado, porque al condenado se le obligaba á llevarlo por sí mismo ⁽²⁾.

(Clem. de Alej., *Stron.*, VI; San Paulino, *Ep.* II) en el arca de 300 codos de alto que había salvado á los justos en el tiempo del diluvio, Σταυρός ἐν τῷ Τ, dice la Ep. de Bernabé, IX, ἐμελλεν ἔχειν τὴν χάρις.

La tradición más común y antigua (Eusebio, *de Vita Constantini*, I, 31), lo mismo que la inscripción colocada encima de la cabeza de Jesús, inducirían á creer que el instrumento del suplicio fué lo que vulgarmente se ha dado en llamar cruz latina, *crux-immissa* †, es decir, aquella en la que el travesaño principal se eleva sobre el transversal. *Iren. Haer.*, II, 24, 4, la describe de esta manera: «Habitus crucis fines et summitates habet quinque, duos in longitudine et duos in latitudine, et numm in medio in quo requiescit is qui clavis affigitur.» Sin embargo, la representación más primitiva que tenemos de la crucifixión, el grafito del Palatino con el Cristo con cabeza de asno, supone que la cruz fué en forma de T, y que los pies del ajusticiado descansaban en un apoyo. En toda hipótesis, la cruz recordaba (Barnab., *Ep.*, § 12; Justino mártir, *Dial. c. Tryph.*, 89; Tert. *adv. Marc.*, III, 18) á Moisés elevando los brazos mientras luchaban los israelitas en las llanuras del Rafidin (*Éxodo*, XVII, 12), la escala de Jacob en la cual estaba Dios apoyado, ó también los dos palos que atravesaban el cordero pascual. La serpiente de bronce, según Nuestro-Señor mismo, había sido símbolo del Hijo del hombre crucificado. Los esfuerzos de los apologistas para encontrar comúnmente en la naturaleza el signo de la cruz, ora en los cuatro puntos cardinales, ora en las actitudes del cuerpo humano en ciertos momentos de los más solemnes de la vida, ora en fin en ciertas armonías del reino vegetal, fueron provocadas principalmente por la necesidad de disminuir el escándalo de tal suplicio (Minucio Félix, *Oct.*, XXIX) á los ojos de los gentiles, al paso que se proponían símbolos de la Escritura (Tert., *adv. Jud.*, IX) para suprimirlo á los ojos de los judíos. Entre los egipcios, el signo jeroglífico de la cruz provista de asas era el símbolo de la vida. V. entre los trabajos recientes sobre la cruz: O. Zockler, *Das Kreuz Christi*, 1875; Prime, *Holy Cross*, N. Y., 1877; Dobbert, *Zur Entstehungsgeschichte des Kreuzes*, 1880, y Ansault que publicó en 1891 una curiosísima memoria sobre *el culto de la cruz antes de J. C.* Algunas alhajas asirias y fenicias son en forma de cruz.

(1) Las reliquias que poseemos de la vera cruz apenas dejan duda sobre este asunto. Varios, no obstante, estiman que fué de encina, madera muy propicia para este género de suplicio. V. B. Rohault de Fleury *Mémoire sur les instruments de la Passion*, 1869.

(2) Los pasajes de Juan XIX, 17 Βαστάζων ἐαυτῷ τὸν σταυρόν, y el incidente de Simón Cirineo no consienten duda alguna acerca de este particular. Los autores paganos atestiguan, por otra parte, que esto era el uso corriente. Plauto *Mil. glor.*, II, 4, 6: «Tibeirt eundum extra portam, patibulum cum habebris». Plutarco, *de Sera Num. vindict.* § 9, "Ἐκαστὸς κακούργων ἐκφέρει τὸν αὐτοῦ σταυρόν, κ. τ. χ. Artemidoro, *Oneir.*, 2, 6: ὁ μέλλων σταυρῶν προσηλοῦσθαι πρότερον αὐτὸν Βαστάζει.

Sin perder momento, desembarazaron á Jesús de todo el aparato de su irrisoria realéza, y con sus vestidos ordinarios, tal como estaban todos acostumbrados á verle cuando hablaba al pueblo, se le obligó á tomar el camino que conducía á la muerte. Justo era que todo el mundo reconociese al hombre que por todos iba á ser inmolado. Por lo demás, según la ley, debía hacerse llevar delante del condenado, ó atar á sus espaldas, escritos en caracteres griegos, su nombre y el motivo de la condena ⁽¹⁾.

Para colmo de humillación, dos malhechores, condenados al mismo suplicio, escoltaban á la augusta Víctima. Los encargados de proceder á la ejecución eran soldados, puesto que Pilato no disponía de lictores.

Al salir del palacio del procurador, el lúgubre cortejo se dirigió, por el camino más directo, hacia una de las puertas de la ciudad. Para acabar presto, se suprimieron los rodeos por las calles y la pompa lúgubre acostumbrada en semejantes circunstancias ⁽²⁾. No convenía dar á los galileos tiempo de libertar á su joven Profeta. Si, según hemos supuesto, se hallaba Pilato en el palacio de Herodes el Grande, siguieron la dirección noreste y debieron salir ⁽³⁾ por la puerta de Gennath ó *de los Jardines*, para tomar un camino que conducía al campo ⁽⁴⁾. Si se supone que residía en la Antonia, el acompañamiento se dirigió hacia el oeste. En todo caso, sólo una piadosa creencia puede

(1) «Praecedente titulo dice Suetonio, qui causam, poenae indicaret.» *Calig.* 32; *Comp. Domit.*, 10. *Dion Cas.*, 54, 3, dice: μετὰ γραμμάτων τὴν αἰτίαν τῆς θανάτωσης αὐτοῦ δηλοῦντων». La costumbre judía, si se ha de creer el Talmud *Sanh.* 6, 2) era de hacer preceder al que se iba á apedrear por unregonero que, publicando su nombre, su crimen, y los testigos que le habían acusado, invitaba á que se presentasen los que quisieran defenderle.

(2) (Josefo, *Ant.*, XX, 6, 3 y *B. J.*, IV, 6, 1, dice que, de ordinario, se paseaba al culpable por toda la ciudad. *Comp. Dion Cas.*, 54, 3; *Macrobio, Saturn.*, I, 10. Aquí se procedió con tal rapidez que al medio día, lo más tarde Jesús estaba en cruz.

(3) Entre los judíos, como entre los romanos, los culpables eran muertos fuera de la ciudad. La sociedad rechazaba lejos de sí a los que la habían ultrajado. La epístola á los *Hebreos.*, XIII, 12, dice que Jesús sufrió *fuera de la puerta*. Juan (XIX, 17) y Mat. (XXVIII, 4) también lo confirman.

(4) *Marc.*, XV, 21; *Luc.* XXIII, 26.

encontrar las huellas de la santa Víctima en la *Vía* llamada *Dolorosa*, que se sigue, á través de las calles modernas, á más de diez metros, y con frecuencia de veinte, por encima de las ruinas de la antigua Jerusalén. Había predicho Isaías que el Mesías llevaría en sus hombros la señal de su realeza, y sobre ellos, en efecto, apoya Jesús su cruz. Verdadero Isaac, arrastra consigo el leño del sacrificio, pero sin esperar que intervenga mano alguna celestial para detener el brazo del Padre, ni que salga de la tierra ninguna víctima para substituirle en la inmólación.

Con todo, el inocente condenado daba muestras de un visible agotamiento. Empezaba á agobiarse bajo la pesada carga ⁽¹⁾. Compréndese que las emociones de la noche, la flagelación y la coronación de espinas, le hubiesen debilitado. Dado su paso vacilante, comprendieron los soldados que era preciso detenerse y darle tiempo para respirar, si querían llegar al lugar del suplicio. Un hombre que volvía del campo se compadeció, sin duda ⁽²⁾, de la suerte del paciente. Se le requirió al punto para que llevase la cruz; y, por muy viva repugnancia que experimentase á cumplir tal ministerio, no pudo prudentemente rehusarlo. En los pueblos conquistados, siempre se ha complacido el soldado en abusar de su autoridad sobre el paisano ⁽³⁾. De grado ó por fuerza, tomó, pues, la cruz. Jesús caminaba delante de él, como para dar á entender que iba á expiar, no sus propios crímenes, sino los de la humanidad

(1) Un pasaje de Plauto, conservado por Nonio Marcelo, III, 183, induce á creer que un condenado no llevaba la cruz entera, sino simplemente el palo transversal, *patibulum*, al paso que el poste principal, *cruz*, era llevada por otro medio. «*Patibulum ferat per urben, deinde affigatur cruci*». En este caso, la cruz propiamente dicha no sería constituida, mediante la reunión de los dos palos, sino en el lugar mismo del suplicio.

(2) No se explicaría que los soldados, que tantos otros judíos debían ver en torno suyo, hubiesen escogido á Simón, que no formaba parte del séquito, sino que entraba pacíficamente en la ciudad, si él mismo, con su actitud, no hubiera dado lugar á ello. Algunos han supuesto que era esclavo, pero sin razones plausibles.

(3) Arriano, IV, 1, dice: «Si un soldado te impone una molestia, guárdate de resistirle ni aun de murmurar; de otra suerte, recibirás golpes y perderás además tu asno.»

que le seguía. Bueno era que, ya que no sufriese ella misma, arrastrase, á lo menos, esta humanidad culpable el instrumento del suplicio⁽¹⁾.

Aquel hombre, requerido así, de improviso, se llamaba Simón, y, ó personalmente, ó por su padre, había pertenecido á la colonia judía transportada antiguamente á Cirene, en la Libia africana, por Tolomeo Lago, de donde le había quedado el sobrenombre de Cireneo. Habitaba probablemente en Jerusalén⁽²⁾, y tenía dos hijos, Alejandro y Rufo, que desempeñaron buen papel en la Iglesia primitiva⁽³⁾. Así, no estando Simón-Pedro donde debía estar, ocupa su puesto otro Simón, sobre quien recaerá honra eterna por haber sido asociado tan íntimamente al grande acto de la Expiación. ¿Tenía ya inspiraciones cristianas en su corazón, y experimentaba por Jesús, no sólo una simpatía enteramente humana, sino el afecto de un verdadero discípulo? Lo ignoramos. Lo que hay de cierto es que llevó la felicidad á toda su familia, porque, además de sus hijos, su mujer⁽⁴⁾ misma se halla mencionada con elogio entre los primeros cristianos. El que tan poca intervención tuvo en el suplicio de Jesús, supo sacar de él, para sí y los suyos, grandísima parte del beneficio de la Redención.

Debía ser mediodía. La gran ciudad, por la que circulaba la nueva de la condenación de Jesús, mostraba vivos deseos de adquirir informaciones más precisas. Acudía gente de todas partes. Uníanse los curiosos al acompañamiento, y, una vez fuera de la ciudad, procuraban adelantarse al grupo de los soldados para ver más de

(4) Las pinturas que representan á Simón no llevando más que el pie de la cruz, olvidan que nada de esto se halla en el Evangelio, y que si hubiese levantado simplemente la extremidad que tocaba á tierra, en vez de aliviar á Jesús, solo hubiera conseguido fatigarlo más y más.

(2) Á no ser por la circunstancia de que volvía del campo, y, según toda probabilidad, de trabajar en él, habría que creer que Simón se hallaba solamente de paso en la Ciudad Santa, como tantos otros judíos que iban de países extranjeros para celebrar las fiestas pascuales. Los cireneos tenían una sinagoga en Jerusalén. (*Hechos*, II, 10; VI, 9.)

(3) *Hechos*, XIX, 33; I *Tim.*, I, 20.

(4) *Rom.*, XVI, 13.

cerca al condenado. Sabido es que las mujeres en particular muéstranse ávidas de estos emocionantes espectáculos, y de buen grado dan á las infortunadas víctimas pruebas de sincera compasión. Aquellas mujeres lloraban y se lamentaban. Unas se exclamaban de la desgracia del joven Doctor, á quien habían oído en el Templo, y cuya mansedumbre y bondad habían conmovido sus almas. Otras, como las galileas que se habían consagrado al servicio del Maestro, lloraban al amigo. En medio de éstas, debió encontrarse una más animosa, aunque más rudamente herida que las demás, porque, al seguir á la víctima, seguía á su Hijo; era María, madre de Jesús, á la que encontraremos muy pronto al pie de la cruz.

No se trata de estas últimas en el incidente mencionado por San Lucas, sino de las mujeres de Jerusalén. Ni iniciadas en los misterios del Hijo de Dios, ni asociadas á su vida, lloraban al Profeta que iba á ser inmolado por odio y contra toda razón. Sus gemidos eran el primer testimonio de simpatía recogido por Jesús, desde que se había desencadenado la terrible tempestad en que sólo blasfemias y maldiciones habían llegado á sus oídos. Por esto, rompiendo el severo silencio que había guardado desde la última entrevista con Pilato, se dignó, con una tierna advertencia, recompensar su piedad natural. «Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros, y á los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen esto, ¿en el seco qué se hará?» Si lloran en vista de la iniquidad cometida, mucho más llorarán al ver el castigo de la iniquidad. La desgracia de un hombre las conmueve: ¿qué dirán de la desgracia de un pueblo? Se complace Jesús en recordarles que se acerca la justicia de Dios, para que se escandalicen menos de su paciencia en el crimen que se está cometiendo. Si Él, por haber con-

sentido en cargar con los pecados ajenos, permaneciendo justo, sufre tan rudamente la cólera del cielo, ¿qué no sucederá al pueblo judío, árbol desecado, que va á ser herido por la venganza celestial?

Entre tanto, habían llegado al lugar designado para el suplicio. Acostumbraban los antiguos á ejecutar á los criminales en los extremos de las calles más frecuentadas, y en los puntos culminantes vecinos; con ello pretendían infundir en el pueblo el más vivo horror al crimen, mostrándole de cerca el espectáculo del castigo ⁽¹⁾.

No es en manera alguna seguro que el paraje escogido para crucificar á Jesús fuese el sitio ordinario de las ejecuciones capitales ⁽²⁾. El hecho de que un hombre rico como José de Arimatea tuviese allí un jardín de recreo, parece indicar todo lo contrario. Sea lo que fuere, la pequeña elevación de terreno en que se detuvieron se llamaba Gólgota, ó *el Cráneo, la Cabeza*, probablemente porque la forma del montículo, roqueño, grisáceo y sin vegetación, evocaba el pensamiento de un cráneo pelado ⁽³⁾. En nuestras lenguas modernas, el Gólgota es llamado más comúnmente Calvario.

Mientras algunos soldados preparaban la cruz y habrían la fosa en que aquella debía ser plantada, otros ofre-

(1) Quintiliano, *Declam.*, 274; Cicerón, *in Verrem*, V, 68; Tácito, *Annal.*, XV, 44; Tito Livio, VIII, 15; Justino, 18, 7; 21, 4; 22, 7. «Spectanda civibus» decía Plinio, *H. N.* XXXVI, 24, 3. Josefo, *B. J.*, V, 11, 1, precisa: τοῦ τειλοῦς ἀντιχρῶ, y 6, 5: πρὸ τοῦ τείχους.

(2) La suposición de que su nombre le provenía de los cráneos de ajusticiados esparcidos en este lugar tiene en contra las más parentorias objeciones: la primera es la palabra Gólgota (en hebreo *Gulgoleith* y en arameo *Gulgaltha*, de *galal*, *redondear*); de suerte que el verdadero nombre de Gólgota significa el *cráneo*, según *Luc.*, XXIII, 33, ó según los otros tres Evangelistas, el lugar del cráneo, mas no de los cráneos; la segunda, que la ley judía ordenaba sepultar á los ajusticiados, y no permitía que los huesos humanos quedasen abandonados en el lugar del tránsito.

(3) No nos faltan ejemplos de denominaciones análogas. Así, Estrabón, XVII, 3, habla de colinas llamadas las *Cabezas*, *Κεφαλαί*. Sin embargo, Paulo ha evocado aquí equivocadamente el recuerdo del bosque de cipreses situado en el camino de Cencreas, en Corinto, y llamado *Κράνειον* en Pausanias, II, 2. Véase nuestro *Voyage aux Sept Eglises*, p. 64. El nombre *Κράνειον* provenía á este bosque sagrado probablemente de las cornejas, *κράνεα*, que se encontraban allí en masa, y no en la forma del terreno que es casi llano.

cían al condenado una bebida adormecedora, cuyo objeto era hacer menos cruel el último suplicio. Consistía en una mezcla de vino y mirra, narcótico que, por su sabor, se parecía mucho á la hiel con vinagre ó á la absenta pura (1). «Al condenado á muerte—dice el Talmud—(2) darás á beber un grano de incienso en un vaso de vino, á fin de que pierda la conciencia de sí mismo.» Jesús gustó la bebida, para cumplir las palabras del Profeta (3); pero se contentó con mojar en ella los labios (4), deseoso de sufrir, hasta el último momento, los horribles dolores de la muerte.

En seguida le crucificaron.

Había dos maneras de crucificar á los condenados: eran sujetados al árbol fatal con cuerdas ó con clavos. Uno y otro sistema estaba en uso en tiempo de Jesús (5). La crueldad de los verdugos prefirió el segundo, y enormes clavos atravesaron las manos y los pies del Salvador. ¿Fueron éstos unidos por un solo clavo en una misma herida? Así lo han supuesto Nono y San Gregorio Nacianceno.

(1) *Mat.*, XXVII, 34, dice: *οἶνον μετὰ χολῆς μεμιγμένον*, y *Marc.*, XV, 23, *ἑσμυρμιστόνον οἶνον*. Los otros dos Evangelistas no hablan de esta bebida. Sábido es que á los mártires se les daba á veces un brevaje análogo. Tertuliano; *Jej.*, XII, lo llama «condito mero.»

(2) Esta práctica autorizada en *Prov.*, XXXI, 6, era judía y no romana. *V. Bab. Sinhedrin*, 42, 1: «Prodeunti ad supplicium capitis potum dede-runt, granum thuris in poculo vini, ut turbaretur intellectus ejus.» Ordinariamente las mujeres de Jerusalén preparaban á su coste esta bebida.

(3) Salmo LXVIII, 22.

(4) Así, pueden armonizarse *Mat.*, XXVII, 34, en que se dice que Jesús gustó el brevaje, *γευσάμενος*, y *Marc.*, XV, 23, en que leemos que no lo quiso, *οὐκ ἔλαβεν*. *Luc.*, XXIII, 36 hace ofrecer por burla, y antes de las tinieblas, vinagre á Jesús.

(5) Ausonio, *Cupido crucifixus*; Séneca, *de Vita beata*, XIX, Artemidoro, *Oneirocr.*, 1, 76; Plauto, *Mostel.*, II, 1, 13, y en otros lugares; Apuleyo, *Met.*, III, 60, etc. Jenofonte de Efeso, IV, 2, afirma que en Egipto los ajusticiados solamente eran atados á la cruz. Lucano (VI, 547 y sig.) habla de un sistema mixto, según el cual, aun clavando los pies y las manos, se ataba el cuerpo al poste por medio de cuerdas. San Hilario, *de Trinitate*, X, 13, supone que así se hizo con Jesús. Es casi el único en sostener tal opinión. Sin embargo, varios Padres de la Iglesia entendieron la profecía hecha á Pedro: «Otro te ceñirá los lomos,» de las ligaduras que debían atar al Apóstol á la cruz. «*Petrus ab altero vincitur—dice Tertuliano, Scorp.*, 15,—cum cruci adstringitur.» Plinio. *H. N.* XXVIII, 11, señala el «*spartum e cruce,*» la cuerda del crucificado, como poseyendo una influencia mágica.

Otros autores eclesiásticos, sobre todo en Occidente, han seguido más comúnmente el sentir de San Cipriano, que admitía un clavo para cada pie: *Clavis pedes terebrantibus*. Este Padre había visto todavía, en su tiempo, infligir, en África, el suplicio de la cruz ⁽¹⁾, y un pasaje de Plauto parece darle la razón ⁽²⁾.

Cuando la crucifixión ⁽³⁾ se practicaba mediante clavos que fijaban los cuatro miembros, se efectuaba en tierra. Jesús fué despojado de sus vestiduras, y ⁽⁴⁾, desnudo, debió tenderse sobre el patíbulo. Generosamente extendió sus brazos sobre las dos ramas del poste fatal. Puesto que el primer Adán había perdido al mundo llevando su mano al árbol del paraíso, en el acto de la desobediencia, el Hombre nuevo extendía las suyas, en el acto del amor, sobre el madero de la Redención. Hubo un momento terrible para los espectadores, aun para los más escépticos: fué aquel en el cual el árbol de la vida, cargado con su sangriento fruto, fué elevado de la tierra, y en que, al caer dentro del hoyo, mantuvo suspenso al Justo, resignado, animoso, magnánimo, reconciliador supremo entre Dios y la humanidad ⁽⁵⁾.

(1) Dadrón, en su hermosa obra de iconografía cristiana, observa que, antes del siglo XIII, los pintores representaban indiferentemente á Cristo en la cruz, ora con tres clavos, ora con cuatro. Después de esta fecha, no se pusieron generalmente más que tres clavos.

(2) *Mostellaria*, act. II, esc. 1, Tranión dice: «Ego dabo ei talentum primus qui in cruce excucurrerit, sed ea lege, ut offigantur bis pedes bis brachia.»

(3) Firmico Materno, *Astrón.*, VI, 31 dice: «Patibulo suffixus in cruce crudeliter erigitur.»

(4) Artemidoro, II, 58: Γυμνοὶ γὰρ σταυροῦνται. En Arriano (*Epict.*, IV, 26) leemos: «Ut in balneo, vestibus exutus et teipsum extendeus, ut solent crucifigi.» San Agustín, *de Civ. Dei*, XVI, 2, Atanasio, Ambrosio y Orígenes suponen que Jesús estaba realmente desnudo. Leemos en Eusebio, *H. E.*, IV, 115, que Policarpo en el lugar del suplicio, se despojó á sí mismo de todos sus vestidos, y que mujeres condenadas á muerte, VIII, 9, *Mart.*, Pal. 9, habían sido de antemano despojadas de todos sus vestidos, παντελῶς γυμνῆ.

(5) La cruz, además de sus cuatro ramas tenía un apoyo que salía del medio de la rama vertical y principal, como un cuerno, τὸ ἐν τῷ τεῦρω πηγρῶμενον ὡς κέρα, según expresión de San Justino. (Dial. c. Tryph. 91). Tertuliano (*adv. Nat.*, I, 12) menciona este «sedilis excessus, ubi requiescit qui clavis affigitur» sobre el cual encontraba un punto de apoyo el cuerpo del ajusti-

Los dos ladrones, que, condenados como Él al suplicio, habían sido crucificados uno á su derecha y otro á su izquierda, completaban la humillante exhibición, y realizaban plenamente la profecía de Isaías ⁽¹⁾: el Mesías era odiosamente comparado á los malhechores y confundido con los culpables. Era aquel el momento más vivo del dolor físico. La augusta Víctima dió un grito, expresión suprema del heroísmo y de la santidad: «¡Padre—exclama—perdónalos, porque no saben lo que se hacen!» Á la letra, pues, practicaba su doctrina: «Rogad por los que os persiguen.» ¡Magnanimidad sublime! Intercede, no solamente por los soldados que le crucifican, sino por los judíos y los malos de todos los siglos que le hacen crucificar.

Por obra de Pilato colocaron, en lo alto de la cruz, un letrero, probablemente el mismo que habían llevado delante del condenado al ir al suplicio, y que, escrito ordinariamente en letras negras sobre fondo blanco, debía explicar á los transeuntes el crimen del crucificado ⁽²⁾. La redacción, obra del mismo gobernador, conservaba algo molesto para los judíos:

JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS ⁽³⁾

Estas palabras estaban escritas á la vez, en hebreo, lengua nacional, en griego, lengua usual, en latín, lengua de los Césares conquistadores. Así, pues, como resultado final, la realeza del Señor, se hallaba proclamada en los tres idiomas que á la sazón representaban la humanidad

ciado; y c. *Marc.*, III, 18; «unicornis medius, stipitis palus.» V. también *Iren.*, *adv. Haeres.*, I 12). De otra manera los músculos de las manos difícilmente podrían soportar por algún tiempo tanto peso. Es menos cierto que los pies del crucificado reposasen igualmente sobre cualquier punto de descanso. San Gregorio de Tours, de *Glor. Martyr.*, 6, es tal vez el primero que lo sostuvo, y los artistas que han seguido su indicación no han dado más autoridad á su sentimiento.

(1) *Is.*, LIII, 12.

(2) Dión Casio (LIV, 3) habla de un siervo á quien su amo hizo crucificar, después de haberle hecho pasear por la plaza pública con un letrero que indicaba su crimen. Eusebio (*H. E.*, VII) dice, al contar el martirio de Atalo: πικκος αὐτὸν προαγόντος· ἐν δὲ ἐπεγέραιτο Ῥωμαῖσι. Θούπς ἐστὶν Ἀτταλὸς ὁ Χριστιανός. Véase Suetonio, Calígula, XXXVIII, 8.

(3) Detalle digno de ser tenido en cuenta por los defensores de la exac-

civilizada. Dios había permitido que un pagano, cediendo á un capricho de su carácter, atestiguase á la faz del mundo, que el Rey de los judíos era al mismo tiempo Rey de la gentilidad entera. En este pobre crucificado se cumplían las antiguas profecías de los patriarcas. Jafet iba á acercarse á Sem, para habitar bajo sus tiendas, y las naciones no tenían más que inclinarse ante el Shiloh, ó el Mesías llegado ⁽¹⁾.

Transeuntes y curiosos, llegados de la ciudad para contemplar el afrentoso espectáculo, leían la sentencia y advertían la amarga y humillante ironía que en ella se encerraba. Los grandes sacrificadores se conturbaron al ver la inscripción, y presentaron sus reclamaciones á Pilato: «No escribas—le observaron—Rey de los judíos, sino que Él dijo: Rey soy de los judíos.» Éste, cansado por fin de sus exigencias, recurrió, cuando ya no era tiempo, á la rudeza que constituía el fondo de su carácter, y los despidió bruscamente con esta respuesta: «Lo que he escrito, he escrito.» Así, pues, los celos del partido jerárquico no triunfaron definitivamente del rey de los judíos. Pudieron condenarle á muerte sus enemigos; pero fueron impotentes para destruir el título de su realeza. Dentro de algunos años, se encargarían los sucesos de demostrar que la inscripción era una profecía. Predicado á todos los pueblos, en las tres lenguas que habían pregonado la causa de su muerte, el crucificado llegó á ser el rey del mundo entero.

Según la ley romana ⁽²⁾, los vestidos de los ajusticiados quedaban regularmente de propiedad de los verdugos. És-

titud absoluta de los Evangelistas, la inscripción se halla reproducida con tres variantes. San Lucas y San Marcos traen solamente: *ὁ βασιλεὺς Ἰουδαίων*. San Mateo, XXVII, 39, añade el nombre de Jesús. San Juan, XIX, 19, pone además *Nazareno*. Es posible que cada una de las tres lenguas ofreciese una redacción diferente y que, en su divergencia, hubiesen sido reproducidas las tres por los Evangelistas. Sin embargo, es poco probable. San Juan trae la fórmula más completa, San Marcos le da el giro breve, más romano que los otros. Por lo demás él es quien habla, no de un letrado colocado arbitrariamente, sino del *letrado* acostumbrado en semejantes casos.

(1) *Gén.*, IX, 27, y XLIX, 10.

(2) *Dig.* XLVII, 20; *De bonis damnat.*, 6.

tos eran cuatro, según San Juan. Polibio dicé, en efecto, que cuatro era el número de soldados que se requerían para un piquete de guardia ⁽¹⁾. Tal vez había otros tantos para cada uno de los ladrones. Sin más dilaciones, pensaron en repartirse los despojos de las víctimas. El reparto de las diversas piezas de los vestidos, gorros, sandalias, cinturones, debió hacerse amigablemente. También pudo ser fácilmente divisible el manto de Jesús formado de cuatro cambas ⁽²⁾; pero su túnica, obra paciente de la mano de una madre, ó don de un corazón generoso, era demasiado preciosa para ser razonablemente lote de uno solo. No tenía costura, sino que era toda tejida de alto á bajo ⁽³⁾. Juzgaron, pues, que no procedía dividirla, sino echarla á la suerte. Algunos dados puestos en un casco ⁽⁴⁾, ú otro signo convencional, zanjaron la cuestión, cumpliéndose así las palabras del Salmista: «Repartieron mis vestidos entre sí, y echaron suertes sobre mi vestidura ⁽⁵⁾.» Su pueblo no tuvo siquiera sus despojos; los únicos bienes que poseía aquí bajo quedaron en posesión de los soldados paganos. Después de lo cual, clavaron en tierra sus lanzas y, según costumbre ⁽⁶⁾, se sentaron para guardar la víctima. No teniendo nada de interesante para ellos el suplicio del moribundo, cumplieron lo restante de su consigna con la más completa indiferencia.

Muy lejos estaban de guardar esta misma actitud sus enemigos reales. Su odio que, por fin, había triunfado, no

(1) Polibio, VI, 33. Véase *Hechos*, XII, 4; Filón *in Flaccum*, p. 981.

(2) *Deuter.*, XXII, 12.

(3) Josefo, *Ant.*, III, 7, 4, observa que así debía ser el vestido de los sacerdotes. V. Braun, *de vest. hebr.*, p. 342.

(4) «*Convenere viri dejectamque aerea sortem, accepit galea,*» dicese en Virgilio, *Aen.*, V. 490.

(5) *Salmos* XXI, 19. En la primera parte del versículo, citado según los Setenta, el Salmista menciona la división de las vestiduras exteriores; en la segunda, el sorteo de su vestidura adherente al cuerpo, y sin la cual quedaría desnudo. Existe una gradación visible entre estas ideas, y al advertirla el Evangelista, entendió perfectamente el matiz que separa ambos miembros de la frase hebrea. No es posible que progresión tan clara en el pensamiento sea una tautología, como pensó Strauss.

(6) Petronio, *Satyr.* CXI, CXII.

conocía límites ni medida. Al paso que una parte del pueblo se mantenía á distancia y miraba al ajusticiado con estupor mezclado de inquietud, los jefes del complot desfilaban ante sus ojos y le prodigaban sus postreros ultrajes; «¡Bah!—decían maldiciéndole y moviendo la cabeza— ¡tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz! No comprendían aquellos insensatos que eran sus propias manos las que destruían ahora el templo de Dios, matando á Jesús, y que, dentro de tres días, iba Jesús á restablecerlo con su resurrección. Varios príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo que cometieron la impudencia de ir á contemplar también á su víctima, exclamaron con una ironía más maliciosa aún :«¡Á otros salvó y á sí mismo no puede salvarse!» De tal manera pretendían, ó negar los milagros de Jesús, ó sentar que procedían de otro poder que el suyo. Luego, vengándose de la inscripción que Pilato puso, á pesar de ellos, en la cabecera de la cruz, añadían: «Si es el rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en él.» Otros decían también mofándose de su piedad: «Confió en Dios: líbrelo ahora, si le ama; pues dijo: Hijo soy de Dios.» Los mismos soldados acabaron por salir de su indiferente actitud, y tal vez después de haber tomado su comida, hacia las dos de la tarde, hicieron coro con los insultadores ⁽¹⁾. Sus mofas se dirigían más bien á la realeza judía y á la decadencia del pueblo vencido que al Crucificado: «Si eres rey de los judíos, sálvate á ti mismo.» Y como si quisieran ofrecer al rey la copa del festín, alargaban á Jesús la bebida fortificante que ya había rechazado.

Nada, en fin, faltó al terrible asalto de todos aquellos malvados, tan legítimamente comparados por el Profeta á toros indómitos, á furiosos unicornios, á rugientes leones, reunidos para asaltar al Justo abandonado. De los dos la-

(1) Josefo *B. J.*, V, 11, cuenta que los soldados de Tito se mofaban igualmente de los que habían crucificado.

drones crucificados uno á la derecha y el otro á la izquierda del Salvador, uno á lo menos ⁽¹⁾ unía sus blasfemias á las de la muchedumbre: «¡Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros!» Y á estas palabras, que demostraban claramente el egoísmo de una alma vil, juntábanse otras ultrajantes. Jesús no respondía. No menos que este silencio heroico, su plegaria por los verdugos tocó, sin duda, el corazón del otro ladrón ⁽²⁾. Indudablemente, pensó que, para llamar á Dios Padre suyo, en el mismo momento en que Dios le trataba con tanto rigor, y para permanecer tan grande y sereno en medio de tan vivos tormentos, debía ser más que un hipócrita y un criminal. «¡Ni aun tú—exclamó tributando á Jesús un esforzado testimonio en medio de las indignidades con que le oprimían—ni aun tú temes á Dios estando en el mismo suplicio?» Que blasfemen los otros, á quienes no ha llegado aún la hora de la muerte; mas él, que va á entrar en la eternidad, ¿puede insultar á Dios y á su Enviado, en el umbral mismo de la vida futura? «Nosotros sufrimos en verdad por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras; mas éste ningún mal ha hecho.» Palabras que entrañaban, á la vez, un signo de arrepentimiento y un homenaje tributado á la verdad y á la inocencia.

Al punto, aquel sentimiento de las buenas palabras que acababa de pronunciar, ó mejor, de la buena obra que acababa de hacer, despertó en su alma un destello de esperanza. No es raro que se conserve, aun en los corazones agitados por las más violentas pasiones, la sagrada centella,

(1) La leyenda (*Asta Pilati*, IX y sig.) ha dado á estos dos criminales los nombres de Desmas y Gismas ó Dimas y Gesmas. El Evangelio apócrifo de la Infancia los llama Tito y Dumaco, y el de Nicodemo Genas y Gestas.

(2) San Mateo y San Marcos dicen que los dos ladrones insultaban á Jesús. Tal vez, después de haber blasfemado simultáneamente, uno de ellos entró en sí mismo, y á los dos primeros Evangelistas se les pasó por alto consignarlo. Tal vez también, agrupando por categorías á los que proferían los insultos, descuidaron distinguir las disposiciones morales del buen ladrón, para no ocuparse más que en los sentimientos del que unía sus invectivas á las de la multitud. Evidentemente, sin el relato de San Lucas, habríamos sido inducidos á error por los otros dos Sinópticos.

siempre que reine en ellos un soplo de generosidad natural. «Señor—añadió con acento suplicante, que atenuaba lo atrevido de su plegaria,—acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino.» Se contenta con un recuerdo, y, por criminal que sea, espera ⁽¹⁾ en el que ha rogado por sus verdugos.

Este mismo recuerdo bien podría valerle algo más precioso, cuando Jesús haya entrado en su gloria. ¿Qué entendía por semejante recuerdo el ladrón? ¿Se imaginaba el advenimiento de un reino mesiánico terrenal en lo por venir? No es probable. Jesús y él van á morir. Él no puede aspirar sino á una vida dichosa fuera de la tierra, en el mundo de las almas. ¿De dónde procedía esta fe tan viva y tan clara? Es de creer que había oído á Jesús en sus predicaciones, y que, criminal á pesar del Evangelio, abrigaba alguna esperanza de la rehabilitación mediante un Salvador.

Jesús le respondió: «En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso ⁽²⁾.» El reino mesiánico no llegaría, pues, en lejano porvenir sino al instante. Todavía algunas horas, y la muerte, cerrando á los dos sus ojos, los sumergirá en aquella felicidad suprema, recompensa de la santidad inalterable del uno y de la santidad reconquista-

(1) Por otra parte, el israelita moribundo hacía á Dios una plegaria análoga: «Da portionem meam in horto Edenis, et memento mei in saeculo futuro, quod absconditum est justis.» Creíase también que, al morir, un hombre piadoso podría introducir consigo en el paraíso al que asistía á su último suspiro. En *Ketub*, fol. 103, se dice: «Quo die Rabbi moriturus erat, venit vox de coelo dixitque: Qui praesens aderit morienti Rabbi, ille intrabit in paradisum.» V. Wetstein, in *Luc.*, XXIII, 42.

(2) La palabra paraíso, que viene de una palabra persa que significa *parque*, pasó á la lengua hebrea (*Ecl.*, II, 5; *Cant.*, IV, 8) para designar un jardín real. Los Setenta lo emplearon en griego para indicar el jardín en que fué colocado Adán, mientras que los rabinos llamaban paraíso superior al cielo (de él se trata en II *Cor.*, XII, 4), y paraíso simplemente á aquella parte del Scheol ó Hades en el que vivían los hombres piadosos en el seno de Abraham. (*Luc.*, XVI, 23). El lugar donde estaban encerrados los malos se llamaba Abismo, Gehena, Cárcel. En este lugar se trata del limbo ó habitación de los justos, porque el ladrón debe entrar allí la misma tarde, y sabemos, según San Pedro (I *Epíst.*, III, 18) que el alma de Jesús descendió, en primer lugar, á la morada temporal de los justos difuntos. Las puertas del cielo propiamente dicho no fueron abiertas sino el día de la Ascensión á Jesús glorificado y á la humanidad que le escoltaba.

da del otro. Por tal modo empieza Jesús, desde lo alto de la cruz, su oficio de Juez, demostrando hasta dónde llega la misericordia divina provocada por el arrepentimiento. En un instante, el ladrón se convierte en justo, y ladrón hasta el fin, según la hermosa frase de San Agustín, aun el cielo supo robar.

Con todo, á través de aquella muchedumbre, indiferente ó impía, que iba á contemplar la sagrada Víctima é insultarla, algunos pocos amigos, pero de los más fieles, se habían deslizado hasta el pie de la cruz. Los soldados comían, bebían ó jugaban. De vez en cuando, se levantaban para alejar á las piadosas mujeres que, con sus gemidos llamaban su atención. Mas en vano pretendían echarlas de allí, porque de nuevo volvían á aproximarse ⁽¹⁾. Entre ellas figuraba en primer lugar la Madre del Crucificado, acompañada de su hermana ó de su cuñada, María, mujer de Alfeo ó Clopas, de María Magdalena, de Salomé, mujer de Zebedeo, y, en fin, de Juan, que por discreción no se nombra ni á sí ni á su madre.

Es imposible imaginar nada más dramático que el espectáculo de María asistiendo á la agonía de su Hijo. Contempla, presa de la más penetrante emoción, aquella cabeza amada que tantas veces estrechó contra su pecho, y que ahora busca, sin encontrarlo, un apoyo para su último sueño; aquellos labios refrigerados en otro tiempo con su leche, ahora abrasados de fiebre ardiente; aquella sangre que fluye de todas partes y que es suya; en fin, aquellos ojos cuya dulcísima y penetrante mirada se vela, poco á poco, con las sombras de la muerte. Y, sin embargo, no está abatida por el dolor. El Evangelista nos la muestra de pie. Es la actitud del sacrificador, actitud que, en efecto, le conviene por los derechos que tiene sobre el holocausto que se inmola. No solamente es Hijo único

(1) Esto explica como San Juan nos las muestre *junto, παρὰ*, á la cruz, al paso que San Mateo y San Marcos declaran que miraban de *lejos*. Pintan situaciones diferentes, porque la brutalidad de los soldados las modificaba á cada instante.

de Dios el que es muerto, es también hijo suyo, y gustosa lo entrega la magnánima madre por la salvación del mundo. Dando realmente algo de sí misma, lo que tiene de más caro, su Hijo, para la redención de la humanidad, compra, con tan duro sacrificio, el título, de Madre de los hombres, que le asegurará la Iglesia por toda la serie de los siglos. En ella se realiza el antitipo de la primera mujer que perdió al mundo. Á ella pertenece el dictado de *Madre de los vivos*, porque, nueva Eva que cumple la antigua profecía, aplasta con su pie, en el Calvario, la cabeza de la serpiente. Y para hacerlo entender así, Jesús, en su último adiós, va á darle solemnemente el nombre sacramental y profético de *mujer*. En su boca este nombre será más grande y bello que el de madre; tendrá algo tan vasto como el plan divino.

Elevándose, en efecto, por encima de todas las cavilaciones comunales, el Crucificado ve menos la desolación del corazón de la madre que pierde su hijo, que la magnanimidad de la mujer que da este hijo para salvar á los hombres. Se apodera Él, pues, de esta alma heroica en el arrebató mismo de su generosidad, y, mostrándola al mundo cristiano, que nace al pie de la cruz, le dice: «¡Mujer, he aquí á tu Hijo!» Con la mirada señalaba al apóstol San Juan, que, de pie á su lado, representaba la Iglesia. Luego, dirigiéndose al discípulo: «¡He aquí á tu madre!—añadió.—Este es el último de los legados que el Señor hace á los suyos. No debía ser el menos precioso (1).

Juan, siguiendo la recomendación del Maestro, incluyó á María en el número de los suyos y la amó como á su

(1) Esta es la prueba más decisiva de que María no tenía otro hijo. Honrar á los padres, cuidándolos con la solicitud que merecen, no es sólo un deber, sino un privilegio de que no podrían verse privados los hijos verdaderos. No hay que decir que Jesús confiaba su madre á Juan porque sus hermanos eran incrédulos. Jesús, que sabía lo que se encierra en el hombre y que había juzgado de antemano á Pedro lo mismo que á Judas, bien podía preveer que los galileos, llamados sus hermanos, se convertirían oficialmente en creyentes á partir de aquel día. (*Hechos*, I, 14).

nueva madre. Preludiaba así el afecto filial, por diverso modo glorioso y durable, que le reservaban los fieles en lo por venir. Los que se admiran ó se escandalizan de nuestra devoción á María y de nuestro celo en perpetuar su culto entre nosotros, olvidan que hemos recibido esta buena y dulce Madre como piadoso depósito de Jesús moribundo. Nuestra devoción racional no hace más que continuar la obra del discípulo amado, que recogió á María, la guardó y la amó ⁽¹⁾.

Á partir de este momento, empezó la muerte á apoderarse de la Víctima, y la naturaleza entera pareció vestir de luto. Desde la hora sexta á la nona, es decir, desde mediodía á las tres, se difundieron las tinieblas por toda la tierra. Semejante noche no podía ser resultado de un eclipse solar, puesto que había luna llena, y en aquel momento los dos astros se encontraban diametralmente opuestos. ¿Fué producida por una causa atmosférica milagrosa? Ó bien, ¿empezaba la tierra, antes de conmoverse hasta en sus cimientos, á desprender vapores que insensiblemente se habían condensado lo suficiente para obscurecer el sol? Lo mismo da; Dios veló como le plugo la faz del astro que rehusaba alumbrar un drama tan horrible. La misma antigüedad pagana parece haber conservado el recuerdo de tan sorprendente fenómeno ⁽²⁾. En todo tiempo, supusie-

(1) No es fácil determinar en qué lugar dió San Juan hospitalidad á esta madre que acababa de serle confiada. Según antiquísimas tradiciones, el discípulo amado tenía una casa en Jerusalén (Nicéforo, *H. E.*, II, 42), en donde permaneció María hasta el año 48 de nuestra era. Es de admirar, sin embargo, si fué así, que Pablo, que después de su conversión, pasó quince días en la Ciudad Santa declare que, fuera del jefe de los Apóstoles, no hubiese visto en ella á otro personaje apostólico que Santiago, hermano del Señor (*Gal.*, I, 19). Parece más natural que María se retirase con Juan á Galilea. Aquel medio estaba más en armonía con las necesidades de su alma. Así se explica que San Juan hubiera tomado parte tan tardíamente en las misiones fuera de Palestina. En cuanto á la estancia de María en Éfeso, véase nuestro *Voyage aux Sept Églises*, p. 133.

(2) En Eusebio, *Cron. ad Olymp.* 202, Phlegon, autor de una crónica escrita en tiempo del emperador Adriano, dice que el año 4.º de la Olimpiada 202 (785 de Roma), ocurrió: *ἐκλειψις ἡλίου μεγίστη τῶν ἐγνωσμένων πρότερον, καὶ νύξ ὥρα ἕκτη τῆς ἡμέρας ἐγένετο, ὥστε καὶ ἀστέραι ἐν οὐρανῷ φανῆναι*. Julio Africano en *Georg. Sync. Chronogr.* I, cuenta también que el historiador pagano Ta-

ron los hombres una relación íntima entre la naturaleza y la humanidad, como si, siendo ésta el alma del mundo visible, sus crímenes ó desgracias debieran tener un contrapeso en las conmociones de éste (1). ¿Puede acaso sorprender el que Dios permitiese que esta naturaleza se estredeciera y se difundieran las tinieblas por el Calvario, como para ocultar á los ojos de los ángeles el crimen que en él se cometía?

Fenómeno por diverso modo prodigioso en un orden superior: la noche pareció invadir el alma misma de Jesús. Para comprender el misterioso sentido de esta prueba moral, sería preciso poseer el secreto de la unión hipostática, y éste no lo poseemos. Contentémonos, pues, con decir, sin entender bien el sentido exacto de estas palabras, que la divinidad se retiró cada vez más á las profundidades del alma del Salvador, y revistió en el Verbo las apariencias de severidad que guardada en el Padre y en el Espíritu Santo. Si los dolores físicos eran intolerables (2), el dolor moral lo era mucho más cruelmente. Este era el último golpe que la justicia del cielo y la malicia del infierno reservaban á la Víctima; una y otra herían con terrible violencia.

lo atribuía estas tinieblas á un eclipse, lo que científicamente se demuestra ser imposible.

(1) Es bien conocido el famoso pasaje de Virgilio (*Georg.*, I, 463): «Soli tibi signa dabit; solem quis dicere falsum audeat?» etc. Véase también á Plinio, *H. N.*, II, 30; Plutarco, *Vida de César*, LXIX; Dión Casio, á propósito de Augusto, LVI, 29.

(2) En los crucificados, afluya la sangre, por las arterias, á las partes del cuerpo más fuertemente comprimidas ó tendidas, con tal abundancia, que las venas no bastaban para conducirla. La aorta, por razón de las dificultades que encontraba en las extremidades de los brazos y de las piernas, hacía refluir la sangre al vientre y sobre todo á la cabeza, en donde se determinaba, por la presión violenta de las carótidas, una rubicundez vivísima en la cara, y un dolor general intolerable. Lo que tenía de más terrible, es que, en aquel estado, no pudiendo la aorta expulsar la sangre con la rapidez suficiente á las extremidades de los miembros que se hallaban infartados, cesaba de recibir la sangre enviada por el ventrículo izquierdo del corazón. Este, á su vez, no recibía libremente la sangre que venía de los pulmones, y el mismo ventrículo derecho, no pudiendo arrojar en los pulmones ya llenos la sangre que elaboraba, aumentaba el desorden y producía un sufrimiento más violento que la muerte.

En aquel momento de congoja inenarrable, lleno de amor, á pesar de su profunda turbación, exclamó el Justo: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» ¡Qué fidelidad la de este afecto, que, desconocido, rechazado, martirizado, no cesa de llamar á Dios *su* Dios, demostrando así que, bajo las despiadadas severidades de la divina justicia, en el mismo momento que es hecho maldición por nosotros, Jesús no ha perdido en manera alguna el sentimiento de su comunión íntima é indisoluble con su Padre:

Al oír la palabra *Eli* ⁽¹⁾ que pronunció en su exclamación, imaginaron algunos que llamaba en su socorro al profeta Elías, protector del israelita en las necesidades extremas, según la popular creencia, y se preguntaban con ironía si iría Elías á librarle. Otros, sobrecogidos de estupor ante tal agonía, y conmovidos, por otra parte, á causa de la turbación de la naturaleza misma, no ocultaban la agitación de sus corazones, temiendo que, si realmente Jesús era el Mesías, apareciese su precursor Elías, en un torbellino, para exterminar á los culpables.

Casi en el mismo momento, del pecho de Jesús se escapó otra palabra: «Tengo sed»—dijo⁽²⁾.—La sed, en efecto, era en los crucificados tan terrible, que les causaba la muerte. Todo concurría á excitarla: los dolores físicos, la distensión de las entrañas, la pérdida progresiva de

(1) La frase citada por San Mateo: *Eli, Eli, lama sabaktani!* ó, según San Marcos: *Elohi, Elohi, lamma sabaktani*, no pertenece completamente ni al hebreo ni al siríaco, sino al dialecto popular que se hablaba en Judea. Así, *Eli* era conforme á la lengua hebrea, porque en siríaco se decía *Elohi*; en cambio, *Sabaktani* era del siríaco; en hebreo se hubiera dicho *Jazabtani*. Nada más natural al hombre que hablar, en los momentos de grande dolor ó grande alegría, la lengua de su infancia.

(2) Observa San Juan que Jesús pronunció esta palabra por cumplir la Escritura. Se trata del *Salmo* LXVIII, 22: «Y en mí sed, me dieron á beber vinagre.» Jesús, en efecto, reproduce todos los rasgos de las profecías mesiánicas, y, en vez de contener la sensación cruel que le causa la sed, la expresa por medio del grito que debe causar providencialmente la realización del último oráculo del Salmista. Adrede dijo el Evangelista: *ἡναι τελειωθη*. Este grito era también el símbolo de la sed de las almas probadas por *Él*, como el vinagre era el emblema de las respuestas que dan las almas á su generoso llamamiento.

sangre y, para Jesús, todos los tormentos y pruebas precedentes. Aquel grito del dolor del cuerpo, después del dolor del alma, excitó la compasión de unos y provocó la burla de otros. Mientras éstos decían: «Dejad, veamos si viene Elías á librarlo,» los soldados mojaron una esponja en un vaso que contenía la *posca* ⁽¹⁾, mezcla de vinagre y de agua, que servía para apagar la sed, y colocándola en el extremo de un tallo de hisopo, ⁽²⁾ encontrado allí al acaso, lo acercaron á la boca del Crucificado. Cuando hubo gustado Jesús aquella bebida, dijo: «¡Consumado es!» Este era el grito del triunfo; había apurado el cáliz hasta la última gota, devorado, sin rechazar uno solo, todos los sufrimientos, pasado por encima de todas las pruebas, cumplido todas las profecías. Bien permitido le era, al fin de su empresa, tributarse á sí mismo el testimonio de que nada había declinado de su pesada carga. Como el trabajador agotado, que va, por fin, á tomar su descanso, repite con alegría: «¡Todo está acabado!», así Él, antes de dormir el sueño de la muerte, exclama que todo está consumado. Entonces, con libertad completa, el que había dicho: «Nadie toma mi vida; sólo yo tengo poder de darla y de tomarla», exhaló el último grito ⁽³⁾, expresión conmovedora de su piedad y confianza en Dios: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu ⁽⁴⁾!», y, dejando caer

(1) Esparciano, *Vita Adriani*, 10, Ulpiano: *De erog. mil. annon.*

(2) Se ha torturado de diversas maneras la palabra de que se sirve San Juan (*ἵσσωπος*) á pretexto de que el hisopo (II Reyes, IV, 33) es una planta rastrera, y de que San Mateo, como San Lucas, hablan de una caña. Varios, pues, han supuesto que el hisopo había servido para fijar la esponja al extremo de la caña. Mas la paridad de las dos fórmulas *περιβέβησθε καλίμας*, de San Mateo, y *ἵσσωπο περιβέβησθε* excluye todas estas explicaciones, é indica que el hisopo y la caña representaban una misma cosa. Es como si se dijese un palo, un tallo de hisopo. Las suposiciones de *ἵσσωψ* ó de *ξυσσῆς*, que reemplazan al hisopo por una lanza, son tanto más inútiles cuanto se encuentran fácilmente tallos de hisopo de dos pies de largos. Esto probaría únicamente que la cruz no era muy elevada.

(3) San Mateo y San Marcos hablan simplemente de un grito último que exhaló Jesús. Es probable que las palabras puestas en este momento por San Lucas en sus labios, completen la indicación de los dos primeros Sinópticos.

(4) Un momento antes, en lo más fuerte de su congoja, hablaba á su Dios;

su cabeza, que hasta el último momento había mantenido enhiesta, entregó el espíritu.

En el mismo punto el velo del Templo ⁽¹⁾ se dividió en dos partes de arriba abajo. Como el Sumo Sacerdote desgarraba su vestidura al anuncio de un grave sacrilegio, así Dios desgarraba el velo de su santuario para reprochar el crimen cometido por su pueblo. Pregonaba muy alto que el Santo de los Santos, en adelante patente á todas las miradas, no existía ya, que el antiguo Templo perdía su majestad, y que las figuras, dejando de ser veladas en sus significaciones simbólicas daba lugar á la realidad augusta ⁽²⁾. El único verdadero y definitivo sacrificio se inauguraba solemnemente sobre la ruina de las instituciones mosaicas. Tembló la tierra, hendiéronse las piedras ⁽³⁾ y se entrebrieron varios sepulcros; volvieron á la vida los cuerpos de algunos santos, y, saliendo de sus tumbas, aparecieron en la Ciudad Santa ⁽⁴⁾.

ahora vuelve á ver la luz, el rostro del Padre que se acerca, y no dice ya *¡Dios mío!* sino: *¡Padre mío!*

(1) La palabra *καταπέτασμα* indica el velo que estaba ante el Santo de los Santos: *Exodo*, XXVI, 37; *Leo.*, XXI, 23; I *Mac.*, I, 22; el otro que estaba ante el Santo es llamado por los Setenta *κάλυμμα*.

(2) *Hebr.*, VI, 19; IX, 6; X, 19.

(3) El Evangelio de los Hebreos, citado por San Jerónimo (in *Mat.*, XXVIII, 51), dice: «Superliminare templi, infinitae magnitudinis, fractum est atque divisum». Un pasaje de la *Gemara* dice que, cuarenta años antes de la ruina de Jerusalén, las puertas del Templo se abrieron por sí mismas. Finalmente, en la época del eclipse mencionado por Flegon, la ciudad de Nicea, en Bitinia, fué destruída parcialmente por un terremoto.

(4) Ha suscitado verdaderas dificultades este pasaje de San Mateo que se refiere á la resurrección de algunos justos. Se ha preguntado si decía el Evangelista que resucitaron antes de la resurrección de Jesús ó simplemente después. En la primera hipótesis, ¿en que se convertía el testimonio de San Pablo al llamar á Jesús: *el primero de los que duermen, primogénito de entre los muertos?* En el segundo caso, ¿por qué relacionar con el temblor de tierra una resurrección que no tuvo lugar sino al día siguiente? ¿No sería posible suponer, á pesar de la precisión del relato evangélico, que no los cuerpos, sino las formas de algunos muertos ilustres aparecieron á varios para establecer que, á la muerte del Hombre Dios, todo se había trastornado en el cielo, en la tierra, en los infiernos? Algunos han pretendido que San Mateo consignó meramente la deposición de *varios* judíos que creyeron haber visto resucitados. Pero, puesto que todo en la naturaleza protestaba contra el horroso deicidio, parece lógico admitir que los mismos santos salieron del Scheol para tributar homenaje al Crucificado, y se manifestaron á las almas piadosas de la Ciudad Santa.

¿Sentíanse impulsados á tributar al Crucificado los homenajes que le rehusaban los vivos? ¿Era la larga fila de patriarcas y profetas que deseaban ver de cerca al que habían saludado de lejos tantas veces? Lo cierto es que nada faltó al dramático cuadro para arrancar á cada uno de ellos el grito de la fe consolada. ¡Cuán bien reconocían todos aquella augusta fisonomía del Redentor, bajo la imponente solemnidad de la muerte! Había consistido su misión en diseñarla rasgo por rasgo en la serie de las edades; era derecho suyo contemplarla ahora en su armonioso conjunto y admirarla en su perfecta realización.

Isaías podía saludar en aquellas carnes trabajadas por el sufrimiento á su varón de dolores, y, profundamente emocionado por la sangre que lo cubría, confesar que había entrado realmente en el batán de la ira divina para hacer en él la obra única de salvación.

David, mirando las llagas de sus pies y de sus manos, contando sus huesos decarnados, sorprendiendo en sus labios los rastros de la hiel y el vinagre, debía reconocer en Él su renuevo y su Mesías.

En presencia de aquella perturbación general de los elementos y de las almas, en el momento en que, dentro del Templo, el Santo de los Santos entreabría sus misteriosas profundidades, Daniel no tenía que hacer más que proclamar la abominación de la desolación, Jeremías podía venerar á su peregrino descarriado en la tierra, Ezequiel á su pastor, Joel al justo por excelencia, Malaquías á la víctima del sacrificio universal.

Á Moisés sólo le tocaba inclinarse ante el gran legislador de lo por venir, grande con toda la majestad de su voluntaria inmolación. Jesús de Nazaret era rey por su propia sangre, y la inscripción colocada sobre su cabeza decía á Jacob que, si había salido el cetro de Judá, alguien lo había recogido, y éste era el Mesías, esperado de todos los pueblos, y, en lo sucesivo, dispuesto á inaugurar su reino sobre el universo entero.

Isaac, Abraham, Sem y Noé no podían desconocer el fru-

to de sus entrañas y de su fe, y á Adán mismo no le restaba más que abrigarse detrás de este hijo de la mujer que acababa de aplastar la cabeza de la serpiente. Todos, á una, si pasaron ante el patíbulo sangriento, debieron afirmar, al extender la mano sobre la víctima palpitante, que quedaba cumplido el misterio de la redención.

Por lo demás, entre los vivos, varios echaron de ver una protesta divina en este conmovedor testimonio de la naturaleza turbada. El centurión que mandaba el piquete de los soldados romanos fué el primero que se conmovió, y exclamó: «¡Verdaderamente este hombre era justo!» Pero, ó Jesús no era esto, ó era más que esto; porque se había dado por Hijo de Dios, y el centurión mismo había podido oírle dos veces, en la cruz, invocar á su Padre. Por esto, arrastrando á los soldados á un nuevo acto de fe, repitió con ellos: «¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!» De tal modo, apenas elevado de la tierra, atraía Jesús á sí las primicias de la gentilidad.

Dícese ⁽¹⁾ que, entre los judíos, más de uno marchóse de allí muy caviloso ó hiriendo su pecho en señal de dolor. De una manera más general, se difundió por todas las almas una impresión de secreto terror, pero sin despertar en ellas otros sentimientos. Aquel era Israel, siempre bajo la ley del temor y vacío el corazón de aquella generosidad que, entre los paganos, hacía nacer la fe y el amor.

Los conocidos y amigos de Jesús miraban de lejos el fin del drama, ya porque los soldados los hubiesen separado de nuevo, ya porque hubieran querido apartar á María de tan doloroso espectáculo.

Si los príncipes de los sacerdotes se aplaudieron por su triunfo, no debió ser sin algún sobresalto, y acaso temblaron sus manos al inmolar las víctimas del Templo, en la misma hora ⁽²⁾ en que expiraba en el Calvario la sagrada Víctima de su rencor odioso y sacrílego.

(1) *Luc.*, XXIII, 48.

(2) Josefo, *Ant.*, XVI, 6, 2, observa, en efecto, que la preparación de la Pascua empezaba á las tres de la tarde: ἀπὸ ὥρας ἐννάτης *Comp. Ant.* XIV, 4, 3.

Una atmósfera de muerte, penosos recuerdos, estupor profundo pesó sobre la ciudad el resto de aquel día ⁽¹⁾, que consumaba la malicia y la salvación del mundo.

(1) Si Jesús murió realmente antes del principio de la solemnidad pas-cual, el 14 de Nisán, y si este día fué viernes, como afirman los Evangelistas, restan sólo dos fechas que escoger para fijar el año de su muerte. La mayor diferencia cronológica que puede admitirse media, en efecto, desde el año 28 al 36 de nuestra era. Ahora bien, según los cálculos más recientes, V. Wurm (Bengel, *Archiv.*, 1816, II) y Oudemans, profesor de astronomía en Utrecht. (*Revue de Teolog.*, 1863), la Pascua no cayó en sábado sino en los años 30 y 34 de la era cristiana (783 y 787 de Roma). Convendría, pues, pronunciarse por una de estas dos fechas; el año 30 sería la más probable.

CAPÍTULO II

Jesús es sepultado

Apresúranse los enemigos de Jesús á acabar con el hombre y la causa.— Paso ante Pilato.—El *crucifragium*.—La lanzada.—Mana sangre y agua.—José de Arimatea se afirma como amigo de Jesús.—Nicodemo.—El cuerpo descendido de la cruz es sepultado después de un embalsamamiento provisional.—Las mujeres en el sepulcro.—Terror de los enemigos.—El sepulcro sellado y guardado.—Jesús desciende á los infiernos. (*Juan*, XIX, 31-42; *Mat.*, XXVII, 57-66; *Marc.*, XV, 42-47; *Luc.*, XXIII, 50-56).

Sin embargo, se acercaba el fin del día, y dentro de dos horas, iba á empezar el sábado solemnísimó (1). No podía tolerarse que permaneciesen los criminales en la cruz, para turbar con sus gemidos, ó aun con sus blasfemias, la solemnidad pascual. Parecía que, si hubiese sido común al pueblo de Dios y á los crucificados el día del Señor, habría perdido parte de su santidad y de su belleza.

Por lo demás, los enemigos de Jesús tenían prisa de acabar aun con su cadáver, el cual, en la terrible majestad de la muerte, después del trastorno de la naturaleza, continuaba siendo su implacable acusador.

Con objeto de sepultar más presto en el olvido al hombre y la causa, dirigiéronse, pues, á pedir á Pilato, como un favor, que hiciese rematar á los crucificados, para que, descendidos sus cuerpos de la cruz, fuesen inmediatamente enterrados. Según la costumbre romana, debieran haber permanecido en el patíbulo hasta ser devorados por las aves, las bestias feroces y la corrupción (2).

(1) *Juan*, XIX, 31, dice, en efecto, de este sábado que difería de los demás: ἦν γὰρ μεγάλη ἡ ἡμέρα ἐκείνου τοῦ σαββάτου.

(2) En Cicerón, *Tusc.*, I, 43, leemos: «Theodori quidem nihil interest, humine an sublime putrescat;» en Horacio, *Ep.* I, 16, 48: «Non pases in cruce corvos;» y en Plauto, *Miles Glor.*, II, 4, 19, clama el esclavo: «Scio

En tan breve tiempo, no podían haber muerto los tres crucificados, porque un hombre bien constituido vivía hasta doce horas en cruz, y se habían visto algunos muy robustos resistir hasta más de tres días á la horrorosa tortura ⁽¹⁾. Estaban, pues, convencidos los judíos de que, á las tres de la tarde, en el momento de presentarse á Pilato, vivían aún los condenados, para quienes reclamaron que al suplicio de la cruz sucediera otro más expeditivo, el *crucifragium*, bastante usado entre los romanos. Quebrábanse á golpes de maza las piernas de los malhechores, y se les dejaba morir á consecuencia de esta horrible mutilación, cuando no se tenía la crueldad de arrojarlos en la fosa vivos todavía ⁽²⁾. De ordinario asestábanles en la cabeza ó en el pecho el golpe fatal.

Dió, pues, Pilato orden á los soldados de que quebrasen las piernas de los crucificados, y desde luego, dice San Juan, infligieron este suplicio á los ladrones. Por más que Jesús tuviese completo derecho á ser ejecutado antes que sus dos vecinos, explícate fácilmente que lo dejaran para después. Los soldados le habían visto morir, y, por consiguiente, no tenían por qué apresurarse á precipitar su muerte. Por otra parte, debían sentir por aquel ser tan extraordinario el mayor respeto. Por eso, siguiendo el espíritu y no la letra de la orden expedida por Pilato, uno de ellos, que quiso comprobar la muerte de la augusta Víctima, ó acelerarla, si, contra toda apariencia, no fuese aún un hecho, hirió á Jesús de una lanzada, como se hubiera herido á un hombre de honor. No podía resig-

«crucem futurum mihi sepulcrum, ibi sunt mei majores siti.» Comp. Plutarco, *Cleom.*, XXXIX.

(1) Orígenes, *in Math.*, CXL, declara que los crucificados vivían de ordinario hasta la tarde del segundo día. Kosegarten, *Chrest. Arab.*, p. 63, habla de un mameluco que, crucificado en miércoles, vivió hasta el mediodía del domingo, y Langen asegura que en el Sudán los crucificados viven regularmente tres días en el patíbulo.

(2) V. Polibio, *Hist.*, I, cap. LXXX, § 13, y Amiano Marcelino, *Hist.*, XIV, 9. Plauto, *Asin.*, II, 4, 68: «Crura, hercle, defringentur.» Cicerón, *Philipp.*, etc. 12: «Quod proverbii loco dici solet: perire eum non posse, nisi cruce ei fracta essent. Fracta sunt et vivit.»

narse á magullarle indignamente como á un esclavo; por lo que dirigió el golpe al corazón como último refugio de la vida. Por otra parte, colocándose en frente del Crucificado para examinar atentamente si todavía respiraba, y teniendo la lanza en la mano derecha, debió herir el costado izquierdo.

La herida fué profunda, porque veremos á Jesús, algunos días después, invitar á Tomás á meter en ella su mano. El soldado, de robusto brazo, no tenía motivo alguno para tratar con lenidad á la víctima. Si, al herir, había obedecido á un sentimiento de respeto y compasión—y lo que queda dicho del centurión y de sus hombres autoriza esta suposición⁽¹⁾,—el golpe mortal debió ser bastante vigoroso para librar al punto á Jesús de los últimos sufrimientos. Si obró movido de la brutalidad, la violencia del golpe es más cierta todavía⁽²⁾.

De la herida brotó sangre y agua, lo cual pareció extraño á los espectadores, y á San Juan particularmente, quien lo asegura con cierta solemnidad. «Y el que lo vió dió testimonio, y verdadero es el testimonio de él, y él sabe que dice verdad para que vosotros también creáis.» En realidad, la medicina no ha comprobado caso análogo; mas tampoco podría afirmar sin temeridad que Jesús, con su naturaleza perfectamente delicada y el peso sobrehumano del dolor que había sufrido, no constituyese una excepción. Las vivas angustias que había sentido una y otra vez podían haber formado depósitos acuosos alrededor del corazón. La ruptura de un vaso principal, después del gran grito que precedió al último suspiro, pudo también tal vez recoger en su pecho mucha sangre todavía fluida, pero que empezaba á transformarse en suero y sangre negruzca. La misma posición del cadáver bastaba para que manase por una herida hecha de abajo á arriba. La ciencia, no obstante declarar que la sangre no es más fluida una ho-

(1) *Mat.*, XXVII, 54; *Marc.*, XV, 39; *Luc.*, XXIII, 47.

(2) El verbo *ύβασειν* indica un pinchazo, y tiene como sinónimo, en el v. 34, *κερρειν*. Uno y otro se entienden comúnmente de una herida profunda y hecha vigorosamente. Homero *Iliada*, V, 45, 47; Josefo, *B. J.*, III, 7, 35.

ra después de la muerte, á menos que ésta sea producida por fiebre nerviosa ó por asfixia, no es capaz de decir que Jesús había cesado de vivir ni hacía más de una hora, cuando recibió la lanzada, ni cuál fué la causa fisiológica de un fin tan precipitado ⁽¹⁾. Lo más seguro aquí es el testimonio del Evangelista que vió, con sus propios ojos y penetrado de gran sorpresa, este extraño fenómeno, que se complace en atestiguar, sea para dar á entender la revolución profunda sufrida por la naturaleza excepcionalmente exquisita de Jesús ⁽²⁾, sea para sentar que el cuerpo del Maestro no estaba destinado á la corrupción. Y, en efecto, no se había producido en él la descomposición ordinaria de los cadáveres, y la sangre, aun hallándose en condiciones particulares, puesto que ya no circulaba, permanecía líquida en su transformación provisional, esperando el momento en que sería reconstituída por la resurrección.

De este modo, mediante un concurso providencial de circunstancias, á pesar de todos los usos en contra, á pesar tal vez de la intención criminal de los judíos, que habían pedido la mutilación de Jesús, el Mesías, verdadero Cordero pascual, no tuvo quebrados sus huesos, y, según observa San Juan, hasta la prescripción mosaica se había respetado en Él ⁽³⁾. Más todavía, la lanzada, al evitar una deshonrosa mutilación, completaba el retrato del Mesías moribundo trazado por los Profetas, y, por este último signo, hubieran debido reconocer los judíos la sagrada Víctima, traspasada con sus manos criminales ⁽⁴⁾.

(1) Dos célebres médicos Grüner *Comm. de J. C. morte vera*, Halle, 1805, y Guillermo Strout, *A Treatise on the physical cause of the death of Christ*, Londres, 1847, han estudiado la cuestión sin resolverla de una manera satisfactoria.

(2) Así, San Juan, sin pensarlo, tributa un testimonio muy involuntario á la realidad del relato de San Lucas, á propósito del sudor de sangre. Aquí es la sangre que, en parte, se ha convertido en agua.

(3) Alude San Juan á los pasajes del *Exodo*, XII, 46, y de los *Números*, IX, 12. Para él (*Juan*, I, 29, y VI, 4), y para la Iglesia primitiva (*I Cor.*, V, 7), el antitipo del cordero pascual era Jesucristo.

(4) El pasaje de Zacarías, XII, 10, al que aquí se alude, representa á Jehová como herido de golpes por su pueblo. San Juan lo traduce según el hebreo y no según los Setenta. No comprendiendo éstos que se pudiese tras-

La realización de todas estas profecías en el momento en que moría Jesús produjeron una impresión decisiva, no sólo en San Juan, sino también en los otros discípulos á quienes el miedo había mantenido alejados hasta entonces del drama sangriento. Vióse, en efecto, hombres que no habían osado aclamar al Mesías y rodearlo públicamente, en los días de su poderío, apiñarse alrededor de su cuerpo inanimado, en la hora de la suprema humillación. Leemos, efectivamente, que dos de sus prosélitos, pertenecientes uno y otro á la alta sociedad judía, tuvieron el valor de afirmarse como tales cuando hubo dado el último suspiro. No son raras semejantes inconsecuencias en la historia de la humanidad. Diríase que, avergonzados de su demasiado prolongada pusilanimidad, é indignados contra sí mismos, estos amigos se ven obligados á expiar su cobardía de ayer con su valor de mañana.

Uno de ellos fué á encontrar resueltamente á Pilato, y, alegando que había sido discípulo de Jesús, pero en secreto—dice San Juan,—reclamó su cuerpo ⁽¹⁾ para darle honrosa sepultura. Era José de Arimatea ⁽²⁾, ciudadano rico, justo y virtuoso, honorable consejero ⁽³⁾, miembro del

pasar á Dios, habían suavizado la frase diciendo: *Insultaron*. El Evangelista sólo toma, de la dramática pintura de Zacarías, el detalle de la herida recibida por Dios, sin detenerse en los sentimientos de arrepentimiento que experimentarán las miradas y gemidos de los que cometieron el crimen. Además, su traducción es libre, porque el texto dice: «Me mirarán entonces, á mí á quien traspasaron.»

(1) Meyer, *in Matth.*, XXVII, 58, hace notar justamente con cuán piadosa y dolorida simpatía menciona nuestro primer sinóptico, por tres veces en dos líneas, los sagrados despojos del Maestro, τὸ σῶμα.

(2) Ignoramos si Arimatea, ciudad de los judíos, como dice San Lucas, XXIII, 51, es Rama, mencionada en *Jos.*, XVIII, 25, de la tribu de Benjamín, ó bien Ha-Ramathaím, patria de Samuel, situada en la tribu de Efraím, I, Reyes, I, 1, la cual, antes ciudad de Samaria, se había convertido en ciudad judía después de la muerte de Alejandro el Grande. La segunda hipótesis es la más probable por acercarse mucho más á Arimatea el nombre de Ha-Ramathaím que el de Rama. En todo caso, José habitaba en Jerusalén, puesto que era allí miembro del Gran Consejo, y poseía en ella un sepulcro. Tal vez, establecido poco hacia en la capital, no había tenido ocasión de inaugurar el sepulcro de familia que se había hecho abrir.

(3) Se ha notado, y con justicia, que cada evangelista ha caracterizado á José, según el modo de ver de los lectores á los que se dirigía. Para San Mateo, hablando á los judíos, era un *hombre rico*, πλούσιος; para San Marcos,

Sanedrín, que había permanecido ajeno á los culpables manejos de sus colegas. Creía en el advenimiento del reino de Dios, habiendo comprobado el providencial cumplimiento de las profecías mesiánicas.

Según la costumbre judía, el cadáver de un ajusticiado no podía ser enterrado en un sepulcro de familia. El Sanedrín tenía fijados dos lugares de sepultura, uno para los decapitados, ahorcados ó crucificados, y otro para los apedreados ó quemados. Enseñaban los rabinos que la maldición de Dios y la mancha legal permanecían pegadas á los huesos de los ajusticiados, y he aquí que un miembro del gran Consejo reivindicaba el honor de recoger como precioso tesoro y sepultar por sí mismo al Nazareno crucificado. Dados los términos de la legislación ⁽¹⁾, la autoridad romana no tenía que ocuparse en la sepultura de los condenados á muerte. Ordinariamente, y sin otra formalidad, concedía su cadáver á los parientes que lo reclamaban. Al punto mandó Pilato que se presentase el centurión, y le preguntó si había ya muerto Jesús ⁽²⁾; y habiendo respondido afirmativamente, el gobernador dió sin retribución el cuerpo á quien lo reclamaba ⁽³⁾.

que hablaba á los romanos, un *senador venerable*, εὐσχημῶν Βουλευτῆς; para San Lucas, que se dirigía á los griegos, un *miembro de Consejo, ciudadano bueno y justo*, Βουλευτῆς ὑπὸχρων, καὶ ἀπὸ ἀγαθῆς καὶ δίκαιος. Sabido es que el ideal griego del hombre era καλὸς καὶ ἀγαθός.

(1) Ulpiano, XLVIII, 24, 1, *Dij. L. I. D. de cad. v. punil.* dice: «Corpora eorum qui capite damnantur, cognatis ipsorum neganda non sunt; et id observasse etiam divus Augustus lib. X de vita sua scribit.» Quintiliano, *Decl.* VI, 9, confirma que el verdugo no se oponía á la sepultura: «Sepeliri carnifex non vetat.» Si leemos en Suetonio, *Tib.*, 61 y Tacito, *Ann.*, VI, 19, 29, que Tiberio había tomado otras disposiciones, era para casos particulares.

(2) Esta pregunta de Pilato en San Marcos sorprende de pronto al acordarnos de la orden dada en *San Juan* de acabar con los crucificados. Mas puede suponerse que el enviado de Pilato, teniendo encargo de hacer proceder al *crucifragium*, acababa apenas de salir, cuando se presentó José para reclamar el cadáver. Pilato, pues, sabía que su orden no podía haber sido ejecutada. Responder á la dificultad diciendo que el quebrantamiento de las piernas no mataba inmediatamente á los crucificados, no es serio; porque es evidente que no se quitaba de la cruz á los criminales, sin haber acabado con su vida, y no se acababa con su vida sino para quitarlos de la cruz.

(3) San Marcos subraya aquí la liberalidad de Pilato. Cicerón nos ense-

José, pues, provisto de una autorización en regla, se ocupó en hacer descender á Jesús de la cruz, á fin de sepultarlo con todos los testimonios del afecto más respetuoso. Otro judío, en otro tiempo tímido como él, é igualmente de elevada condición, había acudido á prestarle ayuda. Tal vez estos dos hombres, que ejercían las mismas funciones judiciales y tenían las mismas aspiraciones, vivían en relaciones particulares de intimidad. En todo caso, uniólos el amor de Jesús en un mismo acto de valor y generosidad. El recién llegado al pie de la cruz era Nicodemo, el mismo á quien vimos al principio celebrar, de noche, con el Maestro una conferencia llena de excelentes resultados, el mismo cuya palabra honrada y convencida trató de reducir al Sanedrín á mejores sentimientos respecto de Jesús⁽¹⁾.

José compró una sábana⁽²⁾ de lino fino, y Nicodemo aportó, por su parte, una cantidad considerable de aromas, mirra y áloe, como unas cien libras⁽³⁾. Á ejemplo de María Magdalena, quiso hacer con toda magnificencia á Jesús esta última limosna. Empezaba la gran rehabilitación. Todo debía ser nuevo y grande para el Justo inmolado.

Manos piadosas y amigas⁽⁴⁾ desclavaron de la cruz la

ña, á propósito de Verres, cómo la codicia de los gobernadores hacía pagar á veces el cuerpo de los ajusticiados á los parientes que lo reivindicaban. *Verr.*, II, 45 y V, 45; Plutarco, *Galb.*, XXVIII.

(1) *Juan*, VII, 50.

(2) Esta sábana, comprada en el mismo instante, según *Marc.*, XV, 46, demuestra que Jesús no murió en un día sabático. Explica el Talmud que, si la Pascua cayese al día siguiente del sábado, permítense hacer los preparativos de Pascua el día del sábado, porque la Pascua aventaja al sábado. Si hubiese sido permitido comprar el día de Pascua, porque el día siguiente era sábado, éste hubiera llevado la ventaja á aquélla. Además, ¿es admisible que se hubiese designado el día más santo del año, el 15 de Nisán, solemnidad de la Pascua, como todo viernes ordinario, *παρασκευή*, la preparación del sábado?

(3) Envolvían al muerto enteramente en aromas (*Paralip.* XVI, 14.) De aquí que esta cantidad de aromas pareciese á primera vista exagerada. Para los funerales de Herodes se emplearon quinientos criados para llevar los perfumes destinados al embalsamamiento. *Ant.*, XVII, 8, 3.

(4) En este momento, todos los parientes y amigos que los Sinópticos nos indican que se hallaban á distancia, lejos de la cruz, «un después de la muerte de Jesús, pudieron sin duda acercarse impunemente. Entre ellos se encuentra

dulce Víctima. Con precaución, para no desgarrarlos demasiado, fueron desprendidos los pies y las manos de los clavos que los sujetaban, y el cuerpo fué trasladado al punto á un jardín muy cercano ⁽¹⁾ en que José se había hecho abrir un sepulcro ⁽²⁾. Allí, lejos de las miradas indiscretas, pudieron proceder con tierna solicitud al amortajamiento. Como el cuerpo estaba cubierto de sangre, hubieron de lavarle ⁽³⁾. Esta purificación postrera era el acto preparatorio obligado para el embalsamamiento. Como el tiempo urgía, se apresuraron á cubrir el cuerpo de aromas y vendarlo, según la costumbre judía ⁽⁴⁾. Luego, no sin haber besado por última vez la augusta frente del Maestro, á pesar de toda la majestad de la muerte, cubrieron la cabeza con un blanco lienzo, que debía envolver también lo restante del cuerpo, y depositaron el precioso despojo en el nicho principal, ó sobre el lecho de piedra central, del sepulcro, apenas terminado. Parece, en efecto, que éste fué cerrado con una puerta provisional para preservar ⁽⁵⁾, según costumbre, al muerto de la profanación de los malvados y de la voracidad de las bestias feroces. Los últimos rayos del sol se ocultaban detrás de los montes, y con ellos el Señor de la vida se ocultaba en un sepulcro ⁽⁶⁾

mencionadas Magdalena, María, madre de Santiago y de José, lo mismo que la mujer de Zebedeo. ¿Puede creerse que María, después de haber recogido furtivamente, por decirlo así, la última palabra de su Hijo, hubiese sido alejada por Juan de la escena en que se daba fin dolorosamente al espantoso drama? El silencio de los Evangelistas autoriza á suponerlo.

(1) *Juan*, XIX, 41, indica que había, cerca del lugar de la crucifixión, *ἐν τῷ τόπῳ ὅπου ἐσταυρώθη, κήπος, un jardín*, y que en este jardín, *καὶ ἐν τῷ κήπῳ*, había un sepulcro nuevo, *μνημεῖον καινόν*.

(2) Por *Mateo*, XXVII, sabemos cuyos eran el jardín y el sepulcro. Los demás Evangelistas, concordando con perfecta unidad para precisar que el sepulcro no había servido, nada dicen de su propietario. Al leerlos, se creería que el sepulcro fué escogido por razón de su proximidad y al acaso, lo que, por otra parte, sería muy sorprendente. Semejantes lagunas no recomiendan la teoría de un origen escrito.

(3) *Hechos*, IX, 37; *Shabb.*, f. 151: «Üngunt et lavant mortuum.»

(4) «Los egipcios—dice Michaelis (*Begräbniss und Auferstehungsgesch.* XCIII)—colocaban las aromas en lo interior del cadáver. Los judíos, procediendo á su sepultura el día mismo de la muerte, se contentaban con colocar los perfumes al exterior y en todo el cuerpo.

(5) *Gen.*, XLVI, 4, L, 1; Eusebio, *Mart. Pal.*, XI.

(6) *Mat.*, XXVII, 60, *καὶ προσκυλισας λίθον μέγαν τῇ θύρᾳ*, y *Marc.*, XV,

que no había conocido la corrupción, y en un lecho de perfumes de que no tenía necesidad para defenderse de los estragos de la muerte. Durante este tiempo, cada familia, después de inmolar en el Templo el cordero pascual, se preparaba á comerlo sin sospechar que la hostia del Calvario acababa de suprimir la utilidad de todas las demás. Á Jesús solo tocaría en adelante el derecho de librar de la muerte, porque Él solo iba á ser príncipe de la vida.

Por fin, después de haber cerrado la entrada del sepulcro con una enorme piedra, retiráronse los hombres. Las piadosas mujeres esperaban todavía. Habían observado la manera como José y Nicodemo habían dispuesto el cuerpo⁽¹⁾, y su amor propio parecía decirles que podía y debía hacerse algo más, si no entonces, por lo menos pasada la fiesta. Con objeto de tenerlo todo dispuesto, algunas de ellas —jamás han faltado en la Iglesia almas consagradas á la vida activa—se apresuraron á comprar otros perfumes más escogidos, á su entender, que los empleados por José y Nicodemo. La primera hora de la fiesta las condenó á dejar para el día siguiente la prosecución de sus adquisiciones. Les convenía, costase lo que costase á su corazón, observar severamente este último y solemne sábado de la Antigua Alianza. Dos de ellas, Magdalena y María, madre de José—honra son de la sociedad humana las naturalezas meditativas y amigas de la contemplación,—permanecieron las últimas junto al sepulcro. Olvidando que, para comprobar mejor la realidad de su resurrección, no era la amistad sino el odio el que debía guardar el difunto, se

46, y XVI, 4, parecen indicar, no la piedra redonda ó *golah* que cerraba regularmente los sepulcros, y no era grande, sino una piedra enorme colocada provisionalmente á la abertura. Con todo, el verbo *κυλίσω*, empleado aquí invariablemente, en sus diversas modificaciones, para indicar el acto de adelantarse ó de retirar la piedra, conviene muy particularmente al *golah* propiamente dicho.

(1) Á no ser por el testimonio explícito de Juan, podría suponerse que el cuerpo de Jesús no fué embalsamado. No sólo no dicen nada los tres Sinópticos, sino que Marcos y Lucas nos presentan á las santas mujeres yendo, al día siguiente, á practicar el embalsamamiento que resultó inútil, puesto que Jesús había ya resucitado. La explicación que damos de esta aparente contradicción parece plausible.

habían sentado, y transidas de dolor, contemplaban la piedra que cubría los preciosos despojos, cual si esperasen oír todavía al que ya no hablaba, ó como si, á través del sepulcro, continuasen adorando al que habían muerto los malvados. ¡Encantadora imagen de la virtud, bajo su doble aspecto, la de estas dos galileas, derramando, para glorificar á Jesucristo, la una las lágrimas de la pecadora convertida, la otra las de la mujer siempre correcta en la vida de familia, pero sin dejar de ser á la vez símbolo del amor fiel y de la piedad inagotable en su efusión!

No dice el Evangelio hasta qué hora continuaron las dos amigas dando de esta suerte guardia de honor al sepulcro. La obscuridad de la noche debió obligarles á retirarse.

Por su parte, los enemigos del Crucificado no estaban más tranquilos que sus amigos. Despiadado é inquietante, perseguía el recuerdo de la Víctima, y la impresión general de tristeza que reinaba en la ciudad, después de los sucesos de la tarde, no hacía más que acrecentar sus vagos terrores. Sea que por sí mismos hubiesen oído alguna vez á Jesús anunciar su resurrección futura, sea que se les hubiese hablado de las esperanzas que, con timidez, sin duda, pero con insistencia, mantenían sus discípulos, temían al que, sin embargo, estaba bien muerto. Por otra parte, el pueblo, aterrado de pronto por la súbita catástrofe, pero recobrando poco á poco su confianza, se decía, como lo dice con frecuencia de sus grandes hombres, que Jesús volvería, lo cual contribuía no poco á acrecentar las inquietudes de los príncipes de los sacerdotes.

Desde la mañana misma de la fiesta de Pascua, concertáronse ⁽¹⁾ éstos para comunicarse sus impresiones, y algunos de ellos fueron á encontrar á Pilato: «Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor, cuando todavía estaba en vida: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que

(1) Nada autoriza á decir que el Sanedrín fué reunido solemnemente, & que fueron en corporación á casa de Pilato. Bastó que algunos de los más influyentes, obrando en nombre de todos, tratasen el asunto.

se guarde el sepulcro hasta el tercero día, no sea que vengan sus discípulos y lo hurten y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos; y será el postrer error peor que el primero.» Así, pues, si por casualidad, se les anuncia, que Jesús ha resucitado, los jefes del pueblo ya tienen preparada la respuesta.

Cansado de tanta exigencia, les replicó Pilato con algo de malhumor: «Guardas⁽¹⁾ tenéis; id y guardadlo como sabéis.» Así se burlaba de su vano terror. Tienen á su disposición toda una cohorte; parece que con ello hay lo suficiente para defenderse contra un muerto. Jamás malhechor alguno había ocasionado tanta inquietud después de su suplicio; y sobre todo, jamás crucificado alguno había tenido la honra de ser guardado por un piquete de soldados⁽²⁾.

Marcháronse, pues; y habiendo sin duda comprobado que el cuerpo se hallaba todavía en el sepulcro, sellaron la piedra de la entrada, según la costumbre oriental, con ayuda de una cuerda fija en la roca, y cuyas dos extremidades, recibían la impresión del sello⁽³⁾.

(1) Creen algunos que Pilato habla aquí de los ujieres del Templo que los principes de los sacerdotes tenían á su servicio, y de los que podían echar mano para vigilar un sepulcro. Con más facilidad que los soldados romanos podían declarar semejantes guardas que se habían dormido en vez de velar. Con todo, la palabra *κουστωδία*, tomada del latín, parece indicar precisamente la guarda romana, y la mención del capitán, *τοῦ ἡγεμόνος*, *Mat.*, XXVIII, 14, debe hacer prevalecer esta opinión.

(2) *Mat.*, XXVII, 62, 66, es el único que consigna este hecho tan importante. Será también, XXVIII, 4 y 11-15, el único que señalará las consecuencias de él. Nunca se hace alusión á él ni en los demás Evangelios, ni en la predicación de los Apóstoles; al contrario, hasta se encuentran indicaciones que están lejos de hacerlo suponer. Así, parece, según los restantes Evangelistas, que las mujeres, al ir á embalsamar á Jesús, nada sabían del sepulcro sellado ni de los soldados puestos para su guarda, porque lo que constituye su inquietud, no es el si se les permitirá la entrada en el sepulcro, sino quién les abrirá la puerta de él. Estas lagunas considerables permiten entrever que pueden hallarse otras no menos importantes en nuestros relatos evangélicos.

(3) El lugar que venera hoy la piedad de los fieles es realmente el mismo en que estuvo el Santo Sepulcro. La prueba principal, según nosotros, se reduce á un argumento histórico que no han podido destruir los descubrimientos topográficos hechos hasta el día.

No cabe duda que, al principio, los Apóstoles y los primeros fieles co-

Solamente entonces se creyeron dueños de su víctima; y habiendo hundido así y aprisionado en el sepulcro las últimas esperanzas mesiánicas de la nación, fueron á solemnizar el gran día de la Pascua. Con satisfacción confiada dejaban á algunos soldados el cuidado de defender al ju-

nocieron exactísimamente el lugar preciso donde Jesús había sido sepultado y había resucitado. Los Evangelistas, que hablan de él treinta y cincuenta años después de Jesucristo, nos dan la prueba de esta afirmación. Así, Juan precisa que había allí un jardín, y todos declaran que estaba en el lugar llamado Gólgota. Por completa que fuese la ruina de la ciudad en tiempo de Tito (70 de J. C.), no puede sostenerse que llegó hasta la destrucción de un sepulcro abierto en una roca. Así, pues, á su regreso de Pella, donde se habían refugiado, pudieron los primeros cristianos volver á encontrar en Jerusalén el sepulcro que habían honrado antes del sitio. Su veneración continuó hasta la segunda destrucción de la ciudad, en tiempo de Adriano, (136 de J. C.). Esta catástrofe fué menos terrible que la primera. Jerusalén, destruída solamente en parte, fué reedificada al punto con el nombre de «Elia Capitolina.» La sucesión de 23 obispos que, según la nomenclatura conservada por Eusebio (*H. E.*, IV, 6. Véase Le Quien, *Oriens Christ.*, III, p. 145), ocuparon la sede de Jerusalén hasta la época de Constantino, establece la plena vitalidad de la Iglesia jerosolimitana. Basta esto para afirmar que no pudo perderse la tradición, y que, durante este período de 190 años, debióse continuar la veneración al sepulcro del Salvador. Pero hubo, si hemos de dar fe al mismo historiador, *Vita Constantini*, III, 25, 40, paralelamente al testimonio de los fieles, un testimonio no menos decisivo de los enemigos.

Refiere Eusebio, *Vita Constantini*, III 26, que «hombres malos, verdaderos satélites de los demonios, habiendo querido hacer desaparecer el sepulcro, objeto de la veneración de los fieles, lo cubrieron de tierra fatigosamente llevada de la otra parte de la caverna, *ἀντρον*, tallada en la roca. Luego de haberla hundido de este modo, enlosaron el suelo cuidadosamente apisonado y levantaron un templo consagrado á Venus». Por desgracia, Eusebio no dice ni el nombre de los que cometieron este sacrilegio, ni la fecha precisa en que se cometió. San Jerónimo, *Ep.* LVIII, *ad Paulin*, 3, mencionará más tarde la presencia de una estatua de Venus en el lugar en donde estaba el Santo Sepulcro, y hará remontar al tiempo de Adriano la odiosa profanación. Poseemos también una medalla de Antonino Pío con una Venus de pie, en el templo, y la inscripción C. A. C. ó *Colonia Aelia Capitolina*. ¿No está desprovisto de valor este testimonio.

En todo caso, el altar consagrado á Venus indicó á Constantino el lugar en que debía encontrarse el sepulcro del Señor. Puede leerse en la vida de este emperador, Eusebio, *Vit Const.*, pasaje ya citado, la historia de esta rehabilitación de la preciosa reliquia, la alegría del príncipe y la descripción del espléndido edificio que se construyó en el lugar afortunadamente encontrado. Eusebio asistió en 335 á su consagración. Ahora bien — y esta advertencia tiene su importancia, — la indicación del sitio del Santo Sepulcro en el lugar en que se encuentra originaba serias dificultades. Los modernos no fueron los primeros en evocarlas. Sabíase en el siglo IV, como en nuestros días, que, según el Evangelio, Jesús había sido crucificado y sepultado fuera de la ciudad, *Juan*, XIX, 20; *Hebr.*, XIII, 12, y en aquella época, como hoy, el sitio del Santo Sepulcro se hallaba visiblemente en el in-

daísmo contra las empresas de un muerto ó los atrevimientos de algunos de sus partidarios, de tal modo absorbidos en su dolor, que parecen haber ignorado hasta el último momento la presencia de una guardia alrededor del sepulcro ⁽¹⁾. Ignoraban, ¡insensatos! que no es posible apriornar los rayos del sol, y que, llegada la hora, la vida, á pesar de todo, se desborda é irradia. No puede ser Dios encadenado por la mano del hombre, y esta guardia servirá, no para impedir, sino para probar la resurrección ⁽²⁾.

terior. No cabe dudar que si, á falta de datos positivos, hubiera sido necesario imaginar ó crear un sitio, racionalmente hubiera sido éste colocado con preferencia hacia el norte de la ciudad. Allí estaba probablemente el lugar tradicional de las ejecuciones capitales. Allí había sido apedreado Esteban, y la configuración del terreno ha permitido recientemente á M. Gordon constituir en él un Calvario fantástico, al que dió su nombre este explorador. Si nada se hizo en este sentido, si se aceptó el sitio actual, en apariencia inverosímil, es porque lo consagraba la más legítima tradición.

Por lo demás, como hemos dicho, ni un solo descubrimiento arqueológico ha venido todavía á contradecir seriamente la autoridad de esta tradición. No sólo no se ha encontrado—lo que, convenimos en ello, hubiera sido decisivo—que el segundo muro de Jerusalén encerrase en la ciudad de Herodes el Santo Sepulcro actual, sino que todos los fragmentos de murallas descubiertos en diferentes puntos, al sur, al sudeste y al este del Santo Sepulcro, indican que este segundo muro, partiendo, según Josefo. *B. J.*, V. 4, 1, 2, de la puerta de Gennath, para ir á parar en la Antonia, y describiendo una especie de arco de círculo, dejaba de todos modos el Calvario fuera de la ciudad. Finalmente, conocido es la severidad con que los judíos alejaban los muertos lejos de los centros habitados. «No poned en modo alguno sepulcros en el recinto de la ciudad, salvo el de David y el de Hulda», dice el Talmud, *Baba Bathra*, II, 9; cons. *Yoma*, III, 3. «Deben hallarse siempre á 50 codos de las murallas». Ahora bien, á 20 metros del Santo Sepulcro actual, se encuentran sepulturas talladas en la roca. V. su descripción por M. Clermont--Ganneau, *Explor. Punt.* 1887, p. 76 y sig. Estos *kokim* se remontan ciertamente á la época judía. Puede buscarse en ellos los recuerdos de quien se quiera, desde David y Salomón hasta Nicodemo y José de Arimatea; el solo hecho de su presencia demuestra que en época anterior á la construcción del tercer muro, llamado de Agrippa, el lugar del Calvario y del Santo Sepulcro actual estaba fuera de la ciudad.

(1) Al ir las santas mujeres al sepulcro, se preguntan, en efecto, quién les levantará la piedra, como si debiese ser absolutamente libre levantarla y embalsamar el cadáver.

(2) Desde la más remota antigüedad, se ha creído que Pilato había dirigido á Tiberio un parte oficial sobre el proceso y la ejecución de Jesús. San Justino Mártir, en su *Primera Apología*, dirigida á Antonio Pío, apela á este documento para probar la realidad de los milagros y de la santidad de Jesús, § 35: Ἐκ τῶν ἐπὶ Ποντίου Πιλάτου γενομένων αὐτῷ μαθεῖν δύνασθε. Lo mismo hace Tertuliano, en el cap. XXI de su *Apologético*. «Ea omnia super Christo Pilatus, et ipse, jam pro sua conscientia Christianus, Caesari tunc

Mientras así se agitaban, sin respetar su último sábado, inauguraba Jesús, con su descanso en el sepulcro el sábado eterno. Como el Padre había descansado después de los seis días de la Creación, descansa el Hijo después de los trabajos de la Redención. También Él había realizado su obra. Podía, pues, dormir, en la tarde de su larga jornada, en su gloria eterna.

Enséñanos, con todo, la Escritura ⁽¹⁾ y nos lo repite el símbolo católico que, aun en su muerte, Jesús no permaneció inactivo. No era tan sólo lo presente y lo futuro lo que debía ser llamado á la salvación; todos los justos de la antigüedad tenían que recibir la Buena Nueva. Mientras descansaba en el sepulcro el cuerpo del Salvador, su alma unida á la divinidad descendió al Limbo, ó Scheol, para evangelizar allí á muertos. A su vista, saltaron de gozo los hombres virtuosos de todos los tiempos y países que con sus deseos habían clamado por el Libertador. Rompiéronse las puertas de bronce de la morada subterránea, según expresión del Profeta, y la muerte halló su vencedor. Sólo una cosa sabemos de este mundo de espíritus: que existe. ¿En qué condiciones se deslizaba la vida inmortal de estas almas, lo escogido de la humanidad pasada? Nadie podrá decirlo ⁽²⁾. Con todo, compréndese fá-

Tiberio nuntiavit. Asegura Eusebio (*H. E.*, II, 2), según Tertuliano, que, al leer Tiberio el parte de Pilato sobre la muerte, resurrección y milagros de Jesús, propuso al Senado que le colocase en la categoría de los dioses. Una homilía atribuida á San Crisóstomo (*Hom.*, VIII, *in Pasch.*) alude á estas Actas de Pilato, como extendidas y leídas comúnmente en la Iglesia. Es, en realidad, posible que, según costumbre, el gobernador hubiese relatado al emperador todo lo que había sucedido respecto de Jesús. Filon menciona partes periódicos dirigidos á Calígula por el gobernador de Alejandría, y la administración del Imperio estaba bastante bien organizada para creer que en todas partes ocurría lo mismo. Sólo que el verdadero parte de Pilato fué de tal modo falsificado, y tan á los principios (Eusebio, *H. E.*, IX, 5, 1, señala esta falsificación como sobrevenida en tiempo de Diocleciano y difundida en las escuelas de las ciudades para destruir la fe), que las falsificaciones comprometieron la autoridad y existencia del original. Los *Acta Pilati* que hoy tenemos son ciertamente apócrifas. (V. Tischendorf, *Pilati circ. Christ. jud. quid lucis afferatur ex Actis Pilati*, 1855, Lipsius, *Die Pílatus Akten*, 1871; Harnack, *Die Chronol. d. Altchrist. Litt.*, I, 607 y sig.

(1) *Efes.*, IV, 3-10; I *Pedro*, III, 19; IV, 6.

(2) Sabemos que, desde muy temprano, tal vez desde fines del siglo se-

cilmente que, formando una sociedad dichosa, sin duda, pero llena aún de deseos y necesidades, poseyendo la vida sin la luz plena, aquellos profetas, aquellos patriarcas, aquellos filósofos, aquellos justos de todas las edades y de todos los países prorrumpieron en un grito de entusiasmo al ver llegar á la morada de la muerte la Esperanza, el Rey, el Salvador de la humanidad. Evangelizó á los muer-

gundo, cierto autor apócrifo, consignando probablemente un fondo de leyenda popular, escribió la historia del *Descendimiento de Jesucristo á los infernos*, libro en once capítulos que, unidos á los dieciséis de los *Hechos de Pilato*, forman juntos el *Evangelio de Nicodemo*. V. Tischendorf, *Evang. Apocr.*, p. 368-410. Dos hijos del gran sacerdote Simeón, Carino y Leucio, resucitados al mismo tiempo que Jesús, mediante su omnipotencia, escriben, para Anás, Caifás y otros judíos, llegados á Arimatea con objeto de interrogarlos, la obra de Jesús entre los muertos. Muy dramática es la escena que describen. Según ellos, en el momento en que expresaban los muertos, ante el viejo Simeón, Juan Bautista y el patriarca Set, ocupados en infundirles ánimos, sus esperanzas sobre la próxima visita del Libertador, y mientras Satanás y Hades ejecutaban sus malhechores proyectos sobre Jesús, exclamó una voz, fuerte como una tempestad: «¡Levantad vuestras puertas, príncipes, levantad vuestras puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria!» En vano pretendieron resistir los poderes infernales; el ejército de los justos, con David é Isafas, empezó á cantar que, en todo tiempo, había sido predicha la victoria del Señor, y entrando éste, efectivamente, con toda su majestad, dejó aterrados al demonio y á la muerte, y condujo á la luz y la gloria, después de Adán, á todos cuantos llevaban su propia imagen y semejanza, declarando salvos por la cruz á los que por la cruz habían perecido. El mismo buen ladrón había ido á tomar parte entre los muchos á quienes Jesús había arrancado de la prisión para colocarlos en el paraíso.

Estos fantásticos relatos nada tienen que ver con la tradición constante y categórica de la Iglesia sobre la obra de Jesús en la morada de los muertos. Desde San Justino, *Diál. c. Tryph.*, 4. 72; Ireneo, *Hueres.*, IV, 39 y 45; V, 31; Clemente de Alejandría, *Strom.*, VI; Orígenes, *C. Cels.*, II, hasta Epifanio, *Hueres.*, 62 y 69; Crisóstomo, hom. LXXXI. de *nom. Caemeter. et de cruce*; Cirilo de Alejandría, *in Jo.*, XII, entre los griegos; y desde Tertuliano, *de Anim.*, IV; Hilario, *de Trin.*, X, hasta Ambrosio, *de Incar.*, V; *de Fide*, III, 3; Agustín, *Epíst. CLI, ad Evod. de Genes. ad litt.* XXXIII, *Epíst. LVII, ad Durilinum*, y Jerónimo, *Epíst. CLI ad Algasiam* y también *id Ephes.*, IV, 10, etc., entre los latinos, todos los Padres concuerdan en decir que Cristo descendió á los infernos con objeto de llevar á los muertos el beneficio de su redención. Hasta algunos, como San Ambrosio, ó mejor, el falso Ambrosio, en el libro de *Paschute*, extienden muy lejos los efectos de esta redención. Clemente de Alejandría, *Strom.*, cap. V y VI, y Orígenes, *C. Cels.*, II, con varios otros, aseguran que los filósofos de la antigüedad participaron de la liberación. Admitiríamos gustosos con San Juan Damasceno ó el autor del libro *Περὶ τῶν ἐν πύλαις κεκοιμημένων*, que Jesús libertó á los creyentes del Antiguo Testamento, porque se lo debía á su fidelidad, y á las almas virtuosas del gentilismo, porque atendió á la buena voluntad de ellas.

tos, al decir de San Pedro; y cuantos habían adivinado, presentido, ó anunciado el Evangelio lo acogieron con inmensa alegría. Había terminado el destierro, la tristeza se hallaba consolada y asegurada la felicidad. Agrupándose alrededor de su Mesías, recibieron sus enseñanzas, esperando la hora en que, resucitado el primero de entre los muertos, este Mesías debía abrir las puertas del cielo á la cautividad convertida en su gloriosa y triunfante conquista.

CAPÍTULO III

De la suerte reservada á los enemigos de Jesús

Israel crucificado á su vez.—Anás herido en sus descendientes.—Caifás depuesto.—Herodes desterrado.—Remordimiento de Judas.—Fin del traidor. (*Mat.*, XVII, 3-10, *Hechos*, I, 18, 19).

Natural cosa es el deseo de averiguar la venganza que aplica Dios á las maldades cuya perpetración permite, pues la conciencia pública se siente aliviada cuanto comprueba el restablecimiento del derecho por el castigo de los culpables.

El verdadero culpable en el crimen que acabamos de narrar era Israel. Y cuando, cuarenta años después de esta fecha, y en igual día, permitió Dios á los soldados de Tito entrar en la Ciudad Santa y quemar el Templo, que no debía ser ya reedificado, obró únicamente la justicia. Alrededor de las murallas, y en el lugar en donde los judíos habían crucificado á Jesús, fueron vistos aquellos mismos judíos crucificados á su vez por los romanos; y tal fué la rabia de los vencedores, que sólo suspendieron las ejecuciones cuando faltaron árboles para fabricar cruces y lugar para plantarlas ⁽¹⁾. Diríase que, recordando que fueron obligados en otro tiempo á matar un justo, pretendían ahora lavar este crimen con la inmólación de millares de culpables. Uníanlos de dos en dos en el mismo patíbulo; el resto de los habitantes fué pasado á cuchillo. La historia no ha conservado recuerdo de una catástrofe comparable á ésta.

Pero á la cabeza de este pueblo estaban algunos hombres

(1) V. Josefo, *B. J.*, V, II, 1.

que habían consentido en personificar su malicia y en hacerla triunfar: Anás, Caifás, Herodes, Pilato, y sobre todo, Judas. La historia ha conservado, en parte, las desgracias que los hirieron á todos.

Si hubiera vivido bastante, habría podido ver Anás á uno de sus hijos, que llevaba poco más ó menos su nombre, y aventajó á sus hermanos por sus rapiñas ¹⁾ y violencias ²⁾, asesinado por algunos amotinados. ¡Extraña coincidencia! La sublevación popular le dió por compañero de suplicio á un Sumo Sacerdote llamado Jesús. Los idumeos pisotearon sus cadáveres, los cuales como quedaran sin sepultura, se convirtieron en pasto de los perros ³⁾.

El año 36, Caifás fué depuesto de su cargo por Vitelio, legado de Siria, por haber pedido el pueblo su destitución ⁴⁾.

Herodes, impulsado por la ambición siempre creciente de su mujer, dirigióse por sí mismo á Roma en busca de su propia desgracia. Pretendía el título de Rey, y Calígula le dió el destierro perpetuo ⁵⁾, terminando miserablemente su vida en las Galias, en Lión ó en una pequeña localidad al pie de los Pirineos ⁶⁾.

Pilato, que había sacrificado á Jesús para evitar que estallase un tumulto en Jerusalén, vióse obligado, poco después, á marchar, á la cabeza de los suyos, para reprimir otro mucho más grave en Samaria. También había allí un Mesías, pero falso Mesías, rodeado de partidarios armados y turbulentos. Ningún parecido había entre éste y el augusto Acusado que, en el pretorió, le había admirado por

(1) El Talmud anatematizó toda esta casa de Anás, enriquecida con el comercio de las cosas santas: «¡Maldición á la casa de Anás!—dícese en *Pes. 57. a.*—¡Maldición á sus silbidos de serpiente!»

(2) *Antiq.*, XX, 9, 2-4.

(3) Josefo, *B. J.*, IV, 5, 2.

(4) *Antiq.* XVIII, 4, 3. *Fasti sacri*, nos. 1495 y 1496.

(5) *B. J.* IV, 5, 2.

(6) Es verdad que se dice que fué deportado á Lugdunum; pero como Josefo (*B. J.*, II, 9, 6) le hace morir en España, han creído varios que debía entenderse Lugdunum Convenarum, Saint-Bertrand de Comminges, y no Lión.

su majestad y su silencio. Llegaron á las manos, y el procurador mostróse feroz en su triunfo ⁽¹⁾. Los samaritanos llevaron sus quejas á Vitelio, gobernador entonces de Siria. Pilato recibió orden de presentarse en Roma para justificarse. El que había sacrificado á Jesús por temor de perder la amistad del César, convencióse entonces de que es mucho más seguro, para no sufrir decepción, permanecer amigo incorruptible de la verdad y la justicia. Acababa de morir Tiberio y le había reemplazado Calígula (36 a. J. C.). El procurador fué severamente reprendido y desterrado á Viena, en las Galias. Todavía se muestra en dicha ciudad, donde murió, según antigua tradición, la elevada pirámide que le sirvió de sepulcro.

Una de las leyendas populares—son muchas las que existen sobre el miserable procurador,—dice que llegó hasta Suiza á ocultar sus remordimientos junto al lago de Lucerna, en la montaña que lleva su nombre, y que allí, lleno de remordimientos y oprimido por la miseria, acabó con su vida precipitándose en el abismo abierto en la cima del monte misterioso. De vez en cuando los pastores del valle creen ver salir todavía su sombra del abismo, en la actitud de un hombre que se lava las manos; y cuando vuelve á entrar en él, se levanta sobre el lago infernal una nube negra, preñada siempre de tempestades y desgracias. Tales relatos no son otra cosa que expresión, más ó menos cándida, de la indignación que subleva el alma de los hombres honrados por la debilidad criminal del gobernador ⁽²⁾. Si la gloria es una recompensa de la virtud, la infamia es el castigo del crimen. Nada más severo podía imaginar la Iglesia para el juez inicuo que estigmatizar su nombre en

(1) *Antiq.*, XVIII, 4, 1 y sig.

(2) Eusebio, *II. E.*, II, 7, dice que se suicidó en tiempo de Calígula, *ποικιλὰς περιπεσῶν συμφοραῖς*. Orosio, VI, 5, y Freculpo. *Chron.*, II, 1, 12, le hacen morir en las Galias. La leyenda del monte Pilato acerca de Lucerna data sólo del siglo XI. G. A Müller, *Pontius Pilatus*, Stuttgart, 1888, reunió todo lo que produjo la literatura apócrifa sobre este triste personaje, que unos hacen morir desesperado y otros penitente, y hasta, cual la Iglesia copta, como mártir de la fe.

el Símbolo. Y así lo hizo, exponiéndolo para siempre á la execración de los pueblos ⁽¹⁾.

Pero, el que, por su negra traición, ha llegado á ser particularmente odioso á los amigos del Señor, es Judas. Había merecido un castigo más duro y rápido que los demás; los Evangelistas se encargaron de darnos á conocer su suerte desgraciada. Nada más afrentoso que el fin de esta vida, llamada á ser gloriosa en el Apostolado, terminada y acabando tan tristemente en la desesperación y el suicidio.

Apenas hubo traicionado el infeliz á su Maestro, cuando sintió torturado su corazón por los más agudos remordimientos. El recuerdo de la dulce y augusta Víctima no le abandonaba. Quizás por algún tiempo conservó todavía la esperanza de ver que Jesús, más fuerte que sus enemigos, inutilizaba su traición y evitaba sus últimas consecuencias. Pero el viernes por la mañana comprendió que todo estaba perdido. La sentencia del Sanedrín y las diligencias oficiales ante Pilato ya no permitían la menor duda acerca del desenlace. Había vendido su Maestro á los verdugos; al entregarlo, le había muerto.

Entonces se recrudeció la amargura de su pesar ⁽²⁾. La responsabilidad en que había incurrido, le abrumaba. Se le ocurrió la idea de deshacerse á tiempo de ella, y descargarla, en el último momento, sobre quienes le habían animado al crimen. Pero no era esta una contrición verdadera ⁽³⁾. En el fondo de su alma había más orgullo que arre-

(1) La crítica moderna ha creído separar en el primer y tercer sinóptico cierta tendencia á suprimir parcialmente la responsabilidad del procurador romano en la condenación de Jesucristo. Esta tendencia, más acentuada en San Juan, hallaría su pleno desarrollo en el fragmento del Evangelio llamado de San Pedro, descubierto recientemente en Egipto, y se explicaría por el deseo, naturalísimo entre los cristianos, de presentar la autoridad romana mezclada lo menos posible al afrentoso deicidio. Dicha objeción nada tiene de fundada.

(2) *Mat.*, XXVII, 3, precisa que el traidor padeció esta crisis moral en el momento mismo, τότε, en que vió á Jesús entregado en manos de Pilato.

(3) La expresión del Evangelista, μεταμεληθεis, indica sentimiento, pero un sentimiento completamente humano, del que dice San Pablo, II *Cor.*, VII, 10, que produce la muerte.

pentimiento. Aun indignado contra su propia cobardía, en manera alguna se había convertido á Dios con un sentimiento de humildad y de amor. Repetiale tal vez su corazón las tiernas palabras del Maestro en el momento del beso fatal, pero eran como el martillo que rompe el mármol sin ablandarlo. Sin embargo, el haber sacrificado una existencia tan noble y bella, un justo, un amigo, el mejor de los maestros, por treinta dineros, le parecía la más inconcebible de las locuras. El dinero quemaba entonces sus manos, crispadas de desesperación. Resolvió no guardarlo, y, corriendo al Templo, buscó á los cómplices del horrendo tráfico. El traidor se engañaba. No á ellos, á Jesús, debía acogerse; sólo Él podía calmar sus remordimientos, bendiciendo su propósito. «He pecado—les dijo con violenta desesperación,—entregando la sangre inocente.» Confesión tan clara y explícita en la boca de un hombre que, para atenuar su propio crimen, hubiera deseado hallar á Jesús culpable, anulaba las falsas acusaciones provocadas por el Sanedrín. En su agitación, olvidando toda medida, llegó Judas hasta arrojar el precio de la sangre á la cara, por decirlo así, de sus corruptores, y la plata, rodando por el pavimento ⁽¹⁾ del Templo mismo, despertó un instante la suspicacia de los viejos é hipócritas casuistas. Contentáronse con mandarla recoger, y respondieron al malvado discípulo, acogido, la vez primera, con tanta complacencia, estas desesperantes palabras: «¿Qué nos importa á nosotros? Viéraslo tú.» El miserable se volvió, sin que el precio de la sangre, devuelto á sus corruptores, hubiese aligerado la carga que pesaba en su corazón. La altanera respuesta de los sanedritas, el remitirle á los remordimientos de su conciencia, no hizo más que irritar su dolor y disponerle á un acto supremo de desesperación. La gracia le habría inspirado que fuese á hacerse atar á una cruz para morir, como el ladrón, bajo

(1) La expresión ἐν τῷ παῖσι parece indicar el templo mismo en que llenaban los sacerdotes sus funciones, y no las dependencias que lo rodeaban. Estas constituían el *ισπov*, por oposición á *ναός*.

la mirada y en la misericordia del Maestro. Satanás le persuadió que se ahorcara, rechazando todo perdón y sellando sus crímenes con la desesperación final.

Después de deliberar, juzgaron los miembros del Gran Consejo que el precio de la sangre no podía entrar en el tesoro sagrado sin mancharlo ⁽¹⁾. Su celo hipócrita le encontró otro destino. Con esta módica suma (93 pesetas) compraron el campo de un alfarero en el valle de Hinnom, al sud de Jerusalén, proponiéndose destinarlo para sepultura de los extranjeros, judíos ó prosélitos, que muriesen en la Ciudad Santa. Así daban un destino piadoso á este dinero completamente manchado con la sangre del Justo. Tal fué la primera razón de llamar á este lugar Haceldama, *Campo de la sangre* ⁽²⁾.

Casi al punto surgió otra. Presa de una angustia cada vez más cruel, Judas, á los pocos días de sufrimiento ⁽³⁾, ejecutó su funesto proyecto en el mismo cementerio comprado con el fruto de su iniquidad. En este lugar

(1) La ley prohibía ingresar en el tesoro sagrado el dinero que provenía de una acción vergonzosa. (*Deut.*, XXIII, 18). Este tesoro sagrado que Josefo, como el Evangelio, llama *corbán*, no era otro que el conjunto de cepillos colocados en el pórtico de las mujeres, en donde se depositaban las ofrendas destinadas al mantenimiento del Templo.

(2) Heqal-Dema, hoy Hakk ed Damm, osario de Chaudemar en tiempo de las cruzadas, se encuentra al Sur de Jerusalén. Eusebio, por una distracción singular, lo situó al norte, *év Bopetous*; pero San Jerónimo le corrige diciendo: «Acheldama, ager sanguinis qui hodieque monstratur in Ælia, ad australem plagam montis Sion.» La tradición — y sabido es que debe ser decisiva para un lugar tan tristemente célebre y cuyo destino era especialísimo — lo ha colocado siempre á la mitad de la ladera en la altura que bordea, hacia el sur, el valle de Hinnom. Estar enterrado en este *campo del alfarero*, rescatado por el precio de la sangre de Jesucristo fué más tarde privilegio de los señores y de los religiosos. En el siglo XIV fué comprado por los dominicos, los cuales fundaron en él un convento con una iglesia, pero no pudieron mantenerse allí contra las depredaciones de los musulmanes. Solamente permanece en parte el osario, vasto rectángulo adosado á la montaña. Hoy se visitan todavía sus ruinas. Había abiertas en la roca numerosas cavernas funerarias. Los pisanos transportaron, á principios del siglo XIII, una enorme cantidad de la tierra de Haceldama para hacer su famoso *Campo Santo*, lo mismo que, según una piadosa creencia, había hecho Santa Elena, madre de Constantino, cuando quiso construir el cementerio del Vaticano.

(3) Del discurso de San Pedro se deduce que, para Pentecostés, estaba muerto.

abominable, que debía recordar su crimen á las generaciones futuras, se ahorcó, siendo así, según la terrible expresión de San Pedro, el primero en tomar posesión de aquella tierra maldita, para gozar de ella hasta el fin de los tiempos.

¿Rompióse el árbol ó la cuerda, por efecto del peso del malvado, al que sostenía, ó cortaron la cuerda los transeúntes? Poco importa. El cadáver se destrozó al caer, y, desparramadas por todas partes las entrañas del traidor, pudo decirse en verdad que aquel campo era realmente *de sangre*, comprado por la sangre del Justo y regado con la sangre del impío ⁽¹⁾.

(1) Así parece que pueden armonizarse dos narraciones muy divergentes á primera vista. En efecto, Según San Mateo, XXVII, 5, Judas muere ahorcado, και ἀπελθὼν ἀπήγατο. Según San Pedro, en los *Hechos*, I, 18, cae sobre su vientre, πρηγῆς γενόμενος, y revienta en su caída. Según San Mateo, los sacerdotes son los que compran el campo del alfarero; según San Pedro, parece que Judas hace la adquisición. En fin, el relato del primero supone que la denominación de Haceldama vino de la sangre de Jesús, relacionada con el dinero con que se compró el campo; el relato del otro supone que tomó este nombre de la sangre de Judas con la cual fué regado.

Intentóse poco á poco modificar el sentido ora de ἀπήγατο, que se entendía, no de la suspensión, sino de la congoja moral que había ahogado al traidor, ora de πρηγῆς γενόμενος, que se traducía por *habiéndose colgado*. Pero una y otra tentativa parecen violencias hechas al texto, tanto como á la tradición universal, y dejan en pie, por otra parte, serias dificultades para las otras dos divergencias. Suponiendo nuestro sistema con razón que Judas vivió algunos días todavía después de su traición, desde luego da tiempo á los sacerdotes para comprar el campo. Los acontecimientos de la Pasión, tal vez la narración misma de la Resurrección, no hicieron más que acrecentar los remordimientos del traidor. Aquel campo, que conservaba el recuerdo de su crimen y que verdaderamente es suyo, puesto que ha sido comprado con un dinero á demasiada costa ganado, conturba aún más su alma, y lo escoge por el lugar en que debe hacerse solemne justicia. Al morir en él de una manera trágica, da á la tradición una razón de más para llamarlo Haceldama, *campo de la sangre*. Conviene, por otra parte, no olvidar que tenemos en San Mateo un relato que exige que se le tome á la letra, y en los *Hechos*, un discurso en el que debe darse importancia á la forma oratoria. Convengamos, después de todo, en que, á pesar de esta explicación, queda uno muy admirado al ver á San Mateo, de un lado, reproducir solamente la primera parte del drama, y el discurso de San Pedro, del otro, sólo la segunda. Una antiquísima tradición, puesto que fué acogida por Papias, y consignada en el IV libro de su *Exposición de los discursos del Señor*, se relaciona más directamente con la narración de los Hechos, que da por sabida. La encontramos recogida en la *Catena ad Act. Apostolorum*, I, 18, de Teofilacto, y en Routh, *Reliquiae Sacrae*, vol. I, pág. 25. Como ejemplo terrible del castigo de la impiedad en este mundo, el cuerpo del traidor se

Hallábase el campo fatal en el sombrío valle de los hijos de Hinnom, y su lugar está indicado por la tradición. Recuerdos tan terribles grabáronse indeleblemente en la primitiva Iglesia. Todos tuvieron horror á este lugar, y, según la expresión del Salmista, citado por San Pedro, el asilo del traidor permaneció solitario y desolado. El dinero de su crimen no había ofrecido otro resultado que darle por morada el más deshonrado de los sepulcros ⁽¹⁾.

hinchó tan extrañamente que no podía pasar ni por donde pasaba cómodamente un carro. Costábale trabajo sostener su cabeza que se le había hecho monstruosa. Sus pupilas hinchadas cerraban sus ojos á la luz. Todo su cuerpo, en una palabra, había tomado las más odiosas proporciones. De todas partes de él salían agua y gusanos. Después de las más crueles torturas físicas y morales, murió, según dicha tradición, en su propia tierra, *én idíω χωρίω*, tierra maldita y abandonada, ante la cual nadie pasaba sin taparse las narices; tan detestable era el hedor que se desprendía de ella.

Más tarde, Ecumenio, en un comentario sobre los *Hechos*, I, 18, cuenta, no se sabe con qué fundamento, que Judas fué atropellado (es el *πρηνὴς γινόμενος* del texto de los *Hechos*) por un carro que, pasando por encima de su cuerpo, lo cortó en dos, haciéndole saltar sus entrañas. ¡Cuán lejos está todo esto de la sabia sobriedad del texto sagrado, y cómo se advierte la formación rápida de la leyenda popular!

(1) San Mateo, atento á señalar las profecías realizadas en la historia evangélica, indica que, con la compra del *Campo del Alfarero*, se cumplió lo que estaba escrito en el profeta Jeremías. Su observación ha suscitado numerosas dificultades. Créese generalmente que hay, en primer lugar, un error de nombre en la designación del Profeta, error antiquísimo, puesto que está en casi todos los manuscritos. Algún copista poco instruído escribió Jeremías, donde debía leerse Zacarías, en abreviatura. Varios, con San Agustín, de *Cons. Evang.*, III, 7, admiten una inspirada distracción del Evangelista, escribiendo Jeremías en vez de Zacarías. Zacarías, en efecto, XI, 13, nos muestra al Señor renunciando á sus funciones de pastor sobre su rebaño, que es entregado á la muerte. Este rebaño es la infortunada nación judía. Al resignar su cargo, á causa de la incredulidad obstinada del pueblo, pide su salario y se le dan treinta monedas de plata; y, descontento de tan mezquina paga, lo arroja desdeñosamente en el Templo. Es arrojado de allí como impuro, es llevado al *Campo del Alfarero*, en donde permanece como prenda de la venganza divina, hasta el día del juicio reservado á la nación. Si nos atenemos, no á la forma, sino á la substancia misma de la profecía, es imposible armonizarla con lo que dice San Mateo. El pastor que se disgusta del rebaño malo y que, resignando el cargo, pide su paga, es Jesús. Israel, por el órgano del Sanedrín, aprecia en treinta dineros el trabajo del Pastor divino, Dios, mediante un movimiento de pesar que arroja en el alma de Judas, hace devolver al Sanedrín la irrisoria suma en que había sido valorada la vida del Pastor, y este dinero, recogido en el Templo, en donde fué esparcido, se empleó para la compra del *Campo del Alfarero*, con el fin de perpetuar el recuerdo de un crimen tan detestable. Con todo, poco satisfechos de una interpretación tan laboriosa, suponen varios exégetas que San Mateo alude á alguno de los fragmentos perdidos de Jeremías. San Jerónimo declara ha-

LIBRO SEGUNDO

LA VIDA

CAPÍTULO PRIMERO

La mañana del tercer día después de la muerte

Muy de mañana va al sepulcro el grupo de las mujeres.—Lo que acababa de suceder en él.—Corre Magdalena á avisar á Pedro y á Juan.—Las demás mujeres y los ángeles en el sepulcro.—Después de salir ellas, llegan Pedro y Juan.—Magdalena sola contra la piedra del sepulcro.—Primera aparición de Jesús.—*Noli me tangere*.—Aparición á las demás mujeres.—Por qué Jesús no se muestra á la ciudad entera.—Voces que hicieron correr los soldados. (*Juan*, XX, 1-18; *Luc.*, XXIV, 1-12; *Marc.*, XVI, 1-11; *Mat.*, XXVIII, 1-15) (1).

Tristes y abatidos pasaron los amigos de Jesús el primer día de la fiesta. Entre las mujeres, más fieles tal vez y más demostrativas en sus afecciones, estos sentimientos se complicaban con una impaciencia muy viva. Parecíales suprema y envidiable consolación tributar por sí mismas

ber leído dicho pasaje en un manuscrito perteneciente á un nazareno, mas rechaza su autenticidad. Eusebio, *Dem-ev.* X, 4, supone que los judíos lo suprimieron muy pronto en Jeremías.

(1) A primera vista tiene algo de desconcertante el parangón de los cuatro relatos evangélicos. Así, según San Mateo, al amanecer del día siguiente al sábado, María Magdalena y la otra María van á visitar el sepulcro. Un suceso que parece haber ocurrido ante ellas, pero que puede también suponerse anterior á su llegada tomando los aoristos *ἔγένετο*, *ἀπκόλισεν*, etc., por pluscuamperfectos, lo había trastornado todo alrededor del sepulcro. Un ángel resplandeciente de luz había revuelto la piedra, y los soldados puestos para su guarda permanecían como muertos. Sentado en la piedra, el mensajero celestial les anuncia, invitándolas á que lo comprueben, que el Crucificado no está ya en el sepulcro, y les encarga que vayan á llevar la nueva á los discípulos, añadiendo que el Señor les precederá en Galilea y que allí le

los últimos servicios al Maestro amadísimo, empezar su embalsamamiento, verle y tocarle una vez más.

Por esto, después de haber hecho, desde el sábado por la tarde, á la expiración de la fiesta, sus provisiones de perfumes, el domingo por la mañana, apresuráronse á adelan-

verán. Pero mientras corren transportadas de alegría á avisar á los Apóstoles, se les aparece Jesús, recibe sus adoraciones y les reitera el encargo del ángel. Cumplen ellas, en efecto, su misión, y los discípulos se dirigen á Galilea á la montaña indicada por Jesús; allí ven al Maestro, y reciben sus últimas recomendaciones. De este modo termina el primer Evangelio.

En San Marcos, María Magdalena, María madre de Santiago y María Salomé se dirigen, muy de mañana, al sepulcro con intención de embalsamar á Jesús, y al preguntarse quién les quitará la piedra que cierra la entrada, la ven ya fuera de su sitio. Penetran *dentro* de la tumba y, con gran espanto suyo, encuentran sentados allí, á la derecha, á un joven vestido de blanco, que les habla de la misma manera que el ángel sentado *fuera*, en San Mateo, y salen espantadas, huyendo, sin decir nada á nadie, porque el espanto les ha cerrado la boca. Aquí se detiene el relato propiamente dicho del Evangelista. El fin del capítulo es un resumen de las diversas apariciones, de importancia completamente distinta.

San Lucas nos muestra á las santas mujeres, cap. XXV, 55, es decir, María Magdalena, Juana, María de Santiago y otras con ellas, XXIV, 10, yendo al sepulcro para el embalsamamiento. Como en San Marcos, encuentran la piedra quitada, desaparecido el cuerpo de Jesús y *dos* hombres de radiantes vestiduras que les atestiguan la resurrección del Crucificado, conforme las predicciones que había hecho mientras vivía. Van ellas á anunciarlo á los Once y á los demás, los cuales, en su mayor parte, tratan de cuento su relato. Tampoco se dice como en San Marcos, que hayan visto al Señor. Pedro, sin embargo, corre al sepulcro y vuelve muy admirado de haberlo encontrado vacío. Por la tarde, Jesús se manifiesta á los discípulos de Emaús, á Pedro y á los Apóstoles. Concluye este Evangelio con una abreviada narración de la Ascensión.

En fin, San Juan, por su parte, hace ir, cuando todavía es de noche, á María Magdalena hacia el sepulcro. Viendo que la piedra no cerraba ya la entrada, supone la santa amiga de Jesús que han robado el cuerpo, y corre á anunciarlo á Pedro y á Juan. Dirígense éstos al sepulcro, y, no encontrando más que el sudario y las vendas, se vuelven á sus casas. Magdalena, llorando delante del sepulcro, se inclina para ver el interior, y advierte dos ángeles, vestidos de blanco, sentados uno á la cabecera y otro á los pies del paraje donde había reposado el cuerpo de Jesús. Mientras le preguntan ellos la causa de su desesperación y ella les responde, otro interlocutor, á sus espaldas, le hace la misma pregunta. Es Jesús que se da á conocer, y le dice que vaya á anunciar á sus hermanos que Él vuelve á su Padre y á su Dios. Corre María Magdalena á afirmar á los discípulos que ha visto al Maestro y que Él le ha hablado. Por la tarde, aparece Jesús á los Apóstoles. Ocho días más tarde, para convencer á Tomás, se les aparece de nuevo, siempre en Jerusalén. El cuarto Evangelio finaliza con el apéndice del cap. XXI en que se cuenta la aparición en la orilla del lago de Genezaret.

Si todavía fuese necesaria, al final de nuestros estudios sobre los Evangelios, una última prueba de la independencia que sus autores guardaron, los unos

tarse al día para correr al sepulcro ⁽¹⁾. Semejante momento, en el que empieza la aurora á disipar las tinieblas de la noche, era justamente la hora simbólica escogida por los Profetas, en sus poéticas descripciones, para señalar el paso de la tristeza á la alegría, del sufrimiento á la dicha. El grupo, pues, en su agitación, podía parecer la imagen

con respecto á los otros, la encontraríamos en esta sencilla exposición de sus narraciones sobre la historia de la Resurrección. Ora, quisieran cerrar cada uno su biografía con el cuadro más apto para hacer resaltar la idea dominante de su redacción, ora provenga su conclusión, en cierto modo del acaso como en bastantes otros sucesos, no puede dudarse que en su redacción siguen muy libremente rasgos diferentes. Y, sin embargo, lo que se desprende de sus narraciones, con la más evidente unanimidad, es que al día siguiente del sábado, primer día de la semana, los Apóstoles estaban convencidos de que Jesús, sepultado la antevigilia, había resucitado. Y esta convicción no consentiría para ellos, en lo por venir, duda ninguna, incluso para Tomás, por fin convencido. Este hecho es por sí mismo decisivo para establecer la autoridad del testimonio que han tributado al más concluyente de los milagros, aun cuando la exégesis no pudiese dar cuenta de las antilogías suscitadas por la crítica. Pero la exégesis jamás ha desesperado de establecer una armonía general entre sus narraciones. Por complejas, y, á primera vista, embrazosas que sean las dificultades, puede resolverlas casi todas un espíritu reflexivo é imparcial. Sin duda que es preciso recurrir para esto á una serie de idas y venidas ó encrucijadas, que admirarían en toda otra circunstancia. Pero al hacernos cargo de lo que tenía de extraordinario la situación para los discípulos, tan profundamente entregados al descorazonamiento y á la esperanza, quedamos menos sorprendidos de la agitación que los lleva una y otra vez al sepulcro. Los ángeles, esos moradores del mundo celeste, parece que también participan de esta significativa agitación que suscita el gran milagro, dejándose ver en número desigual fuera ó dentro del sepulcro como para indicar que, sin mostrarse todos, todos se mantenían, sin embargo, junto al sepulcro en donde debían glorificar al Resucitado.

Después de esto, nada tiene de particular que en el relato de la Resurrección, los Evangelistas se dividan los detalles de esta movidísima escena, pues muy frecuentemente hemos advertido esta independenciamiento en el decurso de la historia evangélica. En el fondo, es fácil ver que Juan da la mano á Lucas y á los otros dos sinópticos, al afirmar que Jesús se manifestó á los discípulos, tanto en Jerusalén como en Galilea. Pero antes de la redacción de los Evangelios, Pablo, I Cor., XV, 5-7, había agrupado en un mismo testimonio las apariciones del Maestro á Pedro, á los Doce, á una reunión de quinientos discípulos, á Santiago y á todos los demás Apóstoles. Su testimonio por sumario que sea, tiene una importancia considerable; ya veremos el caso que conviene hacer del mismo para la disposición cronológica de las diversas apariciones.

(1) Según San Juan, es *muy de mañana* y todavía de noche: *πρωτ σκοτίας ετι οση;*; según San Lucas, es también *muy de mañana*: *δρερον βαθεις;*; según San Mateo, *empezaba á lucir* el primer día de la semana: *τη επιφσκοουση;*; según San Marcos, era igualmente *muy de mañana*: *λιαν πρωτ,* pero *empezaba ya á apuntar el sol*: *απατειλαντος τοι ηλιου.* Lo cual equivale á decir que era el momento en que la aurora, *κροκοπεπλος ηως,* dora al cielo con sus primeros

viva de la humanidad luchando para llegar á través de las últimas sombras que flotaban sobre su cabeza ⁽¹⁾, al glorioso día de su propia resurrección.

Entre aquellos amigos fieles, se encontraba en primer lugar María Magdalena; á nadie debía ceder el puesto de honor. Á su lado, estaba la otra María, madre de Santiago y de José, que parece haberse convertido durante los días de prueba en su compañera inseparable. Hallábanse también Salomé y Juana de Chusa, y, con ellas, varias más unidas desde mucho tiempo hacia á Jesús por el reconocimiento y la admiración.

Ignorando que había sido enviado un piquete de soldados para guardar el cadáver, se preguntaban: «¿Quién nos quitará la piedra del sepulcro?» Dios se había cuidado de contestar de antemano á esta legítima inquietud. Efectivamente, mientras velaba todavía la guardia, pero probablemente poco antes de la aurora, ó á sus primeros albores, una sacudida violenta y súbita había conmovido el sepulcro y el jardín en que se encontraba. Era el Muerto que se despertaba, y que, en su omnipotencia, rompía los lazos en que se le había atado. Al punto, descendiendo del cielo, como el criado que va á abrir la puerta á su dueño, dispuesto á salir ⁽²⁾, quita el ángel del Señor la piedra del sepulcro haciéndola girar sobre sí misma, y siéntase en él, lleno de gloria y de belleza. Resplandecía como el rayo, y sus vestidos eran blancos como la nieve. Á su vista, los guardas, penetrados de terror, habían sido derribados en tierra, y, por un momento, permanecieron como medio muertos ⁽³⁾.

rayos, porque, aun notando que era noche, observa Juan que Magdalena vió la entrada del sepulcro libre, y quitada la piedra.

(1) *Is.*, LVIII, 8, 10, 11, etc.; *Oseas*, VI, 3.

(2) No se dice, sin embargo, que Jesús hubiese salido en aquel momento del sepulcro; menos todavía que le hubiesen visto salir los soldados. Podría haber ocurrido que la piedra de la abertura hubiese sido rechazada violentamente hacia fuera, sólo con el objeto de certificar la ausencia del muerto en el sepulcro.

(3) Habiendo precedido esta escena, según nosotros, á la llegada de las santas mujeres, fué indudablemente conocida por el relato de los mismos soldados que la contaron, ora oficialmente á los miembros del Sanedrín, ora con-

Se recobraban apenas de su espanto, vagando tal vez de acá para allá, cuando llegaron las santas mujeres. La piedra que cerraba verticalmente el sepulcro era muy grande, como observa San Marcos; por esto les fué fácil reconocer de lejos que había sido separada y que, por consiguiente, el sepulcro estaba abierto. Este inesperado incidente, y tal vez también el aspecto de los hombres armados que ellas veían huir precipitadamente, les sugirió la idea de un crimen cometido en los despojos del Maestro. En efecto, entraba en lo posible que los príncipes de los sacerdotes, envidiosos de la honrosa sepultura concedida á Jesús, hubiesen hecho robar el cuerpo para arrojarlo al muladar con el de los criminales. La pronta y viva imaginación de Magdalena entrevió ya el indigno sacrilegio. Retrocediendo súbitamente, vuela esta piadosa amiga para anunciar á Pedro y Juan la aterradora noticia. Simón-Pedro no era, sólo por su autoridad, el primero de los Apóstolés, sino también, por temperamento, el más valeroso y abnegado. Había demostrado en Getsemaní cuán presto sabía pasar de las palabras á las obras, y podía contarse con él para un golpe de mano. Por otra parte, la pecadora convertida sabía, por propia experiencia, la necesidad que experimenta todo buen corazón en demostrar su amor al día siguiente de la caída. Pedro estaba hospedado probablemente en la misma casa que Juan. Magdalena pensó, pues, advertirlo á los dos. ¿No había sido Juan el único amigo fiel hasta en el Calvario? Y puesto que era conocido del Sumo Sacerdote, de haberse atentado algo contra los despojos mortales de Jesús, ¿no debía, más útilmente que ningún otro, practicar las diligencias necesarias para impedir una profanación?

Al distinguir, por fin, el doble socorro en cuya busca iba,

fidencialmente á sus amigos. Entre unos y otros, se encontraron discípulos que no dejaron perecer un testimonio tan importante. Por otra parte, no puede concluirse, del versículo 11 de San Mateo, que todos los soldados se dejasen corromper por el oro de los sacerdotes. El centurión, á quien hemos visto tan vivamente penetrado de la santidad del Crucificado, pudo obtener de sus hombres revelaciones que llenaron de regocijo á la naciente Iglesia.

exclama Magdalena, como si hubiera reconocido realmente con sus propios ojos el sepulcro ⁽¹⁾: «Han quitado al Señor del sepulcro y no sabemos ⁽²⁾ donde lo han puesto.»

Sin embargo, las otras mujeres se habían acercado á la cueva vacía, y habían tenido valor para entrar ⁽³⁾ y ver lo que allí había pasado. Ya no se encontraba en ella Jesús; dos ángeles ⁽⁴⁾, sentados uno á la derecha y otro á la izquierda, guardaban el lugar en donde el cuerpo había sido depositado. Vestían de blanco y aparecían radiantes de luz. Esta inesperada visión llenó de terror á las santas mujeres, que se prosternaron al punto, pegando su rostro al suelo. Mas uno de los ángeles las animó diciendo: «No os asustéis; buscáis á Jesús Nazareno, el que fué crucificado. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Ha resucitado, no está aquí; ved aquí el lugar en donde le pusieron. Acordaos de lo que os habló estando aún en Galilea, diciendo: «Es menester que el

(1) Si Magdalena hubiera seguido á las demás mujeres hasta el sepulcro, habría oído las declaraciones de los ángeles y no hablaría á Pedro de un latrocinio probable. Además, el ángel no hubiera tenido que preguntarle segunda vez lo que la hacía llorar. En fin, no se comprenderían su inquietud, ni su incredulidad después del mensaje evangélico.

(2) Este plural, *οἱδόμεν*, empleado por San Juan, después de habernos mostrado á Magdalena dirigiéndose sola al sepulcro, supone la presencia de otras mujeres. Nada, por otra parte, más natural que ver, á una hora tan temprana, cuando aún es más de noche que de día, á Magdalena poniéndose en camino, no sola, sino escoltada de otras amigas de Jesús, tan ansiosas como ella de proceder al embalsamamiento del muerto (*).

(3) Los sepulcros de las grandes familias judías eran vastas excavaciones que tenían con frecuencia hasta tres y cuatro metros de profundidad y otro tanto de ancho.

(4) San Lucas y San Juan mencionan dos; San Marcos y San Mateo hablan sólo de uno, según hemos observado más arriba, y éste lo supone fuera del sepulcro, mientras aquél lo supone dentro. Esta doble divergencia es tanto menos importante, cuanto los ángeles, visibles ó invisibles, debieron ser numerosos en aquel lugar, donde tan maravillosamente acababa de brillar la gloria de Dios. Las almas piadosas podían verlos aparecer y desaparecer en las más diversas actitudes. El solo hecho en que no debían variar los Evangelistas es en el de su presencia en el sepulcro, como en la euna de Jesús. Habíanse revestido de forma humana; he aquí por qué son llamados *ἄνθρωποι* por *Luc.*, XXIV, 4, y *νεαρίσκον* por *Marc.*, XVI, 5. *Comp. Hechos*, I, 10.

(*) La Vulgata traduce por el singular, *nescio*, según la lección *οἷδα*, que es la del *textus receptus*.—N. del T.

Hijo del hombre ⁽¹⁾ sea entregado en manos de hombres pecadores y que sea crucificado, y resucite al tercer día.» Id luego y decid á sus discípulos, sobre todo á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea; allí lo veréis como os dijo ⁽²⁾. He aquí os lo he avisado de antemano.»

Tal fué el primer discurso pronunciado sobre la resurrección de Jesucristo. En realidad, no se ha imaginado posteriormente una argumentación más sencilla y completa para establecer el gran milagro que es la piedra fundamental del cristianismo. Jesús había sido puesto en el sepulcro, y ya no estaba en él. He aquí el primer hecho que se impone á los testigos. Antes de morir había anunciado que sucedería de esta manera; su resurrección no es un acontecimiento fortuito, sino previsto. He aquí el segundo, no menos cierto, y que tiene su importancia. En fin, se invitará á todos á comprobar directamente la realidad de la resurrección, viendo y tocando al Resucitado. He aquí la tercera, que será la demostración más acabada para los incrédulos.

Jesús había anunciado siempre el proyecto de reconstituir su Iglesia en Galilea, en cuanto hubiese resucitado ⁽³⁾. Allí había ella nacido y crecido, y allí debía encontrar sus mejores elementos de progreso, gracias al natural recto y enérgico de los esforzados pueblos que la habitaban. El rebaño, por un momento disperso, puede, pues, reunirse de nuevo, porque el Pastor vive todavía; va á reaparecer y conducir á sus ovejas, precediéndolas, hasta Galilea.

No es el pensamiento de los ángeles excluir toda apari-

(1) Recuerda aquí el ángel el título de Hijo del hombre que Jesús se daba durante su vida, pero que ya no toma después de su resurrección.

(2) Se ha observado que *Luc.*, XXIV, 5 y sigs., no habla de las apariciones en Galilea. ¿Será porque conocía sólo las sucedidas en Jerusalén? De hecho, tan sólo cuenta estas últimas. Pero ¿es admisible que el compañero y discípulo de Pablo ignorase las otras? En los *Hechos*, I, 3, permite entender que sabía más de lo que decía. Sin embargo, si precisa en ellos lo que de ningún modo se hubiera sospechado, al leer el final de su Evangelio, que hubo cuarenta días de intervalo entre la Resurrección y la Ascensión, parece atenerse á una tradición que no hablaba ni del regreso de los Apóstoles, ni de las apariciones de Jesús en Galilea. *Hechos*, I, 4.

(3) *Marc.*, XIV, 28; *Mat.*, XXVI, 32.

ción antes que los creyentes galileos hayan vuelto á ganar sus hogares; sino que se limitan á dejar para esta época las manifestaciones más frecuentes y familiares. He aquí por qué los Evangelistas, aun manteniendo sus palabras, no creen contradecirlas con las apariciones sobrevenidas en Jerusalén y con las que vamos á ver al punto.

Sin embargo, las santas mujeres, sobrecogidas de espanto lo mismo que de alegría ante nueva tan maravillosa, habíanse apresurado á salir de la tumba, para dirigirse, corriendo, á la ciudad y buscar en ella á los Apóstoles. La emoción precipitaba su marcha y las dejaba sin palabra ⁽¹⁾; de aquí que no contaran el prodigioso suceso más que á los Apóstoles mismos, cuando los descubrieron. Convencidos éstos de que habían sido víctimas de una ilusión, rehusaron dar fe á sus discursos.

Bueno es tener presente, para armonizar todos los relatos de los Evangelistas, que, en aquel momento, Pedro y Juan no estaban con ellos. Avisados separadamente, pero en términos distintos, por Magdalena, corrían ya á todo correr ⁽²⁾ hacia el sepulcro que creían indignamente viola-

(1) Suponer, con varios críticos, que *Marc.*, XVI, 8, pretende decir que las mujeres guardaron el secreto absoluto sobre lo que habían visto, es atribuirle gratuitamente una inverosimilitud para tener el placer de provocar una dificultad inútil. Callan durante el camino, pero hablan llegadas á la casa. *Mat.*, XXVIII, 8; *Luc.*, XXIV, 10 y 23.

(2) Si, según atestiguan la mayor parte de los manuscritos, *Luc.*, XXIV, 12, es auténtico, tendríamos alguna razón para admirarnos de que, después de haber puesto los discípulos en ridículo á las santas mujeres y rehusado dar crédito á sus discursos, se hubiera levantado súbitamente Pedro para correr al sepulcro. La verdad es que San Lucas arroja en este lugar, como al acaso, una nota encontrada en los documentos de que dispone, pero en donde faltan completamente todos los demás detalles. Se ve algo indeciso y vago en su redacción, y el vers. 12 pertenece á otra fuente que el 11. El vers. 34 supone igualmente algo que él no ha referido. Si se atiende á aquella escrupulosa fidelidad que aquí, como en todas partes, le hace un deber consignar todo lo que sabe, parece contradecir lo que precede. Ahora bien, con gran oportunidad, explica Juan lo que parece inexplicable. Hablaron las santas mujeres á los discípulos, y Magdalena se dirigió á Pedro y á Juan, que probablemente no se hallaban entonces con el grupo principal de los fieles. Se observará además que, por su parte, San Lucas, *XXIV*, 24, poniendo en boca de los discípulos de Emaús: *Algunos de los nuestros fueron al sepulcro*, da testimonio á San Juan, pues que emplea el plural después de haber mencionado solamente á San Pedro.

do. Juan, más joven que Pedro, llegó el primero; mas sea por deferencia hacia su compañero, sea por un sentimiento de secreto terror al ver el sepulcro abierto, no osó penetrar en él. Asomándose al interior, á donde se bajaba, tal vez, por gradas, por más que la puerta fuese vertical—dijimos ya que desde bastante lejos se la veía abierta,—se contentó con mirar, y no vió más que los lienzos que habían envuelto al muerto. Llegó un momento después Simón-Pedro, é inmediatamente, con su natural ardiente y resuelto, penetró en el sepulcro. Los ángeles no fueron visibles para ellos, pero hallábanse por tierra las vendas; y el sudario que había envuelto la cabeza del Maestro, separado de todo lo restante, estaba envuelto y puesto en un lugar á parte. Para un atento observador, ésta era la prueba de que el sepulcro había sido teatro, no de un precipitado robo, sino de un sosegado y apacible despertar. Entonces Juan penetró también en el sepulcro, y, con sus propios ojos, inspeccionó todo el interior. Sólo en aquel momento sintió renacer la fe en su alma. Como los demás, tampoco había entendido las Escrituras, al asegurar que Jesús debía resucitar de entre los muertos.

Presa de las reflexiones más diversas, ora llenos de esperanza, ora abatidos é inciertos, volvieron ambos Apóstoles á la ciudad, contando recoger en ella nuevas más explícitas, y, en todo caso, después de haber comunicado á los demás sus impresiones, acordar las determinaciones que convenía tomar ⁽¹⁾.

Magdalena, que sin duda había llegado poco después de ellos, los dejó marchar sin seguirlos. Del amadísimo Maestro no le quebaba más que el sepulcro vacío. No podía resolverse á abandonarlo. De pie, apoyada contra la piedra, abrazaba piadosamente este último recuerdo del Salvador desaparecido, lo regaba con sus lágrimas, lágrimas preciosas, que le habían valido en otro tiempo su perdón, y que actualmente iban á merecer ver, la primera, á Jesús resucitado. Llo-

(1) *Luc.*, XXIV, 12.

rando, se inclinó para mirar dentro del sepulcro. Sea que su alma se hallase mejor dispuesta que la de los Apóstoles para ver las manifestaciones celestiales, sea que Dios no quisiese rehusar á su ardiente amor lo que había concedido á sus amigas llegadas, con ella, las primeras al sepulcro, se le aparecieron dos ángeles cubiertos de blancas vestiduras, emblema de la gloria celestial. Estaban en la actitud de siervos que han terminado su obra, sentados el uno á la cabecera y el otro á los pies del glorioso lecho en que había descansado el Crucificado. Interpelándola en el momento en que se inclinaba sobre la abertura del sepulcro: «Mujer—le dijeron,—¿por qué lloras?» Y ella, sin manifestar espanto ⁽¹⁾ ante aquella aparición, como si su inmenso dolor le prohibiese toda otra inquietud, se contentó con responder: «Porque se han llevado de aquí á mi Señor y no sé donde le han puesto.»

Al mismo tiempo, con un movimiento natural, como si no pudiera sostener la vista tan fácilmente como la conversación de sus interlocutores, ó también, como si buscase auxilio, se vuelve ⁽²⁾ y ve á alguien muy cerca de ella. Era Jesús; mas, absorta en su lamentación, y buscando un muerto y no un vivo, no le reconoció ⁽³⁾. Por otra parte, puesta toda su atención en el sepulcro en que acababa de

(1) Han supuesto algunos que Magdalena había tomado á los ángeles por hombres, sea porque no los hubiese visto sino imperfectamente, sea porque el sol, ya levantado desde algún tiempo hacía, apagase algo el brillo de ellos. Pero es preciso asignar á su familiar y cándida respuesta la causa eminentemente psicológica que indicamos.

(2) Puede suponerse también que llamó su atención un ruido de pasos, de ramas separadas ó de hojas pisadas.

(3) Jesús, por otra parte, aparecía con una fisonomía nueva, *év éτέρα μορφή*; además, en todas las manifestaciones después de su muerte, tenía que *hacerse reconocer*, ora por el sonido de su voz, como aquí, ora por la fracción del pan, etc. No era en absoluto como antes de su muerte. Ésta le había puesto en un estado nuevo; he aquí por qué dice á los Apóstoles, *Luc.*, XXIV, 44: «Cuando *estaba* aún con vosotros » En este estado, su cuerpo participa, por decirlo así, de los privilegios de la naturaleza espiritual, á la cual está absolutamente sumiso. Se hace visible ó invisible, y penetra á través de las puertas cerradas. Tal es el hecho establecido por los relatos evangélicos. El cómo lo ignoramos (*).

(*) El autor advertirá pronto que la frase *in alia effigie* se lee solamente en Marcos, XVI, 12. — N. del T.

producirse la aparición celestial, no se fija por mucho tiempo en el que estaba á su lado. «Mujer—le dice el desconocido,—¿por qué lloras? ¿Á quién buscas?» Y Magdalena, creyendo hablar con el hortelano ⁽¹⁾, le contesta sin mirarle, pero siempre inclinada hacia el sepulcro ⁽²⁾, de donde esperaba una explicación más categórica: «Señor ⁽³⁾, si tú lo has quitado de aquí, dime en donde lo has puesto, y yo lo llevaré.» Jesús entonces, con un tierno reproche, se contenta con responderle: «¡María!» No era aquello más que un nombre; pero un nombre, en una boca amiga, es un recuerdo, una historia, una vida. Con una sola palabra, acababa de expresar Jesús todo lo que Magdalena había sido para Él, y todo lo que Él era para ella. A este llamamiento, la ilustre creyente se estremece hasta lo más profundo de su ser, y, en la violenta sacudida del amor, responde con un grito que manifiesta toda su alma; «¡Raboni! ¡Maestro mío!» Al mismo tiempo, arrebatada como por una conmoción eléctrica, se encuentra á los pies de Jesús. ¿Es Él, resucitado realmente y vivo corporalmente, á quien ella oye, á quien ve, ó sus oídos, sus ojos, víctimas de una ilusión, le hacen tomar por el mismo Maestro á una simple visión que va á consolarla? Turbado el espíritu por la alegría y la sorpresa, no sabe ya sino creer, y sus manos se extienden hacia Él para convencerse, tocando sus pies ó sus vestiduras. «No me toques ⁽⁴⁾—

(1) Han imaginado algunos que Jesús, recubierto con una sábana á guisa de manto, podía asemejarse algo á un hombre ocupado en los trabajos del campo. Los campesinos llevaban, en efecto, vestidos de tela blanca. La suposición es tan gratuita como singular. Lo más sencillo es admitir que Magdalena ni siquiera había examinado á su interlocutor, ó que, á través de los árboles, y conmovidísima, no le había distinguido claramente.

(2) Las palabras *ἐστράφη* y *στραφείσα*, dos veces repetidas, prueban que, aun respondiéndole, no miraba á aquel con quien estaba hablando.

(3) Emplea este término respetuoso, porque cree estar en casa de él, y espera de su benevolencia una indicación sobre el tesoro que busca, ó á lo menos, la libertad de buscarlo á su gusto.

(4) Estas palabras de Jesús: *μή μου ἅπτου*, constituyen uno de los pasajes de más difícil explicación de todo el Evangelio; si bien algunos, suponiendo un error de copista, proponen suprimir la negación y leer: *μή οὐ πτοῦσθαι, ποτενας*, ó también: *συ μου ἅπτου, τόcame*. Pero nada autoriza semejante transformación del texto. Se han buscado, pues, y propuesto una serie de inter-

dice Jesús,—porque aún no he subido á mi Padre. Mas ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.» ¡Con qué ternura llama hermanos á los que acaban de abandonarle tan cobardemente! ¡Con qué solicitud les hace advertir que se acerca para Él la hora de la glorificación divina! Irá á la diestra del Padre tan pronto como estén suficientemente afirmados en la fe de su resurrección.

Desapareció Jesús mientras Magdalena estaba aún escuchando. Fuera de sí misma, la generosa creyente voló á anunciar á los discípulos que había visto, con sus propios ojos, al Maestro. Tal es el amor penitente que se convertía en primer mensajero de la gran nueva. Él era el que engendraba, en los corazones de todos, la esperanza y la fe en lo venidero.

Según el apéndice de San Marcos, Magdalena encontró á los Apóstoles afligidos y llorosos ⁽¹⁾. Y rehusaron dar crédito á su testimonio.

pretaciones más ó menos satisfactorias. Así, varios han traducido: «No pierdas el tiempo en abrazar mis rodillas; tendrás otras ocasiones, porque no he subido todavía á mi Padre; ve pronto á anunciar la noticia á mis hermanos»; ó también: «No me detengas así, no subo en seguida á mi Padre.» Pero el verbo *ἄπτεσθαι* no es el verbo *κρατεῖν*. Por esto dicen otros: «No me adores, porque no he entrado aún en la gloria divina.» Pero sin contar que, si *ἄπτεσθαι* se toma por adorar cuando tiene por régimen *γονάτων*, *las rodillas*, no lo es nunca cuando está solo. Veremos á Jesús, en seguida, permitir á las santas mujeres abrazar sus pies para adorarle, y aceptar más tarde la adoración de Tomás. Algunos entienden: «Mi cuerpo está todavía en estado de transformación, no me toques.» Pero aquella misma tarde invita Jesús á sus discípulos á que le toquen. (*Luc*, XXIV, 39.) En fin, y tal había sido primitivamente nuestro parecer, gran número de autores hacen decir á Jesús: «Déjame, no ha llegado la hora de retenerme entre vosotros, no he subido todavía á mi Padre.» Como si su estado entre la Resurrección y la Ascensión fuese un estado transitorio, en el que solamente debiese mostrarse y no permanecer, hasta que, mediante sus apariciones y desapariciones sucesivas, hubiese fijado la fe en el corazón de los Apóstoles, y preparado su regreso definitivo por la efusión del Espíritu Santo.

(1) Dícese en *Marc.*, XVI, 9-11: «Habiendo resucitado por la mañana el primer día de la semana, apareció primeramente á María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios. Ella lo fué á decir á los que habían estado con Él, que estaban afligidos y llorosos. Y ellos, cuando oyeron que estaba vivo, y que ella le había visto no le creyeron.» Evidentemente hay aquí un resumen, sino de lo referido por San Juan, á lo menos de lo que se hallaba en la tradición oral y que el cuarto Evangelio debía desarrollar más tar-

Sin embargo, casi en el mismo momento, se manifiesta Jesús á las otras mujeres que, habiendo tenido en el

de. Este resumen suscita la cuestión de la autenticidad de los doce últimos versículos que leemos en San Marcos.

Todo lector atento advertirá entre los versículos 8 y 9 una solución de continuidad evidente. No tan sólo se modifica notablemente en ellos la viva y pintoresca narración de San Marcos, sino que se reduce á un resumen muy suscito de las apariciones referidas por los otros Evangelistas. Así los versículos 9 y 11 cuentan lo que se lee en *Juan*, XX, 1-10; los versículos 12 y 13 son resumen de *Luc.*, XXIV, 13-15; el versículo 14 se refiere á *Lucas*, XXIV, 36 y sigs., y *Juan*, XX, 19 y sigs. Los demás, 15-18, se inspiran en el final de *Mat.*, XXVIII, 16-20, mientras que los 19-20 recuerdan á *Luc.*, XXIV, 50-53, pero con fusión general, en la que se hace difícil distinguir el adiós á la Iglesia en el monte de Galilea, y el adiós á los Apóstoles el día de la Ascensión en el monte del Olivar. Ni siquiera ha buscado el autor el enlace de este fragmento con el precedente. Así, por más que Magdalena hubiese sido mencionada en primera línea en este mismo capítulo XVI, entre las mujeres que van al sepulcro, entra en escena, en el vers. 9, como un personaje nuevo, y cuya curación milagrosa se obliga á recordar en términos que se refieren á *Luc.*, VIII, 2. (ἀφ' ἧς ἐκβεβλήκει ἐπὶ δαίμονια, y en *Luc.*, ἀφ' ἧς δαίμονια ἐπὶ ἐξεληλύθει.) Se repite que era *muy de mañana, πρωί*, y el *primer día de la semana, πρώτη σαββάτου*, como si esto no hubiera sido dicho más arriba en el vers. 2. *λίαν πρωὶ τῇ μίᾳ τῶν σαββάτων*, á propósito de la visita de la misma Magdalena y de las otras mujeres al sepulcro.

La soldadura, pues, está hecha sin ánimo de disimularla. Por esto, desde muy al principio, ha sido mirado este apéndice como una obra de segunda mano. Así, observan Eusebio, *ad Marin.*, q. 3, en Mayo *Spicil.*, I, pág. 61, y San Jerónimo. *ad Hedibian.*, q. 3, que, en su tiempo, se encontraba solamente en *raros manuscritos*. En realidad, tenemos comprobado que falta en los más antiguos, *Vatic.*, *Sinait.*, y que muchos Padres de la Iglesia parecen haberlo desconocido. La versión siríaca, recientemente descubierta por la señora Lewis, tampoco lleva este pasaje. En fin, ciertos manuscritos tienen otro final bastante breve, pero cuyo estilo revela un origen antiquísimo. Por otra parte, y esto complica el problema, lo encontramos en el códice *Aleandrino*, el *Ephrem*, y, generalmente, en todos los manuscritos de Italia, en las traducciones siríacas Peschito y Curetón, en el Diatessarón de Taciano. También está citado, en cuanto al versículo 20, en Ireneo, *Haer.*, III, 10, 60, que lo da como final del evangelio de San Marcos. Todo permite suponer que era leído igualmente por Justino, *Apol.*, 1, 39, 45, 49, etc. Su antigüedad, pues, es muy remota.

¿Es preciso reconocer que se remonta al primer siglo? Nos autoriza á creerlo así la autoridad con que, desde el principio, ha sido mirado en ciertos medios eclesiásticos. San Jerónimo, después de haber pesado todas las razones en pro y en contra, se determinó á ponerlo en la Vulgata. De hecho, el versículo 8 sólo puede ser una conclusión. Si el Evangelista, por un incidente que ignoramos, tal vez de la muerte de San Pedro, ó su propia muerte, durante la persecución de Nerón, dejó por acabar su obra, compréndese que cualquier personaje apostólico se hubiese atrevido á añadir las líneas finales. M. Conybeare creía haber hallado la solución de la dificultad en una traducción armenia descubierta por él en Etschmiazin, en 1891. Según él, el presbítero Aristión, calificado por Eusebio de *discipulo del Señor*, fué quien añadió el apéndice.

sepulcro ⁽¹⁾ la primera noticia de la resurrección, habían vuelto á la ciudad, mientras Magdalena conducía á Pedro y Juan á visitar el sepulcro. Siguiendo caminos diferentes, los dos grupos, no se habían encontrado. Por otra parte, no precisa San Mateo que se les hubiese aparecido mientras estaban en el camino. Sea lo que fuere, mostrándoseles el Maestro, les dijo: «Dios os guarde.» Ya preparadas por las palabras del ángel á la idea de la resurrección, se sorprendieron menos que Magdalena, pero no sin penetrarse de un santo pavor. Reconociendo en seguida á Jesús, ante su voz como ante sus rasgos, abrazaron sus rodillas y le adoraron, pegado su rostro á tierra. Al ver su emoción, empezó el Señor á animarlas desde luego. «No temáis,» les dijo. Pensando luego en los discípulos, á quienes convenía sobre todo animar, les repitió lo que había dicho el ángel. «Id, dad la nueva á mis hermanos para que vayan á Galilea, allí me verán.» Estos hermanos aquí mencionados, como en el mensaje dado á Magdalena, no son solamente los Apóstoles, que, en realidad, verán á Jesús antes de regresar á sus montañas, sino al conjunto de los discípulos, á los

ce. Pero basta para fundar una hipótesis un solo nombre, intercalado en rojo, después de dos líneas blancas, antes de la conclusión, en una época relativamente muy avanzada (la traducción puede ser antigua, el manuscrito es sólo del año 989)? En realidad, á falta de otras indicaciones, ¿no sería más sencillo suponer que Marcos, habiendo tenido que abandonar precipitadamente á Roma á la muerte de Pedro, dejó por acabar su libro, y que, más tarde, sea en Alejandría, sea en Asia Menor, dirigió á los fieles de aquella ciudad una conclusión de su Evangelio, la cual, por no estar sacada de la predicación directa, llena de imágenes y vibrante, del jefe de los Apóstoles, sino de la tradición oral, se redujo á una sencilla nomenclatura de las narraciones corrientes sobre las apariciones de Jesús? Llegado este suplemento cuando se habían difundido ya numerosas copias del Evangelio, quedó excluido de cierto número de ellas. De aquí la incierta suerte que le estuvo reservada en la Iglesia primitiva. Lo que autoriza esta suposición, es que parece, por lo menos parcialmente, que depende mucho más de la tradición oral (V. el vers. 11 en particular) que de los Evangelios escritos. En todo caso, la Iglesia católica lo ha mantenido como canónico, y, por consiguiente, como proveniente de un origen autorizado. Varios exégetas protestantes, abandonando injustísimos prejuicios, acaban por reconocer que ha hecho bien. V. Godet, *Introd. au N. T.*, vol. II, pág. 392 y sigs.

(1) Piensan algunos que esta aparición, mencionada por San Mateo, no es otra que la acaecida á Magdalena; pero la diferencia entre ambos relatos hace absolutamente improbable la identificación.

cuales conviene persuadir que se alejen de Jerusalén, medio lleno de peligro para hombres tan pusilánimes, y que regresen á sus casas, sin desesperar de lo por venir. Allí encontrarán á su Jefe y Pastor; allí se constituirá el reino de Dios, lejos de la persecución farisaica. Es preciso que se preparen en el recogimiento para ver al Resucitado. El plan de Jesús es mostrarse á las almas, á medida, solamente, que las almas se preparen para verle. Magdalena lo ve desde luego; llegará después el turno á los discípulos que se dirigen á Emaús; y en fin el grupo de los Once recibirá su visita oficial y prolongada. Procede gradualmente, á fin de arraigar, poco á poco, mas con seguridad, en los corazones, la fe en su resurrección.

Podríase preguntar por qué no quiso manifestarse Jesús inmediatamente á todos sus fieles, en medio de Jerusalén, y á la faz de sus enemigos. En primer lugar, no es seguro que la aparición á los quinientos discípulos reunidos no hubiese tenido lugar en el momento en que las caravanas salían de la Ciudad Santa. Esta hipótesis no es en absoluto insostenible. Pero, admitiendo que se hubiese producido en Galilea, fácil es entrever las razones que impidieron al Salvador mostrarse abiertamente, cuando se hallaba aún en Jerusalén. Los fieles no hubieran dejado de predicar al punto la gran nueva, con riesgo de provocar violentísimas hostilidades, y de levantar prematuramente una tormenta que no eran capaces de afrontar. Era preferible aguardar á que su alma estuviese bien fortificada y se hallase protegida por el Espíritu Santo contra sus propias flaquezas. Por el momento, parecía que el designio providencial era mantener las esperanzas mesiánicas de la muchedumbre con el pensamiento de una visita en Galilea y la fe de los jefes de esta muchedumbre con apariciones parciales y sucesivas; las cuales, debiendo bastar á preparar una explosión final de entusiasmo el día de Pentecostés, al paso que mantenían el fuego sagrado en estado de centella, no podían provocar el furor del partido farisaico, que se contentaba con mofarse de las voces esparci-

das sobre el Resucitado, como de tantas fábulas sin importancia.

Al preguntar por qué no se mostró Jesús á sus mismos enemigos para confundirlos con su glorioso triunfo, olvida el racionalismo que Dios da su gracia con medida, y que retira aun los rayos del sol á los obstinados que cierran los ojos. La fe sólo es mérito en cuanto no exige la evidencia. Los judíos, que no creyeron en las palabras ni en las obras de Jesús, estaban ya juzgados. Tampoco creerían en la vida del Resucitado, y, en todo caso, creerían sin mérito, como los demonios en el infierno. Exige Dios un confiado asentimiento del corazón, sentimiento que los verdugos, al ver á su víctima resucitada, eran incapaces de experimentar.

Mas, en cuanto á los discípulos mismos, no es de creer que Jesús se mostrase en las condiciones físicas en que había vivido precedentemente. Su estado era en absoluto espiritual; aparecía y desaparecía súbitamente; solo se le reconocía cuando Él quería darse á conocer, sea por su voz, sea por sus formas físicas. Era el Resucitado, y para poder distinguirle en su nuevo estado, era preciso tener el ojo que se reservaba abrir ⁽¹⁾ el Espíritu de Dios. El alma debía estar preparada para esta visión sobrenatural; la de los enemigos de Jesús no lo estaba, porque la de los mismos amigos lo estaba sólo imperfectamente. A los fariseos y sus aliados no podía aparecerse Jesús sino para juzgarlos, y la hora del juicio no había sonado todavía.

Sucedió, sin embargo, que, sin presentarse á ellos, les significó, con testimonios nada sospechosos, que todavía estaba vivo. Mientras, en efecto, por una parte, los representantes de la Iglesia naciente, llegados á embalsamar al muerto, estaban encargados de ir á anunciar á sus hermanos que el Maestro había resucitado, por otra, los guardas apostados por los príncipes de los sacerdotes para retenerle en el sepulcro, se habían visto en la extraña ne-

(1) *Luc.*, XXIV, 31; *Juan*, XX, 16.

cesidad de ir á decir á sus amos que el muerto había desaparecido. Así, amigos y enemigos habían vuelto apresuradamente á la ciudad porque el sepulcro estaba vacío; éstos con la alegría de tan feliz nueva, aquéllos con el terror de tan extraño suceso.

Observa San Mateo, en efecto, que volvieron á entrar todos casi simultáneamente en Jerusalén. «Y mientras ellas iban—dice,—he aquí algunos de los guardas fueron á la ciudad y dieron aviso á los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado.» Tal fué, pues, la notificación oficial de la resurrección, que el Sanedrín, por amarga burla de la suerte, se procuró por sí mismo. ¡Dichoso él si se hubiera aprovechado de ella! Pero los malos no ven el bien sino para aborrecerlo más, y los mentirosos á todo están dispuestos con tal de ahogar la verdad. Concertáronse, pues, con objeto de saber lo que podría responderse á tan desagradable nueva, y como todos viesan claramente sus graves consecuencias, decidieron que era preciso que de todos modos y hasta el fin llevasen ellos la razón. ¿Cuál hubiera sido, por otra parte, la situación de los asesinos, si la víctima hubiese sido reconocida públicamente justa y santa por un testimonio completamente divino? ¿Qué fuera del partido perseguidor en presencia de la glorificación suprema del perseguido? Resolvieron, pues, los sanedritas tapar con oro la boca de los inoportunos testigos, enviados por ellos mismos para confirmar el triunfo de su víctima. Audaz era el proyecto; de todos modos se atuvieron á él y pagaron á los soldados para que dijese: «Vinieron de noche sus discípulos y lo hurtaron mientras nosotros estábamos durmiendo.»

Observa el Evangelio que se les dió una cantidad de dinero en proporción con la mentira exigida. A esta cuenta, la recompensa debió ser considerable, porque grande era el crimen que se obstinaba en desfigurar la obra de Dios, tan visiblemente revelada. Por lo demás, no era menor la necesidad de la excusa. Dormían los guardas y lo habían visto; lo habían visto y no lo habían impedido. La explica-

ción que proponen del milagro era, á fe, digna de personas que sueñan despiertas. Pero el oro ha sido siempre medio fácil de hacer decir á seres mezquinos cualquiera cosa, sobre todo cuando, viniendo de lo alto la corrupción, promete la impunidad, suceda lo que suceda. En el caso presente, si los soldados de la guardia eran los ujieres del Templo, el Sanedrín era dueño absoluto de sus empleados; si, como hemos supuesto, pertenecían al ejército romano, siempre resultaba posible persuadirlos de que, en el sepulcro, habían sido víctimas de algún fraude, ó de alguna arte mágica preparada por los discípulos. Como paganos, debían ser naturalmente crédulos. De haberse producido una intervención sobrenatural, provocada por los Apóstoles, los soldados no podían ser responsables ante Pilato, pues nadie está obligado á luchar contra fuerzas invisibles y desconocidas. En cualquier hipótesis, era preciso atenerse á la afirmación general que debía satisfacer la vana curiosidad del pueblo: Los discípulos habían robado al muerto. Si Pilato llegase á inquietarse por el rumor popular, los mismos príncipes de los sacerdotes se encargarían de defender á los interesados, restableciendo, siempre que fuere necesario, en las altas esferas, los hechos tal como habían pasado, pero haciendo circular siempre entre el pueblo las voces de un latrocinio cometido y de una superchería coronada con el éxito.

No tardaron los soldados en quedar persuadidos. Tomaron el dinero, y dejaron que se difundiese entre los judíos el rumor de que los discípulos habían robado el cadáver. San Mateo dice que, en el tiempo en que escribía su Evangelio, tenía aún alguna creencia este rumor, del cual se encuentran vestigios en el Talmud ⁽¹⁾; y San Justino nos informa en qué forma el Sanedrín comunicó el incidente á los judíos que habitaban en Palestina y á los que vivían en el extranjero ⁽²⁾.

(1) V. el odioso libro del *Toledoth Jeschu*, citado en Eisenmenger, *Entdeckt. Judenth.*, 1, p. 190 y sigs.

(2) *Dial. c Tryph.*, 108: «Se ha suscitado una secta impía—decían aque-

De este modo, desde la mañana del tercer día, supo oficialmente la ciudad entera que no estaba ya en el sepulcro el cuerpo del Crucificado. Según unos, los discípulos le habían ocultado; según otros, nadie sabía qué se había hecho de Él. Un pequeño número afirmaba, fundado en la palabra de los ángeles, que había resucitado. Yendo más lejos que todos, las santas mujeres sostenían que le habían visto vivo.

llos emisarios—que tienen por jefe á un impostor galileo que se llama Jesús. Habiéndole nosotros crucificado, sus discípulos, durante la noche, *νυκτός*, lo robaron del sepulcro, *κλέψαντες αὐτον ἀπὸ τοῦ μνημείου*, en donde había sido depositado su cuerpo, al ser descendido de la cruz. Y ahora engañan á todo el mundo, *πλανῶσι τοὺς ἀνθρώπους*, haciendo creer que resucitó de entre los muertos, y subió al cielo. Comp. Tert., *Apol.*, 21, y *Spect.*, 30; Orígenes, *c. Cels.*, I, 56, y *Acta Pilati* en Thilo, p. 615.

CAPÍTULO II

La tarde del mismo día, en el camino de Emaús

Los dos discípulos que iban á Emaús.—Tercer viajero que se mezcla en su conversación.—Inquietud de los discípulos.—La gran lección de exégesis apologética.—«Quédate con nosotros, porque se hace tarde.»—Reconocente en la fracción del pan.—Regreso precipitado á Jerusalén.—Jesús había aparecido á Pedro, é indudablemente también á María, su Madre. *Luc.*, XXVI, 13-35; *Marc.*, XVI, 12-13).

Por la tarde de este mismo día, iban dos discípulos á Emaús, población que se encuentra á sesenta estadios de Jerusalén. Todo lo que sabemos de ellos es que uno se llamaba Cleofás. Este nombre, sin ninguna otra indicación ⁽¹⁾, representa probablemente un personaje nuevo en la historia evangélica; nosotros no nos decidimos á reconocer en él al padre de Santiago y de José. En cuanto al otro, se han hecho sobre él las conjeturas más diversas y gratuitas ⁽²⁾.

La aldea de Emaús, adonde se dirigían, no es, como creyeron Eusebio y San Jerónimo, la capital de la toparquía que tomó más tarde el nombre de Nicópolis ⁽³⁾, al S. E. de Lydda, y á ciento setenta y seis estadios de Jerusalén. Se

(1) *Luc.*, XXIV, 18, lo pronuncia accidentalmente para designar aquel de los dos viajeros que respondió el primero á Jesús.

(2) Según ciertos autores, ó fué Santiago en compañía de su padre Clopas, ó fué Pedro mismo, que, sin embargo, se halla excluído por los vers. 22 y 24; según otros, Natanael, y hay quien supone que fué el mismo San Lucas, quien, al consignar aquí un incidente en que se halló afortunadamente mezclado, se impuso guardar el anónimo. Mas por admirable que sea la viveza del relato, no basta para apoyar esta hipótesis. Aun cuando no fuese casi cierto que, en aquella fecha, Lucas, de origen pagano y morando muy lejos de Jerusalén, no podía hallarse mezclado en manera alguna en este detalle de la historia evangélica, el sello arameo de la página en cuestión, bastaría para indicar que el Evangelista la encontró completamente hecha en los documentos por él utilizados.

(3) I *Mac.*, III, 40, 57.

trata aquí ⁽¹⁾ de un lugar menos alejado, y Josefo, en efecto, menciona una población de Emaús, á sesenta estadios de la Ciudad Santa, en cuyo territorio, después de la guerra de los judíos, colocó Tito ochocientos veteranos. ¿En dónde se hallaba exactamente esta aldea? No podemos precisarlo con certidumbre.

Caminaban conversando sobre lo que acababa de pasar en Jerusalén, y cambiaban sus impresiones con cierta tristeza y descorazonamiento. Como al acaso, juntóseles un tercer viajero en su camino y se puso á caminar con ellos. Este viajero no era otro que Jesús, pero los ojos de ellos no le reconocieron. Por una parte, nada podía estar más lejos de su pensamiento que la sospecha de que se hallaba al lado de ellos el mismo que sabían estaba en el sepulcro, ó á lo menos, entre los muertos; y, de otra, Jesús había tomado las apariencias de un viajero unido á ellos como por casualidad. Según hemos ya observado, una de las propiedades del Resucitado era la de modificar su aspecto, aparecer y des-

(1) En otras partes (*Voyage aux Pays Bibl.*, vol. I, p. 186 y sig., *Revue Bibl.*, enero 1892, p. y sig.), 101 hemos reclamado extensamente contra el obstinado error de los que quieraa, con Eusebio y San Jerónimo, identificar el Emaús de San Lucas con el Emaús Nicópolis, célebre en la guerra de los Macabeos y capital de una toparquía en tiempo de Jesucristo. (Josefo, *B. J.*, III, 35; Plinio *H. N.*, V, 14). Por de pronto, esta última ciudad, según el *Itinerarium Hieros.*, estaba á ventidós millas de Jerusalén, esto es, á 32 kil. 582 m. ó bien, puesto que el estadio olímpico era la octava parte de una milla romana, á 176 estadios. La verdadera lección en *Lucas*, XXIV, 13, dice que el paraje adonde se dirigían los discípulos estaba á 60 estadios. Algunos manuscritos de los cuales uno solo, el *Sinaiticus*, se remonta al siglo IV, tienen una corrección inspirada en el mismo error en que cayó Eusebio, leyéndose en ellos 160 estadios. Véase la excelente disertación de nuestro amigo el R. P. Lagrange, *Revue Bibl.*, 1896, p. 87-92. Por lo demás, la mal aconsejada corrección nada soluciona, porque 160 no es lo mismo que 176. Además, ¿no es evidente que los dos discípulos ni quisieron ni pudieron hacer en una tarde un curso de 64 kil., porque, en fin, fueron á Emaús y volvieron de allí probablemente en una tarde? No vemos, en efecto, que hubiesen tomado durante el camino la comida del medio día, y por la tarde, partiendo de Emaús, después de la puesta del sol y aun antes de cenar, llegan á Jerusalén antes de que se hayan acostado los Apóstoles, *ὄσσης ὄψις*, en *San Juan*, XX, 19, es decir, de noche. Comps. *Marc.*, XIII, 35, en que se halla precisado el sentido de *ὄψις*, con relación á la media noche. Y, de hecho, habían salido de paseo: *δυσὶν περιπατοῦσιν*, según *Marc.* XVI, 12, é iban, no á una ciudad importante, sino á una modesta aldea, *εἰς κώμην*, *Luc.*, XXIV, 13, situado en medio de los campos, *εἰς ἀγρὸν*, añade, en efecto, *San Marcos*.

aparecer conforme quería ⁽¹⁾. Familiarmente, el recién venido se mezcló en la conversación de los dos amigos: «¿Qué pláticas son esas que tratáis entre vosotros, caminando, y por qué estáis tristes?» Con su pregunta daba á entender el interlocutor que ni siquiera sospechaba sus penosas inquietudes. Grande fué la extrañeza de los discípulos al encontrar, en las mismas puertas de Jerusalén, un hombre tan poco al corriente de los sucesos que á ellos les traían tan apasionados, y uno de ellos, llamado Cleofás, exclamó con alguna vivacidad: «¿Tú sólo eres forastero en Jerusalén y no sabes lo que allí ha pasado estos días?»—«¿Qué cosa?»—replicó Jesús, afectando, cada vez más, una ignorancia mortificante para hombres tan penetrados de su asunto.—«Pues—dijeron simultáneamente con una indignación que debió ser particularmente agradable á su interlocutor, porque revelaba una fe deseosa de dilata-

En realidad, Josefo. *B. J.*, VII, 6, 6, nos habla de un país que tenía por nombre Emaús, *χωριον... δ καλεϊται Ἀμμαοῦς*, á 60 estadios de Jerusalén, y que fué dado á 800 veteranos del ejército romano, después de la destrucción de Jerusalén. Se ha puesto en duda, en Josefo como en San Lucas, la cifra 60, leyendo unos 160 y otros 30 solamente, pero sin motivos serios. Es, pues, preciso buscar en un radio de 60 estadios alrededor de Jerusalén, el Emaúa del Evangelio, que parece haber sido identificado con el de Josefo. En lo primero que ocurre pensar es en Kolonich, cuyo nombre recuerda la colonia de los veteranos; pero de Kolonieh á Jerusalén no hay 60 estadios, 11 kil., y siendo esto así Kolonieh sólo puede servir de señal para fijarnos en la región en que habían sido acantonados los veteranos. El *χωριον δ καλεϊται Ἀμμαοῦς*, podía extenderse, hacia poniente, hasta Kiriet-el-Anab, ó hacia el norte hasta Kubeibeh, uno y otro exactamente á 60 estadios de Jerusalén. Sabido es que este último lugar es el que mantiene la tradición franciscana. En este caso, la colonia de los veteranos estaría extendida, de sur á norte, entre los dos grandes caminos que, al oeste, abordaban á Jerusalén. Tal vez Beit-Mitsa ó Mõsa, Hamõsa con el artículo, identificada en el Talmud, *Sukkah*, IV, 5, con Kolonieh, y que se encuentra en el Uadi, como punto de unión entre Kubeibeh y Kolonich, conserva aproximadamente el nombre del pequeño distrito de Emaús en donde, siempre según el Talmud, iban á coger los ramos para la fiesta de los Tabernáculos. En cuanto á Kiriet-el-Anab, indicado por los documentos de los siglos XII y XIII, V. *Pèlerinages français*, in 8; Ginebra, 1882, tiene en favor suyo la fuente cerca de la cual habrían comido Jesús y los dos discípulos, fuente llamada, en tiempo de las cruzadas, *Fuente de Emaús*, y conservada aún bajo la cripta de la iglesia de Abu-Ghosch V. Mauss, *l'Église de Saint-Jérémie à Abou-Gosch*, París, 1892.

(1) Esto es lo que entiende San Marcos por estas palabras: *ostensus est in alia effigie*.

tarse—de Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de los hombres; y cómo le entregaron los Sumos Sacerdotes y nuestros príncipes á la condenación de muerte y le crucificaron.» Adviértese, en la rapidez de su relato, que su boca habla de lo que llena su corazón. Parece como si se interrumpiesen, como si se ayudasen mutuamente para referir mejor estos sucesos extraordinarios ignorados por su nuevo compañero. Luego, con un acento de tristeza que revela, si no una decepción completa, á lo menos una inquietud profunda: «Mas nosotros—añaden,—esperábamos que Él era ⁽¹⁾ el que había de redimir á Israel; y ahora, sobre todo esto, es hoy el tercer día que han acontecido estas cosas.» No se atreven á articular lo que se halla en el fondo de su pensamiento, que Jesús había prometido resucitar al tercer día, y que ya no era posible contar con la realización de esta promesa. «Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las cuales antes del amanecer fuerõn al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo que habían visto allí visión de ángeles los cuales dicen que Él vive.» Admira no encontrar mencionados aquí los primeros rumores de la aparición; pero el tono mismo del relato permite ver que los dos discípulos no estaban dispuestos á parecer demasiado crédulos. Hablan de las apariciones angélicas como de un hecho que ha podido pasar muy bien en las imaginaciones de las mujeres. «Y algunos de los nuestros ⁽²⁾ fueron al sepulcro; y lo hallaron así como las mujeres lo había referido; mas á Él no lo hallaron.» Estas últimas palabras confirman el testimonio de los Evangelistas sobre la incredulidad absoluta de los discípulos cuando las mujeres fueron á contar la aparición de Jesús resucitado. Los dos viajeros no honran, siquiera

(1) Varios manuscritos llevan: «Esperábamos que Él es».

(2) He aquí una nueva prueba de que no debemos dejarnos guiar por indicaciones en apariencia divergentes, pero solamente incompletas. Parecía indudable, según San Lucas, que Pedro había ido solo al sepulcro (v. 12); y he aquí que el mismo San Lucas supone ahora que no iba solo. La rectificación, hecha como al acaso, adquiere mayor importancia.

con una simple mención, el relato que aquéllas hicieron; era indudablemente más inverosímil aún que sus visiones de ángeles y seres sobrenaturales.

El Maestro había preguntado y escuchado bastante. Llególe el turno de hablar, y lo hizo con una vivacidad de lenguaje capaz de admirar á sus interlocutores, si no se hubiese hallado en armonía con sus más íntimas esperanzas, y sostenida por una demostración perentoria: «¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! Pues qué, ¿no era necesario ⁽¹⁾ que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?» ¡Insensatos! Como todos los judíos ciegos, solamente han leído una parte de las profecías mesiánicas, la que presenta al Mesías triunfante y glorioso; si hubieran vuelto la página, hubieran visto que la humillación debía preceder á la gloria, y que la resurrección tenía por preámbulo necesario la cruz y el sepulcro. Tal era el plan divino, y nadie podía modificar en él cosa alguna.

Entonces empezó á dar una magnífica lección de teología exegética. El campo era vasto. Comenzando por Moisés, pasa revista, uno por uno, á todos los Profetas. Encontrándose anunciado á si mismo en cada página de sus libros, demuestra á sus dos admirados oyentes cómo, en los menores detalles, había realizado Jesús de Nazaret todos los oráculos mesiánicos. Más particularmente les hizo tocar con el dedo que los sufrimientos del Mesías eran la condición necesaria de su glorificación y de la redención del mundo. Así, una vez más, establecía á los ojos de los fieles que la Escritura era realmente el libro en que Dios, mediante la pluma de los autores inspirados, había trazado de antemano el retrato y la historia de su Hijo. Según toda probabilidad, la mayor parte de las aplicaciones que, después de Pentecostés, hicieron los Apóstoles

(1) Volvemos á encontrar aquí el inexorable *dei, es necesario*, *Mat.*, XXVI. 54; *Marc.*, VIII, 31; *Luc.*, XXIV, 7, 26; *Juan*, XII, 34, etc. que debiera haber llamado la atención de los dos discípulos y recordarles el lenguaje del Maestro.

de la Biblia á los principales sucesos de la vida de su Maestro, no fueron más que reproducción de las indicaciones dadas por el mismo Jesús ⁽¹⁾.

Muy corto les pareció el viaje distraídos con tan interesante diálogo. Habían llegado á la aldea adonde se encaminaban los dos discípulos. Jesús fingió querer continuar su camino. Complaciase sobre todo en sondear aquellos dos corazones tan profundamente conmovidos. ¿Existía en ellos un verdadero deseo de escuchar aún al incomparable apologista? La gracia que acababan de recibir ¿les despertaba la sed de una gracia mayor, prefería detenerse en este punto su fútil curiosidad? Los dos discípulos, llenos de esperanza y penetrados ya de un ardor completamente sobrenatural, respondieron á la piadosa prueba como Jesús deseaba. Rehusaron dejarle partir. Sus almas estaban ávidas de oír todavía aquella palabra que tan directamente se armonizaba con sus secretas aspiraciones. Reiteráronle las más apremiantes instancias para obligarle á detenerse. Le decían: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día.» Sus corazones principalmente se habían llenado de luz después de las escenas de la Pasión. Jesús consintió en entrar con ellos en la casa en donde iban á alojarse. Ignoramos si esta casa era de ellos ó de alguien de su familia. Lo más probable es que, hallándose al parecer solos con Jesús, se encontraban ó en una hospedería ó en una casa de recreo inhabitada, cedida gratuitamente, y á la que ellos mismos habían llevado sus provisiones.

Llegada la hora de la cena, cedióse la presidencia de la mesa al misterioso viajero. Ordinariamente el padre de

(1) De *Lucas*, XXIV, 25-27, 44-47, no se deduce que Jesús interpretara la Escritura en sentido *acomodaticio*. Por consiguiente, no creemos oportuno que se diga que probablemente la mayor parte de las *aplicaciones* apostólicas sean debidas á estas indicaciones del Maestro. Adviértase que los exégetas católicos enseñan comúnmente que si bien los escritores sagrados, en sus exhortaciones, no se abstuvieron de emplear el sentido *acomodaticio*, la mayor parte de las citas bíblicas son literales y típicas en las demostraciones.—N. del T.

familia era el que bendecía la comida, pero cedía este privilegio á un doctor de la ley, si se hallaba alguno en la reunión, y éste después de haber partido el pan, lo distribuía á los convidados. Esto hizo Jesús. Hubo, sin duda, en su plegaria algo tan suave, en su voz un acento tan penetrante, que el alma de sus discípulos, tan vivamente conmovida, ya no vaciló en reconocer á Aquel que hablaba el lenguaje del cielo. La fracción del pan completó la revelación ¿Consagró Jesús este pan, como la noche de la Cena, ó comunicó sencillamente una gracia de iluminación al fragmento que les alargó? ⁽¹⁾ El resultado fué el mismo, porque, á través de este pan, cayó un rayo de luz sobre el que lo ofrecía. Abriéronse los ojos de los dos discípulos hasta entonces cerrados, y el Señor se mostró transfigurado. Hubo un movimiento de arrobamiento extático, por desgracia demasiado corto. Y cuando, después de haber consolado y fortificado su fe, desapareció súbitamente el Maestro ⁽²⁾, trataron de resumir sus impresiones. «¿Por ventura no ardía nuestro corazón ⁽³⁾ dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?» Así, volvían espontáneamente á aquel bendito instante en que habían sentido renacer la fe en su corazón, y tomar cuerpo la centella de sus esperanzas, al potente sople de Jesús. Desde el momento en que el alma habita definitivamente en las tranquilas y serenas regiones de la santidad, se complace en el recuerdo de la hora decisiva que precedió á su transformación, porque esta hora, más que todas las otras, fué la de la misericordia y el amor.

Al punto los dos discípulos, sin cuidarse ya de la comida, que apenas empezaba, se levantaron, y, no pudiendo guardar para sí solos, un momento más, la buena nue-

(1) No es de creer que *Lucas*, XXIV, 30, 31, 35, se refiera á la consagración eucarística, pues difícilmente puede suponerse que los dos discípulos conociesen la institución del gran Sacramento.—N. del T.

(2) La expresión *ἀφαντος ἐγένετο ἀπ' αὐτῶν* indica que Jesús volvió á su estado ordinario, que era el de ser invisible. De él salió al mostrarse.

(3) Esta observación tan íntima y llena de candorosa verdad, ¿debe revelarnos al autor del relato reproducido aquí por nuestro evangelista, autor que habría sido uno de los dos discípulos? Acaso.

va, corrieron á Jerusalén para anunciarla á los Apóstoles. Encontraron á los Once y á los demás fieles reunidos (1), todos presa de la más viva emoción. Desde los relatos de las santas mujeres, había sobrevenido un testimonio nuevo, de una gravedad particular: el de Pedro, que aseguraba haber visto al Maestro.

Nada sabemos de esta aparición, citada, sin embargo, por San Pablo (2) como la primera de todas. Tales lagunas, por sorprendentes que sean, se encuentran á veces bastante indicadas por los mismos Evangelistas, para que nos autoricen á sospechar las que no indican. Así ¿qué cosa más natural que suponer una aparición de Jesús á su Madre? Y, sin embargo, en ninguna parte se halla mencionada.

Probablemente Jesús se apareció á Simón (3) poco antes de la partida de los discípulos para Emaús. Las dos primeras apariciones oficiales parecen, pues, haber sido para María la pecadora y para Simón el renegado, como si los corazones más quebrantados por el arrepentimiento fuesen también los más abiertos á la gracia.

Estas sorprendentes relaciones de testigos tan diversos agitaban vivamente los espíritus, pero San Marcos nos declara que no consiguieron convencer todavía al Círculo Apostólico (4); era necesaria una manifestación ante todos. Jesús no permitió que se acostaran sin este consuelo.

(1) Los dos viajeros, pues, no pertenecían al número de los Once.

(2) I *Cor.*, XV, 6.

(3) Ha observado alguien que Pedro se llama, y sus hermanos le llaman, Simón, en vez de Pedro, á partir de sus negaciones. Diríase que es un hombre decaído de su dignidad, á quien se arrebató el título de nobleza recibido en el campo de batalla, á raíz de una victoria, y perdido en seguida con una vergonzosa derrota.

(4) También aquí hay una divergencia entre el apéndice de *Marc.*, XVI, 13: *οὐδὲ ἐκεῖνοι ἐπίστευσαν* y el relato de *Luc.*, XXIV, 34, en que los Apóstoles reciben á los dos discípulos diciéndoles: *ἤγγεθη ὁ Κύριος ὄντως*. Cabe indudablemente la suposición de que los sentimientos se hallaban divididos, ó bien que los Apóstoles rehusaba creer, no que Jesús hubiese resucitado, puesto que se había aparecido á Pedro, sino que se había manifestado también á los dos discípulos. En todo caso, es aquí evidente la independenciam del final de Marcos, puesto que parece contradecir á San Lucas en el momento en que parecía resumirle.

CAPÍTULO III

La noche de la resurrección. Primera aparición al Círculo Apostólico

La reunión de los Apóstoles.—Jesús entra estando cerradas las puertas.—Y, sin embargo, no es un fantasma.—«¡Ved y tocad!»—Dudar más, no sería ya razonable.—Misión confiada á los Apóstoles mientras esperan la fiesta de Pentecostés.—Poder de perdonar los pecados. (*Luc.*, XXIV, 36-44; *Juan.* XX, 19-25; *Marc.*, XVI, 14).

Todo había, pues, concurrido ampliamente, durante aquel día, á preparar á los Apóstoles para la decisiva manifestación que iba á cerrarlo ⁽¹⁾. El sepulcro estaba vacío; todos debieron convencerse de ello desde la mañana. Magdalena en primer lugar, y las santas mujeres después, pretendían haber visto al Resucitado. Pedro acababa de tener también su aparición, y los discípulos de Emaús, confirmando todo esto, aseguraban haber viajado, conversado largamente y aun comido con Él. Por muchas que fueran todavía las dudas del Colegio Apostólico ante tan graves afirmaciones, no es menos cierto que todos sentían profundamente conmovido su corazón. Tenían, si no la esperanza, á lo menos el vivo deseo de comprobar por sí mismos el extraño prodigio.

Conversábase con toda naturalidad acerca de los diversos relatos de la aparición. Cada uno los discutía, los atacaba ó los defendía á su modo. Las puertas de la sala en donde se habían reunido se hallaban cuidadosamente cerradas. Era preciso mantenerse al abrigo de los indiscre-

(1) *Luc.*, V, 36 y sig., *Juan.*, V, 19, y la conclusión de *Marc.*, XVI, 14, concuerdan admirablemente acerca de la hora: *la tarde*, dice San Juan, *estando sentados á la mesa*, dice San Marcos; *al regreso de los discípulos de Emaús*, dice San Lucas.

tos, y sobre todo de los enemigos. Nadie disimulaba que los rumores esparcidos por la ciudad desde la mañana podían convertirse en una señal de persecución violenta. Un vago terror se cernía sobre el pequeño rebaño. De repente, haciéndose visible, se presenta Jesús allí, en medio de los suyos, los cuales, sin titubear, le reconocen. Sólo que, como había entrado sin abrir las puertas, creyéronse en presencia de un fantasma, y, olvidando todo otro peligro, se dejaron llevar de ese sentimiento de terror instintivo que causan las manifestaciones de ultratumba.

«¡Paz á vosotros!»—dijo Jesús al punto, queriendo tranquilizarlos. Esta fórmula, en hebreo, *shalom lekem*, era el saludo ordinario entre los judíos; pero, al emplearlo, el Señor tiene presente sin duda la promesa de su postrer adiós. Muy poco dueños de sí mismos para entender la alusión, muestran más terror todavía al oír hablar al que habían tomado por un fantasma. «Yo soy—añade Jesús—no temáis.» Con bondad encantadora comprobaba su propia identidad. Sin embargo, ¡cuán diferente era de sí mismo antes de su muerte y sobre todo, en su Pasión! Se presentaba triunfante delante de los que le habían abandonado cobardemente. La conciencia de su defección y de su incredulidad, excitaba en ellos un vivo sentimiento de vergüenza. Mas Él, como admirado de ver que su presencia inspiraba otras emociones que la alegría y la confianza: «¿Por qué—les dice—estáis turbados, y suben pensamientos á vuestros corazones?» Era, pues, siempre el mismo ojo el que escudriñaba las profundidades de las almas: la muerte no le había arrebatado su divina penetración. Leía las objeciones secretas, las discusiones íntimas, las dudas que impedían á los Apóstoles el que reconociesen pura y sencillamente al que volvía de entre los muertos. Era también la misma misericordia, que no debía dejar subsistente ninguna obstinación, la misma complacencia, que se ponía generosamente al alcance de todas las debilidades. Ante estas primeras señales tan características, no podía ser desconocido el Maestro.

Con todo, para que la demostración sea completa, ofrecerá otras. No sólo se manifiesta aquí su alma, sino también su cuerpo, en su realidad; he aquí por qué su resurrección es perfecta. La esencia de la resurrección no está, efectivamente, en la supervivencia del principio espiritual, sino en la renovación de la vida corporal. No porque permanezca enteramente sometido al imperio del alma, franqueando el espacio, apareciendo y desapareciendo cuando ella lo ordena, deja de tener el Resucitado una existencia física muy real; vive en las condiciones de un mundo superior y desconocido para nosotros, pero puede, siempre que lo quiere, establecerse en las condiciones del mundo en que vivimos. Ha cambiado su modo de existencia, mas no su realidad.

«Ved mis manos y mis pies—les dice,—que yo mismo soy; palpad y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.» Al mismo tiempo, les mostraba sus manos y su costado con sus cicatrices gloriosas. Sí, Él mismo era, guardando aún en su triunfo las horribles huellas del martirio. Los Apóstoles no podían dar fe á sus ojos, su alegría y admiración eran tan grandes, que parecían aún indecisos. Llevando, pues, más allá la comprobación, añadió Jesús: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Sucedió esto hacia al fin de la cena; presentáronle parte de un pez asado—como antiguos pescadores estaban naturalmente provistos de semejantes provisiones—y un panal de miel. Jesús comió de esto, no por necesidad, pues tal suposición destruiría la idea teológica de un cuerpo glorioso, sino para comprobar la realidad de su naturaleza corporal ⁽¹⁾.

Al verle tomar el alimento con sus manos, comerlo y hasta distribuirlo á los que le rodeaban, ya no duda-

(1) Como ya lo hemos indicado, la idea que podemos formarnos de un cuerpo resucitado y glorioso es que se presta pasivamente á todos los impulsos del alma, y no tiene otras necesidades que las del alma misma. Sin ser aniquilado, está sujeto á tales condiciones, que sigue todos los deseos del espíritu y no está sometido á ciertas leyes de la naturaleza física, (las de la densidad, del espacio de la impermeabilidad, etc.), cuando el alma lo exige. Por esto Jesús, mediante las experiencias del orden sensible más elemental, podía establecer la realidad de su naturaleza corporal resucitada.

ron los Apóstoles. El Maestro se mezclaba de nuevo en su vida; familiarizáronse, pues, al punto con Él y creyeron haberle encontrado definitivamente. Más tarde, los veremos recordar que han comido con el Resucitado ⁽¹⁾. Entonces se puso Jesús á reprocharles con dulzura su incredulidad y la obstinación de sus corazones, en presencia de los numerosos testimonios recogidos sobre su resurrección desde la mañana. Les hizo ver cómo, mientras vivía, había profetizado todo lo que había sucedido, y cómo, antes que Él, los escritores inspirados, desde Moisés, y los autores de los salmos, hasta el último de los Profetas, habían visto, en las humillaciones del Mesías, el preliminar obligado de su glorificación suprema. A fin de que la demostración fuese más provechosa, haciéndose más inteligible, abrióles el espíritu, y entonces se les hizo admirablemente claro ⁽²⁾ el sentido de las Escrituras.

(1) *Hechos*, X, 41.

(2) Después del relato de esta aparición, se abre, en San Lucas, una laguna que compromete considerablemente la perspectiva histórica y puede turbar al lector. Diríase que, al terminar su obra, nuestros Evangelistas, como, por otra parte, el autor del libro de los *Hechos*, pusieron menos cuidado en su trabajo, acabándolo todo como pudieron, sin conclusión seria. Así, Mateo, después de haber mencionado la aparición á las santas mujeres, termina bruscamente con la aparición á los Once en Galilea, en la montaña indicada de antemano, y nos deja con la impresión de que algunos dudaron todavía del prodigio. Es cierto que, al hablar de una entrevista concedida á los Apóstoles, parece suponer una conversación previa con ellos, ó por lo menos, con algunos de ellos, pero de esta conversación no dice nada. Marcos, si concluyó por sí mismo su libro, hace, como hemos dicho, á partir de XVI, 9, un sumario muy resumido de las apariciones mencionadas por los otros. El mismo Juan había terminado su obra en la segunda aparición de Jesús á los Apóstoles, estando presente Tomás. El cap. XXI aparece como un apéndice á su primer trabajo. De hecho, había dejado la puerta abierta á otras adiciones diciendo que Jesús había obrado muchos otros prodigios no consignados en su libro. Pero el más sorprendente es San Lucas, el cual, aunque parece, según los *Hechos*, I, 3, 4, que ha hablado extensamente de las apariciones de Jesús, dispone, no obstante, XXIV, 44 y siguientes, su conclusión de manera que permite creer que la Ascensión tuvo lugar, no ya el mismo día, á menos de colocarla de noche, sino poco después de la Resurrección. En efecto, no sin violencia—porque la palabra *αὐτῶς* parece unir sólidamente las dos frases,—se introducen cuarenta días de intervalo entre los vers. 43 y 44, ó, si se prefiere, entre los 49 y 50. Y, sin embargo, debe hacerse así, porque, ó el libro de los *Hechos* no es de San Lucas, ó el Evangelista supo que Jesús resucitado permaneció cuarenta días sobre la tierra, mostrándose á sus discípulos, discurriendo y comiendo con ellos.

Á medida que entraba la convicción en su alma, la inundaba de gozo. ¿Podría sucederles nada más dichoso que sentir elevarse su fe, completamente viva, y más viva que nunca? De este modo entraban también ellos en una vida nueva, por la tarde de aquel gran día de la Resurrección, enardeciéndose su corazón, no menos que el de los dos discípulos en el camino de Emaús, al escuchar la palabra del Maestro. Jesús, que la vez primera les había dicho, con objeto de calmar sus inquietudes y hacer cesar sus dudas: «Paz á vosotros,» les renovó este mismo deseo, pero dando otro sentido á sus palabras. Actualmente, en efecto, les desea, para lo venidero, la paz y la fidelidad á sus nuevos deberes. «Paz á vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envió ⁽¹⁾.» Terminada la obra del Maestro entre los hombres, va á empezar la de los discípulos. Al término de su glorioso trabajo, les encarga que emprendan ellos mismos esta obra, que la desarrollen y la acaben. ¿No les ha prometido ya muchas veces esta elevada misión? Entrado en la vida nueva, representa al Padre mismo, y, con su autori-

Sin duda que, puede decirse que, teniendo el proyecto de volver á tomar en el libro de los *Hechos* la historia del período precedente á la Ascensión, pudo contentarse con dar el sentido general de las últimas enseñanzas del Maestro á los Apóstoles, y terminar bruscamente en la postrera glorificación. Todo esto comprueba un hecho, pero no explica el que no se haya dicho nada de la estancia intermedia de estos apóstoles en Galilea, y que aun se deje entender que éstos no habían abandonado todavía á Jerusalén cuando Jesús subió al cielo. ¡Y, sin embargo, San Lucas fué el evangelista que tomó la pluma con intención de escribir una historia seguida y sabiamente ordenada de la Buena Nueva! Juzguemos por aquí de las lagunas que hay en los otros, lagunas que, como se ve en el caso presente, los inquietaron muy poco. Pudiendo, en efecto, con una palabra, si no llenarlas, á lo menos indicarlas, es evidente que no se propusieron hacerlo. ¿Por qué el Hijo de Dios, venido á la tierra para darse enteramente á nosotros, no quiso que nos quedase una historia menos incompleta de su vida? ¿Tal vez para dejar á la Iglesia el cuidado de continuarla haciéndola, más útilmente que los libros, sobrevivir en el desarrollo de su doctrina y mediante el florecimiento perpetuo de sus santos? No atinamos con otra respuesta á una pregunta tan grave.

(1) San Juan coloca en esta primera entrevista la misión definitiva de los Apóstoles y la comunicación del Espíritu Santo. ¿Será porque, queriendo detener de pronto su Evangelio en el acto de fe de Tomás, deseó agrupar, resumiéndolas en el relato de la primera aparición, las instrucciones dadas más tarde á los Apóstoles? ¿Hubo realmente una colación de poderes y de dones graduada y sucesiva? Todo esto es posible.

dad, como el Padre le había enviado, está personalmente en el derecho de enviar, á su vez, sus representantes al mundo. Éstos nada tendrán que temer de sus enemigos. Con el milagro de la resurrección, su Maestro deja probada suficientemente su omnipotencia. Pero no sólo les desea la paz, sino que se la asegura, y nadie sería capaz de arrebatar-sela. El mundo está abierto delante de ellos, y, como á un aguerrido ejército, los incita Jesús á que avancen sin temor, anunciando á todos el gran prodigio que acababa de cumplirse. Necesitarán una firmeza indomable y un celo esforzado, mas el Espíritu de Dios se encargará de comunicárselo.

Y Jesús sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados, perdonados les son, y á los que se los retuviereis, les son retenidos.» No es esto la simple promesa de Pentecostés, ni Pentecostés mismo. Da Jesús á los suyos el socorro celestial de que tienen necesidad para agruparse, sostenerse y resistir, hasta el momento solemne en que llegue el Espíritu Santo con la abundancia de sus dones. La presente comunicación del Espíritu á los discípulos es á la Resurrección lo que Pentecostés será á la Ascensión. Como Jehová había infundido, soplando ⁽¹⁾, la vida al primer hombre, Jesús, que posee también la plenitud de la divinidad, sopla para dar la vida nueva á la nueva creación; y como el sopro de Dios había producido en el alma de Adán la imagen misma del Creador, así el sopro del Hijo resucitado imprimirá en el alma de los Apóstoles la semejanza del Redentor, y les asegurará su propio poder.

Los Apóstoles, en efecto, tendrán el derecho de perdonar ó retener los pecados. Jesús ha ejercido, durante su vida pública, esta admirable prerogativa, y, sin ella, hubiera sido irrealizable el establecimiento del reino de Dios; porque, ante todo, es preciso juzgar de la dignidad ó de la indignidad de los hombres que piden participar de ella.

(1) *Gén.*, II, 7.

Teniendo la nueva sociedad sus bienes, su honor, su vida propia, es preciso ser aceptado, y, para ser aceptado, será necesario ser examinado y juzgado. Sobre esta base descansa la doctrina católica de la confesión, y es, para todo espíritu exento de prevenciones, de una lógica irrefutable. ¿Cómo admitir á la comunión de los bienes de la Iglesia á los que no la conocen? ¿Cómo conocerlos sin examen y sin confesión? Una vez sustanciado el proceso, el Apóstol ejerce el más augusto de los derechos dictando sentencia; da la vida ó la muerte, abre ó cierra la puerta, abraza ó maldice.

El ejercicio de este poder era de inmediata necesidad, porque varios de los enemigos del Crucificado, tocados del arrepentimiento, debían solicitar pronto el favor de ser inscritos como prosélitos del Resucitado. ¿Quién iba, pues, á conceder el perdón? No estando ya allí el Rey, parecían indispensables jueces oficialmente delegados; pues bien, para tan elevada función diputó Jesús á los Apóstoles.

Su misión se ha perpetuado á través de las edades, y la Iglesia absuelve ó condena, no solamente en sus concilios generales, sino en esos juicios secretos y privados en que el sacerdote, oídas las revelaciones de un alma y su arrepentimiento, declara que esta alma es digna ó indigna de participar de los santos misterios; que es pura ó impura; que está ingertada en Jesucristo, ó que vive lejos de Él. No solamente juzga, sino que también cura y rehabilita, perdonando por sí misma el pecado. ¡Extraño fenómeno en el orden moral! Á partir del día en que habló así el Maestro, toda una raza de hombres, señalados con el sello de Dios, ha reivindicado públicamente este derecho de perdonar el pecado. Ahora bien, la incredulidad misma no es capaz de negar que estos hombres han logrado en todo tiempo acallar en el alma de los mayores criminales los remordimientos más desgarradores, y darles un verdadero consuelo en su último suspiro. Hay más, y es que estos mismos hombres han logrado frecuentísimamente reformar la vida moral de los que se les han presentado para hacerles sus arrependidas

confesiones, y someterles humildemente el estado de sus almas. Nadie pondrá en duda que, ni aun desde un punto de vista puramente filosófico, no encuentre el pecado, en la confesión, tal como la practica el catolicismo, su contrapeso más natural. Si, en efecto, fué orgullo, la humillación lo expía; si fué rebelión, la confesión le ofrece un reconciliador autorizado de Dios; si fué locura, la confesión le da una gran lección de sabiduría. Y, desde hace diecinueve siglos, he aquí que unos jueces, en nada parecidos á los de la tierra, siguen con secreto impenetrable, con caridad absolutamente paternal, los más diversos y singulares procesos: dejan á los culpables acusarse solos, admiten su deposición sin comprobación, y tienen la inagotable caridad de pronunciar sobre ellos una sentencia que rehabilita en vez de manchar, que da la vida á quien sólo podía esperar la muerte. ¿No hay aquí una señal de que la institución es cosa divina, y que la confesión es la consecuencia lógica del derecho concedido á los Apóstoles de retener ó perdonar los pecados?

Indudablemente había pronunciado Jesús con alguna solemnidad las sacramentales palabras que daban jueces á la Iglesia. Su soplo, al pasar sobre la cabeza de los suyos, acababa de penetrarlos de una virtud nueva. Todos quedaron conmovidísimos, y el Maestro los había ya abandonado, cuando ellos creían escuchar todavía su voz y recoger sus bendiciones.

El resto de la velada fué consagrado á las expansiones de alegría causada por las nuevas prerogativas que acababan de recibir, y á las graves reflexiones que les inspiraba el hecho en adelante incontestable de la Resurrección.

CAPÍTULO IV

Octava de la Resurrección.—Segunda aparición de Jesús á los Apóstoles

¿Por qué antes de regresar á Galilea debían creer todos, y por qué no creía Tomás?—Condiciones que había impuesto para su acto de fe.—Cómo las acepta Jesús y las cumple.—El discípulo ante las llagas del Maestro.— ¡Señor y Dios mío!—¿Qué fe es la más meritoria? (*Juan, XX, 24-29*) (1)

Los Apóstoles pasaron toda la semana pascual en Jerusalén, pues á ello les obligaba la ley mosaica. Hubieran podido partir el día siguiente del sábado, es decir, el día mismo de la octava de la Resurrección; pero parece muy natural que hubiesen querido solemnizar allí tan solemne aniversario.

Y, efectivamente, volvemos á encontrarles cuidadosamente encerrados en el lugar de su retiro, como al día siguiente de la Pascua; lo cual es una prueba de que los judíos no habían cesado de mostrar contra ellos una actitud amenazadora. Quiso Jesús colmar su alegría, renovando, en medio de ellos, su primera aparición. Por otra parte, quedaba aún una oveja por conducir al redil; ahora bien, de las que el Padre le había confiado, no quería dejar perecer ninguna, excepto el miserable hijo de perdición. Entre los Once, uno había que, por esforzado y bueno que fuese, no participaba aún de la fe de sus hermanos. Pero el Colegio Apostólico sólo podía volver á Galilea para predicar en ella la gran Nueva, á condición de ir todos

(1) El final de *Marcos*, XVI, 14, resume así esta aparición y la precedente: «Finalmente, estando sentados á la mesa los Once, se les apareció; y les afeó su incredulidad y dureza de corazón por no haber creído á los que le habían visto resucitado.» La continuación recuerda absolutamente á San Lucas, así como su falta de perspectiva en lo referente á la Ascensión.

á una, sin tener más que un corazón, un alma y una convicción.

Cuando tuvo lugar la primera aparición, Tomás Dídimo se hallaba ausente. ¿Por qué? No lo dice el Evangelista. ¿Se había apoderado la desanimación de su melancólica alma? ¿Se había separado de los demás para entregarse por entero á la tristeza de su decepción? ¿Quería evitarles el escándalo de su incredulidad? ¿Había sido su ausencia efecto del simple acaso? Poco probable era esto en un día tan lleno de grandes noticias y á la hora de la comida. Sea lo que fuere, había debido comprobar que el aislamiento, en estas horas decisivas de la vida moral, rara vez es provechoso á un corazón turbado. Cuando, á las persistentes voces de las apariciones de Jesús, se determinó á reunirse á sus compañeros, le dijeron éstos con alborozo: «¡Hemos visto al Señor!» Y expusieron probablemente los detalles de la visita, sin llegar á despertar, con todo, en el obstinado escéptico la fe que sentían desde entonces tan viva en sus propios corazones. Tomás se limitó, en efecto, á acusarlos de credulidad y, encerrándose más que nunca en sus objeciones y sus dudas: «Si no viere en sus manos—les dijo,—las hendiduras de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré.» La forma de esta respuesta y la triple condición que pone á su acto de fe, muestran bien á las claras lo muy resuelto y razonado de su incredulidad. No quería solamente ver, como pretendían haber visto sus hermanos; exigía tocar los signos distintivos del Crucificado. Compréndese lo muy vivo que había quedado el cuadro del Calvario en la imaginación del discípulo siempre amante, aunque incrédulo, y tanto más descorazonado cuanto más amante.

Una semana había transcurrido sin que la alegría de sus amigos, tan afortunadamente convencidos, hubiera cambiado en nada el triste estado de su alma. Sin embargo, la convicción de los otros no le desplazaba, antes bien, continuaba fielmente viviendo con ellos. Tal vez esperaban

todos una nueva manifestación para festejar la octava de aquella que los había llenado de tanto consuelo. Por otra parte, estaban en vísperas de partir para Galilea: ¿iba el Maestro á dejar entrar aquel joven y esforzado ejército en sus montañas, sin darles su orden postrera?

En efecto, al atardecer del octavo día, y en la misma sala en que habían tomado la comida pascual—glorioso Cenáculo al cual los unian los más caros recuerdos,—estando aún cerradas las puertas, se presentó Jesús de nuevo en medio de los suyos diciendo: «¡Paz á vosotros!» Grande debió ser la emoción de Tomás, sobre todo cuando, tomándole á parte el Maestro, le dijo: «Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel.» Este es el momento psicológico en que todo se pierde y todo se gana, el punto en que se dirige el alma definitivamente hacia la fe ó hacia la incredulidad final, en que elige la vida ó la muerte. ¿Volverá á encontrar Tomás su fe de apóstol ó se convertirá en un renegado? Tomar así una por una, con tal exactitud, las exigencias brutalmente formuladas por el discípulo, equivalía á demostrar, quien hablaba, era sin la menor duda el mismo Jesús. Si, en medio de tanta bondad, daba á su proposición un tinte ligeramente irónico, era porque deseaba conmover más profundamente el alma del pobre obstinado. Al mismo tiempo, enseñaba sus manos con sus terribles estigmas, dejaba ver la llaga de su costado, y parecía esperar la experiencia decisiva que Tomás había reclamado. La escena se iba haciendo particularmente interesante. El Apóstol, lleno de turbación, al oír repetidas con tanta exactitud palabras que, sin embargo, no había pronunciado ante el Maestro, se había levantado. Sorprendido, transportado, se acercó al Resucitado. La luz celestial le inundaba con sus rayos, la evidencia le oprimía, su conciencia le acusaba. La visión de la verdad, como la de Dios, pone al hombre fuera de sí. El Apóstol, como en éxtasis, cae de rodillas, y, quebrantado por la emoción, exclama: «¡Señor mío y Dios mío!» Así, de un solo golpe,

pasaba esta alma inquieta desde la incredulidad más obstinada á la fe más categórica. «¡No creeré!»—había dicho Tomás el primer día.—«¡Eres mi Señor y mi Dios!» exclama ahora. Con estas palabras traspasaba todos los homenajes tributados á Jesús durante su vida mortal, y demostraba que, aun para formular afortunadamente y de súbito un acto de fe, los últimos pueden pasar á ser repentinamente los primeros.

En vano se intentaría transformar en exclamación vulgar una afirmación dogmática, tan enérgicamente acentuada. No le era permitido al judío emplear el nombre de Dios para expresar su sorpresa ó su alegría ⁽¹⁾, y, por otra parte, el Evangelista señala con todas sus letras que Tomás *respondió* á Jesús ⁽²⁾ al decir: «¡Señor mío y Dios mío!» Á Él, pues, se aplica el título de Dios, lo mismo que el de Señor, y sólo á Él puede aplicarse. Por lo demás, no son éstas unas palabras que, en sus labios, vayan más allá de su pensamiento. Como todas las almas que raciocinan mucho antes de creer, y que creen enérgicamente y para siempre, una vez convencidas, Tomás formula su símbolo ⁽³⁾, y á él quedará adicto hasta la efusión de su sangre, porque sabemos que su vida acabó con el martirio. Su palabra y su pensamiento, que tan felizmente parecen terminar ⁽⁴⁾ un Evangelio que empieza por estas palabras: «Y el Verbo era Dios,» fueron el dogma primero y fundamental de la naciente Iglesia. Poco después, en efecto, Plinio anunciará á Trajano que los cristianos *cantan himnos al Cristo como á un Dios*. En su entusiasmo, el Apóstol

(1) *Exodo*, XX, 7.

(2) *Juan*, XX, 28, *respondit et dixit ei*.

(3) La energía que muestra es notable. Saluda al Maestro: «Ὁ Κε-
ρίστος μου!» y luego como Dios: «καὶ ὁ Θεός μου!» No sólo es significativa la gra-
dación, sino que también la repetición del artículo y de la palabra *μου* acentúan admirablemente el grito del alma creyente que posee el objeto de su fe y se adhiere á él enérgicamente.

(4) En efecto, San Juan considera como acabado su libro con esta profesión de fe. Muchos otros prodigios tenía que contar, pero no era necesario para el objeto que se proponía. Quería conducir á esta conclusión última, á saber, que Jesús es precisamente el Cristo, el Hijo de Dios, á fin de que esta fe dé la vida á los que la profesen. (*Juan*, XX, 30, 31). Y lo consiguió.

había sido sobre todo lógico. Relacionando lo que en otras ocasiones había oído decir al Maestro acerca de sus relaciones con el Padre ⁽¹⁾, y lo que contemplaba actualmente, veíase obligado á afirmar que el Maestro era Dios.

Por esto, en vez de afeár este acto de fe, que el entusiasmo parecía transformar en blasfemia, el Señor lo aprueba. No dice á Tomás, como á Juan el Ángel del Apocalipsis: «No adores más que á Dios;» sino que, (y precisamente por cuanto reconocer en Él al Señor y á Dios es la condición esencial de la fe) concluye: «Porque me has visto Tomás has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron.» Distingue Jesús dos clases de fe: una que no quiere entregarse sino después de haber visto, y sobre su propia experiencia; otra que se entrega ante un sencillo testimonio cuya veracidad ha comprobado. No rechaza en absoluto la primera, y el ejemplo de Tomás prueba que á veces se digna condescender con sus exigencias, aun con las más excesivas. Pero esto no puede ser más que una excepción; de otro modo, Dios sería deudor de un milagro á cada creyente. La fe verdadera que constituirá á la Iglesia cristiana, la fe de las edades futuras, será aquella misma que cree porque otros vieron, y que, remitiéndose á su leal testimonio, cantará: «¡Sí, sin haberlo oído por mí mismo, creo que Dios ha hablado!»

Después de la caritativa lección, desapareció el Maestro, y los Apóstoles no pensaron ya sino en la dicha de volver á verle pronto en Galilea.

(1) *Juan*, XIV, 9.

CAPÍTULO V

Aparición de Jesús en las orillas del lago de Tiberíades.

Los Apóstoles en Galilea.—Pesca en el lago.—El hombre en la ribera.—«Echad las redes á la derecha.»—«¡Es el Maestro!»—Pedro en el agua.—La comida en la arena.—«Simón ¿me amas?»—Triple expiación y rehabilitación plena.—«*Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.*»—Profecía sobre el martirio de Pedro.—Palabras á propósito de San Juan.—(*Juan*, XXI, 1-24 (1)).

No estaba exenta de peligros la estancia de los Apóstoles en Jerusalén. Como el partido jerárquico los hacía vigilar, viéronse obligados á partir después de las fiestas, y, según el consejo del Maestro, entrar de nuevo en Galilea. Lo por venir era aún para ellos un misterio, mas esperaban graves acontecimientos.

(1) El Evangelio de San Juan parecía acabado, como hemos observado, con la segunda manifestación de Jesús á los Apóstoles, estando presente Tomás. La conclusión es, en efecto, categórica: «Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.» El autor certifica que queda cumplido su programa; que no habiendo querido ser completo, no hay que reprocharle lagunas; que le basta haber probado, con una selección de relatos, la misión y la filiación divinas de Jesús, lo cual constituía su principal objeto. ¿Cómo, pues, explicar la adición de un nuevo capítulo ó un trabajo visiblemente terminado? Sólo puede ser un apéndice destinado, ora á rectificar la falsa interpretación atribuida á las palabras de Jesús acerca de la inmortalidad de Juan, versículo 23, ora á establecer definitivamente la primacía de Pedro. Y, de hecho, la crítica se ha atenido en todo tiempo, á esta explicación. Negar la autenticidad del fragmento no era posible, pues todos los testimonios intrínsecos y extrínsecos están en su favor. Dejando á parte, en efecto, la cuestión de los dos últimos versículos, que pueden constituir el objeto de una discusión especial, encontramos en él no solamente el lenguaje de San Juan (*ἐφ' ἑρῶσεν ἑαυτῶν*, comp. con VII, 4; la *mar de Tiberíades* que en ninguna parte se lee sino en *Juan*, VI, 1; *οἶδαμεν*, empleado por dos veces aquí y, particularmente en el cuarto Evangelio; *ἀθρακιά*, comp. *Juan*, XVIII, 18; el doble *ἀμήν*;

Su primer cuidado fué probablemente difundir por el camino la gran nueva de la Resurrección de Jesús, á fin de destruir la penosa impresión causada por el anuncio de su muerte. Ávidos de sostenerse mutuamente y de dar á sus testimonios mayor fuerza, mantuviéronse agrupados alrededor de Pedro, su jefe. Cafarnaúm fué su más indicada morada. Allí se hallaban elementos graves y serios preparados desde hacia mucho tiempo para constituir la nueva sociedad cristiana, y allí podían dedicarse á un apostolado fructuoso. Así se explica la reunión de los siete personajes mencionados por el Evangelio al principio del presente relato: Simón-Pedro, Tomás Dídimo, Natanael de Caná de Galilea, los dos hijos de Zebedeo ⁽¹⁾ y otros dos de entre los discípulos ⁽²⁾.

Una tarde, como si hubiera querido dar tregua á sus graves pensamientos, y tal vez también porque era preciso proveer á la subsistencia de todos, dijo Pedro á sus amigos: «Voy á pescar.»—Pues bien—dijeron estos,— vamos también nosotros contigo.» Y subieron juntos á

Natanael en vez de Bartolomé; el discípulo á quien Jesús amaba etc), sino también su manera fácil y su candorosa vivacidad. En cuanto á ciertas dificultades insignificantes de estilo suscitadas por los esfuerzos de una minuciosa crítica, pueden explicarse por la posterioridad de la fecha en que debió ser escrito y añadido este suplemento. Por otra parte, aun ofreciendo los caracteres de un apéndice compuesto mucho más tarde, este fragmento fué unido ciertamente al texto, desde la primera edición del cuarto Evangelio. No se ha encontrado un solo manuscrito que no lo lleve. Esto es concluyente, y sólo resta inquirir el por qué no lo insertó San Juan en el mismo cuerpo de su libro, antes de la conclusión del capítulo XX. Varios autores, con el objeto de explicar esta anomalía, emitieron la opinión de que este pasaje, escrito sobre una narración del Apóstol, fué unido á la continuación de su Evangelio.

(1) Hallándose aquí inscritos los hijos de Zebedeo en último lugar y fuera del que ocupan de ordinario en todos los catálogos apostólicos, puede verse en esto la prueba de que es Juan precisamente el autor del relato. Se atribuye á sí propio el último lugar, y se designa por una indicación general: *los hijos de Zebedeo.*

(2) Se ha preguntado cuáles pueden ser estos dos discípulos innominados. ¿Será uno de ellos el que provocó y conservó este encantador relato? Se ha pensado en Aristión y en Juan el presbítero, mencionados por Papias como «discípulos del Señor» Pero nada es más temerario que pretender colocar nombres donde no los hay, y transportar prematuramente á Galilea algunos efesios que, según toda probabilidad, jamás fueron á ella.

una barca. Se complacían sin duda en hacer revivir, en las azuladas ondas del lago, los dulces recuerdos de otros tiempos; allí habían sido llamados, instruidos y amados del Maestro. Pero he aquí que mientras su alma se dejaba llevar de piadosas emociones, la pesca, proseguida á través de tantas distracciones, estaba muy lejos de dar el resultado apetecido. Toda la noche pasó sin que hubieran pescado nada.

Hacia la mañana, apareció un hombre en la ribera. A distancia y á través de la niebla, no se distinguía sino imperfectamente su figura. Lejos estaban los discípulos de suponer que era el Maestro. Éste, como para entrar en conversación, empezó á gritarles: «Decid, hijos, ¿tenéis algo de comer?» Y le respondieron; «¡No!» Tomáronle por un viajero apremiado por el hambre y en busca de víveres. «Echad la red á la derecha del barco—añadió el misterioso interlocutor—y hallaréis.» Hiciéronlo así, y pescaron tal cantidad de peces, que arrastraban sus redes con gran trabajo. La derecha ha sido siempre, según la Escritura, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, el mejor lado. Benjamín, el hijo de la derecha, es el privilegiado de su padre y el querido de Jehová ⁽¹⁾. Las ovejas ó los elegidos están á la derecha del soberano Juez, mientras que los machos cabríos ó los malos pasan á su izquierda. Con todo, la causa real de la pesca prodigiosa que acababa de tener lugar no era precisamente la dirección impresa á las redes, sino la indicación dada por el interlocutor y aceptada por los Apóstoles. Siempre que arrojen la red fiados en la palabra del Maestro, jamás perderán el tiempo los pescadores de hombres.

Miraban los discípulos, llenos de asombro, al que les había dado una advertencia tan oportuna, pero sin que ninguno de ellos pareciese reconocerle. Juan el primero, con su mirada de águila, ó mejor, con aquella mirada del cora-

(1) Génes., XLIV, 22; Deut., XXXIII, 12, (*).

(*) El autor alude á la etimología de *Bin-yamin*, que en hebreo significa «*Filius-dexteræ* i. e. felicitatis q. d. Felix» (Gesen.)—N. del T.

zón cuya fuerza penetra la niebla y suprime el espacio, sospechó el afortunado encuentro. «El Señor es» dijo. A estas palabras, tomó Pedro su túnica, y cubriéndose con ella, puesto que estaba desnudo ⁽¹⁾, se precipitó en el mar para llegar más pronto. Los demás, remolcando con su barca la red llena de peces fueron abordando lentamente. Se hallaban á doscientos codos de la ribera.

Muy felizmente determinado se encuentra aquí el carácter y el papel futuro de los dos discípulos en la Iglesia. Juan será el hombre contemplativo que ve; Pedro el hombre enérgico que obra. Sin pedir esta vez al Maestro que le permita caminar sobre las aguas, adelantase hasta el que Juan ha adivinado. Nada, corre, llega. Esta actividad entusiasta se ha convertido en el carácter distintivo de los sucesores de Pedro. Por instinto como por misión providencial, son los primeros en defender la verdad, adivinar el error, publicar la Buena Nueva. Corren á Jesús y á su luz, guiados por su entusiasmo y su ardor, mientras que los otros con sus libros, su elocuencia, su paciente trabajo, no llegan sino bastante después. Regularmente, en la lucha contra las herejías, Pedro precede y los otros siguen.

Bajados á tierra, encontraron los Apóstoles un brasero encendido, un pescado que se estaba asando y pan ⁽²⁾.

(1) Muy cierto es que la palabra *γυμνός* puede á veces entenderse de un hombre que sólo lleva la camisa; en este sentido, decían los griegos *γυμνὸν ἐν τῇ χιτῶνισκῇ*. Este no es su sentido ordinario. En *Marcos*, XIV, 52, designa un personaje que ha quedado absolutamente desnudo. Lo que se infiere aquí del texto es que Pedro no se hallaba en estado de comparecer decentemente ante Jesús. Por esto se cubre con un vestido, poco propicio, por otra parte, para permitirle ganar más pronto la ribera. Hoy día, los pescadores del lago se meten en el agua completamente desnudos, salvo los cristianos que, por decencia, llevan un ligero delantal que no estorba sus movimientos. Querer distinguir entre *χιτών*, *ἐπερδύτης* y *ιμάτιον*, al tratarse de pescadores, es atribuir á esta pobre gente un lujo de vestidos que desconocen en absoluto. Los que llevan una camisa larga en forma de blusa son los mejor vestidos.

(2) Varios traducen por pescado y pan, tomando *ἄψαριον* en sentido colectivo, mas semejante traducción carece de autoridad, y es contraria al sentido que conviene dar al incidente. Pretender, en efecto, considerar el hecho nada más que desde un punto de vista simbólico, y buscar en él una lección sobre las condiciones que diferencian el apostolado de Jesús y el de los Apóstoles, equivale á empeñarse en explicaciones que, puesto que nada tienen de natural, acaban por convertirse en pueriles é inadmisibles. Así,

¿De dónde había salido todo aquello? No se cuida el Evangelista de decirlo, como no se cuida tampoco de decirnos cómo entró en el Cenáculo estando las puertas cerradas. Para él, Jesús es el Señor, y no tiene que inquietarse del cómo de las cosas, cuando en ellas se encuentre mezclado. Si en los días de su vida mortal, cambiaba el agua en vino y multiplicaba los panes y los peces, en el curso de su vida superior ¿no sería más capaz aún de procurarse, creándolo, lo que deba servir á la formación moral de sus discípulos? Quiere hacer aquí los honores de una nueva comida milagrosa, porque con este pan y este pez va á alimentar á los siete pescadores. No se ha advertido bastante que en manera alguna se ha dicho que se hiciese asar pescado fruto de la pesca milagrosa, ni que hubiesen comido de él los Apóstoles. Cierto es que Jesús ha dado esta orden: «Traed acá de los peces que cogisteis ahora,» pero es para obligarles á hacer una especie de inventario, echándolos en la arena, y para darse cuenta de la pesca prodigiosa que efectuaron. Y, efectivamente, subiendo Pedro en el mismo momento á la barca, sacó fuera la red llena con ciento cincuenta y tres peces. Detalle digno de ser tenido en cuenta: con semejante peso no se rompieron las redes. Han supuesto algunos que estos ciento cincuenta y tres peces, que representaban toda la fauna

1 pescado representaría la actividad de Jesús, y 153 la de los Apóstoles. En el fondo, el narrador parece no haber tenido sino un solo objeto: mostrar á Jesús como taumaturgo después de su resurrección lo mismo que durante su vida; he aquí por qué se aparece, provocando, en primer lugar, una pesca milagrosa, y alimentando en seguida á los suyos con un pescado que ni siquiera es de esta pesca. Todo el mundo admite que, en este doble milagro, hay que buscar una enseñanza más elevada; pero suponer que, sin alusión ni indicación previa, Jesús había querido únicamente dirigir á sus discípulos una enseñanza simbólica cuyo sentido no era capaz de comprender ninguno de ellos, ¿no es atribuirle el papel del doctor que pierde el tiempo? No se ha notado bastante en el texto que, si el vers. 10 parece sugerir la idea que se hizo asar una parte de la pesca milagrosa, los vers. 9, 12 y sigs. se oponen á esta interpretación. San Crisóstomo, explicando este pasaje, comprendía, como nosotros, que Jesús había alimentado milagrosamente á sus discípulos. Los primitivos artistas que decoraron con sus sencillas pinturas las Catacumbas participaban también de este modo de entender el texto evangélico.

del lago ⁽¹⁾, eran imagen de las numerosas almas que los Apóstoles, con la cooperación del Espíritu Santo, debían coger pronto en el mundo, y arrastrar victoriosamente á los pies del Maestro.

Hasta este momento, los demás discípulos se habían mantenido respetuosamente á distancia. Comprobada la pesca milagrosa, díjoles Jesús:—«Venid, comed.» Adelantándose entonces, pero con algún temor, no se atrevían, según el Evangelista, dirigirle la palabra para preguntarle quién era y trabar así conversación. En realidad, veían que era Jesús, pero tal vez encontraban en los rasgos del Resucitado algo misterioso, extraordinario, celestial, que les prohibía pensar en renovar sus relaciones familiares de otros tiempos. Acercóse á ellos el Maestro, tomó el pan y el pez, empezó á distribuirlos, y, por un acto de su omnipotencia, con aquello hubo suficiente para saciarlos á todos. Como en los hermosos tiempos del ministerio galileo, encontrábanse, pues, en la playa del lago, en torno de un milagroso y fraternal banquete, presidido por el Maestro, verdadero jefe de familia. Nada sabemos de los piadosos discursos que constituyeron su principal alegría. Tal vez el silencio fué la expresión más elocuente de felicidad en todos ellos. Nada impide creer que, si Jesús se comunicó poco en palabras, se dió entero bajo el símbolo del pan como en la primera cena. *Piscis assus, Christus est passus!*—dijo San Agustín. En este caso, el festín ofrecido en la arena, no fué solamente el emblema, sino sobre todo el gusto anticipado del cielo, en el que el Hijo de Dios, al comunicarse á las almas como recompensa, se convierte en su alimento y eterna felicidad ⁽²⁾.

(1) San Jerónimo, *in Ezech.*, XLVII, 9, pretende, en efecto, autorizándose en Opiano, poeta cilicio contemporáneo de Marco Aurelio, que los antiguos no conocieron sino 153 especies de peces. Pero lo más probable, á pesar de todas las disertaciones simbólicas acerca de este número, es que significa simplemente una gran muchedumbre. Sólo se precisa aquí este número para que Pedro, pescador de profesión, pueda apreciar tan hermosa redada. Juan, pescador como él, experimenta un interés particular en notar tan buena fortuna.

(2) Como si quisiera rectificar una vez más á los Sinópticos, el cuarto

El doble milagro que acababa de tener lugar no era más que la preparación de una escena más importante y muy digna por sí sola de motivar la adición de un capítulo suplementario al Evangelio de San Juan.

Estaba terminada la comida. Después de su caída, y no obstante su arrepentimiento, Simón, aun cuando no hubiese perdido el primer lugar entre sus hermanos—una debilidad no suprime la dignidad conferida por Dios al hombre; además, Jesús había honrado al jefe de los Apóstoles con una aparición particular,—mostrábase triste y humillado. Su falta le parecía tanto más imperdonable cuanto más incontestada era su supremacía. Creyó Jesús que esta humillación debía tener un término. La ocasión parecía buscada expreso para una rehabilitación pública. La barca que se balanceaba en las olas y la pesca milagrosa que acababa de efectuarse invitaban á Simón á remitirse al día bendito en que la misericordia del Maestro le había escogido por discípulo, mientras esperaba hacerle apóstol; aquel había sido el día más hermoso de su vida. Al mismo tiempo, el brasero que humeaba á su lado podía recordarle el fuego junto al cual, en el atrio del Sumo Sacerdote, durante la noche terrible, había renegado indignamente por tres veces del que le había elegido: aquella noche era el punto negro de su existencia. Jesús, en su misericordia, quiso borrar, en presencia de todos, el afrentoso recuerdo. Una triple protesta de amor iba á hacer olvidar la triple infidelidad. «Simón, hijo de Juan—le dijo, recordándole con esta denominación el tiempo en que todavía no era Pedro,—¿me amas más que éstos?» La pregunta, propuesta en estos términos, aludía evidentemente á las palabras de Pedro: «Aun cuando *todos* se escandaliza-

Evangelista observa que esta manifestación de Jesús al grupo apostólico casi completo fué la tercera. Hasta dice: *ya la tercera*, ἤδη τρίτον, para indicar que hubo otras. Ésta, pues, debe colocarse antes de todas las que tuvieron lugar en Galilea, sin tener en cuenta las diversas apariciones á algunos particulares: Magdalena, Pedro, los discípulos de Emaús y Santiago (*).

(*) Es decir, que no hay rectificación, pues *Juan* se refiere á las manifestaciones colectivas: 1.ª, XX, 19; 2.ª, XX, 26; 3.ª, XXI, 1.—N. del T.

ren en ti, yo no me escandalizaré jamás.» y recordaba sus presuntuosas protestas de antes de la caída. Con humildad profunda—respondió Simón:—«Sí, Señor, tú lo sabes que te amo.» No busca ya comparación alguna con sus hermanos; hasta descarta la que Jesús le propone. Además, el Señor ha empleado en su pregunta una palabra que indica el amor profundo, y Pedro, en su respuesta, la cambia por otra que expresa solamente su afecto ⁽¹⁾. Su humildad teme, en lo sucesivo, decir demasiado y producir solamente obras inferiores á sus protestas. Después de todas estas precauciones de lenguaje, se contenta con apelar á la misma apreciación de quien únicamente puede leer en el fondo de las almas. El Maestro entonces, con una autoridad llena de benevolencia, le dice: «Apacienta mis corderitos ⁽²⁾.» Por supuesto que el verdadero Pastor será siempre el mismo, porque los corderos quedan todavía suyos; son su inalienable rebaño: «*Oves meas—observa justamente San Agustín,—sicut meas pasce; non sicut tuas.*» No debiendo quedar de un modo visible entre ellos, natural es que elija al representante principal y esencial, por cuya mediación asegure á su debilidad los más atentos y afectuosos cuidados. Apacentar, es decir, alimentar con el pan de la verdad ⁽³⁾, distribuir la vida substancial, será, pues, el primer deber de Pedro, y, después de él, de todos los pastores.

Hubo un momento de silencio, después del cual volvió á decir Jesús con creciente solemnidad: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Esta vez suprime toda comparación, porque visiblemente no le gusta á Pedro; pero la comparación suprimida no aminora el alcance de la pregunta. No se

(1) Esta es la diferencia que media entre *ἀγαπᾶν*, empleado por Jesús, y *φιλεῖν*, escogida por el discípulo. Así lo dejamos explicado en el tomo II pág. 415.

(2) La expresión *ἀρνία*, en lugar de *ὄρνις*, indica la ternura que siente el Pastor por la porción más joven, más falta de experiencia y más interesante del rebaño.

(3) La vez primera, se sirve Jesús del verbo *βόσκειν*, que significa *hacer apacentar*, la segunda emplea el verbo *ποιμαίνω*, que indica el cuidado general del rebaño; la tercera vuelve á la expresión empleada al principio.

trata de saber si Pedro ama más que los otros, lo que tal vez no fuera decir demasiado, sino si ama, absolutamente hablando. Sorprendido, sin duda, por esta insistencia, responde el discípulo con la misma humildad que la vez primera: «Sí, Señor, tú sabes que te amo.» Y añade Jesús: «Apacienta mis ovejitas ⁽¹⁾.» Éstas tienen necesidad, no sólo de ser alimentadas, sino también de ser gobernadas, para que no permanezcan estacionarias en el redil.

En fin, por tercera vez—era la antítesis de la tercera negación—dice Jesús: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro se entristeció, sea porque se hiciera más evidente la alusión á su triple negación, sea porque creyese que el Maestro dudaba de su amor ⁽²⁾. Recogiendo toda su energía, sin perder, no obstante, nada de la conmovedora reserva que había dictado sus primeras respuestas, dijo: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo.» Diríase que, por más cierto que esté de su afecto, conoce demasiado dolorosamente por experiencia cuán imprudente es responder de sí mismo; prefiere, pues, apelar y remitirse á la infalible apreciación de Jesús. «¡Apacienta mis ovejas!» añade el Maestro ⁽²⁾. Así, una vez más, proclama la primacía de Pedro, encargándole que apaciente las mismas madres del rebaño. Nada, pues, deberá escapar á la vigilancia del pastor delegado, y todo, sin excepción, se someterá á su cayado. Vemos aquí la consagración definitiva de las antiguas promesas, cuya realización parecía haber suspendido el Apóstol con sucaída. Le son

(1) La palabra *προβατρία*, que es la lección verdadera, indica el grado intermedio en el rebaño, entre los corderos y las ovejas madres, *πρόβατα*. Esta categoría especial está designada por un diminutivo lleno de ternura.

(2) Tanto más cuanto, en su tercera pregunta, Jesús había tomado la misma palabra de Pedro, *φιλείν*, en vez de *ἀγαπᾶν*, empleada hasta entonces por él, y parecía preguntarse si, aun reducido á aquel nivel, su amor era verdadero.

(3) La Vulgata dice: *agnos, agnos, oves*, en vez de: *agnos, oves, oves*; pero esto no tiene importancia. Tampoco la tiene el empleo de los diminutivos griegos; recuérdese la *orejita* de Malco, á pesar de que, según el autor, las tienen de ordinario muy crecidas los orientales. (V. *supra*, p. 274).—Nota del Traductor.

conferidas las llaves del reino, como al dueño de la casa, al pastor primero y supremo. Ahora, convertido, tiene el deber de confirmar á sus hermanos, y deberá hacerlo con paciencia y bondad. El que ha caído es más indulgente con las flaquezas de los demás. Si Jesús le mantiene su misión—á pesar de su pecado, y tal vez á causa de su pecado expiado, es porque le ve, para en lo sucesivo, más propicio que todos á la mansedumbre para con los hombres y al celo para la gloria de Dios. Tres veces ha afirmado Pedro que amaba al Maestro, porque cuanto más elevado se halla en dignidad, más debe elevarse en caridad. Está obligado á amar tres veces más que los fieles, y dos veces más que sus hermanos. La vigilancia, la abnegación y el sacrificio serán la prueba de este amor.

Por lo demás, el Maestro no le ha dicho aún la postrera palabra de su testamento. Simón, efectivamente, será su sucesor, no sólo en el gobierno del rebaño, sino en el camino más rudo y no menos glorioso del sacrificio. Marchará por el apostolado al martirio, como se dirigió á él el Maestro. Esto, según el Evangelista ⁽¹⁾—y los exégetas no tienen que buscar otro sentido,—es lo que expresan las siguientes palabras del Salvador: «En verdad, en verdad te digo: Cuando eras mozo, te ceñías, é ibas á donde querías; mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te llevará otro adonde tú no quieras.» Jesús distingue, pues, dos fases en la vida de Pedro: una aquella en que ha dispuesto libremente de sí mismo, como un joven que conserva toda su independendencia, mientras permanece solo; otra aquella en que, al aceptar la vida seria de jefe de familia, acaba de perder su libertad. La independendencia del hombre, en efecto, está siempre en razón inversa de la autoridad que recibe, ó toma, en el hogar doméstico. Esta segunda fase, que caracteriza de ordinario la edad madura, cambia enteramente su existencia. De tal modo, por razón de su primacía, Pedro será esclavo de sus nue-

(1) *Juan*, XXI, 19.

vos deberes. Dios se cuidará de ligarlo tan bien, que no pueda desprenderse de sus ligaduras, y, arrastrado de sacrificio en sacrificio, acabará dando su vida para asegurar el porvenir del rebaño.

Tal es el sentido general de la profecía. Debemos ver además, en la forma figurada que emplea, la indicación del suplicio reservado al jefe de los Apóstoles. De ordinario, en efecto, el estilo profético sigue un doble sentido paralelo, tan verdadero uno como otro, y no puede menos de reconocerse, en el anciano que extiende sus brazos ante el que le ata, á Simón Pedro, al jefe venerable de la familia cristiana, dejándose encadenar, al fin de su laborioso apostolado. Á ejemplo del Maestro, caminará resueltamente á donde rehusa ir la naturaleza, al horrible suplicio de la cruz ⁽¹⁾, y, poniendo sus manos temblorosas en el terrible árbol, buscará en él las palmas de un glorioso martirio ⁽²⁾.

Al terminar Jesús su profecía, como tuviese avisos secretos que darle, invitó á Pedro á que le siguiese. Pedro le siguió; pero, avergonzado Juan de haber permanecido en la barca y no haber imitado la diligencia de su amigo, no quiso dejar partir á Jesús sin acompañarle, á lo menos un momento. Por otra parte nos indica las razones que parecen autorizar su temeridad. ¿No era por ventura el discí-

(1) Atestigua la antigüedad que Pedro fué condenado á muerte en la persecución de Nerón. Todos los testimonios coinciden en afirmar que fué crucificado. V. Tertuliano, *Scorv.* 15, *Praescr.*, 35; Eusebio, *H. E.*, II, 25. Cuenta Orígenes, en Eusebio, II, 25, y III, 1, que pidió ser crucificado cabeza abajo, lo que responde perfectamente á la naturaleza ardiente y profunda humildad del convertido Pedro.

(2) Al observar el Evangelista que estas palabras profetizaban la muerte de Pedro, muerte que supone conocida de los lectores en sus dramáticos detalles, indica con esto que su Evangelio fué publicado después del martirio del jefe de los Apóstoles, es decir, después del año 64 de J. C. Si se da á cada detalle de la profecía un valor real, podrá verse en ella el cuadro exacto de la crucifixión: Pedro en el término de su carrera, *cum senueris*, extenderá sus brazos ó sus manos, *extendes manus tuas*, para dejar que realicen en él sus intentos; alguien ceñirá sus lomos, *alius te cinget*, y le levantará, así atado, *ducet*, llevándolo á donde no querría ir la naturaleza, *quo tu non vis*.

Este lenguaje de Jesús, recientemente crucificado, permitiría creer que la crucifixión se practicaba regularmente con cuerdas.

pulo amado de Jesús? ¿Podía creer que el Señor, quisiera hacer para él un secreto de lo que iba á confiar á Pedro? ¿No le había revelado á él el Señor en la última Cena, el nombre del traidor? Después de haber servido de intermediario á Pedro y de confidente á Jesús en una circunstancia tan grave, ¿cómo podía ser ahora un estorbo á su conversación? Juan, pues, fué hacia ellos. Por lo demás, desde hacía algún tiempo no sabía separarse del hijo de Juan. «¿Y éste qué?» preguntó entonces Simón que, habiendo oído los pasos de su amigo, quería ó introducirle en la conversación, ú obtener á lo menos una buena palabra para él ⁽¹⁾.

«Si yo quiero que él quede hasta que yo venga ¿á ti qué te va?—dijo Jesús—tú, sígueme.» Estas palabras, que, reprimiendo el afecto indiscreto de Pedro, tenían por objeto mantener á Juan apartado, pareció una profecía á los que las oyeron, pues creyeron que, habiendo anunciado Jesús la muerte violenta del uno, había también anunciado, en términos velados, la inmortalidad del otro ⁽²⁾. Se equivocaban, como lo observa el Evangelista, porque de ninguna manera había dicho el Maestro que Juan no moriría; y si había en su respuesta otro sentido que el natural de las palabras, si el verbo *quedar* significaba, no sólo quedar con el grupo apostólico, en vez de seguir á Pedro intempestivamente, sino también quedar en este siglo, sería preciso concluir que la muerte del mártir y la del justo difieren una de otra en que el mártir se conceptúa que va á Jesús por sí mismo, en un transporte de generosidad, mientras que Jesús va á buscar al justo que muere de vejez para introducirle en el cielo ⁽³⁾. La longevidad ex-

(1) Parece poco razonable buscar en la pregunta de Pedro otra cosa que un sentimiento de tierno afecto á Juan. El jefe de los Apóstoles amó siempre al discípulo á quien mostró siempre el Maestro un afecto particular. Vivió siempre con él; ¿serán separados en el martirio, la gloria suprema que se le predice?

(2) Esta era la antítesis: Tú, *sígueme*, él debe *quedar*, que autorizaba en apariencia el sentido asignado á las palabras referentes á San Juan. «Tú, sígueme á la muerte! ¡Tú, queda en la vida.»

(3) Esta es tal vez la mejor explicación de un texto por demás dificultoso.

traordinaria de Juan había hecho creer que viviría hasta el advenimiento del Hijo del hombre, voces absurdas que se veía obligado á destruir por sí mismo.

Diciendo esto, Jesús se alejó con Pedro. Es de suponer que le dió entonces las instrucciones personales que debían guiarle en la fundación y gobierno de la Iglesia. Tal vez le fijó también el lugar y el día en que los Apóstoles recibirían oficialmente su visita, visita prometida ⁽¹⁾ é importantísima, en razón de lo que deseaba prescribir á los que se hallasen entonces reunidos para verle y tributarle homenaje.

Algunos han admitido que, al hablar de su venida, Jesús se refería sencillamente á la Parusia, y mantenía así la creencia de que llegaría vivo á la generación presente, según *Mat.*, XVI, 28, comp. X, 23, y XXVI, 64. Pero es difícil ver cómo se habría cumplido la profecía. ¿Con qué acontecimiento hay que hacer coincidir esta venida de Jesucristo? ¿Con la ruina de Jerusalén? Juan vivió todavía mucho tiempo después, y es poco natural decir que esta venida se prolongó hasta la muerte del Apóstol, esto es, desde el año 70 hásta el fin del primer siglo. Otros han creído que aludía á la manifestación apocalíptica que reservaba á Juan, antes de llamarle á sí. ¿Pero es esto una parusia (*)?

(*) El griego emplea la condicional *ἐὰν θελω*. Por esto ha escrito Glaire: «Le texte grec porte: *Si je veux*, et laisse ainsi la chose dans le doute.»—N. del T.

(1) Concordaría esto con la cita supuesta en *Mat.*, XXVIII, 16, *in montem, ubi constituerat illis Jesus*.

CAPITULO VI

Otras apariciones de Jesús

Enumeración de las cristofantas en San Pablo.—Partido que puede sacarse de ellas.—Aparición á los quinientos hermanos,—á Santiago,—á los Once en una montaña de Galilea.—El Dios que abre el mundo á la ambición de sus soldados.—Instruir y bautizar en el nombre de la Trinidad.—*Y soy con vosotros.* (*Mat.*, XXVIII, 16-20; *Marc.*, XVI, 15-18).

Al contar la aparición de Jesús á orillas del lago, observa el cuarto Evangelio que era ya la tercera concedida al Colegio Apostólico. Esto indica que hubo otras, lo que confirma San Lucas extensamente, precisando, desde el principio del libro de los *Hechos*, que las manifestaciones del Resucitado se perpetuaron durante cuarenta días. San Pablo, escribiendo á los corintios, menciona varias de ellas, las que indudablemente supone que les han de causar más honda impresión. Así, nada dice de las apariciones á María Magdalena y á sus compañeras, pues muy poco pesaba, entre griegos y romanos, el testimonio de la mujer. ⁽¹⁾ Al contrario, las hechas á Pedro y á Santiago, de las que ninguna particularidad conocemos, parécenle importantes, vista la notoriedad y consideración de que gozaban aquellos dos personajes apostólicos. Hay, empero, una particularmente decisiva y acerca de la cual, por desgracia, no da detalles. Tuvo lugar ante más de quinientos hermanos reunidos. Varios de ellos vivían todavía en el momento en que el Apóstol escribía su carta á los corin-

(1) En efecto, parece indudablemente cronológico el orden en el cual, I Cor., XV, 5 y sig., enumera las diversas cristofanías. Las palabras *εἶτα, luego*, y *ἔπειτα, en seguida*, cuyo alcance puede comprobarse, vers. 23, 24, 46, conducen á la aparición *final*, *ἐσχάτων*, la misma con la cual él mismo fué favorecido.

tios, de manera que parece que con ella apelaba á su autorizado testimonio.

Si San Pablo quiso seguir un orden cronológico, lo cual parece resultar de la fórmula misma que emplea, puede suponerse que dicha manifestación tuvo lugar poco después de la Resurrección, cuando estaban los fieles á punto de salir de Jerusalén, después de las fiestas de la Pascua. Este número considerable de quinientos se explicaría fácilmente por la agrupación en caravanas, que se hacía en el momento en que se disponían todos á volver á sus hogares. La dificultad que pudiera sacarse del cuarto Evangelio, que coloca la aparición en las orillas del lago, como la tercera, no es insuperable, si se considera que, en Juan, se trata exclusivamente de las apariciones al grupo apostólico, y que, habiendo pasado los Apóstoles toda la semana, á lo menos hasta el segundo domingo, en Jerusalén, es muy posible que no se encontrasen con los quinientos peregrinos que se alejaban de la Ciudad Santa. Con todo, no precisando nada San Pablo, ni en cuanto al lugar, ni en cuanto á la fecha de esta importantísima manifestación, no se ve imposibilidad en trasladarla, si así se quiere, á Galilea y después de la de las orillas del lago; sólo que, en este caso, es preciso suponer una convocación previa y activa para reunir la considerable cifra de quinientos testigos.

Sea lo que fuere, esta cristofanía no puede en manera alguna identificarse con la que se refiere en San Mateo, la cual tuvo lugar en una montaña de Galilea. San Pablo, en efecto, la distingue expresamente de las concedidas antes y después al grupo apostólico; es para él una manifestación particular concedida á los *hermanos*, es decir, á los miembros turbados, perplejos y dignos de ser reconfortados, que constituyen el núcleo de la Iglesia naciente. Ahora bien, en San Mateo se trata de una aparición á los Once solos, y en la cual se muestra Jesús, efectivamente, para conceder poderes y una misión que sólo era para ellos.

Hasta parece que el pasaje final del primer Evangelio fué redactado, más como un resumen precipitado, global, por decirlo así, de las diversas apariciones á los Apóstoles, que como relato exacto de una sola. De lo contrario, ¿cómo comprender que, después de las manifestaciones antecedentes, no referidas, sin duda, por él, pero que es preciso admitir, puesto que están atestiguadas por los otros, en una de las últimas, acaecidas en Galilea, una parte de los Once hubiese dudado de la realidad de la Resurrección, pues de los Once solamente se trata? Pero solamente al principio dudaron los Apóstoles y Tomás en particular. Como nota general, la tradición sinóptica había conservado el recuerdo de aquella reprehensible actitud de una parte del Colegio Apostólico, y muy probablemente quiso San Mateo hacerse eco de ella en la única cristofanía que cuenta y coloca en Galilea. Según esta hipótesis, se había mantenido en las líneas generales de la exactitud; mas á juzgar por el modo como precipita y resume los últimos acontecimientos de la historia evangélica, no parece que procurase sujetarse á ellas más estrictamente. Debemos tomarlo tal como es. San Pablo se muestra más lacónico que él todavía; habla como quien demuestra una tesis, y evoca someramente los hechos que la demuestran. Sin embargo, estimamos que el orden que pone en las apariciones debe estar tomado más á la letra y hacernos fe.

Así, después de la aparición á los quinientos hermanos, se colocará la acordada á Santiago, acerca de la cual, por otra parte, como en la concedida á Pedro, no tenemos detalle alguno auténtico. Es de creer que San Pablo, en sus diversos viajes á Jerusalén, oyese la historia de estas dos manifestaciones de los mismos labios de aquellos dos personajes favorecidos personalmente con ellas. La aparición á Pedro se encuentra sencillamente mencionada en el Evangelio de San Lucas; la hecha á Santiago se hallaba contada más extensamente en el Evangelio de los Hebreos, pero con datos visiblemente legendarios.

Á creer un fragmento de este libro reproducido por San

Jerónimo ⁽¹⁾, Santiago el Justo había jurado no comer más pan (para los orientales equivalía esto á abstenerse de todo alimento) á partir del momento en que había bebido la copa del Señor, hasta que viese á este mismo Señor resucitado de entre los muertos. Pues bien, apenas hubo salido Jesús del sepulcro, cuando, remitiendo su sudario al siervo del Sumo Sacerdote, fué á mostrarse á Santiago, y tomando pan lo bendijo, lo partió y lo ofreció á Santiago el Justo, diciendo: «Hermano mío, come tu pan, puesto que el Hijo del hombre ha resucitado de entre los muertos.» Este Santiago el Justo es ciertamente aquel que, según Hegesipo ⁽²⁾, había sido apellidado Oblías, el *Antemural del pueblo*, y sobre el cual se contaban, como prácticas ascéticas y nazarenas, cosas extrañas. Aun cuando el detalle referido por el Evangelio de los Hebreos al presentarnos á Jesús remitiendo su sudario al siervo del Sumo Sacerdote, no descubriese su origen apócrifo, siempre tendríamos el derecho de admirarnos de que, en el momento en que todos los Apóstoles parecían tan seguros de su fe, uno de ellos, cuyo papel hasta entonces no había adquirido relieve, hubiese hecho voto de no comer hasta que viese á su Maestro resucitado. Tal actitud hubiera influído en gran manera en la de los demás, Hay aquí una imposibilidad moral que acaba de hacer sospechoso todo el relato. Lo único verdadero, porque lo toma de una tradición apostólica, es que Jesús apareció realmente á Santiago, su primo, futuro pastor de la Iglesia de Jerusalén. El hecho del juramento, motivando una aparición que, en el orden cronológico, debería ser colocada antes de las demás, puesto que Jesús sólo habría tenido el tiempo preciso de desembarazarse de su sudario colocándolo en ma-

(1) *De vir ill.*, II.

(2) Hegesipo, citado por Eusebio, *H. E.*, II, 23. Epifanio, *Haer.*, LXXVIII, 7, 13-14, y el Seudo Abdías, *Hist. Apost.*, VI, 5. En Eusebio, *H. E.*, II, I, Clemente de Alejandría supone que Jesús enseñó primeramente su doctrina esotérica, τὴν γῶσιν á Santiago el Justo, á Pedro y á Juan, después de resucitado. Éstos instruyeron luego á los demás apóstoles y discípulos.

nos de un testigo de su resurrección, para correr á Santiago, que ayunaba desde hacía dos días y medio, no puede ser sino una leyenda de la Iglesia judío-cristiana, que reivindicaba para su jefe un papel singularmente notable y honrado.

Las apariciones mencionadas por San Pablo, después de la concedida á Santiago, se hallan designadas bajo este título general: «Á todos los Apóstoles ⁽¹⁾.» Fueron ciertamente numerosas y frecuentes, según el autor del libro de los *Hechos*. ¿Qué objetivo podía tener Jesús durante los cuarenta días que pasó, por decirlo así, entre el cielo y la tierra, sino fortalecer pacientemente y de todos modos ⁽²⁾ la fe de sus amigos? Acaso convenga ver una huella de esta acción sobre ellos en las palabras de San Lucas: «Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras ⁽³⁾.»

En toda hipótesis, y como ya hemos dicho, debe entenderse en estas apariciones finales á *todos los Apóstoles* no sólo la de la Ascensión, sino también la que, según San Mateo, tuvo lugar en una montaña de Galilea. Por sus recomendaciones, pertenece al período de las últimas despedidas.

La cita en Galilea había sido dada por Jesús desde la vigilia de la Pasión, y luego reiterada á los Apóstoles por mediación de las santas mujeres ⁽⁴⁾. Parece que San Mateo procuró únicamente establecer, como conclusión sumaria de la resurrección, que se había permanecido fiel á ella, y cuenta sencillamente la manifestación de Jesús en una montaña de Galilea, mientras que San Lucas, tomando una posición completamente opuesta, se limita á hablar de las apariciones en Jerusalén, sin que parezca haber conocido las demás ⁽⁵⁾. Dando, por decirlo así, la mano á uno y á

(1) I *Cor.*, XV, 7: *deinde Apostolis omnibus*.

(2) *Hechos*, I, 3: *in multis argumentis*.

(3) *Luc.*, XXIV, 45.

(4) *Mt.*, XXVI, 32; XXVIII, 10; *Mar.*, XIV, 28, XVI, 7.

(5) Todo el mundo conviene en que es preciso resolver en él esta dificultad admitiendo á lo menos una solución de contimidad entre los versículos

otro, Juan parece haber querido completarlos á los dos. Establece, en efecto, que los Apóstoles, en vez de permanecer en Jerusalén hasta Pentecostés, pasaron algún tiempo en Galilea, recibiendo las consoladoras visitas del Señor, como las habían recibido en Jerusalén. Mas aún, nos permite entrever, en la graciosa escena descrita á orillas del lago, que se había reconstituído por momentos la antigua vida de Galilea, con su encantadora familiaridad. Ora el Maestro se manifiesta á los suyos en la ribera en que había desembarcado con tanta frecuencia, ora en la montaña en que tantas misericordias había predicado.

Las alturas son particularmente propicias á las manifestaciones del mundo sobrenatural. Permanecemos en ellas en silencio, al abrigo de las miradas profanas, y como en un sitio más vecino del cielo. En una montaña había escogido Jesús á sus Apóstoles; en una montaña quería delegarles por última vez sus poderes. Ignoramos el punto preciso en que tuvieron la santa reunión.

Tan pronto como se mostró el Señor, cayeron todos con el rostro en la tierra para adorarle ⁽¹⁾. En aquel momento,

43 á 49, aunque sólo sea para permitir á los Apóstoles volver á Galilea. La forma visiblemente compendiosa que toma entonces su relato autoriza para hacer más de una. Así, podemos detener en el versículo 44 el relato de la manifestación á los Apóstoles, y ver en los vers. 44 y 45 la indicación general de las enseñanzas de Jesús durante sus diversas apariciones en Galilea ó en otras partes. En el versículo 46 empezaría el discurso final en Jerusalén antes de la Ascensión. Podrá parecer extraña semejante disección, pero se impone, puesto que es cierto que los Apóstoles fueron á Galilea después de la semana pascual, y allí se detuvieron. Poco importa que San Lucas, reproduciendo con toda fidelidad los elementos de que disponía, viese ó no estas soluciones de continidad. Dados los relatos de los demás Evangelistas, es preciso admitirlas para explicar lo que de otro modo sería inexplicable. Sin ellas, parecería, no solamente que los Apóstoles no salieron de Jerusalén entre la Resurrección y la Ascensión, sino que Jesús les prohibió formalmente (vers. 49) que se alejasen de allí.

(1) No tenemos en cuenta la observación de *Mat. XXVIII, 17*: «Mas algunos dudaron, *οἱ δὲ ἐδίστασαν.*» Si no hay un error en el texto, y si no debe leerse *οὐδέ* en vez de *οἱ δὲ*, ó bien, *διέστρασαν*, *retrocedieron*, en vez de *ἐδίστασαν*, *dudaron*, esta reflexión se refiere á las dudas que señalaron las primeras apariciones de Jerusalén, y se relacionan con la última que es, para Mateo, primera y última. En su relato, por abreviado que sea, en modo alguno quiere el Evangelista disimular los sentimientos di-

adelantándose majestuosamente hacia ellos, díjoles Jesús: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra.» Entonces tal vez, insistiendo en aquella solemne declaración, les hizo comprender—aquí correspondería una parte del texto de San Lucas ⁽¹⁾—cómo había comprado esta suprema autoridad con sus sufrimientos y su muerte. Así suprimía, para ellos, el escándalo de su cruz, probando que su pasión, predicha por los Profetas, había sido el necesario camino para entrar en la gloria. Continuaba abriendo con paciencia nuevos horizontes á aquellas inteligencias siempre llenas de prejuicios judaicos. En los Libros Santos era donde quería hacerles encontrar la verdadera fisonomía del Rey-Mesías, así como las condiciones de su reino universal.

Aseguróles además que lo por venir probaría pronto la realidad de su omnipotencia en el cielo y en la tierra. Del cielo, adonde iba, á preparar el lugar de sus siervos, debía enviar el Espíritu Santo, para señalar, santificar y escoger los miembros de su reino. En la tierra proyectaba la conquista de los pueblos, despertar la indiferencia, convertir los pecadores, fundar, conservar, dilatar la Iglesia, y, al fin del mundo, juzgar á la humanidad toda entera, cuyo Salvador y Rey era. Por tal modo, este poder absoluto en el tiempo y en la eternidad se convertía en recompensa de su vida y de su muerte. No se lo ha adjudicado; lo conquistó, y el Padre se lo ha cedido en toda su plenitud.

Desde entonces, dueño del mundo, enviará sus mensajeros para tomar posesión de él. «Id—dice á los Apóstoles,—enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» Aquí está el fin del exclusivismo judío. El verdadero Dios, cesando de

versos experimentados por los Apóstoles á la vista del Resucitado (*).

(*) Muchos exégetas modernos (Knab., Vig., Glaire) creen mejor la interpretación que leemos en Scío: «No (dudaban) de su resurrección, sino de si era verdaderamente su Señor el que entonces se les aparecía.»—Nota del Traductor.

(1) *Luc.*, XXIV, 46.

pertenecer á un solo pueblo, quiere ser el Dios de todas las naciones. Moisés había encerrado en el Arca las Tablas de la ley, é Israel, celoso, las había guardado allí, arrebatándolas, por decirlo así, al resto de la humanidad; en cambio, Jesús, que ha escrito las suyas en el corazón de sus discípulos quiere que la tierra entera las vea y entienda su contenido. La orden es precisa: ¡*Id!* La actividad será la virtud nativa de la Iglesia cristiana. No le es permitido descansar en la contemplación. Militante, debe ponerse en movimiento, instruir y hacer prosélitos. Se apoderará de las almas y de los cuerpos, poniendo Jesús en aquéllas por la predicación del Evangelio, é imprimiendo en éstos por el bautismo, el signo distintivo del cristiano.

¡Enseñad á todas las gentes! Los pueblos, aun los más salvajes, están, pues, llamados á entrar en el nuevo reino, y toda criatura, según la expresión de San Marcos ⁽¹⁾, tiene derecho á esperar la buena Nueva. El Maestro quiere hacer del mundo entero su discípulo ⁽²⁾. Grande es la obra que hay que realizar, pero los Apóstoles serán sostenidos por el poder mismo del que los envía.

En realidad, desde su origen, la Iglesia no ha cesado un solo día de trabajar por la difusión del Evangelio y en la conversión de los paganos. Sus Apóstoles van por todos los caminos del mundo, sobre las olas del Océano, á través de los bosques, bajo el abrasador sol de los trópicos, en medio del hielo de los polos, predicando, bautizando y haciendo cristianos.

El Evangelio y el bautismo son los únicos medios de conquista; el uno será la consagración del otro. El Evangelio es la palabra, y el bautismo el signo de Jesucristo. Ceremonia usada entre los judíos para la admisión de los paganos en el mosaísmo, el bautismo, según hemos visto, había si-

(1) En *Marcos*, XVI, 15, al decir: *πάση τῇ κτίσει*, Jesús parece dar á entender que, no sólo el hombre, sino la creación entera, que esta á su servicio, tendrá una parte de luz y de bienestar en la predicación del Evangelio.

(2) Este es el sentido de la palabra *μαθητεύσασθαι* en este pasaje de *Mat.*, XXVIII, 19; comp. XXVII, 57; XIII, 51, y *Hechos*, XIV, 21.

do empleado por San Juan como símbolo de penitencia y preparación inmediata á la venida del Mesías. También los discípulos de Jesús lo habían practicado momentáneamente con los que solicitaban seguir al Maestro ⁽¹⁾. Actualmente lo promulga Jesús como ley á que debe someterse todo el que quiera entrar en la sociedad de los elegidos. Será el signo obligatorio de alistamiento en la milicia cristiana. Pero, siendo signo eficaz, como todo sacramento, producirá desde luego en el alma la santidad que significa. De este modo, antes de ser alistado, será purificado, rehabilitado y glorificado el nuevo soldado.

Las tres divinas Personas deben presidir el nacimiento espiritual del cristiano, y su nombre, solemnemente invocado, dará al agua bautismal el poder de llegar al alma y lavar sus manchas. No hay ningún otro texto en el Evangelio en donde Jesús nombre simultáneamente las tres divinas Personas, y aduce aquí, al colocarlas como iguales, uno de los argumentos decisivos en que descansa el dogma capital de la Santísima Trinidad. Cuando se bautizó Jesucristo en el Jordán, habíase visto á Dios revelarse como Padre que hablaba, como Hijo que era bautizado y como Espíritu que descendía del cielo. En el bautismo de todo fiel, una profesión explícita de fe unirá el nuevo cristiano, no solamente al nombre, sino á la esencia vital de las tres Personas divinas. Habrá contraído para con ellas un compromiso sagrado.

Nadie ignora que, en todo tiempo, la Iglesia ha visto en las palabras del Salvador la fórmula necesaria para administrar regularmente el bautismo. San Justino lo afirma en términos explícitos ⁽²⁾. Los pasajes de los *Hechos* ó de las *Epístolas* que hablan del bautismo en el nombre de Jesús, no son sino una fórmula abreviada que significa el bautismo cristiano por oposición al bautismo judío. En

(1) *Juan*, IV, 2.

(2) *Apol.*, I, 61 á 79. Dice que los que querían profesar la doctrina de Jesucristo eran bautizados: «in nomine Patris omnium et domini Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi, et Spiritus sancti.»

realidad siempre que se trata del bautismo en su administración oficial, es conferido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando la Trinidad entera haya tomado posesión del bautizado, deberá éste tributarle el homenaje de su vida mediante la fe en los dogmas del Evangelio y la práctica de la ley cristiana. «Enseñadles—dice Jesús—á observar todas las cosas que os he mandado. El que creyere y fuere bautizado, será salvo, mas el que no creyere será condenado.» La promulgación del Evangelio impone, pues, á la humanidad la obligación de someterse y de aceptar la verdad. Nadie podrá rechazar impunemente la buena Nueva. Al pasar el Apóstol á alguna otra parte, dejará la vida ó la muerte trás de sí. Los creyentes serán salvos, y los infieles perdidos. Después de la misericordia, el juicio; aquel á quien los hombres no hayan querido como Salvador, se impondrá como juez.

«Y estas señales seguirán á los que creyeren: lanzarán los demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán ⁽¹⁾.» La omnipotencia de Jesús pasará, pues, á las manos de los discípulos, quienes la ejercerán, bajo las formas más diversas, en el mundo de los espíritus lo mismo que en el mundo de los cuerpos. No hay que temer que jamás les falte. El Maestro, añade, en efecto, estas últimas palabras que deben electrizar á sus soldados: «Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Este *yo* tiene un alcance decisivo. El Vencedor del mundo y de la muerte, el Omnipotente, Señor de cielos y tierra, como acaba de decir,

(1) Al final de *Marcos*, XVI, 17-18, se leen estos privilegios de los verdaderos creyentes. La generación apostólica vió la realización de ellos: don de arrojar á los demonios, tal como lo habían recibido los Apóstoles; de hablar lenguas, *Hechos*, II, 4; X, 46, XIX, 6; de matar las serpientes, *Hechos*, XXVIII, 2; de beber impunemente veneno, así Barsabas, al decir de Papias en Eusebio, *H. E.*, III, 39, San Juan en Abdías, *Hist. Apost.*, V, 20 y las *Act. Jo.* en Tischendorf, p. 266; de curar los enfermos, *Hechos*, III, 6; V, 16; XXVIII, 8, etc.

el Hijo de Dios, será con sus fieles para sostenerlos hasta el fin de los tiempos. ¿Qué más necesitan? Los sucesos han demostrado si ha sido fiel á su promesa.

Dicho todo esto, el Maestro abandonó á sus discípulos dejándolos dichosos y orgullosos de lo que acababan de oír. La pequeña Iglesia se sentía renacer; acercábase la hora en que Jesús la encontraría bastante compacta para abandonarla definitivamente, y bastante vigorosa para empeñarla en la gran lucha en las fiestas solemnes de Pentecostés.

CAPÍTULO VII

Nada tan cierto y concluyente como la resurrección de Jesús

En la certidumbre de la Resurrección descansa la verdad del Cristianismo.—Si, muerto el viernes, Jesús se hallaba vivo el domingo, es porque había resucitado.—Pruebas de que estaba muerto el viernes.—Pruebas de que vivía el domingo.—Ningún medio humano es capaz de explicar esta nueva vida que sucede á la muerte.—Evidencia del milagro.—Encuentra su sanción en la Iglesia cristiana salida del sepulcro de Jesucristo.

No era ciertamente necesaria esta serie de apariciones, durante cuarenta días, para afirmar la fe de los discípulos en la Resurrección. Puede decirse que, desde el domingo por la tarde, después de la manifestación ante los Apóstoles reunidos, todo el grupo, salvo Tomás, tenía plena convicción de ella, y no vemos que nada la haya quebrantado en lo sucesivo. He aquí un hecho capital y decisivo que da á las diversas cristofanías, tanto más difíciles de armonizar en un todo seguido cuanto guardan un carácter visiblemente fragmentario, la fuerza fehaciente más irresistible.

Con todo, tomaremos aquí, como corolario de los capítulos precedentes, la argumentación victoriosamente formulada en todo tiempo por la razón filosófica, para demostrar la certidumbre de la Resurrección.

Semejante milagro, al sellar la larga serie de los prodigios que habían llenado la vida del Señor, tiene una importancia tan claramente decisiva en la historia de nuestra religión que, según confesión de todos, fieles é infieles, siendo verdadera, todo es verdadero, siendo falsa, todo es mentira, y, como dice San Pablo, nada hay más vano que nuestra fe.

He aquí, pues, la tesis que puede establecerse. La re-

surrección es la *vida* que sucede á la *muerte* en el mismo individuo, sin que sea posible poner en duda la realidad, ora de la muerte que ha precedido á la segunda vida, ora de esta segunda vida que ha seguido á la muerte. Una vez probados invenciblemente estos dos estados sucesivos en el mismo hombre, sólo pertenece al milagro, es decir, á la mano de Dios, ligar el uno con el otro, y revelarnos el secreto de lo que parece contradecirse. Ahora bien, si un milagro—¡y qué milagro!—ha sellado divinamente toda la obra de Jesús, es porque su doctrina era verdadera, porque su misión era divina, porque, conforme él mismo había afirmado, era realmente Dios.

Para no admitir prodigios, el racionalismo ha negado, ya la muerte de Jesús ⁽¹⁾, ya su segunda vida ⁽²⁾. Ha dicho: Si

(1) Á principios de este siglo, Paulus de Heidelberg, persiguiendo la supresión de lo sobrenatural en la historia evangélica, imaginó que Jesús no había muerto en la cruz, y que simplemente se había desvanecido. La ciencia médica, por él invocada para sostener su tesis, fué la primera en destruir su sistema. Se le hizo observar que aunque Jesús hubiera sido bajado vivo de la cruz, no podía menos de morir, en el sepulcro, porque el contacto del cuerpo, víctima ya del síncope, con la fría piedra del sepulcro bastaba para producir la congelación de la sangre, por hallarse ya comprometida la circulación regular. Por otra parte, nunca reanimamos á un hombre desvanecido encerrándolo en una cueva, sino llevándolo al aire libre. El fuerte olor de los aromas, en un lugar herméticamente cerrado, hubiera acabado con un enfermo cuyo cerebro se hallaba profundamente desfallecido. Nada hay capaz de contradecir estos argumentos científicos, ni los fantásticos ejemplos tomados de Herodoto, VII, 194, y de Josefo, *Vita*, 75, según los cuales, mediante los cuidados médicos prodigados á tres crucificados, uno de ellos fué restituído á la vida, ni la aserción de que, en el desmayo, el tercer día es el día crítico que determina en el hombre desvanecido, ó la descomposición definitiva, ó la vida completa. Después de haber sido renovada por algunos racionalistas, muy embarzados con tal milagro, Gfrörer, convertido más tarde al catolicismo, Schleiermacher y Hase mismo, la *Scheintod-Hypothesese* encuentra abandonada para siempre. No basta, por otra parte, á sus defensores decir que Jesús, vuelto en sí poco á poco, había conseguido, mediante recursos médicos, acabar su curación. Sería preciso explicar que se le vió desde el primer día, no convaleciente ó enfermo, sino transfigurado y en un estado superior, como Vencedor de la muerte y Príncipe de la vida. Y después, ¿cuál había sido su fin? ¿Había ido á ocultarse el gran mártir para morir desconocido? Nadie podrá decirlo sin transformar á Jesús en un personaje teatral que, llegado al fin de su difícil y peligroso papel, desaparece para entrar en la vulgaridad de la vida, dejando á los que ha divertido ó engañado el cuidado de aplaudirle. En nuestros días, los racionalistas de todo matiz rechazan esta hipótesis tan absurda como odiosa y todos convienen en que el Crucificado estaba verdaderamente muerto el viernes por la tarde.

(2) Niegan su segunda vida los que, desde los príncipes de los sacerdo-

ha resucitado, es que no había muerto, ó, si murió, no ha resucitado.»

Ahora bien, dos hechos, tan ciertos el uno como el otro responden á este dilema. El primero, que el viernes por la tarde Jesús estaba muerto; y el segundo, que apareció lleno de vida el domingo y los días siguientes.

Que muriese el viernes por la tarde nadie lo puso en duda, ni en el Sanedrín, ni en el pretorio, ni en el Calvario. Sólo Pilato se admiró de que hubiese entregado tan pronto su alma, pero su admiración no hizo sino provocar un nuevo testimonio que corroboró la afirmación de los que reclamaban su cadáver.

Amigos, pues, y enemigos, al mirar al Crucificado, reconocieron resueltamente que ya no existía. Para mejor confirmarlo, el centurión lo traspasó con su lanza, y el cadáver no se movió. De la herida salió una mezcla de agua y sangre que revelaba una descomposición violenta de los elementos vitales. Dícese que la sangría es mortal en el síncope; en esta ocasión no mató al que ya estaba muerto. Las condiciones en que se produjo demuestran, en efecto, que, desde algunos momentos hacía, Jesús había cesado de vivir, y á ninguno de sus adversarios más inteli-

tes (*Mat.*, XXVII, 62, etc.) y Celso, hasta Reimaro (*Frag. de Wolfenbutel*) y Strauss en sus últimos días (*Vieille et nouvelle Foi*, 1873) suponen un fraude de parte de los discípulos. Advirtamos, sin embargo, que nadie defiende ya hoy esta opinión, insostenible desde todos los puntos de vista. El racionalismo más reciente ha preferido la teoría menos grosera, más ondulante y artística de las visiones. Según ella, Jesús resucitó solamente en la imaginación de sus amigos que tomaban una impresión moral por una visión real. Ya indicada por Celso, esta explicación ha sido presentada con todo lujo de detalles en Francia por Renán y Réville, en Alemania por Zeller, Holsten, Lang, Volkmar, Strauss en su *Nouvelle vie de Jésus*, etc. Los que, como Ewald, Schenkel y Keim, la modifican dando á las visiones de los discípulos una realidad *objetiva* en el cielo, mas no en la tierra, no se hallan menos que los otros en la imposibilidad de decirnos cómo pudo encontrarse vacío el sepulcro, y qué se había hecho del cuerpo del ajusticiado. No basta representarse á Jesús obrando en el reino de los espíritus, en que ha entrado, sobre el espíritu de los discípulos; es preciso explicar á dónde había ido el cuerpo que nadie vió ni dentro ni fuera del sepulcro, y que nadie había podido robar. Su sistema, como todos los que se separan del relato histórico trazado por el Evangelio, se estrella contra la piedra del sepulcro vacío, y van á anonadarse contra ella fatalmente.

gentes, como los príncipes de los sacerdotes, se le ocurrirá, poner en duda la realidad de su muerte. Todo lo que temen es un fraude de parte de los discípulos, que podrán robar el cadáver, pero no de parte de Jesús á quien han visto expirar. Le han descendido de la cruz, y el que no había dado señal alguna de vida al recibir la lanzada del soldado, permanece inmóvil y helado en los brazos que lo recogen, lo trasladan, lo embalsaman, lo envuelven y lo depositan en el sepulcro, después de haberlo cubierto con los testimonios de su desolación y de su amor. ¿Es posible imaginar un desmayo más obstinado que éste, y sobrevenido más á propósito? Añádase que habría coronado muy fortuitamente una vida tan prodigiosa ya, en sí misma, por su santidad y tan fecunda por su influencia. ¡Coincidencia imposible, que sería aún más milagrosa que la resurrección misma! Digamos, por otra parte, que si Jesús sólo se hubiese desmayado, no podía, sin mancillar su carácter, dejar creer que hubiese muerto. En vez de pasar por *resucitado*, hubiera debido decirse simplemente *conservado* por un efecto del acaso. En el fondo, tampoco aquí, como en todas las demás páginas del Evangelio, saldremos de este dilema: ó Jesús fué el Justo, el hombre de Dios, ó fué para la humanidad sólo un gran culpable. Si se dió por resucitado, sin serlo, mintió, y debe negársele la más vulgar honradez.

Por esto, en todo tiempo, el racionalismo ha preferido comúnmente, por respeto á su carácter, suponer que no había resucitado. Pero entonces, nos encontramos de frente con el despiadado sepulcro vacío que nunca se llegará á explicar ⁽¹⁾, y, además, en lucha con el testimonio unánime

(1) La crítica más reciente se reduce á sospechar con Réville, *Jesús de Nazareth*, vol. II, p. 462, que la solución de esta insoluble dificultad podría encontrarse en una de las explicaciones corrientes entre los judíos, é irónicamente expuesta en la peroración del tratado de Tertuliano, *de Spectaculis*: «El hotelano arrebató el cuerpo por temor de que la muchedumbre de los que iban y venían no echase á perder sus hortalizas.» No pueden menos de inspirar profunda compasión semejantes suposiciones, aun en un libro en el que el encanto de la forma apenas compensa la insuficiencia del fondo.

é ineluctable de los que han visto al Resucitado con sus propios ojos, y lo han tocado con sus manos. Este testimonio afirma que Jesús no estaba ya en la tumba el domingo; que fué visto aparecer, andar, comer; que fué oído hablar los días siguientes; que se manifestaba con una naturaleza completamente diferente de la naturaleza terrestre y mortal; en una palabra, que ejerció las funciones de la vida humana como antes de su muerte, pero con algo más que durante su vida.

Si Jesús, depositado en el sepulcro el viernes, no estaba en él el domingo es, ó porque fué robado, ó porque salió de él por sí mismo. No hay medio: ¿Fué robado? Pues ¿por quién? ¿Por enemigos ó amigos? Los primeros pusieron una escolta de soldados para guardarle; luego no pensaron en hacerle desaparecer. Su prudencia no podía, por otra parte, aconsejárselo, pues de este modo, hubiérase podido dar fácil curso á los cuentos que sobre la resurrección hubieran podido imaginar su discípulos. Lo más prudente para ellos era guardarlo como instrumento de convicción. Así se ponían en condiciones de responder á las pretensiones que amenazaban surgir: «Pero ¡ved el cadáver! No ha resucitado.»

¿Fueron los amigos? Éstos ni concibieron la idea de arrebatarlo, ni hubieran podido ponerla en ejecución. No la concibieron, porque ¿qué les importaba un muerto que, en contra de sus promesas, era incapaz de resucitarse á sí mismo? ¿Ni qué beneficio podían esperar de su fraude? Además, ó bien Jesús era el Mesías, y entonces debía confirmar por sí mismo su omnipotencia, ó no lo era, y en este caso, lo único que tenían que hacer era tratar con menosprecio la reliquia del que había abusado de ellos ó abusado acaso de sí mismo. Tampoco pudieron arrebatarlo, pues era preciso burlar la vigilancia de los guardas, quitar la enorme piedra que cerraba el sepulcro, cargar con el cuerpo, y todo esto sin ser vistos. Ninguno de los discípulos había tenido valor de defenderle mientras vivía; ¿de dónde habrían, pues, sacado súbitamente atrevimiento para robarlo una vez muerto? Desafiar á los soldados para tomar

un cadáver, era audacia poco en armonía con su pusilanimidad. No se encontraban bastante seguros en su casa, puesto que tenían cerradas las puertas por temor á los judíos, ¿y se les supondría capaces de ir, pasando por medio de una tropa armada, despierta ó dormida, que esto poco importa, á ejecutar semejante latrocinio, con tanta temeridad como sangre fría? ¡Imposible!

Y, sin embargo, el domingo por la mañana, por confesión de los mismos judíos, que pretendían explicar la desaparición, y según testimonio unánime de los Apóstoles y de las santas mujeres, el sepulcro se hallaba vacío, y las telas que habían servido para la sepultura, aisladas y cuidadosamente plegadas. ¿Cómo explicar este prodigio?

Si Jesús se despertó súbitamente en la muerte, es perfectamente comprensible que hubiese salido, por sí mismo y triunfante, de la cárcel en que creían haberle encerrado. Si no pudo despertarse, si no quisieron ni pudieron arrebatarlo, ¿cómo desapareció? Tal es la inexorable pregunta que embarazará siempre á los que quieran pagarse de teorías psicológicas, más fantásticas que serias, sobre el amor y la imaginación, que evoca visiones y hace así resucitar un muerto.

Por lo demás, sólo tenemos que alegrar aquí un argumento negativo. El argumento positivo es por sí mismo de una fuerza aplastante. No fué visto Jesús, es cierto, en el acto de resucitar, pero se le vió resucitado, y no una vez, sino gran número de veces; no de lejos, sino de cerca, porque le tocaron; no fué un hombre sólo el que le vió y oyó, fueron hombres y mujeres que le conocían bastante para no tomarlo por otro, y fueron hasta quinientos los que le reconocieron á la vez.

Todos estos testigos lo afirman, y ésta es la base primera de la predicación evangélica ⁽¹⁾. Y lo afirman á pesar de la persecución y con peligro de su vida. Para anunciar, en

(1) Con ella inaugura San Pedro su ministerio ante los judíos, *Hechos* II, 24; III, 15, etc; y San Pablo la considera como punto de partida de la fe: I *Cor.*, VI, 14; XV, 15; II *Cor.*, IV, 14, etc.

efecto, la resurrección al mundo, sacrifican su tranquila existencia, las alegrías del hogar doméstico, su patria, la dicha, en una palabra; y, bajo las varas y el hacha de los lictores, en el anfiteatro, en medio de las bestias, en las cruces y patíbulos, exclaman: «¡No podemos callarlo: Jesús resucitó verdaderamente!» ¿Qué interés pueden tener en morir por una mentira? ¿La gloria de fundar una religión? Mas este sentimiento es superior á su educación natural, ó mejor, jamás entró en su alma cándida y sencilla. ¿El deseo de honrar al Maestro? Pero si el Maestro los engañó, ¿cómo se creerían obligados á glorificarle? No, no es admisible que dieran su cabeza por una mentira, sobre todo yendo ésta contra sus más caros intereses.

¿Se dirá que los Apóstoles, víctimas de un error de sus sentidos ó de la excitación de su espíritu, murieron por lo que creyeron ver y no por lo que vieron? Mas esto es admitir un fenómeno de orden moral absolutamente imposible, pues sería preciso que todos, al mismo tiempo y muchas veces, hubiesen sufrido la misma ilusión, sin que se hubiese hallado, entre todos ellos, una sola cabeza serena, un sólo hombre razonable. Esta suposición es un absurdo tanto mayor cuanto nada en su conducta los revela como visionarios. Son, al contrario, muy tardos en creer, y, de los Once, se encuentra á lo menos uno que quiere ver y tocar. Tomás se rinde sólo á la evidencia, á la vista de los demás discípulos. Su obstinada incredulidad prueba superabundantemente que no se dejaban llevar de un entusiasmo irreflexivo. El iluminismo no hubiera transformado á pescadores galileos en conquistadores religiosos; si exalta al hombre, en el fondo, no aumenta su valor.

Si el deseo de que Jesús hubiese resucitado hizo suponer á los discípulos que realmente lo estaba, y si la firme convicción de que lo estaba les hace creer que lo tienen delante, ¿cómo explicar que sus visiones, en vez de multiplicarse en razón misma del acrecentamiento de su fe, desaparecen súbitamente después del cuadragésimo día ⁽¹⁾?

(1) La manifestación de Jesús á San Pablo en el camino de Damasco

¿Qué tiene esta fecha fatídica para aquellas pobres almas que no encuentran ya, en su amor ó en su entusiasmo, la fuerza de resucitar al Maestro? Sin embargo, ni el amor ni el entusiasmo han muerto en ellos. En las solemnidades de Pentecostés y en los días siguientes, se nos aparecen, por lo contrario, admirablemente engrandecidos. ¡Ah, si Jesús no se manifiesta ya entonces, no es porque no esté siempre en su corazón, sino porque no se encuentra ya en el mundo! Mal puede, pues, pretenderse que su deseo de verle fuera la causa de sus visiones.

Pero—y debemos reproducir aquí un argumento expuesto más arriba,—al suponer que su amor hubiera podido hacerles creer que el Maestro, tan echado de menos, había resucitado, ¿se podrá decir que este amor bastaba para hacer desaparecer su cadáver? ¿Por qué procedimiento? ¿Por un golpe de mano de hombres entusiastas? El golpe de mano no era posible, ya lo hemos dicho. ¿Sería mayor el entusiasmo de los que habrían visto al Crucificado descomponerse en su tumba? La resurrección podía engendrar el entusiasmo, pero no el entusiasmo la resurrección. No hablemos de efectos de imaginación, que nada dicen. Bien puede creerse lo que se desea, mas no puede hacerse que lo que se desea llegue á ser una realidad. El día en que aquellos iluminados, viviendo de sus sueños extraños y obstinados, hubieran querido afirmar su fe ante adversarios poco fáciles de

mereció ser puesta por el Apóstol mismo en línea paralela con las otras apariciones concedidas á los Apóstoles antes de la Ascensión. «Se apareció—dice—á Santiago, á los Apóstoles y luego á mí.» Estas diversas manifestaciones tuvieron, en efecto, un punto común que es el esencial: la realidad objetiva, la presencia física corporal de Jesús resucitada. Tanto lo entiende así San Pablo, que concluye de ella la resurrección del cuerpo. Poco importa á la discusión presente el que difiriesen por el estado mismo del que se manifestaba. Antes de la Ascensión, los discípulos veían al Resucitado vivo aún en la tierra, mientras que San Pablo le vió bajando de la gloria del cielo. Unos y otros contemplaban á Jesús realmente presente. No era una mera impresión producida en el alma de San Pablo la que podía trastornar á sus compañeros bajo los rayos de una luz extraordinaria. El que se manifestaba y hablaba en el camino de Damasco estaba tan realmente presente á Pablo como lo había estado á Cefas, á los doce Apóstoles, á los quinientos hermanos, á Santiago y á los demás; sólo que no lo hacía en el mismo estado.

convencer, éstos los hubieran enviado al sepulcro, y allí el más desesperador espectáculo les hubiera cerrado la boca. No, la hipótesis de las visiones no se mantiene en pie más que las otras ante el sepulcro vacío. Si Jesús no estaba ya allí, no teniendo nadie interés en sacarlo, salió seguramente por sí mismo; y este solo hecho, tan incontestable como concluyente, puede dar cuenta del cambio súbito, radical, definitivo, acaecido en el alma y en la actitud de los Apóstoles. Sin la resurrección del Maestro, imposible sería unir á su vida lo que le precedió ni lo que le siguió. Admitida la realidad de la resurrección, todo se explica y encadena. No hay efecto sin causa. Su entusiasmo no ha nacido al desanimador espectáculo de un muerto sepultado, sino á la vista consoladora de un muerto resucitado.

La Iglesia es, pues, el fruto de la resurrección, al mismo tiempo que su prueba viviente, como la resurrección es el argumento y la prueba de la divinidad de la Iglesia. Estos dos grandes hechos se sostienen mutuamente.

Cree Strauss que nada hay más imposible de admitir que la resurrección de un hombre. Se engaña. Hay algo más imposible, y es la transformación religiosa y moral del mundo por un crucificado, si el crucificado no hubiera resucitado.

De la tumba de un iluminado ó de un impostor, del piadoso latrocinio de algunos insensatos, de unas voces vagamente difundidas, sobre los huesos disecados de un pobre muerto, nacerá, se engrandecerá, más fuerte que todas las tempestades, y produciendo los frutos más maravillosos, el grandioso árbol del cristianismo.

Mas he aquí la última palabra de la sinrazón.

LIBRO TERCERO

LA GLORIA

CAPÍTULO ÚNICO

La Ascensión.—Jesús Rey de cielos y tierra

La joven Iglesia sube á Jerusalén para las fiestas de Pentecostés.—Pregunta sobre el restablecimiento del reino de Israel.—Jesús se detiene en el monte del Olivar.—Se eleva en una nube luminosa.—Vuelven á entrar los Apóstoles en Jerusalén.—Jesús Rey del cielo y de la tierra. (*Luc.*, XXIV, 50-52; *Marc.*, XVI, 19-20; *Hechos*, I, 3-12.)

La estancia de los discípulos en Galilea no duró un mes entero ⁽¹⁾. Por grande que fuese el gozo que llenaba su alma con las frecuentes apariciones del Maestro, en un medio en el que todo estaba para ellos lleno de deliciosos recuerdos, llegó la hora de emprender de nuevo el camino á Jerusalén. Del mismo modo que habían recibido orden de abandonar la Ciudad Santa para reunirse de nuevo en sus montañas, así fueron invitados á volver á Judea, para esperar una suprema manifestación, antes de las fiestas de Pentecostés ⁽²⁾.

Organizóse, pues, la pequeña caravana, compuesta de los Apóstoles, de María, la dichosa madre del Resucitado,

(1) San Lucas, en el libro de los *Hechos*, I, 3, nos dice que desde las primeras apariciones hasta la última, medió un intervalo de cuarenta días. Deben descontarse la semana de Pascua, pasada en Jerusalén, y los días que, como viaje ó como espera en la Ciudad Santa, precedieron á la Ascensión.

(2) Según hemos observado, no se halla indicado esto en el Evangelio; pero dados los relatos de San Juan y de San Mateo acerca de la estancia de los discípulos en Galilea, se adivinarán fácilmente los motivos que los condujeron á Jerusalén.

de los hermanos de Jesús convertidos en creyentes, y de un grupo considerable de otros fieles cuyo nombre han quedado desconocidos (1). Á todos los alimentaba un secreto entusiasmo. Esperábanse inminentes sucesos que serían decisivos, y dentro del sentido de sus más íntimas aspiraciones, ¡Cuán diferente era este viaje á Jerusalén del que le había precedido inmediatamente! Entonces iban al martirio del Maestro; ahora á su suprema glorificación.

Llegados á la Ciudad Santa, los prosélitos galileos se instalaron en ella como pudieron, é hicieron acaso por manera de permanecer ocultos entre sus amigos de los arrabales. El Maestro continuaba viviendo familiarmente en medio de ellos, sentándose á su mesa, convocándolos á reuniones particulares (2) y hablando del reino de Dios, de su porvenir, de las condiciones en que iba á desarrollarse, para alcanzar, á través de largas y rudas peleas, la victoria definitiva. ¡Qué dulce alegría debía inundar las almas cuando el buen Maestro, resucitado y glorioso, les distribuía, en su palabra ó en la Eucaristía, como antiguamente, el pan de vida! No se ha considerado suficientemente esta fase excepcional de la estancia de Jesús entre sus discípulos. Al indicárnoslo San Lucas en el libro de los *Hechos*, no nos da de ello sino una idea muy incompleta. Bien es verdad que pueden relacionarse con esto ciertas palabras de su Evangelio.

Anunciábales Jesús la realización próxima de la promesa del Padre, de quien Él les había hablado con tanta frecuencia, y que iba á convertirlos en hombres nuevos. Ya no debían volver á sus barcas ni á sus redes. Habían acabado con su hermoso país de Galilea, las dulzuras de

(1) *Hechos*, I, 14.

(2) Συναλιζόμενος es la verdadera lección. En la forma media significa *habiendo juntado, habiendo agrupado*. Algunos manuscritos llevan συναλιζόμενος, *habiendo vivido con ellos*, y otros, con menos probabilidad todavía, συναλισκόμενος, *participando de su género de vida, de su alimentación* (*).

(*) Tal es la traducción de A. Montano: *congregans*, en vez del *convocans* de la Vulgata.—N. del T.

la familia, la apacible vida en el lago. Todos los lazos sagrados que les tenían ligado el corazón, quedaban, ó definitivamente rotos, ó en vísperas de serlo. En adelante, ni patria ni parientes; nada más que la voluntad del Maestro y el sacrificio. La pequeña Iglesia debía domiciliarse definitivamente en el centro mismo de las hostilidades. Mandábales Jesús que permaneciesen en Jerusalén, en primer lugar, para recibir allí el bautismo de fuego, y después, para presentarse denodadamente frente al judaísmo perseguidor. Llevando toda su atención á las Sagradas Escrituras, añade ⁽¹⁾: «Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese y resucitase al tercero día de entre los muertos. Y que predicase en su nombre penitencia y remisión de pecados á todas las naciones, empezando por Jerusalén. Y vosotros seréis testigos de todas estas cosas. Y yo envío al prometido de mi Padre sobre vosotros; mas vosotros permaneced aquí en la ciudad, hasta que seáis investidos de la virtud de lo alto. Juan, en verdad, bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo, no mucho después de estos días.» Sin alcanzar bien el sentido de esta promesa, sospecharon los discípulos, y con razón, que su realización estaría íntimamente ligada con el advenimiento del reino de Dios.

En sus frecuentes marchas y paseos, ya sentándose, ya reuniéndolos en torno suyo ⁽²⁾, les dirigió sus postreros avisos. Un día que los había conducido al monte del Olivar, en la dirección de Betania ⁽³⁾, y les hablaba así de lo por

(1) *Hechos*, I, 3 y sigs.; *Luc.*, XXIV, 45-49.

(2) La expresión *συνελθόντες*, empleada en *Hechos*, I, 6, supone ó que caminaban con él ó se agrupaban en torno suyo.

(3) El texto de *Luc.*, XXIV, 50, que trae *εως πρὸς Βηθανίαν*, ó *εως εἰς*, significa sencillamente que esto sucedía en la dirección y camino de Betania. La indicación topográfica indicada en el libro de los *Hechos*, I, 12, y que denota el monte del Olivar como el lugar en que había reunido Jesús á sus fieles, para bendecirlos por última vez, no contradice en modo alguno á ésta, antes la confirma, porque uno de los caminos de Betania pasaba por lo alto del monte del Olivar. Una antiquísima tradición, puesto que se halla representada por San Jerónimo (*Lib. nom. loc. ex Actis*, en la palabra *mons Oliveti*), según Eusebio (*Elogio de Constantino*, cap. IX, y *Vida de Constantino*, III, 41), y el Peregrino de Burdeos (*Itinera.*, T. S: Ginebra, 1877, vol. I), estable-

venir: «Señor, ¿si restituirás en este tiempo el reino de Israel?»—preguntáronle con una alegría fácil de reconocer por el mismo giro de la pregunta.—¿Qué entendían ellos por estas palabras? Después de las tristes escenas de la Pasión, ¿esperaban aún sacudir el yugo de los romanos y ver la dominación judía difundirse por todo el mundo? Difícil es creerlo, á menos que el anuncio de la próxima venida del Espíritu Santo, de esta fuerza de lo alto capaz de trastornar al mundo, no les infundiese la esperanza de que todo les sería en adelante posible, en el orden de la naturaleza como en el de la gracia.

Sea de ello lo que fuere, Jesús, en vez de responder á su impaciente curiosidad, se contenta con decirles: «No toca á vosotros saber los tiempos ó los momentos que posee el Padre en su propio poder. Mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda Judea, y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra.» El criado no tiene que conocer el día en que le plazca al amo ejecutar sus proyectos; el soldado no pregunta al general el momento ó el lugar de la próxima batalla. Basta al uno y al otro conocer la obligación que tienen que cumplir y la marcha que deben seguir. Con todo, la respuesta evasiva del Maestro permite suponer que la hora está cercana. Basta abrir lo ojos para ver que su misión sobre la tierra queda ya acabada. Sólo le resta retirarse para abrir paso al organizador del reino que ha de venir. Después de tantas apariciones y desapariciones sucesivas, los suyos se han formado en el sentimiento de su

ce que se había edificado una bellísima basílica en el paraje mismo en que Jesús se elevó al cielo. Arruinado y reconstruído varias veces el antiguo santuario, quizás es la mezquita actual de la Ascensión. V. nuestro *Voyage aux Pays Bibl.*, vol. I. Si, según la creencia común, el sitio es auténtico, no debe traducirse el texto de San Lucas, XXIV, 50, *εως πρὸς Βηθανίαν*, por *á la vista de Betania*. He comprobado, en efecto, que desde la mezquita de Kefr-el-Tur, no se hubiera visto Betania sino elevándose en los aires. Por otra parte, la distancia entre esta mezquita y la aldea no es más que la mitad de la que algunos suponen indicada en *Hechos*, I, 12. Pero, observado más atentamente este texto, vese que San Lucas, queriendo ilustrar á Teófilo sobre la proximidad del monte del Olivar, y no del lugar de la Ascensión, dice que este monte estaba á una distancia sabática de la aldea.

presencia invisible; con ella habrán de contentarse en adelante. Por otra parte, no puede enviar al Espíritu Santo sino después de haber subido al Padre.

En este momento, las miradas de Jesús debieron detenerse con tristeza sobre la infiel Jerusalén, teatro de sus humillaciones, y luego con alegría sobre los Apóstoles y los discípulos, fundamento de sus esperanzas. No hablaba ya, y sus brazos se habían extendido como para bendecir. Todos se preguntaron qué iba á suceder, cuando Él, mientras brotaban de su boca múltiples bendiciones, empezó á elevarse insensiblemente en los aires y se cubría su cuerpo con un nimbo glorioso.

El Hijo del hombre pasaba al estado divino, que le pertenecía, por derecho de naturaleza, como Hijo de Dios, y, por derecho de conquista, como Salvador de la humanidad. Una brillante nube le arrebató á las miradas de los suyos.

Así terminaba su historia de aquí bajo ⁽¹⁾. Su Ascensión

(1) Admira ciertamente el no hallar narrado el prodigio final de la Ascensión sino por San Lucas y San Marcos. Aun éste lo indica solamente de una manera muy sumaria. El otro habla de él brevemente en su Evangelio, pero con más detalles en el libro de los *Hechos*. Los dos Evangelistas Apóstoles, San Mateo y San Juan, nada dicen de él, y, sin embargo, habían sido testigos. En realidad, lo suponen en sus escritos. Así, en San Mateo (capítulo XXVI, 64; XXVIII, 18), Jesús es representado como omnipotente en el cielo y en la tierra, elevado sobre la esfera terrestre en que vivimos, y establecido en la gloria eterna, que es el elemento de su omnipotencia. San Juan pone en boca del Maestro, después de la resurrección, estas palabras: «Subo á mi Padre», y antes (cap. VI, 62): «¿Qué será cuando veáis al Hijo del hombre subir á donde antes estaba?» En el Apocalipsis (I, 5-7) supone, sin cesar, que Jesús está sentado en el trono de la ciudad celeste. Comp. XI, 12. Evidentemente, la tradición apostólica no ha tenido hecho más universalmente reconocido y aceptado que éste. Así, Pedro está convencido de que Jesús subió á los cielos, y lo afirma en sus discursos (*Hechos*, II, 32-33), como en sus *Epístolas* (I *Pet.*, III, 22). Pablo se convirtió solamente por una manifestación de Jesús glorificado, es decir, subido á los cielos y vuelto á descender para cambiar en cordero el lobo terrible que devastaba la Iglesia. Además, en varios pasajes de sus *Epístolas* (*Rom.*, VIII, 34; *Efes.*, I, 20, y II, 6; IV, 8; *Colos.*, III, 1) alude á la Ascensión del Señor. En la primera á Timoteo (III, 16), dice que Jesús fué recibido en la gloria de Dios. La *Epístola* á los Hebreos (IX, 24; X, 12) no es menos explícita.

¿Cómo, pues, explicar este silencio de los Evangelistas? Es que la Ascensión les pareció simple y natural corolario de la Resurrección: era para ellos la última de las apariciones del Maestro; y como habían descuidado refe-

era paralela á su concepción sobrenatural. El que había bajado del cielo á la tierra, volvía de la tierra al cielo. La virtud de lo alto, que había descansado en María para crear en ella al Hombre nuevo, elevaba actualmente á este Hombre adornado con su santidad, hermoso con su sacrificio, glorioso con sus méritos, y lo llevaba á la morada de la felicidad.

La Ascensión tiene puesto señalado en la historia de Jesús, como consecuencia natural y complemento de la Resurrección. Su cuerpo resucitado, libre de los límites del tiempo y del espacio, sólo había pasado al estado espiritual⁽¹⁾ para llegar, en la última evolución hacia la vida perfecta, al reposo en la gloria. Sentarse á la diestra del Padre era para Jesús tomar posesión de su reinado celestial, y continuar al mismo tiempo su soberana mediación entre Dios y los hombres. Señor eternamente glorioso, Pontífice inmortal, salvando también el mundo por su incesante súplica, debía encontrar en su indefectible triunfo la recompensa de su obra mesiánica.

Esta obra era inmensa; su análisis no ha abarcado aún ni todos los contornos ni todas las ramificaciones. Lo que podemos decir de un modo general es que Jesús, Hijo del hombre é Hijo de Dios, había logrado elevar la humanidad hasta Dios, é inclinar la Divinidad hasta el hombre. ¡He aquí el gran milagro de los siglos!

Si no hubiese sido más que *un* hijo del hombre, hubiera podido realizar virtudes individuales, y conseguir una perfección natural, pero sin otro resultado que el del buen ejemplo dado al resto de la humanidad.

Era el HIJO DEL HOMBRE, es decir, el hombre nuevo, el hombre ideal y universal, el segundo Adán, que, llevando en su alma la humanidad de lo pasado y de lo por venir,

rir otras muchas, creyeron que podían también pasar ésta en silencio. Todos los fieles sabían que Jesús, dió cierto día á los suyos su último adiós para tomar posesión de la eterna bienaventuranza; nadie suponía que el Resucitado pudiese volver á morir. Ahora bien, si no podía ya morir, es porque había entrado en la gloria.

(1) *I Cor.*, XV; *II Cor.*, III, 17; IV, 4-6.

se había encargado de purificar en ella las aspiraciones, y de reconstituir su grandeza nativa, engendrándola de nuevo con su palabra vivificadora y los méritos de su sacrificio. Había venido para conducirnos al punto de partida de antes de la caída, y lo hizo en condiciones, no sólo equivalentes, sino visiblemente mejores. El Hijo del hombre ha elevado al hombre tan alto, que va á sentarlo al lado de Dios.

En la tierra lo deja con la plena conciencia de su dignidad moral, de su filiación divina, de sus destinos eternos. ¡Qué gérmenes de transformación individual y social! Y al lado de esto, la ley de vida promulgada para todos, la verdad religiosa vulgarizada, la caridad creada y difundida por todas partes. Preciso era ser Dios para este trabajo, y en verdad que Jesús era Dios.

No fué llamado *un* Hijo de Dios—otros habrán podido llevar este título, que indica simplemente la filiación adoptiva,—sino EL HIJO DE DIOS, aquel como el cual no hay otro, el Único, el Hijo de la eternidad. Sólo Él había dicho á Dios: Padre *mío*, dejando á los otros que le dijeren: Padre *nuestro*, porque sólo Él es, por naturaleza, Dios é Hijo de Dios. A Él toca revelar con autoridad los secretos del cielo, hablar del Padre, darlo á conocer y amar. En Él, DIOS y el HOMBRE, los dos extremos, se encontraron; Dios y el hombre se abrazaron en soberana reconciliación.

Mesías, Redentor, Rey, Dios, marcha al triunfo: la obra está acabada y bien acabada. Entra en el cielo, que es tu reino; guarda la tierra, que es tu campo de batalla. Glorificado allá arriba por los ángeles, serás aquí bajo defendido, predicado, adorado por los hombres. Aquéllos en la bienaventuranza, éstos en los dolores de la lucha, repetirán con el mismo entusiasmo, la misma alegría y el mismo amor:

AL REY QUE ESTÁ SENTADO EN SU TRONO,
 AL CORDERO QUE HA SALVADO AL MUNDO,
 BENDICIÓN, HONOR, GLORIA Y PODER
 EN LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS

Los discípulos, contemplando el sublime espectáculo, quedáronse como en éxtasis largo rato. Ya hacía mucho tiempo que Jesús había desaparecido en su carro de gloria, y todavía le buscaban sus ojos en el surco luminoso de que estaba lleno el aire.

Dos hombres—eran dos ángeles, fáciles de conocer por sus vestidos blancos, símbolo de su pureza celestial—aparecieron en el cielo. Habían aparecido en Belén para cantar la gloria de Dios hecho hombre; debían verse en el monte del Olivar para pregonar la gloria del hombre Dios. «Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.»

Profundamente emocionados ante tan consoladora manifestación, y llenos de entusiasmo, como si por un instante hubieran respirado el aire de la celestial mansión, volvieron los discípulos á Jerusalén. Allí se encerraron en el Cenáculo, el sitio de los más caros recuerdos. De allí salían para ir regularmente al Templo á alabar á Dios, y volvían para aguardar, piadosamente recogidos, que pluguiese al Maestro darles, con la venida del Espíritu Santo, la señal de la evangelización del mundo.

Diez días después, Jesús enviaba á los suyos el Espíritu Santo, con lo que comenzaba la gran lucha.

Hemos empezado á escribir su historia. No estará desprovisto de interés estudiar cómo, habiendo dado el Padre á su Hijo la gloria del cielo, le asegurará el Espíritu, por mediación de los Apóstoles, la gloria de la tierra.



ÍNDICE

SECCIÓN III

DIRÍGESE JESÚS Á JERUSALÉN PARA LA PASCUA FATAL

CAPITULO PRIMERO

DETERMINA JESÚS SUBIR Á JERUSALÉN PARA LA ÚLTIMA PASCUA

PÁGS.

La luna nueva de Nisán.—Impresiones de Jesús.—Salida definitiva para Jerusalén.—Profetiza el Maestro lo que le ha de suceder.—Ambición de los hijos de Zebedeo.—Respuesta del Señor.—Lección á todos los discípulos.—Quien quiere ser el primero debe servir á los demás.—Jesús ha dado ejemplo de ello. (*Marc.*, X, 32-45; *Mat.*, XX, 17-28; *Luc.*, XVIII, 31-34). 5

CAPÍTULO II

JESÚS EN JERICÓ

Las dos rutas de Perea.—Jericó antiguamente y en la actualidad.—Ovación improvisada.—Ciegos curados.—Zaqueo encima del sicomoro.—Generosa conversión.—Parábola de *las minas*.—Partida de Jesús. (*Mat.*, XX, 29-34; *Luc.*, XVIII, 35—XIX, 28; *Marc.*, X, 46-52). 14

CAPÍTULO III

DETENCIÓN EN BETANIA

Jesús hace alto en Betania.—Si se ocupaban de Él en Jerusalén.—Banquete de los amigos en casa de Simón el Leproso.—La mujer del vaso de alabastro.—María, que es la Magdalena, quiere en su homenaje recordar lo pasado y profetizar lo por venir.—Vergonzosa avaricia de Judas.—Lección conmovedora del Maestro.—María Magdalena será alabada en el mundo entero. (*Juan*, XI, 55-XII, 11; *Marc.*, XIV, 3-9; *Mat.*, XVI, 6-13). 26

CAPÍTULO IV

ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN

Jesús se entrega al movimiento entusiasta de la multitud.—Corte-

jo triunfal en su marcha á Jerusalén.—Cabalgadura que escogió Jesús.—Aclamaciones de la multitud.—Aviso caritativo de los fariseos.—Respuesta de Jesús.—El maestro llora sobre Jerusalén.—Entrada en la ciudad.—Emoción general.—Rápida visita al Templo. *Juan*, XII, 12-19; *Mar*, XI, 1-11; *Luc.*, XIX, 29-44; *Mat.*, XXI, 1-11). 39

CAPÍTULO V

LUNES.—REINADO DE JESÚS EN EL TEMPLO

Tristeza de Jesús.—La higuera por Él maldita, es imagen de Israel.—Todavía mercaderes en el Templo.—Acto de autoridad y severa lección al poder religioso.—Curaciones de enfermos.—Aclamaciones entusiastas de los jóvenes levitas.—Observaciones de los fariseos.—Respuesta de Jesús. (*Marc.*, XI, 12-19; *Mat.*, XXI, 12-19; *Luc.*, XIX, 45-48). 48

CAPÍTULO VI

MARTES: EN EL TEMPLO.—RESPUESTA DEL SANEDRÍN Y PARÁBOLAS SIGNIFICATIVAS

Observaciones de Pedro delante de la higuera desecada.—Respuesta de Jesús.—Cuestión que el Sanedrín le propone en el Templo.—Réplica de Jesús, que cierra la boca á los adversarios.—Parábola de los *Dos hijos* y su aplicación.—Parábola de los *Viñadores sublevados*.—La piedra angular.—Parábola de las *Bodas del hijo del rey*.—Necesidad del vestido nupcial. (*Marcos*, XI, 20—XII, 12; *Mat.*, XXI, 20 XXII, 14; *Lucas*, XX, 1-19). 56

CAPÍTULO VII

MARTES.—PREGUNTAS CAPCIOSAS DIRIGIDAS Á JESÚS

Pregunta de los herodianos unidos á los fariseos: ¿Debe pagarse el tributo al César?—Doble peligro de una respuesta.—Admirable solución.—Otra dificultad propuesta por los saduceos: La mujer siete veces viuda en la eternidad.—Brillante respuesta del Maestro sobre la certeza de la vida futura y sus condiciones.—Pregunta del escriba sobre el gran precepto de la ley.—Su admiración al oír la respuesta. *Marc.*, XII, 13, 34; *Mat.*, XXII, 15-40; *Luc.*, XX, 20-40). 69

CAPÍTULO VIII

MIÉRCOLES.—VUELTA OFENSIVA DE JESÚS AL TEMPLO

Pregunta del Maestro á los que le han preguntado.—¿Cómo el Mesías, hijo de David, puede ser el Señor de David?—Culpable silencio de los fariseos.—Estalla la indignación de Jesús.—Denuncia y maldición de los hipócritas.—Rasgo consolador: las dos *leptas* de la pobre

	PÁGS.
viuda. (<i>Mateo</i> , XXII, 41—XXIII, 39; <i>Marcos</i> , XII, 35-44; <i>Lucas</i> , XX, 41—XXI, 4, y XIII, 34-35; XI, 37-54).	80

CAPÍTULO IX

JESÚS Y LOS GRIEGOS EN EL ATRIO DEL TEMPLO

Incidente inesperado.—Los griegos piden a Jesús una entrevista.—Felipe y Andrés, intermediarios naturales.—Respuesta del Maestro.—El grano debe morir para que se multiplique.—Emoción de Jesús en presencia de la muerte.—La víctima se ofrece para glorificar al Padre.—La voz del cielo.—Fin del ministerio de Jesús en el Templo. (<i>Juan</i> , XII, 20-36).	95
--	----

CAPÍTULO X

EL GRAN DISCURSO PROFÉTICO

Jerusalén y el Templo visto desde lo alto del monte del Olivar.—Admiración de los discípulos.—Terribles palabras de Jesús.—Las tres preguntas que hacen al Maestro.—Próximo juicio del judaísmo.—El juicio futuro y continuo de la Iglesia.—Parábola de las <i>Virgenes</i> y de los <i>Talentos</i> .—Juicio final de la humanidad. (<i>Mat.</i> , XXIV y XXV; <i>Marc.</i> , XIII, 1-37; <i>Luc.</i> , XXI, 5-36).	106
---	-----

CAPÍTULO XI

RESULTADO FINAL DEL MINISTERIO DE JESÚS PARA CON SU PUEBLO

Israel, pervertido, era incapaz de comprender a un Mesías como Jesús.—Lo rechazó en vez de aclamarlo.—Objeción y solución.—Su ceguera era culpable.—Pruebas.—El mismo mereció ser también rechazado. (<i>Juan</i> , XII, 36-50).	141
---	-----

TERCERA PARTE

FIN DEL MESÍAS

LIBRO PRIMERO

LA MUERTE

Sección primera: preliminares del fin

CAPÍTULO PRIMERO

JUDAS PROPONE AL SANEDRÍN LA ENTREGA DE JESÚS

Reunión extraordinaria del Sanedrín en casa de Caifás.—De las dos

resoluciones de la asamblea la una será modificada.—Sólo Jesús fija el día de su muerte.—Diligencia de Judas y motivos que pudieron inspirarla.—Pacto con el Sanedrín. (*Mat.*, XXVI, 1-5 y 14-16; *Mar.*, XIV, 1 y 10-11; *Luc.*, XXII, 1-6). 151

CAPÍTULO II

CÓMO Y QUÉ DÍA FUÉ PREPARADA LA CENA PASCUAL

El jueves por la mañana se abstiene Jesús de comparecer en Jerusalén.—¿Por qué?—Medio de que se sirve para que ignore Judas el lugar donde se ha de reunir el jueves por la tarde.—La última cena del Señor ¿coincidió con la pascua judía, ó la precedió?—Posibles conciliaciones entre San Juan y los Sinópticos sobre este punto. (*Mar.*, XXVI, 17-19; *Mat.*, XIV, 12-16; *Luc.*, XXII, 7-13). 158

CAPÍTULO III

LA ÚLTIMA CENA Y SUS PRIMEROS INCIDENTES HASTA LA SALIDA DEL TRAIADOR

Cómo comían los judíos el cordero pascual.—Primeras palabras de Jesús.—Al bendecir la primera copa anuncia que su fin no está lejos.—Disputa de los discípulos con motivo de la precedencia.—Levántase el Maestro para lavar los pies.—Primeras insinuaciones contra el traidor.—Por qué quiere Jesús hacer ver que le conoce y no quiere nombrarle.—Impaciencia de Pedro y pregunta de Juan.—Judas se ve desenmascarado y abandona la sala. (*Luc.*, XXII, 14-39; *Juan*, XIII, 1-30; *Mat.*, XXVI, 20-25; *Marc.*, XIV, 17-21). 173

CAPÍTULO IV

CONTINUACIÓN DE LA CENA Y CONVERSACIONES DIVERSAS

Echa Jesús una mirada á su carrera mesiánica que va á terminar.—Cuando no esté ya en el mundo, toda la fuerza de la Iglesia se encontrará en el nuevo precepto que le impone.—Señor, ¿dónde vais?—Los Apóstoles le abandonarán.—Profetiza Jesús la caída de Pedro.—Dos espadas es más de lo que se necesita. (*Juan*, XIII, 31-38; *Mat.*, XXVI, 31-35; *Marc.*, XIV, 27-31; *Luc.*, XXII, 31-38). 190

CAPÍTULO V

INSTITUCIÓN DE LA SAGEADA COMUNIÓN

La postrera palabra del amor divino.—Jesús bendiciendo el pan y el vino.—Presencia real y transubstanciación.—Lutero y Calvino.—La Iglesia católica.—La Eucaristía, sacramento y sacrificio. (*Mat.*, XXVI, 26-29; *Marcos*, XIV, 22-25; *Luc.*, XXII, 19-20; *I Cor.*, XI, 23-25). 197

CAPÍTULO VI

PRIMER DISCURSO DE DESPEDIDA

PAGS.

Palabras fortificantes.—Los Apóstoles deben permanecer unidos á Jesús por tres razones decisivas.—La primera porque son para el cielo y Jesús es el único camino que á él conduce.—La segunda porque han de fundar la Iglesia y para ello les dará Jesús el poder de hacer milagros y el socorro del Espíritu Santo.—La tercera porque buscan un consuelo, que debe ser dado por Jesús comunicándoles la vida de Dios (*Juan, XIV, 1-31*). 208

CAPÍTULO VII

SEGUNDO DISCURSO DE DESPEDIDA, AL LEVANTARSE DE LA MESA

Jesús es la vid, nosotros los sarmientos, el Padre el labrador.—Estar unido á Jesús es la alegría verdadera.—Amar á sus hermanos es continuar lo que hizo el Señor.—El mundo está lleno de odio contra los Apóstoles, contra Jesús, contra Dios.—La venida del Espíritu Santo.—Su papel en la lucha.—Consoladora profesión de fe arrancada á los Apóstoles como conclusión de este discurso (*Juan, XV y XVI*). 222

CAPÍTULO VIII

LA ORACIÓN DE JESÚS

La oración del Gran Sacerdote de la nueva Ley.—Reivindica la glorificación para sí y en interés de los suyos.—Cómo la ha merecido.—Fide la unión, la santidad en la verdad, la consumación de su obra en la gloria para aquellos que le han sido confiados. (*Juan XVII*). 244

SECCIÓN II

EL PROCESO DEL MESÍAS

CAPÍTULO PRIMERO

LA ANGUSTIA EN GETSEMANÍ

Entrada en el huerto.—La hora terrible.—El salto de Satanás.—Turbación, horror, fatiga en el alma de Jesús.—Súplica primera.—Sudor de sangre y agonía.—Sueño de los Apóstoles.—Súplica segunda y tercera.—El Angel consolador.—Victoria final: Levantaos y vámonos. (*Juan, XVIII, 1; Mat., XXVI, 30, 36-46, Marc., XIV, 26, 32-42; Luc., XXII, 39-46*). 255

CAPÍTULO II

PRISIÓN DE JESÚS

El valle del Cedrón y Getsemaní.—Lo que Judas había hecho al salir del Cenáculo.—La expedición organizada.—El beso del traidor.—La escena con los soldados: «¿Á quién buscáis?»—La espada en manos de Pedro y la oreja de Malco.—Reproche á los principes de los sacerdotes.—Huída de los Apóstoles.—Prisión de Jesús. (*Mat.*, XXVI, 47-56; *Marc.*, XIV, 43-52; *Luc.*, XXII, 47-53; *Juan*, XVIII, 2-11). 268

CAPÍTULO III

EL PROCESO RELIGIOSO

Jesús en presencia de Anás.—Interrogatorio preliminar sin resultado.—Las dos primeras negaciones de Pedro.—Ante el tribunal de Caifás.—Los falsos testigos.—Cuestión decisiva y respuesta.—Es decretada la pena de muerte.—*Res sacra reus*.—Jesús entregado á los criados.—Tercera negación de Pedro.—El canto del gallo y la mirada de Jesús.—Sesión de la mañana.—Israel va á entregar á su Mesías en manos de Pilato. (*Juan*, XVIII, 12-27; *Mat.*, XXVI, 57-75; *Marc.*, XIV, 53-72; *Luc.*, XXII, 54-71). 279

CAPÍTULO IV

EL PROCESO CIVIL

El procurador Pilato.—Diálogo con la muchedumbre.—Pretende Pilato ser juez, y no solamente verdugo.—Interrogatorio de Jesús.—¿Es rey?.—¿En qué sentido?—Pilato proclama su inocencia.—Nuevas acusaciones.—Jesús deferido á Herodes.—Lo que pensó y lo que hizo el epicúreo tetrarca.—Jesús declarado de nuevo inocente.—Expedientes detestables.—Barrabás libertado.—La mujer de Pilato.—El procurador se lava las manos.—La flagelación.—Un rey coronado de espinas.—¡Ecce Homo!—¡Se hace Hijo de Dios!—Últimas luchas de Pilato con su conciencia y su interés.—La palabra del fin.—*Ibis ad crucem*. (*Juan*, XVIII, 28; XIX, 16; *Mat.*, XXVII, 11-30; *Marc.*, XV, 2-19; *Luc.*, XXIII, 2-25). 298

SECCIÓN III

LA CATÁSTROFE

CAPÍTULO PRIMERO

JESÚS EN EL SUPPLICIO

El suplicio de la cruz.—Camino del Calvario.—Simón Cireneo,—

Las hijas de Jerusalén compasivas.—Llegada al Calvario.—La bebida aturdidora.—La crucifixión.—El cartel de Pilato.—Repartimiento de las vestiduras.—Insultos del partido jerárquico.—El bueno y el mal adrón.—El grupo de los amigos.—*Ecce mater tua!*—Tinieblas.—Agonía suprema.—Últimas palabras.—Fenómenos extraños.—Testimonio de los muertos y de los vivos. (*Mat.*, XVII, 31-56; *Marc.*, XV, 20-41; *Luc.*, XXIII, 26-49; *Juan*, XIX, 16-31. 329

CAPÍTULO II

JESÚS ES SEPULTADO

Apresúranse los enemigos de Jesús á acabar con el hombre y la causa.—Paso ante Pilato.—El *crucifragium*.—La lanzada.—Mana sangre y agua.—José de Arimatea se afirma como amigo de Jesús.—NICODEMO.—El cuerpo descendido de la cruz es sepultado después de un embalsamamiento provisional.—Las mujeres en el sepulcro.—Terror de los enemigos.—El sepulcro sellado y guardado.—Jesús desciende á los infiernos. (*Juan*, XIX, 31-42; *Mat.* XXVII, 57-66; *Marc.* XV, 42-47; *Luc.*, XXIII, 50-56). 355

CAPÍTULO III

DE LA SUERTE RESERVADA Á LOS ENEMIGOS DE JESÚS

Israel crucificado á su vez.—Anás herido en sus descendientes.—Caifás depuesto.—Herodes desterrado.—Remordimiento de Judas.—Fin del traidor. (*Mat.*, XVII, 3-10, *Hechos*, I, 18, 19). 371

LIBRO SEGUNDO

LA VIDA

CAPÍTULO PRIMERO

LA MAÑANA DEL TERCER DÍA DESPUÉS DE LA MUERTE

Muy de mañana va al sepulcro el grupo de las mujeres.—Lo que acababa de suceder en él.—Corre Magdalena á avisar á Pedro y á Juan.—Las demás mujeres y los ángeles en el sepulcro.—Después de salir ellas, llegan Pedro y Juan.—Magdalena sola contra la piedra del sepulcro.—Primera aparición de Jesús.—*Noli me tangere*.—Aparición á las demás mujeres.—Porqué Jesús no se muestra á la ciudad entera.—Voces que hicieron correr los soldados. (*Juan*, XX, 1-18; *Luc.*, XXIV, 1-12; *Marc.*, XVI, 1-11; *Mat.*, XXVIII, 1-15). 379

CAPÍTULO II

LA TARDE DEL MISMO DÍA, EN EL CAMINO DE EMAÚS

Los dos discípulos que iban á Emaús.—Tercer viajero que se mezcla

ADVERTENCIA

En la página 155, línea 34, dice: «el más infame de los Apóstoles»; léase:
«el más infame de los apóstatas.»

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para *publicarse el libro titulado: LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO, Primera parte, *La vida de Nuestro Señor Jesucristo*, Tomo tercero, escrito en francés por Mons. Le Camus, Obispo que fué de La Rochela y Saintes, y traducido al castellano por el Dr. Don Juan B.^a Codina y Formosa, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entrégúense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona, 13 de Julio de 1909.

El Vicario Capitular,

P. O.

JOSÉ PALMAROLA, *Gob. ecclco.*

Por mandado de Su Señoría,

LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, *Pbro.*

Scric. Can.

N 80
C9561